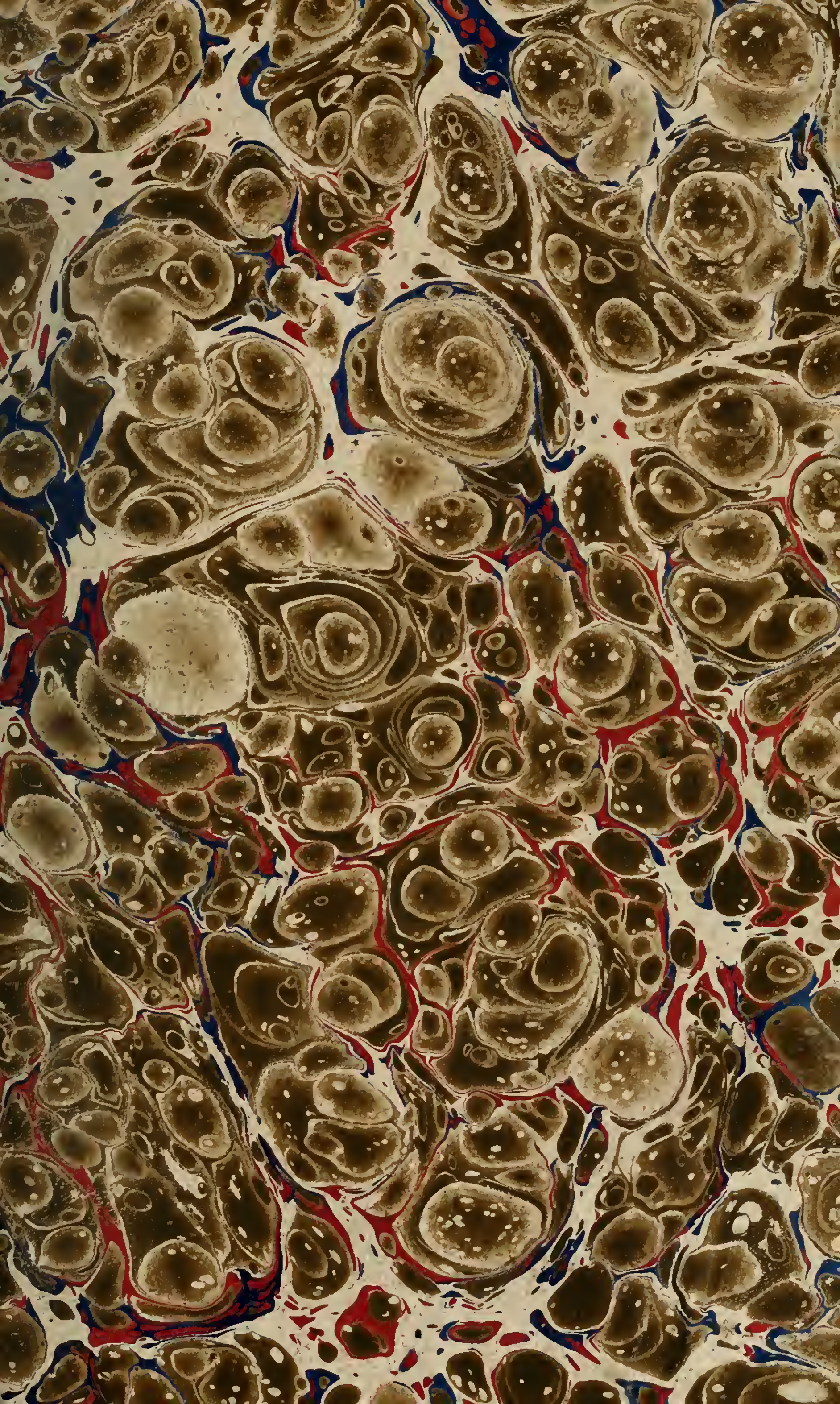

3 1761 07839660 3


ITALIA-ESPAÑA
GUÁRDESE COMO
JOYA PRECIOSA
EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

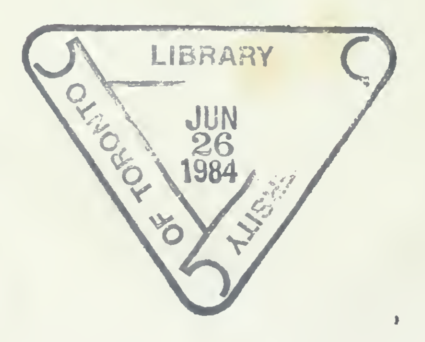


HISTORIA

DE LA

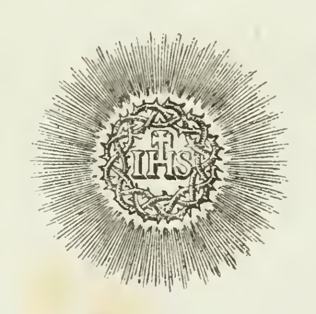
COMPAÑÍA DE JESÚS.

Varios Prelados de España han concedido 1260 *dias de indulgencia á todas las publicaciones de la* Librería religiosa.



HISTORIA
RELIGIOSA, POLÍTICA Y LITERARIA
DE LA
COMPAÑÍA DE JESÚS,
ESCRITA EN FRANCÉS
POR CRETINEAU-JOLI,
traducida al castellano
POR E. I. D. D. J. C.

TOMO IV.



Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:
LIBRERÍA RELIGIOSA:
IMPRENTA DE PABLO RIERA,
1853.

HISTORIA

DE LA

COMPAÑÍA DE JESÚS.

CAPÍTULO XXVII.

Reúnese la undécima congregacion general en vida del P. Nickel, general de la Órden, con el objeto de nombrarle un vicario general. — Es elegido el Padre Oliva. — Su carácter. — Los asistentes. — Progresos de la Compañía en las provincias de Milan y Nápoles. — Su situacion en Portugal. — Alfonso VI y la reina regente Luisa de Guzman. — El conde de Castel-Melhor, primer ministro. — El P. Andrés Fernandez es nombrado inquisidor general, y rehusa esta dignidad. — Matrimonio de Alfonso con la señorita de Aumale. — Acompáñala á Lisboa el P. Francisco de Ville. — Carácter y conducta del Rey. — El mariscal de Schomberg y el Jesuita, únicos protectores de la Reina. — Ámala el infante D. Pedro. — Retírase la Reina á un convento. — Protégela D. Pedro contra el Rey. — El cabildo de Lisboa resuelve el divorcio. — Abdicacion de Alfonso VI. — Regencia de D. Pedro. — Envian las Cortes una diputacion á la Reina, con el objeto de suplicarla que se case con el infante su cuñado. — Conducta de los Jesuitas durante estos sucesos. — El P. de Ville y el P. Manuel Fernandez. — Es nombrado este último diputado á Cortes. — Carta del General de la Órden respecto á esta eleccion. — Dimite el Jesuita. — ¿Han contribuido los Jesuitas á la decadencia de Portugal? — ¿Son tan sagaces como se pretende hacerlos? — Causas verdaderas de la decadencia. — El P. Vieira. — Muerte de Felipe IV de España. — La regenta del reino María Ana de Austria nombra á su confesor el P. Nithard, inquisidor general y consejero de Estado. — Rehúsalo el Jesuita. — Oblígale el Papa á aceptar. — Aversion de D. Juan de Austria hácia la Reina y su confesor. — Confedérase el clero contra el Jesuita. — Medidas tomadas por este. — Triunfa don Juan. — Abandona el Jesuita la Península. — Su desinterés. — Es promovido al cardenalato. — Decadencia de España. — Carlos II y su reinado. — Los Jesuitas en Polonia. — Casimiro, rey y jesuita. — Sobieski y el P. Pazeborouski, su confesor. — Bendice este á los polacos antes de la batalla de Choczim. — Sobieski es proclamado soberano. — El P. Vota pasa á ser su consejero. — Decídele á ingresar en la liga de Ausburgo contra Luis XIV. — La política de Vota es criticada por los historiadores franceses. — Triunfa Sobieski en Vie-

na.—Hácese odioso á los polacos.—Descontento de Jaime, su hijo mayor, apaciguado por el Jesuita.—Muere Sobieski en brazos del P. Vota.—Los Jesuitas en Inglaterra.—Restauracion de Carlos II.—Retrato de este Príncipe.—Reúnense los Católicos en Arundel House y piden la abolicion de las leyes de persecucion.—Manifiéstase dispuesto el Parlamento á concederla, previa la condicion de que sean expulsados de Inglaterra los Jesuitas.—Escisiones en el partido católico.—Evocacion de las doctrinas ultramontanas. —Acusan á los Jesuitas como causa principal de la peste y como autores del incendio de Londres.—Subleva el anglicanismo contra ellos al populacho. —Proscríbelos Carlos II.—Carácter del duque de Yorck.—Conviértese al catolicismo.—El Papa y el P. Simons intervienen en su conversion.—Encárgase Antonio Arnauld de la defensa de los Jesuitas, acusados de conspiradores en Inglaterra.—Complot descubierto por un pseudo-jesuita francés. —Sus revelaciones.—Credulidad del pueblo.—Luzancy ante el Consejo privado.—El Dr. Tonge y Tito Oates.—Carácter de estos dos hombres. — Conspiracion inventada por ellos.—El P. Bedingfield.—Simula Oates convertirse al catolicismo.—Su interrogatorio en presencia del Rey.—Colman y sus cartas al P. Lachaise.—Lord Shaftesbury mira en este complot un medio de llegar al poder.—Su retrato.—Muerte del juez de paz Edmundo Godfroy.—Revelacion de Beldoe contra los Jesuitas.—Shaftesbury y Burnet. —Denuncia Oates al Papa y al General de la Compañía como creadores de un nuevo gobierno en Inglaterra.—Prision de los Padres del Instituto y de los lores católicos.—Su proceso y suplicio.—Sentencia y ejecucion del conde de Stafford.—Muerte de Carlos II.—Jacobo II le sucede en el trono.— Primeros momentos de su reinado.—Salúdanle los quákaros y la Inglaterra como al porvenir de su libertad.—Los Jesuitas triunfantes.—Sunderland y el P. Peters.—Mézclase oficialmente este Jesuita en los asuntos políticos.— Jacobo II le nombra su consejero privado.—Carta interceptada ó supuesta por Guillermo de Orange.—Otorga Jacobo la libertad de conciencia.—Oposicion del anglicanismo.—Jeffreyes y la justicia.—Protestan los obispos.— Conducta de Peters.—Sirve de pendon contra el Rey.—Conspiracion del príncipe de Orange.—Bayle y los adversarios de los Jesuitas.—Perjuicios ocasionados por el P. Peters á la familia de los Estuarts, permitiendo que se le forzase á aceptar una dignidad política.

Durante los treinta primeros años de la encarnizada guerra que hizo el jansenismo en Francia á la Sociedad de Jesús, á excepcion de la Bélgica, las demás provincias permanecieron ajenas á estos debates. No entraba en las miras de la Compañía el lanzarse con todas sus fuerzas contra un solo punto: la lucha era su elemento, y sabiendo que habia nacido para ser objeto de discusion, no la intimidaban las fuertes rivalidades que excitaba su pujanza. Paciente, por lo mismo que se creia superior á los embates de la contradiccion, y porque no la quedaba mas que hacer que conservar el favor de los reyes y el aprecio aun mas voluble

de los pueblos, no habia quizás medido la talla colosal de sus nuevos antagonistas. Comprendia muy bien que una secta que no se atrevia á declararse por el cisma no podia ser peligrosa á la Santa Sede; presentia que, segun el curso natural de las cosas, no era posible otra generacion de Pascales y Arnauldos; pero olvidaba en sus previsiones, que los Jansenistas, con su empeño de pertenecer, á pesar de su rebeldía, asidos al gremio de la Iglesia, debian tarde ó temprano perjudicarla en mas alto grado que todos los Protestantes juntos. Estos últimos, que no median suficientemente el alcance de sus tiros, debian contar por precision entre sus enemigos á la corte de Roma y á los príncipes católicos, á quienes herian con la misma arma tanto sobre el dogma, como sobre la disciplina. Los Jansenistas, por el contrario, proclamándose tan adictos á la Santa Sede y á su fe religioso-política, y jactándose de ser los hijos mas respetuosos del Vicario de Jesucristo al par que los cortesanos mas diestros de Luis XIV, si trataban de aniquilar á la Sociedad fundada por Loyola, era aparentando mirar únicamente por el interés de la Iglesia y de los monarcas.

Los Jesuitas no conocieron que esta posicion intermedia les creaba mas de un peligro: figurándoseles, con la muerte de Pascal, el envejecimiento de Arnauld y la dispersion que se iba notando en los solitarios de Port-Royal, que unos nuevos sucesos no podrian menos de producir nuevas pasiones; y contentos, por otro lado, con la posicion que ocupaban, siendo los guias espirituales de los monarcas, y dueños de la educacion de la juventud, se dejaron arrastrar tras la corriente del siglo, sin reflexionar que dejaban tras sí una corporacion hostil, que sabria confederarse con todos los descontentos, y lisonjear todas las ambiciones.

En lo mas fuerte de la lucha, cuyo primer período acaba de terminar, se celebró la undécima congregacion general en cumplimiento del breve de Inocencio X, sin que en las actas de esta asamblea se tocase ni aun por incidencia la lucha sostenida en Francia. Hubiérase dicho que estos hombres, venidos de los distintos puntos del globo con el objeto de sondear la posicion de su Instituto, solo se habian propuesto establecer una idea mas elevada que la que entonces preocupaba á los Jesuitas franceses. Y así era á la verdad: hallábanse cerca del Pontífice romano, y en aquella ciudad, que ya no tiene pasiones, porque todas las ha

agotado; y por lo tanto su primera atencion se redujo á evitar toda discusion que no concordase con el deseo de su Fundador. Abierta la congregacion en 8 de mayo, y cerrada el 27 de julio de 1661, inauguró su apertura con la eleccion de un vicario. El general Goswin Nickel se sentia envejecer, y no permitiéndole sus dolencias gobernar con el vigor y la aplicacion indispensables, pedia á sus subordinados que le descargasen de una responsabilidad incompatible con sus fuerzas dándole un apoyo. Rindiéronse aquellos efectivamente á sus instancias, y nombraron un vicario con derecho de sucesion; pero antes de proceder al nombramiento del que iba á compartir el poder supremo, deseando la asamblea manifestar su adhesion y deferencia hácia la cátedra de Pedro, solicitó del Papa una autorizacion de que no necesitaba. Alejandro VII accedió á su solicitud por medio de un breve, y el 7 de junio fue nombrado vicario general el P. Pablo Oliva, con futura sucesion y facultad de gobernar, reuniendo cuarenta y nueve votos de los noventa y un votantes.

Oliva, que ejerció estas funciones durante el período de tres años, y que después de la muerte de Nickel desempeñó las del generalato diez y siete años consecutivos, descendia de una familia ducal de Génova; pero, si su abuelo y tio habian sido Dogas de la República, él habia juzgado mas oportuno sustraerse á los honores para sepultarse en la humildad. Entre los sacerdotes distinguidos que en su seno iba reuniendo la Compañía, habia adquirido Oliva una reputacion tal de sabiduría y de prudencia, que se habia extendido mas allá del recinto del claustro y á darle á conocer en el gran mundo. Maestro de novicios durante diez años, rector del colegio Germánico, eminente teólogo, y sugeto asaz versado en el conocimiento de los negocios, se hallaba tambien dotado del don de la palabra, y mas de una vez habia ostentado sus talentos oratorios en la capilla del sacro Palacio. Amigo del gran Condé y de Turena, habia recogido tambien el último aliento de Inocencio X, que para morir santamente le habia llamado en su agonía. Tal era el jefe que se habia elegido la Sociedad, designando como asistentes de Italia, Alemania, España y Francia, á los PP. Alejando Flisco, Noyelles, Sebastian Izquierdo y Claudio Boucher. El cargo de admonitor del vicario general recayó en el P. Nicolás Zuchi, cuya energía no habian bastado á debilitar cincuenta años de apostolado.

La congregacion promulgó treinta y seis decretos que carecen de importancia histórica. Habíala sido dado justificar sus progresos, y lo que á la sazon pasaba en Italia debia tambien revelarla su posicion. Todas las ciudades mas populosas tenian casas de la Órden; las ricas y fecundas provincias de Milan y Nápoles no quisieron quedarse en zaga al movimiento; pasaron á fundar en Cunco un colegio debido á la generosidad de la marquesa de Malaspina y del conde de Monbasilio. En 1635 el príncipe Mauricio, cardenal de Saboya, creó el noviciado de Chieri. La ciudad de Bormio, que conocia la necesidad de tener á su lado á los Jesuitas para que la defendiesen contra la invasion de la herejía zwingliana, que habia empezado á diseminarse entre los Grisones, les construyó otro colegio en su seno por los años de 1643. El noble genovés, Gerónimo del Bene, consagró su fortuna en la fundacion de una casa de la Compañía, que después tomó el nombre de su bienhechor. La ciudad de Saluzzola siguió en 1660 el ejemplo de la de Bormio, siendo tan notorios los frutos que produjo en sus habitantes, que entusiasmada María Bautistina, duquesa de Saboya, colocó por su mano la primera piedra del colegio de nobles de Turin; y pareciéndola que se retardaba la obra á que trataba de unir su nombre, cedió uno de sus palacios, en el que los Jesuitas abrieron sus clases. Seis años mas adelante, el cardenal Federico Visconti, arzobispo de Milan, concibió la misma idea y la puso en ejecucion; siendo los Padres que dirigian la célebre academia de Brera los que prepararon los reglamentos del nuevo gimnasio. En 1699 ofreció el conde Silvestre Olivieri á la Sociedad una casa de ejercicios, y la villa de Savigliano fundó en 1705 una residencia, destinada á transformarse un dia en colegio del Instituto.

En la misma época el reino de Nápoles acogia favorablemente los mismos deseos de sus pueblos, pasando el marqués de la Villa á fundar el pensionado de nobles por los años de 1630. El año siguiente, luego de la ocurrencia del terremoto y la erupcion del Vesubio, acaecidos en los dias 15, 16 y 17 de diciembre, que sembraron el luto y la consternacion en los corazones de los habitantes, se presentaron los Jesuitas en aquella capital con el objeto de tranquilizar á un pueblo, que aterrado con el doble azote se entregaba á la desesperacion. La iglesia de la casa profesa era el asilo escogido de preferencia por los habitantes de Nápoles. Los

Jesuitas se multiplican en la Torre del Greco, en Bosco, Portici y Resina; en una palabra, do quiera que amenazaba el peligro con mas certeza, ó do quiera que la miseria y la muerte aparecian bajo todas sus formas: alentaron á unos, dulcificaron la suerte de otros, y crearon asilos para todas las familias abandonadas, granjeándose la gratitud de todas ellas. Pasados algunos meses el marqués Spinelli Foscaldo fundaba un colegio en Paola, mientras que se erigian otros en diferentes puntos de la Sicilia, como en Palermo, Mesina, Siracusa, Bideno, Sicli, Noto, Alcamo, Mazarino, Caltagirone, Mazzara y Trápani. En unas partes los grandes del reino se asociaban con el pueblo, y en otras construye este la obra cuya necesidad experimentaba para sí y para sus hijos.

Pero en tanto que se comunicaba este impulso cual chispa eléctrica de ciudad en ciudad, no escuchándose en toda la Italia mas que una sola voz que llamaba á los Padres del Instituto, se hallaba el Portugal entregado á sus discordias intestinas. Entonces, como en la época de los reinados de D. Sebastian y D. Enrique, se vió mezclado el nombre de la Sociedad de Jesús en esas revoluciones palaciegas, cuya iniciativa habia tomado el pueblo.

En 1656 habia fallecido Juan IV de Braganza. El auxilio que le habian dado los Jesuitas para subir al trono, habia sido en todo caso muy indirecto. Dejaron, á imitacion del Príncipe, seguir su marcha á los sucesos. Cuando hubo ceñido la diadema, aceptaron el hecho consumado, y se hicieron del nuevo Rey un protector tan ardiente, como lo fueron los últimos príncipes de la casa de Manuel. Juan reinaba únicamente por los derechos de su esposa, Luisa de Guzman, la cual de concierto con Pinto y algunos Jesuitas, habia sabido conspirar con tanta destreza contra España. Los hijos de Loyola venian á ser en Portugal y en sus posesiones de Ultramar el eje de la civilizacion; por lo que, aspirando el Monarca por gratitud y por cálculo á duplicar su fuerza, después de colmar de beneficios á los misioneros que salian con direccion á las Indias, China, Brasil, Marañon y África; después de enriquecer á manos llenas á las provincias de Goa, Cochinchina y Macao; como si tan continuos favores reales no revelasen suficientemente la confianza que le inspiraban los Jesuitas, quiso últimamente hacerles directores de toda su familia.

El P. Juan Nuñez fue nombrado confesor de la Reina y del Infante, siéndolo el P. Andrés Fernandez del Soberano. Hasta en-

tonces estas funciones no habian tenido ni aun en Portugal, ningun carácter político; pero habiendo franqueado Juan de Braganza las puertas de su Consejo de Estado al Jesuita Fernandez, pasó este á tomar parte en sus deliberaciones. Después de la muerte de Juan, quedó confiada la tutela de Alfonso á Luisa de Guzman, madre del Príncipe; y queriendo esta continuar el aprecio que su esposo habia manifestado al Jesuita, se resolvió hacerle aceptar las funciones de inquisidor general del reino, rehusadas anteriormente por el mismo. Ya Francisco de Borja habia renunciado en España á un cargo idéntico, que á mas de ser incompatible con los votos de los profesos del Instituto, no se conformaba con sus tendencias ni costumbres; y queriendo Fernandez imitar su ejemplo, rehusó una dignidad, que era la segunda del reino. Semejante reserva no pareció extraña á la corte de Lisboa, donde los Padres habian ofrecido tan sublimes ejemplos de abnegacion personal; pero viendo sus moradores que no les era posible seducirle con el aliciente de los honores, esperaron vencer al menos su resistencia, ofreciéndole consignar en uno de los individuos de su familia uno de los cargos mas honoríficos y envidiados de palacio. — «¿Qué es lo que me proponeis? con«testó el Jesuita: nací de padres pobres y oscuros; ninguno de «mis parientes puede dejarse ver en la corte con aquel decoro «que compete á la Majestad; no pensemos mas en esto, ni por «ellos ni por mí.» Andrés Fernandez falleció en 1660, y los Jesuitas continuaron en la direccion de la familia real.

Entre tanto Alfonso VI salió de la menor edad. Sus desórdenes sucedieron á la prudencia y sabiduría de su madre. Entregado á la mas loca embriaguez, recorria á menudo acompañado de una turba de espadachines las calles de la ciudad, cometiendo toda clase de excesos. Alejó de su lado á la Reina madre, que era para él un continuo reproche; y reputándose incapaz de gobernar por sí mismo el timon de la monarquía, nombró por su ministro director al conde de Castel-Melhor. Daba la casualidad, que el favorito de un Rey semejante se encontraba dotado de algunas de las calidades que constituyen el hombre de Estado; pero precisado á sacrificar su dignidad de hombre para dominar al Monarca, hizo odiosa al hijo la madre, que, durante la regencia, acababa de desplegar tantas virtudes y valor. Luego que vió consolidado su poder el nuevo ministro, conociendo que para con-

trarestar la depravacion naciente de un príncipe cási embrutecido, debia empezar por inspirarle los gustos de familia, enlazándole al trono por medio del amor paternal, le obligó á unir su suerte con la de María Isabel de Saboya Nemours, conocida hasta entonces por el nombre de la señorita de Aumale.

La nueva Reina, que solo contaba en Lisboa con dos amigos, el mariscal de Schomberg, que condujo á los portugueses á la victoria contra los españoles, y el P. Francisco de Ville, director de su adolescencia, pasaba de repente del centro de la delicadeza y de los placeres que dominaban en la corte de Luis XIV, á la morada de un príncipe, cuyos arrebatos, locuras, y desenfreno mezclado de crueldad le hacian odioso. Es verdad que al principio procuró ocultar la melancolía que agobiaba á su corazon; pero su posicion se vió complicada por inesperados sucesos. Hé aquí cómo se expresa el abate Gregorio en su *Historia de los confesores de los reyes*, pág. 213: «Juan IV tuvo por sucesor al imbécil Al-«fonso VI, quien habiéndose enlazado con María de Nemours, «motivó con su conducta y mal trato que la daba la inclinacion «que esta Princesa concibió hácia su cuñado el infante D. Pedro, «hermano segundo de Alfonso. Ambos tenian por confesores á «unos Jesuitas muy cuerdos, que habian tomado muy á pechos: «1.° separar del gobierno á D. Alfonso, que habia elegido para «director de su conciencia á un Benedictino, en vez de dirigirse á «su Sociedad, y 2.° depositar el timon del Estado en manos de su «mujer, de cuyas resoluciones eran los árbitros. La efervescen-«cia general de la nacion contra Alfonso ofrecia todas las proba-«bilidades de triunfo; por lo que convinieron en dar al Estado «un mal Rey, y á la Reina un mal marido. El P. de Ville, Jesuita «francés y confesor de la Reina, y otro francés perteneciente á «la misma Sociedad, llamado Verjus, se empeñaron en que el «matrimonio era nulo por ser el Rey impotente. Aunque este «Príncipe sostuvo verbalmente lo contrario, se logró hacerle fir-«mar una declaracion, en que declaraba que la Reina perma-«necia doncella. Son demasiado conocidas las consecuencias de «esta intriga: el destronado Alfonso VI pasó á ser cuñado de su «propia mujer, casada en seguida con D. Pedro, que no tomó el «título de rey hasta á la muerte de Alfonso.»

El abate Gregorio, como todos sus antecesores y sucesores en el arte de desfigurar los hechos relativos á los Jesuitas, no pone

mucho cuidado en ser justo, ni en presentar los hechos bajo su verdadero punto de vista. La exactitud histórica tiene que ceder á las preocupaciones y rumores de partido. Segun dicho relato los Jesuitas serian los únicos que hubiesen obrado y conspirado para destronar á Alfonso VI; alegando como única razon determinante, que este Príncipe «habia elegido por confesor á un Be«nedictino, en vez de escogerle entre los individuos de la Socie«dad.» Segun el dictámen de este obispo constitucional y regicida, los hijos de Ignacio hubieran desquiciado el principio de herencia en la casa de Braganza, y hubieran expuesto el reino á las escisiones que emanan de la usurpacion, por el solo hecho de que el Soberano no abrigaba bajo el sigilo sacramental de uno de ellos los crímenes de su pensamiento, y los excesos de una organizacion viciosa. No cabe duda en que han tenido, en el transcurso de estos acontecimientos que agitaron á las cortes de Europa, una gran parte los Jesuitas, que no nos es dado disimular ni atenuar; pero la historia no debe presentarlo bajo unas formas que nunca existieron en la realidad.

Los escritores que se han ocupado de esta cuestion, en la cual se ha controvertido el derecho de la legitimidad, convienen unánimes en inculpar á Alfonso. Este Rey infortunado sucumbió en la lucha, y por lo mismo sus defectos han debido tambien exagerarse por el mero hecho de sus infortunios. Costumbre ha sido de los historiadores de todos los tiempos el no protestar jamás contra la prosperidad, al paso que aceptan casi sin exámen el poder establecido por un capricho de la fortuna, ó por una audaz conspiracion. No serémos nosotros los que abandonemos á la ligera el principio constitutivo de los tronos y de las familias; y al paso que restringimos los actos vituperados á los Jesuitas, reprobarémos su intervencion en la destitucion de un rey, destitucion que si no fue provocada por ellos, la aplaudieron al menos. En este complot tuvieron parte la política y el amor, la ambicion y la diplomacia, el voto de las cortes y la voz del pueblo, y por lo tanto nos es indispensable dejar á cada uno el papel que ha desempeñado.

En la cuarta parte de la *Historia de Portugal*, por el continuador de Faria-y-Souza, en la *Historia general de Portugal*, escrita por de La Clede, y en la *Historia universal* redactada por los Anglicanos, no excita Alfonso ni aun aquella conmiseracion vul-

gar que inspiran los soberanos destronados. Vertot en sus *Revoluciones de Portugal,* es tan explícito como los citados analistas: todos hablan con el mas profundo desprecio de un príncipe, destituido, segun su dictámen, de las calidades de hombre y de rey. El historiador de Portugal y Vertot [1] le describen recorriendo las calles de Lisboa con espada en mano, y precipitándose sobre sus súbditos, sin exceptuar algunas veces á los mismos centinelas nocturnos. Los demás convienen con Faria-y-Souza en que [2] «después de casado con María de Saboya, no transcurrió mucho «tiempo sin que los nobles y el pueblo recelasen que el título de «reina y de mujer del Monarca no era mas que un velo para cu«brir la impotencia de este último.»

«Como no era de creer, dice La Clede [3], que el Monarca «tuviera sucesion, trataron de casar sin dilacion al Infante. Los «marqueses de Noza y Sande hablaron con calor al favorito, y «este al Rey; quien mandó decir al Infante que indicase la prin«cesa de Europa por quien sintiera mas inclinacion.» Otro escritor, Fremont de Ablancourt, encargado de negocios de Francia en Portugal [4], afirma: «Que conociendo el Rey su estado, y «deseando asegurar la tranquilidad del reino, encargó á su confe«sor, que tambien lo era de su hermano, que dijese á este Prín«cipe que podia enlazarse con cualesquiera princesa de Europa «á su eleccion.»

Hasta entonces Alfonso VI, aconsejado por su ministro Castel-Melhor, ó quizás inspirado por un sentimiento dinástico que parecia muy ajeno de su conducta, no habia dado lugar con su hermano ó con la Reina á ninguna de esas faltas públicas que inician á los pueblos en los escándalos y divisiones de que muchas veces es teatro el interior de las familias reinantes. María de Saboya venia á ser una de esas víctimas que lanza en el trono un enlace verificado por medio de embajadores. Esta jóven Princesa, que en poder de semejante esposo no podia esperar mas que padecimientos y disgustos de toda especie, no pudo resignarse á

[1] Faria-y-Souza, *Historia del reino de Portugal*, 4.ª parte, página 404. — Vertot, pág. 336.

[2] Faria-y-Souza, *ibidem*, pág. 405.

[3] De La Clede, tomo II, pág. 771.

[4] *Memorias concernientes á la historia de Portugal desde la paz de Westfalia hasta el año de* 1668.

tolerar su pesada carga; y como por otra parte sus tios el cardenal de Vendome y el obispo duque de Laon, mas conocido con el título de cardenal de Estrées, la habian encargado que depositase toda su confianza en el mariscal de Schomberg; viéndose en posicion tan delicada, pidió al P. de Ville que hablase de ello sin rebozo y en su nombre con el veterano. «Este religioso de la «Compañía de Jesús, dice Ablancourt [1], que á mas de ser muy «fiel á su señora, se gobernó siempre con gran talento y pruden«cia, aprobó el designio de la Reina, pasando en seguida á par«ticiparlo al conde de Schomberg; y como ambos se apreciaban «mutuamente, le refirió circunstanciadamente los infortunios de «la Princesa.»

D. Pedro, que lo sabia con antelacion á estos dos sugetos; don Pedro, jóven, ambicioso y bello, que no habia podido ver á esta francesa tan elegante, que pasaba á unir su suerte con la de Alfonso, sin sentir hácia ella una pasion ardiente, la amó desde luego en secreto. Empero no tardó este misterioso afecto en ser penetrado por el ojo perspicaz y práctico de Castel-Melhor, quien deseando preservar al reino de las desgracias que preveia, pensó en casar al Infante. D. Pedro, que adivinaba que su amor era correspondido, puesto que las continuas lágrimas que derramaba su cuñada dejaban escapar involuntariamente el secreto de su corazon, contando con el porvenir, rehusaba acceder á las proposiciones que el Rey le hacia. La Reina en medio de aquella pasion incestuosa que la consumia, y que hubiera querido ocultarse aun á sí misma, si bien se conservaba pura, era no obstante un objeto de vergüenza y temor para Alfonso y el Ministro. Hiciéronle experimentar mil persecuciones sordas, llenando de malos tratamientos á cuantos se hallaban á su servicio. Pasaron tan adelante las cosas, que María de Saboya, dirigida siempre por el Jesuita, creyó deber ensayar cerca de Alfonso un paso pacífico, y «dando órden á su director, prosigue el adicionista de Fa«ria-y-Souza, en su *Historia del reino de Portugal*, IV parte, p. 405, «para que hablase sobre este negocio al confesor del Infante, se «esforzaron ambos á reunir al Rey y á la Reina en estas circuns«tancias tan delicadas; pero las disensiones que á cada paso se «suscitaban en la corte impidieron toda reconciliacion.»

[1] *Memorias concernientes á la historia de Portugal desde la paz de Westfalia hasta el año de* 1668.

D. Pedro hubiera podido fácilmente crearse un partido. Nadie pensaba en favorecer una usurpacion, y el mismo Infante se manifestaba ajeno á esta idea, por el interés de sus derechos eventuales. Pero los hombres políticos se alarmaban de una situacion, que á la faz de España, dispuesta siempre á recobrar su antiguo dominio, amenazaba producir nuevos desastres. Alfonso VI habia incurrido en el universal desprecio, y su ministro se hacia odioso. Queriendo María salvar su virtud y su honor, porque, dice Vertot en sus *Revoluciones de Portugal,* pág. 366, «sus partidarios ha«bian esparcido la voz de que queriendo el Rey tener hijos á to«da costa, se lisonjeaba de cubrir su vergüenza á favor de una «puerta misteriosa y á expensas del honor de la Reina,» tomó la infeliz una determinacion extrema.

La pobre Princesa era infortunada cuanto podia serlo, y aceptando el consejo que Schomberg y el P. de Ville daban á su pudor indignado, ofrecia á D. Pedro una esperanza y un apoyo, de que el jóven Príncipe no dejaria de aprovecharse. Si se hicieron ó no estos cálculos, ó si la Reina, al separarse de su esposo, intentaba únicamente sustraerse al atentado que aquel meditaba, se hace imposible descifrarlo: sin embargo, María abandonó la corte en 21 de noviembre de 1667, y se retiró á un monasterio de religiosas de la Órden de san Francisco. Apenas ingresada en este impenetrable asilo, escribió á D. Alfonso en los siguientes términos: «He tomado esta resolucion, con el único objeto de obe«decer á lo que me dictaba mi conciencia. Nadie mejor que vos «sabe que no soy esposa vuestra; por lo tanto pido que se me de«vuelva la dote y el permiso de regresar á mi patria con los «mios [1].»

El Monarca, que conoció el terrible golpe que habian lanzado contra su honor, acudió enfurecido al monasterio donde se hallaba, resuelto á forzar sus puertas; pero le habia tomado la delantera D. Pedro para proteger á María. Acompañábale una multitud inmensa de ciudadanos; y probándole la presencia de aquel gentío y la del Infante que, tras las indiscreciones cometidas de su parte, podria muy bien la fuga de la Reina servir de pretexto á una revolucion, retrocedió intimidado, y regresó á su palacio; donde, privado bien pronto de su ministro, al par que reducido á sus solas inspiraciones, dejó estallar su extravagante desespe-

[1] *Historia del reino de Portugal*, 4.ª parte, pág. 406.

racion, manifestando de un modo convincente que habia perdido el juicio. Reuniéronse la nobleza y el cuerpo municipal á instancias de D. Pedro, y después de arrancar del Monarca un acta de abdicacion en favor de su hermano, se apresuraron las Cortes, reunidas en 1.º de enero de 1668, á ratificar lo que aquellas corporaciones habian hecho. Y no se contentaron con eso solo; obligaron al Infante á tomar el título de soberano, en vez del de regente que aquel se proponia conservar hasta la muerte de Alfonso, impulsado por un prudente respeto dinástico; pero D. Pedro triunfó por último de las Cortes y del pueblo, y solo quiso apellidarse regente del reino.

Otra cuestion mas escabrosa restaba por decidir. D. Pedro aspiraba á romper la union de Alfonso con María, y la Princesa lo deseaba tanto como él. Desde el fondo de su retiro se habia dirigido al cabildo de la catedral de Lisboa con el fin de hacer anular su matrimonio. Instado Alfonso á reconocer la invalidez de un enlace que no se habia consumado aun, declaró que no se conformaria con esta decision, sino después de haber oido el parecer de los teólogos. Los teólogos que indicó fueron del parecer de las Cortes[1]. Cumplió Alfonso su palabra; y el 24 de marzo de 1668 el cabildo, vista la instancia de la Reina, y el testimonio del Rey, anuló una alianza contraida bajo tan funestos auspicios. «Á pe-«sar de la tardanza, dicen los escritores anglicanos[2], la senten-«cia era clara y definitiva. Lo que parecerá menos sorprendente «si se reflexiona que, reconocida por Alfonso y firmada de su «mano la verdad de cuanto alegaba la Princesa, no formó oposi-«cion alguna, ni pensó jamás en apelar del fallo.»

La opinion de estos historiadores protestantes, poco convincente para nosotros, tampoco lo habria sido mucho para los Jesuitas ni para la Reina; y por lo tanto, mientras los canónigos deliberaban, se apresuró María de Saboya á hacer pasar á Francia á su secretario Verjus, conde de Crecy. Este diplomático, á quien verémos mas adelante con el carácter de embajador cerca de la Dieta germánica, y que desempeñó un gran papel en este negocio, tenia un hermano, sacerdote de la Compañía de Jesús; parentes-

[1] *Catástrofe de Portugal: Na deposicao del rey D. Alfonso VI,* por Leandro Dorca, Cáceres y Souza.

[2] *Historia universal,* por una sociedad de literatos ingleses, tomo LXXIII, pág. 507.

co que pasó á ser funestamente histórico al Jesuita, á quien, con el objeto de prestar al Instituto una accion determinante, que de ningun modo pudo ejercer el P. Verjus, puesto que á la sazon residia en Francia, trataron de confundir con el anterior. Apenas el conde de Crecy, encargado de informar á Luis XIV respecto á los cambios ocurridos en Portugal, hubo llegado á Paris, cuando encontrándose en esta ciudad con el cardenal de Vendome, tio de María, y legado de Clemente IX, «le habló, dice La Clede, «en su *Historia general de Portugal*, tomo II, pág. 779, acerca de «la impotencia de Alfonso, de la que no podia dudar; asegurán«dole al mismo tiempo que los portugueses deseaban que el in«fante D. Pedro se casase con la Reina, en caso de que se anu«lase el primer matrimonio.» La sentencia dada por el cabildo de Lisboa no admitia duda; pero siendo preciso para corroborarla obtener la dispensa de honestidad pública, y vacilando el Cardenal legado, no tardaron en triunfar de sus escrúpulos el obispo de Laon y el Sr. Lionne, secretario de Estado, famoso por su adhesion á las ideas del jansenismo. Después que leyeron estos la bula que contenia sus poderes, y en la que encontraron expresado el que invocaban, otorgó aquel en 6 de marzo de 1668 la dispensa que solicitaba el conde de Crecy, quien, á su regreso á Lisboa, pudo presentar á la Reina el acta que la devolvia su libertad [1].

Siendo indispensable para ocupar á las Cortes, que aun se hallaban reunidas, prepararlas una especie de comedia que debian representar, la Reina, aconsejada por el P. de Ville, al par que impulsada por el pudor, ó quizás por un recuerdo de sus desgracias pasadas, manifestó deseos de retirarse al seno de su familia. Pero interviniendo entonces los Estados del reino, que conocian el amor que profesaba el Regente á María de Saboya, y que no ignoraban que esta no se mostraba insensible, la enviaron una diputacion solemne, con el objeto de suplicarla que pasase á unir su suerte con el Infante, alegando que segun el dictámen de las Cortes, no se hallaba Portugal en estado de devolver la dote. Igual paso dieron las Cortes cerca del Regente, declarando con energía que jamás aprobarian otra union. El Príncipe se manifestó mas accesible que la Reina, y asintió desde luego á un voto que era

[1] *Memorias* de Fremont de Ablancourt.— *Historia universal*, por unos ingleses, *ibidem*.

el mas dorado de sus ensueños; pero antes era preciso obtener el consentimiento de María... «El cuerpo municipal, dice La Clede[1], «unió sus instancias á las de los tres Estados, y pasaron juntos á «la morada de la Reina con el objeto de decidirla á otorgarles el «favor que solicitaban. Conmovida por tales instancias, accedió «por fin María á sus deseos.»

El 2 de abril de 1668 se celebró el enlace de María con D. Pedro, regente de Portugal. Interesada la Península ibera en rechazar una alianza que frustraba sus tramas, se quejó de que el Gobierno portugués no habia consultado á la Santa Sede; pero habiendo empeñado el P. de Ville á la Reina regente á someter la cuestion al Papa, y habiendo sido aquella examinada por la congregacion de cardenales y por los mas doctos casuistas, ratificó Clemente IX la sentencia de nulidad, y confirmó con fecha 10 de diciembre de 1668 la dispensa que su legado se habia creido facultado á otorgar.

Hemos explicado la posicion tomada en estos acontecimientos por un Jesuita, á quien no ha vituperado su Compañía, y por lo mismo ha aprobado sus actos, y se ha hecho históricamente responsable de ellos. En nuestro concepto el P. de Ville traspasó los límites del afecto paternal con respecto á esta jóven abandonada, y que no tenia otro apoyo en las gradas del trono mas que un Jesuita y un soldado protestante. Empero prescindiendo de la violacion del principio monárquico, en el que intervinieron mucho menos los dos amigos de la Reina que las Cortes y los portugueses, deberémos convenir con los historiadores en que jamás se presentó un conjunto de circunstancias mas imperiosas: mucho mas si ponemos en parangon la situacion del país bajo el reinado de Alfonso VI con la que le proporcionó D. Pedro. Mientras que durante la primera, si se ha de dar crédito al relato de La Clede, en su *Historia general de Portugal*, tomo II, pág. 778, «no se «podia contar con Alfonso un solo momento; las rentas se halla«ban exhaustas, el comercio parado, parados los negocios, y la «nacion marchaba á su ruina.» «Se aplicó D. Pedro durante la «segunda, dicen los historiadores anglicanos bosquejando el «cuadro de la regencia de este Príncipe[2], con todo el ardor y la «vigilancia posibles á gobernar el reino, y á usar de su autori-

[1] *Historia general de Portugal*, tomo II, pág. 778.
[2] *Historia universal*, tomo LXXIII, pág. 523.

«dad con decoro y energía. Disminuyó los gastos del Estado, li-«cenció la mayor parte de las tropas, estableció el mejor órden «posible en el ramo de Hacienda, y ofreció por sí mismo en aque-«lla corte el ejemplo de economía; cuya imitacion juzgaba opor-«tuna en sus súbditos, para que pudiesen reparar hasta cierto «punto los males y desastres á que se habian expuesto, después «de haber vivido tanto tiempo bajo una dominacion extranjera.» Y añade el continuador de Faria-y-Souza: «Amaba á sus súbdi-«tos, y todos celebraban su administracion: prueba de que era «buena, porque de lo contrario los portugueses, así nobles como «plebeyos, no hubieran dejado de murmurar [1].»

Estos historiadores, que si bien pertenecen todos á diversas naciones, aparecen en sus obras adversarios de la Compañía de Jesús, convienen unánimes en elogiar las medidas tomadas por el regente D. Pedro; y teniendo que fallar sobre las virtudes de un rey, preferirémos siempre el testimonio de escritores imparciales al de un regicida. Queda sentado, pues, que no fueron los Jesuitas los que decretaron la regencia al Infante, ni los que provocaron la abdicacion forzada de Alfonso; ambos sucesos fueron obra del consentimiento unánime de todos los órdenes del Estado. Si estos excedieron los límites de los derechos constituyentes, debemos confesar que los Jesuitas no tenian autoridad para contenerlos en su deber. El P. de Ville era el mentor espiritual de la Reina; participaba de sus confidencias, y debió ser consultado por precision acerca de la espantosa posicion en que la colocaba el Monarca. Y ¿estuvieron siempre exentos de miras políticas los consejos que sugirió á esta Princesa? A decir la verdad, no lo creemos; pero en la misma época y en el mismo país, halló medio el General de la Compañía de manifestar la opinion del Instituto respecto á aquellos de sus individuos que se entrometian de un modo activo en las contiendas políticas.

El P. Antonio Fonseca fue nombrado director espiritual de Alfonso, que confinado á las Terceras, y reconducido después al castillo de Cintra, murió en él por los años de 1683. Propúsose D. Pedro recompensar á los Jesuitas los servicios que le habian prestado, y nombró al P. Manuel Fernandez director de su conciencia. Este Príncipe no tenia mas que un partido en Portugal, porque á los ojos de muchos, el pacto fundamental acababa de ser

[1] *Historia del reino de Portugal*, tomo II, pág. 778.

violado en su esencia. Necesitaba, pues, rodearse de sugetos dotados de talento y energía; y viendo reunidas ambas cualidades en el Jesuita su confesor, le nombró diputado á Cortes en 1677. Empero, avisado el General de la Órden de la infraccion cometida contra la disciplina de la misma al aceptar una dignidad que se hallaba en oposicion con los votos de los Jesuitas, con las instituciones de Ignacio y con todos los precedentes, dirigió al Padre Antonio Barrades, provincial de Portugal, la carta siguiente, de 8 de enero de 1678:

«Hace muy poco tiempo, reverendo Padre, que mientras es-«tábais ausente de Lisboa, el P. Manuel Fernandez ha dado el «funesto ejemplo de aceptar un puesto en la asamblea de los tres «órdenes del reino, y entre los sugetos mas distinguidos de Por-«tugal. Este modo de obrar, á mas de ser contrario al que se ha «practicado constantemente en las cortes del Emperador, del rey «de Francia y de Polonia, no puede conciliarse con el tercer vo-«to simple que los profesos añaden á los solemnes, y del que ni «yo mismo puedo dispensar, especialmente desde la declaracion «de Urbano VIII, dada en forma de breve, en 16 de marzo, que «empieza por estas palabras: *Vota quae Deo.* Es tambien incom-«patible con nuestras Constituciones, con el decreto 79.° de la «quinta congregacion general, con los monitorios generales, y «con la cuarta regla prescrita especialmente á los confesores so-«bre idénticas materias. Así, me es imposible callar en vista de «semejante suceso, y aguardaré con impaciente solicitud la car-«ta de V. R. dándome parte del vigor que mostreis en defen-«der nuestras leyes y en lavar á la Compañía de la mancha que «ha derramado sobre su reputacion y buen nombre esta debili-«dad. Los superiores están estrictamente obligados, bajo cargo «grave de conciencia, á tomar sin retardo ni excusa medidas efi-«caces para apartar al P. Fernandez de la idea de tomar parte en «las sesiones de las Cortes. En este concepto, solicito é imploro «la proteccion del Príncipe serenísimo, el concurso de su direc-«tor, y el celo de V. R. y de otros muchos Padres.

«Si S. A. R. accediendo á las instancias del P. Fernandez le «permite hacer dimision de una dignidad que está en oposicion «con sus votos, tribútele V. R. humildes acciones de gracias en «vuestro nombre, en el mio, y en el de toda la Compañía. Pero «si, lo que me parece increible, rehusase el confesor del Rey ha-

« cer ésta solicitud, ó, lo que aun creo mas imposible, se nega-
« se el Príncipe á escucharla, deberá V. R. reiterar, poco mas
« ó menos, el mismo paso digno de todo elogio que dió el Padre
« Mucio, de piadosa memoria, cerca del papa Urbano VIII. Pro-
« yectando el referido General de la Órden distraer al soberano
« Pontífice de la idea de conferir la dignidad episcopal al P. Fer-
« nando Salazar, se dirigió, en union de todos los profesos resi-
« dentes á la sazon en Roma, á la morada de Su Santidad, con
« el objeto de lanzarse á sus piés, y conjurarle por medio de sú-
« plicas y lágrimas que se dignase conservar nuestra humildad y
« nuestra disciplina.

« De la misma manera, acompañado V. R. de los tres rectores
« del colegio de San Antonio, del seminario de los Irlandeses, y
« del noviciado; de los consultores de la provincia, el P. Anto-
« nio Vieira, á quien será indispensable llamar desde cualquier
« lugar que se halle, los PP. Carvalho, Andrés Vaz, y Jorge Acos-
« ta; de los cuatro procuradores de las provincias, Juan de Al-
« meida de la de Portugal; Juan Zugarte, de la del Japon; Adria-
« no Pedro, de la de Goa y China, y Francisco Mattos, de la del
« Brasil; y escoltado de esta manera, se arrojará á los piés del
« trono, á cuya sombra se gloría la Sociedad de haber nacido,
« aumentándose y propagándose hasta la extremidad de ambos
« mundos. Recordaréis al Príncipe los beneficios de que le somos
« deudores, así como á los monarcas sus antepasados. En segui-
« da le suplicaréis en nombre de esta anterior benevolencia que se
« digne añadir á tantas prerogativas con que nos ha colmado esa
« real familia, la gracia de conservarnos la mas preciosa de todas,
« que consiste en la fuga de las dignidades, negocios temporales,
« y estricta observacion de nuestro Instituto. Después le haréis
« presente y le expondréis las leyes y decretos que rigen á la Com-
« pañía, de que acabo de hablaros, advirtiéndole que se hallan
« sancionados por las censuras eclesiásticas, en que tal vez no ha-
« brá incurrido aun el P. Fernandez, si es que en su conducta ha
« seguido la opinion errónea de algun consejero ignorante en lu-
« gar de una maliciosa premeditacion. Pero no dejeis de decirle,
« que en adelante seria inexcusable si permaneciese formando par-
« te del Consejo, después de haber sido desengañado por el le-
« gítimo intérprete del Instituto.

« Mas ante todo representaréis esto mismo de mi parte al Pa-

« dre Fernandez; y si, como lo espero, se muestra dócil, y resig-
« na al momento esa dignidad, miraré el mal como curado en gran
« parte; y tomaré medidas llenas de afabilidad, con el objeto de
« remediar á todos: mas si, lo que Dios no permita, se manifes-
« tase sordo á mis órdenes, y continuase tomando asiento en las
« Cortes, y ocupándose de los negocios políticos, será obligacion
« vuestra declararle infiel á su voto y á nuestros preceptos, al-
« canzado por las censuras que los sancionan, despojado del car-
« go de prepósito de la casa profesa y de consultor de la provin-
« cia, y privado de toda voz activa y pasiva. Sin embargo, exijo
« de V. R. que antes de avistaros con el Príncipe, así como des-
« pués de la audiencia, prevea y disponga todas las cosas de con-
« suno con los rectores, consultores y procuradores de que os he
« hablado anteriormente. Para ello los reuniréis con antelacion,
« obligándoles en virtud de santa obediencia á la ley del secreto
« absoluto, y les ordenaréis que me escriban en cartas individua-
« les lo que cada uno de ellos juzgue oportuno. Si por alguna ra-
« zon que no me es dado prever, os halláseis ausente de Lisboa
« cuando llegue mi carta, la remitiréis para que la abra y lea el
« P. Vieira, el primero de los consultores de la provincia, por
« antigüedad de profesion, y por el conocimiento que tiene del
« sentido genuino de nuestras reglas y usos en esta materia. Ojalá
« reunidos en nombre del Señor podais recibir de su clemencia
« un corazon bien dispuesto para cumplir su voluntad, y palabras
« rectas que agraden al Príncipe, y especialmente á Dios, á quien
« os ruego pidais por mí, vuestro servidor en Jesucristo. — Pa-
« blo Oliva. »

Este documento, ignorado hasta el dia, es un testimonio irrefragable de esa ambicion de humildad que aquejaba á los individuos de la Compañía de Jesús. Llamábanlos á los honores parlamentarios; hacíanlos árbitros supremos de las cuestiones de Estado: y prevaliéndose de estos medios, podian dominar el país ó engrandecerse en la opinion, popularizando sus talentos á favor de la tribuna. Aquaviva desterró al P. Claudio Matthieu, con el objeto de impedirle que pasase á ser el emisario de la Liga, y Oliva amenaza con sus censuras al P. Manuel Fernandez, si continúa sentándose en una asamblea política. Y si Matthieu aceptó sin vacilar el destierro, no fue menos pronto Fernandez á someterse á las órdenes del General, abdicando su empleo, y renun-

ciando á la gloria que se prometiera, y á las esperanzas que concibiera D. Pedro. Fue su obediencia tan completa, que admirado Oliva, escribió con fecha 16 de abril de 1678 al P. Barrades en los siguientes términos:

« Después de haber examinado con detencion los pasos que « habeis dado, me cabe el placer de coronar la obra, tributando « al P. Fernandez los elogios que se merecen sus virtudes y pron- « ta sumision en resignar esas demasiado espléndidas funciones. « El mismo me ha escrito que apreciaba mas desempeñar los ofi- « cios del último hermano coadjutor, que las dignidades mas en- « cumbradas y brillantes del siglo. Dejo á V. R. el cuidado de ex- « presar el consuelo, la satisfaccion y esperanza que semejantes « sentimientos inspiran á mi corazon paternal, así como el de re- « comendarme á sus santas oraciones. »

D. Pedro, si bien habia consentido en este sacrificio no pudo separarse de su amigo. Conservó el Jesuita el carácter y las funciones de director de su conciencia hasta la época de su fallecimiento, ocurrido en 1693; pasando á sucederle en este empleo el P. Sebastian de Magelhaes, cuando el regente habia tomado ya el título de rey por muerte de Alfonso.

La influencia de los Jesuitas en Portugal, sus ricos establecimientos, y la confianza que les dispensaban los soberanos, han prestado suficiente materia para imputarles la causa, ó al menos la ocasion de la decadencia de este reino. Hanlo proclamado así los escritores irreflexivos, mientras que los que se esforzaban por hostilizar á la Sociedad, sin tratar no obstante de ofender con demasiada viveza la verdad, se han contentado solo con insinuarlo. La ruina de Portugal es un hecho ostensible y probado; pero ¿deberá atribuirse directa ó indirectamente á los Jesuitas? ¿Son ellos la causa mas ó menos remota de esta decadencia? Tal es la cuestion que han resuelto la mayor parte de los hombres aun antes de ha erla examinado con seriedad.

Después de haber estudiado á los Jesuitas en sus actos, en sus correspondencias íntimas, y en sus relaciones, ora con los pueblos como con los príncipes, creemos que les han adjudicado una parte que jamás han tenido. En todas épocas y lugares han creido ver su mano motriz y directora, atribuyéndoles unos todo el bien que se hacia, y apropiándoles otros todo el mal. Adviértese su nombre en cada una de las páginas de los analistas, bendecido

aquí por piadosas voces, y maldecido allí por bocas enemigas. Empero nosotros, que solo aspiramos á la verdad, no aceptamos las apoteosis de los unos ni las inculpaciones de los otros. No contentos con acusar á los Jesuitas de crímenes cuya explicacion pertenece á la historia, les han prestado una audacia maquiavélica, un conocimiento profundo de las pasiones humanas, una maravillosa destreza para ponerlas en juego, y una sagacidad tradicional que la generacion espirante legaba á su sucesora, como un medio seguro de dominar á las masas, y sofocar á sus enemigos. Nosotros, que, por la exposicion de los hechos, hemos reducido á su justo valor estas acriminaciones y estos elogios, harémos otro tanto con respecto á esa sagacidad y á ese sistema de intrigas tan perfectamente urdidas, cuya red, segun dicen, envolvió al mundo.

Los Jesuitas no han sido, á nuestro modo de ver, mas que un accidente en los acontecimientos políticos que tocaron; y si alguna vez han tomado parte en los que se rozaban de cerca ó de léjos con la Religion y el dogma, en cási todos ellos les ha cabido un papel mas bien pasivo que activo. Es verdad que han contado entre sus filas grandes legisladores, diplomáticos célebres, y aun sugetos que mas de una vez triunfaron de la fuerza por la destreza; pero estas excepciones, por numerosas que sean, no lograrán jamás que la Compañía de Jesús sea mirada por un escritor imparcial como un agregado de ambiciosos, que ha tomado incremento por medio de la astucia, y que ha sabido conservarse á favor de una prudencia hipócritamente consumada. Su tan decantada sagacidad ha creado una voz nueva en el lenguaje; pero este *jesuitismo* de que han abusado los partidos, no puede hacer transigir con la verdad: los Padres del Instituto fueron con mas frecuencia engañados que engañadores.

Cuantas veces se levanta contra ellos un enemigo, se les ve flaquear; y en todos los puntos en que se les ataca con vigor oponen una débil resistencia. Ya vemos á estos hombres, tan versados en la intriga, sirviendo de juguete á infames calumniadores que hacen traicion á la hospitalidad; ya cubren con su manto protector y caridad algunos remordimientos impostores, cobijando bajo su techo virtudes hipotéticas, y otorgando su confianza á cuantos tienen un interés en disponer de ella; y si alguna vez les sonrie la fortuna en las cortes, es muy raro que esta sonrisa sea el fruto de una combinacion de la Sociedad de Jesús. La Socie-

dad únicamente es fuerte en presencia de los peligros que amenazan á la Iglesia, y se ostenta verdaderamente temible cuando la cristiandad lanza el grito de alarma: entonces el soldado católico, soñado por Ignacio de Loyola, aparece en la liza para combatir con la pluma y con la palabra, y para ofrecer su sangre en testimonio de su fe: espera el martirio, y de ningun modo los honores del triunfo.

En Alemania, Francia, Italia, así como en las misiones ultramarinas, los Jesuitas se han ostentado grandes en los combates de la fe; pero se les ha visto sucumbir do quiera que la intriga ha reemplazado á la abnegacion, y do quier que ha sustituido el interés corporal al interés religioso. En la Península, donde resaltan con mas particularidad estos hechos, se acrimina á los hijos de Ignacio el haber sido los motores ó los testigos apáticos de la decadencia de Portugal. Y sin embargo, en vez de condenarse al silencio como lo han hecho, tomando la historia en la mano podian seguir paso á paso las causas de esta ruina, señalándolas con el dedo al ingenio mas preocupado. Hé aquí los verdaderos motivos:

Bajo el reinado de Juan III se hallaba Portugal en el apogeo de la prosperidad. El oro del Nuevo Mundo afluia en sus costas: la ambicion, las pasiones, y aun los mismos vicios, que encontraban un nuevo móvil, buscaban en los afanes de una gloria aventurera manantiales de riquezas y teatros mas vastos. Los placeres que aquellas imaginaciones volcánicas procuraban crear en medio de climas tan ardientes, el lujo del cual todos se esforzaban á participar en medio de peligros desconocidos, y en un país donde la ferocidad intentaba abrigarse á la sombra de la Cruz, todo esto debió producir inevitablemente resultados funestos. La generacion de Alburquerque habia presenciado un prodigioso parto de ideas, que traducidas en hechos, daban por resultado una corrupcion precoz y un marasmo gradual en las inteligencias. Tal fue el momento en que los Jesuitas ingresaron en el reino. Su apostolado y enseñanza no pudieron contener la disolucion que amenazaba al cuerpo social, que germinaba en la ociosidad y molicie, que se engrandecia con el fausto, y que debia estallar con las revoluciones. Estas no se hicieron aguardar mucho tiempo. La minoría de D. Sebastian, sus sueños de conquistador católico, y sus desastres de cruzado en las playas africanas precipita-

ron la catástrofe. Cayendo entonces Portugal á merced de los españoles, pasó á ser en adelante una provincia del imperio de Felipe II.

Ambas naciones se profesaban el odio mas reconcentrado. La España, cuyo yugo era detestado, y que tenia un interés nacional y de amor propio en humillar al pueblo portugués, satisfizo este doble interés; y después de agotar el tesoro público, se dedicó á sofocar el sentimiento de independencia. Sus reyes y ministros dejaron que los ingleses y holandeses se apoderasen de las mas ricas colonias que Manuel habia legado á su país; y habiéndose propuesto lanzar un golpe mortal á la grandeza portuguesa, la España, debilitada por el peso de las guerras, al paso que negociaba con las nuevas potencias marítimas, perseveraba en su idea de arruinar el Portugal. Después de excluir á sus moradores del beneficio de la paz, «concluyeron los castellanos, dice La «Clede [1], en 1609 una tregua poco decorosa con los holandeses, «en la que se hallaban comprendidos todos los súbditos y aliados «de la Iberia, á excepcion de los portugueses.»

La guerra continuó no obstante, guerra que debia ser, y fue en efecto desastrosa. ¿Qué podian hacer unos hombres afeminados, un pueblo que ni aun le era dado defender su nacionalidad en presencia de aquellos intrépidos bátavos, que acababan de crearse una patria, diciendo al mar: Tú no serás mas fuerte que nuestra industriosa actividad? La conspiracion dirigida en 1640 por una mujer ambiciosa y por un intrigante audaz elevó al trono la familia de Braganza. Los españoles, que no habian previsto este movimiento, trataron de conjurarle por medio de una guerra que duró cerca de treinta años, y que fue terminada por D. Pedro en 1668. Este Monarca dado al Portugal por los Jesuitas, segun el abate Gregorio [2], «hubiera consolidado los asuntos de este país, si, «como lo hacen observar los ingleses autores de la Historia uni-«versal, hubiesen sido susceptibles de consolidacion;» pero la preponderancia marítima de la Holanda é Inglaterra eran un hecho consumado, mientras que Portugal, que, como todos los imperios, habia tenido tambien sus dias de esplendor y de gloria, iba en medio de un vano recuerdo de magnificencia eclipsada á

[1] *Historia general de Portugal*, tomo II, pág. 394.

[2] *Historia universal*, por una sociedad de literatos ingleses, tomo LXXIII, pág. 526.

sufrir la condicion de las cosas humanas: tocábale abismarse, mientras otras potencias ascendian al emporio de la grandeza.

En medio de esta decadencia, en la cual cada año que transcurria parecia señalarse por una calamidad exterior, ó por nuevas disensiones interiores, ¿hubieran podido los Jesuitas realizar un milagro? Diseminados por los diversos parajes donde tenian sus misiones, encerrados en el fondo de sus colegios, ó admitidos en la corte, ¿les hubiera sido posible detener el curso de los sucesos y de las tendencias morales que de ellos resultaban? Quizás por medio de la educacion les fue permitido suspender los progresos del mal; acaso por medio del consejo les fue dado inocular en el corazon del Monarca algunas ideas de reforma; pero á esto solo debieron ceñirse sus esperanzas aun las mas ambiciosas. Es verdad que disponian como árbitros absolutos de la enseñanza pública; pero no obstante, el reino lusitano declinaba incesantemente, mientras que en la misma época y bajo un sistema idéntico de instruccion, la Francia, la Alemania católica, la Italia y Polonia arribaban á su apogeo de gloria literaria, política y militar.

Este período de la historia de Portugal no ha carecido sin embargo de Jesuitas doctos y de hábiles profesores. En esta misma época se contaba en las filas del Instituto á un hombre, á quien la *Biblioteca lusitana* de Barbosa Machado mira como uno de los personajes mas ilustres que ha producido el mencionado reino. El P. Antonio Vieira, nacido en Lisboa en 1608, y admitido en la Compañía en 5 de mayo de 1623, se consagró en un principio á las misiones trasatlánticas. Teólogo, poeta, orador, historiador y filósofo, agregaba á todos los dones del talento la energía de la voluntad y el vigor de la inteligencia. Embajador de Juan IV en Paris, en Holanda y en Roma, debia ser á la vez un profundo diplomático, un predicador elocuente y un docto controversista. En Amsterdam triunfaba, en una discusion pública, del famoso rabino Manasés-Ben-Israel; en Roma se negó á ser confesor de Cristina de Suecia, para consagrar su existencia entera al servicio de su país. En las misiones de Ultramar, en los colegios, en la corte y en las cátedras se dedicaba incesantemente á renovar el espíritu nacional, cuyo decaimiento era un suplicio para su alma, mientras otros Jesuitas, menos célebres, aunque no menos activos, se esforzaban tambien á sacudir este letargo; pero tampoco

fueron mas afortunados estos últimos que lo habia sido Vieira, el cual falleció en el Brasil en 18 de julio de 1697 á la edad de ochenta y nueve años.

Desde este momento la historia de la Compañía de Jesús se reasume en la de los confesores de los reyes. Cuando los Jesuitas no toman parte alguna en los acontecimientos, se les mezcla en ellos á pesar suyo: se exagera ó disminuye su influjo; ora los improvisan inspiradores de todas las faltas cometidas, ora los hacen extraños á todo pensamiento popular. El Instituto de Loyola tenia entrada libre en los palacios; venia á ser una potencia, y una potencia tanto mas formidable, cuanto que el individuo nada exigia, ni podia exigir cosa alguna para sí mismo, sino que con su espontánea voluntad adjudicaba á la Compañía en masa el ascendiente privado de que le hacian disfrutar cerca de los príncipes sus virtudes, talentos y amenidad de carácter. Cierto es que de este modo se centuplicaba la fuerza de su Órden; pero los Jesuitas se creaban tambien en cada reino numerosos y nuevos enemigos, mas temibles aun que los parlamentos y universidades de quienes habian triunfado por último, puesto que su proteccion ó su amistad eran un título para el favor, y algunas veces un medio de hacer fortuna.

Sabian muy bien que en los dias del peligro todos esos agradecimientos de que se hacia tanto alarde, se transformarian en ingratitud ó traicion; pero parecieron querer olvidar que la envidia y la ambicion ajadas suscitan hostilidades palaciegas, mil veces mas temibles que las de escuela. Colocados sobre un terreno resbaladizo, y hechos el blanco de las intrigas, cuyos hilos no siempre podia asir su perspicacia monásticamente espiritual, se veian precisados á formar descontentos.

Estos se engañaban en sus cálculos, y acusaban á los Jesuitas de haberles hecho malos servicios; no quedaban satisfechos sus deseos, y cargaban sobre la Compañía la culpa de su éxito poco favorable. A los antiguos rumores aun no apagados se agregaban otros auxiliares, que jamás perdonan la derrota que han sufrido su vanidad personal y su orgullo de familia. En la corte, donde para perder á un rival cada individuo se improvisa un arma de todo, y donde se prepara con tanto arte, aquí una perfidia, mas allá una calumnia, y do quiera un millon de intrigas, no respetaron en los Jesuitas lo que jamás habian osado atacar los discípulos de

Jansenio: atreviéronse á inculpar sus costumbres. Hallábanse algunos de ellos en contacto inmediato con el mundo, y el mundo les hizo expiar esta posicion por medio de impostores epigramas, que mas adelante aceptó la malignidad pública como la expresion dulcificada de la verdad.

En Lisboa los hemos visto mezclados en una revolucion palaciega, que fue saludada por el pueblo como una nueva era de regeneracion, y trabajando de consuno con el nuevo Soberano por restituir á la nacion su antiguo esplendor; mientras que en Madrid y en la misma época vemos á otro Jesuita, que gobernaba la España, siendo á la vez primer ministro de la Reina regente, y la causa de una nueva division en la real familia.

El reinado de Felipe IV, á pesar de algunas felices cualidades que poseia este Príncipe, fue tan fatal á la Península como el del godo Rodrigo. Bajo su débil mano decaia insensiblemente la preponderancia de la casa de Austria. La obra de Carlos V y de Felipe II se desquiciaba: el Rosellon, la Cerdeña, la Jamáica, una parte de los Países Bajos y el Portugal se habian desprendido uno tras otro de la esplendente corona que los dos primeros soberanos de la casa de Austria habian colocado sobre las sienes de sus sucesores. Los antiguos tercios españoles perdian su prestigio en Italia y Bélgica; insurreccionábase Cataluña; el pescador Masaniello sublevaba en Nápoles la fuerza popular, y el ejército portugués amaestrado por Schomberg en la victoria, daba un golpe decisivo en las llanuras de Villaviciosa. Sintió Felipe tan cruelmente estos reveses, que falleció de sus resultas en 1665, dejando la España empobrecida, mutilada, en los obstáculos inseparables de una regencia, y legándola por sucesor un niño de cuatro años, que empuñó después el cetro bajo el nombre de Carlos II, quien por una incuria y molicie mas deplorables aun hizo bajar con él á la tumba la influencia española. Bien pronto la madre del jóven Príncipe, María de Austria, vió amenazadas sus fronteras por las tropas de Luis XIV y los portugueses [1]. Felipe IV habia dejado un hijo natural, conocido con el nombre de D. Juan de Austria, que tratando de unir su suerte á la de los españoles, seducidos aun con el recuerdo del glorioso bastardo de Carlos V, se creyó bastante poderoso para sostener la monarquía espirante, creándose un partido con el objeto de gobernar al rei-

[1] Ortiz, *Compendio de la historia de España*, tomo IV.

no. Este partido no quiso atacar de frente á la Reina madre, y se contentó con dirigir sus tiros á su confesor, á su ministro, al Jesuita Everardo Nithard, nacido en 8 de diciembre de 1607 en el castillo de Falkenstein.

El P. Nithard, de edad de sesenta años, después de haber explicado por largo tiempo la moral y la filosofía en la universidad de Gratz, se habia visto elegido por el emperador Fernando III para dirigir la conciencia y los estudios de sus hijos. Habia ya educado al archiduque Leopoldo Ignacio, que reinó después de Fernando III; y cuando María se casó con Felipe IV, pasó á España en calidad de confesor suyo. En aquella corte, corrompida y anonadada por el funesto ministerio de Olivares, pareció el Jesuita un prodigio á los ojos de aquel pobre Monarca, agobiado bajo los murmullos de su pueblo, y envejecido en las miserias de una etiqueta real. Nithard poseia ideas gubernativas, y dejaba escuchar sabios y prudentes consejos; pero hablaba de economía y de vigilancia á un hombre que acababa de ver derretirse entre sus manos el oro del Potosí, y que, al fin de su reinado, dejaba á la nacion empeñada, el trono envilecido, y el Estado muerto bajo el peso de las riquezas de que no habia sabido aprovecharse para desarrollar la industria y la agricultura. Nacido en un país cuya fortuna estriba en el trabajo, al par que individuo de una Sociedad religiosa que proscribiera la ociosidad como un crímen, Nithard no sabia comprender esta decadencia del poder público. Felipe IV, que hasta entonces solo se habia visto rodeado de aduladores, hallaba aun suficiente energía en su alma agotada para aplaudir los planes de reforma que le inculcaba el Jesuita, planes que tal vez la muerte le impidió ponerlos por obra.

Apenas tuvo en sus manos Ana de Austria las riendas del Estado, cuando no queriendo compartir con otro alguno mas que con su confesor las atenciones del gobierno; y teniendo bastante confianza en la firmeza de su carácter, le elevó, no de un modo oculto, sino á la faz del mundo entero, á las funciones de inquisidor general y de consejero de Estado. El Jesuita empero, que se habia propuesto conservar intactos sus votos, se negó á admitir estos cargos, alegando por motivo de su repulsa el voto de abnegacion que hacian los profesos de la Sociedad. El Pontífice, sin embargo, podia relajarlos: suplícale la Reina que ordene á Nithard que se someta á su decision; mándaselo aquel efectivamen-

te, y el 26 de setiembre de 1666 apareció en Madrid un decreto, nombrando al Jesuita inquisidor general, y haciendo mencion de su larga y porfiada resistencia.

Atendido el estado de los asuntos, María acumulaba sobre la cabeza de su confesor todas las violencias del partido que dirigia D. Juan de Austria, pues no solo se exponia ella misma á ser el blanco de infames calumnias, que no hicieron padecer mas á su virtud que á la de Nithard, sino que daba lugar á que estas calumnias hiciesen un dia imposible el ejercicio de su autoridad, que era el objeto á que tendian. El Padre se encontraba en una situacion que tenia mas de un punto de analogía con la del cardenal Mazarini en Francia; pero el Jesuita aleman carecia de los recursos del talento, de la sagacidad é inflexible perseverancia del ministro italiano. Para sostenerse se apoyaba únicamente en unos medios aprobados por la generalidad; pero esto no bastaba en una corte tan fecunda en intrigas. Era hijo de padres luteranos; y «esta circunstancia, dice Amelot de la Houssaye en sus «*Memorias*, tomo I, pág. 345, le hacia chocar directamente con «el clero, atendido que segun las leyes del país, nadie podia ser «admitido á los empleos mas ínfimos, si en su linaje paterno ó «materno se hallaba una mancha ó la mas leve sospecha de he- «rejía.»

D. Juan no se desdeñó de explotar esta circunstancia. Después de poner en juego la susceptibilidad española, acusó al Jesuita de las calamidades que hacia pesar sobre la Península la guerra con la Francia; presentándose al mismo tiempo como el único hombre capaz de reparar tamaños desastres. Esta oposicion iba tomando el carácter de facciosa. Nombrado D. Juan gobernador de los Países Bajos, no quiso aceptar esta órden de destierro, disfrazada bajo el velo de una dignidad precaria; y habiéndose encaminado á Madrid para hacer aprobar su renuncia, recibió órden de no aproximarse á la corte en el radio de veinte leguas. Retiróse, pues, á Consuegra, donde tramó, dicen, un complot contra la existencia del ministro Jesuita. Este complot con el cual difícilmente se habria avenido el carácter de D. Juan impetuoso al par que lleno de probidad, y del que nadie ha podido probar el menor indicio, nos parece una de esas invenciones que adoptan los partidos para perder á sus antagonistas. Sin embargo, no dejó de suministrarle un pretexto de accion. Felipe IV habia guar-

dado en su testamento un absoluto silencio con respecto á su persona; y adivinando por este olvido el odio que le habia consagrado Ana, ya que no podia vengarse en ellos directamente, sacrificó á sus resentimientos al Jesuita que poseia su confianza.

Habíase expedido una órden para arrestar al Infante, y conducirle al alcázar de Toledo; pero apenas llegó á su noticia, cuando refugiándose en el Ebro, publicó desde la fortaleza de Flix una memoria, justificándose á sí mismo, y acusando á la Reina y al Jesuita. Conocia D. Juan demasiado bien su pujanza, y estaba seguro de poder contar entre sus auxiliares á la grandeza y á la mayor parte de los monacales: por lo que colocándose como agresor en 23 de febrero de 1669 al frente de las tropas que habia reunido, no temió reclamar el extrañamiento del Jesuita. Empero su fogosidad, sus amenazas y las sordas calumnias que hacia circular, colocaban á Nithard en un terreno favorable; y aprovechando esta posicion el Padre, escribe una carta al Príncipe, en la cual después de haber reducido á su justo valor los crímenes que le imputaba, exige del Infante, que se habia constituido en rival suyo, las pruebas de lo que alega; habla con toda la dignidad de la inocencia; pero como sus palabras caian sobre hombres ambiciosos, que solo veian en Nithard un obstáculo á su prosperidad y fortuna, fueron completamente estériles en esta época. Los historiadores católicos que se ocuparon de estos sucesos no han osado siquiera aludir á su memoria, al paso que un autor protestante, el inglés Cove, que ha tenido la suficiente imparcialidad para estudiarla, ha sido tambien el único que ha hecho justicia al escrito y al carácter del Jesuita[1]. «Esta obra, dice, respira mucha sabiduría y «talento, y demuestra la mas buena fe y la conviccion de la ino-«cencia. En ella reduce el P. Nithard á sus justas proporciones las «inculpaciones vagas é improbadas de D. Juan, príncipe por otra «parte apreciable bajo diferentes aspectos; pero que ambicioso y «arrebatado, empleó en esta ocasion unos medios reprobados por «el honor y la conciencia.»

El Principe español no ignoraba, así como el historiador inglés, todas estas cosas; pero aspirando á dominar el reino durante la minoría de un niño enfermizo, ó soñando quizás en la corona, caso de fallecer aquel, tuvo por conveniente sacrificar la ver-

[1] *España bajo el reinado de la casa de Borbon*, tomo I, introduccion, página 157.

dad a una enemistad de familia y á unos proyectos mas vastos.

Nithard solo contaba con el apoyo de una mujer, cuyo instinto materno presagiaba las esperanzas del bastardo de Felipe, y que se aterraba al ver su soledad en medio de una corte sin energía, y de un pueblo irritado de sus reveses y de su fastuosa miseria. Es verdad que el Jesuita era su consejero y el pedestal en que se apoyaba, y que merecia todo su aprecio, tanto por afeccion como para oponerse al Infante; pero no siéndole posible luchar contra las dificultades que do quiera le suscitaban, y viéndose Ana abandonada por los mismos consejeros de la Corona, adictos á D. Juan, trató de transigir con este. «Lleváronse tan adelante las condi-«ciones de la capitulacion, añade Amelot, que declaró el Prínci-«pe, que si el P. Nithard no salia sin dilacion por una de las «puertas de Madrid, le haria salir por una de las ventanas de su «casa.»

En el momento en que acababan de consumarse estos hechos, publicaba un autor contemporáneo, en Paris, una *Relacion de la salida de España del P. Nithard* [1], en la que no se pintó este suceso con aquella triste crudeza que reina en las relaciones de la Houssaye. «Mucho tiempo hacia, escribe, que solicitaba el Jesuita el «permiso de retirarse. Un domingo, después de haber confesado «á la Reina, se echó á sus piés, y la suplicó que no se opusiese «á su marcha. La Reina anegada en llanto persistia en su repul-«sa; pero habiendo pasado á ser una cuestion de Estado la des-«pedida del Jesuita, se vió precisada á ceder al imperio de las «circunstancias, y el 25 de febrero de 1669 firmó María Ana el «decreto siguiente:

«Habiéndome suplicado Juan Everardo Nithard, religioso de «la Compañía de Jesús, mi confesor, consejero de Estado é in-«quisidor general, que le permita retirarse del reino, aunque sa-«tisfecha en gran manera de su virtud y demás cualidades bue-«nas, así como de su celo y cuidados en servirme, teniendo en «consideracion la solicitud que me ha presentado, y atendiendo «á otras varias circunstancias, vengo en otorgarle el permiso que «solicita para retirarse donde guste, ya sea á Roma ó Alemania. «Empero, deseando darle un testimonio de mi satisfaccion y gra-«titud por los servicios que ha prestado al Estado, quiero que «conserve sus títulos, empleos y rentas; ordenando además que

[1] En 4.°, Paris, 1669. Impreso en español y francés.

«marche á cualesquiera de las referidas cortes investido con el «título de embajador extraordinario. — Yo la Reina.»

Al separarse el Jesuita de la corte, hacia cesar un conflicto en que intervenia el nombre de un miembro del Instituto. Satisfecho D. Juan de su victoria sobre la Regenta, acalló tambien sus exigencias por el momento. Antes habia ratificado y ampliado él mismo todas las dignidades conferidas por María Ana sobre su confesor; pero Nithard, cuyo ministerio habia sido tan tristemente célebre, no quiso aceptar los honores y pensiones que compensaban un destierro tan vivamente deseado. «Nosotros debemos de«cir, escribe Cove [1], en justo elogio de este desgraciado ministro, «que dió un ejemplo singular de desinterés, pues no solo rehusó «las ofertas que se le hicieron por varias personas, entre otras por «el cardenal de Aragon y el conde de Peñaranda, prefiriendo, «para emplear sus propias expresiones, dejar la España en clase «de pobre sacerdote, como habia llegado á ella; sino que con di«ficultad se le pudo hacer aceptar doscientos doblones de parte «de su protectora para su viaje á Roma, en vez de una pension «de dos mil pesos fuertes, y de ningun modo quiso admitir la em«bajada que se le proponia.»

Habíase lisonjeado D. Juan de que su oposicion al Jesuita le haria dueño de los negocios, y que así podria comunicar á la España un nuevo vigor; pero no tardó en sucumbir á su trabajo, y aun se hizo mas odioso que Nithard. Habia hecho grandes promesas, á imitacion de todas las oposiciones, y se vió abismado al tratar de realizarlas. El Jesuita, entre tanto, que no habia sido uno de esos favoritos vulgares á quienes olvidan fácilmente los príncipes en su proscripcion, y de cuyos labios solo habia escuchado la Regenta juiciosos consejos, se vió nombrado embajador cerca de la Santa Sede, siendo en seguida consagrado arzobispo de Edesa, y muriendo por último decorado con la púrpura romana en 1681.

Para sacudir el letargo en que los herederos de Carlos V y de Felipe II habian sumido á la Península, hubiera necesitado esta un rey á la altura de estos monarcas, ó al menos un ministro tal como el cardenal Jimenez. Pero los unos no eran mas posibles que el otro; porque bajo la férula de unos príncipes sin voluntad

[1] *España bajo el reinado de la casa de Borbon*, tomo I, introduccion, página 26.

ni inteligencia se gasta en breve la energía de los hombres de Estado, ó no tarda en ser calumniada y condenada á destierro. Los soberanos de la casa de Austria reunian todos los elementos para un feliz éxito: poseian un imperio, en cuyo territorio jamás se ponia el sol, como lo decian los españoles con el enfático orgullo tan propio de su idioma; imperaban sobre unos pueblos fieles, y que profesaban un religioso respeto hácia el culto de sus mayores. Solo les hacia falta un Luis XIV ó un Sobieski para desarrollar cualidades tan generosas. Desde la incuria de Felipe IV descendieron sin transicion á la infancia eterna de Carlos II, especie de rey apático y holgazan, que proscribió á su madre, volvió á llamarla, tomó por ministro á D. Juan de Austria, y le abandonó en seguida á la execracion pública. Por fin, tan cansado de reinar como de existir, pasó á encerrarse ya en el Escorial, ya en los bosques del Pardo, consumiendo su lánguida existencia en medio de mujeres, enanos y animales raros, que le prodigaban sus provincias de Ultramar.

Al ver esta postracion de la majestad, los Jesuitas, que no encontraban apoyo alguno en el trono, ensayaron vencer el letargo del pueblo por medio de una educacion nacional; pero el pueblo, que se amoldaba en un todo á los gustos de su Soberano, se entristecia con sus tristezas, y enfermaba con los mismos males que abatian su ánimo; el pueblo español, paciente y sufrido como la verdadera fuerza, parecia aguardar que la muerte del Monarca pusiese un término á su agonía. Presentia é invocaba quizás algunas escisiones interiores para sacarle de su eterno letargo; mientras que los Jesuitas, sometidos á esta accion deletérea, y siguiendo el ejemplo del pueblo, anhelaban como él una circunstancia que no tardó en producir la guerra de sucesion.

Durante este intervalo adquirian los miembros del Instituto en otras comarcas un desarrollo indispensable á su existencia. En Alemania no cesaban de extenderse, y en Polonia, y bajo la espada victoriosa de Sobieski, realizaban en los ejércitos y colegios el fin de su Instituto. Para que los Jesuitas obtengan sobre las masas un influjo preponderante, es preciso que hallen al frente de los negocios un príncipe ó un poder enérgico, que no consientan en dejarse aniquilar: monarquía ó república, legitimidad ó derecho electivo, poco les importa la forma de gobierno, con tal que sea fuerte; porque ellos no se desarrollan á sus anchuras, sino á

la sombra de una autoridad que no se vea asaltada por las facciones. Entonces, encerrados en las atribuciones que les trazara Loyola, y seguros de un porvenir, porque conocen el pensamiento que les dirige, se entregan sin precipitacion ni temor á los afanes de su apostolado. De aquí es que en España, y á mediados del siglo XVII, los vemos irresolutos y débiles como el Gobierno que se hallaba á su cabeza; mientras que en Polonia, y en la misma época, se dejan ver tan emprendedores como en los primeros dias de su fundacion, ó como cuando el P. Julio Mancinelli, que habia consumido sesenta y dos años de su vida en la Compañía, difundia por el Norte las luces de su fe y los ardores de su caridad.

¿Y á qué otra cosa pudiera atribuirse este resultado, sino á que á la sazon ocupaba el trono de Polonia un hombre que tenia fe en su mision, como ellos tenian confianza en su genio? Este hombre era Juan Sobieski. La Polonia apreciaba á la Sociedad de Jesús: habia visto á sus individuos popularizar la moral y el espíritu de nacionalismo en los reinados de Bathory, Segismundo y Uladislao; y queriendo recompensar tantos sacrificios, llamaba al trono á Juan Casimiro, que en 25 de setiembre de 1643 habia ingresado en la Compañía, y que cuatro años después se vió forzado á recibir el capelo de cardenal por el papa Inocencio X. Pero luego que el Rey jesuita hubo apaciguado las facciones del reino, juzgando ya consumada su mision de soberano, abdicó la corona en 1668, habiendo sido su reinado el de la paz y la educacion. Con esta educacion poderosa, porque se dirigia á unas naturalezas vigorosas y á unos corazones á quienes no habia podido enervar una civilizacion demasiado precoz, formaban los Jesuitas en la virtud y en la ciencia [1] á esos franceses del Norte, tan amantes de su independencia y de la gloria militar. Hacíanse amar de ellos en los colegios; seguíanles á los campamentos; constituíanse en oradores del ejército, en médicos de los heridos

[1] Léese en la epístola dedicatoria de una obra intitulada: *Historia passionis Christi punctatim animae devotae per tres libros et capita exposita*, compuesta por el príncipe Radzivill, canciller de Lituania, y dedicada á la Compañía de Jesús, lo siguiente: « He oido esta confesion de boca de mi hermano « Radzivill, de gloriosa memoria, palatino de Vilna, general del gran ducado « de Lituania, y protestante: *Aunque tenemos*, me decia, *sugetos asalariados y « encargados de investigar y anotar las faltas de los religiosos, jamás hemos « podido hallar cosa alguna vituperable en los de la Sociedad de Jesús. En mi « juicio, los declaro sugetos de probidad.* »

y en apóstoles de la caridad cristiana, en el centro de las batallas. Los magnates y el pueblo los acogian como sus guias, y mientras que en union de Jacobo Sobieski se aproximaban á los muros de Moscow, marchaban con Zolkiewski contra los turcos, y con Czarneski contra Carlos Gustavo de Suecia. En una de estas invasiones tan frecuentes en semejante guerras, fue sorprendido el P. Andrés Bobola por una partida de cosacos en 16 de mayo de 1657. Estos bárbaros detestaban á todos los Católicos, y especialmente á los Jesuitas; y sabiendo que Bobola disfrutaba de la confianza de los polacos, emplearon con él todo género de martirios. Esta fraternidad de peligros habia establecido entre los Padres del Instituto y los hijos de Polonia una alianza robustecida por el tiempo, y consagrada por el reinado de Sobieski.

Sobieski, hijo de sus obras, lo mismo que la nobleza de su reino tan orgullosa con su austera independencia, habia pasado á ser el héroe de la Polonia. Soldado valiente, general hábil y gran político, poseia además todas las cualidades del corazon y del ánimo: para él solo venia á ser el sable el último esfuerzo de la inteligencia, y madurado su raciocinio por la experiencia que habia adquirido entre los Jesuitas, le suministraba aquella en las Dietas un ascendiente cási soberano. Los polacos le miraban, hacia veinte años, como el escudo de su libertad; porque nacido en 1629, no habia cesado de combatir en defensa y por el honor de su país. En 1672 atravesaron el Danubio Mahomet IV y su visir Caprogli, al frente de ciento cincuenta mil soldados, circuyendo los muros de Kaminick, que era el baluarte de la Polonia; mientras que otros cien mil tártaros, conducidos por su Kan, Selim-Gerai, y una infinidad de hordas de cosacos, secundan sobre el Vístula los movimientos del ejército mahometano. Celoso el rey de Polonia, Miguel Koribut-Wiecnowiecki, de la preponderancia de Sobieski, acababa de poner precio á su cabeza. En vista de tal peligro el Príncipe busca su salvacion en la fuga, pero el soldado no desespera ni de su valor, ni de su fe. Hállase bajo su tienda el P. Pazeborowski, su confesor y amigo; opinan el general y el Jesuita que, á vista de esta irrupcion de bárbaros, era necesario que triunfase la Cruz, ó que se viese la Polonia reducida á escombros; y fuerte con este pensamiento, se deja ver á la cabeza de sus tropas el 11 de noviembre de 1673, aniversario de la fiesta de san Martin de Tours, eslavo de nacion. El campo se

hallaba cubierto de nieve; los polacos exigian la victoria ó la muerte; y no queriendo Sobieski, que en union de Jablonowski y sus Estados mayores habia pasado en oracion una gran parte de la noche, coartar por mas tiempo el ímpetu heróico de sus guerreros, exclamó: «Soldados de Polonia, vais á combatir por la pa«tria, y Jesucristo combate por vosotros.» Dichas estas palabras, se inclina el ejército bajo la mano del Jesuita, que bendice á la vez á los que están destinados á sucumbir y á los que van á triunfar. Empezó luego la batalla de Choczim. ¡ Terrible y desoladora accion! Treinta mil turcos quedaron en el campo, pereciendo un número mayor en las aguas del Dniester. Y cuando el cañon hubo cesado de retumbar sobre aquellas llanuras humeantes de cadáveres, el P. Pazeborowski, que solo habia compartido los riesgos del combate, erigió con sus manos un altar, y «echó su «bendicion, dice Mr. de Salvandy, á los soldados de la Cruz, que «postrados sobre sus armas y con los ojos bañados en lágrimas «de júbilo y gratitud, entonaron con él un himno de alabanzas al «Dios que prescribe la paz á los hombres, y á quien invocan los «ejércitos [1].»

El mismo dia en que inauguraba Sobieski su futura majestad por medio de esta victoria que coronaba tantas otras, falleció el rey Miguel Koribut; y cuando, en la dieta electoral se interrogaban todos mutuamente sobre el sugeto á quien deberia adjudicarse la corona: «Al hombre que con tal bizarría os ha defendi«do, exclamó Jablonowski, hermano de armas y émulo del ven«cedor de Choczim. — ¡ Viva Sobieski! dijo una voz unánime. «¡ Que reine sobre nosotros!» Luego que Sobieski empuñó el cetro, después de obligar con sus victorias y sagacidad diplomática á los turcos á firmar un tratado de paz indefinible, solo pensó en hacer florecer en su imperio la Religion y las bellas letras. Los Jesuitas, que tan poderosamente le habian secundado, hallaron en la reina de Polonia María de Arquien una ilustrada protectora, siendo al mismo tiempo los consejeros del Soberano: el P. Vota vino á aumentar aun el prestigio de la Compañía.

Este Jesuita habia recibido del Papa la mision de abrir en Rusia algunas negociaciones relativas á la reunion de los griegos con la Iglesia latina; pero no habiendo sido mas afortunado en su tentativa que el P. Possevino, se dirigió á Varsovia, donde no tardó

[1] *Historia de Polonia bajo el reinado de Sobieski*, tomo II, pág. 144.

en ganarse la confianza de Sobieski, como antes se la habian otorgado el emperador Leopoldo y el sumo Pontífice. Complacíase este Monarca en escuchar á los sugetos instruidos, y le gustaba en especial verse rodeado de Jesuitas. La conversacion del P. Vota, á la que tanto realce daba el brillo de su erudicion y de sus talentos, sus variados conocimientos en filosofía, elocuencia, poesía, pintura y música, y su inteligencia respecto á los hombres y negocios, inspiraron al Rey tan vivo deseo de tener á su lado un religioso que podia prestar tantos servicios á la Polonia, que no paró hasta ver á este Padre reemplazar á su lado en su intimidad al P. Pazeborowski que ya no existia. Así transcurrieron algunos años, pasando á ser el Jesuita su confesor, y por decirlo así su principal ministro, hasta que en 1683 se vió amenazada la Alemania de una nueva invasion por parte de los turcos, quienes, transformados por la sagaz política de Luis XIV en auxiliares útiles contra la casa de Austria, se disponian á conducir la guerra al seno del imperio germánico.

La gloria de Sobieski resonaba por todos los ángulos de la Europa. El gran Rey en el apogeo de su pujanza solicitaba la alianza de este soldado elegido monarca por sus Pares, y á quien habia contado en otro tiempo en el número de sus mosqueteros. El emperador Leopoldo, por otro lado, tambien apelaba al valor y á los intereses de la Polonia. El papa Inocencio X escribió á Sobieski, manifestándole que prescindiendo de la política humana y las negociaciones, habia una cuestion superior á todas las demás: esta era el honor y porvenir de la cristiandad, que iban á comprometer los ejércitos musulmanes. Los embajadores de Luis XIV, que se ostentaban insinuantes y orgullosos del esplendor de su patria, se opusieron á este principio que vivificaba las fuerzas alemanas; pero ignoraban que tenian un competidor cerca del Rey. El Padre Vota, natural del Piamonte, era súbdito de un príncipe enlazado con la casa de Austria. Polaco por adopcion, se creia obligado á dar al Rey el consejo mas útil para el bien de la Polonia y del catolicismo. La Francia, separada de este Estado por medio de otros reinos, no era mas que una aliada inútil, al paso que los emperadores sus vecinos podian socorrerle con eficacia, ya fuese contra los turcos, ó ya contra los rusos. El Jesuita hizo valer estas razones cerca de Sobieski, recordando quizás á su alma ulcerada el orgullo intempestivo de Luis XIV, y el insulto que

la corte de Versalles hiciera á la reina María de Arquien, la cual por haber nacido en Francia jamás pudo obtener los honores debidos á la majestad real.

Pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que Vota fijó las irresoluciones de Sobieski; quien ingresando en la Liga de Ausburgo, salvó el imperio germánico por medio de una victoria obtenida en 13 de setiembre de 1683: como se lo habia participado al Papa, no hizo mas que llegar, ver y vencer. Salvada ya la capital de Austria, pudo el P. Vota aplicar á su real penitente las palabras del Evangelio, con las cuales se habia saludado el triunfo de Huniades y el de D. Juan de Austria: *Fuit homo missus à Deo cui nomen erat Joannes. Hubo un hombre enviado por Dios que se llamaba Juan,* exclamó el Jesuita en la basílica de San Esteban. La Italia y Alemania repitieron el mismo elogio, siendo el emperador Leopoldo el único que lo pronunció únicamente con los labios. Su trono acababa de ser consolidado por Sobieski, y Leopoldo pagó semejante deuda con una orgullosa ingratitud [1]. La victoria conseguida bajo los muros de Viena habia salvado el imperio, y aplazaba los ambiciosos proyectos de Luis XIV. Los escritores franceses no han perdonado á Vota la determinacion que hizo tomar al soberano de Polonia. El abate Coyer, autor de una *Historia de Sobieski,* y Faucher, que escribió la *Vida del cardenal de Polignac,* le acusan de haberse opuesto á los intereses de su patria. Esta patria, que tambien lo es nuestra, no lo era del Jesuita, que, al distraer al rey de Polonia de una alianza con Luis XIV, realizaba un acto de patriotismo, y servia al mismo tiempo la causa de la religion católica. Por lo tanto, ni merece la acriminacion que se le dirige, y aunque hijo de Francia, no estamos en el caso de creer que debemos aceptar esta injusticia.

Para formar el debido concepto de un hombre es preciso verle en lontananza, porque aun los mismos héroes necesitan ese intervalo entre la existencia y la gloria, que jamás se resuelven á otorgar las pasiones contemporáneas. Sobieski era ante todo un

[1] Mostróse tan frio y desdeñoso Leopoldo con el gran capitan después de la batalla de Viena, que al despedirse de él este último, no pudo menos de decirle: «Alégrome mucho, hermano mio, de haberos prestado este pequeño «servicio.» Un chiste fue la unica venganza que tomó el Rey de Polonia de la frialdad de un príncipe que no habia sabido defender su corona, y que ni aun se atrevia á tributar el honor debido á su libertador.

monarca guerrero, y por lo tanto debia complacer á un pueblo militar. Quejábase la Polonia de verse arruinada por sus victorias. El Monarca tenia dos hijos, Jaime y Constantino; pero por una de esas debilidades, cuyo secreto solo puede descifrar un corazon de padre, dispensaba al menor todos los testimonios de su afecto. Jaime habia sido formado por él en el manejo de las armas: dotado de un carácter violento y ambicioso, aspiraba á continuar en Polonia la raza de los Jagellones, y persuadido de que si Sobieski llegaba á conservar el cetro en su familia, este no podria menos de ser la herencia de su hermano menor, trató desde luego de crearse un partido. Ya empezaba á estallar la discordia entre el padre y el hijo: el primero hablaba de maldecir, el segundo de emigrar al extranjero y de fomentar quizás las disensiones civiles. El Jesuita, entre tanto, que venia á ser el confidente de las angustias paternas, y que leia en aquella alma desgarrada por tantos sinsabores, proyectando calmar la irreflexiva cólera de Jaime, corre á su encuentro, le hace conocer la injusticia de sus recelos, y le hace comprender el poco fundamento de sus sospechas contra un hermano, á quien su corta edad daba un derecho para ser el objeto de las caricias del Rey. Resistióse Jaime por largo tiempo á las insinuaciones de Vota; pero vencido al fin por sus ruegos, no solo se dejó conducir al lado del ejército que mandaba su padre, sino que se arrodilló ante el Monarca, é imploró un perdon que no tardó en serle otorgado de lo profundo del corazon de aquel desgraciado veterano. Al dia siguiente, colocado ya el héroe entre sus dos hijos, principió la campaña con una victoria.

Los polacos, á pesar de su sed insaciable de combates, empezaban ya á cansarse de un príncipe cuyo único elemento era la guerra. Echábanle en cara con amargura las faltas políticas de su reinado, aspirando á recobrar una independencia que les parecia hallarse siempre comprometida por la firmeza de carácter de Sobieski; y degeneraron poco á poco en odio tal estas prevenciones, que emponzoñaron su existencia. El Monarca desahogaba sus pesares en el seno del Jesuita: sentíase herido en lo profundo del alma este guerrero, á quien no habian podido aterrar los mayores peligros, y que habia tenido en su mano los destinos del mundo. Se desolaba al observar que sus proezas no habian sido suficientes á comunicar á su nombre un prestigio popular;

veia escaparse á las sienes de sus hijos la corona de Polonia; veíase morir sin esperanza; y asaltado por las crueles previsiones de la muerte, lanzaba una mirada pavorosa y última sobre el porvenir de aquella nacion elevada por él al emporio de la grandeza. Por último, llegado el dia 17 de junio de 1696, que por una rara coincidencia era el mismo en que habia venido al mundo, y en el que habia sido elegido rey, comprendiendo Sobieski que se aproximaba su ocaso, depositó en el seno de Vota y del abate de Polignac, discípulo de los Jesuitas y embajador de Francia en Varsovia, sus últimas confidencias, que dulcificaron tan completamente el terrible paso del trono á la eternidad, que cuando, después de un ataque apoplético, llegó á recobrar sus sentidos, «¡Qué bien me encontraba!» dijo. Este profundo pesar de hallarse aun con vida, expresado con tal laconismo en los brazos de la muerte, era una acriminacion contra la Polonia, al par que un estímulo para el Jesuita. Vota oró de nuevo con el Monarca, que exhaló su último aliento á la edad de sesenta y seis años, «aceptando, dice el historiador Zaluski, el sacrificio de la muerte con «mayor júbilo que habia aceptado veinte y tres años antes el de «su advenimiento al trono. Para ceñirse la corona fuele preciso «combatir durante cuarenta y ocho horas: en este momento no «solo no tenia que luchar, sino que sin quejarse dejó la corona y la «vida para trocarlas con otras mas duraderas, como piadosamen«te debe creerse.»

Mientras que en el Norte y Mediodia de Europa obtenian los Jesuitas sobre Luis XIV y Sobieski un ascendiente religioso, que, por la fuerza misma de las cosas, debia resaltar sobre la política, se dejaban ver en su apogeo en la misma Inglaterra, haciéndose sentir su accion en el palacio de White-Hall, y sufriendo allí como en todas partes el rechazo de las prevenciones, odios y entusiasmos irreflexivos.

Fraccionábase cada vez mas la república de los Santos. Oliverio Cromwell habia fallecido rey de hecho, legando á su hijo Ricardo un poder cimentado por el crímen, la gloria y una sabia administracion; pero convencido este heredero del antiguo Noll, de que para continuar la dictadura de su padre, disfrazada bajo el título ambiciosamente modesto de Protector, le era indispensable asociarse á las crueldades de los Independientes y Presbiterianos contra los Católicos, resignándose á ser su jefe ó su es-

clavo; y no creyendo que la diadema de la Gran Bretaña pudiese valer el sacrificio de su reposo y probidad, renunció desde luego á la gloriosa aunque sangrienta sucesion que le legaba Cromwell, y desde el fondo de su oscuridad dejó pasar los acontecimientos. Juzgando entre tanto el general Monk, uno de los soldados mas entusiastas de la Independencia, que los excesos del puritanismo arrastrarian en pos de sí la ruina de Inglaterra, resolvió ponerlos un término. El furor con que los promotores mas desinteresados de la República se disputaban el poder, un malestar universal y una consuncion de la autoridad, que solo viene á consecuencia de la corrupcion legistativa ó del desprecio del pueblo, le hicieron transigir á la cabeza de los ejércitos con la majestad proscrita, y el 8 de junio de 1660 fue llamado al trono Carlos II, hijo del infortunado Carlos I, por aquella misma nacion que menos de once años antes habia cargado con la responsabilidad de un regicidio.

Carlos II fue uno de aquellos soberanos á quienes la desgracia conduce por la mano al escepticismo político. Habia tenido tiempo de sobra en las cortes extranjeras para meditar sobre la posicion reservada á los príncipes desterrados, y sabia hasta la evidencia que para nada se cuenta con ellos, y que nada se intenta en favor suyo. Considéraselos como el precio de un mercado, ó pasan á ser las víctimas de los terrores diplomáticos. Su ardor caballeresco en la jornada de Worcester, la Odisea de infortunios que sufrió después de esta batalla, los riesgos personales que habia corrido bajo Montrose, el La-Rochejaquelein de los clans escoceses, y las cobardes defecciones del principio monárquico cometidas por los reyes ó sus ministros, todo esto junto habia dado á aquel talento superficial cierta madurez de egoismo, cuyos cálculos, una vez elevado al trono, nada fue capaz de desbaratar. Voluptuoso y sumido en la indolencia, solo vió en su restauracion un medio de desquitarse con los placeres de las amarguras de su destierro. Indiferente á todos los cultos, no se atrevió sin embargo á dar á los Católicos justo motivo de acusarle de injusticia ó ingratitud. Érale conocida la fidelidad que habian guardado á su padre, y que jamás se habia desmentido, y por lo tanto firmó en Breda una declaracion de libertad de conciencia, que les prometia dias mas venturosos. El pueblo inglés acogió con transportes de júbilo al Monarca, á quien tan-

tas veces habia maldecido en sus clubs y perseguido en los campamentos; y cuando este opinó calmados los ruidosos ecos de la embriaguez pública, decidido á sostener su palabra, trató de mitigar las leyes penales, cuyo rigor pesaba sobre los Católicos.

Reuniéronse estos en Arundel House, en el mes de junio de 1661, y presentaron en la cámara de los Lores una peticion, que tendia á hacer abolir los decretos sanguinarios, las medidas excepcionales, y los firmanes de persecucion y secuestro de que habian sido objeto desde el reinado de Enrique VIII. Iba ya á ser aceptado este bill, á pesar del encarnizamiento de Clarendon, cási por unanimidad, cuando se levanta un miembro del Parlamento, y propone: «Que ningun Jesuita sea reputado apto para disfrutar «del beneficio del acto proyectado.» Esta exclusion, llena de sagacidad calvinista, era un ultraje á la igualdad, y una leccion para los Católicos. Unos rechazaron con energía toda medida infamatoria; otros imaginaron que los discípulos de Loyola debian renunciar á su Instituto, dando á la par una prueba de abnegacion. Los herejes acababan de arrojar la tea de la discordia en el campo de los Católicos. Hubo algunos que hasta se persuadieron de que la proscripcion de la Sociedad de Jesús seria una salvaguardia para ellos. El anglicanismo solo se mostraba hostil con la Compañía, y por lo mismo querian ofrecérsela en holocausto; diciendo unos que la Iglesia podia existir muy bien sin los Jesuitas; y otros que eran perjudiciales por su impopularidad con los Protestantes. Sin embargo, el mayor número miraba la cuestion bajo distinto aspecto, exigiendo que se uniese el partido, y que puesto que habian padecido juntos, opinaban que se debia tambien vencer ó sucumbir juntos. El sacrificio de los Jesuitas haria al anglicanismo cada vez mas exigente, y después de haber obtenido una primera victoria debida á la cobardía, no era de esperar que se contentase con una sola exclusion parlamentaria. Dejando sentar el principio de proscripcion, no solo se resignaban los Católicos á aceptar sus consecuencias, sino que una vez diezmados, estas no ofrecerian obstáculo alguno en su aplicacion. El anglicanismo acariciaba á la sazon á los Católicos, con el objeto de debilitar su influjo; pero ¿no debian temer verse perseguidos, sin que les fuese dado buscar en el apoyo del clero secular las luces y el vigor de que tendrian necesidad en los dias del peligro? Desertar la causa de los Jesuitas por timidez ó por cálculo, ¿no era por ven-

tura sinónimo de volver á allanar el camino de las iniquidades, de restringir la libertad de conciencia, y suministrar á los sectarios un argumento de que se sabrian servir en la oportunidad? La existencia de la Sociedad de Jesús no estaba, sin duda, tan íntimamente enlazada con la de la Iglesia, que la muerte de la una debiese por precision arrastrar la ruina de la otra; pero los católicos ingleses pretendian que la dificultad no versaba sobre este punto. Se trataba para ellos de existir ó no existir, de poder educar sus hijos con arreglo á sus deseos, ó de doblar la cerviz bajo el yugo protestante. Ambas opiniones tuvieron sus partidarios y defensores. Inauguróse una contienda civil de folletos y controversias: cambióse en foro el comité de Arundel House. Como los Católicos no habian sabido ponerse de acuerdo, el Parlamento se apercibió de esta division que él mismo habia provocado. Difirióse indefinidamente el bill de libertad religiosa, que hicieron imposible nuevos sucesos.

Las cuestiones políticas, aun las mas importantes, llegan á borrarse con el tiempo; mueren ó se transforman bajo nuevas ambiciones. Mas no sucede otro tanto con las cuestiones religiosas: estas tocan en lo mas vivo y en la esencia de la sociedad, pueden dormitar y aletargarse si es preciso en los dias de calma ó de inercia; pero cuando suena la hora de los disturbios mentales, precursores de los tumultos populares, vuelven á presentarse siempre jóvenes y llenas siempre de vigor. La cuestion del ultramontanismo, ventilada tantas veces por Belarmino y Bossuet, por la Iglesia galicana y los doctores de Roma, aparece en tiempos dados en el palenque de la discusion al modo de un ariete destinado á abrir brecha en los muros del catolicismo. Pero la prudencia de los sumos Pontífices y los mismos acontecimientos han inutilizado esta arma. La Iglesia romana ha realizado lo que no habian sabido hacer los teólogos mas eruditos y los legistas mas sabiamente mordaces, con solo dejar caer en desuso un poder moral, que jamás pasó á ejercer, sin que se hallase de por medio el interés de los pueblos. Nunca fueron los Papas los que pusieron en conmocion los tronos de los soberanos; esta operacion ha sido siempre exclusiva de las ideas revolucionarias. Cuando, en un espacio de doce años, vemos á la república francesa y á Bonaparte seguir por dos veces el ejemplo del condestable de Borbon y de Carlos V; cuando vemos que Pio VI muere en un destierro,

y cuando observamos á su sucesor arrancado de Roma por los gendarmes, creemos del todo inútil entablar un debate, que la violencia por un lado, y la sagacidad y la mala fe por otro, han cortado para siempre.

En el siglo de Luis XIV y Carlos II, no se discutia ya sobre los hechos sino sobre las palabras. El poder espiritual y temporal se hallaba mejor definido y puesto mas en claro. Los Jesuitas que, así en Inglaterra como en Italia y Francia, se hacian cargo de las doctrinas que las nuevas necesidades de la Sociedad consagraban, no solo no agitaron esta cuestion, sino que, como dice Lingard, nada sospechoso por cierto de parcialidad en favor suyo [1], «Clarendon es inexacto esta vez, como de costumbre. Los «Jesuitas fueron realmente excluidos de los beneficios del acta; y «en sus razones, publicadas por ellos en esta misma época, pro«claman que desde el año de 1618, todos los miembros del Ins«tituto se hallan obligados por órden de su General, y bajo pena «de censura, á no enseñar la doctrina de que se trata en este lu«gar, ya sea de palabra ó ya por escrito.» La asercion de Lingard se halla corroborada por los historiadores contemporáneos.

Los discípulos de Loyola no suministraban pretexto alguno á la persecucion: es cierto que los habia dispersado el huracan revolucionario; pero conservan en sí mismos un principio tan tenaz, y saben hace ya tanto tiempo que la primera condicion de su existencia es la lucha; que la restauracion de la monarquía los encontró mas robustos que antes. Desde el momento en que Carlos II puso el pié en el trono, se entregaron á los trabajos de su ministerio y de la educacion, sin ocuparse de las querellas que con motivo suyo fraccionaban á los católicos ingleses; premeditando que en presencia de una revolucion apenas vencida no les restaba mas que tomar un partido, el de la prudencia, trataron de contemporizar; y sin embargo existian demasiados gérmenes de discordia en los ánimos, para que esta sagacidad se sustrajese á la calumnia. En 1665 hizo la peste horrorosos estragos en Londres, estallando al año siguiente un inmenso incendio que redujo á cenizas muchos barrios de la ciudad: la ruina acarreó la desesperacion, y aprovechándose el anglicanismo de este doble azote, inculpó á los Católicos, y especialmente á los Jesuitas, señalándolos á la multitud exasperada como los autores de

[1] *Historia de Inglaterra*, por el Dr. Lingard, tomo XII.

tamaños desastres. Los Jesuitas habian envenenado las fuentes; los Jesuitas por medio de maleficios habian propagado el contagio; los Jesuitas, en fin, para anonadar el calvinismo, habian incendiado la capital de la antigua Albion. Asóciase la cámara legislativa de los Comunes por medio de un acto solemne á las imposturas, cuyo secreto poseia ella sola, y dirige al Rey una peticion, suplicándole que pusiese un término á la insolencia y progresos de los Papistas. Veinte informaciones fueron ordenadas, siendo inauguradas todas por el anglicanismo con una rigidez fastuosa: es verdad que no revelan culpable á ningun Jesuita; pero han servido para tener en suspension las animosidades é injusticias. Conociendo Carlos II que era indispensable ceder á unos odios que no se atreve á reprimir, porque ante todo quiere morir rey, después de haber vivido proscrito por tanto tiempo, trata de aplazar ó conjurar al menos por medio de paliativos las dificultades que se amontonan en derredor suyo. Pero ignoraba que estos paliativos constitucionales debian asesinar su dinastía. Carecia de hijos legítimos, y legó con antelacion á su sucesor todos los obstáculos que suscitaban á la monarquía su ventura vitalicia y los odios protestantes. Exígele el Parlamento que cometa arbitrariedades, y Carlos II se resigna á desterrar á los Jesuitas, y á decretar la ejecucion de las leyes contra los recusantes. «Olvidaba á sus amigos, dice Bevil Higgons [1], al paso que agasajaba á sus enemigos. Queriendo reproducir con esto una especie de hombres á quienes ninguna clase de beneficios podia hacer reconocidos, descuidó á los que ninguna injusticia hubiera obligado á separarse de la corte.»

Al propio tiempo su hermano Jacobo, duque de Yorck, y heredero de la corona, se ocupaba en leer la *Historia de la Reforma* del Dr. Heylin, cuya lectura le impulsaba á creer que existia dentro de su alma una obligacion de reconciliarse con la Iglesia universal. El duque de Yorck era un príncipe de juicio recto y de un valor incontestable; ignoraba no obstante que la prudencia es algunas veces una virtud política. Mas franco, menos voluble en sus amores, y mas económico que su hermano; soldado bajo el gran Condé y Turena; almirante de Inglaterra en su lucha con Holanda; vencedor en Opdan en 1665, y competidor del terrible Ruyter en 1672, ignora el arte de prestarse como el Monarca á

[1] *Compendio de la historia de Inglaterra*, pág. 370.

los caprichos legislativos, prefiriendo en la fogosidad de su carácter romper de frente con un fanatismo de que no participa: ve brillar á sus ojos la verdad, y la acepta sin vacilar. Esfuérzase, sin embargo, por una excepcion de sus tendencias habituales, á ocultar bajo la pública profesion del anglicanismo la creencia católica que ilumina á su alma; pero habiendo consultado con el P. Simons su posicion, y habiéndole contestado el Jesuita que semejante duplicidad era culpable, á cuyo dictámen suscribió el sumo Pontífice, reveló á Carlos sus escrúpulos de conciencia. El Monarca, católico por instinto, no tardó en aplaudir su pensamiento, como tambien lo realizaron lord Arundel, sir Tomás Chifford y lord Arlington; y seguro ya de sí mismo y de su hermano, ingresó públicamente en el gremio de la Iglesia católica.

Carlos experimentaba necesidades de metálico sin cesar renacientes: érale indispensable enriquecer á sus queridas, comprar á su Parlamento, y satisfacer cada dia nuevos caprichos; y como las Cámaras se habian propuesto no sacarle del apuro, cuando rehusaba hacer á los Jesuitas el blanco de leyes excepcionales, acumulábanse por consecuencia los decretos de proscripcion en las tribunas parlamentarias, con el objeto de sancionarlos á favor de su multiplicidad. La Compañía de Jesús venia á ser el árbol que convenia arrancar de cuajo, para que al instante se sacasen todos los retoños católicos. Siguióse este sistema, que fue puesto en práctica con la mas extraña sagacidad, pero que se frustró sin embargo.

Dirigieron, pues, contra los Padres todas las hostilidades del pueblo, y forjándole un arma de su pasion por la independencia, de sus gustos comerciales, y de aquel puritanismo exagerado que el pueblo transmite á sus hábitos y existencia, le hicieron ver al duque de Yorck como un hombre dispuesto siempre á derrocar por medio de los Jesuitas la obra cimentada por dos revoluciones distintas. El despojo del clero habia improvisado inmensas fortunas territoriales, al paso que la extincion de las Órdenes religiosas habia suprimido los diezmos y servicios personales; y deseando el anglicanismo conservar á toda costa ciertas impresiones favorables á la herejía, después de persuadir á la aristocracia y á la clase media que los Jesuitas, árbitros del corazon del duque de Yorck, solo aspiraban á resucitar las pragmáticas que habian caido en desuso, se dedicó á inventar y á patrocinar las fábulas mas

absurdas. La aristocracia y el pueblo, que tenian un gran interés en dejarse engañar, cayeron espontáneamente en el lazo que les tendian; pasando á escalonarse el reino de Carlos en un complot permanente, cuya alma fueron en todo los Jesuitas.

Esta política, basada sobre una impostura perpetua, pasó tan adelante, que no consintiendo el doctor jansenista Arnauld en ver sucumbir bajo el peso de las calumnias inglesas al enemigo á quien antes se habia lisonjeado de aniquilar con la enorme maza de su dialéctica, y abrigando un dia en su corazon el esfuerzo de la verdad, dejó escapar de él algunos acentos de una conciencia pura, y en vista de subterfugios tan mezquinos, exclamó en su *Apología de los Católicos* [1]: «Obsérvase cumplido en la actualidad «al pié de la letra con el pueblo inglés, lo que decia Isaías del «pueblo hebreo: *Omnia quae loquitur populus iste, conjuratio est* [2]: «todo cuanto en ella existe es conjuracion. Un Jesuita, autoriza-«do por el Rey y limosnero de su cuñada, aconseja á un fraile «apóstata que reingrese en su convento, esto es *conjuracion:* con-«duce el mismo por la senda de la perfeccion, y lleva en pos de «sí varias jóvenes católicas que desean vivir en Londres como re-«ligiosas, *conjuracion* tambien: desea que algunos sacerdotes pa-«sen á predicar la fe á los infieles en algunos parajes de Améri-«ca ocupados por los ingleses, *conjuracion*, y do quiera conjura-«ciones. Nada puede darse mas ridículo, sin embargo, y se pre-«tenderá después que seamos bastante necios para creer que no «es por motivo de su religion que los Católicos son perseguidos «en Inglaterra, sino solamente por ser conspiradores.»

Arnauld sentaba el dedo en la herida; sondeábala y hacíala sondear, y después de quitar la máscara al proyecto del anglicanismo, este hombre, á quien las rivalidades de doctrina habian arrastrado á las iniquidades de partido, no se atrevia sin embargo á confesar que él mismo habia dado el ejemplo de las acusaciones apasionadas. Cubria de oprobio á los ingleses, que con tanto descaro adulteraban la historia é insultaban á la razon pública. Lanzábase á la liza como vengador de la Compañía de Jesús, al paso que empleaba idénticas armas que los ingleses para atacarla. No arredró á los Puritanos esta tardía probidad: en su odio contra los hijos de Loyola contaban como auxiliares á los Jansenis-

[1] *Apología de los Católicos*, por Arnauld, pág. 474. (Lieja, 1682).
[2] Isaiae, VIII, 12.

tas, quienes no tardaron en sacrificar la verdad, tan elocuentemente proclamada por Arnauld, á mezquindades de pandillaje, á vanidades de pluma, á triunfos de amor propio, y á una sombra de popularidad, que jamás se debiera mendigar apoyándose en sofismas ó en cobardes capitulaciones de conciencia.

Así se expresaba el atleta del jansenismo en 1682: ahora vamos á mostrar nosotros por el relato de los hechos, si era justa su indignacion. En 1675 llega á la capital de Inglaterra un francés, hijo de una cómica, llamada de Beauchateau, que hasta entonces habia vivido errante, y se adapta el nombre de Hipólito Luzancy. Sucesivamente vicedirector en un colegio, criado doméstico, y culpado en seguida de falsario en Montdidier, provincia de Picardía, preséntase por último en Londres como renegado de la Compañía de Jesús. Impulsado por un sentimiento de fe calvinista, pide ser admitido en la Iglesia anglicana, que sin mas investigaciones le acoge desde luego, franqueando sus púlpitos al *Jesuita francés,* saludando como un triunfo su pretendida apostasía, colmándole de favores, y colocándose al nivel de los partidos que jamás se avergüenzan de emplear los instrumentos mas viles y degradados, la Iglesia anglicana le tributa todos los obsequios imaginables. No se le ocultaba al cómico que tamaña degradacion solo podia ser compensada con la calumnia, esperando adquirir aun por ella nuevos derechos á mas encumbrados favores. Para inaugurar su plan traba relaciones con los jefes del protestantismo en el Parlamento, y acusa á los Jesuitas, y especialmente al P. San-German, confesor electo de la duquesa de Yorck, diciendo haberle puesto este último un puñal al pecho, y amenazádole con la muerte si no firmaba una acta de retractacion. La impostura no podia ser mas palpable; y sin embargo, óyese un solo grito en la Gran Bretaña, levantándose toda en masa para asombrarse de la insolencia de los Papistas. En tanto que el Monarca da órden de capturar al Jesuita, y mientras la cámara de los Lores presenta un bill alentando al apóstata, la de los Comunes, fogosa é irreflexiva siempre, pide que sean encarcelados todos los Jesuitas y los sacerdotes católicos.

Una vez en presencia del Consejo privado, persiste Luzancy en su declaracion: habíanle creido con tanta facilidad en lo imposible, que no teme avanzar hasta el absurdo. Anuncia un complot formado por los Católicos contra los Protestantes, que debia estallar

simultáneamente en Paris y Londres, y del que eran motores los Jesuitas. Su objeto, que no era otro que anegar en un rio de sangre á todos los disidentes de la Iglesia, contaba entre sus afiliados al rey Carlos, al duque de Yorck y á las familias mas ilustres de Inglaterra. En prueba de la sinceridad de sus palabras, cita varios testigos herejes: comparecen estos; son interrogados, y todo lo ignoran, y lo niegan todo. Tenian los Anglicanos demasiado interés en ser engañados para dejarse desengañar tan fácilmente: era indispensable embancar al pueblo, obligándole á que asistiese á la conspiracion de los Jesuitas y del papismo, y por lo tanto trató el Parlamento de sostener los decretos que dictaba la impostura á su arbitrariedad. Sin embargo, no consintiendo Justel, ministro del culto reformado, en dejar triunfar de este modo á la mentira, arrancó la careta á Luzancy [1], mientras otro colaborador suyo tomó la defensa del P. San-German. Mas, como los odios del anglicanismo eran infalibles, el Parlamento se apresuró á reprender severamente á los que se lanzaban en apoyo de la verdad, pasando el renegado á ser un mártir para los partidarios de la religion de Enrique VIII é Isabel. Acogióle bajo su proteccion el obispo de Londres, Compton, y después de ser admitido como maestro en artes en la universidad de Oxford, se vió instalado en el vicariato de Dovert-Court en el condado de Essex.

La fortuna de este aventurero no podia menos de tentar la ambicion de otros que tratarian de explotar esta mina. Después de tres años se presentó un inglés llamado Tito Oates, que co-

[1] El mismo Antonio Arnauld, en su *Apología de los Católicos*, p. 476 y 477, después de demostrar que este impostor, acogido con tanto entusiasmo por los Anglicanos, era indigno de todo crédito, añade lo siguiente: « El pseudónimo « de Luzancy, con que se dió á conocer después de su apostasía, es una prueba « insigne de lo infernal de su alma. Yo he olvidado su verdadero nombre; pero « nadie ignora ser hijo de una cómica. Siendo aun niño, pasó por el estableci- « miento de Port-Royal-des-Champs, donde pernoctó una ó dos veces, y de « donde extrajo el apellido de Luzancy, por existir allí un sugeto de gran virtud « que le llevaba... Vanagloriábase en Inglaterra de haberse hallado largo tiem- « po cerca de Mr. Arnauld, y que le habia ayudado en su contestacion á « Mr. Claudio; pero habiéndose descubierto todas estas falsedades por Mr. Jus- « tel, hombre probo, y que se avergonzaba de este descaro, dió este una queja « á la faz de la Inglaterra, y el impostor se vió forzado á declarar que el ape- « llido Luzancy no tenia nada de comun con el del personaje de Port-Royal: « apropióse en seguida el de otra familia de Brie, en Champaña; pero no tar- « daron tampoco en rechazarle los caballeros de ella. »

mo su antecesor, se hallaba en una situacion parecida, y habia apurado hasta las heces la copa de la miseria y del oprobio, antes de pasar á ser el salvador de su patria y del anglicanismo. Ministro anabaptista bajo el protectorado de Cromwell, episcopal bajo la restauracion, y agobiado do quier de deudas, solo un papel infame le restaba que representar. El Dr. Tonge, una de esas naturalezas inconsecuentes que se impresionan del terror que tratan de inspirar á los demás, y que se hallaba á la sazon en Londres, siendo uno de los mas ardientes adversarios de la Compañía de Jesús, é inventando en sus folletos trimestrales esas ignobles calumnias que tanto se amoldan al instinto salvaje y burlon de las masas, acabó por caer tambien en la red de sus mismos relatos. Convencido hasta la evidencia de que los Jesuitas no conspiraban, les forjó, de acuerdo con Oates, una especie de trama, diciendo que este último se insinuaria con ellos, ora para indagar la clave de sus maquinaciones, ora para crearlas. El traidor simula efectivamente convertirse al catolicismo: implora su admision en la Compañía de Jesús; acoge esta su súplica; remítenle al colegio de los Jesuitas ingleses en Valladolid, y cinco meses mas tarde es expulsado de esta casa á causa de sus vicios. Apenas arribado á la presencia de Tonge, exhórtale este á no desesperar de su hipocresía, y triunfando á fuerza de lágrimas de las repulsas del P. Harcourt, provincial de Inglaterra, ingresa en el colegio de San-Omer, donde solicita, aunque en vano, su admision como novicio de la Órden. Habíase reunido el 24 de abril de 1658 la congregacion provincial en el palacio de Saint-James, morada del duque de Yorck. Esta reunion trienal se miró como un consejo extraordinario, en el que los Jesuitas habian discutido y aprobado los medios mas seguros de asesinar al Rey y de abolir el anglicanismo. Tonge y Oates acababan de hallar un punto de apoyo, y no restándoles mas que organizar el plan de conspiracion, combinan todos sus efectos, falsifican cartas, é insertan en ellas todos los nombres católicos que se les ocurren.

Si se recorren los anales del mundo, no se hallará quizás un complot urdido con una ineptitud mas manifiesta; pues no solo resaltaban en él á cada paso las imposibilidades materiales, sino que de estas mismas podian deducirse al momento las imposibilidades morales. Así que, cuando Kirby anunció al Rey, en 13 de agosto, que ciertos asesinos apostados y asalariados por los Je-

suitas atentaban contra su existencia, no pudo menos aquel de sonreirse, y continuó su paseo por el parque de Windsor. Sin embargo, citado Tonge á comparecer en la barra, deslindó el complot, cuyas ramificaciones nadie conocia mejor que él: mas, como era menester dar un golpe decisivo para captarse la confianza, entró á secundarle Oates, diciendo que él era el principal agente de la conspiracion; que poseia todos los secretos de los Jesuitas y de su Sociedad; y en prueba de la veracidad de su aserto, escribe al lord tesorero, que el P. Bedingfield debe en aquella misma noche recibir cartas referentes al complot.

« Por una feliz casualidad, dice el rey Jacobo II en sus *Memo-*«*rias*, se hallaba ausente de Windsor el lord tesorero cuando le «llegó esta esquela, y pasando por acaso el P. Bedingfield por la «casa de correos en el momento en que llegaba el conductor de «la balija, se llegó á la oficina, pidió sus cartas, y le entregaron «cinco reunidas en un gran paquete, firmadas con los nombres de «Whitebread, Fennick, Ireland, Blondel y Fogartos. Los cuatro «primeros pertenecian á la Compañía de Jesús, cuya letra cono-«cia perfectamente; por lo que, conociendo su falsedad, y sospe-«chando encerraban algun funesto designio, se las entregó en el «mismo instante al duque de Yorck, y este las puso en seguida en «las manos del Soberano.»

Bedingfield habia roto á insabiendas los primeros hilos de la trama, y viendo Oates que las cartas que le servian de basa contenian caractéres tan evidentes de falsificacion que, «en el curso «del proceso, segun la version de Lingard [1]; los abogados de la «corona juzgaron oportuno suprimirlas,» apeló á un medio atrevido al verse cogido en sus propias redes, y afirmó con juramento ante el juez de paz, sir Edmundo Bury Godfroy, la sinceridad de sus deposiciones. El Parlamento estaba para reunirse: el duque de Yorck insta al Consejo privado para que mande comparecer en la barra al revelador, estableciendo una informacion minuciosa sobre la verdad ó impostura de sus alegatos. En el tribunal declara Oates «que los Jesuitas, asalariados por el Papa y Luis XIV, «habian proyectado aniquilar la religion anglicana, asesinando «para ello al Rey, y aun al duque de Yorck, si este no tomaba par-«te en el atentado; que el P. Lachaise, confesor del Monarca fran-«cés, ponia á su disposicion sumas considerables, y por último

[1] *Historia de Inglaterra*, tomo XIII, cap. I.

«que entraban en el complot la Escocia y la Irlanda. Su simula-«da apostasía, añade, le ha permitido penetrar estra trama: él ha «sido su agente mas activo, y conoce las misteriosas complicacio-«nes que ligan al General de los Jesuitas con la Santa Sede; él «lo ha visto todo, todo lo ha sabido y leido; á riesgo de perder «la vida lo revela todo impulsado por su amor á la antigua In-«glaterra. En Madrid ha visitado personalmente á D. Juan de «Austria, aliado de los Jesuitas; en Paris ha sido acogido por el «P. Lachaise como un enviado de Dios, y le ha entregado diez «mil libras esterlinas.» Oates dice que ha tenido relaciones con el Infante. El Rey le ordena que indique sus señas personales, y Oates contesta sin vacilar: «D. Juan es un hombre alto, flaco y «moreno.»

Este era el verdadero tipo del otro español, hermano de Felipe II; el delator habia oido campanas, como suele decirse. «Volvióse Carlos hácia su hermano, dice Lingard [1], y se sonrió, por-«que ambos conocian personalmente al Príncipe, y sabian que «era pequeño de estatura y de una tez blanquísima.—¿Y dónde «os entregó el P. Lachaise, añadió el Monarca, las diez mil li-«bras esterlinas?—En la casa de los Jesuitas, confinante con el «Louvre, replicó Oates con la misma serenidad.—¡Tunante! «exclamó el Rey, los Jesuitas no tienen ninguna casa á una milla «del Louvre [2].»

Al oir semejante relato, estuvo muy léjos el Consejo privado de compartir la justa indignacion de Carlos: á sus ojos lo absurdo del complot era lo que le prestaba la fuerza, y por lo tanto mandó sellar todos los papeles de los Jesuitas, y apoderarse de sus personas. Mas como no produjese resultado alguno favorable la correspondencia mas íntima de los Padres acusados, y no siendo tampoco mas felices en la investigacion de la del P. la Colombière, confesor y capellan de la duquesa de Yorck, á pesar de haberle designado el delator como el principal confidente del P. Lachaise; hojearon con avidez la de Colman, secretario de la misma Duquesa, la cual no dejó de ofrecerles un pretexto á interpretacio-

[1] *Historia de Inglaterra*, tomo XIII, cap. I.

[2] La Compañía de Jesús solo poseia á la sazon tres casas en Paris, y las tres se hallaban en barrios muy distantes del Louvre: la casa profesa estaba situada en la calle de San Antonio; el noviciado en la de Pot-de-Fier, y el colegio de Luis el Grande en la de San Jaime.

nes. Colocado Colman en segunda línea, venia á ser uno de esos hombres que tanto abundan en los partidos, ávido, ambicioso, haciéndose un deber de la intriga, y pretendiendo, ora por lo exagerado de su celo, como por el crédito que se atribuia, constituirse en eje de los negocios.

En 1669 se habia concluido un tratado entre Carlos II y Luis XIV, que tenia por objeto la restauracion del culto católico en la Gran Bretaña, tratado á que no habian permanecido ajenos los PP. Annat y Ferrier, sucesivamente confesores del Monarca francés, y los Jesuitas ingleses. Colman, que no ignoraba estos detalles, hablaba de ellos al P. Lachaise, y le decia: «Hemos em«prendido una gran obra, en que no se interesa nada menos que «la conversion de los tres reinos y la subversion entera de esta «pestilencial herejía, que, hace ya tiempo domina y ha domina«do esta parte septentrional del mundo. Jamás hemos tenido tan«tas esperanzas desde el reinado de nuestra infortunada María.» Y añade en otra carta: «Yo deseaba ardientemente la continua«cion de una correspondencia con el P. Ferrier, persuadido de «que nuestro Soberano, mi amo el duque, y su Majestad cristia«nísima se hallaban interesados en unirse tan estrechamente, que «fuese imposible separarlos sin destruirlos.»

Sabia Colman que los miembros del Parlamento estaban dispuestos á venderse á quien mas les diese, por cuyo motivo escribia al Jesuita: «Yo aseguré á Mr. de Rouvigny [1] que los flamen«cos y españoles no economizaban el dinero para animar contra «la Francia al gran tesorero, al guardasellos, á los obispos, y á «todo lo que se llama antigua nobleza. Tampoco eran menos há«biles en desacreditar el papismo. Sabian servirse oportunamen«te del bolsillo, que es el medio mas eficaz de hacerse amigos, «para que dejasen de alentar á todo el mundo contra el duque «de Yorck como á patrono de la Francia y de la religion católi«ca.» «Carlos II, añade Colman, ordenó á Mr. de Rouvigny que «tratase con el Duque, y que recibiese y ejecutase sus órdenes; «pero advirtióle que no solo no se le hiciese ninguna propuesta «concerniente á la Religion, sino que deseaba que semejantes «asuntos fuesen remitidos al P. Ferrier ó á Mr. de Pomponne.»

Merced á esta correspondencia, cuyo secreto jamás habia pene-

[1] Mr. de Rouvigny era á la sazon encargado de negocios de Francia en Londres.

trado Oates, se dedicó el anglicanismo, sin contar con él para nada, á resucitar una nueva conjuracion, cuyo móvil fueron tambien los Jesuitas, y á quienes acusaban los Protestantes de haber intentado restablecer en Inglaterra el catolicismo por medio del incendio y la efusion de sangre. Pero no faltó un Antonio Arnauld que se lanzase á la defensa del Instituto. «Déjase conocer por es-«tas cartas, dice el Jansenista en su *Apología* [1], que solo escribia «al P. Ferrier, y después de la muerte de éste al P. Lachaise, con «el objeto de que fuesen los mediadores cerca del Rey, y que na-«da se hacia sin dar parte á S. M.» Y volviendo luego al pretendido complot de los Jesuitas: «¿Puede decirse tal cosa, exclama, «después de haber leido esas cartas, que prueban hasta la evi-«dencia que todo se trataba con el Rey por la mediacion del Pa-«dre Lachaise ó de Mr. de Pomponne, sin que sea sospechado «S. M. de haber aprobado esos designios crueles y sanguina-«rios que tan falsamente se atribuyen á los Católicos? Lo que se-«ria una calumnia tan diabólica, que no se pudiera haber dado «la menor idea de ella sin merecer la execracion, no solo de to-«da la Francia, sino de todo el género humano.»

La buena fe de Arnauld, del enemigo implacable de los Jesuitas, les tributa el mas brillante testimonio; pero este, que convencerá á la posteridad, no fue suficiente á desarmar los odios políticos del anglicanismo. Los dos Jesuitas, cuyo corresponsal se improvisaba Colman «habian rechazado siempre sus ofertas, «dice Lingard.» Las pruebas estaban á la vista del Consejo privado. Sin embargo, pasaron adelante los lores, encarcelando á Colman, y agregándole en los calabozos á los cómplices que le asignaba la razon de Estado. En esto, fue hallado muerto sir Edmundo Bury Godfroy, que habia recibido la primera deposicion solemne de Oates; y habiendo declarado dos cirujanos que se notaban en su cuerpo ciertas señales de violencia, bastó esto solo para que los herejes hiciesen un mártir del *papish plot* al amigo íntimo de los Jesuitas y de Colman. Proyectando conmover las masas populares, no se contentan con propalar que ha sido víctima de los Jesuitas, sino que exponen el cadáver á la curiosidad, es decir, á la *veneracion* pública [2]. Háblase de un degüello univer-

[1] *Apología de los Católicos*, pág. 271.

[2] Los Anglicanos, que siempre tienen razones concluyentes para todo, no pudieron jamás explicar el interés que podian tener los Jesuitas en la muerte

sal, de incendios generales, y de un envenenamiento en masa, señalando siempre y do quiera al pueblo la mano destructora de los Jesuitas ocupados en preparar estos atentados. Reúnese el Parlamento, y aparenta estar atemorizado; exige del Rey que tome todas las medidas imaginables para su seguridad; rodéase él mismo de precauciones insólitas, y ordena una informacion sobre las delaciones de Tito Oates, entrando á presidirla el conde de Shaftesbury. Cortesano este del poder, cualesquiera que fuese, habia servido á todos los partidos, profesado todas las religiones, y sin pensar mas que en sus intereses: orador brillante, publicista consumado, espíritu móvil, y genio tan vasto como perverso, habia reducido la traicion á sistema. Cada opinion le habia visto exagerar sus principios; y á todas las habia vendido una tras otra. Revolucionario por necesidad, mas bien que por conviccion, aceptó la república de los Santos y á Cromwell: se unió con Monk á la causa del trono, luego que vió bambolear el edificio republicano; y ministro del Rey durante muchos años, dió al catolicismo las mismas prendas que antes habia ofrecido al culto dominante.

Quinientas libras esterlinas estaban prometidas al delator que descubriese á los autores de la muerte de Godfroy. Cerciorada la impostura de que no tardarian en encontrar por do quiera engañados ó cómplices; y hallándose al lord Shaftesbury para alentarlos, se presenta Beldoc en el Parlamento el 4 de noviembre de 1698, con el objeto de ganar la recompensa legalmente votada; y después de revelar que lord Bellasis era el instigador del asesinato, añade, que él mismo, secundado por varios Jesuitas,

de este juez de paz, que les prestaba mas de un servicio. Los Puritanos, Presbiterianos y Episcopales desempeñaron su cometido, esparciendo con profusion un soneto, cuyos últimos versos que se refieren á la Compañía, son los siguientes:

Sir Edmundo Godfroy fue asesinado
Porque en rey terminaba su apellido:
Y este crimen atroz fue consumado
Por solo complacer, como es probado,
Al jefe de su Iglesia y su partido.

De esta manera los hijos de los regicidas de 1619 acusaban en 1678 á los Jesuitas, de haber muerto á este magistrado, porque las tres últimas letras de su apellido terminaban en *roy*, rey; añadiendo que lo habian hecho porque este sacrificio debia ser agradable á los ojos del soberano Pontífice.

habia atraido á sir Edmundo al patio del palacio de Sommerset, domicilio de la Reina, y que en él habia sido asesinado este magistrado por otros Jesuitas. Habiéndole chocado al Rey la hora que indicaba Beldoe, pregunta á sus oficiales, y encarga á su hijo natural, el duque de Monmouth, que tome nuevos informes; y bien pronto se halla averiguado y probado que el mismo Carlos II se encontraba en Sommerset con un centinela á cada puerta y una compañía de guardias en el patio, en el momento en que Beldoe se acusaba con tanta compuncion de un crímen imaginario, cuyo teatro debiera haber sido aquel mismo patio.

A pesar de haberse frustrado la conspiracion de Oates y Beldoe, prosigue Shaftesbury en forjarse una tabla de salvacion parlamentaria de unos medios tan vergonzosos. «¿No veis aun, le «decia el Dr. Burnet, una de las antorchas de la iglesia anglica-«na, que todos los testigos que se presentarán en este negocio «no serán otra cosa que unos espadachines?—Y ¿no sabeis vos, le «contestó su interlocutor, segun lo consigna el mismo Burnet en «sus *Memorias*, que cuanto mas extravagante sea nuestro com-«plot, tanto mas crédulo se mostrará el pueblo, entusiasta frené-«tico de lo maravilloso? Cualquiera que sea su testimonio, guar-«démonos de debilitarle; esos sugetos parecen bajados del cielo «para salvar á la Inglaterra del papismo y de la tiranía.»

Triste es decirlo, pero la degradacion del pueblo inglés justificada con ese cinismo de la inteligencia, era una verdad entonces como lo es en la actualidad. Shaftesbury no tenia fe ni en la majestad, ni en el anglicanismo, ni en los Jesuitas: no tenia fe mas que en su ambicion. Los Jesuitas y los Católicos de la Gran Bretaña pasaron á ser una palanca de que se sirvió para destronar á los Estuarts ó para hacerse comprar por ellos. Oates y Beldoe habian encontrado, en fin, un hombre digno de comprenderlos. No ignoraban que Shaftesbury, enemigo personal del duque de Yorck y de los Jesuitas, que le despreciaban, seria en todas las circunstancias su consejero y su apoyo; y marchando por lo mismo á pasos agigantados por la via de las revelaciones que hasta entonces no habian hecho mas que indicar, no tardó el complot en desenvolverse bajo sus manos. El 23 de octubre de 1678 hizo leer Oates en la cámara de los Lores una deposicion, en la que se acusaba á Inocencio XI, «uno de los Pontífices mas san-«tos, dice Arnauld, que han ocupado de mucho tiempo á esta

«parte la cátedra de san Pedro [1].» Investido el P. Oliva, General de la Compañía, del gobierno de los tres reinos, en virtud de los poderes que le habia otorgado este sucesor de los Apóstoles, se ocupaba á la sazon en proveer los primeros cargos del Estado. Oates, que pretende haber tenido ocasion de leer el original del Breve, en el cual, segun él decia, habia tomado Inocencio XI el título de rey de la Gran Bretaña, declaraba tambien haber leido los decretos de los Jesuitas, por los que nombraban canciller á lord Arundel; tesorero al conde de Powis; general en jefe á lord Bellasis, y teniente general á lord Peters. A los lores Pedro y Ricardo Talbot se les conferia el mando de la Irlanda; sir Godolphin, pasaba á ser el guardasellos privado; Colman, secretario de Estado, y el conde de Stafford estaba encargado de un empleo que Tito Oates tenia la discrecion de no especificar. El General de los Jesuitas habia organizado desde Roma todo este Gobierno, y para consolidarle, el P. White, provincial de la Compañía en Inglaterra, permitia que se le obligase á aceptar el arzobispado de Cantorbery. Oates habia visto los Breves auténticos, y Shaftesbury fingia creerlo. En el mismo dia fueron encerrados en los calabozos de la torre de Londres Arundel, Powis, Stafford, Peters y Bellasis; mientras que denunciado al dia siguiente por Oates el lord Castlemaine, rival de Shaftesbury, como á Jesuita y cómplice del atentado, pasó á unirse bajo los cerrojos de la misma prision con los Padres de la Compañía de Jesús y con los demás lores.

Los discursos, los actos, los terrores de Shaftesbury, las imprecaciones que dictaba á los periódicos, habian difundido el miedo en el pueblo inglés. El Parlamento aprovechó este terror para hacer pasar un proyecto de ley que nunca habia podido obtener la sancion legislativa. Adoptóse el juramento del *Test* [2], y los ca-

[1] *Apologia de los Católicos*, pág. 288.

[2] El acta del *Test*, cási enteramente derogada por el *bill* de emancipacion, promulgada bajo el reinado de Guillermo IV, obligaba á todos los empleados civiles y militares á prestar su juramento ó á hacer su declaracion contra la transustanciacion, en uno de los tribunales de Westminter ó en las *Quater sessions*, en los seis meses del *calendario*, á contar desde su admision: la misma obligacion tenian tambien á recibir en el mismo tiempo el sacramento de la Cena en alguna iglesia pública, inmediatamente despues de los oficios y sermon, así como á remitir á la corte un certificado firmado por el ministro y los fabriqueros, y á dar por último una prueba de todo por medio de dos testi

tólicos, príncipes, pares, miembros de la cámara baja, ó cualesquiera otros, quedaban para siempre separados de las asambleas legislativas y de la presencia del Soberano. Esto era sinónimo de excluir al duque de Yorck del trono y de la Inglaterra. Constábale á Carlos la inocencia de su hermano, así como la de los Jesuitas y demás católicos; pero ni la señorita de Querouale, jóven francesa á quien habia elevado al rango de duquesa de Portsmouth, y que habia conseguido fijar la inconstancia de sus deseos, pudo jamás inspirar un vigoroso pensamiento de justicia á este egoismo en el trono, ni Carlos Estuart protestó jamás sino con chistes contra el fanatismo del pueblo; y de semejantes chistes se atrevió á servirse, cuando la sangre de los Jesuitas y de los Católicos empezó á inundar los patíbulos.

«El proceso entablado contra cinco Jesuitas, acusados por Oa-«tes en el mes de febrero de 1679, y juzgados con la misma fe-«cha, entretenia, dice Mazure [1], el ávido y estúpido furor del «pueblo. El P. Ireland, uno de estos religiosos, se hallaba acu-«sado de haber dado las órdenes convenidas con su Compañía «para asesinar al Rey, mientras los PP. Grover y Pikering, ca-«pellanes de la Reina, habian recibido órden, decian, de dispa-«rar contra S. M. en Windsor, el primero por el premio de mil «y quinientas libras esterlinas, y el segundo por el de treinta mil «misas que habia preferido al salario de su cohermano. Habia es-«piado al Monarca en Windsor, y la pistola habia faltado tres «veces: la primera, por no haber dado chispas la piedra; la se-«gunda, por habérseles olvidado cebarla; y la tercera, en fin, «porque estos regicidas poco diestros habian introducido solamen-«te balas en la pistola, sin acordarse de echar antes la pólvora. «Decíase que esto debia atribuirse á otros tantos milagros de la «Providencia, que guardaba la vida de Carlos. Respecto al Padre «Ireland, fuele inútil del todo probar el *alibi* [2]: la autoridad le-

gos dignos de crédito: todo bajo la multa de 500 libras esterlinas y de ser declarados inhábiles para poseer sus empleos ú oficios. (*Comentarios sobre las leyes inglesas*, por Blackstone, tomo V, pág. 285).

[1] *Historia de la revolucion de Inglaterra de* 1668, por Mazure, inspector general de la universidad de Francia; tomo I, pág. 216.

[2] Dícese en castellano *coartada*: término forense que se emplea con el verbo probar, y que significa hacer constar el acusado que al mismo tiempo y hora en que se cometió el crímen estaba ausente del paraje en que se consumó.

«gal del juramento de Oates y Beldoe consagró jurídicamente es-
«tas groseras fábulas, y los jurados se pronunciaron contra los «supuestos reos. *Sí, señores jurados, les dijo el caballero Guillermo* «*Scroggs, jefe de justicia, despues de su declaracion, habeis obrado* «*como leales súbditos y como buenos cristianos. Vayan ahora los cul-* «*pables á disfrutar de sus treinta mil misas.*»

¿Qué clase de gente venian á ser, pues, esos magistrados y ese pueblo inglés que, en presencia de aquellos hombres inocentes, no encontraban en su piedad, ó al menos en su política, sino un miserable sarcasmo?

Carlos II no creia en el complot; el Parlamento, los magistrados y el clero anglicano participaban tambien de la incredulidad del Monarca; pero como la sangre de los Jesuitas venia á ser para ellos una especie de satisfaccion, fueron estos destinados al suplicio, donde espiraron á manos del verdugo los cinco Padres acusados por Oates, Beldoe, Prance, Dugdale y demás cómplices de su impostura. El Parlamento, que temia á la Francia, se contentó con expulsar de su territorio al P. Claudio de la Colombière.

El bill del *Habeas corpus* [1], ó sea la garantía de las libertades inglesas, cayó en desuso, á favor de aquella sed de sangre que fomentaba la herejía en las entrañas de la nacion. Acababan de asesinar con la ley en la mano á los Jesuitas, y querian ofrecerla el espectáculo de sus pares muriendo á su vez en el cadalso. La exasperacion habia llegado á su apogeo; Shaftesbury triunfaba por fin. El conde de Stafford, el amigo de los Jesuitas, se vió arrastrado ante la justicia protestante. Este anciano de setenta años, que habia consumido sus fuerzas en servicio de la monarquía, al verse agobiado bajo el peso de las maldiciones de aquel pueblo de insultadores, no solo volvió á recobrar su antigua energia, sino que, como refiere David Hume [2], «hizo observar á sus jueces

[1] El *Habeas corpus* es el resultado del famoso bill de derechos obtenido por el Parlamento, la interpretacion del artículo de la Gran Carta, que se expresaba en estos términos: «Ningun hombre libre puede ser detenido ó aprisionado sino en virtud de una sentencia de sus pares, ó por un permiso de «estos, ó bien por una órden expresa del soberano.» Estas últimas expresiones fueron las que impulsaron al Parlamento á declarar que todo sugeto encarcelado tendria opcion á recurrir al canciller ó á uno de los doce jueces en ejercicio, para ser trasladado al tribunal supremo. El *warent*, que manda al alcaide presentar el cuerpo del preso, empieza por estas palabras: *Habeas corpus.*

[2] Hume, *Histori of England.*

«la infamia de los testigos, las contradicciones y la absurdidad «de sus deposiciones, probando lo incompatible de su extrema- «da indigencia con el poderío de unas gentes á quienes suponian «empeñadas en una conspiracion con reyes, príncipes y magna- «tes; y renovando, en fin, su protesta de inocencia con una efusion «y una sencillez mas persuasivas que todos los adornos de la re- «tórica.» Mas á pesar de la evidencia, se vió condenado á la pena de horca y á ser descuartizado, sin que Carlos tuviese el valor de indultar á sus leales virtudes. Aterrada su cobardía al observar la alegría feroz de los Presbiterianos y Anglicanos en derredor del cadalso de los Jesuitas, únicamente osó conmutar en decapitacion la pena de horca: clemencia infame, que permitia á los enemigos de los Estuarts tomar la medida de su gratitud.

Mas, si el Monarca abandonaba á los republicanos la cabeza del antiguo realista, los republicanos, *agradecidos sin duda* á tamaño obsequio, propusieron al Parlamento por el órgano de sus scheriffs, que declarase que el Soberano no tenia derecho alguno de detener el curso de la justicia. «Nada prueba mejor, añade «Hume, la furia de aquellos tiempos, que el ver á un lord Rus- «sell, á pesar de las virtudes y humanidad de su carácter, secun- «dar el bárbaro escrúpulo de los scheriffs.» El 29 de diciembre de 1680 murió Stafford en el patíbulo; y aunque no les cupo la misma suerte á los lores Arundel, Powis, Peters, Bellasis y Talbot, se contentaron contener los cautivos el mayor tiempo posible.

Los Católicos solo encontraron iniquidad en sus jueces. Lord Russell y Algernon Sidney, que se habian declarado sus mas encarnizados enemigos, se vieron, en union del conde de Essex, y por uno de esos sistemas de equilibrio político que tienden á diezmar ó á denigrar al menos todos los partidos en favor de un medio imposible, acusados del mismo crímen que acababan pocos años antes de perseguir en los Jesuitas. Habíanse ostentado implacables contra los Católicos, y, en el momento en que otros nuevos Titos Oates inventaron el complot de Rye-Housse, se vieron hechos el blanco de las mismas animosidades y de las mismas injusticias [1]. Shaftesbury habia perdido á los unos, Jeffreyes perdió á los otros.

[1] En la *Vida de Jacobo II*, por el Dr. Clarke, y en otros varios historiadores ingleses, se halla admitido como realmente efectuado el complot de Rye-

Carlos II sucumbió en 16 de febrero de 1685 á un ataque de apoplejía, y murió como católico [1], después de haber por una debilidad hipócrita renegado de su fe, y dejado perseguir á la Religion que los latidos de su conciencia le decian ser la verdadera. Arrepintiéndose de su cobardía en el lecho de la muerte, y depositando en el seno del P. Huddleston, que, después de la batalla de Worcester, habia sido uno de sus salvadores, las faltas que, á los ojos de la historia, serán siempre crímenes, legó á su hermano el duque de Yorck una corona que habia comprometido. Cuando subió al trono Jacobo II estaba ya condenada la dinastía de los Estuarts; pero esto no bastó para que el nuevo Rey fuese saludado con la aclamacion general de la Gran Bretaña. Sabíanle católico ferviente; pero esperaban que fuese justo, y que después de haber padecido tan largo tiempo por su Religion, se haria de la tolerancia un deber y un escudo. La diputacion de los Cuákaros, que pasó á felicitar su advenimiento, le dijo: «Nos «aseguran que tu fe respecto á la iglesia anglicana no es mas «sólida que la nuestra, por lo tanto esperamos nos otorgues la «libertad que te has concedido á tí mismo.»

La Inglaterra se dejó imponer el error y la guerra civil, y aun se hizo perseguidora por conservar el culto que Enrique VIII é Isabel la habian obligado á aceptar. El Parlamento, que por su parte no cesaba de perseguir al papismo en los Jesuitas que se mostraban sus mas celosos defensores, temia que el nuevo Monarca, para realizar el plan que pudiese haber concebido, supiese dictar su voluntad como los dos últimos Tudor. Tal era el pensamiento que necesitaba poner en práctica, y el que le aconsejaba Luis XIV, escribiendo, en el mes de agosto de 1685, á su embajador Barrillon: «Fácilmente podria el Rey de Inglaterra, de«cia el Monarca francés [2], y seria tan útil para la seguridad de «su reino, como para el reposo de su conciencia, el restablecer

House, citando estos escritores en apoyo de sus asertos las revelaciones del duque de Montmouth y las intrigas de lord Shaftesbury, quienes tomaron, segun ellos, una parte activa en esta conspiracion. Los Protestantes republicanos, cuyos jefes eran Russell y Sidney, han podido como algunos católicos, buscar en un movimiento político el triunfo de sus ideas, pero de este movimiento á un asesinato hay una gran distancia.

[1] Despachos de Mr. de Barrillon, embajador de Francia en Londres.

[2] Piezas justificativas de la obra de Fox: *A History of the early part of the reign of James the second.*

«el ejercicio de la religion católica, lo cual empeñaria, especial-
«mente á los que ya la profesan, á servirle con mas fidelidad.
«Cuando al contrario dejando perder una coyuntura tan favora-
«ble como la que se le ofrece en la actualidad, no hallará nunca
«quizás tanta disposicion de todas partes para concurrir á sus de-
«signios, ó para permitir que los ponga en ejecucion.»

Pero esta política no se avenia con el carácter irresoluto de Jacobo II. Habíase mostrado digno del trono hasta subir á él; pero desde este dia, vaciló perpetuamente entre el bien y el mal: entre el bien que ambicionaba, y el mal cuyos esfuerzos temia: quiso ser rey constitucional, no ignorando que este título absorberia su poder. Para él no fue una leccion la facilidad con que Enrique VIII, María é Isabel habian hecho adoptar las variaciones mas extrañas y contradictorias en el culto público; creyó arribar á su objeto sin energía ni sacudimiento de ninguna especie; y lisonjeándose de poder obtener por medios tortuosos lo que, en tales circunstancias, debe ser siempre arrebatado á viva fuerza, aun á riesgo de perecer en una gloriosa borrasca, buscó apoyos en todos los partidos; lo que venia á ser sinónimo de estimular las traiciones, y de ponerse á merced del protestantismo, que habia hecho causa comun con su yerno, Guillermo de Orange.

Apenas subió al trono, puso Jacobo en libertad á los Católicos y Cuákaros, que la inquision anglicana tenia aherrojados en sus calabozos. Profesaba públicamente su religion en White-Hall, y otorgaba la misma facultad á sus súbditos. Honrábalos demasiado para suprimir, por su propia autoridad, aquel fanático festejo tan agradable á los antiguos Anglicanos, en el cual se quemaba todos los años al Papa y al diablo en una misma hoguera. Los Jesuitas, proscritos la víspera, batidos por las ciudades y campiñas, y expuestos á los insultos públicos y á los ultrajes parlamentarios, habian visto cambiarse su posicion como por ensalmo. La multitud, cuyas ignorantes desconfianzas no eran ya excitadas, los acogia con respeto; y sabedora de que los inventores de los últimos complots confesaban una parte de sus imposturas, regresaba por sí misma á sentimientos mas moderados. Jacobo II se aplaudia de esa calma en los ánimos, que no preveia pudiese ser precursora de una tempestad; y dejando todos los negocios en manos de Sunderland, su ministro predilecto, no se ocupó en

adelante mas que en contrabalancear todos los intereses y dejar satisfechas todas las creencias.

Lord Spencer, conde de Sunderland, era uno de esos políticos que á cada paso producen las revoluciones. Cortesano de los reyes, al par que adulador de los pueblos, y diplomático que descontaba sus sacrificios, ó se hacia pagar con antelacion sus calculadas traiciones, habia llegado á granjearse la confianza de Carlos II y de su Parlamento. Con este título combatió las tendencias católicas del duque de Yorck, y hasta llegó á pedir que fuese expulsado del territorio. Pero Jacobo olvidó unas injurias de que cesaba de ser el blanco con su advenimiento al trono. Sunderland era astuto, y comprendió que la Inglaterra, segun la marcha del espíritu público, podia muy bien regresar al catolicismo con la misma facilidad que lo habia abandonado, y se dió prisa á darle un ejemplo. «El Rey mi amo, decia, segun el testimonio de Fox [1], « no ha tomado nada tan á pechos como el deseo de restablecer el « culto católico. Verdad es que, si se ha de atender al buen sen« tido y á la recta razon, no puede hacer cosa mejor, porque sin « esto, nunca estará seguro, y se hallará siempre expuesto al ce« lo indiscreto de los que tratarán siempre de acalorar á las ma« sas contra el catolicismo, mientras este no se halle completa« mente asegurado. »

Hablaba Sunderland como político ilustrado por la experiencia, y como hombre que habia meditado las grandes lecciones de la historia. Lo mismo que Luis XIV, deseaba ver á Jacobo renunciar á los paliativos que comprometen todas las causas, y servia al Rey sin amor ni odio, aunque con inteligencia. Cuando la catástrofe de 1688 acarreó la caida de los Estuarts, cayeron sobre él algunas sospechas de haber tomado parte en el complot del protestantismo. Guillermo de Orange se le agregó mas adelante, y le nombró lord Chambelan. Sin embargo, no se debe olvidar que los caractéres del temple del de Sunderland son hechos mas bien para administrar que para gobernar. Sunderland no hizo traicion al Rey, á quien creia enérgico, pero le abandonó en el momento mismo en que echó de ver que se abandonaba á sí mismo: no se sentia con fuerza para dominar los sucesos, y por lo mismo se supo gobernar para no verse arrastrado por ellos. Los Jacobistas le han tachado de perfidia; este es el último con-

[1] *History of the early part of the reign of James II.*

suelo de los partidos vencidos. Sunderland, como otros tantos espíritus débiles ó ambiciosos, llevó consigo su fidelidad de fortuna en fortuna, y su ingratitud de desgracia en desgracia; pero si el Monarca hubiese escuchado sus consejos y los que le daba el P. Peters, no habria venido el caso de poderse dirigir á Sunderland semejantes acriminaciones.

Eduardo Peters, hermano de lord Peters, muerto en los calabozos de la torre de Londres á consecuencia de las delaciones de Oates, residia en la corte de White-Hall, mas bien como amigo y consejero de Jacobo, que como Jesuita y director suyo. En un principio habia tenido por confesores al capuchino Mansuet, natural de Lorena, que fue despedido bajo el pretexto de no ser inglés, y en seguida al P. Juan Warner, de la Sociedad de Jesús [1]. Peters ejercia, sin embargo, tan grande influjo en el ánimo de Jacobo, que la Órden entera, y en especial la provincia de Inglaterra, habian padecido infinito por causa suya. Triunfaban por fin los Jesuitas, después de haber sido perseguidos por tanto tiempo; y esta transformacion súbita empezaba á alarmar á algunos ánimos. Varios sacerdotes seglares sospechaban del poder que se le atribuia: el protestantismo se confesaba batido; y tratando ciertos católicos de inspirar al Monarca algunas prevenciones contra la Compañía, proclamaron que era exclusivamente francesa. «El «nuncio del Papa, Mons. Adda, escribe Barrillon á Luis XIV «en 1686, conserva una buena inteligencia con el P. Peters y «demás Jesuitas; es decir, esto en cuanto se atreve á hacerlo; «porque no están persuadidos de que el Papa les favorece, ni de «que trate de acreditarlos aquí ó en otra parte. Yo sé que han «dicho al Rey que no debia fiarse enteramente de los Jesuitas, «porque son demasiado adictos á V. M. y á sus intereses. Pero «este modo de discurrir proviene de Roma, y no hace impresion «alguna en el ánimo del Príncipe; antes por el contrario, cada «vez se aumenta mas el crédito del P. Peters.»

Este Jesuita se hallaba en una posicion excepcional. Descen-

[1] Sir Juan Warner y su mujer abrazaron la religion católica, el primero en 1664, la segunda en 1667; separándose ambos en el mismo dia, el marido para ingresar en la Órden de los Jesuitas, y la mujer en el de Santa Clara, en Gravelinas. El P. Warner fue provincial de la Compañía, rector del colegio de San-Omer, y confesor por último de Jacobo, á quien siguió á Francia, y donde murió en 1692.

diente de una familia distinguida, que habia ofrecido mas de una prueba de fidelidad á los Estuarts, se creia menos ligado á su Órden que á la dinastía escocesa. Jacobo II se habia apresurado á solicitar del papa Inocencio XI por medio de Castlemaine, su embajador en Roma, que se dignase elevar á Peters á la dignidad episcopal; pero solo obtuvo una negativa fundada en las Constituciones de los Jesuitas. Visto que la Santa Sede no admitia la real súplica, exige por la mediacion del cardenal de Este, hermano de la Reina, que se le reservase al Jesuita un capelo; exigencia á que tambien se mostró inflexible Inocencio. Mas, si el Pontífice se resistia al mas ardiente de sus deseos; si las dignidades eclesiásticas no podian ser la herencia del Jesuita, su consejero benévolo, quiso al menos nombrarle secretario del gabinete, y le invistió oficialmente con todo el lleno de su confianza, sin que el P. Peters opusiese ninguna especie de resistencia. La Compañía de Jesús habia quizás inspirado á Inocencio XI la conducta que observó en esta ocasion; pero no se lee ninguna clase de prohibicion por parte del General, como la que aparece dictada por Pablo Oliva, cuando fue llamado Fernandez á las Cortes portuguesas. Peters, individuo del Consejo privado, acababa de aceptar una dignidad temporal incompatible con los Estatutos de san Ignacio; y los Jesuitas, sin embargo, no han protestado, ó á lo menos este documento ha desaparecido, lo que no parece muy probable. Nosotros referimos los hechos tales como se presentan; pero, para explicar el silencio del Instituto en vista de semejante infraccion, debemos confesar que muchas veces era difícil impedir que los monarcas confiasen á los Padres de la Sociedad, sus súbditos, unas funciones tan poco en armonía con las reglas de una Órden religiosa. El General y los asistentes de la Compañía preveian suficientemente el peligro que podia originarse de una violacion tan marcada del pacto fundamental; pero muchas veces se veian precisados á tolerar este abuso por evitar otros mayores. Así sucedió, en la misma época, con el confesor del emperador José I de Alemania, quien habiendo sido llamado á Roma por el General de la Compañía, porque le ocupaban mucho mas tiempo los negocios del Estado que los de su santo ministerio, fue la causa inocente para que «irritado el Emperador, de«clarase al Nuncio del Papa, que exigia su marcha, que si era «absolutamente indispensable que su confesor marchase á Roma,

«no iria solo, sino que le acompañarian todos los Jesuitas resi-«dentes en los Estados austríacos, para no volver á presentarse «jamás en ningun punto del imperio [1].»

Ignoramos si Jacobo II dirigió al General estas ó semejantes amenazas; pero lo cierto es que, deseando la décimasexta congregacion contrarestar la munificencia de los soberanos, al paso que ligar mas estrechamente á sus reglas á los genios ambiciosos y turbulentos; y no queriendo dejar la menor duda acerca de sus intenciones, tomó en su vigésimosexto decreto medidas mas serias que en lo pasado.

«Aun cuando nuestras leyes, dice, prohiben tan clara y expre-«samente á los nuestros el inmiscuirse de ningun modo en los ne-«gocios públicos y mundanos de los príncipes, concernientes al «gobierno del Estado, que no es necesario formular un nuevo de-«creto sobre esta materia; la Congregacion, sin embargo, que «desea mostrar su solicitud en un punto tan importante, ha or-«denado, y ordena á todos y cada uno de los nuestros, que, si «en algun tiempo tratasen los príncipes de encargarles algun «negocio político, les adviertan con religiosa modestia y ener-«gía, que nuestras leyes nos prohiben mezclarnos en esa clase «de asuntos.»

La Inglaterra salia de una lucha encarnizada para entrar en otra. Con ideas bien determinadas hubiera podido Jacobo llegar al objeto que se habia propuesto; pero no por medio de tergiversaciones ni concesiones. No se trataba ya de que fuese católico ó protestante, puesto que se le habia admitido á pesar de su culto; todo consiste en que no supo ser rey. Peters al menos, ora fuese escrúpulo ó prevision, cesó de mirarse en adelante como Jesuita. «El domingo 9 de octubre de 1687, subsiguiente á su promo-«cion, dice Lingard, apareció el nuevo dignatario en la capilla «de White-Hall, no con la sotana del Instituto, sino con el traje «de sacerdote seglar, tomando asiento algunos dias después, por «órden del Soberano, entre los consejeros privados.» Los Jesuitas, y entre otros el P. Orleans en su *Historia de las revoluciones de Inglaterra,* impresa en el año de 1688, ponen en duda la fidelidad de Sunderland, haciéndole entre otros el cargo de haber introducido al P. Peters en el Consejo. Si el conde de Sunderland fue traidor por haber compelido á la amistad de Jacobo á lanzar

[1] *Historia de los confesores,* por el abate Gregorio, pág. 169.

un reto semejante á los Anglicanos, el P. Peters es mucho mas culpable, á nuestro modo de ver, por haber cedido á una reprensible ambicion, ó á una violencia moral, que sus votos y el mismo interés de su Sociedad debian hacerle rechazar como un mal pensamiento, y porque su instalacion en el Consejo era un arma que se ofrecia al protestantismo. Jacobo disfrutaba de su corona en medio de oscilaciones perpetuas, y con este carácter siempre vacilante no era posible realizar bien alguno.

Habia hecho de su favorito Peters el agente ostensible de su política; doble error de que no tardaron en aprovecharse los Protestantes con Guillermo de Orange á su cabeza. Durante este tiempo, recibió Dikvelt, embajador de Holanda en Londres, una comunicacion del yerno de Jacobo, participándole que acababa de interceptar una carta dirigida por los Jesuitas de Lieja á sus hermanos de Friburgo. Auténtica ó falsificada, lo cierto es que esta carta anunciaba que el Rey de la Gran Bretaña se habia hecho afiliar en el Instituto, de lo cual se habia mostrado muy satisfecho; prometiendo adoptar los intereses de su nueva patria adoptiva, con el mismo empeño como los suyos propios; que para ello contaba con el apoyo de la Compañía, quien no dejaria de suministrarle misioneros capaces de hacer volver á su imperio al catolicismo; y que, por último, habia contestado Jacobo á uno de sus mas fieles servidores que se lamentaba de ver llamados á dos herejes á sucederle en la corona: «Dios sabrá suscitar un heredero que esté «exento de error, y que sepa garantirnos de esa lepra á nosotros «y á nuestra posteridad.»

Basados en semejante correspondencia, cuyo original jamás ha podido ser presentado, forjaron Guillermo y sus secuaces las hipótesis mas inverosímiles; pero que todas hallaron crédito entre los Calvinistas. Un Jesuita estaba al frente del Gobierno británico; y no siendo menester mas para convencer á los sectarios de que Jacobo II era quizás profeso de los cuatro votos, acusaron á la Compañía en masa y á Peters, como su especial encargado, de hallarse preparando las cosas, con el objeto de producir en breve un falso príncipe de Gales, y colocar la corona de tres reinos en las sienes de un niño desconocido, de quien la Reina no tendria dificultad en declararse madre. María de Módena, esposa segunda de Jacobo, gozaba, es cierto, de muy poca salud; pero era aun demasiado jóven para que pudiese conceptuársela esté-

ril. Esta carta, atribuida á los Jesuitas, que por una extraña peripecia pasaban de repente á ser los árbitros de un país donde por tanto tiempo habian sido mártires, no solo provocó sospechas y excitó desconfianzas, sino que como los herejes los creian capaces de todos los crímenes, aceptaron con entusiasmo los que los Jesuitas parecian aprobar en su supuesta correspondencia.

La conspiracion tramada por el príncipe de Orange llegaba á su término, habiendo sido Peters, y sin quererlo, uno de sus instrumentos. Bien conocia el Jesuita que Guillermo era un traidor y un usurpador, el cual reunia á un espíritu concentrado y á un natural ingrato, un carácter emprendedor, tan indiferente á los reveses como á las victorias, príncipe que no tenia otras ideas del vicio y de la virtud sino lo que necesitaba para corromper ó engañar á los hombres. Habia tenido tal maña para captarse, por medio de astutas condescendencias y respetuosas demostraciones, la amistad de Jacobo, que jamás permitia este que en su presencia tachasen de ingratitud ó perfidia la conducta del holandés: bien es verdad que era el esposo de su querida hija, y Jacobo, cuya alma abrigaba una expansion noble de lealtad, no sabia creer la impostura en los demás. «Por este motivo, dice Hume [1], un «monarca, cuyas faltas venian á reducirse á imprudencias ó er- «rores, experimentó un suplicio á que se sustrajeron los Nerones «y Domicianos, puesto que estos monstruos jamás se vieron aban- «donados de sus propios hijos.» Ya con fecha del 13 de julio de 1685, tratando Luis XIV de suscitar en su corazon algunos recelos contra las maquinaciones de Guillermo, escribia á su embajador Barrillon: «El príncipe de Orange acecha un pretexto «para introducir tropas extranjeras en Inglaterra, y podria muy «bien por sus fines particulares desear tener en ese país soldados «que le fuesen adictos, para poder echar mano de ellos contra «los intereses del Soberano [2].» La inexplicable ceguedad de Jacobo, que se habia ya resistido á todos los avisos de Luis, rechazó del mismo modo las pruebas de culpabilidad que le hizo ver el Jesuita. Tenia fe en las afecciones de familia, y en esos vínculos que ciertas ambiciones largo tiempo reprimidas destrozan con desdeñosa hipocresía, y fueron precisos todo el ascendiente de Luis XIV y toda la adhesion de Peters, para que se prestase á es-

[1] Hume, *History of England, James the second.*

[2] Carta de Luis XIV á Barrillon. (Archivos de los negocios extranjeros).

cuchar sin enojo los motivos de desconfianza que inspiraba el príncipe Guillermo á los amigos de los Estuarts. Hacíanle tocar con el dedo las artificiosas maniobras de su yerno; revelábanle sus esperanzas secretas, é indicábanle, al ver la actitud de los Anglicanos, un próximo é inevitable complot; y Jacobo se sonreia, sin embargo, con aquel aire de cándida confianza que derroca las monarquías, al paso que demasiado probo para recelar el mal, rehusaba asentir aun al crímen probado.

Transcurrióse, pues, en esta agitacion interior el año de 1687, que habia aglomerado la tempestad sobre la cabeza de Jacobo; mientras que este, cuyo ministerio se hallaba fraccionado, solo osaba seguir, para conjurarla, unas impulsiones contradictorias, desmintiendo inmediatamente en los hechos su debilidad ó impericia la energía y violencia de sus palabras. Pensaba ser fuerte amenazando, y sus intimidaciones no producian resultado alguno, porque los enemigos de su poder estaban convencidos de que no era hombre para realizarlas. El soborno de las conciencias legislativas, que es el negocio mas lucrativo de un rey constitucional, no dió otro resultado que un oprobio sin provecho. Jacobo, que habia agotado todos los paliativos sin sacar ventaja alguna, apeló entonces á los medios extremados, haciendo á Jeffreyes magistrado ejecutor de sus tardíos enconos. Jeffreyes, menos implacable que los jueces de Enrique VIII, Isabel y Jacobo I, los cuales condenaban en nombre del protestantismo, se hizo no obstante mas odioso, y aun en el dia le entrega la historia á la execracion pública. El Monarca, empero, que veia escapársele el poder de las manos, trató de asegurarle otorgando á sus súbditos una declaracion de libertad de conciencia; acto que, así en política como en religion, solamente los vencidos son los que le piden, con el objeto de hacerse de él un arma contra la autoridad reinante.

Mas juzgando el anglicanismo que este acto, que tan al vivo heria sus intereses, seria la tumba de su pujanza, puesto que el derecho de orar libremente no estaba conforme con sus pasiones, se levantó en masa contra semejante concesion, de que solo debian aprovecharse los cultos rivales. El arzobispo de Cantorbery, y los obispos de Saint-Asaph, Balh, Ely, Bristol, Peterborough y Chichester, elevaron al pié del trono las quejas de sus iglesias: habian empezado por reclamar la libertad, y una vez ya triunfante su religion, invocaban la arbitrariedad. El 18 de junio

de 1687, ensayando Jacobo un acto de violencia, cuando solo hubiera sido menester apoyarse en los principios de que se habia hecho un broquel el protestantismo, mandó conducir á la Torre á los obispos disidentes, obrando en esto contra el dictámen de Peters y Sunderland [1], que deploraban los funestos resultados de la medida, cuya oportunidad reconocieron no obstante los arzobispos de Saint-André y Glasgow.

Los cómplices de Guillermo de Orange habian carecido hasta entonces, por decirlo así, de motivos legales y determinantes: aun no se habia personificado en hecho alguno popular y ostensible la revolucion proyectada; pero visto que Jacobo la ofrecia algunos mártires que poder honrar, aceptólos el pueblo como otras tantas enseñas. Aumentando en proporciones gigantescas el favor de que gozaba Peters, después de hacer de este Jesuita una conspiracion permanente, pasó este á ser el blanco de todas sus embestidas, de todos los sarcasmos y de todas las calumnias que por una consecuencia inevitable resaltaron contra la Compañía de Jesús. La Sociedad fue en adelante la consigna dada á los predicantes y escritores del anglicanismo. Acusábanla bajo mil formas distintas, tratando de aniquilarla para derrocar mas fácilmente el trono legítimo y la religion católica. El P. Peters, que no comprendia que esta impopularidad que le adoptaban era tan perjudicial á su Compañía como á la Santa Sede, permanecio inactivo bajo este chispazo eléctrico de imprecaciones, y vió hundirse la monarquía, sin que quizás hubiese dado al Rey un mal consejo. Jacobo II, al menos, le tributa este homenaje de justicia, pues hablando un dia en Versalles en presencia de Luis XIV, dijo: «Los que imputan al P. Peters la causa de mis desgracias, «cometen una injusticia, porque no estaria yo hoy en este sitio si «hubiera seguido sus consejos.» Triste confesion del destierro, que la historia debe apuntar en sus registros, sin que por esto quede excusado el Rey ni su favorito.

La revolucion de 1688 solo ha sido un complot de familia, en el que hicieron intervenir á la Religion como el medio mas seguro de sublevar á las masas. Habíase dormido Jacobo en los brazos de las protestas de fidelidad, y se despertó en los de la trai-

[1] Mr. de Barrillon en sus despachos á Luis XIV, afirma que el Monarca fue aconsejado de renunciar á la persecucion de los prelados, y añade: «Fuele dado «este consejo por milord Sunderland y Peters.»

cion. Sunderland habia abrazado el catolicismo el 18 de julio, dia en que nació el príncipe de Gales, cuyo padrino era el papa Inocencio XI. Y como este niño alejaba á Guillermo del trono, contestaron su legitimidad, inculparon á su madre, y acusaron á Peters de una suposicion imposible. En seguida, cuando el de Orange hubo tomado sus disposiciones, comprado el ejército y corrompido el episcopado [1], desembarcó en Torbay en noviembre del mismo año. La familia de los Estuarts habia sido rayada del libro de los tronos, siguiéndola el insulto hasta en la magnífica hospitalidad que dió Luis XIV á sus infortunios. Jacobo II, que habia sido débil é irresoluto en el trono, fue mucho mas grande en su adversidad que sus mismas desgracias. Luis XIV, enemigo personal de Guillermo, era demasiado sensible al instinto monárquico para aceptar sin combate los hechos consumados. Dió armadas y tropas á Jacobo; pero las prosperidades del Monarca victorioso fueron impotentes contra el destino infausto que pesaba sobre los Estuarts. El P. Peters habia acompañado á su Soberano, y no quiso separarse de él ni en las empresas á mano armada, ni en las amarguras del destierro. Esperando los Protestantes que la caida de Jacobo arrastraria tambien la de la Compañía de Jesús, publicaron con esta intencion un folleto, que el mismo Bayle, á pesar de su protestantismo, ha vituperado en estos términos: «Hanse aprovechado tan mal de la indignacion de «los hombres probos contra la fabulosa historieta del P. Lachai- «se, que, cinco años después han osado dar á luz otra obra peor «que esta, cuyo relato, desde el principio hasta el fin, no es «otra cosa que un tejido de fábulas groseras y aventuras quimé- «ricas, referidas con el mayor descaro y en un estilo indecoroso. «Esta bella obrita tiene por título: *Historia de los amores del P. Pe-* «*ters, Jesuita y confesar de Jacobo II, antes rey de Inglaterra, en la*

[1] Viéronse, no obstante, empleados, obispos, ciudades enteras y todo un pueblo, la Irlanda y una parte de la Escocia, que guardaron fidelidad al monarca legítimo. Diez y seis prelados anglicanos protestaron contra la usurpacion. El arzobispo de Cantorbery contestó á la nueva Reina, hija de Jacobo II, que le pedia su bendicion: «Cuando haya obtenido la de su padre, la daré con «gusto la mia.» El Soberano fue seguido en su emigracion por un gran número de familias inglesas é irlandesas que ofrecieron al mundo un ejemplo de adhesion al principio monárquico; pero, para neutralizar la incesante accion de un usurpador, no bastan estas esforzadas fidelidades, porque no es el mejor medio de restablecer un trono el condenarse á una gloriosa miseria.

«cual se leen sus mas particulares aventuras y su verdadero carácter,
«así como los consejos que dió á este Príncipe respecto á su gobierno.»

Y luego, como avergonzado Bayle de las imposturas que señala, añade con una indignacion, tan verdadera en su siglo como en el nuestro: «Mientras haya quien compre semejantes libros, «habrá editores que paguen su composicion é impresion, y por «consiguiente tampoco faltarán escritores bastante degradados «para consagrar á estas materias su pluma venal. Resulta por lo «tanto que el mal no tiene remedio.»

El reinado de Jacobo, como el de todos los soberanos que arruinan su dinastía, no es mas que un encadenamiento de faltas y de calamidades, de las que la mas imperdonable en su posicion fue la de crear ministro á un hombre, que por su vocacion y votos debia permanecer ajeno á la política. Pero si aquel, obcecado por su amistad hácia el Jesuita, ha sido culpable otorgándole su confianza y arrostrando de este modo la opinion pública, el Jesuita ha reasumido sobre su cabeza una responsabilidad todavía mayor. No se trata aquí de la preponderancia, que para bien ó mal ejerció en el Consejo de la Corona: esta preponderancia puede discutirse, y se explica de mil maneras, puesto que ningun documento oficial revela su alcance; pero, al presentarse Peters como el árbitro de los negocios, hubiera debido conocer la vigilante malicia de los enemigos de su Órden, para ignorar que la comprometia en lo presente y en el porvenir. Un Jesuita, miembro del Consejo privado de Inglaterra; un Jesuita, gobernando este reino, y haciendo recaer sobre sus hermanos todos los insultos que tan fácil le era prever, no podia menos de dar á sus adversarios una ventaja que no despreciaron. Es verdad que el triunfo hubiera podido justificar hasta cierto punto su infraccion de unas reglas tan sabiamente establecidas; pero el triunfo abandonó la causa de los Estuarts.

Merced al P. Peters, esta causa, que acarreó la desgracia de sus leales adictos, vino á ser un orígen de injusticias contra la Compañía de Jesús. Los Jesuitas ingleses habian permanecido neutrales á los sucesos que señalaron los últimos años del reinado de Jacobo; pero no por eso los acusaron menos. Por una parte vituperaban la debilidad de los reyes católicos; por otra aparecia la ambicion sin freno de una Sociedad religiosa, que, no contenta con dirigir la conciencia de los príncipes, trataba de

apoderarse del timon de los negocios públicos; y como, en política, nos hallamos siempre mas dispuestos á perdonar un crímen afortunado que una leve falta sin fortuna, la de Peters, bajo cualesquiera aspecto que se la mire, ya en su principio ó en sus resultados, entró en este número. Los católicos ingleses habian invocado la libertad de conciencia; mas no tardó el anglicanismo en hacerles sentir cruelmente que esta libertad no era mas que un sueño.

CAPÍTULO XXVIII.

De la educacion entre los Jesuitas.—Su plan trazado por san Ignacio.—Cuarta parte de las Constituciones.—Fin que se proponen.—Política de la educacion.—Manera de enseñar.—Objeto de los estudios.—Eleccion de clásicos.—Los castigos corporales.—¿Es aplicable aun el sistema de san Ignacio?—Su respeto hácia la libertad de los niños.—Su instruccion gratúita á todos y para todos sin distincion de cultos.—Ocúpanse las congregaciones generales de la enseñanza pública.—Exámen del *Ratio studiorum*.—Escriben los Jesuitas obras elementales.—El libro del Jesuita.—Principios de gramática, prosodia y literatura.—Gramáticas compuestas en todos los idiomas.—Los Jesuitas lexicógrafos.—Todos ellos profesores.—Crean la educacion nacional.—Igualdad en la educacion.—Congregaciones de la santísima Vírgen.—Plan de estas asociaciones.—La bula de oro de Benedicto XIV.—Medios empleados por los Jesuitas para facilitar la instruccion á la juventud.—Afeccion de los catedráticos á sus alumnos.—Representaciones teatrales.—Colegio de Luis el Grande.—Educandos célebres de los Jesuitas.—Régimen interior.—Bacon y Leibnitz juzgando el sistema de educacion de la Sociedad.

Hasta ahora hemos seguido á la Compañía de Jesús en las fases tan diversas de su historia: la hemos visto en medio de los pueblos y en la corte de los reyes, en tiempo de guerra y de paz, en la victoria y en la derrota; y sin embargo, esta existencia múltiple no toca aun á su término. Réstanles todavía á los Padres nuevas luchas que sostener, nuevos peligros que arrostrar, nuevos triunfos que esperar, y enemigos infatigables que combatir; pero antes de acompañarlos hasta el interior de todas las regiones en que han propagado el cristianismo, es indispensable penetrar en el interior de sus colegios. Este es el único medio de explicar su accion en lo pasado, y la que van á desplegar en los fecundos años que precedieron á su caida. El Jesuita se nos ha presentado tan presto en los salones de los príncipes como en medio de los pueblos; le hemos manifestado en los consejos de los Pontífices y entre las naciones civilizadas; y amoldándose con igual amor á las costumbres errantes del salvaje, como á las necesidades morales de las sociedades europeas, ha conducido la palabra de Dios á todas las extremidades del mundo. Réstanos

ahora verle entre los niños, estudiando el plan que trazara Loyola para amamantar en la virtud, ciencia y amor de la patria á las generaciones nacientes.

Cuando Loyola revolvia en su pensamiento este sistema de educacion, cuando ya lo habia madurado por la experiencia, y cuando después de haberlo escrito todo entero de su puño y letra, lo insertaba en el cuerpo mismo de sus Constituciones, formando con él la cuarta parte de ellas, tomaba el siglo XVI posesion de su gloria. Los grandes Santos, los grandes pintores, los grandes poetas, los grandes agitadores, los escritores grandes, en fin, y los artistas sublimes, cuyas obras se hallan consagradas por el tiempo, abrasaban el mundo con las luces de sus talentos. Roma, aquella Roma que alentaba y recompensaba sus genios con munificencia, era la madre de las bellas letras y de las artes, al paso que el piadoso asilo donde la erudicion y el buen gusto encontraban maestros y admiradores. En medio de tantas maravillas, suscitadas por Leon X y sus sucesores, compuso Ignacio el tratado que sirve de basa á la educacion puesta en práctica por los Jesuitas.

En el pensamiento de este hombre, que supo manejar con tanta destreza los talentos, al par que desarrollar hasta su último grado de fuerza las ideas de abnegacion y de sacrificio individual con el objeto de hacerlas servir al triunfo del principio de asociacion, la enseñanza debió ante todo ser moral. Loyola, que conocia demasiado bien el precio del saber, y que habia sometido su inteligencia á pruebas demasiado duras para desdeñar ó descuidar los estudios preliminares, antes de iniciar á los niños en las ciencias humanas, se ocupó de hacer germinar en los corazones la doctrina religiosa. La instruccion era á sus ojos un medio, y no queriendo ocultar el objeto á que tendia, se expresa en estos términos en el preámbulo de la cuarta parte de las Constituciones: .

«Como el fin á que aspira directamente la Compañía es el de «ayudar á las almas de sus individuos y á las de sus prójimos á «obtener el último término para que fueron criadas; y siendo pre- «ciso para esto unir el ejemplo de una vida pura, la ciencia y el «método para exponerla, después de haber inoculado en los co- «razones de los que se admiten á la Sociedad el fundamento só- «lido de la abnegacion de sí mismo y del progreso de la virtud,

«se tratará del edificio de las bellas letras y del modo de servir-«se de ellas, con el objeto de llegar mas fácilmente á conocer y «á honrar mejor á Dios, nuestro Criador y Señor.»

Cuando en el capítulo V determina el plan de estudios, desenvolviendo aun mas su pensamiento, explica Loyola cuáles son los motivos en que se funda para que su Sociedad, apenas nacida, abrace la carrera de la enseñanza. «Como el objeto de «los conocimientos que se adquieren en la Órden es el ser, con «la asistencia de la gracia divina, útil á nuestra alma y á la del «prójimo; esta será tambien, en general como en particular, la «medida y la regla segun las cuales se deberá decidir á qué cla-«se de estudios han de aplicarse nuestros educandos, y hasta qué «punto han de llegar.»

La historia, la poesía, la pintura, las ciencias mismas, todo tomaba su orígen en la Religion en este siglo privilegiado; todo se referia á este principio, todo en él terminaba. Los trabajos de Erasmo, Bembo y Sadolet; la lira del Tasso, de Vida y Sannátaro, y los pinceles de Miguel Ángel y Rafael, se ponian exclusivamente al servicio de la idea cristiana. Glorificábanla en sus obras literarias, en el lienzo y en el mármol; y queriendo glorificarla tambien Ignacio en la juventud, dice en el capítulo XI: «La misma razon de caridad que nos impulsa á encargarnos de «los colegios y á tener en ellos clases públicas con el objeto de «educar en la sana doctrina y buenas costumbres, no solamente «á los nuestros, sino mas particularmente á los extraños, podrá «extenderse hasta hacernos aceptar el cargo de algunas univer-«sidades, para multiplicar el bien que podemos practicar, y pro-«pagarle, tanto por medio de las ciencias que en ellas se ense-«ñen, como por los sugetos que acudan á graduarse, para pasar «después á enseñar con mas autoridad lo que hubieren apren-«dido.»

Tal es el fin que el legislador de los Jesuitas señala á su Instituto: fin tan útil en política como en Religion, puesto que concordaba con las instituciones civiles y creencias católicas, al paso que oponia un enorme dique al torrente de las doctrinas novadoras de que se veian amenazadas la Italia, la Francia y los Estados de la otra parte del Rhin. Ignacio de Loyola no procedia por vias revolucionarias, no invadia, no destruia; antes por el contrario, trataba de conservar. Para él, así como para sus hijos, la autori-

dad parecia residir mas bien en la posesion que en el derecho: la consagracion del poder no se limitaba á sus ojos á reglas inmutables; aceptábanle, y le servian, cualesquiera que fuese su orígen ó su naturaleza.

Monarquía ó república, legitimidad ó usurpacion, una vez admitida la forma de un gobierno por el consentimiento unánime de los pueblos, nada discutian. Acomodábanse á todo con facilidad; porque su reino no era de este mundo. Este sistema de condescendencia ha suministrado muchas veces armas de que se sirvieron los partidos contra los Jesuitas. Sin entrar nosotros á la parte en las exaltaciones de unos y en las desesperaciones de otros, opinamos que, prescindiendo de las individualidades, una Órden así establecida no debia dejarse detener por cálculos terrestres en el movimiento cristiano que se propusiera imprimir. La fe en sus convicciones, la fidelidad á sus juramentos, es siempre un acto honroso para quien puede combatir con la espada, con la palabra ó con el aislamiento. No se hallan en este caso los Jesuitas; no han nacido para defender á los tronos ó para consolidar las repúblicas: su mision solo debe tender á propagar el cristianismo y las buenas costumbres. Los partidos vencidos los han acusado de traicion ó de ineptitud; hanles acriminado la flexibilidad de sus principios en hecho de revoluciones; pero ¿podian ignorar sus detractores, que encargados de intereses mas grandes que los que se debaten con las armas en la mano, y extraños por su ministerio á todas las conmociones, se han hecho un precepto de no discutir clase alguna de gobierno? Obedecen á la ley humana, con el objeto de atraer á los hombres á la ley divina. Esta espontánea secuestracion á la política que no han querido entender los partidos, y que ha prestado tanto vigor á la Sociedad de Jesús, es una obligacion de su Instituto. Vese, pues, condenada con la Santa Sede y el clero, á permanecer muda en presencia de unos sucesos que pueden rozarse con sus afecciones ó esperanzas, y que, produciendo otro órden de cosas, la otorgan la misma libertad para predicar ó para instruir.

San Ignacio, al fundar su Sociedad, no tenia presente una agregacion política, sino una corporacion religiosa, y por consiguiente todo tendia á este objeto: las misiones ultramarinas, la vida interior y exterior, y sobre todo la educacion, componian sus basas y sus cimientos. Loyola no limitaba su Compañía á nin-

guna forma de gobierno, ni la concentraba á ningun país respectivo: solo debia ser la vanguardia y el antemural de la Iglesia militante. Sus filas estaban abiertas para todas las abnegaciones, para todas las inteligencias y para todas las clases: acogíalas sin acepcion de patria, y se contentaba únicamente con recomendarles la fidelidad á Dios y al Pontífice, bien convencida de que este doble deber no podia menos de hacerlos mas fieles á las leyes del Estado en que hubieran de desempeñar el sacerdocio de la educacion.

En el capítulo V de la cuarta parte de las Constituciones se halla luminosamente explicado todo lo que resalta implícitamente del pensamiento de Ignacio al tratar del objeto de los estudios, puesto que entrando á tratar de la manera de distribuir la instruccion, y estableciendo varias clases ó grados, indispensables para quien conoce los hombres, añade: «Como en general las le«tras humanas, la gramática, retórica de los diversos idiomas, la «lógica, filosofía natural y moral, la metafísica, la teología, en «fin, y la sagrada Escritura, sirven para alcanzar este fin, se de«dicarán á estos estudios los que son enviados á los colegios. Si «en estos no hubiese tiempo para leer los Concilios, el derecho «canónico, los Santos Padres y demás reguladores de la conduc«ta, podrá cada uno, despues de haber salido de ellos, y con la «aprobacion de sus superiores, hacerlo en particular, especial«mente si ha hecho grandes progresos en la ciencia. Con arreglo «á la edad, talento, inclinacion é instruccion de cada uno, y con «arreglo tambien á la utilidad comun que de él se pueda esperar, «podrá el súbdito ejercitarse en todas las ciencias, en una sola, «ó en algunas; pero el que no fuese capaz de abrazarlas todas, «procurará sobresalir en la que abrace.»

Y no se contentaba el Fundador con estas precauciones, cuyos minuciosos detalles en nada rebajan su magnitud; venian á terminar todas ellas en la teología y en el derecho canónico. Conociendo Loyola que el espíritu de un siglo tan activo, tan temerario á veces, no dejaria de producir otras actividades, y que la inteligencia de las masas no debia quedarse mas estacionaria que el pensamiento individual; necesitando por otra parte, á su modo de ver, la educacion de los claustros y universidades un nuevo estímulo, al paso que una nueva palanca, se propone exigir ambas cosas de todos los ramos de la enseñanza. Es verdad que

no existen todavía, pero trata de crearlas; y después de recomendar el estudio de las letras humanas, de la historia, elocuencia y poesía, exige catedráticos especiales para el latin, griego y hebreo, tres lenguas madres; y «cuando se juzgue útil, añade, al «fin que nos proponemos, los habrá tambien para el caldeo, el «árabe y malabar.»

Pero aun no ha agotado Ignacio el plan de estudios: sabe que la teología, las artes y las ciencias exactas disponen los ánimos al conocimiento de Dios, elevándolos y fortificándolos, y no quiere por lo tanto excluirlas. Únicamente excluye la medicina y el derecho, *como estudios mas ajenos que los demás*, dice, *al fin de su Sociedad*. Pero, temiendo después comprometer el porvenir con esta exclusion absoluta, la modifica de repente, y sin perjuicio de la ley dictada, admite que la medicina y jurisprudencia puedan ser enseñadas en las universidades del Instituto, con tal que este no se encargue de semejante comision.

Aunque Ignacio era hombre de oracion, y su espíritu creador no se dejaba deslumbrar por ningun género de entusiasmo, antes bien su sagacidad precavia cada movimiento del corazon y todas las agitaciones del ánimo; como ha sentido unos y otras, las regula con una medida perfecta. Si el apego á las letras no sobrepuja á la piedad, lo que, á su juicio hubiera sido una blasfemia, el estudio al menos prevalecerá sobre las mortificaciones. «Si se ha «de tener cuidado, declara en el capítulo IV, de que el ardor «en los estudios no entibie en los estudiantes el amor á la virtud «sólida y á la vida religiosa, tambien es preciso no dar demasia- «do á las penitencias, á las oraciones y prolongadas meditacio- «nes. Si el rector juzgase oportuno conceder á alguno en parti- «cular un permiso mas amplio respecto á esta materia por razo- «nes especiales, deberá siempre hacerlo con discrecion. No es «menos agradable á Dios y á Nuestro Señor Jesucristo, ó quizás «les será mas agradable, el verlos aplicarse á las letras que se «aprenden con el objeto de servirle, y que en algun modo recla- «man al hombre todo entero, que el consagrar á semejantes prác- «ticas el tiempo de los estudios.»

Estando ya definido el objeto de la educacion, queriendo Ignacio asegurar el éxito, determina el órden que se debe seguir, y le consagra el capítulo VI. «Para que los educandos, dice, hagan «notables progresos en las ciencias, es menester que se esfuer-

« cen ante todo á conservar la pureza del alma, y á proponerse una «intencion recta en sus estudios, sin buscar otra cosa en las le- «tras mas que la gloria de Dios y el bien de las almas, imploran- «do frecuentemente en sus oraciones los auxilios de la gracia, «para adelantarse por la ciencia hácia este fin.

« Tomarán además la resolucion de aplicarse seria y constan- «temente al estudio, persuadidos de que nada pueden hacer en «los colegios que sea mas agradable á los ojos de Dios, que con- «sagrarse á la ciencia, con la intencion de que acabamos de «hablar.

«Es preciso tambien tratar de eliminar los obstáculos que dis- «traen de los estudios al entendimiento, ora provengan de devo- «ciones y mortificaciones excesivas y no autorizadas, ó bien de «cuidados y ocupaciones extrañas.

«Hé aquí el órden con que deberán seguirse los estudios : des- «pués de basar su ciencia en el estudio profundo de la lengua «latina, como sobre un fundamento sólido para ingresar en las «artes liberales, pasarán los alumnos á imbuirse á fondo en estas «antes de empezar la teología escolástica, y lo harán asimismo «en esta antes de aplicarse á la teología positiva. La Escritura «sagrada podrá aprenderse al mismo tiempo ó después. Con res- «pecto á los idiomas, podrán estos ser cursados antes ó después, «como el superior lo juzgue mas conveniente, teniendo en con- «sideracion la diversidad de circunstancias y diferentes disposi- «ciones de los sugetos.

«Como todos los estudiantes han de seguir las lecciones de los «profesores públicos, segun la voluntad del rector del colegio, «estos profesores, bien sean ó no miembros de la Compañía, «tendrán, como así debemos desearlo, ciencia, exactitud, asi- «duidad y celo para el adelantamiento de los que cursen en sus «aulas.

«Á mas de los libros que cada uno necesite, habrá, si es posi- «ble, una biblioteca comun en los colegios.

«Los estudiantes seguirán con asiduidad las lecciones de sus «catedráticos, se prepararán á ellas con exactitud, las repasarán «después de haber oido la explicacion, é interrogarán sobre lo «que no hayan comprendido, tomando por otra parte las sufi- «cientes anotaciones para remediar en lo sucesivo los defectos de «la memoria.

«Siendo utilísimo, especialmente á los que cursan la teología «escolástica, el habituarse á la discusion, asistirán los alumnos «á las argumentaciones ordinarias de las escuelas que frecuen-«tan, aun cuando no dependan de la Compañía, y procurarán, «sin ofender no obstante á la modestia, hacerse notar particular-«mente por su saber. Conviene igualmente que todos los domin-«gos, ó cualesquiera otro dia de la semana, uno de los alumnos «de filosofía ó teología, designado por el rector, sostenga en «nuestros colegios una tesis meridiana, ó después de comer, á «menos que lo impidiere alguna causa particular. Las proposi-«ciones relativas á estas tesis deberán fijarse la víspera en las «puertas de las escuelas, con el objeto de que los que gusten «puedan acudir á escuchar ó argüir. Después que el sustentante «haya aducido algunas pruebas en favor de su tesis, cualesquie-«ra tendrá facultad para argüirle, ya pertenezca ó no á la casa. «Sin embargo, es preciso que se nombre un presidente para di-«rigir la argumentacion, para poner un término al debate, para «proclamar por el interés de los oyentes cuál es la doctrina que «se debe seguir, y para repartir, por último, el tiempo de mane-«ra, que todos, cuanto fuese posible, puedan argumentar.

«Los que estudien humanidades tendrán tambien sus épocas «fijas para conferenciar y discutir sobre lo concerniente á sus es-«tudios, en presencia de alguno que pueda dirigirlos, defendien-«do alternativamente los domingos ú otros dias señalados, des-«pués de la comida, algunas tesis cuyos respectivos temas debe-«rán ser tomados de las materias en que se ejerciten, ó bien ejecu-«tarán algunas composiciones en prosa ó verso, ya improvisando «de repente sobre una materia dada con el objeto de experimen-«tar su facilidad, ya leyendo en público algunos trozos compues-«tos á sus solas sobre un punto señalado de antemano.

«Todos, pero mas particularmente los humanistas, deberán «hablar habitualmente el latin, aprendiendo de memoria lo que «sus maestros les hubiesen prescrito. Ejercitarán cuidadosamen-«te su estilo por medio de composiciones, que deberán ser cor-«regidas por un sugeto capaz. Tambien les será permitido, al ar-«bitrio del rector, leer en particular otros autores fuera de los que «son explicados en las clases; y todas las semanas, en un dia «señalado, leerá uno de los mas antiguos, después de la comida, «un discurso latino ó griego sobre una materia propia para edi-

«ficar á los individuos de la casa y á los extraños, animándolos «á ser perfectos en el Señor.

«Además, los que cursen artes ó teología, y aun todos los de«más, tendrán algunos momentos particulares de estudio sose«gado para enterarse mejor de las materias explicadas en pú«blico.

«Si fuese necesario introducir algunos cambios en las repeti«ciones, disputas y costumbre de hablar latin, á consecuencia de «las circunstancias del tiempo, de personas y lugares, se dejará «esta decision á la voluntad del rector.

«Con el objeto de favorecer y secundar el éxito de los estudios, «seria oportuno designar algunos educandos que compitiesen en«tre sí por medio de una santa emulacion. Igualmente lo seria el «remitir de cuando en cuando al provincial algunas muestras de «sus trabajos, ora en un género como en otro: por ejemplo, una «composicion, si son humanistas, y algunas disertaciones, si es«tudian filosofía ó teología.

«Finalizado ya el curso de una facultad, será bueno insistir «sobre la misma materia en particular, leyendo un autor ó mu«chos, á voluntad del rector. De la misma manera, si el rec«tor lo juzga oportuno, se podrá redactar un compendio acerca «de estas materias, empleando mas claridad y precision de lo «que se habia hecho durante el curso, cuando se tenian menos «ideas que después de haber completado la carrera de los estu«dios. Pero el redactar estos sumarios solo será permitido á los «alumnos que se hayan distinguido por su ciencia, por su talento «y buen juicio. Los demás podrán utilizarse de este trabajo. «Convendria tambien que fuesen aprobados por el catedrático; «para hacer uso de estos análisis seria mas cómodo poner algu«nas notas al márgen, y formar un buen índice de las materias, «á fin de poder encontrar mas fácilmente lo que se busca.

«Se prepararán del mismo modo para sustentar sus actos pú«blicos en épocas determinadas, y los que, después de un exá«men diligente, se hayan juzgado dignos de este honor, podrán «ser promovidos á los grados ordinarios, sin perder por eso na«da de su humildad, y con el único fin de ser mas útiles al pró«jimo para la gloria de Dios.»

Este código en el cual todo está previsto, fue redactado especialmente en favor de los escolásticos de la Compañía de Jesús;

sin embargo, son tan amplias sus disposiciones, que conviene á todos los educandos; puesto que, al final del capítulo III escribe Loyola: «Los estudiantes deberán conducirse como los es-«colásticos de la Sociedad en lo respectivo á la confesion, estu-«dios y conducta de vida, aun cuando vistan otro traje y tengan «en el colegio su habitacion separada. Los alumnos externos de-«ben seguirle tambien en lo que les pertenece, y tienen ya sus «reglas particulares de conducta.»

El pensamiento de Ignacio no quedaba aun con esto enteramente desarrollado: restábale todavía explanarse sobre el método de instruccion, y determinar la vigilancia que debe preservar á los alumnos de la corrupcion. Ocupándose en el capítulo XIV de la eleccion de clásicos, que se deben poner en manos de la juventud: «Se servirán en general de los libros, dice, que en cada «una de las materias ofrecen la mas sólida y menos peligrosa doc-«trina.» Sabe, con Juvenal, que los niños se merecen el mayor respeto, y no quiere por lo tanto que se transforme la ciencia en un pasaporte para una depravacion anticipada, ni que los cuadros voluptuosos de que los poetas han impregnado sus cantos manchen esas imaginaciones ardientes y curiosas. Es cierto que aspira á crear literatos, oradores y hombres instruidos; pero estas consideraciones solo tienen á sus ojos el carácter de secundarias: ha recibido un sagrado depósito, unos corazones puros y cándidos, y quiere devolvérselos á la sociedad humana con la misma virginidad de alma y de intencion. La virginidad en los niños es la esperanza de la fuerza en el hombre; consérvala después como un tesoro, y rechaza toda idea, toda imágen que pudiera mancharla. Previendo todo esto, ordenó en el capítulo XIV:

«Con respecto á las obras de literatura griega y latina, debe-«ránse abstener todo lo posible, así en las universidades como en «los colegios, de poner en manos de la juventud los libros en «que haya alguna cosa que pueda perjudicar á las buenas cos-«tumbres, á no haberse antes eliminado de ellos las expresiones «obscenas. Si es absolutamente imposible el expurgar un autor, «como sucede en Terencio, vale mas no estudiarle.»

Estas prescripciones abundan en sabiduría y prudencia, y sin embargo suscitaron vivas acriminaciones. Loyola no consiente en transigir con la moral; pero atento siempre al interés de la ciencia, se muestra siempre dispuesto á aceptar todos los adelantos

que el tiempo y el genio de los hombres puedan introducir en la educacion pública. Ha recomendado la doctrina de santo Tomás respecto á la teología, y la de Aristóteles en lo concerniente á la filosofía; pero no aconseja adherirse á estos maestros, sino hasta el dia en que otras nuevas antorchas iluminen el horizonte de la escuela. Demasiado perspicaz para conocer lo útil de las mejoras, deja á los suyos la libertad de adoptarlas, previo el exámen.

Después de proveer á los bienes del alma y del cuerpo, á lo que se debe á Dios, á la patria y á la familia, proveyendo ahora á la sancion de las leyes universitarias, añade en el capítulo XVI: «Por lo que respecta á los que carecieren de la aplicacion necesa-«ria para el desempeño de sus deberes, y los que cometiesen fal-«tas contra las buenas costumbres, si no bastasen con ellos las «palabras amistosas y las exhortaciones, se nombrará un correc-«tor extraño á la Sociedad, que sea capaz de tener á raya á los «niños, castigándolos cuando lo merezcan, si se hallan en edad de «recibir este castigo. Mas si no fuesen suficientes los avisos y la «correccion, si el culpable no prometiese esperanza alguna de «enmienda, y pareciese perjudicial á los demás, es mejor des-«pedirle de las clases, puesto que aprovecha poco para sí, y cor-«rompe á sus compañeros. Si se presentase un caso en que la ex-«pulsion no fuese una reparacion suficiente del escándalo dado, «verá el rector lo que mas convendria hacer, obrando, no obs-«tante y cuanto fuese posible, con un espíritu de lenidad y dul-«zura, y sin violar para con nadie la paz y la caridad.»

¡Cuántas acriminaciones amargas ha merecido esta graduacion, que principia por las exhortaciones, y concluye por el castigo corporal! En nuestras costumbres actuales, sabemos todo lo que este uso tiene de insólito; pero como la sumision es la primera virtud del ciudadano, la docilidad debe ser tambien la primera virtud de la infancia. Es preciso aplicarse desde luego á doblegar su voluntad; ó resignarse en buen hora á verlos endurecerse de tal suerte, que no tolerarán el menor yugo, y sacudirán toda clase de freno. Á la familia pertenece inaugurar esta obra que debe continuar el maestro. Ignacio, que no se habia propuesto crear ninguna utopía *humanitaria*, empleaba para corregir esos caractéres indómitos y esas naturalezas invenciblemente inactivas, que jamás se prestan á las moniciones paternales, el único medio empleado por la sabiduría de los Proverbios, y aconsejado por la ex-

periencia. Este medio se hallaba puesto en práctica en las familias, en los colegios, y particularmente en la universidad de Paris [1]. Sus historiadores oficiales registran, efectivamente, algunos relatos de flagelaciones estudiantinas que suministran mas de una escena, en que la risa se mezcla con odiosos detalles. Las disciplinas han desaparecido del código escolástico: únicamente han conservado su férula los religiosos de las Escuelas Pias, gobernando con ellas á su pueblo infantil, sin que el temor que ins-

[1] Piron, que habia sido discípulo de los Jesuitas, escribió en el momento de la supresion de la Órden, á un amigo suyo, una carta en la que, haciendo una alusion tan justa como ingeniosa á esta especie de castigo, que ha contenido á tantos estudiantes en su deber, después de haber dicho que los Parlamentos se vengaban de los Jesuitas, que los hacian vapulear por su *maldito* corrector, añade: «¡Admiraos de mi probidad! A pesar de esta desgracia y «de mi talento para componer epigramas, entre tantos como he forjado y puedo «forjar, no he escrito ni escribiré jamás uno contra estos buenos Padres; por- «que siempre he reputado indigno de mi cabeza el vengar las injurias hechas «á mi trasero.» *(Carta inédita de Piron).*

Empero, no son todos los discípulos de la universidad de Francia tan bondadosos como Piron. Boiste, el Gramático, el autor del diccionario de su nombre, nacido en 1765, y muerto en 1824, se expresa de este modo en la pág. 619 de sus *Nuevos principios de gramática :*

«Suponemos que algunos lectores, contemporáneos nuestros, han conser- «vado el amable recuerdo de aquel tan excelente como memorable tiempo del «régimen universitario, en que un Mr. La Hermite, de detestable memoria, «catedrático de mérito de la misma, en el colegio de Harcourt, mandaba azo- «tar en medio de la clase ¿qué digo azotar? desgarrar los lomos de un pobre «niño, que no habia tenido bastante robustez para aguardar en el patio du- «rante una media hora, con los piés en la nieve y á seis grados bajo 0, que les «diese la gana á los señores catedráticos de abandonar una buena chimenea, «para pasar á compartir con los estudiantes el frio glacial de una placeta ro- «deada de algunos escaños... Debemos añadir, en honor de la verdad, que al- «gunas veces se ablandaba este corazon de mármol á favor de algunas libras «de chocolate, azúcar y café, que le alargaban en clase de aguinaldo.»

Si se ha de creer á Boiste, nacido después de la extincion de la Órden de Jesús en Francia, la universidad conservaba el uso del vapuleo en sus colegios; aserto que tambien confirman Du Boulay, en su *Historia universitatis Parisiensis* (tomo VI, pág. 538), y Crevier en la *Historia de la universidad* (tomo VI, pág. 100), citando el hecho siguiente que se remonta al 31 de enero de 1561 : «Habiendo sido condenado un estudiante llamado Tomás Ferrière, «por decreto del Parlamento, á la pena de la *alcoba* (ó lo que es lo mismo) al «vapuleo, por haber insultado á Juan Stuardo, principal del colegio de Bon- «court, el rector acompañado de los decanos y procuradores se trasladó al «colegio de Boncourt con el criminal, y allí sufrió este las penas á que estaba «condenado.»

piran debilite el amor que aquellos inspiran; mientras que el calabozo, que, en los colegios universitarios, ha reemplazado á la flagelacion, es un corruptor de la virtud, y que sirve á endurecer la obstinacion. ¡ Cuántos de esos jóvenes, condenados á la soledad y al vicio, han podido decir como el gran Condé: «Ino«cente entré en la cárcel y salgo culpado! »

En los Estados mas constitucionales de Europa, en Francia é Inglaterra, donde á cada paso se publican nuevas utopías con el objeto de realzar la dignidad del hombre, existe todavía la pena corporal contra los marinos y los soldados.

La ordenanza militar, que conoce la necesidad de la obediencia, permite dar de palos á los defensores del país, y sin embargo, esta pena mitigada, y la única eficaz para los niños, hubiera sido una barbarie á los ojos del legislador en la educacion del siglo XVI. Los Jesuitas habian encontrado vigentes estos castigos en las universidades, y después de aceptarlos mitigándolos, los hicieron desaparecer cuando se modificaron las costumbres. En la actualidad, si un niño se muestra insumiso ó demasiado negligente, apelan á su familia, despidiéndole si peca de incorregible.

Tal es el plan de estudios elaborado por Loyola: solo hemos omitido algunos detalles concernientes en especial á la Compañía de Jesús, pero que corroboran en su activa piedad este conjunto de leyes. Tal es tambien el tema sobre el que trabajaron los Padres al componer sus obras elementales ó tratados de instruccion. Pudieron, con arreglo á los tiempos, comentar este código, adicionarle, y hacer ensayos aplicables á las nuevas necesidades de los pueblos; pero jamás sufrió alteraciones esenciales. El *Ratio studiorum*, que es su explicacion auténtica, de consuno con las pragmáticas agregadas por los distintos Generales, es el único que tiene fuerza de ley, el único que, como otros tantos, no debia quedarse en utopía, porque todo cuanto Loyola concebia era puesto en práctica. Podian muy bien suscitarse obstáculos en la ejecucion de sus planes; pero eran mayores las facilidades que presentia para asegurar su triunfo. No se trataba, en efecto, de amalgamar esta ó aquella idea á las necesidades de una sola familia, de una sola ciudad, de un solo imperio: pues en la mente del legislador debia ser suficiente á todos los reinos civilizados del mundo, y que la Francia, Italia, Alemania, España, Portu-

gal, Inglaterra é Indias, la aceptasen como el fundamento de la educacion.

Trescientos años van transcurridos desde la concepcion de este sistema, y estudiándole, sin embargo, sin preocupacion, nos vemos precisados á confesar que todavía es jóven y moderno. Prescindiendo de las ligeras modificaciones, indicadas de antemano por la prevision de Loyola, y que versan sobre la eleccion de autores, ó sobre la introduccion de algunos cursos especiales, puede convenir á cualesquiera sociedad que no haga estribar su fuerza en una credulidad sensualista, á la manera que ha convenido á la juventud de los siglos XVI, XVII y XVIII. Varios escritores modernos, que solo han estudiado superficialmente el plan de los Jesuitas, ó que tienen un interés en proscribirle, se apresuran á pronunciar su fallo en tan grave materia, y después de reconocer su excelencia respecto al pasado, le declaran anticuado para las generaciones futuras, alegando por único motivo que no se puede modificar. Es cierto que el Instituto de los Jesuitas no debe tolerar alteracion alguna en su parte dogmática y moral; pero su parte disciplinaria es susceptible de transformacion segun los lugares y circunstancias.

Y para no citar mas que un ejemplo, hásele echado en cara frecuentemente el haber encerrado á los jóvenes para mejor educarlos y darles una instruccion mas regular, añadiendo que los Jesuitas destruian esa necesidad de independencia tan esencial á ciertos caractéres, y sin la cual es imposible estudiar con gusto, y por consiguiente, con fruto. Pero á mas de que esta objecion nos parece mas especiosa que fundada, una lectura atenta de las *Constituciones* de Ignacio basta para resolverla á su favor. Es verdad que Loyola ha permitido las casas de pensionistas en donde los jóvenes destinados al mundo se hallan encerrados durante el período de su educacion; pero estas, en el sistema de la Compañía, son poco numerosas en comparacion de las casas de externos, y no se encuentran sino en aquellos puntos en donde se requiere una educacion mas esmerada. Respecto á los externos, que componian la falange mas principal de los colegios, quiso, es verdad, que al admitirlos á frecuentar gratúitamente las aulas, inscribiesen sus nombres y se comprometiesen á observar los reglamentos. Sin embargo, léjos de esquivar la libertad de que disfrutan los estudiantes de las universidades alemanas, se las propuso

en este punto por modelos y aun las adelantó prescribiendo en el cap. XVII, párrafo III, cuarta parte de sus *Constituciones:* «Los «que pretendan seguir los cursos ó clases de la Compañía serán «matriculados, y prometerán obediencia al rector y á las leyes.» Tal es la norma establecida respecto á los externos; pero sabiendo Ignacio que, tanto en su siglo como en las generaciones futuras, no dejarian de hallarse espíritus ligeros ó turbulentos, párvulos nacidos en el seno de la herejía, y corazones que rehusasen sacrificar su independencia á esta sumision exigida por todos los catedráticos y en todos los colegios; para no privar de instruccion á tantas categorías de jóvenes, declara en la nota *D,* correspondiente al citado párrafo, que: «Si algunos de los que se presen«tasen no quisiesen prometer observar las reglas ni matricularse, «no por esto deberá inhibírseles el ingreso á las clases, con tal «que se conduzcan con prudencia y no causen turbulencias ni «escándalo. Así se les hará entender, añadiendo no obstante, que «no disfrutarán de las atenciones particulares que se tienen con «los matriculados en las listas de la universidad ó de la clase, y «que se comprometieron á seguir sus Estatutos.»

Esta liberalidad de instruccion, ofrecida y á todos distribuida, encierra una amplitud tan vasta en su principio y aplicaciones, y permite tan latamente la independencia mas absoluta á cada uno de los jóvenes, que hasta prohibe á los maestros el preguntar el nombre de los oyentes que acuden á su explicacion. Semejante latitud no existe en universidad alguna; y sin embargo, san Ignacio de Loyola es quien la comprende, quien la revela, quien la autoriza. Llevando el Fundador su respeto hácia la libertad individual hasta los mas mínimos pormenores, y diciendo en el capítulo VI que el maestro y los estudiantes deberán rezar antes de dar principio á la clase una corta plegaria, añade: «Mas si no se «ha de rezar con la debida atencion y piedad, será mejor omitir«la; en cuyo caso se contentará el catedrático con persignarse, y «empezará en seguida la clase.»

Después de haber analizado de esta manera la obra de Loyola, convendrá examinar el proceder de las congregaciones generales. En la primera, que se abrió el 19 de julio de 1558, y cuando ya hacia dos años que los Jesuitas gemian en la orfandad deplorando la muerte de su comun Padre, fueron sometidos á su apreciacion gigantescos proyectos. Y sin embargo, aquellos hom-

bres que, como Laynez, Salmeron, Canisio, Pelletier, Polanco y Nadal, se hallaban diariamente en contacto con las testas coronadas ó con los Pontífices, no olvidaron, en medio de las dificultades que les rodeaban, que restaba aun consumar una mision de la cual debian hacer un apostolado literario. Después de sentar como principio la libre concurrencia, como un elemento de sabia emulacion, quisieron que sus lecciones fuesen gratúitas, aun en el caso de que un Jesuita ocupase alguna cátedra en universidades extrañas á la Compañía. Empero, este mismo desprendimiento suscitó contra la Sociedad de Jesús el encono de los demás cuerpos instructores, que, no osando imitarla, la calumniaron sin compasion.

Caminando los Padres de la segunda asamblea general por las huellas de sus predecesores, promulgaron nuevos decretos con el fin de perfeccionar la obra de Loyola. Los primeros habian rehusado la opulenta sucesion de Gerónimo Colloredo, uno de los suyos, herencia que el legatario destinaba á la fundacion de un nuevo colegio; é imitando los segundos su ejemplo, rehusaron la universidad de Valencia, que con sus pingües rentas les ofrecia la ciudad. El octavo decreto, que suministra la clave de esta moderacion calculada, recomienda al General que no acepte nuevos establecimientos, sino por muy graves motivos; alegando la necesidad de llevar á los ya existentes al mas alto grado de perfeccion. Convencida la segunda congregacion de que á la Compañía no eran ya discípulos los que le faltaban sino profesores, trató de remediar esta falta creando escuelas normales, en las que se amaestrasen en la práctica de la enseñanza. Como los Jesuitas no pretendian extenderse en detrimento de la instruccion de los pueblos, después de establecer tres categorías de establecimientos, determinaron de este modo el número de regentes necesarios para su prosperidad: los colegios de primera clase tendrán veinte; los de segunda treinta; y los de tercera ó los denominados universidades, sesenta y dos á lo menos.

Aunque la congregacion siguiente heredó el espíritu de las que la precedieron, no obstante, en la cuarta, en que se hizo la eleccion de Claudio Aquaviva, fue donde los Padres resolvieron dar la última mano á la organizacion de su plan de estudios. Aquaviva, hombre dotado de un talento superior, y cuya capacidad habia hecho concebir grandes esperanzas, aspiraba á realizarlas

por medio de la educacion. El 5 de diciembre de 1584 presentó este al sumo Pontífice los seis Jesuitas elegidos para regular el método de enseñanza, tomados de todos los reinos católicos, con el objeto de que cada uno de ellos pudiese manifestar las costumbres y necesidades de su patria. Formada esta comision de los PP. Juan Azor por España, Gaspar Gonzalez por el Portugal, Jacobo Tirio por Francia, Pedro Buseo por el Austria, y Antonio Gayson por Alemania; y siendo su principal objeto el de reunir y coordinar todos los sistemas, todas las teorías y todas las reglas sobre la educacion, formando de ellas un código aplicable á la universidad de los pueblos, estos seis comisionados, dignos de esta obra por su larga experiencia, y á los cuales se juntó en Roma el P. Esteban Tucci, trabajaron durante el espacio de un año y combinaron el *Ratio studiorum*. Este trabajo habia sido aprobado por la Iglesia y la Compañía de Jesús; pero deseando darle toda la perfeccion posible, no se contentó Aquaviva con eso solo, sino que designó doce Jesuitas célebres por su ciencia, y mas célebres ya en la enseñanza, encargándoles que discutiesen y profundizasen el *Ratio studiorum*. La eleccion recayó en los Padres Fonseca, Coster, Morales, Adorno, Clerc, Dekam, Maldonado, Gaillardi, Acosta, Ribera, Gonzalez y Pardo.

Redúcese esta obra á una recopilacion de las reglas generales y particulares que deben seguir los profesores de todas clases y facultades. El detalle al parecer mas sútil ocupa en ella su puesto al par de la recomendacion mas importante. La distribucion del tiempo, la eleccion de libros, la imposicion de los deberes, el órden de los ejercicios, la manera de practicarlos, todo en fin, se le indica en ella al regente. Es el hilo de Ariadna, que al través del sinuoso dédalo de la policía de una clase, dirige la inexperiencia del profesor novel; un guia seguro que le impide caminar con demasiada lentitud, ó le detiene cuando se precipita hácia el bien sin reflexion; y un índice vivo, por decirlo así, de las cuestiones que se deben ventilar, ó de las que importa omitir. Sin embargo de que la parte concerniente al maestro es sin contradiccion la mas larga, la del discípulo está, no obstante, explanada en justas proporciones. Este libro único ha sido popular en Europa y en el Nuevo Mundo, ha sido publicado en todos los tamaños y dimensiones, y ha sido aceptado como la regla, como el tratado práctico de los estudios; y en los reinos donde ya no se

leen sus prescripciones, las observan aun por recuerdo ó por prevision.

Existe á la verdad una cosa superior á las creaciones del hombre; la experiencia. Ella es como la piedra de toque de las instituciones humanas, al par que la prueba mas delicada á que se las puede exponer; la experiencia de dos siglos, en que las bellas letras y el talento produjeron los mas estupendos resultados, confirmó la obra de Loyola, consagró el método de educacion pública adoptada por los Jesuitas; y hasta la época de su supresion no tuvieron aquellos otro objeto que el de guardar en su integridad primitiva la obra de su Fundador. Después de revisar y aprobar el *Ratio studiorum*, las quinta y sexta congregaciones, celebradas en tiempo de Aquaviva, revisaron y aprobaron el *Ratio studiorum;* y la sexta, mas explícita aun que las anteriores, decreta que una rara superioridad en literatura bastaba para compensar, respecto á la promocion al grado de profeso, la insuficiencia relativa en las sagradas letras.

La séptima, presidida por Mucio Vitelleschi, recomienda los exámenes serios, como medio de fortalecer los estudios; mientras que la octava insiste en el conocimiento mas especial del griego, y sobre los progresos que deben hacer las escuelas normales, que en la Compañía de Jesús se llaman *Juvenatos.*

Pero en la nona se formularon varias quejas contra los profesores de teologia y filosofía. En aquella época de innovaciones en que los hombres especulativos, á quienes arrastraba la imaginacion á los campos de lo posible, discutian en un principio consigo mismos, y en seguida con sus discípulos, las teorías que algunos ingenios eminentes hacian circular; estas teorías entonces difíciles, pero que el tiempo ó ha sancionado ó hecho olvidar, impelian á la juventud mas allá de los límites trazados, al paso que incitaban á los catedráticos á usurparse mutuamente el terreno. La mitad del siglo XVII se habia hecho célebre con las apariciones de Bacon, Descartes, Galileo, Espinosa y Pascal. Ya no se ensayaba como en tiempo de Lutero, Calvino y Melancton, el exámen privado en materias religiosas: buscando y hallando este otro alimento, se ejercitaba en las doctrinas humanas y en las verdades científicas. Era indispensable impedir que se quemasen las carnes vivas, so pretexto de consumir las muertas; debíanse oponer á que lo trastornase todo en el momento en que se presen-

taba para sondearlo todo. Siendo General Francisco Piccolomini, la congregacion creyó que solo en el *Ratio studiorum* se podria encontrar un remedio á tantos males, y sentó aquel por medio de una ordenanza los justos límites de donde ni el deber ni la doctrina deben salir.

Las congregaciones siguientes tendieron al mismo objeto por medios idénticos: ocupáronse todas ellas en combatir las innovaciones perjudiciales, apropiándose las que podian ser útiles, y recomendando la disolucion de los pequeños establecimientos, que por la insuficiencia de sus recursos ó de catedráticos, perjudicaban á los trabajos ó á los progresos. La cuarta constitucion de Loyola, así como el *Ratio studiorum*, estas dos creaciones literarias de la Compañía de Jesús, que se colocaban como la meta en los juegos olímpicos, no obstaban, sin embargo, á la extension del entendimiento; no eran ciertamente un lazo de hierro que sojuzgaba y encadenaba la inteligencia al despotismo de la rutina. Mientras que el P. Sachini escribia su *Paraenesis ad magistros scholarum inferiorum*, el P. Judde daba á luz sus *Reflexiones sobre la enseñanza de las bellas letras;* el P. Tournemine componia su *Instruccion para los regentes*, y Juvency ofrecia en su *Ratio discendi et docendi* lecciones de gusto, que aceptó el juicioso Rollin, y que la universidad imperial tradujo como el libro de la experiencia unida al saber.

Y no se limitaba la mision de los Jesuitas á inspirar á sus educandos el amor de la virtud: entusiastas por esa pasion literaria, que encanta la soledad, que embellece el cautiverio, y que, en las circunstancias mas críticas de la vida, ofrece un consuelo al infortunio, y una esperanza á la desesperacion, no solo se esforzaban á extender su imperio, sino que anhelando multiplicar los progresos de cada una de las generaciones, creaban tambien desafíos clásicos, en que la memoria se opone á la memoria, y el talento al talento, y esas distribuciones de premios en que se derraman las fértiles lágrimas de la emulacion. Aplicábanse á reducir á un arte los principios de literatura y demás ciencias; analizaban las voluminosas obras de Budeo, Danés, Turnebio, Vatablo y Roberto Esteban; descendian á la infancia para elevarla poco á poco hasta ellos; no disertaban con ella, sino que le explicaban las cosas difíciles, evitaban la monotonía y uniformidad, enemigos mortales del buen gusto. Como no se proponian solo formar

literatos, sino que su fin principal tendia á crear hombres probos en el estudio, como en los ocios y pasatiempos, se improvisaban párvulos con los niños para conducirlos gradualmente á la madurez. Pomey escribia para ellos su *Tratado de las partículas*, su *Indiculus universitatis*, su *Flos latinitatis*, y demás obras clásicas, cuya memoria conservan aun los profesores instruidos; Manuel Álvarez les dedicaba su gramática latina; Ricciolini, su prosodia, cuya reputacion ha pasado á ser europea, y el P. Girandeau publicaba su gramática griega y su odisea bajo el nombre de *Praxis linguae sacrae,* poniendo después al alcance de la juventud el estudio del hebreo. Juvency, que hubiera podido ser, como Girandeau, uno de los hombres mas notables de su siglo por el aticismo de su ingenio y la delicadeza de su pensamiento, se anonadó, se condenó á una oscuridad voluntaria, sepultó el esplendor de sus luces, consumió en los colegios una existencia laboriosa, al par que doctas vigilias, para inspirar á la juventud el amor á lo bello y lo verdadero, porque creian todos ellos con Quintiliano, que la escuela en que se aprendia á vivir mejor, debia siempre ser preferida á la en que se aprendiese á mejor decir.

A cualquier establecimiento de los Jesuitas que uno se dirija, á cualquier colegio que la casualidad os lleve, encontraréis siempre un Padre que consagra sus afanes á la educacion de los niños. Aquí es un Cygne que traza preceptos metódicos sobre la retórica, la poesía y la historia, y que ofrece á sus imitadores en su edicion de los *Discursos de Ciceron,* un ejemplo de análisis que solo podrán seguir de léjos. Allí es el P. de Larue, comentando á Horacio y Virgilio á la manera de Aldo Manucio. Mas adelante se dejan observar las generaciones de los Jesuitas, colocando en las cátedras de instruccion pública á los Guerreros, Perpiñan, Maldonado, Abran, Lacerda, Colonia, Bencio, Gottifredi, Pimenta de Santaren, Remond, Adrian de Bolonia, Le Jay, Gualtero, Porée, Sanadon y Buffier, celebridades de colegio, á quienes han hecho célebres la amistad y la gratitud de sus ilustres discípulos. Mientras que el P. Aler inventa su *Gradus ad Parnassum,* el Padre Lebrun recopila su *Diccionario,* cuya gloria se ha apropiado Lallemant; el P. Joubert se hace el Noël de su tiempo; de Agunio compone sus *Lecciones especiales* sobre la estrategia, la arquitectura y la agronomía; Vanière publica su excelente *Diccionario poético*, y Ferrari confia á la prensa su *Diccionario siríaco.* Cási en

la misma época redactan otros Jesuitas el célebre *Diccionario de Trévoux*, y escribe el P. La Hoste su obra elemental sobre la marina, obra que los náuticos llaman el *libro del Jesuita*, y que ha servido para educar á todos los jefes de escuadra que han hecho triunfar sobre las olas al pabellon de su patria. Mortemar, Tourville y de Estrées no realizaban sus expediciones marítimas, sin que les acompañase y aconsejase este Padre en su ruta; y su *libro* se habia hecho clásico hasta en las escuelas de Inglaterra, de la enemiga de los Jesuitas y de su Compañía, habiendo servido de guia hasta á principios del siglo XIX á esos oficiales audaces y experimentados que son el orgullo de la marina británica [1].

Los Jesuitas no se limitan á estos trabajos para los cuales hallaba la Compañía una recompensa en la admiracion y el aprecio de la Europa literaria. Tal vez el gusto del estudio y la necesidad de propagarle hayan podido, prescindiendo del móvil de la religion, á que debian referirlo todo, inspirarles estos sacrificios; pero lo cierto es, que aquel desinterés se propaga del otro lado de los mares, y en todos los continentes donde han enarbolado la Cruz, y donde han pasado á bañarla con su sangre, se les ve investigando el secreto de los idiomas mas bárbaros, y que en medio de los peligros que á cada paso les ofrecen las misiones, escriben obras elementales y componen catecismos. Los indios, los japoneses, los chinos, los pueblos de la antigua Asia, y las tribus errantes de la Nueva América, se llenan de un santo estupor al ver enriquecerse un idioma que apenas conocen, bajo la mano del Jesuita que les presenta unos rudimentos y un diccionario.

El número de Jesuitas que, segun Ribadeneira, Alegambe, Soutwell y Caballero, su continuador, escribieron tanto sobre la gramática en general, como respecto á los idiomas vivos ó muertos, asciende al de trescientos y tantos; quienes con el objeto de preparar á los niños de ambos hemisferios al estudio de mas de noventa y cinco idiomas, dieron á luz sobre esta materia tan útil como ingrata y árida, mas de cuatrocientas obras elementales. La mas célebre de todas las gramáticas de los Jesuitas, es sin disputa la del P. Manuel Álvárez, comentada, desarrollada y compendiada

[1] Corroborando el conde de Maistre, en su obra de la *Iglesia galicana*, página 60, el hecho que acabamos de exponer, dice: «Aun no hace diez años «que me aseguró un almirante inglés haber recibido sus primeras instruccio-«nes en el *libro del Jesuita*.»

sucesivamente por todos los latinistas, sin poderla jamás aventajar. Para mejor instruir la juventud en el latin, el P. Álvarez habia trazado tan correctamente sus reglas como fue posible. Es verdad que ahora ha prevalecido un método contrario; pero aunque no es esta la ocasion mas oportuna para juzgar ambos, y poner al Instituto de los Jesuitas en oposicion con Port-Royal; sin embargo, no podemos menos de asegurar que el plan de Álvarez economizó un tiempo precioso, puesto que la lengua que se trata de enseñar á la infancia se graba en su mente al mismo tiempo que el precepto, é inoculándose en ella la práctica al mismo tiempo que la teórica, se creaban, cási sin trabajo, hábiles latinistas. Este método fue constantemente seguido por los Jesuitas y universitarios, hasta el momento en que Lancelot lo abandonó. Álvarez no inventó ciertamente el sistema de enseñar latin por el latin, sino el arte de enseñarle: dedujo sus reglas con claridad y precision; resolvió sus dificultades, aplicó los preceptos al par de los ejemplos; y pasando su libro como el de Despantere á ser clásico, produjo esas generaciones, que hizo tan sabias el estudio de los grandes modelos. Mas no impidió á los Jesuitas la perfeccion de una gramática el buscar nuevas mejoras en la experiencia. Conocian que sus esfuerzos debian tender á hacer amable el trabajo; y al paso que recomendaban el uso de la gramática de Álvarez, el *Ratio studiorum* [1] dejaba á los Padres una amplia libertad de eleccion.

Álvarez, sin embargo, no es el primer Jesuita que ha dado á luz una obra elemental: el holandés Cornelio Crocus y el poeta Frusis habian emprendido ya esta tarea en aquella Roma en que parecen fecundizarse todas las tentativas afortunadas. Tambien en esta ciudad el P. Turselino habia compuesto su *Tratado de las partículas,* que después fue enriquecido y adicionado con importantes notas por los literatos alemanes Thomasius, Schwartz y Henmann. Los PP. Antonio Vallesi, Ricardo Essius, Carlos Pajot, Miguel Coyssard, de Colonia, Monet, Pomey, Fischet, Nicot, Francisco de la Cruz, Pedro de Campneuf y cien y cien otros,

[1] « Dabit operam ut nostri magistri utantur grammatica Emmanuelis. Quod « si methodi accuratioris quam puerorum captus ferat alicubi videatur, vel ro- « manam, vel similem curet conficiendam, consulto praeposito generali, salva « tamen ipsa vi ac proprietate omnium praeceptorum Emmanuelis. » (*Ratio studiorum,* Regulae provinciales, num. 23).

profundizaron los arcanos de la sintáxis y la prosodia para ponerlas al alcance de la infancia. Fijos en una idea que debe aplaudir la ciencia, consagraban estos hombres de elevada inteligencia los afanes de su vida entera á remover las dificultades, por decirlo así, materiales de las lenguas muertas, sumiéndose por abnegacion en las tinieblas de esta noche oscura, de la que sabian hacer brotar un raudal de luces; y explicando unos, desarrollando y haciendo fáciles los principios del griego y del latin; llegaron otros, como Monet, Lebrun, Bordon y Joubert, á inaugurar el vasto edificio de los diccionarios. Vinieron después de ellos especuladores mas hábiles, aunque menos doctos que los Padres de la Compañía, y se aprovecharon del fruto de sus vigilias; y olvidando hasta los nombres de aquellos cuyos trabajos plagiaban, se improvisaron una fortuna y un título de gloria á favor de este plagio; Noël se mostró mas equitativo, y tributa al Instituto y al Padre Vannière, en el prólogo de su *Gradus*, la gloria que se merecen. «A los Jesuitas especialmente es á quienes se debe la idea «y la ejecucion, dice, del diccionario conocido en los estudios «bajo el nombre de *Gradus ad Parnassum*. Convencido por un exá«men profundo de que no podia hacer cosa mejor que tomar por «basa este diccionario, é imitar á Vannière.... he creido deber «tambien consultar los diferentes clásicos del mismo género; y, «después de haber cotejado los publicados en Alemania, Italia «é Inglaterra, he conocido ser idénticos al que ya estaba gene«ralmente adoptado.»

Propagábase por las distintas regiones del globo la impulsion dada por los Jesuitas: do quiera publicaban obras elementales como el fundamento de la educacion; en todas partes formaban sabios lexicógrafos. La Italia, la España, el Portugal, la Sicilia, la Bélgica y la Alemania, los contaron en cada siglo; y los nombres de Francisco de Castro, Bartolomé Bravo, Gerardo Montano, Pedro de Salas, Valeriano Requejo y Juan de la Cerda, han pasado en la Península á ser populares como los de Horacio Turselino, Félix Felice, Miguel de Bono y Pedro Ricci en Italia, como los de Juan Grothans, Mateo Marachy, Wolfango Schonslder en Alemania, Constantino Syrwid y Gerardo Enapins en Polonia, y Benito Pereira en Portugal.

Y si los citados Jesuitas habian reunido materiales inmensos para simplificar el estudio del latin, no fueron menos laboriosos

y diligentes otros para realizar la misma tarea para el griego. Si Andrés Perrizavales, nacido en Creta á fines del año de 1599, reasumió en su gramática los principios sentados por Antonio Laubogeois, Guillermo Bailly, Jacobo Gretzer, Juan Villalobos, Martin de Roa y Segismundo Lauxmin, primeros Jesuitas que se ocuparon en redactar bajo una forma didáctica las reglas del idioma griego; Simon Derkum, Buenaventura Girandeau, Herman Goldhagen, Pedro Gras y Sanchez de Luna, que aparecieron en seguida, llegaron, por medio del conjunto de sus estudios sobre las raíces, sintáxis, prosodia, acentuacion, cuantidad, dialectos, verbos é idiotismos, á iniciar á la juventud en las poesías de Homero y en la elocuencia de Demóstenes. Vencidas ya las primeras dificultades, los PP. Carlos Pajot, Wolfango, Bayer y Soler, se dedicaron sucesivamente á componer diccionarios, y á seguir la etimología de las palabras de las lenguas muertas en las locuciones de las vivas, sin que la ingratitud y aridez propias de estos afanes fuesen capaces de retraer á esos modestos literatos, que, á fuerza de investigaciones, triunfaron de los obstáculos. Habíanse improvisado por do quiera helenistas con el objeto de formarlos por todas partes, y donde quiera vieron realizadas sus esperanzas.

Caminando Ignacio Weitenaver, Francisco Bordon y Buenaventura Girandeau por las huellas de Mayr y de Belarmino, se dedicaron al hebreo, Girandeau simplificó el sistema de Mascléf. Estos tres Jesuitas publicaron en diferentes épocas rudimentos, gramáticas y diccionarios hebreos, trabajos que habian ya bosquejado ó terminado los PP. Adan Aigenler, Leopoldo Tirsch, Antonio Jordin, Eduardo Slaugter y Francisco Hoselbauer, cuyo mérito ha salvado el recinto de los colegios y seminarios. Kinher, el Jesuita universal, franquea en su *Prodromus Coptus* un vasto camino á los literatos que pasen á explicar los jeroglíficos. Él es quien reune los monumentos literarios de los coftos, y que empieza á desenredar el caos de las antigüedades egipcias. Síguele en esta senda tan difícil el P. Ignacio Rossi consagrando los mismos desvelos á la lengua etrusca, en su *Iter Etruscum*, que acababa Kinher de consagrar al idioma de los Faraones, mientras que los PP. Plácido Spatafora y Luis Lanzi, que desarrollaban con actividad las investigaciones de este último, llegaron á darlas un conjunto satisfactorio.

Los Jesuitas no se ocupaban únicamente en la difusion de las lenguas madres: habíales enseñado la experiencia que, para penetrar en el corazon de los pueblos, era indispensable hablar su idioma, poniéndose de este modo al alcance de una ignorancia que solo la caridad podia desterrar, ó improvisándose los gramáticos y lexicógrafos de los bretones, vascos y lituanienses. El Padre Maunoir compuso una gramática, un glosario y algunos cánticos, que aceptó la antigua Armórica y que hoy dia mira aun como sus obras modelos; los PP. Manuel Larremandi y Constantino Syrwid hicieron en favor de los vascos y lituanienses lo que Pablo Pereszlengi, Gerónimo German, Bartolomé Cassio, Jaime Micalia, Ardelio de la Bella y Olderman habian emprendido en favor de los húngaros, griegos modernos, esclavones y turcos. Basado el objeto de su mision en la propagacion de las luces, y esperando darle cima por medio de la instruccion, en todos los ángulos del mundo, y do quier que se hallaban algunos hombres reunidos en sociedad, trataban desde luego los Padres de amalgamarse á un idioma tan variable como sus deseos; y apenas iniciados en tan innumerables dialectos, estudiaban sus dificultades, explicábanselas á los demás, y reducíanlas á principios como una lengua europea, con el objeto de facilitarles la educacion.

El etíope y el árabe contaron por sus primeros lexicógrafos y autores á los PP. Luis de Acevedo, Andrés Oviedo, Fernandez, Lopez del Castillo, Pedro Metoscita, Adriano Parvilliers, Laurenius y Sicardo. El P. Gerónimo Javier trazó á los persas los elementos de su lengua, mientras que los PP. Baltasar Gayó, Eduardo Silva, Gaspar de Villela, Bautista Zola, Pablo Miki y Pedro Navarro impulsaban á los japones á seguir los progresos que imprimian los misioneros á su idioma materno. La Armenia, el Indostan, Bengala, Angola, Tongking y Cochinchina vieron elevarse en su seno durante el período de algunos años multitud de misioneros Jesuitas, que no contentos con enseñarles las verdades eternas, les enseñaban á ellos y á sus hijos el amor á sus familias. Era preciso hacerlo todo nuevo en esos reinos reducidos á la barbarie por la supersticion: los Padres lo realizaron; pero allí, lo mismo que en los demás puntos, creyeron que nada seria estable mientras no hubiesen dado á todos aquellos dialectos una uniformidad local. Para llevar á cabo este proyecto civilizador, los PP. Jacobo Villote, Tomás Esteban, Pedro Diaz, Francisco Fer-

nandez, Alejandro de Rhodes, Gerónimo de Mayorico y Gaspar de Amaral, se hicieron poliglotos. Parecieron en aquellas diferentes regiones vocabularios y gramáticas razonadas. Los Jesuitas adoptaban el idioma y daban á conocer sus fundamentos á los indígenas, como el único medio de aficionarlos á la madre patria, y conducirlos paulatinamente al aprecio de los beneficios de la educacion.

Verdad es que en la China no se presentaban los mismos obstáculos, y que en el pueblo no reinaba una ignorancia cási incurable; pero conformándose los Jesuitas con sus costumbres, querian amoldarlos por grados al cristianismo que anunciaban, y á la instruccion de que eran los misioneros. Los PP. Mateo Ricci, Martini, Longobardi, Schall, Gravina, Pantoja, Diaz, Froes, Govea, Orsini, Simoens y otros muchos pasaron á ser los lexicógrafos del celeste imperio. El P. Pomare, en su *Notitia linguae sinicae*, sobrepujó todos estos trabajos, componiendo, no ya una gramática, ni una retórica, sino mas bien un verdadero tratado de literatura china. Roberto de Nobili, José Beschi y Antonio Proenza se ocupaban en profundizar el tamoul, mientras que Esteban de la Cruz ofrecia á los bramas los rudimentos y reglas de su lengua, y mientras que Juan Pons y Ernesto Hansleden revelaban los misterios del sanscrito y del telenga. San Francisco Javier, Manuel Martino, Enriquez y Faraz, compusieron el diccionario malabar; los PP. Galendo, Carochi, de Paredes y del Rincon dieron á luz la gramática y sintáxis mejicana; Valdivia, Febres, Vega y Halberstad formaron el idioma chilense; Andrés White el de Maryland; José Anchieta, Aravio, Figueira y Leon publicaron el glosario brasilense; y por último, Vicente del Águila en Cinaloa, Cornelio Godinez en las riberas del Taramandahu, Pedro Gravina en el orígen del Xingu, Machoni entre los Lullos, José Briguiel entre los Abipones, Marban entre los Moxos, Ortega entre los Careanos, Villafane en el seno de los Gauzavos, Barcena y Anasco en el Tucuman, y Samaniego y Aragona en las riberas del Paraguay, se dedicaron á buscar algunos vestigios de lenguaje humano en aquellos dialectos salvajes á que se condenaban, y que llegaron á suavizar. Siéndoles preciso forjar un idioma comun para que sus herederos en las fatigas del apostolado no se viesen precisados á comenzar de nuevo el trabajo que bosquejaban, crearon de una vez ese idioma, enseñaron sus rudimentos

á la misma generacion de quien le tomaran, y llegaron á comunicarles la aficion al estudio. Por largo tiempo los progresos fueron imperceptibles; pero infatigables los misioneros en sus tareas, vieron coronarse por último con el éxito unas tentativas que jamás ha conocido el mundo, y cuyos frutos recogió la civilizacion. Es tan prodigiosa la multitud de gramáticas, diccionarios, sintáxis y demás obras elementales, compuestas por los Jesuitas en todos los idiomas del Nuevo Mundo, que se hace imposible reunirlas, y aun saber sus nombres y títulos. Nosotros solo hemos podido dar una débil reseña; pero puede por ella formarse una idea de los trabajos que emprendieron en sus misiones trasatlánticas, con el objeto de propagar la unidad cristiana y la educacion, que con ella es el orígen de la ventura.

Cuando tales hombres distribuian la instruccion con el celo de un apóstol, con el desinterés de un religioso, y con aquella seductora amenidad, cuyos relatos hàn llegado hasta nosotros, debian alcanzar indudablemente inmensos resultados. Para convencernos de esta verdad, no tenemos mas que seguirles de generacion en generacion en la práctica de la enseñanza, y verémos que, entre la existencia apenas terminada del novicio, y la del misionero que va á empezar, habia creado la Sociedad una carrera intermedia. Era la segunda prueba; pero á veces consumia en ella el Jesuita sus fuerzas y su vida. Todos los individuos de la Órden estaban destinados al profesorado; regla general de que no se hallaban dispensados la nobleza, los talentos ni aun los mismos triunfos: estaba hecha para todos, y todos se sometian gustosos á su imperio. El Instituto elegia entre ellos, formando lo mas selecto, que solo una corporacion establecida como esta puede esperar reunir; y de esta manera se dejaron ver desde un principio los primeros discípulos, amigos y émulos de Loyola, distribuyendo á los niños el pan de la ciencia con que acababan de alimentar á las academias y capitales de Europa.

Polanco y Frusis ejercian el profesorado en Padua; Domenech y Estrada en Lovaina; Simon Rodriguez y Cogordan en Coimbra; Andrés Oviedo en Gandía; Salmeron y Bobadilla en Nápoles; Araoz, Miron y Martin Santacruz en Valencia; Villanueva en Alcalá; Fabro, Canisio y Kessel en Colonia; Mendoza y Gonzalo en Valladolid; Palucia en Bolonia; Gaudan y Galvanelli en Venecia; Lancy en Palermo; Pelletier en Ferrara; Laynez en Flo-

rencia; Mercurian y Edmundo Auger en Perusa; Antonio de Córdoba, Borja y Bustamante en Córdoba; Acevedo, Suarez y Manuel Álvarez en Lisboa, y Nadal y Perpiñan en Paris.

Todos estos hombres, cuyos bellos ingenios, y cuyas virtudes mucho mas seductoras han comunicado á sus nombres una fama perpetua, se transformaban en humildes profesores después de haber fundado los colegios en que una obediencia llena de porvenir parecia rebajar en algun modo su celo. Ignacio de Loyola, que habia llegado á concebir la verdadera unidad, la unidad de los talentos, esa unidad que se forma por la concordancia de las doctrinas; única, inmutable y pacífica, porque existe en el catolicismo, donde se encuentra unidad de Dios, de Religion y de Iglesia, no admitia griego, ni romano, ni español, ni francés. Parecia desdeñar esta otra unidad, que circunscriben los rios, las montañas y los tratados diplomáticos, y que dilatándose con la conquista, se fracciona con el desmembramiento de un imperio; unidad facticia é imaginaria, que solo se reduce á un fatal egoismo, elevado á la altura de un cisma humano; trató desde luego de abrazar con el plan de estudios al mundo católico: habíale adoptado á este pensamiento de asociacion fraternal, y le aplicó desde el mismo instante, remitiendo algunos franceses y alemanes á España é Italia, al paso que varios españoles é italianos á los Países Bajos, Francia y Alemania. Esta comunicacion de idiomas y costumbres, en un siglo en que era tan rara entre los pueblos, vino á ser un progreso evidente para la educacion, un nuevo ramo del saber, y un lazo mas estrecho de caridad.

Semejante fusion era indispensable á Loyola, quien habia regulado de tal manera todas las cosas, que jamás esparció en el Instituto ni en los colegios la semilla de la discordia. Antes de la época de los Jesuitas, no existia la educacion nacional; pero habiéndoles quizás suministrado esta idea la misma emigracion de los profesores, ellos fueron los que desarrollaron su gérmen. En la misma universidad de Paris se habia quedado la educacion nacional en el estado de teoría, y no podia suceder otra cosa. De todos los ángulos de Europa acudian alumnos á este foco de luz: ingleses, alemanes, italianos y españoles, todos concurrian con avidez á escuchar las lecciones de un maestro, que por lo regular habia abandonado su patria para brillar en un teatro mas vasto; y como por otra parte en estas conferencias se discutia sobre

todas las materias, y la instruccion era repartida a manos llenas, era imposible recibir en ellas la educacion, y mucho menos una educacion nacional. Los catedráticos no se fijaban tampoco en una doctrina identificada por un lazo comun: aislados en su gloria ó en sus rivalidades, no tenian otro objeto que el de acrecentar su fama, ó propagar la ciencia y literatura. Los Jesuitas por el contrario; al paso que componian un solo ejército con la mision de difundir simultáneamente la aficion á las letras en cada uno de los países católicos, no ambicionaban un triunfo pasajero, sino un resultado perpetuo. Como individuos, pasaban por un pueblo, sin dejar en él vestigios profundos; pero la Compañía permanecia allí para siempre. Su espíritu dominaba las voluntades, y las amoldaba á las ideas ó doctrinas que era preciso exponer. Como el fin del Jesuita era el de hacer cristianos, sin que por eso excluyese como deberes impuestos por el Evangelio el sentimiento patriótico y el respeto debido al príncipe y á las leyes, apoyado en esta palanca, creaba ciudadanos, y realizaba el deseo emitido por Bacon al hablar de la Compañía de Jesús: «Una sociedad nueva, «dice el canciller filósofo [1], ha reformado por fin las escuelas; «¿por qué razon no se hallan semejantes hombres en todas las na-«ciones?»

Verdad es que en Alemania, Francia y España les suscitaron toda clase de obstáculos; pero fijos en su sistema de educacion forzosamente nacional, no solo lograron superarlos, sino que consiguieron introducir en sus colegios la igualdad. «Hay, dice Des-«cartes [2], en sus colegios una multitud de jóvenes de todos los «barrios de Paris y de todos los puntos de Francia, los cuales for-«man una cierta mezcla de caractéres por la conversacion de unos «con otros, que les enseña cási lo mismo que si viajasen: por úl-«timo, la igualdad que entre sí profesan los Jesuitas, no tratan-«do de distinto modo á los que son mas ilustres que á los que lo «son menos, es una invencion buena en extremo.»

Segun el gran filósofo, los Jesuitas hacian descender este principio de igualdad, que á la sazon solo tenia el carácter de una innovacion, hasta en las tareas y diversiones de la infancia. Condiscípulos los hijos del pueblo, al par que compañeros y amigos de los gran Condé, de los Saboya-Nemours, Conti, Longueville,

[1] *Anales de Filosofía*, por el canciller Bacon, tomo II, pág. 364.
[2] *Obras de Renato Descartes*, carta 90.

Lorena y demás herederos de las mas ilustres familias de Europa, iniciaban á estos jóvenes príncipes en los padecimientos de los indigentes, conducíanles á los hospitales, estimulábanles á servir á los enfermos, y revelándoles á la cabecera de los moribundos aquella existencia de dolores que inaugurada en la miseria terminaba en el abandono, después de enseñarles á compadecerse de los males, cuyo alivio era tan fácil á su opulencia, y desarrollando á su vista el panorama desolador de la desesperacion de los pobres, les amaestraban en el secreto de la beneficencia. Y no se limitaba á esto solo su mision: después de proporcionar á los educandos pobres protectores que seguian á sus condiscípulos en todas las carreras, lograron que un Armando de Borbon, primer príncipe de Conti, que se habia enlazado con los vínculos de la amistad en los bancos de los Jesuitas con Molière, Chapelle y Bernier, el célebre viajero, fuese siempre su amigo.

Los Jesuitas, «cuyo Instituto, segun el dictámen de Bonald [1], «es el mas perfecto que ha producido el cristianismo,» se habian hecho un deber de adivinar y aplicar todos los medios mas propios para excitar la emulacion. Uno de los que les dió mas felices resultados en ambos hemisferios fue el establecimiento de las congregaciones de la santísima Vírgen, que tomaron su orígen en Roma, Nápoles, Perusa y Génova sobre el año de 1569, y bajo la inspiracion del jóven Jesuita Juan Leon, regente de Quinto. Reuniendo este jóven diariamente, y en el intervalo de sus estudios, á los alumnos mas piadosos de las clases inferiores á la retórica, y excitándoles á una mutua caridad, á la ciencia y al amor de Dios, consiguió propagar con tal rapidez esta idea en las casas de la Compañía, que el papa Gregorio XIII, por su bula *Omnipotentis*, expedida en 1684, erigió estas asambleas en congregacion primaria en la iglesia del colegio Romano. El orígen de esta afiliacion no habia tenido otro objeto que el de formar discípulos mas perfectos; pero á la sombra de los Jesuitas, cuyo General era el director supremo de estas congregaciones, no solo tomaron como el grano de mostaza un incremento rápido, sino que salvando el recinto del colegio con los jóvenes que de él salian para abrazar una carrera, y que deseaban permanecer en comunidad de oraciones y recuerdos con sus maestros ó condiscípulos, pasaron á ser un nuevo vínculo de proteccion ó de amis-

[1] *Legislacion primitiva*, tomo II.

tad; se diseminaron por todos los ángulos de Europa é Indias, y enlazaron en la misma asociacion al Oriente y Occidente, á los pueblos del Norte y del Mediodia. Regíanse por unos estatutos, unas reglas, unas plegarias y unos deberes comunes: eran una grande fraternidad que se extendia desde Paris á Goa, descendiendo desde Roma hasta el seno de la ciudad mas ignorada.

Las congregaciones de Aviñon, Amberes, Praga y Friburgo fueron las mas célebres. Las habia compuestas de eclesiásticos, militares, magistrados, nobles, plebeyos, comerciantes, artesanos y criados, ocupadas todas ellas en buenas obras, coadyuvando todas, segun sus facultades, al auxilio de los indigentes, visitando á los enfermos, consolando á los encarcelados, é instruyendo á los niños, y dotando á las jóvenes desvalidas. El Tasso y Lambertini, san Francisco de Sales y Fenelon, Alfonso Liguori y Bossuet, Fernando de Austria y Maximiliano de Baviera, los príncipes de Conti y de Turena; en una palabra, el genio y la piedad, la majestad del trono y la gloria militar, se asociaron á estos comicios presididos por un Jesuita bajo el nombre de director. Cada una de estas asociaciones constaba de un prefecto, dos asistentes y un secretario. Hé aquí cómo estaba formada la de Luis el Grande en 1705: Nicolás de Beaulieu, prefecto; José de Laistre y Antonio Álvarez, asistentes; Francisco Beaufort, secretario, y últimamente, el P. Tournemine la dirigia. El año siguiente se compuso de Timoleon Boissac, Claudio Leclerc, Claudio Atilly, Tomás Bocand y Montigny.

El culto de María habia reunido bajo el mismo pendon alumnos de todos los países, que no quisieron separarse de él cuando la edad les hubo franqueado el camino de los honores ó del trabajo. Es innegable que esta agregacion, que abrazaba el universo, duplicaba las fuerzas morales de la Compañía de Jesús; pero protegida esta por los Pontífices, al paso que sostenida por los soberanos, caminaba á la consecucion de su obra sin alarmarse por los ataques de que eran objeto sus prácticas religiosas y su plan humanitario. Acriminábanla en su infancia y la calumniaban en su edad madura; pero Benedicto XIV, aquel gran Papa á quien los Protestantes y filósofos del siglo XVIII han tributado inmensos elogios, no temió en la misma época de su popularidad europea, dar á las congregaciones un testimonio de su aprecio. Educado por los Jesuitas al par que conocedor por experiencia del es-

píritu de las asociaciones que dirigian, puesto que habia formado parte de ellas en su juventud, expidió en 27 de setiembre de 1748 la bula de oro *Gloriosae Dominae.*

Después de haber desarrollado con la mayor elocuencia la idea creadora de Ignacio al sentar los cimientos de la Sociedad de Jesús, añade Benedicto XIV, desde lo alto de la Silla apóstólica: «Entre los ejercicios propios de su Instituto, con los cuales con- «tinúan prestando servicios utilísimos, han establecido sabiamen- «te otro, por el que al paso que se dedican á la educacion de la «juventud cristiana, inculcándola los mas sanos principios, se han «tomado el trabajo de inscribirla en piadosas asociaciones ó con- «gregaciones de la santísima Vírgen, Madre de Dios. Consagra- «dos de este modo al servicio y honor de María, enseñan á la ci- «tada juventud, en la escuela, por decirlo así, de la que es ma- «dre del amor hermoso, del temor y la gratitud, á caminar á la «suma perfeccion, y á llegar á la última cumbre de la salvacion «eterna. De esta laudable institucion, modificada hasta el infini- «to por medio de santas y saludables reglas, segun los diversos «empadronamientos de los congregantes, al par que gobernada «por directores prudentes y dotados de una sagaz prevision, se- «ria imposible enumerar los bienes que emanan en favor de los «hombres de todas clases y condiciones. Colocados unos bajo la «proteccion de la bienaventurada Vírgen desde su infancia en la «senda de la inocencia y de la piedad, y conservando, sin jamás «extraviarse, unas costumbres puras y una vida digna del hom- «bre cristiano y de un siervo de María, han merecido la inesti- «mable gracia de la perseverancia final; mientras que descar- «riados otros miserablemente por las seducciones del vicio, han «regresado desde el camino de iniquidad, en que estaban sumi- «dos, á una plena y sincera conversion mediante los auxilios de «la misericordiosa Madre del Salvador, á cuyo servicio se habian «consagrado en el seno de las congregaciones; y abrazando des- «pués una vida sobria, justa y aun piadosa, han perseverado has- «ta el fin, sostenidos por la asiduidad de los ejercicios religio- «sos de estas congregaciones, en este nuevo género de vida.

«Nos, en fin, que en nuestra juventud fuimos miembro de la «congregacion de la beatísima Vírgen María, erigida bajo el tí- «tulo de la Asuncion en la casa profesa de la Compañía en Roma; «Nos que conservamos el grato recuerdo de haber frecuentado

«sus piadosos é instructivos ejercicios para nuestro mayor con-
«suelo espiritual; Nos, pues, juzgando un deber de nuestro mi-
«nisterio pastoral el favorecer, promover y secundar con nues-
«tra autoridad y liberalidad apostólicas esas instituciones sólidas
«y piadosas, que cooperan al adelanto en la virtud, y contribu-
«yen eficazmente á la salvacion de las almas, por nuestras letras
«expedidas en forma de breve el 24 de abril último, hemos apro-
«bado, confirmado, amplificado y extendido todas las concesiones
«y privilegios anteriores de nuestros predecesores, como se deja
«ver por el tenor mismo del rescripto.»

Esta bula de oro, que ponia de manifiesto á los Jesuitas en su plan de instruccion, en sus congregaciones, en sus obras apostólicas y en su misma existencia, aparecia algunos años antes de la destruccion del Instituto. Emanaba de un Pontífice, cuyo sufragio hace todavía autoridad; estaba refrendada por el cardenal Passionei, y explicaba el objeto y los resultados de estas congregaciones, que, nacidas en el interior de los colegios, habian llegado á propagarse con la celeridad que la Órden de Jesús sabia imprimir á sus obras. Era la instruccion simultánea de todas las edades y condiciones, obrando en el rico como en el pobre con el mismo principio, y enlazando á un mismo culto y á un pensamiento idéntico á unos hombres que jamás debian tener entre sí relacion alguna personal. Esta idea de encadenar á los individuos por medio de un lazo religioso, asociándolos á la vez por un dulce recuerdo de infancia, fue para los Jesuitas una poderosa palanca que comunicó á su enseñanza una fuerza de que supieron sacar partido.

Juvency, cuya *Ratio discendi et docendi* es aun la regla de lo bello y de lo verdadero, ha dicho: «Siendo la gramática y latinidad «países bastante áridos, es indispensable distraer el entendimien-«to si se trata de despertarle. Las zarzas solo agradan cuando es-«tán floridas.» Bajo estas poéticas imágenes revelaba el Jesuita el secreto de la educacion, cuyo misterio habia profundizado, que habia sondeado el Instituto, y en el que preparaba al maestro y al educando.

Proyectando los Jesuitas hacer amable á la infancia la educacion, la desembarazaban de todas las arideces de escuela, la presentaban bajo un aspecto mas halagüeño, hacíanla progresar con rapidez, y creaban nuevos ramos de estudio. En todas las ciuda-

des abrian cursos públicos de matemáticas; llegando á contar en la de Caen hácia el año de 1667 mas de cuatrocientos alumnos en la sola clase de aritmética y geometría fundada por Luis XIV. El profesor era un Jesuita, á quien Chamillard, intendente á la sazon de la Normandía Baja, dirigió una carta de enhorabuena que tenemos á la vista. Y no era por cierto la Francia mas favorecida que otros reinos. En todas partes se dejaba palpar el incremento dado á las ciencias: llevábanle consigo los Jesuitas, que, poseyendo la industria de la enseñanza, y queriendo que penetrase en todas las jerarquías sociales, y se diseminase bajo todas las formas, ponian en práctica los medios mas ingeniosos. Hacíanse niños para instruir y divertir á los niños, y como lo dice un hombre á quien poco há contaba en el rango de sus dignatarios el ministerio de Instruccion pública [1], habian adoptado un sistema mas en armonía con las costumbres del siglo. Sus colegios estaban abiertos á todas las artes de recreo, sin excluir la música, el baile y la esgrima. La distribucion de los premios era precedida en ellos todos los años, no solo de las representaciones de tragedias llenas de alusiones políticas, sino tambien de bailes compuestos por los reverendos Padres, y ejecutados por los mas ágiles de sus discípulos. Los estudios serios habian pasado á ser entre ellos una especie de recreo. La física consistia en una serie de experimentos recreativos, en que un ayudante venia á manifestar algunos fenómenos eléctricos ó magnéticos, algunas experiencias en el vacío, la circulacion de la sangre en el mesenterio de una rana, y el espectáculo del aumento de varios objetos por medio del microscopio. La historia, cuyo estudio no se conocia aun en las universidades, se aprendia fácilmente por la inspeccion de las medallas.

Por boca de sus mismos adversarios oficiales, y rivales declarados, no eran ajenos los Jesuitas á ninguna clase de estudios, y hasta ensanchaban sus límites. Para hacer fuertes á los jóvenes en el hermoso idioma latino, y para allanarles las dificultades de la lengua francesa, les citaban á certámenes poéticos. Tenemos á la vista una recopilacion de versos compuestos en 1697 y 1699 por los alumnos de los PP. La Sante y Juvency. Estas poesías, que aun en la actualidad podrian pasar por bellas, se hallan firmadas por Pomeren, Breteuil, Rippert de Monclar, Verac, Saint-Ai-

[1] *Cuadro de la instruccion secundaria*, por Kilian.

gnan, Berthier, de Renneville, Thorigny, Eaubonne, Chauvelin, Riccoboni, Saint-Vallier, Lamoignon, Châteaurenard, Danchet, Coëtlogon y Letellier.

El Jesuita que pasaba á regentar una clase no tenia mas que una ocupacion, á la que se referian todos los pensamientos y todos los actos de su vida eterna. Consagrado en cuerpo y alma á la educacion de sus alumnos, esto venia á ser para él una afeccion, una familia, el universo en fin: con ellos empezaba las clases rudimentales, y los seguia hasta la retórica. «El mayor mérito[1], dice Voltaire, que contrajo, en nuestro concepto, el Padre Porée en el colegio de Clermont, á que dió su nombre «Luis XIV, fue el hacer amar á sus discípulos la virtud y las letras.» Durante el período de treinta años en que enseñó la retórica, contó entre sus discípulos diez y nueve miembros de la Academia francesa, honor que no tiene igual en los fastos del profesorado. El número de estudiantes, que en 1651 ascendia á dos mil, pasaba de tres mil quinientos en 1675. Cada dia los Jesuitas amoldaban á los alumnos al estudio y á la virtud; cada fin de año los llamaban á brillar en el teatro, donde los mas diestros representaban tragedias y comedias, cuyos autores eran los Padres de la Órden. En 1650 representaron la tragedia intitulada, *Susana*[2], en presencia de Luis XIV, todavía niño, á quien acompañaban

[1] *Siglo de Luis XIV*, tomo I.

[2] No hemos querido entrar en el debate que los solitarios de Port-Royal y los adversarios del Instituto han suscitado contra él á propósito del teatro, por habernos parecido que, en una cuestion tiempo há resuelta, solo se necesitaba aducir la opinion de uno de los jueces mas ilustrados. Hé aquí cómo se expresa Bossuet en sus *Máximas y reflexiones sobre la comedia*, tomo XXXVII, página 603 de sus *Obras* completas:

«Vense, efectivamente, representaciones asaz inocentes: ¿quién será capaz «de condenar en los colegios las de una juventud arreglada, á la que proponen «sus maestros semejantes ejercicios con el objeto de ayudarles á formar su es«tilo y accion, ó en todo caso para dispensarles al fin del año alguna distrac«cion honesta? Y sin embargo, hé aquí lo que dice sobre este asunto una docta «Compañía, que, con tanto celo y buenos resultados se ha consagrado á la ins«truccion de la juventud: *Es indispensable que las tragedias y comedias, que «solo deben ser compuestas en versos latinos, y cuyo uso debe ser muy raro, «tengan un objeto santo y piadoso; que los entreactos sean todos en latin; que «no contengan cosa alguna que se oponga al decoro, y que jamás se introduz«can personajes hembras, y mucho menos el traje del otro sexo.*» (*Rat. stud.* tit. *Reg. Rect.* art. 13). Bossuet añade: «Se ven cien rasgos como este de pru«dencia en los reglamentos de este venerable Instituto.»

Carlos II de Inglaterra y el duque de Yorck; el 19 de agosto de 1658 pusieron en escena la *Athalia* en versos latinos, aquella misma *Athalia* que inspiró á Racine su obra maestra; y por último, el 6 de junio de 1721, descendiendo al Louvre el colegio de Luis el Grande, Armando de la Tremonille, Luis de Mortemart, Esteban de Blanes, Juan Nicolai, Armando de Bethuna-Charost, Fleuriau de Armenonville, Víctor Rochechouart, Víctor Merliant, Juan Courmont y Gabriel Riquet dieron delante del Monarca la primera representacion de las *Incomodidades de la grandeza* [1].

Cuando en medio de estas solemnidades literarias tomaron la palabra los PP. Labbe, Cossart, La Rue, Porée, La Sante, Menestrier, Joyeuse y todos los predecesores ó herederos de estos veteranos de la enseñanza; cuando, en los ejercicios de esta clase, se entregaban los jóvenes educandos á la inspiracion de sus corazones aun vírgenes, eran siempre guiados por los Jesuitas á un fin nacional. Glorificaban el nombre de su país, república ó monarquía; sabian evocar sus grandes hombres con el objeto de ofrecérselos á los niños como modelos. Todavía existe en Francia la coleccion de un diario, el *Mercurio*, que después de haber atravesado dos siglos, presenta en sus olvidadas páginas la corroboracion de este hecho. Deseando los Jesuitas del colegio de Luis el Grande inflamar el ardor de la juventud, al paso que despertar en su alma un profundo sentimiento de orgullo patriótico, la ayudaron el 21 de agosto de 1680 á celebrar las victorias de la Francia. El 10 de octubre de 1684 encomió en su presencia el P. La Baume las antiguas glorias del Parlamento, y los servicios que habia prestado este, para impulsarla á respetar las instituciones del reino: en setiembre de 1717 disertaron públicamente acerca del estado de vida mas útil al país: el 6 de agosto de 1720 honraron á la industria y agricultura: por último, en el mes de enero de 1728 se discutió entre los jóvenes si los franceses superaban á las demás naciones en las obras del ingenio; cuestion que se agitó y resolvió en medio de solemnes debates. En los demás Estados se renovaba igualmente lo que sucedia en el reino cristianísimo. A los muchachos nacidos bajo el régimen monárquico enseñaban los Jesuitas la fidelidad inherente al súbdito leal, porque ellos tambien lo eran; y haciéndose republicanos bajo el Gobierno democrático, proponian á sus alumnos para

[1] El autor de esta comedia es el P. Cereau.

que los imitasen, los ejemplos famosos de aquellos héroes que habian conquistado ó defendido la libertad de su patria.

Una educacion tan francamente popular, y cuyo ardiente promotor habia sido Loyola, progresó rápidamente al par de su Instituto; siendo incesantemente seguida la marcha que trazara. Aquellos oradores, poetas, historiadores, matemáticos, teólogos y misioneros, que habian fecundizado el desierto, y evangelizado á los salvajes; aquellos sugetos, cuyos nombres, virtudes y ciencia era un motivo de gloria para la Sociedad, pasaban sucesivamente á ocupar en los colegios unas funciones modestas, aunque útiles, que si para los padres eran una garantía, para los niños eran un honor, del que trataban de hacerse dignos á todas las horas del dia por medio de una emulacion incesante. Y no se circunscribia la influencia de estos maestros únicamente á los muros del establecimiento; propagábase de tal modo al exterior, que con verdad pudo decir el cardenal de Maury [1]: «El colegio de los «Jesuitas en Paris venia á ser un punto céntrico que llamaba la «atencion de los escritores mas célebres y de los sugetos mas dis«tinguidos de todos los rangos: era una especie de tribunal per«manente de literatura, al que Piron, en su estilo enfático, acos«tumbraba llamar el *Panteon de las reputaciones literarias*, tenido «siempre por los literatos como el orígen principal y el foco de la «opinion pública en la capital.»

La delicadeza de su gusto, unida á la pureza de su estilo, les invistieron con esa magistratura de la crítica, que se les vió desempeñar siempre con tanto tino como conciencia literaria. Los reyes y los pueblos habian comprendido tan perfectamente el influjo de los Jesuitas, y los resultados que debian obtener sobre la moral, que la Compañía se vió muchas veces precisada, á pesar de las rivalidades universitarias, á la fundacion de nuevos establecimientos. Y sin embargo, formando el censo de los que ya poseian en 1710, produjo la suma de seiscientos doce colegios, ciento cincuenta y siete pensionados ó escuelas normales, cincuenta y nueve noviciados, trescientas y cuarenta residencias, doscientas misiones, y veinte y cuatro casas profesas. Poseia además veinte y cuatro universidades, en las que se conferian los

[1] *Elogio del abate de Radonvilliers, de la Academia francesa*, pronunciado por el cardenal Maury, el dia de su recepcion en el Instituto de Francia, 6 de mayo de 1807. El citado abate de Radonvilliers habia sido Jesuita.

grados académicos. En el momento de la disolucion en 1762, el Atlas universal del Instituto prueba que en sus últimos años la Sociedad progresaba todavía, puesto que se hallaba al frente de seiscientos sesenta y nueve colegios. Los Jesuitas no se establecian en las ciudades, porque el Gobierno así lo exigiese ó mandase á sus habitantes; sino que estos los llamaban de su propia voluntad, dotaban al colegio con arreglo á sus facultades, y con esto solo se inauguraba su mision. Trazando Chateaubriand el cuadro perteneciente al Instituto en su *Genio del Cristianismo* (tomo VIII, pág. 199), dice con una emocion que no debe despreciar la historia: «La Europa ilustrada ha padecido una pérdida «irreparable con la supresion de los Jesuitas. La educacion no «ha vuelto á realzarse desde que cayeron. Eran singularmente «estimados de la juventud. Sus modales cultos eliminaban de su «enseñanza aquel tono pedantesco que arredra é intimida á la «infancia. Como la mayor parte de sus catedráticos eran literatos «escogidos en el gran mundo, los jóvenes se creian á su lado en «una ilustre academia; y como por otra parte habian sabido es-«tablecer entre sus alumnos una especie de patronato que redun-«daba en provecho de las ciencias; estos vínculos, formados en «la edad en que el corazon se franquea á los sentimiento genero-«sos, no solo no se desunian jamás, sino que consolidaban en lo «sucesivo entre el príncipe y el literato aquellas antiguas y no-«bles amistades que recordaban las de los Escipiones y los Lelios.

«Alimentaban además esas veneradas relaciones entre los discí-«pulos y el maestro, tan gratas en las escuelas de Platon y Pitágo-«ras. Llenábanse de noble orgullo cuando creaban algun grande «hombre, cuyo genio habian preparado, y reclamaban una parte «de su gloria [1]. Un Voltaire dedicando su *Merope* á un P. Porée, y «llamándole á boca llena su *querido maestro,* es uno de esos be-«llos rasgos que ya no presenta la educacion moderna. Naturalis-«tas, químicos, botánicos, matemáticos, mecánicos, astrónomos, «poetas, historiadores, traductores, anticuarios, periodistas, to-«do lo han sido los Jesuitas: no existe un solo ramo del saber hu-«mano que no hayan cultivado con celebridad y esplendor.»

Su educacion imprimia un sello de religion, de honor y de pro-

[1] Refiriéndole un dia al P. Porée que habia dicho Voltaire: «El P. Porée «no es un gran poeta.— Al menos, contestó el modesto é ingenioso profesor, «no podrá negar que he sabido formarlos.»

bidad sobre toda una existencia, y ella es la que ha formado tantos pontífices ilustres, generales, magistrados, literatos y escritores célebres que formarán la eterna gloria de su patria. De un lado vemos á los Borbon, Rohan, Montmorency, Farnese, Villars, Luxemburgo, Radziwills, Montecuculli, Richelieu, Duaras, Spínola, Gramont, Boufflers, Firmian, Furstemberg, Esterazy, Mortemart, Tilly, Walstein, de Estrées, Broglie, Choiseul, D. Juan de Austria, Beauvant y Crequi; del otro los papas Gregorio XIII y Benedicto XIV, los cardenales Noris y Marza Ángelo, san Francisco de Sales y Bossuet, Liguori y Fenelon, Flechier y La-Rochefoucault, el cardenal de Polignac y Huet, el abate Fleury [1] y Belsunce, el cardenal de Fleury y Languet, Federido Borromeo y Quiri-

[1] El abate Fleury, el historiador de la Iglesia, que conservó eternamente hácia los Jesuitas, sus maestros, una respetuosa gratitud, para legarles una prueba solemne de ella, compuso un pequeño poema sobre la biblioteca del colegio de Clermont, ó de Luis el Grande. Hé aquí un pasaje en que confunde el autor en un mismo y merecido elogio á los PP. Perpiñan, Maldonado, Fronton del Duque, Saillan, Sirmond, Cressoles, Petau y Caussin, profesores en otro tiempo en este colegio, y cuyos retratos estaban colocados en la biblioteca:

Contra dant ubi magna novem intervalla fenestrae,
Ora novem sunt picta virûm, quae maxima *Claro*
Lumina fulxerunt *Monti* dum vita manebat:
Nunc totidem aethereas exornant sidera sedes.
Primum PERPINIANUS habet, quem regia quondam
Dicentem plenis effusa Lutetia templis
Suspexit. Post hunc te, MALDONATE, videmus,
Cui nulla in sacris arcana impervia libris:
Et te doctrina clarum eloquioque potentem,
AUGERI, si qua est dicendi copia. Necnon
Doctorum ornator DUCAEUS FRONTO Pelasgum
Insequitur, cui tantum, Chrysostome, debes.
Nec SALIANUS abest: quique antiquissima tanto
Christianum excussit studio monumenta priorum,
SIRMONDUS, nulli scribendi laude secundus;
CRESSOLI deinde ora vides, quo doctior alter
Non fuit, excepta sapientis mente PETAVI:
Hunc latuit nihil humanum quo tendere posset
Ingenium. Quidquid veteres scripsere Latini,
Quodcumque Inachidum prisca de gente relictum est
Noverat, hebreaeque arcana volumina sectae.
Hic si romana lusisset carmina lingua,
Carmina, Virgilium Romae lusisse putares.
Sermonem Latio scripsisset more solutum,
Sermonem poterat Cicero dictasse videri.
Plura alii melius referent, quos inclytus heros
Agnovit socios, aut qui stupuere docentem.
Fata illum nobis etiam vidづesse negarunt.
Tu super unus eras calamo, CAUSSINE, diserto
AULAM qui faceres dictu mirabile SANCTAM.

ni, Bridayne y Mailly, Edgeworth de Frimont y Bausset, con toda la serie de papas, cardenales y obispos, que por sus virtudes ó talentos han honrado á la Iglesia. En la magistratura cuentan los Jesuitas entre sus educandos á Lamoignon, Seguier, Pontchartrain, Molé, Novion, Mesme, Aligre, Argenson, Pothier y Libert, de Ormesson, Le Jay, Montesquieu, Bouhier, Portail, Maupeou, Amelot, Nicolai, Henault, Malesherbes y Seze; así como en literatura y ciencias al Tasso [1], Galileo, Justo Lipsio, Santeuil, Descartes, Corneille [2], Cassini, Molière, Juan Bautista Rousseau, Escipion Maffei, Goldoni, Varignon, Tournefort, Malezieux, Fontenelle, Mairan, Vico, Alfieri, Cavanillas, Saint-Lambert, Olivet, Pompignan, Tourgot, Volpi, Quadrio, Voltaire, Fréron, Mersenne, Burke, Kemble, el orador y trágico inglés, Filicaia, Bianchini, Salvini, Muratori, Redi, La Condamine, Gresset, Chomel, Mably, Buffon, Diderot, el P. Eliseo, Raynaldo, Maury, Canova, Barthelemy y Lagrange.

Fácil será convencerse, por esta mezcla de gloriosas individualidades, que no necesitan mas que ser citadas para excitar gratos recuerdos, y cuyo número pudiéramos aumentar indefinidamente, de que los Jesuitas no condenaban á sus discípulos á una ignorancia precoz, y que no inclinaban sus tiernos corazones hácia el claustro ó el sacerdocio. Desde la época de su orígen hasta su supresion, es decir, en el transcurso de doscientos y treinta años, han formado la educacion de la Europa entera, y la del siglo de Luis XIV. Es verdad que no todos los jóvenes salidos de sus colegios fueron modelos de virtud, genios ó denodados caudillos. Bajo unos maestros religiosos pueden formarse impíos, y en la escuela

[1] El Tasso, que conservó siempre la mas afectuosa intimidad con el Padre Francisco Guerrieri, su profesor de retórica, le dirigió un soneto que principia por este juego de vocablos:

Hai col nome guerrier, Guerrier l' ingegno.

[2] Todavía existe un ejemplar de las obras del gran Corneille que regaló á los Jesuitas, sus antiguos maestros, y á cuyo frontispicio se lee la siguiente dedicatoria escrita de mano del sublime poeta:

Patribus Societatis Jesu
Colendissimis praeceptoribus suis,
Grati animi pignus
D. D. Petrus Corneille.
Dii, majorem umbrae tenuem et sine pondere terram
Qui praeceptorem sancti voluere parentis
Esse loco.

de un sabio se encontrarán siempre algunas inteligencias que no salgan nunca de su estado de ignorancia; los Jesuitas no han podido superar la condicion de algunas naturalezas viciadas, y se han frustrado sus esfuerzos, como se frustrarán siempre todas las tentativas que se hagan con los mismos caractéres. No debemos por lo tanto colocarnos en la excepcion sino en la realidad. Los Jesuitas no exigian de la infancia mas de lo que podia producir, ni improvisaban oradores, astrónomos, poetas, matemáticos y moralistas de doce años. Habian, sí, puesto en práctica, mucho tiempo antes que el filósofo de Ginebra, la prudente leccion que da este en teoría en su *Emilio*. «¿Por qué razon, dice, se ha de pretender «que los progresos en un niño, que nunca pueden pasar de tales, «sean los de un hombre hecho? Todo cuanto pueden inspirar los «colegios es la aficion á las letras: ellos franquean el camino; al «genio toca recorrerle.»

Tambien es cierto que de las casas de la Compañía han salido virtudes sublimes y grandes criminales; pero nosotros no tratamos de hacerla, ni el honor de haber creado solo los primeros, ni la injuria de haber predispuesto al vicio á los segundos. Los Padres ejercian un ascendiente inevitable en los corazones de sus alumnos; pero este ascendiente, que tantas pasiones y tantos intereses contradictorios trataban de atenuar en el mundo, no era bastante poderoso para contrarestar unos caractéres fuertemente templados para determinar el bien, ó para ahogar el mal. Y sin embargo, háseles dirigido mas de una vez esta acriminacion que no han merecido. Se les acusa de haber formado, sin saberlo, pero por una falsa direccion, la juventud, á la cual los excesos de 1793 han hecho tristemente famosa. Desterrados de sus establecimientos en 1762, y proscritos como Jesuitas en 1764, no han podido reasumir sobre su cabeza la responsabilidad de la educacion mas que hasta esta época. No fue por cierto en el tiempo en que ellos ocupaban el colegio de Luis el Grande, cuando ingresaron en él los Robespierre, Desmoulins, Fréron, Tallien, Danton, Marat, Chenier y tantos otros [1]. La universidad se habia constituido he-

[1] Una simple enumeracion de fechas bastará para probar con mas elocuencia que todas las negativas. Robespierre nació en 1759 lo mismo que Danton; Camilo Desmoulins en 1762; José Chenier en 1764; Fréron en 1756; y Tallien en 1769. Es, pues, materialmente imposible que hayan sido discípulos de los Jesuitas, expulsados en 1762 de todos los establecimientos de Francia.

redera del Instituto; el presidente Rolland la habia puesto en nombre del Parlamento en posesion del colegio de Luis el Grande: ella habia tomado á su cargo la enseñanza sustituyendo á los Jesuitas; y Robespierre y colegas fueron la primera generacion que en él formó contra sus esperanzas y previsiones. ¡Cosa digna, entre tanto, de observacion! ninguno de los discípulos de la Órden de Jesús tomó una parte culpable en las medidas revolucionarias. Muchos fueron sus víctimas; pero ni aun sus mismos apóstatas, tales como Raynal y Cerutti, sancionaron los crímenes de aquella época.

El régimen interior de las escuelas de la Compañía de Jesús era enteramente uniforme, y cási igual al que subsiste aun en el colegio de los Jesuitas, ó en los que han tomado por modelo su plan de educacion. La única diferencia sensible se halla en el gobierno de los externos. Los Padres, que habian desde luego pensado que este depósito confiado á su celo por las familias era tan sagrado para ellos como el de los pensionistas, establecieron una activa vigilancia respecto á estos últimos. El prefecto de estudios formaba un catálogo de las casas en que los estudiantes, separados de sus padres, podian elegir un domicilio; después pasaba á visitar estas casas en dias indeterminados para cerciorarse por sí mismo de si reinaba en ellas el buen órden; luego escuchaba las quejas, daba los consejos, y descendia con los niños á los detalles mas minuciosos. Los maestros de pension eran responsables de la conducta de sus inquilinos: obligábanlos á cooperar á la ejecucion de los reglamentos, y si llegaba el caso de entibiarse su celo ó su prudencia, eran al instante rayados de los catálogos. Esta seguridad dada á las familias, lo era tambien para los Jesuitas.

La clase ocupaba las horas mas preciosas del dia; pero queriendo los Padres facilitar la educacion á los que desplegaban mayor emulacion que los demás, sin desalentar no obstante á la mayoría, á quien bastaban los deberes comunes, habian establecido academias en que, para ser incluidos como miembros, necesitaban distinguirse los estudiantes por su piedad y aplicacion.

El concilio de Trento, cuya prevision se extendió á todos, y que debia necesariamente ocuparse de la educacion, contagiada ya por los vicios y la herejía, después de indicar los medios opor-

tunos para resucitar el culto de lo verdadero en el corazon de la juventud, aconsejó que echasen mano de sabios y prudentes profesores, y lanzando de repente una ojeada sobre la Sociedad de Jesús aun en la cuna, emitió este deseo, cuya justicia ha confirmado en lo sucesivo la experiencia de dos siglos [1]: «Caso de ha«ber Jesuitas, deben ser preferidos á todos los demás.» Un sufragio semejante, adoptado por los sumos Pontífices, los reyes, obispos y pueblos como la norma de su conducta, y al que se han adherido constantemente los literatos de todas las comuniones y países, nada deja que decir respecto á este código de instruccion, y á la manera con que fue aplicado.

Cuando los tres siglos mas célebres de la historia vienen, representados por los hombres que han producido, á honrar al maestro que les formara; cuando recordamos el amor que los discípulos de los Jesuitas profesaban á sus catedráticos; cuando en cada una de las páginas de las obras maestras de literatura europea observamos aun los vestigios de este amor, del que rara vez ha desistido el mismo Voltaire; y cuando comparamos, por último, este sentimiento de piadosa gratitud con el olvido despreciador que acoge por lo regular el nombre de los universitarios que han educado á la generacion actual; nos vemos precisados á confesar en despecho de todos sus rivales y adversarios, que los Jesuitas abrigaban en sí mismos un principio vital, ó sea una educacion adaptada á las necesidades de la familia y al deseo de los jóvenes.

Bacon, aquel gran filósofo que descubrió en las ciencias un nuevo mundo, reasumia así su pensamiento respecto al sistema de estudios seguido en la Compañía: «Por lo que respecta á la «instruccion de la juventud, dice el canciller de Inglaterra, se«ria mas sencillo decir: Consultad los colegios de los Jesuitas, «porque es imposible hacer cosa mejor que lo que en ellos se «practica [2].»

Pero Leibnitz, otro protestante tan ilustre como el Canciller, al paso que justificaba á la Sociedad de Jesús en lo relativo á sus trabajos instructivos, creyendo que aun la restaba otros servicios que prestar al mundo: «He pensado siempre, escribia á Placcio «en el tomo VI de sus *Obras*, pág. 65, que seria fácil reformar el

[1] Et si reperiantur Jesuitae, caeteris anteponendi sunt. *(Declarationes ejusdem concilii ad sess. XXIII. De reformatione*, cap. XVIII, num. 31).

[2] *De dignitate et augm. scientiarum*, lib. VII, pág. 153.

«género humano si se reformase la educacion de la juventud; «pero no podrá obtenerse fácilmente este resultado sin el concur«so de personas, que, á la buena voluntad y conocimientos, no «agreguen el prestigio de la autoridad. Los Jesuitas podian hacer «cosas admirables, especialmente cuando considero que la basa «principal de su Instituto religioso estriba en la educacion de los «jóvenes: sin embargo, á juzgar por lo que observamos en la ac«tualidad, no ha correspondido plenamente el éxito á las espe«ranzas, y estoy muy distante de opinar en esta materia como «Bacon, que, cuando se trata de mejorar la instruccion, se con«tenta con remitirnos á las escuelas de los Jesuitas.»

La cuestion ventilada entre estos dos genios del protestantismo solo es de mas ó menos. Mientras que Bacon lo encuentra todo perfecto en el órden y objeto de los estudios; mientras que admira el método práctico de los Jesuitas, su celo y maestría en el arte de formar la juventud; Leibnitz, que los defiende y se honra con su amistad, cree que el Instituto no ha pronunciado todavía su última palabra, y lo llama á la realizacion de su cristiana utopía. Ambos discordaban en opiniones sobre el plan adoptado: el uno aprobaba sin reserva; el otro deseaba que se modificase para que fuesen mas completos sus triunfos; la verdad, empero, existe entre el elogio y la acriminacion condicional, que puede aplicarse á todas las obras del hombre. Y sea como quiera, lo que resalta evidentemente de las palabras de ambos filósofos es, que los Jesuitas carecian á la sazon de competidores en Europa respecto á la educacion de la juventud; y como lo ha dicho el erudito abate Emery, á quien tantas veces consultó el emperador Napoleon [1]: «Han expulsado á los Jesuitas, han rechazado su mé«todo; pero ¿con qué los han reemplazado? ¿Qué ha resultado «de tantos nuevos sistemas de enseñanza? ¿Son ahora los jóve«nes mejor educados? ¿Han pasado sus costumbres á ser mas pu«ras? ¡Ah! su presuntuosa ignorancia, agregada á la corrup«cion de sus costumbres llevada á su apogeo, impulsan á la ma«yor parte de los hombres honrados á echar de menos las perso«nas y el método de sus antiguos maestros.»

[1] *Pensamientos de Leibnitz*, por Mr. Emery, p. 429 (ed. de 1830).

CAPÍTULO XXIX.

Reflexiones acerca los escritores de la Compañía de Jesús. — Su punto de vista. — Los Jesuitas juzgados por Voltaire, de Alembert, Lalande y el abate de Pradt. — Primeros teólogos de la Órden. — Laynez y sus obras. — Modo de estudiar y comprender su genio. — Salmeron y Canisio. — Possevino como teólogo y diplomático. — Los sabios de la Compañía. — Toledo y Belarmino. — Su ciencia. — Los controversistas y sus obras. — Los PP. Wetter y Garasse. — Causas de las hipérboles escolásticas. — Suarez y Cornelio Alápide. — Los comentadores de la sagrada Escritura. — Trabajos de los Jesuitas sobre la Biblia. — Los Jesuitas traductores de los santos Padres. — El P. Sirmond y Teófilo Raynaldo. — El P. Labbe y los recopiladores de los concilios. — Hardouin y Petau. — Carácter del talento de Petau. — Los teólogos relajados. — Escobar y Busembaum. — Utopías teológicas de los Jesuitas. — Sus proposiciones escandalosas. — Explícanse estas. — Sus tendencias. — Los ascetas. — Los PP. Nouet, Judde y Gonnelieu. — Efecto que produjeron en el mundo estos Jesuitas. — Los filósofos. — Motivos que han impedido á los Jesuitas el contar entre ellos un gran número de filósofos. — Malapertuis y Fabri. — Suarez y su metafísica. — Gracian y sus obras de moral. — Boscovich y Buffier. — El P. Guenard y la academia francesa. — La elocuencia del púlpito y la improvisacion. — Los Jesuitas oradores. — Misioneros. — Diferencia entre ellos. — Pablo Segneri y los predicadores italianos. — Los portugueses y los españoles. — El P. Juan de Isla hace la crítica de sus defectos. — Los belgas. — Los alemanes y Santiago Wurz. — Los franceses y Claudio Lingendes, creador de la elocuencia sagrada en Francia. — Bourdaloue, La Rue y Cheminais. — El P. de Neuville y el siglo XVIII. — Los Jesuitas historiadores. — Los historiadores de la Compañía. — Orlandini, Sacchini, Juvency y Bartoli. — Los biógrafos. — Historiadores eclesiásticos y profanos. — Mariana y Pallavicini. — Estrada y Maffei. — De Avrigni y Daniel. — Baugeant, Longuebal, Brumoy y Berthier. — Carácter de estos escritores. — Du Halde y las *Cartas edificantes*. — Berruyer y Griffet. — Los Jesuitas anticuarios. — Ciencia epigráfica de los Padres. — Los Jesuitas bolandistas y los agiógrafos de la Compañía. — Los Jesuitas geógrafos. — Jurisconsultos. — Matemáticos. — Clavio y sus discípulos. — Guldin y san Vicente. — El P. Lalloverc y Pascal. — Riccati y el cálculo integral. — Descubrimientos de los PP. Riccioli y Grimaldi. — Estudios sobre la luz y los colores. — El P. Pardies, geómetra. — El Padre La Hoste y los marinos. — Los Jesuitas hidrógrafos. — El P. Zuchi y el telescopio. — El P. Kircher y sus trabajos. — El globo aerostático inventado por el P. Gusmao. — Es delatado al Santo Oficio. — El P. Lana y sus descubrimientos. — Los Jesuitas mineralogistas. — Pintores y relojeros. — Astrónomos. — Descubre el P. Scheiner las manchas del sol. — Anticípase Eschinardi á Cassini en el descubrimiento del gran cometa aparecido en 1668. —

Deschales y los colores. — El P. Boscovich. — Crean los Jesuitas los principales observatorios de Europa. — Descubre el P. Paez el orígen del Nilo. — El P. Marquette en la embocadura del Mississipi. — Los Jesuitas en el Orinoco.— El P. Manuel Roman.— Descubre el P. Albanel la bahía de Hudson. — Los Jesuitas y la quina. — Descubrimiento del ruibarbo, de la vainilla y la goma elástica. — El chinsang y la porcelana. — Los Jesuitas literatos y poetas. — Sarbiewski y el P. Le Moine. — Rapin y du Cygne. — Bouhours y Vanière. — Tournemine y Bettinelli. — Berthier y el *Diario de Trévoux.*

Acabamos de explicar el plan de estudios seguido por la Compañía; y antes de anudar el hilo de los sucesos, creemos deber trazar un cuadro de los grandes hombres que ha producido este plan. Empero, para hablar de tantos autores célebres por tan diferentes títulos, para reunir en un solo punto al controversista y al poeta, al historiador y al geómetra, al orador y al erudito, al gramático y al astrónomo, al sabio de los salones de Paris ó de Viena, y al de la corte de Pekin, cumple ante todo determinar cómo deben ser considerados. Un escritor que pretende pronunciar un juicio relativo á tantos otros predecesores suyos, fuerza es que desprendiéndose en cierto modo de las ideas ó de los preceptos que tiene como arraigados en su mente, coloque á los sugetos, cuyas obras va á discutir, en presencia de sus contemporáneos y de sus rivales. Toda grandeza humana es relativa, y, para ser apreciada, necesita un término de comparacion: pero este término no debe ser tomado ni en el estado actual de la Religion, de las ciencias, letras y artes, ni aun en las animosidades, ó en la ignorancia con que podrian ser acogidos los estudios teológicos y morales. Los literatos de otra edad, de otra creencia y de otro sistema, tienen un derecho á ser estudiados con su siglo; como nosotros para ser juzgados un dia, caso de ser necesario un juicio, exigirémos que se tengan presentes los sentimientos que agitaban nuestro corazon, y el movimiento del ánimo que nos impulsaba, cuando entregábamos á la opinion pública los conceptos de nuestro entendimiento. Al principiar este capítulo hemos tropezado con un sofisma, del que ya hemos tratado de defendernos. No buscamos en la Compañía, ni grandes capitanes, ni grandes revolucionarios, ni grandes novelistas, ni esas ilustraciones parásitas que, nacidas en un dia de entusiasmo ó de charlatanismo, basta una sola ráfaga de razon para disipar su gloria efímera: tomamos los hombres en la situacion que les ha sido hecha.

Sin reprochar á la magistratura el no haber formado estratégicos generales, ni al arte militar el no haber producido magistrados íntegros, nos contentarémos con examinar si los Jesuitas han desempeñado su mision, y si tanto por su talento como por su trabajo han respondido al deber social que se habian impuesto. Este deber no era otro que el de la propagacion y defensa del cristianismo por medio de la palabra, del escrito y en especial del ejemplo. Para ello necesitaban doctores y mártires: nosotros esperamos de su Instituto sacerdotes que se distingan en la carrera del orador y del polemista, al par que letrados, sabios y poetas que agreguen el arte de bien vivir al de escribir bien.

Hase agitado con bastante frecuencia una cuestion: la Sociedad de Jesús, han dicho sus adversarios, no ha creado jamás hombres de ingenio. ¿Qué pretenderán darnos á entender por esta palabra mágica? El filósofo Séneca no la vislumbraba sino al través de una mezcla de locura. *Nullum est*, dice, *magnum ingenium sine mixtura dementiae.* Villemain definió al ingenio: «Un alto grado de originalidad en el lenguaje, una fisonomía natural y expresiva, y una cosa, en fin, que ha sido hecha por un hombre sin que le fuese dado á otro el poder hacerla [1].» Semejantes definiciones, siempre mas especiosas que justas, y en las cuales la singularidad de la expresion se esfuerza en cubrir la insuficiencia del raciocinio, no son jamás razones concluyentes. Mas si el genio es la invencion unida á la paciencia, es necesario convenir en que desde Ignacio de Loyola y Laynez, hasta los PP. Kircher, Berthier, Andrés Tiraboschi y Boscovich, la Compañía no ha carecido de esos hombres en todos los géneros. Para convencerse de esta verdad no hay sino registrar hoja por hoja las obras de Bacon, Leibnitz y Descartes. El filósofo de Alembert, Lalande, ese sublime astrónomo cuyo nombre ha hecho famoso un ateismo sistemático; el abate de Pradt, ese arzobispo que legó Napoleon al liberalismo naciente; todos en fin convienen en demostrar con Voltaire [2] «que han existido entre los Jesuitas escritores de un raro mérito, literatos eruditos, hombres elocuentes, y genios.» De Alembert, mas frio y rencoroso que su maestro, se expresa de este modo [3]: «Añádase á eso, porque es preciso

[1] *Curso de literatura de la edad media*, leccion IX. página 316.

[2] *Diccionario filosófico*, art. *Jesuitas.*

[3] *Destruccion de los Jesuitas*, por de Alembert.

«ser justos, que ninguna otra sociedad religiosa sin excepcion, «puede gloriarse de contar en su seno un número tan prodigioso «de hombres célebres en las ciencias y letras. Los Jesuitas se han «ejercitado con buen éxito en todos los géneros: elocuencia, his-«toria, antigüedades, geometría, literatura profunda y agrada-«ble; no existe clase ninguna de escritores en que no cuente su-«getos de raro mérito.» «Yo que los he visto de cerca, decia La-«lande en sus *Anales filosóficos* [1], solo he observado un pueblo de «héroes.» Y encareciendo aun este juicio, añadia [2]: «El nom-«bre de Jesuita interesa mi corazon, mi alma y mi gratitud. No «se puede negar que Carvalho y Choiseul han destruido para «siempre la obra mas hermosa de los hombres, objeto eterno de «mi gratitud y admiracion, y á la que jamás podrá aproximarse «ningun establecimiento sublunar.»

Y continuaba el filósofo ateo: «La especie humana ha perdido «para siempre ese conjunto precioso y sorprendente de veinte mil «súbditos ocupados sin descanso y sin interés en la instruccion, «predicacion, misiones, reconciliaciones, y en socorrer á los mo-«ribundos; es decir, en las funciones mas gratas y útiles á la hu-«manidad.»

El abate de Pradt, atacando á la Compañía de Jesús en nombre de la libertad revolucionaria, que no es mas que un despotismo mas atroz, exclamaba en su estilo arrebatado [3]: «¡Qué insti-«tucion! ¿Hubo jamás otra mas vigorosa entre los hombres? ¿Qué «son las humildes virtudes de los demás cenobitas al lado de es-«ta virilidad de genio? ¿Cómo ha vivido el jesuitismo? y ¿có-«mo ha sucumbido? Á la manera que los Titanes, bajo los rayos «reunidos de todos los dioses del Olimpo terrestre. Pero ¿al as-«pecto de la muerte se ha congelado por ventura su valor? ¿les «ha obligado esta á retroceder un paso? *Sean como son*, hase di-«cho, *ó no sean:* hé aquí lo que se llama morir de pié, y á la ma-«nera de los emperadores. Por este inmenso valor ha sabido de-«mostrar cómo debió vivir el que sabia morir de esta suerte...» Y en otra parte: «¿Quién podrá recusar á san Ignacio y á su Ins-«tituto el título de grandes? En el órden de la pujanza y del ge-

[1] *Anales filosóficos*, tomo I.

[2] *Boletin de Europa.*

[3] *Del jesuitismo antiguo y moderno*, por el abate de Pradt, antiguo arzobispo de Malinas.

«nio, se cometeria una gran injusticia en rehusarles el primer ran-
«go. Ignacio fue un gran conquistador, y se vió dotado del genio
«de las conquistas. Sí, Ignacio fue grande: grande entre los gran-
«des, grande con una magnitud desconocida hasta su época.
«Conquistador de una nueva especie, por medio de unos sacer-
«dotes inermes, no solo se hizo dueño del mundo por espacio de
«doscientos años, sino que en medio del mundo ha logrado plan-
«tar un árbol de raíces eternas, y que se regenera bajo el hierro
«que lo mutila. Si todo esto no prueba grandeza de genio, díga-
«senos entonces en qué consiste, porque no es dado á la medianía
«erigir tales colosos.»

Estos elogios, que la fuerza de la verdad arranca á los entusiasmos impremeditados, pero que la historia no puede sancionar sino después de un profundo exámen, son un homenaje extraordinario tributado á la Compañía de Jesús. Nosotros, que solo los aceptamos por lo que valen, estamos convencidos de que en vez de detenerse en estas frases, conviene analizar á esos literatos que tan admirables parecieron á los adversarios del Instituto.

La Sociedad creada por Loyola, ni ha tenido necesidad de engrandecerse, ni se ha visto precisada á esperar años ó siglos para ver nacer en su seno Jesuitas ilustres. Bajo este punto de vista, no ha tenido jamás infancia; ó lo que viene á ser lo mismo, la Sociedad ha salido de manos de san Ignacio como salió el primer hombre de las del Criador, en toda la plenitud de la edad y de la energía. Atletas indómitos cási todos los Padres de la fundacion, al par que oradores tan diestros en el arte de excitar como en el de calmar á las masas, aparecieron en un momento crítico para el catolicismo. La nave del Pescador se hallaba agitada por los huracanes de la herejía, que aceptaban como una enseña izada contra Roma muchos apóstatas de elevada capacidad, algunos príncipes de extraordinario valor, y numerosos pueblos alucinados. En todas partes se veia el peligro; do quiera se dejaba ver una borrasca. La Silla apostólica buscaba entre tanto corazones robustos para hacerla frente, talentos superiores para conjurarla, y caractéres de hierro para contrarestar á la vez las pasiones que desencadenaban Lutero y Calvino, y los vicios que servian de pretexto á estas pasiones. Estos hombres solo podian hallarse entre los Jesuitas. Visto que los sectarios minaban por su basa los fundamentos de la Iglesia, acriminándola en sus costumbres, en

sus dogmas y tradicion, no solo se ofrecieron á defenderla, declarándose por estado, por vocacion y en masa sus campeones mas audazmente adictos, sino que precipitándose solos sobre la brecha, acudieron solos á la vanguardia, solos á las luchas teológicas, y solos en medio de los revoltosos á mano armada.

Necesitábase mas que audacia para emprender semejante tarea; porque, si con la audacia se puede morir generosamente, no se neutralizan con ella, sin embargo, unas doctrinas popularizadas por el desencadenamiento de las pasiones. La ciencia era aun mas indispensable que la osadía: estos soldados de la fe se hicieron sabios, pero sabios que lo fueron mucho mas en la práctica que en la teoría. Laynez y Fabro, Salmeron y Pasquier-Brouet, Le Jay y Canisio, Bobadilla y Estrada, Araoz y Borja, no inauguraron por cierto la propagacion del Instituto á favor de las obras literarias; sino que viendo que en una época de disolucion, jamás ejerceria la pluma sobre las masas el prestigio que tenia para ellas la palabra ardiente, se hicieron tribunos del catolicismo, antes de pensar en hacerse sus doctores.

La posicion guerrera que habian tomado, y que han guardado constantemente sus sucesores, les permitia pocas horas de libertad; pero cercenábanselas al sueño, y las consagraban al trabajo. Mientras que Loyola dirigia su marcha á través de ambos mundos, mientras que se ocupaba en la elaboracion de las Constituciones de su Órden, pedian ellos á la ciencia que fortificase sus discursos, y escribian. Javier, desde el fondo del Oriente, dirigia á sus hermanos cartas sobre las misiones, redactaba un *Compendio de doctrina cristiana*, y le comentaba en idioma malabar. Al propio tiempo Laynez para descansar de las fatigas oratorias se abismaba en sus estudios, y trazaba sus *Prolegómenos sobre la Escritura sagrada*, sus cuatro *Libros sobre la Providencia y la Trinidad*, y sus *Tratados sobre el cambio y la usura, la pluralidad de beneficios, el adorno de las mujeres, el reino de Dios, y el uso del cáliz*. Como teólogo del concilio de Trento, explicaba su sentir sobre los Sacramentos, y legaba á los predicadores un plan instructivo; en tanto que Le Jay, bajo el epígrafe de *Espejo del Prelado*, recordaba á los obispos unos deberes que les importaba tener siempre presentes. Diez y seis volúmenes en folio, publicados sucesivamente en Madrid, Brescia y Amberes, justifican la profunda sabiduría de Salmeron, teólogo, orador y diplomático, que si tuvo que luchar

como sus hermanos, estos combates solo sirvieron para comunicar mayor ardor á su espíritu.

Pero estos hombres, como la mayor parte de aquellos cuyas obras vamos á enumerar indicando su objeto, no pensaban que su solo estilo les mereciese la consideracion de los siglos. Vivian en una época en que se esmeraban poco en pulir el lenguaje, en que el pensamiento se daba á conocer mas bien por inspiracion que por cálculo, y en que las imágenes secundaban al raciocinio, sin haberse dejado jamás este poner en tortura para producir el efecto. No tenian tiempo ni voluntad para redondear sus períodos, para combinar los resortes de su ingenio, ó para detallar esas felices peripecias cuyos modelos iban á suministrarles otros escritores mas desocupados; en una palabra, no gastaban sus horas ni sus dias en inventar frases elegantes. Inteligencias tan vigorosas como su siglo, al par que genios viriles, que desde la soledad se lanzaban á la arena donde se chocaban las discordias religiosas, no se les vió jamás transigir con la vehemencia de sus ideas; jamás atacaban con armas corteses las doctrinas que Lutero y Calvino arrojaban como metralla en la pelea. La lengua de Ciceron era tambien la suya; pero es inútil buscar en su latin, algunas veces degenerado, la amplitud del estilo, la gracia de la forma, ni ese consumado aticismo que el orador consular evocó bajo las sombras de Túsculo, ó que Horacio transmitió á sus versos al ruido de las cascadas de Tívoli.

Los primeros Jesuitas no escriben por cierto para defender á Milon acusado, ni para dar gracias á los dioses por haber otorgado el imperio á Octavio Augusto; sino para reparar por medio de la ciencia el dogma católico minado por la herejía. Hijos de un siglo entusiasta por las contiendas teológicas, no van á exigir de Erasmo el secreto de su pretendida sencillez y el arte de ser siempre nuevos como él: no abrigan tampoco en sus corazones esa fria indiferencia que transige con todos los partidos, para transmitir, en sus voluptuosos ocios, á las generaciones futuras reglas de saber y buen gusto. Aleccionados por el ejemplo de los discípulos que Lutero y Calvino dejan tras sí, los Jesuitas sienten que solo se trata de conmover fuertemente á los pueblos, de convencer los entendimientos, y de raciocinar en fin; y raciocinaron, y desarrollaron con lucidez el abstracto tema sobre el que eran llamados á dar una nueva vida á las tradiciones católicas.

Adulterábanse los textos de la sagrada Escritura, truncábanse los de los santos Padres, violentábase á la historia, para obligarla á confirmar por los hechos el gérmen de la herejía que marchaba con rapidez á la conquista de Europa. Los Jesuitas se ocuparon en restablecer el sentido genuino de los Libros sagrados, escudriñaron el arsenal de la Iglesia, con el objeto de demostrar que no se habian forjado en él las armas que contra ella se empleaban; y si en el calor de estos debates, si en esta aglomeracion de pruebas y sucesos, se descubre alguna que otra vez una idea expresada con elegancia, ó alguna página en que la fuerza de la verdad arrastre tras sí la elocuencia del escritor, solo se debe atribuir á la inspiracion, y jamás á la voluntad. El escritor, cualesquiera que fuese, nunca se limitaba á resultados tan mínimos: corria á su objeto, le alcanzaba, y salvaba la fe; su trabajo material nada tenia que ver en este debate.

Desde el nacimiento de la Órden de Jesús hasta el siglo XVII, los hijos de Loyola, colocados constantemente en nuevos campamentos, no pensaron jamás en engalanar sus obras con ese colorido que inmortaliza las creaciones del ingenio. Muéstranse doctos y vigorosos, frios como la razon, implacables como la verdad, triunfan en la lucha por medio de la erudicion ó de la lógica, de la destreza ó de la pasion; pero los lectores distraidos no advierten por lo general, en sus obras, inclusas las de Maldonado y Belarmino, mas que largas controversias en las que la ciencia no ha tratado jamás de hacerse apreciar por la elegancia del estilo. Los primeros Jesuitas parecieron no ambicionar esa gloria tan estimada de sus sucesores, de los Perpiñan, Guerrieri, Cossart, Bouhours, Tucci, Mariana, Rapin, Berthier, Commire, Juvency, Vanier, Brumoy, Bartoli, Porée, Sanadon, Baugeant, La Rue y Giannatazzi: su pluma era una espada de dos filos, y sirviéronse de ella en defensa de la sociedad religiosa y civil; pero sus obras, sepultadas hoy en el polvo de las bibliotecas, sus obras, compuestas con arreglo á las proporciones exigidas por sus contemporáneos, han sido mas eficaces para salvar la Religion y la moral, que todos esos volúmenes en que los ingeniosos escritores pulen un pensamiento como el lapidario pule un diamante.

En derredor de estos ingenios, admirables en su especialidad, pasaron á colocarse algunos otros doctores muchas veces iguales,

y algunas superiores á sus maestros. Canisio fue el primero. Canisio, á quien los Protestantes, por una alusion á su nombre, llamaban el Dogo austríaco, *Canem austriacum;* pero este Dogo sabia tener á raya á los lobos que se unian para dispersar el rebaño de Jesucristo; pero este hombre, cuya presencia era un favor otorgado á los príncipes, y cuyos consejos eran órdenes para los pueblos, fue sin disputa el sugeto mas laborioso y mas instruido de su siglo; pero este Jesuita ha sido á la vez historiador, adicionista, polémico y asceta; y en cada una de sus páginas se encuentra una novedad. Ora conteste á las *Centurias de Ilírico;* ora redacte sus *Ejercicios académicos;* ya refiera las vidas de los Santos de Helvecia; ya publique las cartas escogidas de san Gerónimo; bien se improvise el editor de san Leon el Grande ó de san Cirilo Alejandrino, siempre echarémos de ver el mismo escritor, suscitando do quiera á su paso la pública admiracion, y no encontrando en sus rivales mas que entusiastas. Los cardenales Osio y Baronio celebrarán sus alabanzas; Lorenzo Beyerlinck, Sebastian Veron y Enrique Sedlius, Francisco Agrícola, Guillermo Eysengreim, Andrés de Saussay y Ferreolo Locrius, no cesarán de elogiar su gloria literaria. Pero aun se hallaba este Jesuita en todo el vigor de su talento cuando produjo la Compañía otros nuevos campeones, como Possevino, Auger, Hoffeo, y esta reciente generacion que, desembarazada un instante de los debates luteranos, va á coger en un estudio menos gravoso una palma que jamás se marchitará.

Possevino no tiene únicamente la erudicion de los maestros: dotado del genio de las lenguas al par que instruido diplomático, dejará observar en sus obras su triple vocacion de sacerdote, jesuita y negociador público. Verémosle escribir la *Perpetuidad del sacrificio de la misa,* el libro del *Soldado cristiano*, y su tratado del *Honor y pacificacion de los reyes.* Después de confundir el orgullo del famoso apóstata Pedro Viret; después de publicar las *Causas y remedios de la peste*, con una sola palabra que los príncipes acostumbran á respetar, prevendrá al Czar de Rusia *Contra los comerciantes ingleses.* ¡Grande y sublime leccion, que no llegarán jamás á comprender lo bastante todos los monarcas y todos los pueblos! En ella le verémos referir con detalles interesantes sus diversas embajadas; él nos revelará la manera de educar á los niños; pronunciará su dictámen respecto á los cuatro autores, cuyos nom-

bres no se han olvidado todavía : Felipe de Lanoue, Maquiavelo, Juan Bodin y Mornay; y tocando en seguida á todas las ciencias, al arte oratoria, á la política, historia, jurisprudencia y medicina, reunirá por último en su *Aparato sagrado*, como en un repertorio, todo cuanto han dicho sobre el Antiguo y Nuevo Testamento los Concilios y santos Padres de la Iglesia griega y latina.

Otras individualidades menos brillantes, pero no menos fecundas en su esfera que las anteriores, llenan el cuadro de este primer período. De un lado aparece Martin Olavio, el catedrático de filosofía, cuya enseñanza es aplaudida por la universidad de Paris, y con cuya amistad se honraba Carlos V; del otro se deja ver Frusis, ese francés que posee en igual escala el hebreo, el griego y el latin; ese jurisconsulto, poeta, orador, músico y geómetra, improvisando epigramas como Marcial, y trazando con mano firme eruditos *Comentarios sobre la sagrada Escritura,* ó su tratado de *La sencillez cristiana;* mas léjos descubrimos á Estrada, Domenech, Turrian, Coster, Miron, Ribadeneira, Manare, Avez, Palmio, Vishabé, Torres, Ledesma, Gonzalez de Ávila, Elian el israelita, individuo de la Compañía de Jesús, Manuel Sa y Landini, quienes después de evangelizar á los pueblos, de instruir á los reyes, y abrir controversias públicas con los jefes de la herejía, pasaban sin transicion á las escuelas de los párvulos á distribuirles el pan de la divina palabra ó de la ciencia. Pero quien descuella con mas vigor sobre toda esta serie de doctores, que en el acetismo y el derecho canónico, en la historia eclesiástica y en los deberes del cristianismo, han lanzado una luz tan viva como profunda, es Toledo.

Toledo es el genio del siglo XVI en toda su pujanza; es la inteligencia que concibe, la sabiduría que analiza, y la fuerza que ejecuta; el hombre, en fin, de quien Cabassuet, ese oratoriense tan juiciosamente facundo, osaba decir: «Preciso es aguardar «muchos siglos para ver un hombre como Toledo.» Su émulo Bossuet no ha sido mas grande que el Jesuita cardenal; pero menos afortunado este que el orador de la Iglesia galicana, no ha podido jamás en un estudioso retiro componer á su holgura sus innumerables obras, ni ha podido transmitir á la posteridad algunos de esos libros en que el pensamiento se reviste de los encantos de la expresion. Siguiendo en esto las huellas de sus contemporáneos, no se tomaba mas tiempo que el indispensable pa-

ra dejarse entender; para él no existia la gloria literaria sino en los servicios prestados á la Iglesia: exigíale esta que se multiplicase, que tuviese el don de la ubiquidad y la improvisacion, sobre unas materias en que una palabra mal interpretada puede cambiarse en herejía; y Toledo humillaba su cerviz, abandonando al capricho de los vientos una celebridad, cuyo brillo jamás ambicionara. Y sin embargo, en medio de sus viajes, supo el Jesuita ser el primero de los predicadores de la capital y del mundo. Su *Introduccion á la lógica*, sus *Comentarios sobre Aristóteles*, su tratado sobre la *Generacion y disolucion*, sus tres *Libros sobre el alma*, su *Suma de los casos de conciencia*, tan recomendada por san Francisco de Sales y Bossuet; todas sus obras, en fin, consideradas bajo el punto de vista literario, no solo no carecen de esplendor, sino que bajo el polvo secular que las envuelve se descubre cierto perfume de ciencia, y una sublimidad de fe que desciende hasta el ornato. Toledo une en su lenguaje la constante altivez castellana y la antigua sencillez francesa.

Estos primeros Jesuitas, cuyos trabajos osamos bosquejar, no se crearon autores, dejándose arrastrar del fuego de su imaginacion. Nacidos con el genio belicoso de su época, nutridos en penosos estudios, y colocados por la Iglesia en el primer rango de sus defensores, consagraron á su servicio toda la actividad de su talento; y sin tener otro genio é intrepidez que para combatir el edificio de la herejía, lucharon con sus jefes y con sus mas elocuentes partidarios. Dejáronse ver en las Dietas y conferencias; oyóselos en Ratisbona, Worms, Nuremberg, Ausburgo, Colonia y Poissy, y se hallaron en presencia de Melancton, de Bucero, Carlostadio, Pistorio, Hasenmuller, Beza, Pedro Mártir, Faret, Mornay y Viret. El espíritu de partido habia hecho grandes á estos sectarios, al paso que el talento que desplegaban en estos torneos de erudicion, á que asistian con toda su corte soberanos como Carlos V y Mauricio de Sajonia, y reinas como Catalina de Médicis, en calidad de jueces de la liza, dió márgen á relaciones maravillosas, que se transmitieron de edad en edad.

Pero los Jesuitas quedaron dueños del campo, y la herejía ocultó sus derrotas glorificando sus defensores. Satisfechos aquellos de ver triunfar los principios ortodoxos, se sustrajeron á los elogios sepultándose en su humildad.

Habian ya reconocido la posicion de sus adversarios; y des-

pues de haber hecho frente á sus ataques, lanzaron por todas partes sus centinelas avanzadas; y para tranquilizar á los fieles, quisieron introducir la guerra en el territorio enemigo, y arrebatarle los puestos tomados á la Iglesia. Entonces fue cuando levantándose esta generacion de controversistas, sucesores de los contemporáneos de Ignacio, y remontando, para estudiar mejor las ciencias sagradas, al orígen mismo en que están contenidas, restableció la verdadera enseñanza de la Escritura y tradicion. Pero se presenta esta tan numerosa, y son tan compactas sus filas, que hace tan imposible citar á todos sus individuos como registrar sus escritos.

Belarmino marcha á la frente de esta legion que, reclutada en los diferentes países de Europa, combatirá bajo formas variadas hasta el infinito, tanto al protestantismo como á los excesos que se originan de la doctrina del libre exámen. Hombre que, como Arnauld, abrigaba en un cuerpo pequeño inmensos recursos de saber y dialéctica, autor brillante y sólido, á quien todo se le revelaba como por intuicion, ha sido tambien mas afortunado que sus predecesores y sucesores. Hase apoderado de la posteridad, pero, lo mismo que la escuela de que es jefe, ni ha sabido contener su pensamiento en sus justos límites, ni ha tratado de coartar su exuberancia y sus argumentos. Autor demasiado fecundo, y no pensando en ser culto sino por distraccion, ha escrito en un siglo que se entusiasmaba por los debates religiosos, como en otras épocas vemos precipitarse los ingenios á las contiendas políticas. No se trataba á fines del siglo XVI y principios del XVII de cuestiones ociosas ó puramente literarias: el porvenir de la fe católica se hallaba comprometido: sentíase atacada la Santa Sede, y Belarmino, que la creia infalible é inmutable como el Eterno, no solo desarrolló el principio de su autoridad, sino que le desarrolló sin reticencias, sin ambajes ni circunloquios, porque no era de esos hombres astutamente orgullosos que, por ahorrarse triunfos inconsecuentes, ahogan la verdad en su gérmen, y desde el pedestal que se erigen saludan con el gesto, con la voz y con la mirada al enemigo que los desprecia.

El hebreo, el griego, el latin, el castellano y aleman, eran para Belarmino su lengua materna; de todos ellos se servia con igual facilidad. Corregia la paráfrasis caldáica de la Biblia, publicaba una gramática en hebreo, hízose helenista, y refutó á Jacobo I, á

Barclay y Fra Paolo. Pero todas estas obras se ofuscan ante una sola, á que consagró su existencia entera. En efecto, las *Controversias de la Fe* son el libro que acerca á este Jesuita á la altura de los Padres de la Iglesia. En estos cuatro volúmenes en folio en que ha coordinado de un modo admirable la doctrina apostólica, aparece como canonista, jurisconsulto é historiador. Aborda todas las cuestiones, y todas las resuelve. Trata *de la palabra de Dios escrita, y no escrita;* de *Cristo, jefe de la Iglesia;* del *Papa, cabeza de la Iglesia militante;* del *soberano Pontífice;* de *la traslacion del imperio romano;* del *culto de las imágenes;* de *las indulgencias y Sacramentos;* de *la gracia y la justificacion.* En esta obra, que ha merecido el aplauso general, y que en el espacio de algunos años obtuvo el honor de diez y ocho ediciones á mas de la que tradujo al francés el cardenal Du Perron, demostró Belarmino toda la energía de sus opiniones, energía que le ha sostenido siempre al nivel de su tema. Ha sido elocuente y atrevido, sublime y circunspecto; no ha dejado lugar á la duda ni al error, y, en presencia de tantas dificultades como el dogma ó la política aglomeraban en derredor suyo, ha llegado á crear una obra de que está mas orgullosa aun la Iglesia que la misma Compañía de Jesús.

Mientras que Belarmino trazaba una nueva senda á su genio, entraban en ella otros talentos escogidos. Parsons y Campion en Inglaterra; Coton en Francia; los dos Tanner, Pazmany, Contzen y Jung en Alemania; Alfonso de Pisa y Peñalosa en España; Eudemon Juan, el descendiente de los Paleólogos, en Roma; y Scribani y Lessio en los Países Bajos, se mostraron dignos de combatir al lado de semejante maestro. Sin duda que, en unos talentos tan diversos, se encuentran grandes desigualdades; pero en todas ellas aparece el mismo vigor de inteligencia, la misma fuerza de raciocinio, y una erudicion que asombra á la paciencia mas ejercitada. Estos controversistas, cuyo número va á ser engrosado por los PP. Helverio, Mayer, Pfflammer, Gibbon, Nay, Graff, Burton, Wetter, Wilson, Gretzer, Buzenried, Turnebulus, de Vega, Quadrantin, Barzt, Lechner, Valencia, Malon, Bosendorf, Hofer, Romeo, Serario, Michel, Jaime Francisco, Busi, David, Keller, Hack, Vincens, Cobentzell, Jimenez, Jorge Ernesto, Steinglus, Jennison, Thyrée, Pelletan, Sturm, de Gouda, Schérer, Gautier, Holzhains, Walpole, Juan Robert, Gordon, Coffin y Dupuy, discutirán, ya bajo una forma ó bajo de otra, las

cuestiones inherentes al principio religioso y social. Uniendo unos la accion á la energía, como el P. Coton en la *Concordia de ambas religiones*, ó en su *Ginebra plagiaria y relapsa;* poniendo otros en tortura su gravedad, á ejemplo del P. Conrado Wetter, y satirizando el pensamiento madre y á los hombres del culto reformado, aguzarán sobre estas materias de suyo áridas el epigrama teológico, y con mas justicia que gusto convertirán el folleto en un arma peligrosa, que escapada de manos de Garasse, caerá en las de Pascal, para herir del primer golpe á la Sociedad entera.

En aquella época, en que la sátira lo mismo que el raciocinio era cruel desapiadada, el P. Wetter, á quien la pureza de su estilo le hizo llamar el Ciceron germánico, y que obligó muchas veces á los mismos herejes á reirse de los sarcasmos que les dirigia, ha ido muchas veces mas allá de su objeto en su *Purgatorio de Lutero*, en su *Cólera de los predicantes de Ausburgo*, y principalmente en su *Lejía para lavar las cabezas enfermizas*. Seguia el pernicioso ejemplo, que no hubiera debido dar la herejía; porque si un chiste ó un delicado epigrama popularizan la verdad, las acriminaciones amargas ó las imágenes groseras no pueden obtener otro resultado que el de empañar su brillo, y deslucir su vigorosa sencillez. Pero la ciencia llegaba á la sazon á su apogeo, mientras que la malicia del talento era todavía un misterio.

Los controversistas, alimentados de estudios serios y graves, y que, como el P. Scribani, se veian honrados de los reyes y estimados de los pueblos, disfrutaban una influencia legítima, debida á la fuerza de su dialéctica, á su virtud, y acaso tambien á esa causticidad ó á esas hipérboles que muchas veces han mezclado en la discusion. Nuestro gusto delicado no sabe acomodarse á semejantes excesos; nosotros no comprendemos sus doctas cóleras que, segun una expresion de Lamennais, lo abrazan todo, y bastan para todo. Al leerlos nos sentimos impulsados por un deseo de acriminar; pero expresamos esta acriminacion sin tener en cuenta las violencias de la lucha, y los ardores de una polémica en que se agitaban millares de pasiones, por decirlo así, vírgenes. El luteranismo y calvinismo no eran por cierto unos enemigos comunes: atacaban con toda clase de armas; servíanse de la espada, y cuando los filos de esta se hallaban embotados, echaban mano del insulto ó la calumnia. Los Jesuitas franceses, españoles é italianos rara vez se mezclaron en la lucha teológica, que sostuvieron

únicamente los alemanes, belgas é ingleses; porque como en esta época solo en los Países Bajos, Alemania é Inglaterra era donde la Iglesia encontraba sus adversarios mas pronunciados, allí fue por precision donde debieron los Jesuitas, por el interés de su causa, ostentarse tan acerbos como sus enemigos, y obligar al lenguaje á descender á la trivialidad que les oponian, con el objeto de seducir á los pueblos con el atractivo de sus sarcasmos. No hicieron mas que lo que vieron hacer. Fatigada la herejía de sus argumentos, les llamaba al terreno de la hipérbole, y acudieron á la cita; sometíanlos á la accion de las bufonadas, y emplearon el látigo del ridículo. Sin renunciar á su primer sistema, vapulearon poderosamente á los que, no satisfechos con calumniarlos ó asesinarlos, amotinaban contra la autoridad de la Iglesia todas las ambiciones venales y todas las pasiones populares.

Wetter con su estilo impregnado de acrimonia y mal gusto habia conseguido su objeto entre los alemanes; entregado Garasse á los mismos extravíos del genio, se granjeó en Francia una popularidad incomparablemente mayor. El Jesuita Garasse es, por decirlo así, la discusion personificada, el folleto religioso, pero que rescata todos los errores de la inteligencia con una caridad que le hará morir en el hospital de los apestados de Poitiers. Teólogo y periodista á principio del siglo XVII, y entregado á todas sus cóleras con una prodigalidad de númen que nada es capaz de agotar, desgarra á Pasquier, cubre á Servin del ridículo, y se multiplica para defender la razon. Intrépido siempre, incapaz de sucumbir á la fatiga, y mordaz constantemente aun en medio de sus excesos, trata menos de convencer que de mortificar á sus adversarios. En su *Doctrina curiosa de los excelentes ingenios de esta época*, y en su *Banquete de los siete sabios, celebrado en el domicilio de Mr. Luis Servin*, se muestra tan implacable con los principios como con las personas. Es un martillo que hiere á todas partes, pero sin ser dirigido por una mano hábil. Garasse es cruel y arrebatado en la expresion; y sin embargo este hombre, cuyo furor literario es tan verdadero y algunas veces tan tristemente justificado, tenia en el fondo de estas extravagantes licencias algunas ráfagas de poesía y una vasta erudicion. Víctima ofrecida á todos los satíricos, que solo le conocen por el nombre, supo compensar con una muerte santa los febriles transportes de su imaginacion. Para dar á conocer á este escritor en toda su originalidad, citaré-

mos el pasaje en que reprocha á los Protestantes el abuso que hacian de los Libros sagrados.

«Cuando veo algunos sugetos ocupados en forrajear en la sa-«grada Escritura y exprimirla textos expresos que autoricen sus «comilonas; cuando prescindiendo de los antiguos herejes, li-«bertinos, antitactos y carpocracianos, hallo que esta impuden-«cia se practica mas impunemente que nunca, siendo á mi modo «de ver el gordinflon de Martin Lutero uno de los primeros que «han otorgado á los demás esta libertad; porque siendo pregun-«tado este hombre, armazon de carne y sangre, por uno de sus «discípulos que abrigaba aun en su alma algun sentimiento de «virtud, por qué hablaba continuamente de comilonas y de lico-«res, siendo así que esto era contra la honestidad, y cómo podia «estarse cinco ó seis horas en la mesa, contestó con la mayor tran-«quilidad después de haber apurado quince vasos de buen vino: «Escrito está, dijo, segun refiere Rebenstok en sus Colegios, en el «Evangelio de san Lucas, cap. XXI: *Oportet haec primum fieri, sed «nondum statim finis;* esto es, que lo primero que debemos hacer, «como buenos hijos de la naturaleza, es conservar el individuo «por medio del condumio y la bebida, y que no debemos apre-«surarnos á concluir esta carrera. No es lo peor que yo encuen-«tro en todo esto el que se embriaguen como bestias, ó que coman «como marranos, si bien este modo de proceder es muy indecen-«te. Beban y coman en buen hora, y hasta reventar si así les pla-«ce; *non equidem invideo,* como repetia á menudo Martin Lutero á «sus discípulos, que eran tan glotones como su maestro; tanto «mas, como decia él, cuanto que el hombre ha sido criado para «ello, y que los árboles no dan fruto sino para hartarnos y em-«briagarnos; pero lo que no puedo sufrir es que traten de auto-«rizar sus borracheras y orgías con textos del Evangelio, adu-«ciendo á este efecto las palabras del Espíritu Santo en Joel, ca-«pítulo II [1].»

[1] Hé aquí cómo se expresa Mr. Sainte-Beuve en su *Historia de Port-Royal,* libro I, pág. 326, respecto al P. Garasse: «Que no carecia de genio, lo dicen «igualmente Bayle y Rapin, añadiendo este último que habia estudiado la len-«gua, y que no la sabia mal. Su pésimo estilo pende en gran parte del de la «época, y la mitad de lo que escribe prueba imaginacion natural. Balzac, que «lo tenia en cuenta, le escribia á la cabeza de la *Suma: No será culpa mia ni «de Mr. Malherbe que no ocupeis un rango entre los Padres del último siglo.* «El buen Racan, doctor singular, refrendaba después de Malherbe las mara-

Y juzgándose á sí mismo, decia Garasse en la *Advertencia* de su *Suma teológica*: «El nacimiento de este libro se asemeja algun «tanto al del emperador Cómodo: déseanle algunos, témenle «otros, y no falta quien le mira con indiferencia.» «Respecto á «mi estilo, añadia después este hombre que abusaba de todo, me «bastará decir una sola palabra: escribo claramente y sin disfraz, «eludiendo las metáforas cuanto puedo; si bien no ignoro que «hago mal, puesto que sucede con las metáforas lo que con las «mujeres; son un mal necesario.»

Los controversistas de la Sociedad de Jesús fueron desde un principio para la Santa Sede una vanguardia, dispuesta siempre á empezar las hostilidades; pero cuando se vieron en un campo de batalla mas vasto, cuando vieron reforzadas sus filas con nuevos adalides, se prepararon á otros combates mas serios, y crearon en su seno una falange de teólogos, que debian consumir su existencia en la investigacion y demostracion del dogma católico.

Suarez, Vazquez, Molina y Cornelio Alápide, ó mas bien Cornelissen vanden Steen, abren la marcha. La teología no se limitaba únicamente á la ciencia de las cosas de Dios: hecha el blanco de la polémica corriente, servia de punto de partida á esos ingenios sucesivamente brillantes y sólidos, nerviosos y fecundos que en cada uno de los siglos se constituyen abogados de una verdad, de un sistema, de una idea ó de un partido. En las edades que precedieron á la nuestra, venian á ser los estudios teológicos la piedra de toque de las inteligencias. Combatíase á la sazon por Dios y por la Iglesia, como en la actualidad se combate por la libertad ó por el monarca; y se discutian los principios de la moral, como se discute desde aquella época la suerte de los imperios, y como se preparan ó se neutralizan las revoluciones. La escolástica de los teólogos es el periódico puesto en tomos en folio; pero un periódico que, mas afortunado que las hojas sueltas monárquicas ó constitucionales, absolutistas ó democráticas, sobrevivió al dia que la viera nacer y á la circunstancia que la

«villas de la *Suma*, como lo hubiera hecho Lafontaine. Por último, este pobre «P. Garasse tuvo una muerte excelente, una muerte á la Rotron. Enviado á «Poitiers durante la peste, y obtenido de sus superiores el permiso de asistir «á los contagiados, se encerró con ellos en el hospital y murió del mismo mal, «repitiendo estas palabras de la Escritura: *Anticipent nos misericordiae tuae «quia pauperes facti sumus nimis.*»

produjo. Verdad es que los doctores en teología y en derecho canónico emplearon, como los publicistas modernos, una rara sagacidad y vigorosos talentos para sostener las creencias ó para perpetuar una enseñanza; pero sus libros sobresalen y sobresaldrán todavía por largo tiempo, ya porque se ocupaban de una ciencia que siempre será la verdadera, ya porque sus teorías, mas ó menos exactas, caminaban todas á saciarse en los raudales eternos de la fe. Unos hablaban á los pueblos de las cosas divinas, mientras que otros solo les entretienen acerca de los intereses humanos, de las pasiones, cálculos y crímenes del hombre.

Esta tendencia á la controversia, que desde el orígen de la Sociedad existia en ella, no tardó en ser desarrollada por sus miembros. Vieron que la herejía daba pábulo á sus errores forzando el sentido de las sagradas Escrituras, de los santos Padres y de la tradicion, y que sus mortales venenos corrompian las fecundas aguas de la vida. Los Jesuitas probaron de purificarlas á fin de que los hijos de la Iglesia pudiesen saciar su sed sin peligro, y trataron en el silencio de la soledad y del estudio de atacar á la herejía en esta misma trinchera que creia inexpugnable. Suarez en sus veinte y tres volúmenes abraza y resuelve las cuestiones mas arduas; Gabriel Vazquez comenta á santo Tomás, á san Pablo y á los Padres, y expone la doctrina moral; Luis Molina escudriña el sistema de la gracia; Cornelio Alápide interpreta los sagrados Libros, y Jaime Bonfrère traza en su *Onomasticon* la geografía de todos los lugares citados en la Biblia. Diego de Celada se entregaba á los mismos trabajos, en tanto que Gaspar Sanchez y Juan Pineda, orientalistas é historiadores, se compartian los comentarios sobre Job, Salomon, los Profetas y los Salmos.

Las ideas germinaban entonces, y no podian producir hasta mas adelante los frutos que se aguardaban. Esta inmensidad de trabajos sobre la sagrada Escritura no fue capaz de intimidar á los Jesuitas: sabian que este era el código de todos los tiempos y países, al paso que el libro en que aparece la verdad en su estado primitivo, si bien controvertida eternamente por el error involuntario ó por la herejía. Importaba explicar los textos oscuros, y restablecer el sentido de algunos pasajes. Unos, como Juan Lorin, Pedro Lancelio, Juan Fernando, Adrian Crommio, Francisco Pavoni y Diego Baera, se entregaron á estudios que ocupaban una vida entera con el objeto de llevar cada uno su piedra al monu-

mento; mientras que otros, como Juan Menochio, desembarazaban el camino por el que iban á anticiparse en su gloria los grandes hombres del siglo XVII. Comprendiendo este Jesuita, hijo de un jurisconsulto italiano cuyo nombre hace autoridad aun, que habia mas arte en limitar su pensamiento que en extenderle indefinidamente; y sabiendo ser conciso cuando la prolijidad se habia hecho una de las necesidades del siglo, bosquejó, en sus *Instituciones políticas y económicas, extractadas de los Libros sagrados*, el plan que Bossuet y Fleury han desarrollado con tanta magnificencia. Aquí Francisco Mendoza, menos ilustre por su nacimiento que por su erudicion, compuso su *Viridarium;* allí Juan Bautista Villalpando y Ribera resucitaban las antigüedades hebráicas y el templo de Jerusalen. Martin Esteban describió sus bellezas, en tanto que Montmorency, enfermizo siempre, mitigaba sus padecimientos parafraseando en verso los Salmos. Por último, Julio Mazarini, Martin de Roa, Fernando de Salazar, Luis de La Puente, Pablo Scherlock, Cristóbal de Castro, Agustin de Quirós, Caraccioli, Gabriel Álvarez, Diego Martinez, Fernando Jaen, Benito Justiniani, Tomás Massutius, Blas Viegas, Gaspar de Lamera y Juan Wilhem se dedicaron, cada uno segun su punto de vista, cada cual segun sus facultades intelectuales, á ilustrar las dudas, ó á resolver las objeciones que se presentaban, ó que la enseñanza hace nacer en los ánimos.

Los herejes no han cesado de decir que la Iglesia católica, y en particular los Jesuitas, trataban de ocultar á los fieles el conocimiento de la sagrada Escritura; y sin embárgo, además de Belarmino, Toledo, Sa y Cornelio Alápide, ¿cuántos otros eminentes expositores han contestado con hechos á aquella imputacion? Acusábanlos de esconder la Biblia bajo el celemin; ellos recomiendan su lectura, la traducen y la explican en todos los púlpitos y en todos los idiomas. Parece que provocan las dificultades para darlas unas soluciones, que á los ojos de la misma ciencia deben tener mas autoridad que aquellas de que tantas veces han hecho alarde los Protestantes. Tal vez los eruditos de la Compañía no poseian con mayor perfeccion que los herejes de Alemania y Francia el griego y el hebreo, el siríaco y el árabe; pero los primeros se apoyaban en textos auténticos, en una basa fija y reconocida tal por todo el mundo cristiano, mientras que los segundos, después de haber rechazado la Vulgata, edificaban sobre la

arena movediza de la palabra humana. El Jesuita no decide las cuestiones en su nombre, sino que marcha apoyado en la tradicion, se adhiere á la prolongada cadena de los Padres y Doctores de la Iglesia, háccelos intervenir sin cesar en las polémicas, los confronta y los coteja para que brille en toda su pureza la verdad; al paso que el protestante repudia estas autoridades, sustituye su opinion particular á la voz de los antepasados, y trata de interpretar la Biblia sin haberla estudiado. Los Jesuitas, de consuno con la Iglesia universal, desarrollaban lo que debia ser creido eternamente, do quier y por todos, *quod semper, quod ubique, quod ab omnibus;* en tanto que los Hugonotes no se remontaban á tanta distancia en la tradicion: y hé aquí lo que á los ojos del cristiano y de los sabios da á las doctrinas del catolicismo un peso y una madurez contra los que serán siempre inútiles todos los esfuerzos del hombre.

Hemos visto á los Jesuistas trabajar en todos los puntos del campo de la Biblia; pero para reasumir el conjunto de sus trabajos intelectuales, es preciso verlos interrogar á los santos Padres y Concilios, autoridades irrefragables en las controversias religiosas, al par que testigos y custodios de la tradicion. No contento Andrés Schott, en sus cátedras de Lovaina, Toledo y Roma, con adicionar, publicar y traducir á san Basilio el Magno, san Cirilo Alejandrino, san Paulino y san Isidoro, escribe sobre los Padres y poetas griegos y latinos, y descansa de sus comentarios teológicos haciéndolos sobre Séneca, Emilio Probo, Cornelio Nepote, Ciceron y Pomponio Mela. Gil Bucherio, belga como el anterior, se consagra á los mismos estudios y con igual éxito. Después de enriquecer con sus Anotaciones á Gregorio de Tours, interpreta á Victorino de Aquitania, y demuestra la exactitud de la cronología eclesiástica. Baltasar Cordier, Carlos Goswin y Cristóbal Brouver reducen á principios el modo de estudiar. La mina era inagotable; pero conociendo los Jesuitas que sus tareas oscuras y fastidiosas derramaban una nueva luz sobre la historia del cristianismo, continuaron la ya empezada galería. Cordier, helenista profundo, tradujo los Padres griegos; Goswin recopiló las obras de Tertuliano; Brouver, á quien el cardenal Baronio ha elogiado con tanta frecuencia, se dedicó á poner en claro las de Venancio, Fortunato y Raban Mauro; el P. Francisco Viger vertió del griego al latin la Preparacion evangélica de Eusebio; por

último, otro Jesuita de Burdeos, el P. Fronton du Duc comentó y tradujo á san Juan Crisóstomo, san Basilio, san Gregorio Niseno, san Gregorio Nacianceno, Clemente Alejandrino y la *Historia eclesiástica* de Nicéforo Calixto; comunicando una consagracion nueva á estas obras tan ricas en originalidad. El P. Jacobo des Bans le imitaba, y el P. Sirmond se hacia en medio de tan doctos personajes un lugar que nadie osará disputarle.

Y en efecto, Jacobo Sirmond no es solamente un sabio como los que acabamos de nombrar, sino que es además anticuario y teólogo, helenista y literato: nada se escapa á su erudicion; pero sabe presentarla bajo una forma atractiva. En Roma ha vivido mas tiempo en la biblioteca del Vaticano que en su aposento, donde los cardenales Baronio, Ossat y Barberini tenian á grande honor ser admitidos como amigos: él es quien ha revelado al mundo científico los sermones de san Agustin y Teodoreto de Ciro; él quien ha publicado las cartas de Teodoro Studita, las obras de Sidonio Apolinar, las de san Valerio y las del cardenal Geoffroi; él quien, jurisconsulto en la Historia, anotó el código Teodosiano y las Capitulares de Carlos el Calvo; él quien reunió en una coleccion los antiguos Concilios de las Galias y las Constituciones de los príncipes; él en fin, quien, en medio de estas investigaciones, halló ocasion de atacar á Saumaise, Richer y San-Cyran [1]. El P. Sirmond era entonces la gloria de la Compañía en Francia. Otros Jesuitas quisieron caminar en pos de sus huellas, y aparecieron en el mismo tiempo los PP. Teófilo Raynaldo y Juan Hardouin; pero el amor á la paradoja junto con su pasion de las ideas singulares y arriesgadas empañaron demasiadas veces el brillo de su inteligencia.

No obstante, prescindiendo de esta censura, que la historia debe dirigir tanto á los excesos de la imaginacion, como al abuso de las mas brillantes facultades, estos dos hombres se mostraron dignos de sus antecesores y de sus sucesores. El P. Teófilo hizo anotaciones á las obras de san Anselmo, san Leon el Grande, san Máximo, san Pedro Crisólogo, san Fulgencio y san Ustero. Ray-

[1] Pascal, en una de sus *Provinciales*, no ha perdonado al P. Sirmond, si bien confundiendo al sobrino con el tio. Jacobo tenia un sobrino, Antonio Sirmond, menos célebre que él. Sabedores los Jansenistas de que este último era un enemigo mas débil, dirigieron contra él sus ataques, imputando al tio algunas obras del sobrino.

naldo, lo mismo que el Jesuita Labbe, era un hombre á quien los libros habian dado la existencia y dieron la muerte, segun expresion del P. Commire; pero, como él, no se limitaba al recinto de su monasterio. Necesitaba ruido y esplendor, movimiento y controversias; pero á pesar de las virtudes religiosas de que estaba dotado, solo se dejó ver en el mundo para enconar las querellas. Tal es la suerte de los que no saben contentarse con la porcion de ventura que le ha cabido á cada uno, y que siempre en pugna con los demás, no se ponen en contacto con ellos sino para dominarlos. Ese espíritu de exclusivismo, procedente de tantas causas humanas, y que nosotros designamos en ciertos Jesuitas, no les impidió en manera alguna el crear grandes cosas.

El P. Labbe, el mas docto y modesto de los hombres, abria á la ciencia un nuevo camino. Después de haber terminado la Coleccion de los concilios, compuso sesenta y cuatro tratados que todos tienen un gran interés teológico é histórico. Este Jesuita no decia con el P. Hardouin [1]: «¿Creeis por ventura que me levan«to todos los dias á las cuatro de la mañana para ser de la opinion «de todo el mundo?» sino que era todo de su siglo, y especialmente de su Instituto. Abandonaba sus obras á la censura de la Iglesia y á la de su Compañía. El P. Hardouin, aunque sin traspasar los límites, se entregó demasiado á la manía habitual de los sabios: afectó originalidad cuando hubiera podido mejor que nadie buscar su gloria en la realidad del talento. Distraido por naturaleza ó por cálculo, y no satisfecho con rivalizar con Labbe al formar la recopilacion de los Concilios ó al publicar al naturalista Plinio y á Themistio, ambicionó una de esas reputaciones que comunica el paradojismo, obteniéndola tan completa, que ha perjudicado á la de que le habian posesionado tantas obras serias. En Francia se organizaban en la misma época grandes trabajos sobre los Concilios. José Hartzeeim, Herman Scholl, Gil Neissen y Carlos Peters, que no consentian que la Alemania, su patria, careciese de esta gloria que daban á la Europa entera los Jesuitas sus cohermanos, reunieron en diez volúmenes la coleccion de los Sínodos germánicos. En la misma época publicaba el P. José

[1] El obispo de Avranches, Huet, ha descrito con un solo rasgo el carácter y talento del P. Hardouin: «Trabajó, dice, por espacio de cuarenta años por «arruinar su reputacion, y no ha podido conseguirlo.»

Acosta su concilio de Lima y su *Cristo revelado;* Gaspar Petrowsky traducia en polaco el concilio de Florencia; Pallavicini escribia la historia del de Trento, y siendo preciso darle á conocer en Levante, el P. Elian le vertia al árabe.

Es verdad que en estas tareas, en que la paciencia viene á ser una especie de genio, han sido sobrepujados los Jesuitas. Los Benedictinos se aprovecharon de este sendero tan penosamente trazado por estos hombres estudiosos, ingresaron en él, los eclipsaron con su método mas claro; pero tambien es innegable que el pensamiento primordial pertenece todo entero á la Compañía de Jesús. Esta Sociedad es la que convencida, en medio de sus misiones, de su enseñanza, de sus triunfos y persecuciones, de la necesidad de erigir en el mundo católico este gigantêsco edificio, sentó la primera piedra, y bosquejó el órden de su arquitectura. Los Benedictinos, que venian después, podian y debian perfeccionar la obra.

Y no se interrumpia por cierto la nomenclatura de teólogos que produjera la Órden de Jesús en este último eslabon de la ciencia: habíalos que se resignaban á desempeñar el papel de cronologistas y anotadores, mientras encanecian otros descifrando un texto ignorado, ó recopilando los manuscritos dispersos de un Padre, de un Doctor ó de un historiador eclesiástico. Pero en cada una de las provincias de la Sociedad se dejaba ver un número mayor que se lanzaban impávidos á un camino todavía no trillado. Pedro de Arrubal, uno de los luchadores en las congregaciones *de Auxiliis*, escribió su tratado sobre Dios, la Trinidad y los Ángeles; Juan Azor, á quien Bossuet ha elogiado en sus Estatutos sinodales, compuso sus *Instituciones morales;* Avellaneda trató del sigilo sacramental; Diego Álvarez, consejero y guia de los legisladores y juristas de su época, dió la última mano á su obra sobre los *Testamentos y casos de conciencia en el artículo de la muerte;* Francisco Albertin dedujo sus corolarios teológicos de los principios mismos de la filosofía; Francisco Aguado designó las virtudes necesarias al *Religioso perfecto* y al *Sabio cristiano;* Arias dió á luz algunos libros ascéticos, recomendados por san Francisco de Sales en su *Vida devota;* Baltasar Álvarez, director y maestro de santa Teresa de Jesús, redactó su *Índice;* y finalmente Álvarez de Paz, sugeto que ha dicho tantas cosas buenas y que hizo muchas mas todavía; Luis Ballester, autor de la *Hierologia;* Gil Co-

nuck, Antonio Carvalho, Alarcon, Ruiz de Montoya, Bernardino Villegas y Agustin Justiniani, hijo del dux de Génova, forzaron, de consuno con sus colegas, á la ciencia, historia y filosofía á proclamar las verdades que ellos predicaban.

Sin embargo, todos estos nombres gloriosos en los escaños de las aulas se ofuscan ante uno mas afamado que los eclipsó á todos. Dionisio Petau, el genio de la erudicion, el Jesuita que lo estudió todo y que todo lo sabe á la manera de los grandes hombres, se deja ver á los veinte años en la cátedra de filosofía de Bourges, y desde este dia hasta el de su muerte no hay un solo triunfo que no se haga sufrir á su humildad. Profesor de elocuencia ó de teología, orador como Ciceron, poeta como Virgilio, reune todos los contrastes: consúltanle los literatos de Europa, los obispos acogen sus decisiones, proclámanle restaurador de la teología dogmática; y Petau es el único que se asombra de la celebridad que se ha granjeado en todos los confines de Europa, porque ignora ó trata de ocultar su mérito. Este hombre, que en sus ratos perdidos y paseándose sabe traducir en versos griegos los Salmos de David, ha legado obras á la posteridad, que jamás se borrarán de la memoria de los escritores sagrados. Su *Teología dogmática*, su *Ciencia de los tiempos* y su *Jerarquía eclesiástica,* le crean un lugar preeminente aun en medio de los sabios. El sumo Pontífice, que deseaba recompensar á un hombre semejante, quiso de concierto con el Monarca francés colocar entre los príncipes de la Iglesia al Jesuita que tan alto se habia elevado por su mérito; pero apenas llega á sus oidos la noticia de la dignidad que le amenazaba, cuando encerrado en su aposento, llora, palidece, tiembla de piés á cabeza, y escribe al Papa que si persiste en la idea de investirle con la púrpura romana, morirá de pesadumbre. Apodérase de él una fiebre ardiente, declarándose con tal intensidad, que para calmar sus transportes se ven precisados á decirle, que ambas cortes habian ya renunciado al proyecto de conferirle el capelo. Esta seguridad provoca una crísis feliz; y cuando el humilde Jesuita se hubo restablecido, ni el Papa ni el Rey osaron ya exponer su vida en una lucha en que la modestia podia mas en su alma que la ambicion.

Gaspar Hurtado, Juan de Lugo, á quien Urbano VIII honró con el capelo; Leonardo Lessio, Maldonado, Martin Becan, Fernando de Castro-Palao, Pablo Comitolo, Pedro Alagona, Anto-

nio Escobar, Pablo Layman, Esteban Bauny, Vicente Filiucci, Claudio Lacroix, Valerio Reynaldo, Herman Busembaum y Tomás Tamburini, vienen á lanzar un nuevo reflejo de grandeza teológica y erudicion moral sobre este venturoso siglo iluminado ya por el P. Petau.

Pero la justa crítica de unos, y el farisáico rigorismo de otros, dirigen á varias de estas celebridades escolásticas amargas reconvenciones, al par que imputaciones de que no ha dejado de sacar partido la sátira [1] y la malignidad pública. El nombre de Escobar ha pasado en la lengua francesa á ser el sinónimo de todas las supercherías de conciencia y de todas las agudezas reprensibles, tanto delante de Dios, como delante de los hombres. Píntase á este escritor como el prototipo de la moral relajada, de la misma manera que se ha procurado hacer pasar á otros como los defensores del regicidio, y los aprobadores secretos de todos los crímenes sociales. La teología de los Padres ha sido puesta muchas veces en tela de juicio, y adulterada muchas mas; quedando sobre sus graves in-folios, que jamás ha hojeado el mundo, y cuyos títulos tal vez no ha oido siquiera pronunciar, un barniz tal de escándalo, que la historia no puede aceptar sin profundizar las causas que hayan dado lugar á ello.

Y desde luego pasamos á enumerar las principales proposiciones extractadas de todas las obras de teología de la Órden de Jesús, que dieron márgen á las imputaciones de moral relajada. Hélas aquí:

«No nos atreveríamos á condenar al que solo hubiese hecho «una vez durante su vida un acto formal y explícito de fe y de ca«ridad.

«La fe de un solo Dios, y no de un Dios remunerador, parece «únicamente necesaria con necesidad de medio.

«Satisfácese al precepto de la caridad con solos los actos exte«riores.

«Está permitido regocijarse de la muerte de su padre, no con-

[1] Nadie hay que ignore el brindis improvisado por Boileau en Baville, en casa del primer presidente Lamoignon, donde se hallaba tambien Bourdaloue.

Si Bourdaloue un peu sevère
Nous dit : Craignez la volupté,
Escobar, lui dit-on, mon Père,
Nous la permet pour la santé.

Si Bourdaloue algo severo
Temed el deleite, dice;
Replícanle con salero:
Escobar menos austero
Por la salud le permite.

«siderada bajo el aspecto del mal acaecido al padre, sino en cuan-
«to al bien que le resulta al hijo.

«El criado que concurre con su amo á la perpetracion de un «crímen no peca mortalmente, si teme ser maltratado ó despe-«dido.

«Está igualmente permitido el prestar juramento sin intencion «de quedar obligado, si hay alguna razon ó causa para ello.

«Hállanse excusados de la ley del ayuno los que viajan á caba-«llo, aun cuando lo verifiquen por puro recreo.

«Un militar que se ve provocado á un duelo puede aceptarlo, «si teme ser tenido por cobarde.»

Estas teorías, desarrolladas por ciertos casuistas de la Compañía de Jesús, y condenadas por ella antes de que lo fueran por la Santa Sede, no son el producto de corrupcion alguna moral ó de un corazon depravado. Los Jesuitas que se extraviaron en ellas en volúmenes olvidados ya, no eran de esos hombres que, segun una expresion de la Biblia, sienten el vicio filtrar como el agua en sus entrañas, sino que sus virtudes y caridad les merecieron el aprecio general. Pero dejáronse arrastrar, como la mayor parte de los talentos entregados á los estudios especulativos, de la necesidad de crear nuevas dificultades, ó de no imponer á las almas tibias ó rebeldes el menor peso posible. Hay cristianos que hacen lo menos que pueden con tal que puedan deslizarse, por decirlo así, en el paraíso, y algunos Padres del Instituto creyeron que era prudente ponerse al nivel de estos cálculos, y suavizar hasta la mas extremada tolerancia el rigor de los preceptos. Incapaces de sospechar mal, tendieron la mano á todas las debilidades y á todos los desórdenes, excusando los unos, y tratando de explicar los otros. Á la manera de algunos hombres á quienes la misma castidad de su vida hace impuros algunas veces en la expresion, encontraron en sus labios esas palabras é imágenes cuya obscenidad convencional rechaza la elegancia depravada del mundo: pretendiendo unos descubrir el orígen del mal para aplicar un remedio oportuno á ciertos vicios cuya intensidad les revelaba el tribunal de la penitencia, se lanzaban al extremo opuesto; y experimentando otros esa necesidad de innovar que á la sazon aquejaba á todas las escuelas, pusieron en tortura su mente, ya para resolver casos imposibles, ya para desviar la dificultad moral. Buscaban lo mejor, y hallaron lo malo, pero lo

enseñaron con un candor, que solo pudo igualarse con su obediencia, cuando el sumo Pontífice y los jefes del Instituto se indignaron contra ciertas doctrinas perniciosas. Mas estas eran incapaces de producir resultado alguno, puesto que eran una especie de excepcion; pero los ingenios habituados á la lucha de la polémica hojearon los empolvados in-folios que las contenian, y las entregaron á la publicidad. Ni cabe duda que los Padres, autores de esos crímenes teológicos, eran dignos de vituperio; pero «yo quisiera, se dice en la *Enciclopedia* [1], que un buen casuis- «ta me hiciese ver quién es mas culpable, aquel á quien se le es- «capa una proposicion absurda, que pasaria desapercibida ó sin «consecuencia, ó el que la observa y la eterniza.» La moral relajada de Escobar, abrumada bajo el peso de tantas censuras, es sin embargo un código, cuyas prescripciones tambien *relajadas* pocos hombres probos ó cristianos, segun el mundo, se sentirian con la suficiente fuerza para ponerlas en práctica.

Al lado de estos doctores que disertan sobre las leyes de Dios y de la Iglesia, vemos brillar otros teólogos no menos interesantes. Tales son los ascetas y moralistas. Reguladores estos de la piedad, al par que maestros de la vida contemplativa, han creado en la devocion una literatura aparte; sus obras, mucho mas generalizadas, disfrutan de una popularidad que nadie osará contestarles.

Los Jesuitas ascetas debian naturalmente fijar sus miradas en los *Ejercicios* de Loyola. Este era el libro de sus meditaciones continuas, y por lo mismo trataron desde luego de explicar su sentido y sus bellezas místicas; tarea filial que fue desempeñada con éxito, y que contó entre sus elaboradores á los PP. Ignacio Diertins, Antonio Gaudier, Luis de la Palma, Juan Suffren, Gaspar Druzbichi, Tobías Lohner, José Petit-Didier, Luis Bellecius, Claudio Judde, Julian Hayneuve y Gabriel Martel. Consagrándose Francisco Neveu y Jacobo Nouet á estas piadosas tareas que han eternizado su nombre, dieron á su estilo esa sencillez que le ha hecho tan atractivo como sólido. Gerónimo de Gonnelieu tradujo y comentó la *Imitacion de Jesucristo,* el mejor libro, segun Fontenelle, que ha salido de manos de hombres; Juan Brignon dió á conocer á la Francia el *Combate espiritual;* Rodriguez compuso sus *Ejercicios de perfeccion cristiana;* el P. Saint-Jure desar-

[1] *Enciclopedia*, tomo II, pág. 757.

rolló el *Conocimiento del amor de Jesucristo;* Rogacci en Italia, Lanciski en Polonia, Jeremías Drexelius, Eusebio de Nieremberg con su *Diferencia entre lo temporal y eterno*, Juan Croisset con su *Año cristiano*, Herman Hugo con su *Pia desideria;* Antonio Roissieu, Gerónimo Platus, Balinghem y Juan Crasset, resucitaron y nutrieron la piedad por medio de la uncion del lenguaje, y por el método introducido en la oracion. La *Doctrina espiritual* de Luis Lallemant, el *Catecismo* y los *Diálogos* de José Surin, las *Cartas* de Juan Rigoleu, los escritos llenos de suavidad y mocion de Vicente Huby, los de Francisco Guilloré, cuyo estilo ha envejecido, mientras que sus preceptos jamás carecen de novedad; los de Caussade y Luis Le Valois, Adriani, Pedro de Barri, Alejandro des Ursins, Luis Spínola, Andrés Rensius, Antonio Vivien, Bartolomé Jacquinot, Carlos Mussart, Francisco de Bonald, Juan Borghese, Lorenzo Chifflet, Lucas Pinelli, Marcos de Bonnières, Luis Makeblidius, Jorge de Arriega, Felipe Berlaimont, Esteban Parisot, Felipe de Outreman, Pedro Guzman y cien otros, se estimularon á la virtud por medio de la direccion, del ejemplo y del consejo. Baltasar Álvarez «uno de los mas sublimes contemplati-«vos de su siglo,» segun el dictámen de Bossuet y del P. Luis de La Puente, que ha merecido el mismo epíteto de boca del gran obispo de Meaux, fueron con Rodriguez los modelos de esta parte de la literatura sagrada.

En el espacio de un siglo habian abordado y resuelto todas las cuestiones generales y particulares de la moral cristiana ó de la perfeccion religiosa. Compartíanse los trabajos, escribian para todos los estados y edades, y el rey, el soldado, el sacerdote, el regular, el padre, el hijo, el amo, el criado, los jóvenes especialmente, hallaban todos en las obras de los Jesuitas el alimento de su alma. Eran populares como la Religion, porque cual el libro del P. Gallifet sobre la *Devocion al sagrado Corazon de Jesús*, penetraban en el espíritu y en las necesidades del pueblo. Verdad es que los discípulos de Loyola no han sido los primeros en trillar el sendero de la literatura moral, de la que Bossuet y Fenelon nos legaron modelos tan acabados. Antes que ellos habian ya revelado este manantial inagotable de ternura, gratitud y amor un san Agustin, san Anselmo, san Juan Clímaco, san Bernardo, san Buenaventura y Fr. Luis de Granada; pero una vez trazado el camino, los Jesuitas le recorrieron y le ensancharon en todos

sentidos, componiendo sobre la ciencia divina una multitud de obras elementales, que la fe ha colocado entre las clásicas. Con este arte de multiplicarse, que parece inherente á la Sociedad, no solo consiguieron propagar las instituciones piadosas, los retiros anuales y los ejercicios espirituales, sino que después de haber defendido la unidad y el dogma, llegaron á hacerlos amar.

Grandes obras de moral existian antes de la fundacion del Instituto, y después de él se dieron á luz otras. Entre los antiguos, tenemos los *Caractéres* de Teofrasto, los *Diálogos* de Platon, las obras filosóficas de Ciceron y de Séneca, y el *Manual* de Epicteto; entre los modernos, los *Pensamientos* de Pascal, los *Caractéres* de la Bruyère, las *Máximas* de La-Rochefoucauld, las *Reflexiones morales* del canciller Oxenstiern, y las *Consideraciones* de Duclos, que disfrutan con justo título de una gloria merecida. Pero por perfectas que sean todas estas obras, ¿qué reforma han obrado en las costumbres? Séneca escribiendo su tratado del desprecio de las riquezas en una mesa de oro; el ambicioso Oxenstiern vituperando la ambicion, y el egoista La-Rochefoucauld criticando al egoismo, ¿corrigieron acaso la humanidad de la sed del oro, de la ambicion y del egoismo? ¿Cuál es la familia, dónde está el individuo que les deba ó les atribuya su bienestar y su perfeccion? La filosofía lanzada á la faz del mundo en apotegmas, reducida á sentencias, y para dar un colorido á su frase, pretendiendo tomar los caprichos del mundo mas bien por el lado del desden que por el de la conmiseracion, es de todo punto impotente; puede, es verdad, como los cómicos de todas las épocas, excitar la risa sobre las extravagancias del hombre; puede criticar el vicio, burlarse de las preocupaciones y las pasiones, provocar, en fin, el ridículo sobre todas las miserias que pesan sobre todos los mortales; pero ni jamás la será posible avanzar un solo paso, ni será jamás ella quien inspire los santos pensamientos ó refrene los malos. La filosofía no tiene bastante fuerza para consolar, para ilustrar á las almas, para aligerar el peso de las fatigas, para mitigar la amargura de los dolores, para oponer un dique á la violencia de los deseos, ó para secundar en el cumplimiento de nuestros deberes. Los escritores moralistas han creado obras admirables bajo el punto de vista literario; han disecado con una rara sagacidad todos los instintos corruptores; han son-

deado, han analizado las llagas de la sociedad: en esta autopsia realizada en lo vivo nada se les ha escapado, nada ha faltado mas que el remedio. Los autores ascéticos, y particularmente los Jesuitas, no cifraron la vanidad de su ciencia en luchar con ellos en genio y en ironía. Si descendian al receptáculo de las miserias humanas, y aplicaban á cada herida el bálsamo que las cicatrizaba, no era ciertamente por el amor á la gloria literaria. Sin hablar con tanto prestigio, conocian mejor el camino del corazon humano; y al paso que dominaban sus inclinaciones, lo iniciaban en los misteriosos consuelos que inspiran la fe, la esperanza y la caridad.

Estos ascéticos, cuyo número y trabajos rayan en prodigio, no tardaron en eclipsar á los sabios de otro género, dando lugar por su misma multiplicidad á una imputacion infundada. Se ha echado en cara á los Jesuitas el no haber jamás producido filósofos ni metafísicos distinguidos. La filosofía, empero, de los siglos XVI y XVII, y aun la del XVIII, si prescindimos de aquellos sugetos que se apoderaron de aquel nombre para crear una nueva secta de incrédulos, entraba esencialmente en las atribuciones de la Compañía. Á pesar de los obstáculos que el deber religioso les imponia, á pesar de las trabas que cada uno de los Padres hallaba en el estudio de ciertas materias filosóficas, hubo muchos que no se dejaron desalentar. Como el objeto del Instituto, en el momento de su creacion, no habia sido el de inventar nuevos sistemas, sino el de devolver su antiguo lustre á la Iglesia y á las costumbres, los Jesuitas debian por precision manifestarse mas bien activos que especulativos. Bajo el influjo de esta voluntad que les fue eternamente impresa, no podemos menos de asombrarnos al contar entre ellos tantos literatos de todo género; puesto que las funciones análogas á su ministerio no les permitian entregarse plena y únicamente á unos afanes que absorben una existencia entera. Sabian que estaban condenados á ser muy cautos en materias filosóficas: érales vedado su acceso sino con mucha reserva; y como por otra parte el error de un solo individuo pasaba á los ojos del mundo á ser el error de todos, no solo procuraron comprimir un peligroso impulso hácia las instrucciones idealistas, sino que transportaron de tal modo la savia de su genio inventor á las ciencias útiles, que ninguna otra Órden se mostró mas pródiga en esta clase de beneficios.

Dejando á un lado los obstáculos que embarazaban su vuelo, no solo no se han quedado en zaga los Jesuitas, sino que, en los ramos puramente intelectuales de la filosofía, en los diferentes estudios que se rozan con esta ciencia, cuentan un gran número de escritores tan profundos como ingeniosos. Los hijos de Loyola no se han improvisado un arte de las nuevas teorías, ni se han propuesto, como tantos otros, ir á caza de ideas impracticables ó de falaces ensueños: la filosofía solo ha sido á sus ojos un medio de instruir á los demás, al par que formarlos por el discurso en el culto de lo bueno y de lo verdadero. El primero de entre ellos que se lanzó á esta via fecunda fue tambien el P. Toledo, quien, en su *Introduccion á la lógica*, trazó con mano segura los principios que era preciso adoptar. Carlos Malapert y Honorato Fabri vinieron en seguida á ilustrar esta ciencia por medio de sus escritos y enseñanza. Fabri, nacido en 1621 en la diócesis de Belley, creadora de tantas ilustraciones, era, como el belga Malapert, mas filósofo que teólogo: verdad es que en el cerebro de ambos existia un movimiento poético que los arrastraba á las abstracciones; pero Fabri supo aplicar este movimiento á las realidades de la inteligencia, y en su cátedra de Lyon y de Roma desarrolló las teorías que sus *Elementos de metafísica* nos han conservado. Uniendo Fabri á la filosofía la física y matemáticas, descubrió y reveló al mismo tiempo que Guillermo Harvey la circulacion de la sangre [1]. En tanto que se dedicaba este Padre á tan útiles investigaciones, el Jesuita Juan Garnier, que pasó su vida enseñando, escribia su *Marius mercator* y sus *Elementos de filosofía;* componiendo en seguida y como para descansar de estas tareas, apreciadas aun por los literatos, el *Sistema bibliotecae collegii parisiensis Societatis Jesu*. Es el plan que deben seguir los bibliógrafos, y el que adoptó Brunet en su *Manual del librero*. Los PP. Govin, Giattini y Stengel comentaban al mismo tiempo la *Lógica de Aristóteles*.

Los Jesuitas enseñaron al principio la filosofía, y luego cuando encontraron en su camino un nuevo método de instruccion ó algunas verdades aplicables á la ciencia, publicaron sus investi-

[1] En la pág. 204 de su tratado, cuyo epígrafe es: *De plantis, de generatione animalium, et de homine* (edicion de 1666, en 4.°), prueba Fabri hasta la evidencia, que si no se ha anticipado á Guillermo Harvey, ha marchado con él de frente en el magnífico descubrimiento de la circulacion de la sangre.

gaciones. El Jesuita cardenal Sforcia Pallavicini, los PP. Gontzen, Pedro Hurtado de Mendoza, el sútil Arriaga, Leonardo de Peñafiel, José Solieri, Bautista Howarth y Bertoldo Hauser; y en una época menos remota, Para du Phanjas, han revelado el secreto de la enseñanza filosófica. Sin duda que entre estos autores se pueden citar algunos que rejuvenecieron las antiguas tesis escolásticas, y que basaron su ciencia en los errores ó preocupaciones de su época: tambien otros, como el P. Gautruche, el *homo diffusae eruditionis*, como le llama el ilustrado obispo de Avranches, cifraron su gloria en unas disputas que formaban mas bien al ingenio en la argumentacion que en el pensamiento; pero todavía subsiste en las escuelas la memoria de Vazquez, de Pedro Fonseca, Teófilo Raynaldo, Benito Pereira y Boscovich. Estos hombres, que todo lo sabian, no solo no tuvieron el suficiente valor para ser concisos en sus voluminosos in-folios, sino que lo dijeron todo, hasta las cosas inútiles á su objeto. Esta superabundancia de riquezas perjudica á su celebridad; pero no impide que hayan dado al espíritu ideas exactas, claras y precisas. Desde la universidad de Coimbra, cuyos catedráticos eran los Jesuitas, se diseminaron por todo el mundo el gusto de la erudicion y el amor de la filosofía: de aquí es que, comparando Renato Descartes, tan excelente juez en estas materias, la educacion dada por la Compañía de Jesús con la que se daba en el mismo siglo, ha podido escribir: «¿Quereis saber mi opinion respecto á la enseñan-«za de vuestro hijo, dice el inmortal filósofo á un padre de fami-«lias que trató de consultarle, una vez que la filosofía es la llave «de las demás ciencias, paréceme utilísimo el haber estudiado el «curso entero como se enseña en las escuelas de los Jesuitas. «Debo tributar este honor á mis antiguos maestros, diciendo que «no hay paraje alguno en el mundo, al menos segun mi pobre «juicio, donde se enseñe mejor que en La Fleche.»

El P. Suarez, que habia sido el jefe de la escuela filosófica de los Jesuitas, la llevó por la fuerza misma de las cosas hácia unos principios enteramente nuevos. Cuando este Jesuita se dejó ver en la arena literaria, saludaba la escuela con los nombres de *doctor angélico, doctor seráfico y doctor sútil* á santo Tomás, san Buenaventura y Escoto: Suarez mereció de boca de Benedicto XIV el de *doctor eximius*, doctor por excelencia. Abandonando los caminos trillados por Escoto y santo Tomás, en vez de condenarse á

disertar eternamente sobre Aristóteles, creó una metafísica, la expuso en dos volúmenes, y demostró la mayor claridad aun en medio de las sutilezas con que le plugo rodear su sistema. Es cierto que le envolvió con algunos razonamientos inútiles; pero en medio de ese cúmulo de ciencia y de dilemas, sacrificio tributado al gusto de su siglo, no solo es Suarez el hombre que por la profundidad de sus observaciones ha prestado tal vez mayores servicios á los estudios filosóficos, sino que á contar desde su época, empezó la filosofía á desprenderse poco á poco del peripatecismo escolástico. Cási al mismo tiempo legaba Pereira al mundo sus quince libros sobre los *Principios de las cosas naturales*, combatiendo y desarrollando en seguida en otra obra los prestigios de la magia y astrología, artes funestos, que oponiéndose á los progresos de la verdadera ciencia, alteraban la esencia misma de la Religion.

Otros Jesuitas emprendieron después en favor de la filosofía moral lo que Suarez habia hecho respecto á la metafísica. Ya desde el principio del siglo XVI, Baltasar Gracian se habia dedicado á hacer la autopsia del corazon humano; y si bien es verdad que caminaba sobre un terreno mal seguro, puesto que analizaba pasiones que jamás habia experimentado en sí mismo, vituperando por medio de una juiciosa sátira unos vicios, cuyo infestado hálito jamás llegó á marchitar la pureza de su alma; no lo es menos que en este estudio peñoso supo hermanar tanta originalidad á tantas ideas nuevas, y emplear un estilo tan trabajado, que sus obras pasaron á ser la lectura favorita de todos los salones de Europa. Amelot de la Houssaye, Monory, Silhouette y el P. Courbeville tradujeron al francés su *Cortesano*, sus *Reflexiones políticas*, el *Criticon y el hombre universal*, que se apropiaron en seguida todas las lenguas modernas. Leíase á Gracian con avidez; y esta lectura llevó los espíritus á una parte de la filosofía todavía inculta, y sirvió de preludio á otros tratados mas perfectos, cuyo modelo iban á ofrecer La-Rochefoucauld, Oxenstiern, La Bruyère, Addisson y Pope. El P. Rapin, que marchaba en pos de las huellas del anterior Jesuita, compuso, aunque con menos variedad y gracia, sus *Reflexiones sobre la filosofía*. Este Jesuita, que publicando cada seis meses alternativamente una obra de piedad y otra de literatura, parecia servir por semestres á Dios y al mundo, abrazó todos los géneros, y fue superior en mas de uno; pero no tardó

en eclipsarle el P. Claudio Buffier en la filosofía. Dedicado Buffier, lo mismo que Boscovich, á hacer menos árida la ciencia, y viendo que los demás empleaban con cierto placer el lenguaje abstracto, se esforzó en ser sencillo y conciso á fin de formar el juicio y el espíritu de los demás. De manera que si su *Curso de las ciencias*, ó bien su *Enciclopedia*, cuyos raudales han agotado de Alembert y Diderot, es aun en nuestros dias una obra clásica; su *Tratado de las verdades primordiales*, y su *Práctica de la memoria artificial*, hicieron célebre tambien su nombre.

Mas si, como acabamos de hacer observar, el estudio de la filosofía no ha sido estéril para la Sociedad, no se han dedicado á él, no obstante, sus individuos con aquel ardor que habitualmente los impelia hácia los trabajos intelectuales. Cualquiera hubiera dicho que presentian la inutilidad de la mayor parte de los sistemas metafísicos creados por un hombre de ingenio, y á los cuales vienen á reunirse una multitud de inteligencias subalternas, que guiadas por la palabra de su maestro, llevan el principio hasta el extremo. Era demasiado práctico el ingenio de los Jesuitas para perderse en los insondables abismos de la imaginacion, señalados tan audazmente por Malebranche, sin que llegase á prever que caeria en ellos. Bastaban á estas almas encadenadas á la Iglesia por el deber, horizontes menos espaciosos, porque les habia sido dado comprender que las teorías mas ó menos ingeniosas no son el medio mas seguro de arribar á los resultados positivos. En 1755, en el momento de las efervescencias del escepticismo, la Academia francesa, dominada por las innovaciones que protegia, se vió precisada á retroceder á principios mas saludables, coronando á un Jesuita, que con el encanto de las ideas verdaderas recordaba en su presencia el sendero abierto al entendimiento. Habia aquella propuesto como premio de la elocuencia la siguiente tesis: ¿En qué consiste el espíritu filosófico? El P. Antonio Guenard no temió en revelarlo, y en un discurso que de La Harpe y de Alembert señalaron como una obra maestra, este Jesuita, que apenas rayaba en los treinta años, sentó de esta manera los límites del entendimiento humano: «La fe deja al entendimiento del hombre todo lo que este puede comprender: solo «le quita los misterios y los objetos impenetrables. ¿Y debe irritarse la razon por esto? Las cadenas que aquí le ponen son fáciles de llevar, y solo deben parecer pesadas á los espíritus va-

«nos y ligeros. Yo diré, pues, á los filósofos: No os exaspereis «contra esos arcanos que la razon no alcanza á penetrar; limi«taos al exámen de esas verdades que se dejan abordar, que se «dejan en cierta manera tocar y manejar, y que os responden de «todas las demás. Estas verdades son otros tantos hechos incon«testables y sensibles, con que se ha como envuelto la Religion «para llamar igualmente la atencion de los entendimientos tanto «groseros como elevados. Estos hechos se entregan á vuestra cu«riosidad: hé aquí los fundamentos de la Religion. Profundizad «al rededor de estos fundamentos: probad á conmoverlos; des«cended con la antorcha de la filosofía hasta esa piedra angular y «antiquísima tantas veces rechazada por los incrédulos, y por la «que se han visto aplastados; pero cuando, llegados á cierta pro«fundidad, hayais encontrado la mano del Omnipotente, que sos«tiene desde el orígen del mundo este majestuoso edificio, con«solidado siempre por los mismos huracanes y por el torrente de «los años, ¡deteneos! y no profundiceis hasta los infiernos: la fi«losofía es incapaz de conduciros mas adelante sin extraviaros. «Habeis entrado ya en los abismos del infinito, y aquí debe ya la «filosofía vendarse los ojos como el pueblo, y adorar sin ver, y «arrojarse con confianza en brazos de la fe. La Religion se pare«ce á la milagrosa nube que servia de guia á los israelitas por el «desierto: de un lado se halla el dia, del otro la noche. Si todo «no fuese mas que tinieblas, la razon, que nada veria, se alejaria «con horror de este espantoso objeto; pero se os ha dado bastante «luz para satisfacer un ojo que no lleva su curiosidad hasta el exce«so. Dejad á Dios esa noche profunda, donde le place retirarse con «sus rayos y sus misterios.»

A pesar de ser aquel el siglo de los sofismas y bufonadas, la Academia, que no creia en nada, se vió precisada á aplaudir este lenguaje del Jesuita filósofo que debió parecerle inaudito. La obra era tan perfecta, que se hacia imposible una iniquidad, y decretó el premio al P. Guenard [1]. La elocuencia del púlpito les ofrecia una carrera que estaba mas en relacion con las Constitu-

[1] Este Jesuita, que habia consagrado treinta años de su vida á un inmenso trabajo filosófico con el objeto de refutar la *Enciclopedia*, lo quemó durante el terror de 1793, para no comprometer la existencia de madama Beauvau, que le habia ofrecido un generoso asilo en su palacio de Bléville, cerca de Nancy, donde falleció en 1805.

ciones de la Órden y las necesidades de la humanidad; y por lo mismo ingresaron en ella desde el dia de su fundacion, y en ella se les encuentra hasta el momento de su destruccion.

La ocupacion predilecta de los hijos de Ignacio fue el desarrollo del arte oratorio. «Es una empresa grande y peligrosa, dice «Ciceron [1], el presentarse en medio de una numerosa asamblea «que os oye discutir los negocios mas importantes; porque con «dificultad se hallará uno solo de los concurrentes que no obser- «ve con mas delicadeza y rigor los defectos que las bellezas de «nuestros discursos, juzgándonos cuantas veces peroramos en pú- «blico.» Ignacio de Loyola, que sin duda tenia presente este pasaje del cónsul romano, al imponer á sus discípulos como una obligacion la ciencia oratoria, sabia tambien que jamás faltarian ignorantes á quienes instruir, errores que combatir, y cristianos á quienes dirigir por la senda de la perfeccion, y por lo tanto queria que aquellos correspondiesen al deseo de los pueblos. Siguiendo unos la costumbre de su patria, y entregándose á la vivacidad de sus inspiraciones, con los arranques de una elocuencia natural y apasionada obraron maravillosas metamórfosis en los pueblos. Improvisaron sus sermones, pusieron al alcance de todas las clases la doctrina con que les familiarizaran serios y prolongados estudios; y supieron inflamar y conmover los corazones, dominar las inteligencias, y ostentarse siempre nuevos, porque aprovechaban las pasiones del momento. Así es como en España, Francia, Italia y Alemania se dejaron ver los PP. Araoz, Estrada, Barceo, Landini, Auger, Dupuy y Gonthieri; y en épocas mas recientes Francisco de Regis, Pedro Wiltz, Maunoir, Zuchi, Chaurand, Joyeuse, Serrano, Lopez, Pardies, Chaubard, Beauregard y Duplesis, como creadores de modelos de improvisacion. Verdad es que no marchaban en pos de esa gloria efímera que se complace mas en excitar los aplausos que en transformar las convicciones; que no ansiaban los elogios; que la alabanza consistia para ellos en la compuncion, lágrimas y remordimientos que provocaban; que se dirigian á los pueblos; que les hablaban el lenguaje del corazon; que les comunicaban el ardor de que estaban animados; que les subyugaban por medio de imágenes mas vehementes que justas; que llenos ellos de entusiasmo lograban entusiasmar á los otros. Los frutos de estas vehementes inspiraciones

[1] *Brutus*, XVII, pág. 120.

han quedado eternamente grabados en el corazon de los contemporáneos; mientras que la palabra que los produjo solo ha podido extinguirse con la vida del predicador. Solo la tradicion nos revela los prodigios realizados por estos hombres apostólicos.

Otros Jesuitas no se dejaron arrastrar por esa fiebre oratoria que fascina á los pueblos, sino que fueron á llevar la palabra de vida al seno de las aulas, y en las cátedras de todas las ciudades, ó en medio de unos hombres mas instruidos y mas difíciles que la generalidad del pueblo, que se agolpaban para escucharlos, ya con una piedad respetuosa, ya con prevencion y distraidos. Fueles preciso llamar al arte en auxilio de la fe, y reunir, segun la expresion de Tulio [1], una selva de ideas y de cosas, para propagar los preceptos del cristianismo. Profundizando los principios de la elocuencia, al par que remontándose á los hermosos y apacibles dias en que los Agustinos, Crisóstomos, Ambrosios y Bernardos acababan en un lenguaje tan santo como magnífico de recordar á los príncipes de la tierra y á los hombres de buena voluntad los deberes que el Evangelio les prescribia, llegaron á crear la elocuencia del púlpito, orígen de gloria que muchos han podido envidiar, pero que nadie ha podido quitar á los Jesuitas.

No se trata aquí de ser convencido ó de convencer; es indispensable agradar por el encanto del estilo, por la progresion del plan, por la nobleza, por la facilidad en el modo de enunciarse, por lo patético de las imágenes, y por una uncion persuasiva. Los Jesuitas se dedicaron á esta tarea: estudiando sus modelos no hay necesidad de preguntarse si la llevaron á cabo. En Italia, en ese verjel poético, donde el idioma es tan feraz como su suelo, donde es tal la abundancia de frases que parece perjudicar al pensamiento, y donde la armonía de Apolo se mezcla con los misterios mas terribles del Evangelio, no solo han sabido ser sobrios los Jesuitas en medio de todas las pompas de la elocucion, sino que han producido oradores donde todo el mundo nace poeta. Si los PP. Esteban Tucci, Francisco Benci, Tarquino Gulluzzi, Benito Palmio, Pablo Oliva, Aquiles Gagliadi, Juan Rho y Simon Bagnati abren con esplendor esta carrera, en la cual Pablo Segneri no encontrará rivales; en pos de este maestro, cuyos sermones fueron traducidos en francés y en español bajo el epígrafe: de *El Cristiano instruido en su ley,* vienen Tomás Strozzi, Severio Vana-

[1] *De Orat.* 29.

lesti, Luis Pellegrini, Ignacio Venini, Gerónimo Trento, Juan Granelli, Antonio Vellati, Jacobo Bassani, Gerónimo Tornielli, Alfonso Nicolai y Pignatelli á difundir el eco de su celebridad por todos los púlpitos de la Italia. Predicadores cási todos ellos de los sumos Pontífices [1], hablan á un mismo tiempo en Roma, Venecia, Nápoles, Florencia, Génova y Milan, acrecentando do quier su fama por sus discursos públicos; porque muchas veces la vehemencia ó la gracia en la expresion vivifica la solidez de las pruebas y la precision de las observaciones.

En España se deja ver Toledo al frente de los oradores; viniendo en pos de este Jesuita, cuyo nombre se ha granjeado una inmensa celebridad en cada uno de los ramos de la literatura, y de quien decia el cardenal Borromeo [2]: «Después de haber oido predicar al P. Toledo, nada mas se puede apetecer;» viniendo en seguida, repetimos, el P. Gerónimo Florencia, el Massillon español, el orador de todas las solemnidades; después el P. Gracian, Alfonso Andrada, Mateo de la Cruz, José Aguilar, Francisco Labata, Juan Coronel, Frias, Martin Gutierrez, Pedro Urtiaga, Millan García, Rodriguez de Guzman, Aguado, Ruiz de Montoya, Juan Gondino, Deza, Tirso Gonzalez y Pedro Calatayud.

El Portugal no se vió tampoco defraudado en esta gloria, puesto que oyó en sus púlpitos al P. Antonio de Vieira, cuyos obras disfrutan aun de popularidad, por haber sido uno de los autores que escribieron el idioma portugués con la pureza mas exquisita. «Vieira, tan poco conocido en Francia, pero cuyos sermones y

[1] En la lista de los oradores sagrados que fueron llamados á predicar la pasion en la capilla pontificia delante del Papa, aparecen solamente desde el año de 1573 hasta el de 1660 los cuarenta y nueve Jesuitas, cuyos nombres citamos á continuacion: Aquaviva, Belarmino, Tucci, Benci, Fulvio Carduli, Benito Justiniani, Mucio Vitelleschi, Juan Carettonio, Esteban de Bubalis, Bernardino Stephoni, Antonio Marsilli, Juan Mazarelli, Terencio Alciat, Francisco Sacchini, Damian Estrada, Bandini Gualdefucci, Gerónimo Sopranis, Pablo Bombini, Valentin Mangioni, Tarquino Galuci, Torcuato de Cupis, Francisco Piccolomini, Leon Sanchez, Alejandro Donato, Bautista Ferrari, Vicente Guinis, Fabio Ambrosio Spínola, Gerónimo Petrucci, Juan Floravantius, Ángel Galucci, Horacio Grossi, Odon de Conti, Francisco Brovius, Jacobo Lampugnani, Gerónimo Savignani, Luis Gonfalonieri, Juan Giattini, Pablo Farnesio, Alberto Moroni, Alejandro Pellegrini, Guillermo Dondini, Luis Bomplan, Juan Adriani, Gabriel Beati, Tomás Antonelli, Fernando Jimenez, José de Requesens, Carlos Luca y Francisco Eschinardi.

[2] *Meditamenta litteraria.*

«demás obras, segun el dictámen del abate Gregorio [1], son dig-«nos de serlo,» ha dejado un renombre que va cada dia en aumento. Es cierto que, como los que no saben moderarse, lleva al extremo los defectos de su país y de su época, llega á ser exagerado y enfático; pero mas á menudo toca en lo sublime, y encanta con la delicadeza de sus ardientes facultades. Este Jesuita fue el predicador de sus reyes, su embajador, el misionero de los salvajes del Marañon, un hombre, en fin, de inspiracion y de experiencia. En seguida aparecieron en el palenque oratorio Antonio de Vasconcellos y Francisco Mendoza.

El estilo de los españoles y portugueses tomaba del carácter nacional una especie de grandiosidad en los cuadros, una magnificencia pomposa, que por largo tiempo impuso la ley á los literatos de la Península. Su imaginacion cerniéndose siempre sobre las nubes, ó no bajando jamás á la tierra sino para hallar en ella recuerdos ó pensamientos, en los cuales se descubria su pobreza y mal gusto á través de los adornos y del oropel que los cubria, no sabia ni limitar su entusiasmo ni restringuir sus arrebatos poéticos. Ya Cervantes Saavedra habia con su *Don Quijote* curado á la Península de su caballería errante; y tratando el Padre Francisco de Isla de aplicar el mismo remedio respecto á los predicadores, en su *Vida de Fr. Gerundio de Campazas*, dada á luz bajo el seudónimo de Francisco Lobon de Salazar, se dedicó á vapulear por medio del ridículo los vicios oratorios, y especialmente el falso ingenio de los españoles. Este precepto en accion, ó mas bien esta sátira, heria tan en lo vivo y con tal exactitud, que si el Índice romano temió que los chistes del Jesuita lastimaran la dignidad del púlpito, los frailes de todos los monasterios y los prebendados de todas las clases no fueron menos diligentes en pronunciarse contra un libro que excitaba enconos demasiado vivos, para que dejase de ser mirado como la expresion de un sentimiento positivo. Apenas habia visto la luz el primer tomo, cuando el P. Isla [2] recibió órden de suspender una sátira, cuya inge-

[1] *Historia de los confesores*, pág. 246.

[2] Sobre la lápida sepulcral del P. Isla grabaron un epitafio, en el que resaltan los distintos géneros de literatura á que se consagró este Jesuita. Hé aquí los términos en que está concebido :

In oratione Tullius, in historia Livius,
In lyricis et ludicris Horatius.

niosa causticidad no carecia de peligro: el Jesuita obedeció; pero su obra, proscrita en España, no tardó en ser acogida en Londres y traducida al inglés y al aleman.

La Bélgica, tan fecunda en literatos y controversistas, solo ha producido un corto número de oradores, entre los que, como mas distinguidos, citarémos á los PP. Juan Coster, Cornelio Hazart y Enrique Engelgrave. En Alemania, donde el idioma, así como en Francia, no habia llegado aun á su complemento, los Jesuitas que se dedicaron á publicar sus discursos lo verificaron en latin. Guillermo Becan, Adam, Tanner, Matías Fabro y Gaspar Hirckman imitaron este ejemplo, mientras que Canisio, Juan Gans, Teodoro Dulman y Jorge Scherer, no quisieron ceñirse á semejante uso, por parecerles que de este modo solo se difundiria la doctrina entre los sabios; y adoptaron el idioma vulgar. Empero como este no se hallaba aun desbastado, sus obras llevan el sello de una elocucion tudesco-latina, al paso que sus ideas se resienten de la tortura en que las pusieron. El sacrificio nacional que hacian los Jesuitas de su amor propio de autores, vulgarizó en breve el aleman, y los PP. Francisco Neumayer, Luis Merz y Santiago Wurs no tardaron en elevarse al rango de los primeros oradores. Santiago Wurs, que habia estudiado y traducido á Bossuet, La Rue y Ciceri, desplegó en sus discursos una elocuencia tan enérgica y suntuosa, que sus compatriotas le comparan con Bourdaloue por su solidez, con Massillon por su elegancia, y con La Colombière por su persuasiva. Los PP. Jorge Forro y Jorge Caldi en Hungría, Estanislao Grodiez y Miguel Ginckiewitz en Polonia, emplearon tambien el idioma vulgar; pero en este último reino se habian dejado ver dos hombres que hacen época: los PP. Scarga y Casimiro Sarbieski, metódico al par que fogoso el primero, mientras que, engalanando el segundo su estilo con los mas brillantes coloridos, era á la vez orador y poeta.

En Francia debe igualmente la elocuencia sagrada su creacion á un hijo de Loyola. Es verdad que este reino habia contado, hasta la aparicion de Lingendes, poderosos oradores, tales como Coton, Arnoux, Seguiran, Dinet, Suffren, Viger y Caussin; pero nadie mas que él poseyó el arte de coordinar sus planes, preparar sus pruebas, economizar las transiciones, variar el estilo, y dar al conjunto del discurso la forma que exclusivamente puede comunicar un soplo de vida á las obras del ingenio. Antes de este

Jesuita habia contado la Francia en la Sociedad de Jesús y el clero hombres ardientes en la elocuencia: «pero no fueron ora-«dores, segun el sentir de Ciceron [1], sino unos operarios ejerci-«tados en una grande facilidad de lengua,» que, en medio de la fogosidad de su mal gusto mezclaban lo sagrado con lo profano, y lo trivial con lo sublime. Dedicado Lingendes á reformar este abuso, tanto con el precepto como con el ejemplo, trilló el camino á Bossuet, Bourdaloue y Massillon. Cosa singular, sin embargo, todos los modelos que legó este Padre al púlpito francés fueron escritos en latin. No encontrando en el lenguaje nacional bastante pureza para desenvolver su pensamiento, ó temiendo tal vez sucumbir, como sus antecesores, al atractivo de ese estilo tan antiguo como matizado y fecundo, quiso exponer las verdades evangélicas con precision, al paso que usar con sobriedad de los resortes del terror y de la ternura que el púlpito ponia á su disposicion, y tuvo el insigne honor de ser á la vez el último de los oradores latinos, y el primero de los predicadores franceses. El P. Texier adoptó las reglas que habia expuesto Lingendes; viniendo á ser una rica mina que Bossuet y Bourdaloue explotaron mas de una vez. El piadoso La Colombière, amigo íntimo de Patrú, Santiago Giroust y Martin Pallú, que se habian tambien formado en la nueva escuela, se mostraron dignos de predicar al lado de Bourdaloue, su hermano en la Compañía de Jesús.

Por la exactitud de sus ideas, por la fecundidad de sus planes y el brillo de sus conceptos, que jamás se asemejan, Bourdaloue poseyó en alto grado el mérito del orador [2], comparado por Quintiliano con la estrategia de un general dirigiendo su ejército. Su nerviosa lógica no deja lugar á los sofismas ni á las paradojas; posee el arte de fundar nuestros deberes en nuestros mismos intereses; sabe transformar los menores detalles de las costumbres y pasiones en pruebas de su tema: la abundancia misma del genio no permite imaginar cosa alguna superior á sus discursos. Sencillo y noble á la vez, patético y terrible, reune y combina todos los contrastes: Bourdaloue es el hombre, en fin, de quien pudo decir Bossuet: «Este hombre será eternamente nuestro maestro «en todo [3].» Elogio sublime, que dispensa de cualesquiera otros.

[1] *Brutus*, 18, 83.
[2] *Instit.* lib. II.
[3] *Elogio de Bourdaloue*, por el primer presidente Lamoignon.

Bourdaloue habia creado una escuela, que continuaron después los PP. Claudio La Rue, Honorato Gaillard, Timoleon Cheminais de Montaigu, Guillermo Segaud, Daubenton, de Orleans, La Pesse, Cathalan y Bretonneau. Verdad es que entre ellos existe un intervalo inmenso; puesto que mientras unos, como La Rue, conducen al mas alto grado el encanto y naturalidad de la expresion; otros, como Segaud y Cheminais, son notables por la suavidad y la energía: estos soldados de la palabra bajo el imperio de Bourdaloue, pasaron á ser sus reyes después de su muerte; pero este género de literatura ha debido decaer como todas las cosas humanas una vez hubo llegado á su apogeo. Los Jesuitas hicieron menos notable su caida; y bajo el reinado de Luis XV, vemos todavía al P. Claudio Frey de Neuville lanzar un gran reflejo de gloria sobre el púlpito. Cierto es que no se ve ya en él aquella sobriedad de pensamientos, aquel brillo reprimido que hace de Bourdaloue el maestro de los maestros: el énfasis ha sustituido á la sencillez; los neologismos ocuparon el lugar de las ideas, y cediendo los predicadores á la manía de su siglo, olvidan, como todos los retóricos de la Academia, la ingeniosa recomendacion de Quintiliano [1] cuando dice: «Los oradores deben «mirar las palabras de una lengua como las monedas, cuya re- «cepcion es un gravámen cuando el pueblo no quiere pasarlas.» Llevado Neuville de este sistema, que en vez de enriquecer empobrece, ignoraba «que la conmiseracion, segun dice Tulio [2], «debe ser poco duradera, puesto que nada seca mas pronto que «las lágrimas.» El Jesuita venia á ser el mensajero de las tristes nuevas, el consolador de los grandes infortunios; y esta expansion de tierna caridad que solicitaban las familias afligidas como un consuelo capaz de aminorar sus padecimientos, ha dado á sus sermones cierta tintura declamatoria, que se aproxima mas á la exageracion de Tomás que á la magnificencia de Bourdaloue. Mas si de vez en cuando se deja ver en el P. Neuville el falso gusto del retórico, este defecto inherente á su siglo fue indemnizado por los efectos de su elocuencia y por sus raptos de profunda sensibilidad. Los PP. Dufay, Pérusseau, Griffet, Le Chapelain, Bullondi, Cuny, Richard, Dessuaret, Perrin, Lenfant, y Beauregard, que, en una era de decadencia, supieron con Beauvais, obispo de

[1] *Instit.* lib. III.
[2] Cicero, *ad Herenium*, lib. II, 31.

Senez, y el abate Maury reanimar la elocuencia sagrada, vienen en pos de Neuville con el objeto de realizar lo que al mismo tiempo emprendia en Alemania el P. Francisco Hunnold.

Ya desde mediados del siglo XVIII habia perdido el púlpito tan gran parte de su prestigio, que escribiendo el cardenal de Fleury al de Tencin en 9 de febrero de 1740, le decia: «Lástima es «que los Jesuitas disminuyan en crédito, porque, á decir verdad, «ellos son los únicos defensores que tiene la Iglesia en la actua«lidad, como tambien los únicos predicadores que nos quedan.» Tal es el modo con que un contemporáneo de las grandezas de Luis XIV, el primer ministro del reino, que conocia decaer bajo su administracion todos los elementos del poder, que veia degenerarse la monarquía, y atacar al catolicismo, proclamaba á voz en grito, que en aquel abatimiento de los poderes, los Jesuitas eran los únicos que habian quedado en pié para combatir por medio de la instruccion y de la palabra.

Acabamos de bosquejar los trabajos intelectuales que consagró el Instituto al triunfo de la Religion; y sin embargo, no lo hemos dicho todo; existen aun una multitud de hombres honrados por la Iglesia y la escuela que se escapan á nuestra relacion, por lo difícil que se hace el reconstruir todo este glorioso pasado, designando á cada uno el puesto que debe ocupar. Empero, prescindiendo de esas obras destinadas al dogma, á la moral y á todas las cuestiones religiosas, otros Jesuitas se dedicaron á indemnizar á la literatura, ciencias y bellas artes, devolviéndolas el antiguo esplendor que las habian arrebatado tantas revoluciones seguidas. Hiciéronse historiadores, jurisconsultos, astrónomos, matemáticos, poetas, viajeros y artistas, como antes se habian hecho controversistas, oradores, ascetas y teólogos; escudriñaron en los archivos ignorados aun de las naciones; remontáronse al orígen de los pueblos y de las leyes; entregáronse al estudio de la cronología y geografía, é imprimieron en la historia una profunda huella en los sabios libros que dejaron, y que sirven todavía de modelos á los analistas que no han podido sobrepujarlos.

Los Jesuitas, como era natural, empezaron por escribir la historia de su Instituto, constituyéndose biógrafos ó panegiristas de los hombres apostólicos, santos y mártires que salieran de su seno. «Voltaire jamás será un buen historiador, decia Montes«quieu, porque escribe demasiado para su convento.» Sentencia

que no deja de tener aplicacion respecto á los Jesuitas, cuando refieren las vidas de sus hermanos. Su narrativa viene á ser una piadosa veneracion que degenera en estilo admirativo, y que acepta sin discernimiento todo lo sorprendente que solo la Iglesia tiene derecho á hacer creer á los fieles. Como vivian en un siglo de prodigios, los veian multiplicarse en Europa y del otro lado de los mares, y dotados de aquella potencia de fe capaz de trasladar las montañas, escribieron bajo esta impresion. Apasionados unos en favor de uno de aquellos misioneros que arrastró en pos de sí las hordas salvajes, que llegó á dominarlas por el ascendiente de sus virtudes, y que murió por ellas y para ellas; y esforzándose otros, en sus meditaciones, á referir los acontecimientos que llenaron la existencia de Loyola y de sus primeros discípulos, combatiendo con el P. Fabro, ó disertando con Laynez y Salmeron, ó bien honrando las virtudes angélicas de Luis Gonzaga y Estanislao de Kotska; resultó de este entusiasmo, que comunicaron á sus novicios, una multitud de libros que han podido encantar á la piedad, pero que su lectura no ofrece á la imaginacion mas que una larga serie de elogios y de detalles íntimos.

No es este por cierto el objeto de la historia, porque esta debe ser imparcial; y si bien puede provocar la admiracion, no tiene jamás derecho á admirarse á sí misma. No tratamos de colocar á estos biógrafos en el catálogo de los autores graves y formales; ya porque la Órden de Jesús no ha necesitado echar mano de estos trabajos, digámoslo así interiores, para conquistarse en los estudios históricos un puesto que jamás la fue disputado, como porque los hay entre ellos que, aun aceptando los acontecimientos en que sus colegas tomaron parte, supieron armarse de una crítica imparcial. Orlandini, Sacchini, Juvency, Cordara, Possino, Franco y Bartoli, únicos historiadores en realidad de la Compañía, todos ellos, si se exceptúa el último, escribieron en latin sus anales. Pero al servirse del idioma eclesiástico, que, aun en Francia fue universal hasta la época del presidente de Thou, ignoraron, como este gran escritor, el arte de ser concisos: su inteligencia abrazaba un vasto horizonte, y quiso su pluma abrazarlo y expresarlo todo. Es verdad que no se observa en ellos ni la enérgica concision de Tácito, ni la rapidez elegante de Tito Livio; parecen aproximarse mas á Tucídides; pero sus obras, tan preciosas por la abundancia de los hechos, pecan por su conjunto. Se

pierde el lector, como en la de Thou, en lo insignificante de los detalles. Sin embargo, dejando á un lado este vicio de estructura, se encuentran á veces en ellas relaciones hermosas, vigorosos pensamientos y caractéres enérgicamente trazados. Bartoli, que se hizo el historiógrafo de Loyola, y que, como Orlandini y Sacchini, se consagró desde un principio á trazar los anales de su Órden, se ha colocado en otra esfera de ideas: sus antecesores ó sucesores escribian únicamente para el mundo instruido; él, con su genio italiano y con una savia inagotable, ha conseguido popularizar sus obras. No se deja ver en este Jesuita la gravedad del maestro que narra, que diserta y que instruye sin pretension; cualesquiera que lea á Bartoli se verá tentado á creer que su pluma se ha convertido en pincel: todo son panoramas, todo son cuadros para él. Si su ardiente imaginacion se complace en la narrativa que presenta, su estilo es á la vez animado y pomposo, abunda en riquezas y no se agota jamás. Es el improvisador en el lleno de su númen, pero un improvisador á quien el talento ha madurado, y que, seguro de sí mismo, jamás fastidia al lector. Juvency es mas fecundo, pero carece de la rapidez de Bartoli; conoce mejor á los hombres, y no los pinta tan bien.

La Sociedad de Jesús, que tenia sus historiógrafos, trató de suministrárselos á todas las naciones. Pallavicini escribió en latin su magnífica *Historia del concilio de Trento*, mientras Mariana legaba á la España una obra que le eleva al nivel de los maestros de la antigüedad. Mas no es sin embargo la *Historia de España* el libro que ha conquistado á este Jesuita su mas brillante celebridad. Su país le saluda todavía como el Tito Livio de la Península; la Europa entera ha transmitido á su literatura esta obra fecunda en bellezas; y con todo, el recuerdo de Mariana se perpetúa por otro libro que suscitó muchas acusaciones contra la Compañía de Jesús. Elegido el P. Mariana por Felipe II para inculcar al infante de España los deberes de los príncipes, publicó con este motivo una obra intitulada: *De rege et regis institutione*. En ella se dirigia el Jesuita á un soberano cuyo nombre ha pasado á ser cási sinónimo de déspota; y á pesar de todo, este monarca absoluto aprobaba y hacia leer diariamente al presunto heredero de la corona las teorías de regicidio que el alma republicana de este Padre exponia con una audaz elocuencia. Estas lecciones de historia, evocadas por un Jesuita bajo las mismas bóvedas del Escorial, for-

man un contraste tan extraño, que, para que se vea la diferencia de opiniones y épocas, creemos del caso deber citar un pasaje. Hé aquí los términos en que se expresa [1]:

«¿Qué vendrá á ser, me diréis, del respeto y veneracion que «se debe á los príncipes, sin los cuales no puede existir ningun «imperio, si llegasen á persuadirse los pueblos de que les está «permitido el juzgar los delitos de los que los gobiernan? En ese «caso no faltarán pretextos, verdaderos ó falsos, para turbar la «tranquilidad del Estado, beneficio superior á cuantos hay; y una

[1] «Qui autem reverentia erga principes (sine qua quid est imperium?) «constabit, si fuerit populis persuasum fas esse subditis principum peccata «judicare? Veris saepe aut assimilatis causis reipublicae tranquillitas, qua «nihil praestantius est, turbabitur, omnesque calamitates seditione facta in- «current, parte populi in partem armata. Quae mala qui non existimabit esse «omni ratione vitanda, ferreus sit communi aliorum hominum sensu defectus. «Sic disputant qui tyranni partes tuentur. Populi patroni non pauciora neque «minora praesidia habent.

«Ab omni memoria, consideramus, in magna laude fuisse quicumque ty- «rannos perimere aggressi sunt. Quid enim Thrasybuli nomen gloria ad coe- «lum evexit, nisi gravi triginta tyrannorum dominatu patriam liberasse? Quid «Harmodium et Aristogitonem dicam? Quid utrumque Brutum? Quorum laus «gratissima memoria posteritatis inclusa, et publica auctoritate testata est. «Multi in Domitium Neronem conspirarunt, conatu infelici, sine reprehen- «sione tamen, ac potius cum laude omnium saeculorum. Sic Caius Chereae «conjuratione periit, monstrum horrendum et grave; Domitianus, Stephani; «Caracalla, Martialis ferro occubuit. Praetoriani Heliogabalum peremerunt, «prodigium et dedecus imperii, ipsiusmet sanguine expiatum piaculum. Quo- «rum audatiam quis umquam vituperabit, ac non potius summis laudibus dig- «nam duxit? Et est communis sensus quasi quaedam naturae vox mentibus «nostris indita, auribus insonans lex qua à turpi honestum secernimus.

«An dissimulandum judices? An non potius laudes, si quis vitae suae pe- «riculo publicam incolumitatem redimet?... Matrem carissimam aut uxorem «si in conspectu vexari videas, neque succurras cum possis, crudelis sis, ig- «naviaeque et impietatis reprehensionem incurras: patriam, cui amplius «quam parentibus debemus, vexandam, exagitandam pro libidine tyranno re- «linquas. Apage tantum nefas, tantaque ignavia. Si vita, si laus, si fortunae «periclitandae sint, patriam tamen periculo, patriam exilio liberabimus.

«Miseram plane vitam (tyranni) cujus ea conditio est ut qui occiderit, in «magna tum gratia, tum laude futurus sit! Hoc omne genus pestiferum et exi- «tiale ex hominum communitate exterminare gloriosum est. Enim vero mem- «bra quaedam secantur, si putrida sunt, ne reliquum corpus inficiant. Sic ista «in hominis specie, bestiae immanitas à republica tamquam à corpore amo- «veri debet, ferroque exscindi. Timeat videlicet necesse est, qui terret: neque «major sit terror incussus quam metus susceptus.» *(Joannis Marianae ex Societate Jesu. De rege et regis institutione libri tres.* Lib. I, pág. 56. 64).

«vez introducido el desórden, arrastrará este en pos de sí toda «especie de calamidades, cuando una parte del pueblo tome las «armas contra la otra. De esto se sigue, que el hombre que no juz-«gue que se deben emplear todos los esfuerzos posibles para evi-«tar tamaños desastres, ó abriga un alma de bronce, ó carece de «sentido comun. Hé aquí cómo discurren los que patrocinan la «causa de los tiranos. Pero los defensores del pueblo les oponen «otros argumentos, que no ceden en número ni fuerza á los pri-«meros:

«Vemos, dicen, que en todas las épocas han sido colmados de «elogios los que han atentado contra la vida de los tiranos. Y si-«no ¿cuál fue la accion gloriosa que elevó hasta las nubes el nom-«bre de Trasíbulo, sino el haber libertado á su patria del domi-«nio cruel y despótico de treinta tiranos? ¿Qué diré de Harmo-«dio y Aristogiton? ¿Qué de ambos Brutos, cuyo gratísimo elo-«gio no solo permanece indeleble en la memoria de la posteridad, «sino que se halla justificado por la autoridad pública? ¿No cons-«piraron infinitos contra la vida de Domicio Neron? Y á pesar del «mal éxito de su tentativa, ¿han incurrido por ventura en la acri-«minacion pública? antes bien ¿no merecieron la alabanza de «todos los siglos? ¿No vísteis sucumbir á Calígula, ese monstruo «horrendo é insoportable, arrebatado por la conjuracion de Che-«reas? ¿No fue la tramada por Esteban la que arrebató á Domi-«ciano el trono y la vida? ¿No fue la espada de Marcial quien «cortó á Caracalla el hilo de sus dias? ¿No asesinaron los pre-«torianos al emperador Heliogábalo, prodigio de horror y des-«honra del imperio, haciéndole expiar sus crímenes en su propia «sangre? Y ¿quién se ha propasado jamás á vituperar su atrevi-«miento? ó mejor dicho, ¿quién ha dejado hasta ahora de pro-«clamarlo digno de los mayores elogios? Tal es, en efecto, el «juicio que nos dicta el sentido comun, que es, así como la voz «de la naturaleza que habla á nuestras almas, una ley que resue-«na en nuestros oidos, y nos enseña á distinguir lo justo de lo que «no lo es.

«¿Creeis que se tienen que tolerar los excesos de la tiranía, y «que no se debe alabar al que procura la salvacion de su patria «aun á riesgo de su propia vida? Si viéseis ultrajar en vuestra «presencia á una madre querida ó á una esposa vuestra, y pu-«diendo socorrerlas no lo hiciéseis, ¿no incurriríais en la nota de

«bárbaro, y no tendria cualquiera un derecho á tacharos de co-
«barde y desnaturalizado? ¿Cómo, pues, podréis tolerar que un «tirano cualquiera oprima á vuestra patria, mas acreedora sin «duda á vuestros desvelos que todos los parientes, permitiendo «que la tiranice á merced de su capricho? ¡Léjos de vos tanta in-«juria, tamaño delito! ¡Perezca la existencia! ¡húndase nuestra «fortuna! ¡sepúltese nuestra gloria! pero si peligra la patria, sa-«crifiquémoslo todo por salvarla [1].

«¡Seguramente que la vida de un tirano es bien miserable! «puesto que el que atenta contra ella puede estar seguro de gran-«jearse el favor y los aplausos de todo el mundo. Y efectivamen-«te, es una accion meritoria el exterminar esa raza de hombres «perniciosos y funestos á la sociedad; porque si se corta un miem-«bro gangrenado por temor de que infeste lo restante del cuerpo, «con mayor razon se debe separar del cuerpo de la república á «esa fiera sanguinaria con semblante humano. ¡Tiemble, pues, «el hombre que se proponga dominar por el terror! ¡Tema no «sea mayor el que le impongan que el impuesto por él!»

Mientras que Mariana daba á los reyes estas terribles lecciones, que pesarán eternamente sobre su memoria como una acusacion de regicidio, sondeaban otros Jesuitas el abismo de lo pasado, ó narraban los acontecimientos contemporáneos. Pedro Maffei, el amigo de Gregorio XIII y de Felipe II de España, componia su *Historia de las Indias*, cuya entrada tiene algo de sublime; Damian Estrada narraba en un latin tan castizo como el de Mariana las *Guerras de los Países Bajos* desde la muerte de Carlos V, y Horacio Turselini daba á luz su *Compendio de Historia universal hasta el año de* 1598, el cual inspiró el *Discurso sobre la Historia universal* del célebre Bossuet. El Jesuita que la concibiera no pudo llevarla á cabo por carecer de los elementos necesarios de crítica y cronología; pero si necesitaba una mano mas diestra, no tardó en encontrar la del obispo de Meaux. El P. Juan Machault refutaba á de Thou; pero su libro, lleno de curiosas observaciones, no pasa de ser una virulenta sátira, y no es este el mejor medio de dar á conocer la verdad.

[1] Aquí establece Mariana la célebre distincion entre el tirano de usurpacion y el de posesion; cuestion que ya hemos tratado en el capítulo de la Liga, y que no queremos reproducir, contentándonos con dar á conocer la elocuencia tribunicia de este ingenio.

A contar desde esta época, los Jesuitas parecen entregarse con mas fervor á los estudios históricos. El P. Daniel escribe su *Historia de Francia* y la de la *Milicia francesa*, fruto de la erudicion, de la conciencia y del talento. Sin pretender este Jesuita acomodar los hechos á la conveniencia de una utopía ó de un sistema, puesto que no tiene mas que uno, y es el de ser siempre claro, razonable y moderado, no presta á la historia esos vivos coloridos sacados de la novela, ni exige de la imaginacion que sostenga su marcha á través de los sucesos; antes camina siempre con la calma de la verdad y de la exactitud. De Avrigni, en sus *Memorias cronológicas y dogmáticas* y en sus otros *Trabajos útiles á la Historia universal de Europa desde el año de* 1600 *hasta el de* 1716, posee todas las cualidades de Daniel; pero no ha sabido guardarse de algunos rasgos satíricos: De Avrigni era francés, y lo demuestra frecuentemente por su demasiada parcialidad.

Los historiadores se hallan continuamente expuestos á los tiros de la opinion. Daniel, que habia legado á la Francia una relacion verídica de sus proezas, calamidades y costumbres antiguas, fue severamente juzgado por los que siempre han gustado hacer de la historia el pedestal de sus ideas ó de sus pasiones. Asegurando unos que los Jesuitas, y especialmente el P. Daniel, no habian examinado nunca los hechos con la antorcha de la filosofía, y que no veian do quiera mas que ejércitos, reyes, príncipes y clero; y quejándose otros de que no se han dignado penetrar el caos de los imprescriptibles derechos de la nacion, acriminaron de consuno á estos autores, porque, cual ellos, no amoldan los hechos á las exigencias de sus sistemas. Los PP. Daniel, Baugeant, Longueval, Brumoy y Berthier no procedieron de este modo, porque no abrigando en sus corazones otra ambicion que la de exponer la verdad, hablaron con arreglo á lo que existia, y no segun sus ensueños ó esperanzas. Verdad es que la obra era de por sí bastante ardua, pero ellos se creyeron dispensados de introducir como un elemento la preocupacion del dia, ó la opinion dominante. Al historiador no se le piden cuadros convencionales, teorías filosóficas, constitucionales, socialistas, nacionales ó humanitarias; exígenle acontecimientos, pocas pero juiciosas reflexiones, retratos sabiamente delineados, una apreciacion imparcial de los caractéres, costumbres y negocios, un apego, en fin, á lo verdadero, como el que albergaron en su alma Daniel y sus imitadores.

Este será siempre el mas bello elogio que pueda tributarse á los historiadores. Despues de transcurridas un gran número de revoluciones, sus obras sobreviven aun, mientras que el olvido ha devorado otras que brillaron con mas esplendor.

En tanto que ambos Jesuitas se ocupaban en erigir á la Francia un monumento, Santiago Longueval, individuo del mismo Instituto, que consagró su existencia á la creacion de otro mas difícil, sentó los cimientos de la *Historia de la Iglesia galicana.* Sucumbió á la fatiga; pero habíale dado tan buen principio, que no tardaron en presentarse unos tras otros los PP. Fontaney, Brumoy y Berthier á consagrar á este inmenso trabajo el tributo de sus vigilias. Longueval habia dejado escritos los primeros volúmenes; sus sucesores continuaron la historia con el mismo acierto y prudencia, trazando en un estilo lleno de vigor y pureza los combates, glorias y virtudes de la Francia clerical. Cási en la misma época publicaba el P. Javier de Charlevoix la *Historia de las nuevas cristiandades* que los Jesuitas conquistaban para la Cruz. El Japon, el Paraguay, la isla de Santo Domingo y el Canadá hallaron el segundo Tácito de sus supersticiones gentílicas y de su abnegacion cristiana. Francisco Cotron daba á luz su *Historia general del imperio del Mogol,* ocupándose de consuno con el Padre Rouillé de la del imperio romano. El P. Borgia-Keri escribia la *Historia de los emperadores de Oriente, desde Constantino hasta la caida del bajo imperio,* y terminada esta obra emprendia la *Historia de los emperadores otomanos,* cuyo continuador se hizo el P. Nicolás Schmidt.

Realizando Juan Bautista Halde en favor de la China lo que Charlevoix emprendiera en favor de otros pueblos, redactó su *Descripcion histórica, geográfica y física del imperio Chino y de la Tartaria chinesca,* edificio colosal y asombroso, ante el que se inclinan todavía los literatos; y asociándose con otros Jesuitas, publicó sus *Cartas edificantes.* Este hombre tan profundamente erudito, que podia y debia quizás, por el interés de la Religion y de la ciencia, no distraerse de sus ocupaciones, y que como todos los escritores, tenia sin duda un cariño extraordinario á sus estudios privilegiados, renunció á él, sin embargo, para clasificar esa correspondencia, que venida de todos los puntos del globo, iba á ilustrar al mundo acerca de unos pueblos, cuyas costumbres le eran tan desconocidas como su idioma. Du Halde se hizo el mo-

desto editor de este repertorio, por medio del cual unos misioneros, tales como Laynez, Tachard, Bouchet, Bourzes, Fontaney, Sicard, Parrennin y Gaubil, absortos siempre en las atenciones de su apostolado, iniciaban á la Europa en sus descubrimientos. Era aquello la historia pintada al natural, era la ciencia lanzada sin pretensiones, y aun sin esperanza de que los hechos referidos en ella pudiesen un dia ser ofrecidos á la publicidad. Entre esta multitud de cartas dirigidas unas á los Padres de la Compañía, y á varios literatos otras, vemos las del hermano Attiret, que se correspondia familiarmente con el duque de Orleans.

Las *Cartas edificantes y curiosas* tuvieron, como todas las obras de duracion, sus entusiastas y despreciadores; pero han sobrevivido á estos sentimientos tan opuestos, porque describian costumbres reales y padecimientos todavía mas efectivos.

Al lado de Charlevoix y del P. Halde aparece el Jesuita José de Orleans [1], recordando las desgracias que hicieron mayor eco en Europa, desarrollando las *revoluciones de Inglaterra y de España*, y pintando con grandiosos y elevados rasgos los desastres causados por el fanatismo protestante. Luis Laguille, uno de los negociadores secretos del congreso de Basilea, hace la *Historia de la Alsacia antigua y moderna*, mientras Jacinto Baugeant, diplomático consumado, y á quien admirará el príncipe Eugenio, analiza en su *Historia del tratado de Westfalia* las reglas de los encargados de negocios [2] y los deberes de un general de ejército. Enrique Griffet reune los *materiales necesarios para servir á la Histo-*

[1] Léese en una *Memoria histórica sobre el ducado de Berry*, por Mr. de Bengy-Puyvallée, la siguiente anécdota:

«El célebre P. Orleans, Jesuita, natural de Bourges, donde nació en 1641, «descendia de una de las casas mas considerables y distinguidas de la provin-«cia. Refiérese que habiéndose hallado este Padre en presencia del duque de «Orleans, hermano de Luis XIV, le dijo aquel sonriéndose: *Llevamos un mis-«mo apellido, y pudiéramos tal vez ser parientes, porque acaso descenderéis «de algun bastardo de la casa de Francia.—No tengo el honor de perteneceros, «monseñor*, le contestó el Jesuita modestamente: *la casa de Orleans, cuyo «apellido llevo, existia trescientos años antes que hubiese pensado en llevarle «ningun príncipe de la casa real*;» y lo que decia era la pura verdad.

[2] «Un sugeto que ha pasado honrosamente por los negocios, un antiguo «ministro de Negocios extranjeros, indicaba como una de las lecturas mas ne-«cesarias á un diplomático la *Historia del tratado de Westfalia*, del Jesuita «Baugeant.» (*Asociaciones religiosas*, por Mr. Carlos Lenormant, miembro del Instituto de Francia, pág. 42).

ria del reinado de Luis XIII, pasando á ser el historiador de una época de que solo se habia propuesto ser archivero. Solo el Padre Isaac Berruyer imprimió un lunar en este hermoso conjunto. Su *Historia del pueblo de Dios* fue efectivamente un concepto feliz; porque, dejando á un lado algunos errores que su Compañía, la Sorbona y la Santa Sede condenaron, que retractó su autor, y que desaparecieron en otras nuevas ediciones, pecaba esta obra por mas de un concepto. Contrastan en ella de un modo tan extraño la superabundancia poética y los excesos de imaginacion con el laconismo y precision de la Biblia, que el ingenio sucesivamente brillante y fácil de Berruyer sucumbió en la lucha.

Y no son estos trabajos históricos los únicos que produjera la Sociedad: réstanla todavía otros escritores con que aumentar este número. Acosta, Maimbourg, natural de Hungría, Jorge Frayel, el catalan Masdeu, el mejicano Clavígero, analistas de su patria; Bouhours, Boleslao, Balbin, Duchesne, de Mailla, Dobrizhoffer, Conti, Trigault, Intorcetta, Doucin, Magalhanes, Lecompte, los dos Lafitau, Tournemine, Melchor Inchoffer, Haiden, Pilgram, Gerard, Villotte y Labbe, han prestado cada uno en la esfera de sus ideas servicios útiles al estudio de los hechos. Así el P. Alejandro Witheim, por medio de las investigaciones sobre los Dípticos [1] de Lieja y Bourges, obligaba á los literatos á que se ocupasen mas seriamente de los restos de la antigüedad cristiana; y el P. Lupi reconstruia el epigráfico, publicando su opúsculo sobre el *Epitaphium Severae martyris*. En el momento en que todos estos Jesuitas parecen dividirse el campo todavía mal desmontado de la historia, emprenden otros individuos del mismo Instituto una obra de paciente investigacion, que debe iluminar los tiempos mas remotos del cristianismo.

A principios del siglo XVII, se hallaba en Utrecht un Jesuita llamado Heriberto Rosweyde, quien, sabiendo que las tradiciones eclesiásticas se veian desfiguradas por médio de relatos inautorizados, y que, pertrechado en estas fábulas, acusaba el protestantismo á la Iglesia de error y de falsedad, concibe el vasto designio de derribar árbol por árbol todo este bosque encantado de la leyenda, tan grata á nuestros antepasados, elevando so-

[1] Llámanse Dípticos unos registros en que conservaban entre los antiguos los nombres de los cónsules, magistrados y generales: uso que tambien se habia conservado en los primeros tiempos de la Iglesia.

bre sus restos una coleccion de vidas de todos los Santos, mes por mes y dia por dia. Sin otro apoyo que el de su voluntad, prepara su plan, y va á ponerle en ejecucion, cuando se ve asaltado por la muerte en 5 de octubre de 1629. Esta idea, cuyo orígen se remonta hasta el P. Canisio, habia sonreido á Belarmino y á los jefes de la Órden. Encargado Juan Bollando de continuar los trabajos empezados por Rosweyde, publicó en Amberes, sobre el año de 1643, los dos primeros volúmenes de las *Acta Sanctorum*. Pero, por grande que fuese la instruccion de este Padre, no bastando la mano de uno solo para reunir y compulsar tantos materiales, y siendo indispensable una generacion de agiógrafos sin cesar renacientes, y tan perseverantes como él para llevar á cabo esta empresa, no tardó la Compañía de Jesús en suministrarlos en los PP. Godofredo Henschen y Daniel Papebroeck. Estos tres hombres dotados de una vasta erudicion, que dieron orígen á la reunion de sabios denominada de los *Bolandistas*, pertenecen todos al Instituto de san Ignacio, y son incalculables los prodigios que llevaron á cabo. Sucediéronse con rapidez los tomos de las *Acta Sanctorum*, sin que la muerte de los fundadores obstase en nada á la realizacion de sus promesas, puesto que en los PP. Janning, Baërt, Pinius, Cuper, Bosch, Stilting, Suyck, Perier, Stick, Soller, Limpenus de Bye, Ghesquiere y Hobens encontraron unos legítimos herederos de su ciencia. «Tales fueron, dice «Garchard, archivero del reino de Bélgica [1], en su memoria so- «bre los *Bolandistas*, el órden y la economía que presidieron á la «sociedad bolandiniana, que sin mas recursos que el producto «de la venta de sus obras, la pension pagada por la corte impe- «rial, y las liberalidades del P. Papebroeck y algunas otras per- «sonas, entre las cuales deben contarse los obispos de Smet y «Gard, y Van-Susteren de Brujas, habian llegado los Jesuitas «agiógrafos, en la época de la extincion de su Órden, á reunir «un capital de 136,000 florines, el cual puesto á interés les deja- «ba un rédito anual de 9,133 florines, rédito que aumentaba el «despacho de las *Acta Sanctorum*, en un año comun, hasta la su- «ma de 2,400 florines». «Con la extincion de su Órden, añade «el archivero belga, todos sus capitales y propiedades fueron «entregados al fisco real.»

[1] *Memoria sobre los Bolandistas y sus trabajos*, leida en la Comision real de historia el 3 de abril de 1835.

Esta asociacion de Jesuitas, en el seno mismo de la Compañía, se extendia por todo el universo. Correspondiéndose los agiógrafos de las provincias belgas con los agiógrafos y eruditos del Instituto, diseminados por todo el globo, todos y cada uno de ellos remitian á los Bolandistas el fruto de sus investigaciones; y de este modo les fue posible continuar ese repertorio tan necesario á la Iglesia y á los anales del mundo. Pero no bastó á los Jesuitas el haber creado una *Enciclopedia cristiana,* que ha merecido mas de una vez los elogios de Leibnitz, sino que además concibieron la idea y el arte de reconocer los documentos antiguos, y ellos fueron tambien, dicen las *Memorias de Guetinga* [1], los que presentaron la diplomática bajo el aspecto de ciencia.

Y para acelerar los progresos de la historia, hubo algunos Jesuitas que se consagraron á estudios menos ruidosos, pero no menos útiles. Entregáronse unos á la numismática, como los PP. Lachaise, Chamillard, Weilhamer, Chifflet, Pablo Javier, Lempereur, Souciet, Froelich, Khell, Bonanni, Oderic, Benedetti y Eckel, el legislador de la ciencia de las medallas; mientras otros, como los PP. de Campian, Jacobo Malebranche, Taffin, Petau, Briet, Teófilo Raynaldo y Calini se abismaron en el estudio de la cronología y de las antigüedades. Restablecieron algunos la geografía antigua á fuerza de compararla con la moderna; y aun no se han olvidado los nombres de los PP. Marquette, Villotte, Sicard y Brevedent: viéndose tambien algunos otros que, en un doble interés religioso y terreno, marchaban todavía en el último siglo en pos de Cornelio Alápide y demás hebraizantes que produjera la Compañía. Mayr, discípulo de Belarmino, trabajaba de concierto con Giraudeau y Haselbauer en el estudio de la lengua primitiva, cual si quisiesen no dejar sin cultivo parte alguna de la herencia que les legaran sus antepasados en la Órden.

Do quier se encontraba un caos, así en la historia mutilada de los concilios como en la de los pueblos; pero tambien se vieron surgir Jesuitas por todas partes que se lanzaban á desembrollarle. Persiguiendo al error bajo todas sus formas, y eliminándole de los sínodos, de las leyendas, de las medallas y cronología; mientras que haciéndose otros jurisconsultos le descubrian hasta en el derecho canónico, llegaron á fuerza de desvelos á reconstituir el derecho eclesiástico y las decretales. Los PP. Pablo Layman,

[1] Gattezer, *Memorias de Guetinga.*

Pedro Alagona, Benito de Saxo y Fernando Hersbestein suministraron la clave á los Jesuitas Enrique Pirhing, Cristobal Schorrer, Francisco Bardi, Juan Riccioli, Pablo Leon y Federico Spée[1], quienes, en muchas obras apreciadas aun de los canonistas, descorrieron el velo de las antigüedades, é ilustraron á las naciones sobre sus derechos. Mas adelante, en el siglo XVIII, como si los Jesuitas de todos los países estuviesen obligados á verificar sucesivamente el elogio que de ellos hacia Lobineau, continuaron con el ardor de los primeros dias la tarea comenzada. «No hay «Órden alguna en la Iglesia, dice el célebre Benedictino[2], que «haya producido ó suministrado mas escritores en todo género «de literatura; solamente sus casas de Paris han lanzado á la pa-«lestra literaria un gran número de teólogos, filósofos, historia-«dores, poetas, gramáticos, etc.»

Érales indispensable hacerse dignos de los encomios de un rival semejante; y por lo tanto no tardaron los PP. Matías Lineck, Ignacio Schwartz, Horacio Stephanucci, Weith, Pichler y Javier Zech en poner manos á la obra. El campo era vasto, pero su erudicion supo coger en él abundantes mieses. Lineck compuso su tratado *de Legibus*; Schwartz, sus *Institutiones juris universalis naturae et gentium* y sus *Collegia*, obras que parecen haberles sido inspiradas por el genio de la historia; Stephanucci, el amigo y director espiritual de los cardenales Albani y Yorck, último de los Estuarts, publicó sus *Dissertationes canonicae*, y escribió su *Synodus Tusculana* en el mismo sitio donde habia dictado sus *Tusculanas* el orador romano; y evocando en distintos parajes la jurisprudencia otros nuevos Jesuitas que se dedicasen á explicar sus arcanos, los PP. Juan Láscaris, Domingo Murriel, José de Alberg, Adan Hurt, Fernando Krimer, Jacobo Weistner, Francisco Schmalz Grueber, Schmidt, Weinter y Francisco de Sales Widman se ocuparon en componer obras, que como el *Apparatus eruditionis ad Jurisprudentiam* del P. José Biner, hicieron dar un paso gigantesco á la ciencia del derecho. No cabe duda que en todos estos in-folios, que tantas investigaciones costaron á sus autores, se echan de ver algunos vacíos, algunas digresio-

[1] Hablando Leibnitz de este Jesuita en la primera parte de su Teodicea, dice: «Es un hombre excelente, cuya memoria debe ser preciosa á los Papas «y á los literatos.»

[2] *Historia de la ciudad de Paris*, lib. XXI, núm. 85, tomo II.

nes, y una crítica, en fin, cuyas proposiciones todas no se hallan plenamente justificadas; pero tal es el destino reservado á los hombres que conducen la luz á las tinieblas que los circuyen: los Jesuitas no se sustrajeron á esta ley comun, que alcanzó á los mismos Benedictinos de san Mauro. Ellos desbastaban y cortaban las piedras del edificio que otros debian tener el honor de levantar: contentándose con trabajar hasta la muerte en su amada soledad, y no exigiendo en premio de sus afanes la mas insignificante auréola de las glorias humanas, obtuvieron, como operarios infatigables, mucho mas de lo que ambicionaban. Sus investigaciones y el modo habitualmente luminoso con que las presentaban ofrecieron un nuevo campo á la sagaz avidez de los eruditos, que, apoderándose de sus sistemas, de sus innovaciones y de su plan, no solamente lo dispusieron todo en un órden mas metódico, sino que, una vez terminado el monumento, hasta olvidaron el nombre de los que habian sentado su base.

Empero la Sociedad de Jesús, que como todos los verdaderos sabios, se inquietaba muy poco de que hiciesen ó no remontar á su orígen la gloria de una idea, con tal que esta triunfase, no solo no denunciaba á sus plagiarios, sino que marchaba con ellos, y los aceptaba como instrumentos, porque su mision se reducia ante todas cosas á ilustrar. Los jurisconsultos de la Compañía fueron explotados lo mismo que sus historiadores y lexicógrafos, sin que aquella profiriese la menor queja: veíase destinada á emitir ideas, y no á recoger elogios; y no quiso separarse de su objeto. Encerraba en su seno valerosos soldados, y á veces hábiles capitanes empeñados en el campo de la ciencia, y producia otros escritores. Los estudios profanos no son para ellos una ocupacion esencial, sino mas bien un plan secundario; y aun para ser cultivados es preciso que presenten un medio terrestre de obtener un fin cristiano. En este número se hallaban las matemáticas, que los Jesuitas encontraron poco ó mal enseñadas.

Hallábase á la sazon como ahogado el genio de las ciencias exactas, ya porque la teología conservaba aun el cetro en las universidades, como porque las artes, la guerra y la industria no las miraban como guias indispensables. Es verdad que aun cuando no se hubiesen ofrecido los Jesuitas á trillarlas un camino, sin duda se hubiera este abierto; pero sea como fuere, solamente ellos se le facilitaron á su siglo, le ensancharon y extendieron sus li-

mites; y por elevado que sea el grado de perfeccion á que las han conducido, es necesario no ser ingratos hasta olvidar su orígen y los nombres de los sugetos que las comunicaron su impulso. Entregado con infatigable ardor el P. Cristóbal Clavio al estudio de las matemáticas, que dormian y yacian como aletargadas en las tinieblas, después de traducir y comentar á Euclides, pasó á ser el oráculo de sus contemporáneos. Revelóles la esfera de Teodosio, la de Juan Sacrobosco y el astrolabio, enseñóles la gnomónica y la composicion de los instrumentos. El P. Clavio es una de esas glorias ignoradas, que han hecho caer en desuso los progresos mismos del arte, pero que no debe perder el premio de sus trabajos. Este Jesuita, reformador del calendario, formó en Mateo Ricci, Gregorio de San Vicente, Carlos Malapert y Mario Boltino unos discípulos que continuaron sus doctrinas, y las propagaron en Europa y en el Celeste imperio. Los PP. de La Faille y Pablo Guldin designaron el centro de gravedad de las diferentes partes del círculo y de las elipses. Guldin, nacido en Saint-Gall en 1577, y oriundo de padres herejes, ingresó en la Compañía en clase de coadjutor temporal; pero visto por esta que, sin educacion primaria poseia este jóven el instinto de la geometría, trató la Compañía de desarrollar en él este instinto, y bien pronto poniéndose en contacto intelectual con Kepler, se halló en estado de resolver sus mas difíciles problemas, y de hacer la aplicacion del centro de gravedad á la medida de las figuras producidas por circunvalacion. Igual honor cupo en Francia al P. Lallovere respecto de Pascal; «quien habiendo hallado, dice Leibnitz, en esta «misma época algunos teoremas profundos sobre la ciclóide, y «habiéndolos propuesto en forma de problemas, Mr. Wallis en «Inglaterra, y el P. Lallovere en Francia, lograron resolverlos.»

Otro Jesuita, discípulo del P. Clavio, el P. Gregorio de San Vicente, nacido en Brujas en 1584, viene á ofuscar con la extension de sus conocimientos matemáticos á todos los que le han precedido. Favorito del emperador Fernando II y de Felipe IV de España, y maestro de D. Juan de Austria, «ha insertado, dice Andrés [1], en sus obras un inconcebible número de verdades nue«vas, de vastas indagaciones, de principios fecundos, de méto«dos generales y de conocimientos profundos.» Este Jesuita, tan conocido por sus *Theoremata mathematica,* como por su *Opus geo-*

[1] *Andrés,* tomo IV, pág. 161.

metricum quadraturae circuli, que forma, segun Leibnitz, con Descartés y Fermat, el triunvirato de la geometría, y que habia llegado á proponerse una cuestion insoluble; siguiendo en esto el ejemplo de todos los literatos, llegó á interesarse por ella por lo mismo que ofrecia dificultades. Sarassa y Anyscom, sus discípulos, defienden su teoría de la cuadratura del círculo, que combate otro Jesuita, el P. Vicente Leotand, en sus obras. Los Padres Nicolás y Jacobo Kresa el Moravo analizan los principios de la trigonometría, en tanto que Tomás Ceba, Lorenzo y Federico Sanvitali lanzan nuevas y extensas luces sobre la geometría.

Pero todas estas grandezas se eclipsan ante un nombre que la posteridad distingue todavía. El P. Vicente Riccati, hijo del marqués Santiago de Riccati, cuyo talento se merece aun en nuestros dias un profundo respeto, pasó á ser en Italia el creador del álgebra superior; y su tratado sobre el *Cálculo integral* no ha podido ser sobrepujado hasta el dia. Riccati es siempre claro y exacto. Cuando inventa nuevos métodos ó teoremas, esos métodos y esos teoremas encuentran al momento su aplicacion. Pero si Riccati habia dado la señal de alarma en todos los puntos de Europa, la Compañía no tardó en contestarle, lanzando á la liza otros matemáticos, tales como Juan Terencio, Pedro Bourdin, Oswaldo Kruger, José Zaragoza, Juan Lantz, Andrés Arzet, Horacio Burrundio, Carlos Pajot, Juan Caraccioli, Antonio Duclos, Luis de Hautecourt, Juan Junglingk, Jorge Merburg, Enrique Niderndoff, Bautista Rigolini, Estanislao Widrai, Francisco Wallinger, Jaime Dumas, maestro de Lalande, de Bossuet y Montucla, el historiador de las matemáticas.

Si Galileo, discípulo de los Jesuitas, habia visto á la corte de Roma dudar de la realidad de sus descubrimientos; si el sabio habia sido acusado por sus sistemas, dos Jesuitas italianos, Riccioli y Grimaldi, confirman por medio de experimentos imposibles de refutar la verdad de sus teorías. Astrónomos, físicos y geómetras, estudian la caida de los cuerpos; y mientras que el primero abraza en una obra, fruto de su vasta erudicion, la astronomía antigua y moderna trazando las reglas de la hidrografía, y descubre y nombra las manchas de la luna; el segundo, de acuerdo con él, aumentaba con quinientas cinco estrellas el catálogo de las designadas por Kepler. Entregado en su soledad á serios y profundos estudios acerca de la difraccion de la luz y so-

bre los colores, publica su tratado *De lumine et coloribus iridis*, que suministrará á Newton los principios fundamentales de su óptica. El P. Grimaldi es el primero en combatir su hipótesis de la emision, y el primero tambien que allanó á los físicos el camino del sistema de las ondulaciones, que segun Pineau [1], ha causado una revolucion en la teoría de la luz.

El P. Gaston Pardies, corresponsal y amigo de Newton, falleció todavía jóven á consecuencia de una enfermedad contagiosa que su caridad le hizo contraer en las jaulas de Bicetre [2], arrebatando esta muerte á las ciencias un apasionado suyo; pero con todo ha sobrevivido en sus *Elementos de geometría.* Pero lo que principalmente ha comunicado á su nombre una verdadera gloria, es que ha osado aplicar los métodos modernos de la geometría sublime y de la mecánica á la maniobra, y al modo de conducir los buques. Es verdad que los progresos del arte han obligado á renunciar á este método; mas por grandes que puedan ser estos progresos, seria una injusticia olvidar al hombre, que, determinando la driva de un navío por las leyes de la mecánica, contribuyó poderosamente á trillar nuevos caminos á la ciencia de la navegacion. El P. La Hoste, profesor de matemáticas de la escuela real de Tolon, y por decirlo así, hermano de mar de los almirantes de Estrées y Tourville, aprovechó su experiencia con el objeto de popularizar el arte de navegar. Sus *Tratados de la construccion de navíos y de las evoluciones navales*, y su *Compendio de las matemáticas mas necesarias á un oficial*, son obras que durante el espacio de un siglo sirvieron para formar los marinos de Francia, Inglaterra y Holanda. Los PP. Fournier y Deschales trabajaron tambien por demostrar los principios de la hidrografía y la náutica, mientras que consagrando el P. Jacobo Chatellard treinta y tres años de su vida á la instruccion de los jóvenes guardias de la marina real, compuso en beneficio suyo una *Recopilacion de los tratados de matemáticas;* enseñando otros varios Jesuitas la teoría y práctica del mar, en tanto que Carlos Borgo, otro de sus colegas, explicaba el *Arte de fortificacion y defensa de las plazas.*

Nicolás Zuchi, predicador del sacro Palacio, era un orador elocuente y un ilustrado matemático. Con sus observaciones astronómicas, y sus disertaciones sobre el vacío y las perfeccio-

[1] *Física elemental,* por Pineau.

[2] Cárcel y casa de dementes, en Paris.

nes que dió al telescopio, se ha granjeado una celebridad, qué después aumentó Cassini. Habíase conquistado este Jesuita tal nombradía, que muchos literatos le atribuyen aun la invencion de los telescopios catóptricos; si bien otros, y son los mas, conceden esta gloria al inglés Gregory. Y no es este por cierto el único Jesuita que se ha distinguido en las ciencias físico-matemáticas. Adan Tanner, Scott, Scheiner, Keri, Maugold, Kilian, Gonfalonieri, Lechi, Renault y Antonio Rivoire, no se mostraron indignos de la herencia de los Zuchi y Kircher. Todos ellos llevaron su piedra al edificio que erigia la ciencia; porque ya en 1622 el P. Schecmberger descubria en su *Demonstratio et constructio novorum horlogiorum* los cuadrantes solares de refraccion, y el P. Eusebio Nieremberg hacia nuevos descubrimientos en el estudio de la historia de los animales.

Era necesario arrancar á la naturaleza todos sus secretos; y para conseguirlo se presentaron los PP. Gaspar Schott, Fabri, Lana, Gabeo, Gusmao, Boscovich y Kircher. Atanasio Kircher ó Kirker, es el sabio universal. Todo lo ha tocado, todo lo ha profundizado: las ciencias exactas, la física, las matemáticas, los jeroglíficos, la historia, la música, las antigüedades, todo le pertenece, todo ha sido de su dominio. Si en cada uno de los ramos de la literatura le vemos esparcir una luz tan brillante como inesperada, vémosle tambien abrazar un espacio, cuyos límites ni aun puede concebir la imaginacion, y le observamos desempeñando siempre su cometido. Kirker no es solamente un especulativo, que desde el fondo de su laboratorio coordina los problemas; sino que teniendo necesidad de explicar las causas y efectos de las erupciones del Vesubio, en el mismo instante se hace bajar al cráter del volcan. Busca un punto de unidad en las naciones: al momento improvisa la escritura universal, y da la solucion de su teoría en latin, italiano, francés, español y aleman. El vocabulario creado por él, y que se compone de mil y setecientas voces, expresa por medio de signos convenidos las formas variables de los nombres y verbos: siendo su estenografía, no solo mas ingeniosa que la de Juan Tritemio, sino la que ha servido de basa al *Manual para interpretar la correspondencia*. Se hizo tan famoso este Jesuita, que los reyes y aun los príncipes protestantes tenian á grande honor el proporcionarle las sumas necesarias para sus experimentos: todos ellos le remiten á Roma las rarezas

antiguas, ó productos raros de la naturaleza que pueden haber á las manos; y el Jesuita se corresponde con ellos y con los grandes ingenios de Europa. En medio de tantos trabajos, todavía puede cercenar al sueño algunas horas para componer treinta y dos volúmenes. Kircher se ha extraviado algunas veces sosteniendo errores que le eran propios, y otros que habia adoptado su siglo; pero los que explotaron sus teorías, los literatos modernos, que á mas de haberse apropiado lo que llaman sus descubrimientos ó los materiales de sus sistemas, han procurado oscurecer su nombradía, pues ignoran esta sentencia de Plinio: «Propio es de «la probidad y del honor el tributar una especie de homenaje á «los sugetos de quienes se ha recibido alguna luz ó algun conoci«miento; así como es prueba de una extremada ruindad de áni«mo el preferir ser sorprendido en el latrocinio, que confesar in«genuamente su deuda.»

Gaspar Schott no pensó jamás en profundizar tanto como su colega Kircher, sino que buscó resultados que divirtiesen y que pudiesen entretener los ocios del mundo, demostrando en su *Física curiosa* y en sus *Mirabilia naturae et artis* el orígen de las escrituras ocultas, el de la palingenesia de las plantas, el de marchar sobre las aguas, el de las cabezas encantadas ó autómatas parlantes, las primeras nociones sobre la máquina neumática y la instruccion de los sordo-mudos. Hubiérase creido que nada debia ser ajeno á los Jesuitas, y que habian sido llamados á producir la mayor parte de los prodigios con que se enriquecieron los siglos sucesivos. El P. Bartolomé de Gusmao, residente en el Brasil, se hallaba dotado de un genio penetrante, una imaginacion atrevida, y una extremada aficion á estudiar la naturaleza de las cosas. Paseábase un dia, y repara en cierto cuerpo ligero, esférico y cóncavo, quizás alguna cáscara de huevo ó una corteza seca de limon, que elevándose poco á poco iba flotando por el aire. Sorprendido al observar este fenómeno, trata de averiguar su explicacion, y aun hace ensayos para ver si podrá repetirlo. Conociendo, empero, que no podrá conseguirlo sino á favor de un cuerpo que con el menor peso posible presente á la atmósfera la mayor superficie, combina varios medios, y llega por fin á fabricar el primer globo aerostático. Consistia en una esfera de tela que realizó completamente su idea. Conociendo los grandes resultados que puede dar su descubrimiento, parte al momento

para Lisboa, donde ofrece lanzarse á los aires por medio de un globo. Pero oponíase demasiado su sistema á las ideas recibidas, para no suscitar contradictores de buena fe. Horrorízase la Inquisicion portuguesa al saber esta innovacion; y queriendo el Jesuita tranquilizarla, propone elevarse con el Santo Oficio y el Inquisidor general. Esta chanza de sabio fue tomada como un ultraje. El pueblo de Lisboa cree ver un poseso en el P. Gusmao; tachan los inquisidores de magia lo que no era sino un perfecto conocimiento de las leyes de la gravitacion, y el Jesuita es presentado ante el tribunal del Santo Oficio, donde comparece con la misma serenidad y calma que Galileo. Una vez en presencia de los inquisidores, sostiene el acusado que su invencion no se opone en cosa alguna al dogma ni á ningun precepto de la Iglesia; pero á pesar de su justificacion fue condenado por ellos á una reclusion perpetua: si bien apoyado por otros Padres del Instituto, consiguió fugarse á España, donde, firme siempre en sus convicciones, falleció en 1724.

Ya antes que este Jesuita, el P. Francisco Lana Terzi, nacido en Brescia el 13 de diciembre de 1631, habia descubierto, en su *Prodromo di alcune invenzione nuove* y en el *Magisterium naturae et artis*, el secreto de los globos aerostáticos. Este genio singular, que enseñó la transformacion de los metales, y que aun creyó indicar un medio seguro para llegar al descubrimiento de la piedra filosofal, no deteniéndose todavía en estos errores de la ciencia, describia, en el capítulo VI del *Prodromo* el barco volante que habia soñado; y suspendiéndole en cuatro globos de planchas metálicas, demostró la manera de extraerles el aire, para hacerlos mas ligeros que un volúmen igual de aire atmosférico; pero la pobreza á que le condenaban sus votos no le permitió, como lo confiesa él mismo, ensayar el experimento de que Leibnitz dudaba en su *Hypotesis physica nova*. Era el P. Lana un hombre de iniciativa, uno de esos talentos que se anticipan á su siglo: él fue quien inventó el sementero, cuyo descubrimiento se atribuyó Tull en 1733 [1]: él fue quien un siglo antes que el abate L' Epée y Sicard enseñó el arte de instruir á los sordo-mudos de nacimiento en la escritura y locucion por signos; él quien organizó las misteriosas cifras, por medio de las cuales podian los

[1] En el tomo X de sus *Obras* hace Algoritti la descripcion de este sementero, actualmente usado en toda la Europa.

ciegos tener correspondencia entre sí, y ponerse en relacion con los hombres que se sirviesen de los mismos caractéres; y por último, él quien llevando hasta el extremo sus investigaciones, y presintiendo las maravillas que la ciencia era llamada á realizar, reveló como por un prodigio de intuicion, y desde el fondo de su celdilla, el camino que era forzoso seguir para lograrlo.

Si la física contaba sus mártires en el Instituto, la mineralogía vió tambien formarse sus sabios. El P. Bernardo Cesi compuso los *Tesoros de filosofía natural,* en tanto que los PP. Martin Gzuctivany, Boym, de Beza, Bonanni, José Acosta, Tomás Gouye, miembro de la *Academia de ciencias*, y Esteban Souciet, con sus escritos y sus lecciones propagaban los conocimientos matemáticos. El Instituto de Loyola, que poseia literatos de toda especie, formó en su seno pintores, escultores y arquitectos. El P. Santiago Courtois pintó batallas; Andrés Posso buscó las reglas de la perspectiva; Daniel Seghers [1], José Valeriano, Pedro Latri, Castiglione, Dandini y el hermano Attiret fueron artistas célebres, en un tiempo en que la pintura se habia elevado al mas alto grado de perfeccion; el P. Fiammieri se hizo escultor; y Francisco de Raut, Edmundo Massé y los hermanos Matlange se hicieron arquitectos; el P. de Ventavon y los coadjutores Paulo y Thibault se distinguieron en la relojería; los hermanos du Breuil y Bourgoing trabajaron en la perspectiva; Erasmo Marotta pasó á ser un músico célebre; y finalmente Cristóbal Malter se distinguió por sus conocimiento medicales.

Empero, aun no han recorrido los Jesuitas el círculo de todas las ciencias: ofrecíales la astronomía un medio seguro de prestar nuevos servicios á la civilizacion, y no tardaron en explotarla haciéndose astrónomos, como se habian hecho controversistas é historiadores. Los primeros que se lanzaron á esta senda, donde todo permanecia aun en el estado de incertidumbre, y donde la realidad misma tomaba á veces las apariencias del error, fueron los PP. Clavio, Alejandro de Ángelis, Juan Voell y Odon Maleotius quienes sentaron los cimientos de esos estudios, cuyo oráculo fue el P. Jorge Scheiner. Habia este Jesuita observado, mu-

[1] Era el P. Seghers un artista tan estimado, que habiéndose propuesto Federico Enrique, príncipe de Orange, hacerle un presente digno de un príncipe y de un artista, le regaló una paleta y varios pinceles engastados en oro; prendas que se conservaban aun en 1762 en el colegio de Amberes.

cho tiempo antes que Galileo, las manchas solares; pero, respetando las preocupaciones contemporáneas, y por deferencia á sus superiores, se contentó por entonces con participar su secreto al erudito Welser [1], quien, luego que el Jesuita, mas libre y mas atrevido por el esplendor de su nombradía, trató de reivindicar su descubrimiento, tuvo la suficiente probidad para confirmar la verdad del hecho. Las obras del P. Scheiner sobre esta materia son, segun el testimonio del baron Christiern de Wolf, otras tantas obras modelos. El P. Cristóbal Grimberger publicaba su *Prospectiva nova coelestis*, «obra notable, dice Lalande [2], por contener «la primera idea de las proyecciones centrales, ó sea la proyec«cion de la esfera sobre un plano que la toca en un punto, es«tando en el centro el ojo del observador.» Mientras que los Padres Aleni, Carlos Spínola, Bressani y Ruggi se entregaban en el Japon y el Asia á sus observaciones astronómicas, y mientras que los misioneros chinos, como lo referimos en el capítulo de las misiones, hacian progresar rápidamente á la ciencia; Francisco Aquilon, José Blancani, Miguel Mourgues, Jorge Schonberger, Alberto Cutz, Esteban Moro, Hugo Sempilius, Pedro Robinet, Manuel de la Loma, Juan Levrechron, Manuel Diaz y Horacio Grossi, el antagonista de Galileo, fecundizaban la astronomía, y metodizaban su enseñanza. El P. Eschinardi, en su observatorio del colegio Romano, se anticipaba á Cassini en el descubrimiento del prodigioso cometa de 1668, en tanto que otros Jesuitas, diseminados por los mares, le señalaron tambien, y calcularon su marcha antes que fuese conocido en Europa.

La Compañía de Jesús parece marcar cada uno de los años con algun trabajo de importancia. De un lado se dejan ver los PP. Antonio Pimenta, Gerónimo Tarteron, Juan Richaud, Rokauski, Fontaney, Botta, Haucke y Andrés Facquet estudiando la marcha de los astros; del otro aparece Claudio Nillet Deschales, demostrando que la refraccion de la luz es una condicion esencial á la produccion de los colores en el íris y en los cristales, poderoso descubrimiento que servirá de basa á la teoría de Newton: mas léjos, se presentan los PP. Visdelou y Lecompte observando los eclipses de los satélites, y Jaime Kresa, «hombre universal,»

[1] Las cartas del P. Scheiner llevan el título de *Ad Velserum de maculis solaribus epistolae.*

[2] *Bibliografía astronómica*, pág. 157.

segun Lalande [1], Antonio Laval, Combes, Taillandier, Castel, Gaubil, Koegler, Slaviseck y José Rogerio Boscovich, sostienen con honor el rango que tomara el Instituto en todas las ciencias. Boscovich, antorcha de todas estas generaciones, al paso que admirador de Newton, modifica y reforma sus ideas con el objeto de librarlas de las objeciones que embarazan su marcha. Pero no bastándole esto al genio del Jesuita, traza á los newtonianos modernos las reglas de su fe astronómica, y da á luz el tratado de *La atraccion considerada como ley universal*, que venia á ser el breviario del erudito. Los PP. Carlos Benvenuti en Roma, Pablo Mako y Carlos Scherfer en Viena, Leopoldo Birvald en Gratz, y Horwath en Tirnau, adoptan y popularizan esta doctrina á la vez sencilla y positiva, en tanto que su autor, que se hallaba en relaciones con Alembert y Condorcet, que se veia llamado al seno de la Sociedad real de Londres, al paso que honrado con el aprecio de los monarcas de Europa, y que estaba ocupado en la direccion del observatorio de Milan, componia, no obstante estos trabajos é ilustres amistades, su excelente poema astronómico: *De Solis ac Lunae defectibus* [2].

La influencia de la Sociedad se hacia igualmente sentir en otros puntos. Melchor de la Briga, Andrés Meyer, Felipe Simonelli, Bartolomé Maire, Rivoire, Maximiliano Hell, Weis, Beraud, Stepling, Hallerstein, Rocha, Pilgram, Chatellain, César Aman y Bullinger se constituyen apóstoles de la ciencia. La Europa apenas contaba algunos observatorios en sus capitales; y conociendo los Jesuitas hácia mediados del siglo XVII la necesidad que habia de consagrar á la astronomía algunos edificios especiales, se hacen los propagadores de esta idea, crean máquinas de óptica, interesan en favor de estos monumentos á los reyes y príncipes, y bien pronto se ve puesto su proyecto en ejecucion. El Padre Francisco Huberti preside en Wurzburgo á la construccion de su observatorio; en Viena obtiene Hell de la emperatriz María Teresa que sea agrandado á sus expensas el del colegio de la Academia; Carlos Teodoro, elector de Baviera, ofrece á los Padres Mayer y Metzger el edificio que, á sus instancias habia fun-

[1] *Bibliografía astronómica*, pág. 333.

[2] Era tan célebre el nombre de este Jesuita, que, aun durante la época de la revolucion francesa, le fue permitido á Lalande pronunciar públicamente su elogio en el *Diario de los doctos* (febrero de 1792).

dado en la ciudad de Manheim; el P. Keri levanta uno en Tirnau, en Hungría; los PP. Stepling y Retz sacrifican su fortuna para edificar el de Praga; el colegio de Jesuitas construye el de Gratz; los PP. Lebrowski y Poczobut toman la iniciativa para establecer uno en Wilna. Pallavicini inaugura el de Milan sobre los planos de Boscovich y á expensas de la Compañía; últimamente, los Padres Jimenez en Florencia, Belgardo en Parma, Panigay en Venecia, Cavalli en Brescia, Asclepi en Roma, Piazzi en Palermo, Carboni y Cappasse en Lisboa, Laval y Pézenas en Marsella, y Bonfa en la antigua ciudad pontificia de Aviñon, se dedican á los mismos proyectos y realizan idénticos planes. «El observatorio, «dice Montucla [1], que los Jesuitas habian hecho construir en su «magnífico colegio de Lyon y en uno de sus sitios mas ventajo«sos debió su fundacion á los desvelos del P. Saint-Bonnet, que «después fue reemplazado por el P. Rabuel, erudito comentador «de la *Geometría* de Descartes, quien tuvo por sucesor al P. Du«clos y por último al P. Beraud, físico ingenioso, excelente geó«metra y observador industrioso y lleno de celo.» «Alégrome in«finito, añade el historiador de las matemáticas, que publicó su «obra durante la revolucion francesa, de poder esparcir aquí al«gunas flores sobre la tumba de este sabio y respetable Jesuita, «que en algun modo me puso entre las manos el primer libro de «geometría, lo mismo que á los ciudadanos Lalande y Bossut.»

Como todas las asociaciones á quienes la uniformidad de principios y tendencias comunica la uniformidad de accion, aun cuando separados á veces por toda la superficie de la tierra, y aunque desconocidos los unos á los otros, se correspondian entre sí los Jesuitas de todos los puntos del globo. Diseminados por el universo, señalaban los fenómenos de la naturaleza, remitian su descripcion á sus hermanos de Europa, y estas descripciones, hechas sobre los mismos lugares, tenian autoridad en las mismas Academias. Nada dejaba pasar sin observacion su actividad fecunda; todo era para ellos materia apta para instruirse, porque en el fondo de aquellos imperios cultivados por su apostolado siempre y do quiera hallaban vestigios de culto ó de historia, monumentos olvidados, artes nuevas, y plantas que la medicina debia utilizar. En aquel terreno, el mas feraz y dilatado que pudo ver desplegarse á su vista asociacion ninguna, caminaron los Je-

[1] *Historia de las matemáticas*, tomo IV, pág. 347.

suitas, desde su origen hasta su extincion, con una perseverancia que jamás se dió ni un solo dia de reposo. Tenian sabios que en las grandes capitales europeas fecundaban el pensamiento humano propagando las ideas religiosas, mientras que diseminados otros por toda la extension de los mares y continentes, se enlazaban á su patria por el recuerdo de un beneficio ó por la conquista de una ciencia. La mision de estos Padres no se reducia únicamente á la de unos apóstoles que anunciaban al antiguo y nuevo mundo un Dios muerto por la salud de todos; su obra de civilizacion no se limitaba á esto solo: el cristianismo era su fin primordial, y como el cristianismo lo abraza todo, vióseles por lo tanto ocuparse de todo.

El 21 de abril de 1618 acompañaba el Jesuita Pedro Paez al emperador de Etiopia hasta el reino de Gojam. «El ejército esta«ba acampado en el territorio de Sacala, cerca de una montaña «que no parece demasiado elevada, dice el mismo Jesuita en su «*Relacion del descubrimiento de las cataratas del Nilo*, por ser mucho «mas altas las que la rodean. Iba de una parte á otra recorriendo «con la vista cuanto habia á mi rededor, y observé dos manan«tiales redondos, de los que el uno podia tener cuatro palmos de «diámetro. Seria imposible describir el júbilo que se apoderó de «mi alma al contemplar con mis ojos lo que Ciro, Cambises, Ale«jandro y Julio César habian deseado con tanto ardor, y no pu«dieron lograrlo. Estos manantiales no rebosan jamás, porque el «agua, que tiene una especie de declive, se escapa con impetuosi«dad hácia el pié de la montaña. Los paisanos de las inmediacio«nes me aseguraron que, como el año habia sido extremadamente «seco, habia temblado la montaña, y que se agita á veces con «tanta violencia, que no se pueden acercar á ella sin riesgo.»

Aquellas eran las fuentes del Nilo. El emperador de Etiopia y los habitantes de Gojam, que no veian en estos fenómenos de la naturaleza mas que unas cosas ordinarias, dejaron al Jesuita que sondease el misterio que se le revelaba; y siguiendo este el curso del agua en todas sus direcciones, atravesó las rocas de donde se despeña espumosa y humeante, y llegó por fin á fijar el nacimiento del rey de los rios[1]. En 1740 Manuel Roman, superior de

[1] Confirmando Vosgien las palabras del Jesuita en su *Diccionario geográfico*, dice en el artículo Nilo: «El P. Paez es efectivamente el primer europeo «que descubrió su nacimiento en abril de 1618.»

las misiones de Orinoco, conociendo lo útil que es para el apostolado y para el comercio el conocimiento de todos los rios, se dedica durante nueve meses á estudiar su curso, y después de prolongadas fatigas, llega, por fin, en 1740, á descubrir el punto de union entre el Marañon y el Orinoco. Antes que este Jesuita español habia dado el P. Marquette en la América septentrional este ejemplo de investigaciones útiles, que adoptaron los misioneros de la América meridional. Parte en 1673 del lago Michigan acompañado de algunos remeros, y dirige su rumbo al Sud. Tiene solo algunas vagas indicaciones dadas por los salvajes; pero convencido de que no puede estar muy distante la embocadura del Mississipi, practica numerosas investigaciones, y la descubre por último en el golfo Mejicano. En medio de sus exploraciones, habia oido Marquette á las tribus domiciliadas en las orillas del Mississipi hablar del gran mar occidental que se descubre al remontar su corriente, después de haber seguido el curso de otro rio. La tradicion de este hecho se habia conservado entre los hijos de Loyola, y después de haberla comunicado al Gobierno francés, demostrando las ventajas políticas de este descubrimiento, como se puede ver por las memorias que existen todavía, hasta pidieron que se les proporcionasen los medios para abrir al comercio un nuevo camino; pero la Francia de Luis XV desoyó estos consejos, dejando á un inglés el honor de la empresa.

En tanto otros Jesuitas marchaban en pos de conquistas mas difíciles, preparando varios de ellos el descubrimiento del Oregon, cuyas fértiles riberas saludara en 1691 un buque americano con el nombre de Colombia, mientras el P. Carlos Albanel se dirige en 8 de agosto de 1671 á franquear un camino á sus compatriotas por la bahía de Hudson. Los ingleses proveen de armas y de municiones á las tribus inmediatas al Canadá, con lo que sostienen la guerra contra la metrópoli. Trata el intendente general de la colonia de averiguar el punto por donde desembarcan los traficantes ingleses; pero le separan de él mas de trescientas leguas de desiertos impenetrables, y les es preciso salvar inmensas cascadas é internarse por regiones desconocidas. Es, en fin, tan arriesgada la empresa, que los mas esforzados y resueltos oficiales se han visto precisados á renunciar á ella por tres veces. Talon, en quien no cabia el desaliento, viendo que sus soldados

no se atreven á atravesar las lagunas de Tadousac, se decide á enviar un Jesuita, y el P. Albanel parte con Mr. de Saint-Simon y seis salvajes, quienes al cabo de un año regresan á Quebec, después de haber abierto á los franceses un camino seguro por la bahía de Hudson.

Así que, guiados siempre los Jesuitas por un mismo pensamiento regenerador, colocaron las miras de las exploraciones científicas en los cuatro puntos cardinales de la América septentional. El P. Biard, en su sencilla relacion de 1614 describe las costas orientales del Canadá; el P. Carlos Lallemand da á conocer en 1626 las regiones inmediatas á Quebec; y por último, en 1673 el P. Marquette abria un camino al Mediodia, mientras el P. Albanel lo verificaba en el Norte. Numerosos y prolongados años, sangrientas y sordas revoluciones han pasado tambien por estos países; los proyectos humanos se han visto anonadados y confundidos como las fortunas individuales; y sin embargo, impulsado otro Jesuita, el P. Pedro Smet [1], por el deseo de evangelizar á los salvajes, penetra en 1814 en las *Montañas Berroqueñas*, remóntase hasta las fuentes del Missouri y del Mississipi, y consigue realizar él solo las esperenzas y deseos de los antepasados del Instituto.

En sus excursiones religiosas no eran únicamente misioneros, sino que tenian siempre presente en sus almas el recuerdo de su patria lejana; y con una solicitud que tan pronto es olvidada por los pueblos, se ocupaban en convertir sus viajes en provecho de la humanidad, de las artes europeas y de la riqueza nacional. Adivinaban unos las cualidades febrífugas de la quina, y la hacian pasar á Europa, desde donde se esparcia por todo el mundo [2]; recogian otros al mismo tiempo entre los tártaros el grano

[1] *Viaje y mansion entre los pueblos de las Montañas Berroqueñas.* (Malinas 1844).

[2] La primera persona de Europa curada de las calenturas por medio de la quina fue la condesa de Chinchon, vireina del Perú. Los Jesuitas, que conocian la propiedad de estos polvos, los remitieron á sus hermanos de España. El P. Juan Lugo, que después fue cardenal, los llevó á Roma; el P. Annat á Francia, donde salvaron la vida á Luis XIV; y otros Jesuitas los introdujeron en la China con el objeto de curar al emperador Kang-Hi de una fiebre pestilencial. Estos polvos fueron conocidos por largo tiempo en España con el nombre de *polvos de la Condesa;* en Roma, con el de *polvos del cardenal Lugo;* y en Francia é Inglaterra bajo el de *polvos de los Jesuitas.*

del ruibarbo, y aclimataban en su patria esta preciosa planta: unos descubrian en los bosques de la Guyana y de la América entregando al comercio la goma elástica, la vainilla y el bálsamo del Perú, y de este modo aumentaban la prosperidad de su país; y señalándose algunos otros en el Celeste imperio, mandaban á Europa el pavo y la pava y el castaño de Indias, ó bien como el P. Lafitau, trasplantaban en Francia el *chinsang* [1], cuyas propiedades analizó el P. Jartoux.

Fijos en la idea de desarrollar la industria nacional, introducian en Francia desde el fondo del Oriente las primeras nociones sobre el arte de preparar el tafilete, y teñir de encarnado los algodones. En la India, donde vivia un Jesuita con los indígenas, se dedicó á examinar atentamente los preparativos y útiles necesarios para la impresion de las telas pintadas, y legó este nuevo patrimonio á las manufacturas de su país. La Europa fue tributaria á la China en el ramo de porcelana hasta que fijó el Padre Javier Entrecolles durante mas de un año su mansion en King-te-Tching, provincia de King-Si, única ciudad en que se trabajaba. Con sus neófitos, artesanos todos, estudió la mezcla de las tierras, su fabricacion, la forma y los dibujos de los hornos; y reuniendo algunas muestras de kaolin y petunce, de cuya fusion hábilmente hecha resulta, aprende el modo de cocerla y darle barniz, y dirige sus explicaciones al Gobierno francés, que tan bien supo aprovecharlas.

Hasta la época presente, parece haber vivido mas la Compañía de Jesús por la reputacion de sus poetas, historiadores y literatos que por la de sus teólogos y oradores. El mundo conocia ya á los primeros, sin haber oido jamás pronunciar los nombres de los segundos sino acompañados del fastidio que inspiran generalmente las ciencias abstractas; ó lo que viene á ser lo mismo, estos poetas y literatos sirvieron para hacer apreciar á esos doctos personajes. El mundo convino, en fin, en que podia ser muy bien que fuesen profundos controversistas al par que grandes matemáticos, porque Bouhours era un hombre amable, y porque observaba que Le Moine, Rapin, Vannière y otro gran número de Jesuitas rivalizaban en entusiasmo y donaire lírico con los jefes de la es-

[1] Llámase así una planta medicinal de la China, á la que se atribuian virtudes maravillosas antes de hacerse comun, pero que perdió enteramente su prestigio despues de haberse generalizado en América.

cuela del siglo XVII. Haciendo servir lo profano de pasaporte para lo sagrado, al paso que apreciaba á estos escritores facundos, cuyas obras llenas de elegancia eran favorablemente acogidas por todas partes, se admiró bajo su palabra á los maestros, de quienes tenian á tanto honor ser discípulos; y se consideró á los Jesuitas mas bien como una sociedad de letrados que como un Instituto de religiosos. Y sin embargo, la literatura y la poesía propiamente tales no son ni debian ser en él mas que una excepcion. San Ignacio al crear su Compañía, no lo hizo por cierto con el objeto de formar versificadores ó académicos. Para abandonarse á la exaltacion é ilusiones de la fantasía, ó bien para espiar en la naturaleza y en el corazon humano los acentos de la conmiseracion, del terror ó amor, que constituyen la esencia del poeta, es indispensable poderse entregar con toda seguridad á sus júbilos, á sus melancolías, al reposo ó al trabajo; y como la primera condicion de la existencia claustral se opone abiertamente á esta caprichosa independencia; como el Jesuita se halla reducido á un círculo de ocupaciones del que le es imposible emanciparse; y robándole sus rezos, sus estudios, sus deberes sacerdotales y sus viajes apostólicos el tiempo que pudiera invertir en la composicion de unas obras que ve pasar como un sueño por su imaginacion, si ha nacido poeta, lo hará únicamente en los años de su juventud ó en medio de las fatigas del profesorado.

Sin embargo, muchos de ellos encontraron medio de lanzar un reflejo de gloria sobre su Órden, haciéndose célebres á ratos perdidos; pero los versos que compusieron, ya con el objeto de distraerse de ocupaciones mas serias, ya con el de estimular con su ejemplo á sus alumnos al amor de las bellas letras, solo lograron conquistar á sus autores una inmortalidad con que nadie habia contado.

Como el latin era entonces el idioma predilecto de los sabios y de los colegios, la mayor parte de los Jesuitas escribieron en esta lengua; siendo los PP. Frusis, Tucci, Perpiñan, Maffei, Cressoles, Benci, Monet, Saillan, Hosschius, Fichet, Caussin, Galuzzi y Richeome los primeros que se distinguieron en la poesía y en la oratoria. Mas no hay que buscar en sus obras los placenteros ó melancólicos movimientos del corazon, inspirados á su lira por el odio, la ventura y los celos; porque si bien desde Homero hasta nuestros dias siempre ha sido el amor el móvil de todas las

composiciones poéticas, los Jesuitas, sin embargo, se ven, por deber, condenados á no emplear jamás esta palanca. El tema de sus cantos no puede ser tomado sino de un órden de ideas morales ó agrestes, poco favorables, á la verdad, al impulso de las pasiones que se nutren de felicidades facticias y de padecimientos reales; carecen del recurso de conmover por medio de la pintura de los deleites ó tormentos que agitan al hombre; y aun la sátira está prohibida á su caridad. Les es indispensable limitarse al género descriptivo; y si por acaso se escapa de su pluma algun epigrama, pesado este en la balanza del amor del prójimo, se reducirá únicamente á ciertas antítesis inofensivas, ó bien á una malignidad de que no podria ofenderse la vanidad mas delicada.

La poesía fue, pues, para los Jesuitas mas bien un pasatiempo que una ocupacion; exigíanla placeres y goces inocentes, pero jamás violentas emociones. Y sin embargo, en este cuadro tan limitado no dejaron de hallarse Padres que, como Frusis, supieron conquistarse un puesto honorífico. Casimiro Sarbiewski, de quien dice Grocio que corrió parejas con Horacio y aun le excedió algunas veces, compuso ó retocó los himnos del Breviario romano, y poseyó antes que Santeuil la poesía lírica católica. Santiago Balde, que como el anterior poseia en el mas alto grado el desórden del entusiasmo y del ritmo latino, tuvo el mismo honor en Alemania, su patria. Es un genio abismado en las lenguas muertas, pero que fue saludado por sus contemporáneos con gritos de admiracion. La mas célebre de las obras del P. Balde es su *Urania victoriosa*, ó *el Combate del alma contra los cinco sentidos*, poema que obtuvo la gloria de una quinta edicion, en una época literaria, en 1660. El P. Vincart publicaba en la misma época sus Heroidas sagradas, mientras que el P. Juan de Bussieres redactaba su poema de *Scanderberg*, y su *Rhea libertada*, cuadros incompletos á la verdad, por no corresponder siempre la pureza del estilo á la magnificencia del pensamiento. Balduino Cabillarius, Gualfreducci, Stephoni, Carlos Papin, Antonio Milliet, Bauhusino, Werpæs, Pulcharelli, Pimenta de Santarem, Benci y Gilberto Jouin, apellidado por su siglo el Anacreonte cristiano, han legado todos ellos á la posteridad cantos piadosos, santas elegias y poemas épicos, cuyo único objeto es la Vírgen y sus glorias.

Los PP. Carlos de La Rue y Gabriel Cossart continuaron en Francia estas glorias literarias de su Instituto. Orador elegante el primero, al par que elevado trágico, celebró en hermosos versos latinos las conquistas de Luis XIV, que después fueron traducidas en no ménos hermosos versos franceses por el gran Corneille su amigo. La Rue, que vivia en una atmósfera de poesía y elocuencia, compuso tragedias latinas, y aun el *Lisímaco y Syla*, que escribió en su lengua materna, no carecen de mérito. Para él la forma era cási el todo. Dotado de un ingenio delicado y sútil, gustaba de la sencillez y armonía, y fue el modelo de la mayor parte de sus contemporáneos en la Sociedad de Jesús. Miéntras que el P. Tomás Strozzi cantaba en verso el *Modo de hacer el chocolate*, y discurria sobre la libertad de que tan celosas se muestran las repúblicas, componia el P. Lorenzo Lebrun su *Virgilio* y su *Ovidio cristiano*, y publicaba Renato Rapin [1] su obra modelo, intitulada *De los Jardines*, cuyas descripciones parafraseó Delille, tomándole algunos detalles llenos de encanto y sensibilidad. Commire no posee esta imaginacion risueña, ni ese atrevimiento que descubre la inspiracion; su verso es puro, mas se resiente de la aspereza de su carácter. Sabe, es cierto, ser sencillo á fuerza de arte; pero muchas veces peca por exceso. Lanzando Commire una ojeada sobre todas las obras literarias de su época, tal vez sin pensarlo se hace el profeta de todos los siglos [2]. Rapin cantó los jardines, Vannière celebra la casa rústica. Su

[1] Santeuil, cuya originalidad de carácter contribuyó quizás á realzar su gloria, habia apostado en cierta ocasion doscientas libras tornesas con su colega Duperrier, sobre cuál de los dos componia mejores versos. Escribieron un poema, y rogaron á Menage que decidiese entre ambos; pero habiéndose este excusado, eligieron por juez al P. Rapin. Leyó el Jesuita los poemas, y encontrando por acaso á sus autores en el pórtico de su iglesia de los Victorinos les dijo: «Verdaderamente que unos hombres razonables y cristianos como vos- «otros deberian avergonzarse de ostentar tanta vanidad; preciso es que seais «bien ricos para arriesgar veinte doblones por semejantes bagatelas.» Y aproximándose en seguida al cepillo de la iglesia de San Victor: «Los pobres «se aprovecharán, añadió, de la inutilidad de vuestra disputa y de lo superfluo «de vuestros bienes.»

Aquí se observa palpablemente que la poesía solo era considerada como una bagatela por un célebre poeta de la Sociedad de Jesús.

[2] Léese en uno de sus pasajes este curioso cuadro, que no dejará de ser verdadero en tanto que haya literatos: «Exercent quasi quaedam monopolia fa- «mae, et societates laudum laudant mutuo ut laudentur, foenore gloriam dant «et accipiunt, caeteris omnibus obtrectant.»

Praedium rusticum [1] encierra una sencillez tan armoniosamente agreste, que se deja bien comprender que la vida del campo formó los amores y las mas gratas ilusiones del Jesuita. Esteban Sanadon resucita, á ejemplo de sus maestros, las bellezas de Horacio y de Virgilio: poeta como ellos, encuentra siempre la expresion mas verdadera y el ritmo mas abundante para revelar su pensamiento. En pos de ellos se lanzan al Parnaso el P. Agustin Souciet con sus *Poemas sobre la Agricultura* y los *Cometas;* siguiéndole Brumoy con los de las *Pasiones* y el *Arte de hacer el vidrio;* y dejándose ver por último los PP. Reinier, Carsurghi, La Sante, Jacobo de la Baune, Carlos de Aquino, Buffier, Federico Sanvitall, Grozier, Gerónimo Lagomarsini y José Desbillons, digno rival de Esopo y Fedro, quienes sostuvieron en la Órden de Jesús la preeminencia que se habia conquistado por sus excelentes obras.

Todos estos hombres, que forman con Santeuil uno de los florones de la gloria del siglo de Luis XIV, han conservado hasta nuestros dias una reputacion tan brillante como indeleble, y se les honra aun cuando ya no se los lee. Dotados de esa sobriedad de númen sin la que las obras del ingenio jamás pueden aspirar á un éxito duradero, los poetas latinos de la Compañía no habian aventurado hasta aquí mas que algunos defectos que eran del gusto de la época; pero lanzóse á la palestra otro Jesuita, Pedro Le Moine, y no queriendo pedir al idioma de los antiguos las expresiones que necesitaba su fantasía, se entrega á los extravíos de su imaginacion, y canta á *San Luis* en el idioma nacional. La lengua estaba entonces en su período de revolucion: no tenia la sencillez del tiempo de Marot, ni se elevaba aun con Corneille, y se encontraba en una de esas épocas de transicion tan funestas al talento; Le Moine era un escritor de númen fogoso, pero que no supo jamás someter á la rienda sus poderosas facultades. Hubiera sido capaz de crear la exageracion, si esta no se le hubiese anticipado. Fue alternativamente sublime ó ridículo, elocuente ó bárbaro, y desarrolló tal lujo de imágenes, que muchas veces se le ve caer desde la cumbre de la poesía á la trivialidad de las

[1] A la llegada del P. Vannière á Paris mandó Luis XIV acuñar una medalla de oro en su honor, homenaje que tambien fue tributado en 1774 por la república veneciana al P. Vicente Riccati, uno de los matemáticos mas célebres de la Sociedad de Jesús.

metáforas. Y sin embargo, este Jesuita era digno de mejor suerte; puesto que poseia el movimiento épico, ese fuego continuo que alimenta las pasiones. Con tantos recursos en el alma, vaciló no obstante como un ebrio, por haberse hecho una ley de menospreciar todas las leyes, y de no saber jamás ser sencillo ó sublime á sazon[1]. De aquí es que en la historia literaria de Francia no pasará de ser una mediania entre Rousard y Du Bartas, los poetas del siglo XIX.

Los Jesuitas, que, como el P. Le Moine, se ocuparon después de la poesía francesa, han repudiado la herencia de los versos de seis piés que les habia legado, y fueron mas correctos y mas clásicos, á pesar de que no tuvieron su númen arrebatador y su exuberancia de genio. Los PP. Porée, Cerceau, Vionnet[2], Kervillars

[1] En una epistola del P. Le Moine es donde se hallan estos cuatro versos, atribuidos hasta el dia á Voltaire; pero Voltaire es demasiado rico para buscar margaritas en el estercolero del Ennio de la Sociedad :

Et ces vastes pays d'azur et de lumière
Tirés du sein du vide et formés sans matière,
Arrondis sans compas, suspendus sans pivot,
Ont à peine coûté la dépanse d'un mot.

Esa region cerúlea y luminosa
Que del seno del caos ha salido:
Suspensa sin apoyo, aunque grandiosa,
Redonda, sin que Dios se haya servido
De materia, compas, ni de otra cosa,
Y sin que haya la mano intervenido,
¡Pásmese la natura que lo acecha!
Un *fiat* costó á Dios; y quedó hecha.

[2] Empeñado Vionnet en una lucha literaria con Crebillon, y tratando de oponer á su tragedia de *Jerjes* otra por el mismo estilo, se la dedicó á Voltaire, quien le contestó con fecha 14 de diciembre de 1749 en los siguientes términos, en una carta inédita :

« Me cabe la satisfaccion, Padre mio, de poder manifestaros una débil gra-« titud, como recompensa de un magnífico don : no se me oculta que vuestras « manufacturas de Lyon valen mas que las nuestras; pero yo cumplo con ofre-« cer lo que tengo. Parece que vos sois un enemigo mas poderoso de Crebillon « que yo mismo, porque habeis hecho mas mal tercio á su *Jerjes* que el que he « causado yo á su *Semíramis*. Vos y yo combatimos contra él. Afiliado hace ya « largo tiempo bajo las banderas de vuestra Sociedad, si no podeis encontrar « un soldado mas débil; tampoco hallaréis otro mas fiel que yo. Vos aumentais « en mí esta adhesion por los sentimientos particulares que me inspira vuestra « persona, y con los cuales tengo el honor, mi reverendo Padre, de ser vuestro « humilde y obediente servidor. — VOLTAIRE.»

y otros muchos, cuyos versos, buenos ó medianos, están hoy condenados al olvido, se granjearon una reputacion de elegancia y buen gusto. Hemos dicho ya que la poesía no fue para ellos mas que una ocupacion accesoria, y que si brillaron en ella, fue únicamente por distraerse: ahora vamos á verlos desplegar en otro género grandes recursos de diccion. La elocuencia profana, y sobre todo la del panegírico y de la oracion fúnebre, les coloca en una posicion mas brillante. Ellos dieron el precepto y el ejemplo. Las arengas de los PP. Koialowicz, Alejandro Macchi, Luis Juglar, Antonio Viger, César Romano, Pedro Rouvière, Wading, Petiot, Tomás Politien, Cools, Metsch, Guilhem, Sala, Rumer, Aschendorf, Miguel de San Roman, Le Jay y Cossart, maestros contemporáneos ó herederos de los Bourdaloue y La Rue, son en este género académico dechados preciosos.

No existe un solo ramo de literatura honesta en que no debamos mezclar el nombre de un Jesuita. Con el P. Martin Cygne buscan las fuentes de la elocuencia, y aprecian los cómicos latinos; con Brumoy traducen y analizan el *Teatro de los griegos,* para legar modelos de noble sencillez á los trágicos de todos los siglos; con José de Tournemine redactan el *Diario de Trévoux,* oráculo de los literatos y de la crítica, y con Juvency trazan las reglas del gusto. Javier Bettinelli dedica á Voltaire sus eruditas *Cartas sobre Virgilio;* el P. Bouhours, su antecesor, que se hallaba dotado como él de la gracia del estilo, descubre con demasiada perspicacia los descuidos escapados á los grandes escritores; Claudio Menestrier es el famoso arquitecto de la Compañía, al par que el maestro en la ciencia de los blasones, torneos y decoraciones; Juan Bautista Blanchard se hace el moralista de todas las edades; y últimamente los PP. Berthier y Zacarías se constituyen en Italia y Francia jefes literarios de la reaccion religiosa contra los incrédulos del siglo XVIII. Próxima ya á su extincion la Compañía, se encontraba aun á la cabeza de una falange sagrada, cuyos trabajos referirémos mas adelante, y que empezando por Tiraboschi, Feller, Francisco de Ligny y los dos Guerin du Rocher, hallará dignos herederos en el Jesuita-cardenal Ángelo Mai, descubridor del tratado *De republica* de Ciceron, en los PP. Rosaven, Perrone, Maccarthy, Ravignan, Finetti, Montemayor, Van Heke, Secchi, Vico, Rancini, Arturo, Martin y Cahier.

Pregúntase un escritor portugués, José Macedo, en una obra

publicada en Lisboa en 1830 bajo el epígrafe de *Los Jesuitas y las Letras:* «Caso de venir á faltar todas las obras que se han redac-«tado hasta el dia sobre las ciencias en general, y sobre cada una «de ellas en particular, y no quedasen mas que las publicadas «por los Jesuitas, ¿se notaria vacío alguno en la tan vasta repú-«blica de las letras?» Contéstase Macedo negativamente, y aduce los motivos en que basa su opinion. Esto es una exageracion en su aserto, y nosotros la rechazamos tanto en la alabanza como en el vituperio. Hemos tratado, cuanto lo ha permitido la insuficiencia de nuestras fuerzas, de indicar las tendencias y carácter de estos trabajos intelectuales de la Sociedad de Jesús. No hemos pretendido trazar un cuadro, sino un simple bosquejo, para reunir con mas comodidad los servicios prestados á las letras, y los beneficios prodigados á la humanidad: es verdad que hubiéramos podido ampliarle sin medida, porque no lo hemos dicho todo, ni sobre los hombres, ni sobre sus escritos; pero servirá no obstante para demostrar que los Jesuitas han sido en todos los tiempos, así como en todos los climas, los apóstoles de la ciencia humana, como eran ya los propagadores de la fe divina, desempeñando en el mundo una doble mision tan gloriosa como difícil. Por la enseñanza y por las ideas de toda especie que pusieron en circulacion, han conseguido, á no dudarlo, el objeto religioso que se proponian: el fin de esta historia podrá revelarnos si no se han excedido á sí mismos en el otro.

CAPÍTULO XXX.

Luis XIV y su carácter. — El P. Annat, su confesor. — Constitúyese mediador entre el Pontífice y el Monarca en el asunto de la guardia corsa. — Los Jesuitas bajo el reinado de Luis XIV. — El P. Canaye en Dunkerque. — Misiones de Bretaña. — Las casas de retiro. — El P. Chaurand y los pobres. — Creacion de los asilos de mendicidad. — Llama Inocencio XII á Roma al P. Chaurand. — Bourdaloue en la corte. — *Tu es ille vir.* — Muerte del Padre Annat. — Sucédele en su cargo de confesor el P. Ferrier. — Carácter del Jesuita. — Encárgale Luis XIV de la lista de los beneficios. — El P. Francisco Lachaise. — Su retrato. — Ascendiente que toma sobre Luis. — Aleja de su lado á la marquesa de Montespan. — Retrato del Papa Inocencio XII. — Asunto de la regalía. — Los Jesuitas en Pamiers. — Resistencia del obispo á las órdenes del Monarca. — Es apoyado por el Papa. — Envia á los Jesuitas varios rescriptos conminatorios. — Son citados los Padres ante los parlamentos de Paris y Tolosa. — Es elogiada su prudencia. — Excomunion lanzada contra el Monarca. — Niéganse los Jesuitas a publicar la bula que les ha remitido el Papa. — Asamblea del clero francés. — Disposicion de los ánimos. — Bossuet en la Asamblea general de 1682. — Libertades *llamadas* de la Iglesia galicana. — Declaracion de los cuatro artículos. — Opone la Sorbona una resistencia tácita. — No consiente Luis XIV que firmen los Jesuitas la declaracion de enseñar los cuatro artículos. — Motivos religioso-políticos de esta órden. — El P. Lachaise y el General de los Jesuitas. — Cartas del P. Lachaise sobre los resultados de la declaracion. — Gestiones conciliadoras por parte del Rey y los obispos cerca de la Santa Sede. — Carta de Luis XIV. — Las libertades galicanas y los revolucionarios. — Conducta de los Jesuitas en estas graves circunstancias. — Los Protestantes y el edicto de Nantes. — Colbert y Bourdaloue. — Plan que se proponen los Jesuitas para exterminar la herejia. — El P. Dez en Estrasburgo. — Madama de Maintenon y Luis XIV. — Opónese Lachaise á su matrimonio. — Los Jesuitas fraccionados sobre la oportunidad de la revocacion del edicto de Nantes. — Es acusado el P. Lachaise. — El canciller Letellier y su hijo Louvois. — Inauguran los Jesuitas sus misiones entre los Protestantes. — Bourdaloue y La Rue. — Poco efecto que producen estas misiones. — La revocacion del edicto de Nantes suscita la persecucion contra los Jesuitas de Holanda. — Su posicion en este país. — Medidas tomadas por ellos. — Su memoria á los Estados generales. — El arzobispo de Sebaste y los Jansenistas. — Causas de la persecucion. — Los Jesuitas en los Estados generales. — Escriben á Roma por órden de aquellos. — El cardenal Paulucci. — Vense proscritos. — Su perseverancia. — Son desterrados de Sicilia. — Su regreso. — Conversion de la fa-

milia electoral de Sajonia. — Los PP. Vota y Salerno. — El P. Vota en Polonia con Federico Augusto. — El P. Salerno en la corte de Sajonia. — Convierte al catolicismo al príncipe hereditario. — Hácele casarse con una archiduquesa de Austria. — Salerno es promovido al cardenalato. — Eleva Clemente XI á esta dignidad á otros dos Jesuitas. — Tolomei y Cienfuegos. — Son estrañados de Rusia los Jesuitas por Pedro el Grande. — Las congregaciones generales. — El P. Carlos Noyelle es elegido General de la Sociedad después de Oliva. — Su muerte. — Eleccion de Tirso Gonzalez. — Su carácter. — Sucédele Miguel Angel Tamburini. — Apostolado de Francisco de Gerónimo.

El reinado de Enrique IV, el ministerio de Richelieu y Mazarini, y la educacion de los Jesuitas, habian preparado uno de esos siglos que constituyen época en los anales del mundo: solo restaba encontrar un príncipe capaz de continuar la obra tan penosamente elaborada, cuando nació Luis XIV. Dotado este Príncipe de todo el ardor de la juventud y de las pasiones, hermoso como la esperanza, y abrigando en el mas alto grado la conviccion de su fuerza y del honor de su país, iba á recoger la triple herencia que habian legado á su inexperiencia estos tres grandes hombres. Los placeres, los torneos y los amores caballerescos debian ser su única ocupacion; pero quiso ser rey desde el mismo dia de la muerte de Mazarini, y lo fue efectivamente en toda la majestad de este título. Arrullado en su infancia por los tumultos de la Fronde, ó por las obsequiosidades del círculo en que Ana de Austria, su madre, unia la vivacidad y gentileza españolas á la finura de la conversacion francesa, habia en su juventud abandonado las riendas del gobierno al ministro de su minoría; pero, una vez muerto este, se sintió llamado Luis á gobernar por sí mismo, pasando sin transicion á ser popular y justo, magnífico y económico, conquistador y licurgo. El instinto del poder le reveló el conocimiento de los hombres y de los negocios; el orgullo de mandar á la Francia le enseñó el papel que debia representar en Europa; y aquella cabeza tan esplendente bajo los diamantes de la corona, no consintió jamás el menor sacrificio de la dignidad nacional. Luis XIV honró á su patria en las victorias, así como en los reveses; inspiróla la idea de tener fe en sus ilustres capitanes, en sus poderosos administradores, en sus célebres escritores, y principalmente en su pueblo, en ese pueblo á quien enardecen todas las pasiones generosas; en una palabra, Luis XIV tuvo en el trono el buen sentido que dirige al genio.

Comprendiendo los Jesuitas que bajo el gobierno de un monarca que nada dejaba que hacer á los otros no tenian ya que temer aquella instabilidad legal con que les amenazaba continuamente la magistratura, se dispusieron á trabajar, así en la corte como en sus colegios, ya en Paris como en el interior de las provincias, por la prosperidad de la Religion y de la enseñanza. Luis, con su omnipotencia inexperta, necesitaba un mentor ilustrado; le buscó, y le halló en el P. Annat, su director espiritual.

Francisco Annat, nacido en Rodes el 5 de febrero de 1591, era una de esas naturalezas rígidas y buenas, como tantas otras suministradas á la Iglesia por las montañas del Rouergue. Su ruda franqueza, su ciencia profunda, pero que el contacto de la corte no habia podido hacer elegante, y su fisonomía tan llena de sencillez como de delicadeza, comunicaban á este Jesuita un carácter particular. Después de haber desempeñado sin fausto, pero con un mérito incontestable, los primeros cargos de su Instituto, hallábase hacia ya largo tiempo desempeñando el de confesor del Monarca, cuando vino un suceso inesperado á enemistar al Jefe de la Iglesia con Luis XIV, que pretendia ser el primero siempre y en todas partes. Impulsado este Príncipe por su orgullo natural, realzado con tantas victorias y tantas paces ventajosas, no solo no atendia á razones que contrariasen sus derechos de preferencia, sino que para robustecer su autoridad en el interior, queria ver respetado en el exterior el nombre de su país. Ya en otro conflicto semejante, ocurrido á fines del año de 1569 entre los embajadores de España y Francia, los condes de Wateville y de Estrades, habia tomado medidas tan decisivas que, intimidado su suegro Felipe IV, se sometió á sus exigencias, y reconoció que el nieto de Carlos V debia ceder el paso al sucesor de Francisco I. Un año después se vió el Monarca comprometido en una querella del mismo género; pero esta vez era la cuestion algo mas espinosa, porque Luis tenia ahora que habérselas con la corte de Roma. El motivo fue el siguiente: Decíase que el embajador cerca de la Santa Sede, duque de Crequi, toleraba los desmanes de sus criados, quienes habian insultado á una compañía corsa de la guardia pontificia. No cabe duda que el Monarca francés no hubiera eludido ni dilatado la reparacion del ultraje; pero facultando á los insultados para vengar su causa, asaltaron el palacio del Duque, asestaron algunos tiros al coche de la em-

bajadora, é hirieron y mataron á varios franceses. Llegada á oidos de Luis la noticia de este atentado contra el derecho de gentes, se apoderó del condado Venesino, y envió á decir á Alejandro VII, que si no se le otorgaba al momento una completa y ruidosa satisfaccion, pasaria los Alpes á la cabeza de su ejército, y no pararia hasta el Capitolio.

La posicion de los Jesuitas entre la Francia y la Santa Sede era en extremo difícil. No se le ocultaba al P. Annat el respeto que profesaba Luis á la Silla apostólica; pero tampoco ignoraba que su orgullo justamente irritado no cederia ante consideraciones de ninguna especie. Los derechos de la Iglesia no entraban para nada en este debate; pero tal vez pudieran verse comprometidos por los azares de una guerra. El P. Annat, á instancias del Rey, se constituyó mediador oficioso entre este y el Papa, que acababa de apelar, aunque en vano, á los príncipes católicos, porque todos ellos rehusaron el honor de defender á la corte romana contra las armas francesas. El Papa habia permanecido neutral al insulto que el cardenal de Chigi, su sobrino, habia autorizado ó al menos dejado impune; circunstancia de que supo aprovecharse Annat para defender cerca de Alejandro y Luis los derechos de cada uno, al paso que para atenuar los agravios mutuos, y escribió al General de la Compañía en 18 de enero de 1668 en los términos siguientes:

«No puedo menos de comunicar á V. P. mi extremado dolor al «ver frustrada la esperanza que habia concebido de la próxima re«conciliacion entre el soberano Pontífice y el Rey Cristianísimo, «reconciliacion que á primera vista pareceria fácil entre dos cora«zones, amigos ambos de la concordia; pero ignoro á qué eno«josa coincidencia de sucesos deba atribuir el trastorno de todas «mis previsiones. El Rey Cristianísimo toma á su pesar la ofensi«va; pero su misma repugnancia es una prueba de la constante «energía con que llevará á cabo su resolucion hasta haber obte«nido una reparacion completa. El mismo Santo Padre le ha con«fesado la atrocidad del insulto hecho á la Francia en medio de «Roma, y no por uno ó dos individuos, sino por una multitud de «soldados de la guardia corsa. El Rey se queja de que habiendo «sido público el ultraje, no se haya podido descubrir en cua«tro ó cinco meses uno solo de los autores ó promotores de este «delito, ó al menos uno que se halle complicado en él por su

«negligencia en prevenir, contener ó castigar á los culpables.

«V. P. comprende mejor de lo que pudiera yo expresarlas las «desastrosas consecuencias de esta querella. Está en la mano de «las partes beligerantes el comenzar una guerra, pero no depende «siempre de ellas el terminarla. El inminente peligro que amena- «za en este reino á la santa jerarquía eclesiástica, y la ruptura de «toda subordinacion, son para mi alma un fuego devorador que «la consume de un modo increible. No he oido hablar hasta ahora «de renovar la pragmática-sancion: únicamente sé, que uno de «los primeros ministros se ocupa en la actualidad del método que «se ha de seguir para arreglar los asuntos de la Iglesia de Fran- «cia, caso de interrumpirse con la guerra toda comunicacion con «la Santa Sede. Dícese que los parlamentos serán asociados á es- «ta administracion. Habrá solamente una asamblea de obispos á «la cual se consultará; dividiránse los pareceres, y temo mucho «que esto ocasione un desastre á la Iglesia. Si durante las hosti- «lidades se va introduciendo en los ánimos la costumbre de violar «los derechos de la Santa Sede, será difícil renunciar á un siste- «ma de un gobierno eclesiástico, cuya abolicion exigirá Roma, «pero que la Francia no querrá tal vez abandonar, porque habrá «principiado con ciertas apariencias de justicia. En suma, este «negocio es de tal naturaleza, que la Iglesia tiene quizás que te- «mer mas de la victoria que de la derrota. Los franceses venci- «dos, y contando entre ellos una multitud de herejes, ¿no se incli- «narán exasperados á entregarse en brazos de la herejía, ó cuan- «do menos del cisma?

«Por lo que á mí toca, puedo prometerme que con el favor de «Dios no faltaré á mi deber; pero ¿qué puede una débil caña «contra el ímpetu del torrente? Si á todo esto se añade que, á «mas de volver á resucitar en perjuicio nuestro la antigua acu- «sacion de papismo, vemos, por una carta escrita últimamente «en Roma bajo este sentido, se han debilitado notablemente nues- «tros esfuerzos, maravilla será que no nos alcance esta tempes- «tad: mucho mas cuando observamos coligarse en esta ocasion «los sectarios antiguos y modernos, enemigos todos de nuestro «Instituto.

«Puedo asegurar que el Rey Cristianísimo tiene en grande es- «tima al sumo Pontífice, habla de él con mucho respeto, y no se «olvida de reconocerle como jefe visible de la Iglesia; pero tam-

«bien está persuadido de que es una obligacion suya el no dejar «envilecer la majestad real tan cruelmente ultrajada. Cuando la «Santa Sede se proponia enviar á Paris un legado, oí decir al «Rey, que le acogeria con mas honores que de costumbre. Creo «que será sumamente agradable á V. P. el leer aquí el testimo- «nio de gratitud que debo al cardenal Antonio [1], quien conduce «este negocio á las mil maravillas, tratando de conciliar los de- «rechos que se agitan, y prestar al Rey los servicios que se le «deben, sin faltar en nada á sus deberes para con el Jefe de la «Iglesia.»

La corte romana conservaba en sus relaciones diplomáticas con los príncipes una conviccion tan elevada de su dignidad, que aun á sus mismos agentes era costosísimo el confesar faltas personales. La carta del P. Annat no dejaba lugar á la incertidumbre: era indispensable suscribir á la reparacion que exigia Luis XIV, ó arrostrar las consecuencias de una guerra, cuyas calamidades religiosas enumeraba diestramente el Jesuita. Alejandro VII prefirió sacrificar el orgullo de sus ministros que la integridad de la tiara. El mismo cardenal Chigi pasó en persona á ofrecer al Rey las excusas del Papa; y para eternizar la memoria de la reparacion que el hijo mayor de la Iglesia ofrecia á su madre, levantaron una pirámide en el centro de la ciudad pontificia. Habíase mostrado el Jesuita tan adicto al Vaticano y al trono de Francia, que Luis XIV le agradeció el haber calmado su enojo, al paso que el Pontífice le expresó su gratitud por medio de un breve en que elogiaba su afortunada intervencion. Hé aquí la contestacion que dió el Jesuita al rescripto del Papa con fecha 16 de octubre de 1664: «No ha podido menos de confundirme la lectura del «breve con que se ha dignado honrarme Vuestra Santidad, favor «que de ningun modo he merecido, ni tenia derecho alguno á es- «perar. Cuando Vuestra Santidad tuvo á bien recomendarme el «asunto, cuya conclusion fue confiada al ilustre nuncio, arzobispo «de Tarso, acogí la insinuacion como un precepto, y el precepto «como un beneficio. Paréceme que no será difícil hacerle apreciar «al Rey Cristianísimo los piadosos proyectos y justas exigencias de «Vuestra Santidad; porque todo lo que interesa al culto divino y al «incremento de la fe, es negocio para él de la mas alta importan-

[1] El cardenal Antonio Barberini, capellan mayor del Rey y arzobispo de Reims.

«cia, como diariamente lo demuestra por medio de innumerables «testimonios. No dudo tampoco que ofrecerá en adelante pruebas «mas palpables de su celo, mucho mas cuando está próxima á «restablecerse la concordia entre la Silla apostólica y S. R. M., «como conviene que subsista entre el mejor de los padres y el «mejor de los hijos.»

Los Jesuitas eran para Luis XIV, cuando se hallaba en toda la embriaguez de su pujanza y de sus pasiones, un freno moderador, y procuraban dirigir hácia el bien las eminentes cualidades que desplegaba. Rodeado de aduladores y de poetas, á quienes una palabra de su boca, un solo signo de su mano, una sola mirada colmaba de felicidad, ó sumia en la desesperacion; amante de la gloria hasta el delirio, y no sabiendo jamás, á imitacion del Monarca su abuelo, resistir á las seducciones del amor, hubiera podido muy bien este Príncipe eludir los consejos de un anciano, cuya austeridad de principios era para él una acusacion perpetua. La historia y la poesía han consagrado la memoria de la señorita de Lavailliere; pero guardóse muy bien el P. Annat de asociarse al entusiasmo universal. En un tiempo en que los aduladores de la majestad deificaban á Luis XIV, adoptando como virtudes sus mismos vicios, los Jesuitas declararon la guerra á su corazon, «y el P. Annat, segun la expresion de Bayle [1], llenaba «de amargura los dias de este Príncipe, y no le dejaba momento «alguno de reposo.»

Y no se contentó la Compañía de Jesús, durante esta rápida sucesion de fiestas y combates, de placeres y victorias, que señalaron los treinta primeros años de reinado de Luis, con disfrutar á la sombra del trono de un apoyo que jamás le faltó. No creyéndose únicamente nacida para vivir en la corte, ni creyendo haber desempeñado su mision, cuando habia logrado inspirar sentimientos piadosos á alguna grande familia; desvelada en las atenciones necesarias á la educacion francesa, jamás perdia de vista que se debia toda entera á la conversion de los herejes, y al sostenimiento del catolicismo en las provincias. El reino disfrutaba de una paz octaviana que la permitia regularizar el celo; Luis XIV la otorgaba tambien toda la latitud posible; y encontrando en su seno bastante número de individuos para popularizar su triple apostolado, se aprovecharon de la benigni-

[1] Bayle, *Diccionario histórico*, artículo *Annat*.

dad del Monarca, marchando á imitacion de este de triunfo en triunfo.

Después de la batalla de las Dunas, en la que batió Turena en 1568 al príncipe de Condé y á D. Juan de Austria, fue cedida á los ingleses la ciudad de Dunkerque; mas no sin que Mazarini, que á la sazon se hallaba todavía al frente del gobierno de la Francia, especificase en las cláusulas del tratado, que el P. Juan Canaye deberia quedarse en la ciudad, bajo el título de *rerum catholicarum moderator*, con el objeto de proteger la fe de sus habitantes. Pensaba la Francia reivindicar mas adelante esta plaza marítima; y no queriendo el Cardenal ministro otorgar á la Inglaterra todos los derechos de propiedad, trataba de enlazarla al suelo francés por la identidad de culto. El Jesuita que habia recibido la mision de fomentar el patriotismo y la Religion en los corazones, supo preservarlos tan perfectamente de los errores del anglicanismo, á pesar de encontrarse bajo el influjo de su bandera, que cuando rescató Luis XIV á Dunkerque en el año de 1662 después de la paz de los Pirineos, no halló en esta poblacion mas que católicos y franceses. Los Jesuitas del colegio de La Flecha fueron testigos en la misma época de una nueva victoria sobre el anglicanismo. Acababa de abjurar la herejía la condesa de Sussex, su hijo y toda su familia, ejemplo que fue imitado en Paris por el conde de Suze y la marquesa de Beauvau; en Alenzon, por madama de Montpinson; en Uzes, por Luis de Croy; en Nimes, por Bagais, y últimamente en Meaux, por la familia de La Claye, ingresando todos ellos bajo la direccion de los Padres en el seno de la Iglesia católica. Y si esta buena y piadosa madre contaba por ellos unos nuevos fieles, la Sociedad de Jesús halló en las bendiciones del pueblo la recompensa que esperaba de sus trabajos. El conde de Dunois, hijo de Enrique de Orleans, duque de Longueville, pasó acompañado del gran Condé, su tio, á llamar á la puerta del noviciado, donde se consagró al Instituto, después de haber cedido sus derechos de primogenitura á su hermano Saint-Paul de Longueville, que perecerá mas tarde en el paso del Rhin. La Compañía de Ignacio compartia su ardor en todas las obras: veíanse algunos de sus individuos marchar en pos de los ejércitos, y morir como el P. La Borde en el seno de la victoria; mientras metidos otros en lo interior de las provincias y léjos del tumulto de los campamentos, fundaban sobre el año de 1664

varias casas de retiro, con arreglo al plan que su Fundador, y después de él san Vicente de Paul, habian concebido. En Bretaña, en ese país cuyo espíritu habian renovado los PP. Maunoir, Martin Rigoleu y Tomás Huby, fue donde se inauguraron las primeras casas de retiro. Maunoir habia hecho prodigios en esta provincia: el clero, el pueblo, la nobleza, todos se encendian en fervor al fuego de su palabra; por todas partes llevaba la conviccion en los ánimos y la reforma en las costumbres. Deseando perpetuar estos frutos de salvacion, asociáronse el abate de Kervilio, vicario general de Vannes, la señorita de Francheville y el P. Vicente Huby, con el objeto de dotar á su patria con algunas casas de retiro, donde los eclesiásticos, los seglares, y aun las mismas mujeres, debian separadamente volver á empaparse en la piedad. El P. Huby, cuya caridad era extremadamente ingeniosa, y que conocia el arte de conmover á los endurecidos, de fortificar á los débiles, reanimar á los tibios y alentar el fervor de todos, arregló los ejercicios y compuso las meditaciones. Habia tomado este Jesuita una santa iniciativa, que imitó toda la Bretaña, erigiendo establecimientos y asociaciones, á quienes se debió después la difusion de la semilla religiosa.

Lo que tan buen éxito habia tenido en las orillas del Océano fue ensayado después en otras comarcas por otros Padres, obteniendo en todas ellas los mismos resultados. El P. Luis Le Valois, nacido en Autun en 1639, y cuyo celo habia tenido ocasion de admirar mas de una vez la Normandía entera, acudió á Paris con el objeto de continuar la obra, escogiendo el noviciado de la Compañía. El Monarca mismo, en medio de sus triunfos y placeres, asoció su nombre á una idea que contribuia á la tranquilidad de las familias y al buen órden de la Sociedad, mientras que el mariscal de Bellefonds, el amigo de Bossuet, que habia tomado una parte tan activa en la ereccion de estas casas de retiro, asistia á ellas confundido con todos los fieles de todas las clases, porque el P. Le Valois los habia establecido para que aprovechasen á todas ellas. Y si este Jesuita, á quien siguió Sanadon, empleó todos sus esfuerzos para propagar la moral y la instruccion entre los jornaleros, el P. Honorato Chaurand, otro de sus colegas, cuya vida fue una abnegacion continua, no quiso ser menos eficaz, ó por mejor decir, realizó por sí solo una institucion cási imposible á un Gobierno.

Este Jesuita habia visto de cerca y tenido ocasion de estudiar la lepra de la mendicidad, y á fin de comenzar á curarla trata de fundar algunos talleres, donde reune á los indigentes. No cuenta con otro apoyo que el de su elocuencia y caridad; pero bástanle estos elementos para triunfar de las malas inclinaciones, de la ociosidad y del desenfreno; y como por otra parte estaba dotado del don de la persuasion, no tardó en arrastrar en pos de sus huellas á los menesterosos, revelándoles el precio del trabajo, y enseñándoles que aquella existencia vagabunda era un gravámen para ellos y para el país. Desde el año de 1650 al de 1697 recorrió la Francia en todas direcciones, creando ciento seis asilos de mendicidad, y aplicándoles los mas sabios reglamentos; al paso que los mendigos, consolados y animados ya, no desesperaban del cielo ni de los hombres. Los gobernadores de las provincias, los obispos y demás poderosos de la tierra llamaron al seno de sus ciudades al Jesuita que los habia tomado bajo su salvaguardia, con el objeto de fundar establecimientos semejantes: extendiéndose de tal modo la reputacion de este protector de la indigencia, así como su aptitud para dominar por medio de una bondad siempre ingeniosa á estos seres infortunados, á quienes la ociosidad ó el hambre impelia al vicio ó al crímen, que no tardó en atravesar los Alpes. Entusiasmado Inocencio XII al oir el relato de las maravillas de un hombre que, sin mas haberes que su caridad, habia sabido fecundizar el terreno de la beneficencia, concibe el grandioso proyecto de fundar en su capital la obra que aquel habia organizado en Francia. No contento este Pontífice con transformar en hospicio su palacio de Letran, ni satisfecho su celo con imitar al Jesuita, quiere que este aplique por sí mismo las reglas que ha prescrito á los anteriores, porque desea escuchar de su boca los recursos que hiciera brotar su celo. Llega el Padre Chaurand á Roma; el Papa habla con él diferentes veces de su proyecto; cólmale de testimonios de afeccion, y le admira en su caridad; y cuando el Jesuita murió poco despues, el 19 de noviembre de 1697, en el noviciado de Aviñon, no por eso se extinguió su pensamiento creador. Otros Padres del Instituto siguieron sus huellas, y supieron estimular la generosidad del rico, al paso que fecundizar el trabajo del pobre.

Nada era ajeno á la caridad de los Jesuitas: encontrábanse do quiera, y do quiera existian grandes cosas que emprender: su

Órden habia pasado á ser un semillero de sabios, de misioneros, de confesores de reyes é instructores de los pueblos. Cada una de las ciudades de Champaña y Lorena les ofrecia una nueva casa. En 1665 fue creada en Reims una segunda cátedra de filosofía; los habitantes de la antigua ciudad de san Remigio votan una iluminacion general para honrar á la Compañía de Jesús; y Carlos de Linoncourt, marqués de Blainville, renuncia á su inmensa fortuna para entrar en el Instituto; pero tambien en el intervalo de algunos años llena la muerte de luto á la Compañía. El 5 de junio de 1667 fallece el Jesuita-cardenal Pallavicini, uno de los historiadores mas eruditos del catolicismo, en una edad poco avanzada todavía; el 27 de junio de 1673 espira el P. Tomás Villers, después de cincuenta y tres años de afanes apostólicos; el 9 de enero de 1677 sucumbe el P. Edmundo Joyeuse sobre la brecha de la enseñanza y la predicacion, y últimamente, la ciudad de Dijon llora la pérdida del P. Juan Bautista Châteaubornay.

Tambien en esta época, en que el genio de la caridad tomaba, como el de la historia, la poesía y las artes, formas colosales y gigantescas, vieron salir de sus filas los Jesuitas un orador, digno rival de Bossuet, Flechier y Massillon, en su colega Luis Bourdaloue. Nacido en Bourges en 1632, comunicó un esplendor al púlpito, que jamás ha podido debilitar el tiempo. Luis XIV contaba en su ejército generales tales como Condé, Turena y Schomberg; mientras que Vauban fortificaba las fronteras del reino, se hallaban Tourville y Forbin al frente de sus escuadras; en el número de sus ministros y embajadores estaban un Louvois, un Colbert, de Avaux, de Estrades y Torcy. La magistratura contaba entre sus filas un Ormesson, un Aquiles de Harlay, Lammoignon, Talon, Joly de Fleury y de Aguesseau. El duque de Montaussier y Bossuet educaban á su hijo; Mansart y Perrault construian sus palacios; Lebrun trasladaba al lienzo las victorias inmortalizadas ya por las musas. Creaba tambien la Academia de pintura y escultura, el observatorio de Paris y el jardin botánico. Luis ordenaba á Tournefort que emprendiese sus doctos viajes. Á su voz abandonaban su patria Cassini y Bernouilli para enriquecer con sus talentos al reino de Francia. Corneille, Racine y Boileau escribian sus obras maestras: Molière ponia en ridículo los vicios de su tiempo, y Bourdaloue aparecia para combatirlos con la razon cristiana. Este Jesuita de frente severa, aunque do-

tado de una alma grande y benévola, se sienta desde que pronuncia su primera palabra en la misma altura de tantos hombres gloriosos. Pero no es la celebridad lo que busca: no ha cifrado su ambicion en los aplausos del mundo. Llamado por su posicion á distribuir la instruccion evangélica, si paró la atencion en los excelentes modelos que tenia á la vista, fue para igualar y aun sobrepujar á un Mascaron, un Flechier y un Bossuet. El Jesuita les igualó, les aventajó á todos, haciendo entrar en una nueva via la elocuencia sagrada. En medio de un siglo en que las obras del talento eran acogidas con tanto entusiasmo, fue Bourdaloue algo mas que un orador; hízose apóstol mucho mas por la santidad de su vida que por la eminencia de su talento. El ejercicio habitual de su ministerio, la direccion de las almas, sus continuas y prolongadas visitas á los enfermos, y el amor que profesaba á los indigentes, le comunicaron ese conocimiento del corazon humano que en él ha sido tan celebrado, y que parece formar un tratado de moral práctica de cada uno de sus discursos. Mostrábase el pueblo tan ávido de oir sus doctrinas, que segun el testimonio de madama de Sevigné [1], se llenaba la iglesia dos dias antes de la hora en que debia distribuir el pan de la divina palabra. «Acabo de oir la Pasion de Mascaron, escribe el 27 de mar«zo de 1671, por haberme sido imposible asistir, á pesar de mi «gran deseo, á la que ha predicado Bourdaloue, á causa del in«menso gentío que obstruia las puertas del templo, donde esta«ban los lacayos desde el Miércoles Santo.»

Como predicador de la corte, tenia que desempeñar por precision deberes austeros. La admiracion de que era objeto el Monarca; el éxito que do quier coronaba los esfuerzos de sus generales y diplomáticos; los grandes acontecimientos y grandes hombres que nacian en derredor suyo, todo habia contribuido á persuadirle que era superior á los demás hombres. Colocado en tan alto puesto por el esplendor de su reinado, esperaba legitimar sus pasiones delante de Dios con la misma facilidad que las hacia adoptar por sus aduladores y por la Francia entera. La marquesa de Montespan habia sucedido á la señorita de Lavailliere, transfor-

[1] «Bourdaloue está tronando en San Jaime de la Boucherie, escribe por se«gunda vez madama de Sevigné en 27 de febrero de 1679; siendo tales las «apreturas y confusion, que todo el comercio de aquel barrio se halla inter«rumpido.»

mada ya en carmelita, y expiando su ventura de un dia con eternos remordimientos. Todo el mundo callaba ante este doble adulterio; la corte entera se humillaba á los piés de la favorita; mas Bourdaloue creyó que importaba en gran manera á la dignidad de su ministerio hacer escuchar al Rey una animosa advertencia. Aprovechó la ocasion un dia, en que predicando en su presencia, y explicando por acaso la parábola de Natan, osó aplicársela directamente, y mas de una vez durante el discurso sonó en sus oidos aquella terrible expresion: *Tu es ille vir* [1], que hizo tanto eco en otro tiempo en el corazon del Rey profeta. Luego que salió Luis de la capilla real, preguntó á sus cortesanos qué es lo que el Jesuita habia querido decir. Los cortesanos permanecen mudos, cuando de repente el duque de Montaussier, cuya rígida franqueza no conoce miramientos: «Á V. M., exclamó, es á quien ha di-«cho: Tú eres aquel hombre.» Á esta respuesta el Rey no pudo contener un movimiento de indignacion; mas después de haber reflexionado algunos instantes:

«Señores, dijo, el P. Bourdaloue ha cumplido con su deber; «cumplamos nosotros con el nuestro.» Desde aquel dia pareció haber entrado Luis en una senda menos fecunda en escándalos de familia.

Á principios del año de 1670 el P. Annat, que fue el director espiritual del Monarca durante el período de diez y seis años, creyó que ya no le permitia su ancianidad ofrecer á este Príncipe unos consejos que no siempre aceptaba; y abandonó la corte resuelto á morir como simple religioso, y pasó á reemplazarle el P. Juan Ferrier, Jesuita tambien, y natural del Rouergue. «Pe-«queño de estatura, pero grande en el talento,» dice Amelot de la Houssaye [2], llegaba este Jesuita en circunstancias difíciles. Sin hallarse dotado de la mansedumbre llena de austeridad del Padre Annat, ni de la elegante amabilidad del P. Lachaise, poseia cualidades mas pronunciadas. Sabia que el Soberano en medio de los extravíos del corazon conservaba un profundo respeto al catolicismo, y se atrevió á exigirle que diese de ello un solemne testimonio: «Mas de una vez, dice Choisy en sus *Memorias* (to-«mo LXXIII, pág. 174), con escándalo del pueblo, pero con edi-«ficacion de los sugetos prudentes é ilustrados, el Rey ha prefe-

[1] Algunos escritores han atribuido á Mascaron estas enérgicas palabras.

[2] *Memorias* de Amelot de la Houssaye, tomo III, pág. 290.

«rido alejarse de la sagrada Mesa, á pesar de la política, que «acercarse indignamente á ella.»

Empero con la esperanza de una conversion prevista, el Jesuita, á quien sus funciones de confesor del Rey llamaban al manejo de los asuntos religiosos, se ocupó de la prosperidad de la Iglesia y de los intereses del clero. Amaba al Instituto de san Ignacio con todo el entusiasmo de un Jesuita; pero si se ha de dar crédito al citado Amelot de la Houssaye, quien conoció mucho á este Padre, jamás pretendió servirle por medio de injusticias, ni de favores. «Frecuentemente, dice este analista [1], le he oido de«cir á otros Jesuitas que trataban de hacerle entrar en sus que«rellas para apoyarse después en su crédito, que el Rey no le «habia nombrado confesor suyo para ser abogado de malas cau«sas.» Semejante independencia de carácter, sostenida por una firmeza que jamás llegó á desmentirse, provocó mas de una queja. Al descargarse Luis XIV del cuidado de los nombramientos eclesiásticos, en un consejo de conciencia de que formaba parte el P. Annat, fue llamado á él Ferrier con el mismo título; mas pronto no se contentó, dicen los adversarios de la Sociedad, con su voto aislado. Separó al nuevo arzobispo de Paris Francisco Harlay, y arrogándose insensiblemente una autoridad preponderante, pasó á ser el canal de todas las gracias, y el promotor de todos los nombramientos.

Era una especie de ministerio creado por Luis XIV, el cual creyó mas conveniente confiarlo á un sacerdote incapaz de ambicionar nada, en vez de hacerlo á unos prelados cuyas familias ó amigos no cesarian jamás de solicitar tanto para sí como para los demás. Este derecho de disponer de los beneficios y obispados no podia menos de suscitar numerosos descontentos. El Jesuita, sin embargo, continuó su mision sin preocuparse; y haciendo hasta el último dia elecciones que siempre fueron aprobadas [2] por el Soberano, falleció el 29 de octubre de 1674 en la casa profesa de Paris.

[1] *Memorias* de Amelot, tomo III, pág. 290.

[2] Durante su última enfermedad, dicen Choisy en sus *Memorias*, y Oroux en la *Historia eclesiástica de la corte de Francia*, envió á decir Ferrier al obispo de Marsella (Forbin de Janson), embajador á la sazon en Polonia, que le habia elegido para el arzobispado de Sens; pero seis dias después mandó que le escribiesen que no podia cumplirle la palabra porque, creyéndose próxi-

Habiendo pasado á ser un puesto eminente el título de confesor del Monarca, importaba en gran manera á los ambiciosos poner en él á un hombre segun su corazon. Todavía deliberaba la Sociedad sobre la demanda de Luis XIV, que la pedia un sacerdote justo y prudente, cuando el mariscal de Villeroy le hizo aceptar al P. Lachaise, cuya rectitud, dulzura y capacidad habia elogiado mas de una vez en su presencia. Annat y Ferrier se habian visto precisados á mezclarse en los asuntos de la Iglesia, habiendo este último sido arrastrado como por una pendiente insensible á ser su árbitro exclusivo y cási absoluto. El confesor, por su posicion, se transformaba en personaje político, en dispensador de los favores, y en soberano de las gracias; y como el crédito que semejantes funciones hacian resaltar sobre un individuo de la Compañía era atribuido á toda ella en masa, porque todos y cada uno la miraban como solidaria de las virtudes ó errores de sus miembros; de aquí es que su poder era palpable, lo que á nuestro modo de ver fue una enorme falta. Al aceptar una pesada carga, cuya responsabilidad hubieran declinado los PP. Auger, Coton, Lamormaini y Caussin, se apartó la Sociedad de san Ignacio del principio sentado por Aquaviva, y sobre todo por su Fundador. Viósela encargarse por uno de los suyos de la distribucion de los beneficios; lo que, ya de grado ó por fuerza, venia á ser sinónimo de introducirse por una puerta entreabierta en la administracion de lo temporal y en el gobierno de las cosas del mundo, cuando los Jesuitas debian permanecer ajenos á todas estas cosas. Tal vez las necesidades del momento, la voluntad de Luis XIV, la precision de dar garantías al episcopado, ó la confianza que les dispensaba la Santa Sede, pudieron violentar una determinacion que destruia todo un pasado de sacrificios; pero no por eso habrá dejado de adquirir la historia un derecho para decir que los PP. Ferrier y Lachaise se encargaron de unas funciones declaradas incompatibles con los cuatro votos por la misma regla del Instituto. Hubiérales tenido mas cuenta no salir jamás de la media oscuridad en que habian permanecido hasta en-

mo á parecer delante de Dios, se reputaba obligado en conciencia á colocar en la mencionada silla á un pastor que estuviese en estado de residir en ella. La víspera de su muerte envió al rey la lista de los beneficios vacantes, llenas las casillas de nombres que juzgaba dignos de ocuparlos, y dícese que S. M. hizo pocas variaciones en ella.

tonces, que venir á proclamar su autoridad á la faz del mundo. Esta autoridad no era ya dudosa; ella se revelaba por sus servicios, por sus trabajos y martirios, sin que necesitase, para evocar nuevas agresiones, ser consagrada por un esplendor oficial que nada podia añadir á su fuerza verdadera. Verdad es que de este modo cambiaban sus condiciones de existencia, invistiéndola de un poder que hasta entonces nadie habia osado soñar; pero esta misma pujanza encerraba una ocasion próxima de caida. Interesa por lo tanto estudiar qué uso hicieron del poder que les otorgaron los acontecimientos los confesores de Luis XIV.

Francisco de Lachaise, nacido en Forez el 25 de agosto de 1624, era sobrino de los PP. Coton, célebre á causa de la amistad que le profesaba Enrique IV, y del P. Francisco de Aix, afamado por su ciencia y la austeridad de sus costumbres. Después de haber recorrido este Jesuita las carreras que conducen á la profesion de los cuatro votos, fue elegido provincial de Lyon, y nombrado en seguida confesor del Rey á instancias del mariscal de Villeroy, y Camilo su hermano, arzobispo de Lyon, quienes por esta vez estuvieron muy acertados. «El P. Lachaise, dice Saint-Simon [1], «y por cierto que en boca de este sugeto no puede ser sospechoso «el elogio de un Jesuita, el P. Lachaise no pasaba de ser un ta-«lento mediano, aunque se hallaba dotado de un carácter bueno, «justo, recto, sensato, prudente, afable y moderado; era enemigo «de la delacion, de la violencia y del ruido; era honrado, bue-«no y humano, y se le encontraba siempre cortés, modesto y «muy respetuoso. Tribútasele por do quiera este testimonio, por-«que era obsequioso, justo, no vengativo ni emprendedor, muy «Jesuita; pero sin odio ni bajeza: conocia á los suyos mas de lo «que lo daba á entender, pero que entre ellos era uno de tantos. «El Rey acostumbraba referir una réplica de este Padre que hon-«ra por cierto mas al uno que al otro: *Un dia*, dice, *le echaba en «cara que era demasiado bueno.— No es que sea yo*, me contestó, «*demasiado bueno, sino que vos sois demasiado severo.*» Fue por largo tiempo el distribuidor de los beneficios, é hizo bastante buenas elecciones. «Dotado, añade Saint-Simon, de una figura inte-«resante y noble, al paso que justo en la decision de los nego-«cios, activo, diligente y persuasivo; ocupado incesantemente «sin parecerlo jamás; desinteresado hasta lo sumo, aunque muy

[1] *Memorias* del duque de Saint-Simon, tomo XIX, pág. 18 y 21.

«adicto á su familia; fácil en retroceder cuando habia sido en-«gañado; ardiente en reparar el mal ocasionado por sus yerros; «juicioso por otra parte y muy circunspecto, jamás causó daño á «nadie, á no ser precisándole á tomar la defensiva. Los enemi-«gos mismos de los Jesuitas se han visto obligados á hacerle esta «justicia, y á confesarle por un hombre de bien, honradamente «nacido y muy digno de ocupar su puesto.»

Tal es el retrato que del P. Lachaise nos dejó trazado la satírica pluma de Saint-Simon, que tambien aceptamos nosotros; pues aunque en él se hallan limitados los elogios por ese sentimiento de egoismo, que no permitia al escritor noble apreciar ó admirar sino lo que rozaba con sus parientes ó con su rango, entre sus mismas acriminaciones se descubre no obstante una imparcialidad relativa. El P. Lachaise ha pasado á ser, mediante la influencia que ejerció sobre Luis XIV, un personaje célebre, aun en medio de las celebridades de toda especie que rodeaban el trono: ha tomado parte en los sucesos de este reino; ha aconsejado y dirigido algunos; pero le acusan de haber inspirado muchos mas: está su nombre tan íntimamente enlazado á la historia francesa del siglo XVII, que mal informados en las fechas, ó poco exactos tal vez algunos autores, han tratado de mezclarle en las intrigas de la corte en ocasion que el Jesuita residia aun en Lyon, de donde no salió para dirigir al Monarca hasta principios del año de 1675 [1]. Era Lachaise uno de esos hombres á quien los es-

[1] Léese en el *Diccionario histórico-crítico* del protestante Bayle (artículo *Annat*, nota B), la rectificacion de mas de un error en lo respectivo al P. Lachaise. «Una sátira impresa en Colonia en 1693, bajo el epígrafe de *Historia «del P. Lachaise, Jesuita y confesor de Luis XIV*, asegura que habiendo ser-«vido mucho este Padre para inclinar el ánimo del Papa á otorgar cuanto el «Rey deseaba de Su Santidad, con motivo del insulto hecho á la Francia por «la guardia corsa, en recompensa de este servicio le prodigó mil halagos el «cardenal Mazarini, quien le recomendó al Monarca, y le admitió en vida «suya en el Consejo de conciencia, lo que venia á ser sinónimo de hacerle «coadjutor del confesor; llegando el descaro de los autores de este papelucho, «dice Bayle, á colocar estos hechos en los años del 1663 al 1665. ¡Hé aquí lo «que se llama saber la historia moderna! ¿Quién habrá que ignore que el car-«denal Mazarini falleció en 1661? Añádese que el P. Lachaise suplantó en 1667 «al P. Annat, pasando á excusar con la enfermedad de la naturaleza los amo-«res del Soberano con Lavailliere, al paso que su antecesor amargaba sus dias «y no le permitia un punto de reposo. Confieso que no concibo semejante au-«dacia; mucho mas cuando es público y notorio que el P. Annat no se despi-

tudios é inclinaciones pacíficas vuelven moderados, y cuyo carácter no se hubiera fácilmente prestado á la vivacidad de las luchas religiosas ó políticas. Careciendo de ambicion personal, y sin fausto, se resignaba al poder meramente por obediencia. Habia adquirido en la escuela de los Jesuitas una piedad sincera, incapaz de excluir el buen humor y esa especie de sibaritismo intelectual que tan pronto comunica al alma una ventura demasiado uniforme. Apreciaba las artes y los literatos, siendo uno de sus mas dulces placeres la conversacion con sugetos instruidos; y tanto por la belleza de su fisonomía como por la elegancia de sus modales, parecia como de molde para ocupar un puesto distinguido aun al lado de Luis XIV.

Los primeros años que se siguieron al nombramiento del Padre Lachaise no constituyen época en los anales del Instituto por ningun hecho notable. Todavía no habia tomado el confesor sobre su real penitente aquel prodigioso ascendiente que debió Annat á una bondad cási paternal, y que conservó Ferrier por medio de una rigidez emanada mas bien del claustro que de la corte. El hastío de los placeres habia dispertado el remordimiento en el corazon del Monarca; pero aquel se manifestaba solo por intervalos, y el Jesuita no se atrevia á sancionarlo á los ójos de la Iglesia. Sin embargo, lleno de prudencia hasta en sus escrúpulos, trataba de paliarle bajo ciertas razones de salud, cuya insuficiencia á nadie se le escapaba. «El cumplimiento pascual, di-«ce Saint-Simon, le causaba mas de una vez enfermedades de «política durante los amores del Rey con madama de Montespan. «Una vez entre otras le envió en su lugar al P. de Champs, quien «le rehusó con energía la absolucion.»

Sin embargo, el P. Lachaise se habia ido granjeando poco á poco la confianza de Luis. Versado en la ciencia de las medallas [1], al paso que estudiaba con él la historia sobre estos monu-

«dió de la corte hasta el año de 1670, entrando á reemplazarle un Jesuita del «Rouergue, llamado el P. Ferrier, á quien, después de su muerte, reemplazó «Lachaise. ¿En qué pensarán esos hombres que publican tan groseras false-«dades? ¿Y cómo no ven que arruinan su principal objeto? *Est ars etiam ma-«ledicendi,* decia Scalígero, etc.»

[1] La ciencia numismática debe al P. Lachaise, segun la expresion del literato Boze, una gran parte de los progresos que logró hacer en el siglo XVII. Al dedicarle Vaillant su *Historia de los reyes de Siria por las medallas*, declara en esta obra que debe al Jesuita su idea y perfeccion. El protestante Spon,

mentos de lo pasado, sabia en medio de estas ocupaciones y con una destreza infinita desprenderle insensiblemente de la marquesa de Montespan. Otorgóle el uso de los Sacramentos en la Pascua de 1680, y desde esta época empezó á subir como la espuma el crédito de Lachaise, así como el de madama de Maintenon: tambien desde esta época datan las cuestiones religiosas transportadas al campo de la política. Habia dispensado la naturaleza á Luis XIV un don de autoridad que la España, el Austria y la Inglaterra, rivales de la Francia, se vieron precisadas á reconocer. Tan repetidos triunfos habian tan bien legitimado su orgullo, que la nacion lo tuvo á su vez en aceptarlo. Tenia Luis una fe tan ciega en su poder, que llegó á persuadirse que su voluntad debia ser mirada en todas partes como ley, y ni aun consigo mismo discutia sobre el principio de su autoridad, á que todos se sometian sin reflexion.

Hallábase á la sazon en la cátedra de san Pedro un Pontífice, á quien pretensiones quizás mal definidas guiaban por una senda enteramente opuesta á la seguida por Luis XIV. Inocencio XI, de la familia Odescalchi, habia sido elegido Papa en 21 de setiembre de 1647. Dotado de un carácter altanero, de una inteligencia activa, aunque sin educacion primaria esmerada, y mostrando en todos sus actos la inflexibilidad de su virtud, era el nuevo Pontífice austero al par que piadoso; pero no tenia en sí cosa alguna que pudiese justificar el dicho de Maquiavelo: «El universo pertenece á los espíritus frios;» palabra profunda de paciencia que parece haberse sustraido á la política de la corte de Roma en los asuntos terrenos. Íntimamente adicto á los derechos de la Santa Sede, los sostenia con una rigidez y severidad, que debian con precision ofender la susceptibilidad de un príncipe, á quien la Francia entera consagraba una especie de culto: era, dice Arnauld, una columna inamovible, una roca inalterable. Luis XIV conocia el carácter de este Soberano, cuya eleccion habia procurado neutralizar; y como, á pesar de su filial sumision á la Iglesia, era inaccesible en lo relativo á los privilegios de la corona, hubiérase dicho que solo se ocupaba de acechar una ocasion pa-

que tambien le dedicó la relacion de sus viajes, rinde este tributo de homenaje, no al Padre de la Compañía de Jesús, sino al erudito Lachaise. (Véase el elogio que hace de este Jesuita la *Historia de la Academia de las inscripciones y bellas letras*, de la que fue individuo).

ra suscitar una querella. El asunto del patronato real fue el pretexto que aprovecharon los dos para abrir de nuevo en el seno del catolicismo unas discusiones de potestad que, por el interés de la Iglesia y del trono, hubieran debido yacer sepultadas en el olvido. El derecho de regalía, invocado por el Monarca francés, no era nada en sí mismo; pero bastó, no obstante, para devolver al Parlamento, que habia enmudecido por tanto tiempo, el don de la palabra, provocando la convocacion de la famosa Asamblea de 1682. Con este motivo, y solo bajo este título ejerció en adelante el Parlamento sobre los asuntos de la Iglesia y la Compañía una inflencia que vinieron á confirmar después los acontecimientos.

Llamábase derecho de patronato real, en la antigua monarquía francesa, el poder atribuido al Rey cristianísimo para conferir los beneficios eclesiásticos mientras estaba vacante la sede episcopal, á la cual pertenecia la colacion ordinaria de los mismos, y de disponer de sus rentas. El orígen de este derecho se remontaba, como tantos otros, á varias concesiones hechas por la gratitud de la Santa Sede á los príncipes fundadores de estas iglesias, y que no pasaban sin embargo de ser una excepcion. Luis XIV la hizo extensiva á todas las diócesis de Francia, estableciéndola de un modo uniforme, y reservando únicamente á las sedes exentas en razon de algun título oneroso. La órden se dirigia en particular á los obispos inmediatos á los Alpes y Pirineos, quienes en su mayor parte, si se exceptúan los de Pamiers y Aleth, no tardaron en someterse á la voluntad despótica del Monarca. Solo Caulet, prelado que á la sazon ocupaba la silla de Pamiers, y uno de los mas ardientes partidarios del jansenismo, osó hacer frente al decreto, y rehusó dar entrada en su cabildo á dos sacerdotes provistos por nombramiento real. Sin que le intimidase el ver secuestradas sus temporalidades y anulados sus despachos por el arzobispo de Tolosa, en calidad de metropolitano, interpone apelacion á Roma, donde espera que su firmeza excitará el celo del sumo Pontífice por los derechos amenazados de la Iglesia, y excomulga en seguida á los beneficiados por el Rey. El cabildo de Pamiers, que ha estado siempre en desacuerdo con su prelado, pónese sin demora de parte suya, mostrando un teson tan inaudito, que después de la muerte de Caulet, ocurrida en 1680, se levantaron aun mas ardientes que el para defender la inmunidad

eclesiástica. Los regalistas y antiregalistas eligieron, cada uno por su parte, un vicario general capitular. Estallaron varias sediciones en la ciudad, y pronto la cuestion no se agitó ya en Pamiers, sino que pasó á ser ventilada en Paris y Roma, entre Inocencio XI y Luis XIV.

En el manifiesto que, en el momento de la extincion de la Compañía, dirige Pombal á los obispos portugueses en nombre del Rey, cuyo ministro era, se lee: «Los Jesuitas intrigaron á la sor«dina para indisponer al Rey cristianísimo con el Papa, para sem«brar la discordia entre el sacerdocio y el imperio, é introducir «la confusion y el desórden, así en la Iglesia como en el Estado. «Consiguiéronlo efectivamente, puesto que todo el mundo vió «suscitarse esas dolorosas contestaciones sobre el derecho de re«galía, que apesadumbraron al Monarca, afligieron á Roma, hi«cieron derramar lágrimas al Pontífice, y saltar de júbilo á los Je«suitas, los cuales fueron acusados y convencidos de haberse co«ligado contra la Santa Sede.»

Aquí ya no son acusados los Jesuitas de ultramontanismo; al contrario, lo son de querer derrocar la cátedra de los Apóstoles, de la que han votado ser los mas firmes apoyos. Examinemos, empero, cuál fue su conducta en medio de tales conflictos. Inocencio XI estaba encargado de la defensa de los derechos de cada Iglesia, y de vengarlos de toda opresion injusta: era el conservador nato de los privilegios eclesiásticos, y de la jurisdiccion establecida. Dirigíase á él un obispo con el objeto de obtener justicia, ¿debia en este caso sacrificar la dignidad del episcopado en favor de la soberanía? Es verdad que Caulet era partidario de las doctrinas de Jansenio; pero creyendo Inocencio que el mismo error del Prelado le empeñaba doblemente en esta contienda disciplinaria, acogió su apelacion, y en vez de presentarse como mediador entre ambos partidos, se constituyó árbitro supremo de la contienda. Los prelados franceses, con Letellier, arzobispo de Reims, á su cabeza, proclamaban el derecho del patronato real como inalienable é imprescriptible, pretendiendo que con respecto á este punto los reyes cristianísimos no debian deferencia alguna á la disciplina eclesiástica. Solo la prudencia podia conciliar pareceres tan divergentes. Inocencio XI, que no consentia atenerse á los límites que esta le prescribia, sin tomar en cuenta las disposiciones en que se hallaban los ánimos, dirigió al Monarca

francés, al arzobispo de Tolosa y al cabildo de Pamiers ciertos rescriptos, en que la forma del lenguaje no disimulaba por cierto la aspereza del pensamiento; antes bien encerraban una cosa tan extraña, si se los cotejaba con la mansedumbre y el estilo paternal de la corte de Roma, que el Parlamento ordenó su supresion en 31 de marzo, á instancia del procurador general. No satisfecho aun con esta sentencia el primer presidente Aquiles de Harlay, bien fuese por dar lugar al Papa á la reflexion, ó bien para provocar su resentimiento de un modo significativo, declaró que estos breves conminatorios no solo no emanaban de la Santa Sede, sino que parecian ser obra de algunos genios díscolos, interesados en lanzar la tea de la discordia entre el Vaticano y las Tullerías.

Esta duda complaciente ó calculada fue mirada por el Pontífice como un ultraje. Á fin de regularizar su posicion en un debate en que trataba de proteger la inmunidad de algunas iglesias contra las usurpaciones del poder temporal, intimó á Carlos de Noyelle, vicario general del Instituto de los Jesuitas, la órden de comunicar oficialmente sus rescriptos á los provinciales de Francia y Tolosa, y que mandase á todos los Padres de la Compañía que diesen publicidad á estos actos emanados de su voluntad, y certificasen de que eran auténticos. Esto venia á ser, aunque en mayor escala, lo ocurrido en Venecia en 1606. Allí tambien apelaba el Pontífice á la obediencia de los Jesuitas, exigiéndoles que se sacrificasen en apoyo de su querella.

Habia Jesuitas en Pamiers, Tolosa, Paris, Roma y en los diferentes puntos do se agitaba la cuestion. Los existentes en las dos primeras ciudades permanecieron en completa neutralidad en un principio, porque la cuestion les era de todo punto ajena: continuaban conservando buenas relaciones con los regalistas y antiregalistas, á quienes despojaban de sus bienes [1] los reales decretos, y á quienes habia excomulgado el metropolitano. Los Jesuitas se habian puesto á ver venir, y ni escribian ni hablaban en pro ó en contra de la regalía. Únicamente el P. Maimbourg justificó con bastante calor la prerogativa del Rey. Su obra sobre

[1] Dícese en una memoria manuscrita y enviada á Roma por los Jesuitas de Pamiers que el obispo Caulet vivia en buena inteligencia con los Padres del Instituto, quienes, después de su muerte, se abstuvieron de toda discusion con el cabildo.

una materia tan delicada obligó á la Sociedad á tomar un partido; exigiendo su General en 1680 la expulsion inmediata del Jesuita, á lo que se opuso abiertamente el Soberano. Sin embargo, comprendiendo Maimbourg que su adhesion á las doctrinas profesadas por los defensores de la regalía no podia menos de ser un motivo de embarazo para sus hermanos, solicitó él mismo que se le dejase salir del Instituto, y Luis prestó su consentimiento en 1681.

Con la confianza que les dispensaba el sumo Pontífice, los Jesuitas se veian colocados en una posicion embarazosa. Su General estaba encargado de hacer pasar á Francia los breves, y los provinciales tenian la comision de circularlos y publicarlos como emanados de la Santa Sede. Noyelle desempeñó al momento la comision que le hiciera Inocencio XI. Érale indispensable arrostrar las leyes del reino y la cólera del Monarca, ó incurrir en la desgracia del Papa. Las cartas habian llegado todas á su destino; pero metieron tanto ruido los adversarios de la Compañía, unidos á los antiregalistas, ó supieron quizás gobernarse tan perfectamente los Padres, que no tardaron en informarse los parlamentos de Paris y Tolosa de las precauciones tomadas por Inocencio. Ambos tribunáles citaron á la barra á los superiores de los Jesuitas, y después de ser interrogado el P. Verthamont, rector de la casa profesa, por el primer presidente Novion, expuso el abogado general, Dionisio Talon, la gravedad del negocio, y los peligros á que exponia á la Iglesia galicana la medida adoptada por la corte de Roma. El Parlamento pasó en seguida á felicitar á los Jesuitas «porque no dejaban sorprender su pruden-«cia ni corromper su fidelidad,» prohibiendo en seguida la publicacion de los rescriptos emanados de Roma.

Aun son mas explícitas las declaraciones dadas por los Jesuitas, con fecha 27 de julio de 1681, ante el parlamento de Tolosa, y anotadas en sus registros. «En este dia, se dice en ellos, los «abogados del Rey entraron en la cámara grande, y habiendo «mandado comparecer á su presencia al P. Sartre, superior de «la casa profesa; al P. Duranti, rector del colegio; al P. German, «rector del noviciado, y al P. Lacoste, procurador de la provin-«cia; fueles dicho por el primer presidente lo que sigue: Infor-«mado el tribunal de que vuestro provincial de Tolosa debia ha-«ber recibido, lo mismo que el de Paris, cierto pretendido breve

«del Papa que le habia sido enviado por vuestro General, con «órden expresa de ponerle en circulacion y darle toda la publi- «cidad posible, os ha citado á este sitio para pasar, después de «un conocimiento mas detallado acerca de lo que vuestra Com- «pañía hubiese sabido sobre este negocio, á fallar lo que juz- «gue mas oportuno para el servicio del Rey y de su Estado en «materia tan importante. Con este objeto el Parlamento os ha he- «cho comparecer en su presencia para que le informeis con exac- «titud de lo que ha mediado en este negocio, por medio de la re- «lacion verdadera que le hagais de cuanto os ha sido mandado «y ordenado por vuestro General. En lo cual no duda el Parla- «mento que manifestaréis el mismo celo y fidelidad en el servicio «del Rey, de que tantas pruebas ha dado vuestra Compañía en «esta ocasion y en cualesquiera otra.»

Para no comprometer demasiado la autoridad, se habian abstenido de comparecer ambos provinciales; pero el P. Verthamont habia contestado en Paris, y haciendo lo mismo el P. Sartre en Tolosa, declaró: «Que su provincial no habia recibido rescripto «alguno, ya viniese dirigido á él ó á cualesquiera otro Padre de la «Compañía: que era verdad que habia llegado á sus manos un «paquete de Roma, en el que venia adjunta una carta de su Ge- «neral del 23 de abril último, con varias copias escritas en italia- «no, sin firma, de una órden que el asesor de la Inquisicion le «habia remitido de parte del Papa, mandándole enviar al pro- «vincial de Tolosa una copia auténtica del breve de Su Santidad «del 1.° de enero del año corriente, tocante á los vicarios gene- «rales instalados en la diócesis de Pamiers, sede vacante, con «órden de comunicársela á los Jesuitas de Tolosa y Pamiers; y «por último, que tambien venia inclusa otra copia de este breve «para entregar al provincial de Paris, y en la que se les mandaba «á todos reconocerle por auténtico y declararle por tal.»

El Jesuita no se extendia mas en su declaracion; pero traslucíase en ella su respeto filial hácia la Santa Sede, al paso que su inalterable fidelidal para con el Rey. Y después de pronunciada la sentencia, refiere la deliberacion del tribunal, hàbiendo puesto el P. Sartre sobre la mesa el mencionado paquete, dijo el Presidente á los Jesuitas: «El tribunal está satisfecho de vuestra su- «mision;» y en seguida se retiraron los abogados reales y ellos.

Toda vez que Inocencio XI habia colocado á los Jesuitas fran-

ceses en la dura alternativa de desobedecer á la Santa Sede y á su General, ó de violar las leyes de su país en unas materias que en nada interesaban al dogma, no vacilaron estos un momento; y á riesgo de atraer sobre sí la indignacion de aquel Pontífice, como sucedió efectivamente, quisieron mostrarse tales como eran. Este acto de sumision á las leyes del reino quedó tan indeleble en la mente de todos, que cuando en 1761 pasó Luis XV á consultar á los obispos franceses sobre si la obediencia de los Jesuitas á su General no traia consigo algun inconveniente, después de recordar la Asamblea general del clero el hecho que referimos, añadió: «Este solo rasgo prueba mejor que todos los razonamien-«tos la persuasion en que se hallan todos los Jesuitas de que la «obediencia á su General, tal como se halla prescrita por sus «Constituciones, no les obliga con respecto á lo que pudiera or-«denárseles en contrario á la sumision y fidelidad que deben á «sus soberanos [1].»

Á los ojos de los sacerdotes que no se mezclaban en estos debates, los breves de Roma pasaban como no promulgados, ya porque no habian sido publicados en forma canónica, como porque si llegaban á conocerlos, era únicamente por medio de relatos exagerados. Los Jesuitas, empero, los habian leido todos; y sin embargo, trataron de conformarse con el ejemplo de los demás Institutos, predicando y administrando los Sacramentos como si nada hubiese acaecido. Verdad es que los curas párrocos de la diócesis de Pamiers se quejaron amargamente al Papa, y acusaron á los Padres de infractores de sus órdenes; pero como conocian perfectamente las dificultades de su posicion, se defendieron con destreza, y probaron que por el interés de la Iglesia y del Estado, les hubiera sido imposible obrar de otro modo. Veíanse entre dos fuegos, como suele decirse: de un lado, la obediencia á la Santa Sede; del otro, la debida á la autoridad civil; y no encontrando otro medio, se propusieron al menos salir del paso no adulando pasion alguna, y procurando permanecer dentro de los límites del derecho. Una carta del P. Espaignac, rector del colegio de Pamiers, escrita á Roma el 18 de diciembre de 1681, revela palpablemente su incertidumbre:

«Ayer mañana, escribe, me envió á buscar el gobernador pa-

[1] *Procesos verbales de las asambleas generales del clero de Francia*, tomo VIII, 2.ª parte. Piezas justificativas. núm. 1.º, pág. 349).

«ra leerme la minuta ó la copia de una especie de súplica que «dirigen á Su Santidad los curas de la diócesis. Quéjanse en ella «de las violencias que contra ellos se practican en esta, y decla-«man de una manera furibunda contra Mr. Dandaure, subde-«legado de monseñor el arzobispo de Tolosa para ser su vicario «general en esta diócesis, diciendo con una falsedad manifiesta «y maliciosa, que el citado Mr. Dandaure obra de esta manera por «consejo de los Jesuitas de esta ciudad. Por mi parte puedo pro-«testar á V. R., y por vos al Padre General y al Padre Asisten-«te, que nada hay mas falso que semejante suposicion, puesto «que este vicario general no nos consulta jamás ni de cerca ni «de léjos.»

Ya lo hemos dicho: era inaccesible Inocencio XI respecto á los derechos de la Santa Sede, y que no transigia al tratarse de ellos ni con sus deberes ni con sus prevenciones. Ya por dos veces diferentes, en algunos años de intervalo, se habia apoderado el Monarca del patrimonio de la Iglesia, y hecho sentir la pesantez de su mano al condado de Aviñon; esperando, á ejemplo de los reyes sus predecesores y de los soberanos de Nápoles, que al momento que se suscitaba entre ellos una contienda se apoderaban del principado de Benevento, compeler al Papa á suscribir á unos proyectos que no podia aprobar; pero nada bastó para intimidarle. Iba Luis XIV á obligar al clero á proclamar que no debia su corona sino á Dios y á su espada. El Papa era desheredado del quimérico privilegio de deponer á los reyes y de transmitir á otros sus Estados; pero si por una inconsecuencia inconcebible el Rey se constituia arbitrariamente soberano del territorio eclesiástico, al paso que rehusaba al Pontífice, soberano como él, la prerogativa que él se atribuia; tampoco por esta vez consintió Inocencio dejar ultrajar en su persona la dignidad pontificia, y en un acceso de irritacion, justificado quizás, fulminó un breve de excomunion contra el Monarca francés.

Siendo preciso hacerle llegar á Paris, dirígese el Papa al Padre Dez, Jesuita francés y residente á la sazon en Roma, quien no vaciló en encargarse de él, porque á su modo de ver convenia dar lugar al Papa á la reflexion; y en efecto sucedió lo que Dez preveia. Habíale mandado Inocencio que publicase el breve de excomunion luego que llegara á Paris; pero el Jesuita se guardó bien de dar cumplimiento á una órden, que atendido el esta-

do de los negocios, podia romper para siempre la unidad, y conservó para sí el secreto del acta de que era depositario. Luego que los demás Padres tuvieron conocimiento del hecho, escribieron á toda prisa á su General con el objeto de pedir la anulacion de este decreto, que el Pontífice mismo parecia condenar á la oscuridad, pues no lo hacia promulgar en la forma debida. Hízolo así el Papa efectivamente, reconociendo por fin, que los Jesuitas habian obrado con prudencia; y esta excomunion, cuyo vestigio ha desaparecido de los archivos del Vaticano, no solo no tuvo resultado alguno, sino que sirvió para poner de manifiesto la consumada prudencia de los hijos de Loyola.

Como sucede siempre en semejantes discusiones, los ánimos se enconaron, acaloráronse las cabezas mas apáticas; y uniéndose al Parlamento cuarenta prelados, pidieron al Monarca la convocacion de un sínodo nacional, ó bien una Asamblea nacional del clero. «El Papa nos ha provocado, decian; no tardará en arre-«pentirse [1].» Y no se limitaron á una amenaza solo temporal: «La mayor parte de ellos, dice Fenelon [2], se lanzaban con fre-«nético impulso del lado á que se inclinaba el Monarca: lo que no «tenia nada de extraño, si se considera que solo á él conocian; «que de él tenian su dignidad, sus riquezas y autoridad, y que «en el estado actual de las cosas creian no tener que esperar ni «temer cosa alguna de la Santa Sede. Veian además toda la dis-«ciplina en manos del Rey, y oíaseles repetir con bastante fre-«cuencia que aun en materias pertenecientes al dogma era preciso «ver de qué parte soplaba el viento de la corte, tanto para recibir «como para condenar lo que esta estableciese ó condenase. Sin em-«bargo, no faltaban algunos piadosos prelados que hubieran enca-«minado por el sendero recto á la mayor parte de los otros, si la «generalidad no se hubiese visto arrastrada por algunos jefes de «sentimientos corrompidos.»

La gravedad de estas palabras de Fenelon explica evidentemente las pasiones que agitaban al alto clero; pero atendidas las circunstancias y los hombres, y atendido en especial el carácter de Luis XIV, el cual estaba mucho mas adherido á la fe católica que á sus ideas de dominacion, semejantes expresiones nos pa-

[1] *Nuevos opúsculos del abate Fleury*, pág. 142.

[2] *Memoriale sanctissimo Domino nostro clam legendo. (Obras de Fenelon*, tomo XII, pág. 661).

recen algo exageradas. Reinaba, es verdad, cierta fermentacion en los corazones; Inocencio XI habia descontentado al Monarca, y ofendido la susceptibilidad de los obispos por su inflexibilidad de principios; pero hallábase unida la Iglesia de Francia á la de Roma con vínculos demasiado estrechos, para que una disputa mas bien de palabras que de cosas, viniese á destrozar esta unidad tan gloriosamente defendida por Carlomagno, san Luis, Francisco I y Enrique IV. El Parlamento mismo, esclavo siempre de sus preocupaciones contra Roma, no hubiera sido capaz de ceder á una separacion tan violenta. Bossuet, el oráculo de la Iglesia galicana, que conocia á fondo los sentimientos del Monarca, fue diputado por este Príncipe para interponer la autoridad de su genio para cortar el vuelo á las esperanzas culpables; y el 9 de noviembre de 1681 inauguró sus sesiones la Asamblea general del clero con el discurso del obispo de Meaux. Algunos prelados, á fin de halagar el encono de que suponian animado al Monarca, se ocupaban en redactar una especie de manifiesto contra la Santa Sede, cuando levantando Bossuet su voz, exclamó con esas palabras, que ha consagrado la historia, la Religion y la elocuencia:

«¡Cuán grande y sublime eres, Iglesia romana, sosteniendo «todas las demás iglesias, aligerando el peso á los que padecen, «conservando la unidad, corroborando la fe, atando y desatando á los pecadores, y abriendo y cerrando las puertas del cielo! ¡Cuán sublime y grande eres, repito, cuando llena de la «autoridad que te transmitiera san Pedro, todos los Apóstoles y «Concilios, pones en ejecucion con tanta fuerza como sabiduría «tan saludables decretos! Santa Iglesia romana, madre comun «de todas las iglesias y de todos los fieles, Iglesia escogida por «Dios para unir á todos tus hijos en la misma fe y caridad, siempre vivirémos enlazados á tu unidad de lo íntimo de nuestro corazon. ¡Séqueseme la lengua, Iglesia romana, y péguese á mi «paladar si en alguna ocasion te olvido! ¡Olvídeme de mí mismo «si no eres siempre la primera en mi memoria, y si no inauguro «contigo mis cánticos de alegría!»

Si semejante conducta no se parece en nada al preludio de un cisma, la que observó Luis XIV al autorizar una expresion tan sublime de adhesion á la Santa Sede, no daba tampoco márgen á conjeturar que tratase de apartarse de la línea de sus deberes.

El Pontífice le heria en los derechos de su corona, y quiso intimidarle por medio de una resistencia calculada, y darle una prueba de su poder. Los prelados, que se habian reunido para discutir á fondo los derechos de la regalía, adoptaron en 19 de marzo de 1682 la declaracion de los cuatro artículos, la que formulada en un momento en que las pasiones de algunos de ellos estaban en su efervescencia contra Roma, no podia menos de arrastrar tras de sí la esclavitud. En 22 de marzo se mandó á todas las corporaciones encargadas de la instruccion y á todos los Institutos religiosos que firmasen y enseñasen estos cuatro artículos, con prohibicion de publicar opiniones en contrario. «Muchos «doctores de la Sorbona, dice Mezeray [1], se vieron condenados «al destierro, por no haber querido deferir á una intimacion tan «violenta, sin que se tuviese la menor consideracion á su edad, «carácter, ó su profesion, y á las razones que pudieran asistirles «para no hacerlo. El obispo de Arras se vió tambien envuelto en «la desgracia, por haber hecho conocer que no todas las cuatro «proposiciones eran sostenibles.» En una carta dirigida á Arnauld por su colega Nicole [2] aparece tambien la misma repugnancia por parte de la Sorbona. Después de dar cuenta el autor de los *Ensayos de moral* del modo con que los doctores de la universidad acogieron el edicto del Rey, añade: «Fuerza es que los señores «de la Sorbona hayan disputado la gloria del silencio al funda«dor de la Trapa; jamás lo observaron semejante.» Y continúa después el Jansenista: «Si los cuatro artículos son verdades, co«mo así lo creo, podian haberlos adoptado no tan callados; y si «eran errores, como tal vez suponen muchos de esta Asamblea, «ignoro á qué vienen esos juramentos que han hecho de sostener «la verdad á costa de su misma vida. El doctor que me ha sumi«nistrado estos detalles es un doctor del número de los defenso«res de la infalibilidad.»

Los Jesuitas eran cási los únicos dueños de la educacion en Francia; mirábaselos como las centinelas avanzadas del catolicismo, y ellos se gloriaban de su especial adhesion á la Santa Sede; sin embargo, no parece que Luis XIV haya exigido de ellos un asentimiento formal á las actas de 1682. Acababan de prestar al reino un señalado servicio en el asunto de los breves y de la

[1] *Compendio cronológico de la historia de Francia,* tomo XIII, pág. 493.
[2] Carta de Nicole, *Ensayos de moral,* tomo VIII, 2.ª parte, pág. 91.

excomunion, y se cree que por esto les dispensó de firmar los cuatro artículos. Refiérese tambien que el P. Lachaise rehusó ratificar esta excepcion, so pretexto de que los Jesuitas eran tan buenos franceses como los demás sacerdotes del reino, y que Luis sostuvo la dispensa en favor suyo. ¿Qué hay de verdadero ó de falso en esta tradicion? imposible nos parece el determinarlo. Las obras que tratan de la declaracion de 1682, las memorias del tiempo y los archivos del Gesu no ofrecen vestigio alguno de haberse comprometido la Compañía á enseñar los cuatro artículos: todo lo que se puede deducir de las cartas del P. Lachaise al General de su Órden, es que no hubieran dejado de adherirse á ellos si les hubiesen obligado. Cuando en 1761 el duque de Choiseul y los parlamentos les exigieron una sumision oficial al acta de la Asamblea general del clero, obedecieron sin demora los Jesuitas, renovando las declaraciones ya dadas por ellos en 1626, 1713 y 1757; pero á pesar de que esta adhesion, cuyo valor y tendencias discutirémos mas adelante, acepta lo que se decidió en 1682, no dice que los Jesuitas suscribieron á las doctrinas emitidas en esta época; y sin embargo, esta hubiera sido la ocasion mas oportuna de recordarlo.

Los cuatro artículos en cuestion no han sido jamás condenados como doctrina herética; habiéndose abstenido hasta ahora los Papas, y aun el mismo Inocencio XI, de pronunciar un fallo definitivo y solemne. Sin embargo, la Santa Sede anuló por distintas veces la declaracion de 1682. Alejandro VIII en 1691, Clemente XI en 31 de agosto de 1706, y Pio VI en 1794 condenaron las cuatro proposiciones, especialmente como acta del clero francés, prescribiendo que se enseñase tal doctrina, y que se reprobase la contraria, que es la mas generalmente admitida en la Iglesia universal, arrogándose, no como concilio, sino como simple asamblea, los derechos del Papa y de la Iglesia.

Habia deseado Luis XIV, por motivos llenos de prevision política, que los Jesuitas permaneciesen neutrales en las contiendas eclesiásticas que agitaban á la Francia; y como por otro lado no pretendia romper con la Santa Sede, ni menos enemistarse á las claras con Inocencio, conservó como sus futuros conciliadores á los que á la sazon le servian de intermediarios. La declaracion, empero, de la Asamblea general del clero fue un golpe violento para el catolicismo y para el soberano Pontífice, que le recibió no

obstante con dignidad y confianza, como en Roma se acepta todo; porque allí se sabe muy bien, y mejor que en parte alguna, que las pasiones de los hombres giran siempre en derredor de una misma órbita, sin que puedan jamás prevalecer contra la piedra angular sobre la que Cristo fundó su Iglesia. Suscitáronse prolongadas discusiones en pro y en contra de los decretos de la citada Asamblea del clero, lanzando ambos contendientes, Inocencio y Luis, sus jurisconsultos y teólogos al campo de la discusion. Las dificultades de la posicion en que se hallaban empeñados los Jesuitas en Paris y Roma debian suscitarles mas de un embarazo cerca de la Santa Sede. La firmeza de Luis XIV era tan inflexible como la del Papa. Acusóse á los Padres del Instituto de que excitaban al Rey de Francia, y llevaban las cosas al extremo; esperando con esto enconar los resentimientos de Inocencio, para conducirle en un momento de efervescencia á disolver la Sociedad en el reino cristianísimo. Añádese que efectivamente la amenazó con este terrible golpe[1]; pero que interviniendo entonces el Monarca y el Parlamento, acogieron á los Jesuitas bajo su proteccion. La Compañía habia sido herida por servir á la Francia; mas adelante verémos al Gobierno de Luis XV haciéndose un arma de esta misma herida, en union de los parlamentarios, pa-

[1] Inocencio XI ha sido y es aun un gran Pontífice á los ojos de los adversarios de la Compañía de Jesús, por la única razon de que quiso extinguirla. Olvidando sus prolongadas querellas con la Francia, para no recordar mas que su cólera de un dia, citan como una de las glorias de su pontificado la prohibicion que hizo á la Sociedad de recibir novicios, apoyándose en testimonio de esta inhibicion, que colocaba á los Jesuitas en una situacion precaria, en la declaracion siguiente: « Inhibendum est Patri Generali totique Societati ne in « posterum recipiant novitios, neque admittant ad vota, sive simplicia, sive « solemnia, sub pœna nullitatis aliisque arbitrio Sanctissimi, donec cum effec- « tu pareant et paruisse probaverint decretis et ordinationibus circa superius « dictas missiones emanatis. »

Muy ignorantes debieron estar sin duda del estilo y usos de la curia romana los que se fundan en esta declaracion, pues es bien sabido que, al hablar en su nombre el sumo Pontífice, no ha podido servirse de esta locucion: *Inhibendum est sub poena nullitatis aliisque arbitrio Sanctissimi.* En un decreto emanado de su pleno poder, el Papa no dice nunca: *Se debe prohibir,* sino PROHIBIMOS; ni se designa jamás á sí mismo con el título de Santísimo ó Su Santidad. Esta acta, que sin duda emanaba de la Congregacion de Propaganda, donde los Jesuitas contaban á la sazon muchos antagonistas con motivo de los asuntos de Francia, vió la luz en 1684, fue restringida en Italia en 1685, y derogada enteramente en 1686 por el mismo Inocencio XI.

ra atravesar el corazon del Instituto. ¡Injusticia y degradacion infames! sin tomarse tiempo para raciocinar con sus odios, imputaron á los Jesuitas como un agravio el haber sido demasiado franceses.

Como en ambos lados habia animosidad, no pararon aquí las cosas. La corte de Roma se negó á confirmar los obispos nombrados por el Monarca; y con el fin de poner un término á estos disturbios, el P. Lachaise dirigió con fecha 23 de marzo de 1686 el despacho siguiente al General de la Compañía:

«Reverendísimo Padre mio, he recibido la carta que con fe-«cha 15 de enero me ha hecho V. P. el honor de dirigirme, y por «ella he visto con tanto mayor placer lo que me dice de los senti-«mientos de ternura y reconocimiento que manifiesta el sobera-«no Pontífice hácia la persona del Rey, en cuanto nadie sabe me-«jor que yo hasta qué punto S. M. los merece, no solo por las «cosas admirables que hace en favor de la Religion, las cuales «superan en mucho á cuanto pudiera deciros, sino todavía mas «por el celo puro y sincero por la verdadera fe y por la salva-«cion de las almas con que las hace, prefiriendo á todos sus «intereses los de Dios y del cristianismo. Estoy seguro de que si «Su Santidad le conociese á fondo, no solo no se limitaria á simples «deseos de complacerle, ni con estériles demostraciones de su ter-«nura paternal, sino que nada seria capaz de estorbarle que le «diese pruebas tales que hiciesen honor á Su Santidad, y que «edificarian á toda la Iglesia. Sabe muy bien V. P., y no habrá «dejado de reconocer en muchas ocasiones, mi adhesion á la San-«ta Sede y mi extremada veneracion al Pontífice que en la actua-«lidad la ocupa; pues atrévome á decir que si mis votos y gemi-«dos continuos hubiesen sido escuchados, y si mis pecados no «hubiesen hecho inútiles mis desvelos, ya se lo hubiera persua-«dido á sí mismo por medio de las pruebas mas convincentes; «pero mi dolor es tanto mas grande al ver todas mis buenas in-«tenciones frustradas, en cuanto lo que es objeto de ellos es tan «poco digno de suscitar en el corazon sensible y celoso de Su «Santidad disgustos contra la cristiandad: porque fuerza es de-«cirlo, mi reverendísimo Padre, por lo que respecta al derecho «de patronato, no acabo de comprender por medio de qué artificio «se ha hecho de él un asunto de tan grande importancia á los «ojos de Su Santidad, siendo así que en el espacio de tres años

«no ha dado el Rey otro resultado que el nombramiento de dos «canonicatos insignificantes.

«De manera, que no hay en esta un solo hombre de bien que «pueda entender cómo Su Santidad no encuentra un placer en «sacrificar un interés tan pequeño al bien general de la Iglesia, «prescindiendo de las inmensas y sólidas ventajas que aquella «reportaria de la satisfaccion del Monarca; porque Dios me libre «de creer que Su Santidad no pueda, sin pecado, dispensar en «un reglamento tan poco interesante como me lo insinúa V. P. «Respecto al nombramiento de los obispos á quienes Su Santidad «rehusa las bulas, puedo protestar á V. P. que son los mejores «súbditos de la corona, tanto por sus virtudes como por su capa- «cidad. Es cuanto puedo contestar, reverendísimo Padre, de mas «preciso y mas cierto acerca de los dos puntos de la carta de V. P.»

Este despacho no produjo, sin embargo, el efecto que se esperaba. Pero si el Pontífice se empeñaba en sostener sus derechos papales, Lachaise no se mostró tampoco menos activo, y leemos en otra carta dirigida á su General el mismo año: «En cuanto á «los sugetos que han sido nombrados para esas diócesis á quie- «nes Su Santidad niega las bulas, es cierto que no se podrá en «manera alguna decidir á S. M. á revocar esos nombramientos; «porque mirando como una de las funciones mas importantes de «su administracion la de no dar á las iglesias de su reino sino «prelados dignos de regirlas, ha elegido ya los que le han pare- «cido tener mas mérito, virtud y capacidad. Así pues, no pare- «ce que Su Santidad tenga el motivo que quereis suponer en la «denegacion de las bulas á estos señores, y es preciso para eso «que se le haya ocultado el modo con que han pasado aquí las «cosas. Porque es constante que, no habiendo tenido voz delibe- «rativa en esta Asamblea de que se queja Su Santidad, los prela- «dos de segundo órden no han podido tener parte en ninguna «de cuantas deliberaciones se han verificado, ni en las resolucio- «nes que se han tomado; mucho mas cuando solo han firmado «como meros testigos, y de la manera que en semejantes casos «se ha obligado á firmar aun á los mismos seglares. De aquí es «que, no pudiéndose decir con verdad que semejantes decisiones «son otros tantos sentimientos de que hayan hecho profesion, fir- «mando, segun costumbre, las actas de esta Asamblea, Su San- «tidad, al estar informado de este hecho, puede seguramente, sin

«comprometer de ningun modo su conciencia, ni faltar á su de-«ber, hacer cesar esa denegacion de las bulas, tan perjudicial «á la Religion, y que tiene sepultadas en tan deplorable viudez «á veinte y tres iglesias del reino.»

Á pesar de todo, Inocencio XI permaneció inmutable, y «el Mo-«narca francés, dice el protestante Schœll [1], pudo hacer en sí «mismo una experiencia que se ha renovado en nuestros dias: «entonces aprendió Luis XIV, que todo el poder de los príncipes «se estrella contra la perseverancia de los Papas cuando estriba «en la justicia.» Á la muerte de Inocencio, ocurrida en 1689, existian treinta diócesis desprovistas de primeros pastores: los obispos electos comprendieron las susceptibilidades de este Pontífice, cuya virtud era respetada por el mismo Luis, y se decidieron á dar una satisfaccion á la Santa Sede. «Permitiéndolo el «Rey, dice Voltaire [2], cuya energía estaba ya fatigada, escribio «cada uno de ellos por separado, diciendo que su afliccion era «dolorosamente profunda al ver los procedimientos de la Asam-«blea, y declarando cada uno dé ellos que tenia por no decidido «lo que se habia decidido, y como no ordenado lo que se habia «ordenado. Inocencio XII (Pignatelli), mas accesible en esto que «Odescalchi, se contentó con este paso.»

En la situacion en que se hallaban las cosas, y con un Rey tal como Luis XIV, era difícil exigir otro que fuese mas decisivo en favor de la cátedra de san Pedro. La reflexion habia suscitado varias dudas acerca de la legalidad eclesiástica de la declaracion de 1682. Los Jansenistas no tardaron en apoderarse de ella, como se apodera toda oposicion del principio ó del hecho que puede convertirse en sus manos en un arma ofensiva, llevando al extremo las consecuencias. Figurábaseles que mezclando el nombre de Jesuita al de ultramontano, podrian fácilmente batir en brecha al poder del Papa, cuya supremacía no habia pensado jamás debilitar la Iglesia de Francia. Lo atacaban todo con el objeto de emponzoñarlo todo. Empero no tardó Luis XIV en echar de ver que no eran ya las antiguas doctrinas de la Iglesia galicana las que se veian amenazadas, sino mas bien el órden social y

[1] *Curso de historia de los Estados europeos*, tomo XXVIII, pág. 106.

[2] *Siglo de Luis XIV*. Hé aquí el texto original de la carta: «No ha sido «nuestra intencion decretar nada, y cuanto ha podido ser mirado como un de-«creto no debe ser creido como tal.»

la fe católica. Al tratar el jansenismo de desacreditar la autoridad pontificia, proponiéndose á la vez inocular en el corazon del pueblo la desconfianza contra los Jesuitas, contaba, con el auxilio de los artículos de 1682, con introducir la sospecha contra la Santa Sede, y conducir poco á poco los ánimos á un rompimiento con la misma, rompimiento que terminaria por la creacion de una Iglesia nacional. Mas como el abrir un cisma en la unidad viene á ser sinónimo de otorgar á las revoluciones políticas el derecho de soberanía sobre los Estados, Luis XIV, que era un soberano en toda la sublime acepcion de la palabra, un soberano sobre todo en hacer respetar la inviolabilidad de su corona; y que prescindiendo de sus obligaciones como príncipe, tenia otros deberes religiosos que desempeñar, juzgó mas oportuno retroceder que colocarse en un abismo sin fondo. Honrábase con el título de católico, y dirigiéndose al Papa con fecha del 14 de setiembre de 1693, no temió ofrecerle una prueba evidente de esta verdad.

«Cábeme una infinita satisfaccion, dice á Inocencio XII, al «participar á Vuestra Santidad que acabo de expedir las órdenes «necesarias para que las cosas contenidas en mi edicto de 22 de «marzo de 1682, tocante á la declaracion hecha por el clero de «Francia, á cuya promulgacion me habian impulsado las coyuntu«ras pasadas, no sigan observándose en adelante.»

Cotejado este despacho con la confesion hecha por Bossuet y por los obispos electos, reducia á la nulidad la declaracion de 1682 en todo lo que innovaba ó prescribia que se enseñase contra el poder espiritual. La Asamblea general del clero, ya fuese por seduccion ó ya por encono, habia adoptado medidas atentadoras á la libertad de conciencia. El Rey y los prelados renunciaban virtualmente á los puntos eclesiásticos de la declaracion: los sediciosos, los abogados [1], y algunos sacerdotes para quienes el desórden y la intriga son una especie de necesidad se apoderaron de

[1] Hé aquí cómo se expresa el abate Frayssinous, obispo de Hermópolis, en su obra de los *Verdaderos principios de la Iglesia galicana:* «No tengo duda «en afirmar que no deben investigarse nuestras libertades ni en esos *alegatos*, «mas bien jurisconsultos que teólogos, ni en esas máximas sin fundamento «sólido, que se pueden negar tan fácilmente como se afirman, ni tampoco en «esa jurisprudencia que tendia en otro tiempo á invadirlo todo, y que sin em«bargo no conseguia otro resultado que el de imponer nuevas cadenas al mi«nisterio eclesiástico.»

ellos. «Esta carta, dice muy acertadamente una de las antorchas «de la magistratura francesa[1], fue la señal de reconciliacion en-«tre la corte romana y el clero de Francia, y el Rey cumplió el «compromiso que en ella se imponia.»

Las cosas volvieron, pues, al estado en que se hallaban antes de 1682. La declaracion, repudiada individualmente por la mayoría de la Asamblea y por Luis XIV, solo sirvió de pretexto á peligrosas innovaciones, así como siempre será una palanca de que se servirán el jansenismo, los espíritus ambiciosos, incrédulos ó turbulentos, y los sacerdotes amantes del escándalo, para minar los cimientos de la Iglesia y derrocar los poderes establecidos. No tratamos de escribir una teología sino una historia: ni es nuestro ánimo disputar sobre la infalibilidad de los Papas, ó sobre los derechos imposibles de Roma sobre el poder temporal de los príncipes. Estas cuestiones, que han dejado de serlo para los hombres religiosos y monárquicos, no nos pertenecen sino en sus relaciones con los hechos y con los caractéres. Por todas partes vemos los principios falseados de la Iglesia galicana convertirse en nn arma en favor de los cismas nacientes: por todas partes se nos presentan como un escudo detrás del cual se abrigan las pasiones turbulentas ó egoistas que no se han declarado aun. No examinamos la fuerza canónica de las actas de 1682, sino que sentamos un hecho, y este hecho verdadero en tiempo de Luis XIV, y verdadero en el principio de la revolucion francesa, continúa realizándose en nuestros dias.

Mientras que la Asamblea general del clero procuraba vengar la omnipotencia de Luis XIV, ante la cual no humillaba jamás la tiara Inocencio XI, este Príncipe, dejando á un lado las querellas intestinas, hacia cuantos esfuerzos eran dables para atraer á los herejes al seno de la unidad. Árbitro de los destinos de Europa por la paz de Nimega, creyó que para eternizar su poder y dinastía era indispensable no tolerar en Francia mas que una sola fe y un solo culto, puesto que no habia mas que un solo rey. Alentado en este propósito por el P. Lachaise, que le hacia triunfar de sus pasiones como triunfaba á la sazon de sus enemigos por medio de Catinat, Vendôme, Luxemburgo, Noailles y Boufflers, pensó en realizar un proyecto que la Religion y la política le habian inspirado, como para borrar, á fuer de católico, la in-

[1] De Aguesseau *(Obras de)*, tomo XIII.

fausta memoria de los altercados de disciplina suscitados al papa Inocencio XI. Los sectarios eran á sus ojos un motivo continuo de desconfianza. «Mi abuelo, decia, apreciaba á los Calvinistas; «mi padre los temia, y yo ni los amo ni los temo.» En su gobierno interior les habia probado mas de una vez, que ya habia pasado para siempre el tiempo de las concesiones. El protestantismo se manifestaba cada vez mas invasor, á la manera de todas las sectas y partidos, que son siempre mucho mas fieles á sus odios que á sus principios. Richelieu habia desmantelado sus plazas fuertes, pero subsistian aun los privilegios y templos que les otorgara el edicto de Nantes, mirado por los herejes como una obra de salud, como una ley que jamás se atreveria á violar el Soberano. Leyendo el porvenir Grocio, aunque hereje, no temia desde el año 1645 resolver esta cuestion, diciendo [1]: «Que los que adop-«tan el nombre de reformados tengan siempre presente que es-«tos edictos no son unos tratados de alianza, sino unas meras de-«claraciones de los reyes, que las dieron en consideracion al bien «público, y que las revocarán si este mismo bien público lo exi-«ge.» Esta decision del sabio jurisconsulto no bastó á intimidar á los sectarios; creíanse estos temibles por su número, su genio inconstante y voluble, y el apoyo con que contaban en todos los reinos sumidos en el error, y no maldecian, con Papirio Masson [2], el dia en que nació la herejía para la desventura de su patria.

Se les vió donde quiera hacerse un arma de la intolerancia, y, como decia Sainte-Aldegonde, uno de sus mas furibundos jefes, escribiendo á Teodoro de Beza [3] con fecha 10 de enero de 1566, «extraña infinito que hubiese todavía hombres de un corazon tan «tierno, que pusiesen duda si el magistrado puede ó no castigar «con pena exterior corporal y con multas la insolencia cometi-«da en el servicio de Dios y de la fe.» En todas partes se habian hecho dueños del poder; en Ginebra como en Hungría; en Sajonia como en Suecia; en los cantones helvéticos como en el Aus-

[1] *Riveliani Apologet. pro schismate, etc.*, pág. 22.

[2] Léese en los *Elogios* de Papirio Masson, pág. 455, lo siguiente: «Haec «de vita Calvini scribimus neque amici neque inimici, quem si labem et per-«niciem Galliae dixero, nihil mentiar. Atque utinam aut numquam natus esset «aut in pueritia mortuus; tantum enim malorum intulit in patriam, ut cuna-«bula ejus merito detestari atque odisse debeas.»

[3] *Antidote*, pág. 10.

tria; en los Países Bajos como en el Bearne; no solo tomaron al pié de la letra el consejo de Flacco Ilírico, el autor de las Centurias de Magdebourg: «Saqueando, segun sus palabras, las iglesias y tabernáculos[1], y atemorizando á los príncipes con la amenaza de las sediciones antes que tolerar un solo sobrepelliz,» sino que incesantemente en guerra con las diversas sectas desprendidas de la herejía, se veia á todos los partidos, el luterano, el calvinista, el anabaptista, el cuákaro, el anglicano, el sociniano, el gomarista, el arminiano y el puritano, coligarse en una admirable comunidad de pensamientos cuando era preciso atacar á la Iglesia ó derrocar un trono. Aquí se proscribia á los Católicos solo porque lo eran; allí se los incapacitaba para poseer; sus hijos pasaban de derecho á ser luteranos. El sectario, que arrastrado por la fuerza de la conviccion retrogradaba á la fe de sus abuelos, se veia para siempre desterrado de su patria á mas de ver secuestrados sus bienes. Existen todavía semejantes leyes en Suecia y Dinamarca. Verdad es que las mitigan algunas veces en la práctica; pero á la sazon se hallaban en todo el lleno de su vigor. La persecucion suscitada contra los *Papistas* en Inglaterra é Irlanda, y sancionada por el acta del *Test*, era el mas monstruoso de los ultrajes hecho á la tolerancia y á la libertad. Dotado Luis XIV de un profundo conocimiento de los hombres y de los negocios, y guiado por su maravilloso instinto del poder, observaba á la herejía en sus diferentes fases, mientras que Bossuet, el vencedor de Claudio y de Jurieu, le iniciaba por medio de su *Historia de las Variaciones* en las tendencias desorganizadoras del calvinismo. Los Jesuitas, que luchaban con él cuerpo á cuerpo desde su orígen, y que se habian encontrado con él en todos los campos, corroboraron con sus conversaciones ó sus obras la repulsion que manifestaba el Soberano. Sirviendo de leccion para lo presente y futuro las borrascas de lo pasado, sabian todos con Grocio[2] que, «en todas partes donde habian dominado los Calvinistas para aclimatarse habian derrocado los gobiernos establecidos;» «porque «el espíritu del calvinismo, añade el erudito holandés, tiende á «conmoverlo y trastornarlo todo.» Tal fue en resúmen el pensamiento que precedió á la revocacion.

Ya desde el año de 1661 se habian adoptado medidas severas

[1] *Melchor Adam* in vita philos, pág. 195.

[2] Grotius, in animad. Rivetii, opusc. I, pag. 649.

para restringir el edicto de Nantes: ya la Reforma se hallaba minada en sus cimientos; y en el momento en que se reunió la Asamblea general del clero para proclamar las libertades de la Iglesia galicana solo quedaba una leve sombra de las concesiones arrancadas á Enrique IV; como dice el canciller Chiverny, redactor del citado edicto [1], «poco á poco la autoridad del Rey lo ha«bia hecho recibir por todas partes con vergüenza y confusion de «este estado:» ya, por último, los Calvinistas hábiles se iban sometiendo á la unidad, mientras que previendo otros algunas calamidades próximas, y no queriendo verse expuestos á ellas, regresaban al antiguo culto por ambicion, por temor ó por deseo de complacer al Monarca; pero todas estas deserciones del estandarte de la Reforma, cualquiera que fuese su causa, debilitaban el partido, y producian en la segunda generacion verdaderos católicos. Con el prestigio de poder de que disfrutaba Luis XIV hubiera sido prudente dejar al tiempo y á la Iglesia el cuidado de extinguir los últimos fuegos de discordia religiosa; pero el Monarca era bastante fuerte para no volver contra sus súbditos herejes los odiosos decretos que en el exterior deshonraban al protestantismo. Los príncipes y pueblos separados de la comunion romana habian dado un ejemplo de persecucion; era, pues, natural el derecho de represalias. Sin embargo, Luis XIV hubiera obrado con mas prudencia, si se hubiese contentado con vigilar á los herejes, y sostener al clero y á los Jesuitas en las misiones emprendidas con el objeto de difundir la luz. Todos los ingenios ilustrados, todas las familias que tenian un porvenir ó una fortuna, regresaban por conviccion ó cálculo á la fe de sus mayores, siguiendo el impulso dado por los Jesuitas: necesitábase, pues, secundarle con maña, y no suministrar un motivo de indignacion ó de queja á poblaciones que el fanatismo podia hacer peligrosas.

El plan trazado por los Padres de la Compañía de Jesús habia tenido buen éxito hasta el año de 1682; aplicóle Luis XIV á los Protestantes de Estrasburgo, y obtuvo idénticos resultados; pero entonces el canciller Letellier y su hijo Louvois se aprovecharon de este triunfo, con el objeto de dar el último golpe á los Hugonotes, sentándose como principio la revocacion del edicto de Nantes.

[1] *Memorias de Estado*, de Chiverny.

Reconquistada para el reino la ciudad de Estrasburgo, donde dominaba de tal modo la herejía, que su obispo Francisco de Furstemberg se habia visto precisado á buscar con su cabildo un lugar de refugio en Molshein; uno de los primeros cuidados de Luis XIV al tomar posesion de esta nueva llave de Francia, fue el de fundar en ella un seminario y un colegio, confiando su direccion á los Jesuitas. El 8 de julio de 1682 el prelado y el cabildo se comprometieron con contrato solemne á proveer á la subsistencia de doce Padres de la Compañía; y el P. Juan Dez [1] aceptó estas condiciones en nombre de la Compañía. Inauguraron los Jesuitas su mision en Estrasbusgo por la dulzura y la tolerancia. Siguiendo las huellas de los PP. Dez y Schelfmacher, que conocian las costumbres, las prevenciones y la franqueza de sus compatriotas, comenzaron por evangelizar á los habitantes del campo. Enviados á la Alsacia, como mensajeros de paz y de salvacion, algunos Jesuitas alemanes, entre quienes se hallaba el P. Dez, abrió este conferencias, y publicó libros, cuyo único tema se reducia siempre á la reunion con la Iglesia romana. Era preciso convencer los espíritus y ganar los corazones; y ningun obstáculo fue capaz de arredrarle. Compelidos Pistorio y Stachs por las razones del Jesuita á venir en conocimiento de sus errores, abjuran estos dos jefes de los sectarios en la antigua catedral de Estrasburgo, donde tantas veces habian predicado. Ulrico Obrecht, una de las antorchas del protestantismo por su ciencia y probidad, y al que apenas han logrado conmover Pelisson y Bossuet, con quienes ha conferenciado muchas veces de viva voz y por escrito, guiado por un justo sentimiento de admiracion, pasa á renunciar la herejía en manos del obispo de Meaux, si bien esta conquista que producirá muchas otras solo fue debida á los desvelos del P. Dez. Queriendo dar el nuevo católico algunas garantías de su fe á la Iglesia y á los Jesuitas, á quienes debia su conversion, tradujo las obras de controversia del mencionado P. Dez, y secundó con la mayor actividad el movimiento católico.

[1] Este Jesuita es el mismo que condujo á Francia la bula de excomunion contra Luis XIV: el mismo á quien escogió el Rey en 1688 para que acompañase al Delfin y al duque de Mine en la campaña que coronó la toma de Filisburgo, Manheim y Tréveris, y el mismo á quien dijo aquel al separarse: «Ignoro, Padre mio, si habeis quedado tan contento conmigo como yo con vos: «lo que sé deciros es que si salgo otra vez á campaña, no tendré mas confesor «que vos.»

En el *Estado presentado á la dieta de Ratisbona, despues de la paz de Ryswick*, aparecen los nombres de todas las ciudades, villas y aldeas de la Alsacia, á donde llevaron los Jesuitas el gérmen de la verdadera fe; y no puede uno menos de sorprenderse del celo y paciencia que les fue preciso desplegar para llegar á semejante resultado por medio de tan inmensos obstáculos como por do quier se les presentaban. No se dirigian á unos hombres preparados de antemano á recibir la verdad por medio de la educacion primaria, sino que les era preciso hacer penetrar en los corazones ideas que las poblaciones se habian habituado á mirar como creencias supersticiosas. Mas no por eso desesperaron de su causa. En el breve período de algunos años supieron disponer tan maravillosamente á estas naturalezas groseras, y recibieron tantas abjuraciones públicas ó secretas que el número de los convertidos sobrepujó con mucho sus esperanzas. Los abundantes frutos que recogian llegaron á persuadir á Luis XIV y á sus consejeros de que nada era mas fácil que obtener en todas partes resultados semejantes. Los Jesuitas habian conseguido un feliz éxito en la Alsacia por medio de la dulzura y equidad, y se creyó que el protestantismo, que cedia al raciocinio, se dejaria vencer mas fácilmente por las amenazas. El anciano Canciller detestaba á los herejes; su hijo Louvois, el terrible ministro de Luis XIV, no los amaba; la mayor parte de los obispos pensaban cuán importante era al reposo futuro de la Iglesia el acabar de una vez con una secta que, bajo el reinado de ocho monarcas, habia sembrado la discordia en el Estado; y asociándose el Parlamento y la universidad á todos estos dictámenes, fue sometido el negocio al Consejo real.

Una mujer mas vieja que Luis XIV, de edad de cuarenta y siete años, pero dotada de discrecion, de talento y amabilidad, adquiria sobre el carácter de aquel Rey una influencia irresistible. Madama de Maintenon, de la cual todos los escritores han hecho mas bien sátira que la historia, y cuya miseria la habia obligado á unir su destino al de Scarron, el poeta burlesco del siglo XVII, logró fascinar al Rey con sus virtudes, como poco antes le habian seducido por su hermosura Lavailliere, Montespan y Fontanges, osando descender del trono despues de la muerte de María de España, para hacerla sentar en él secretamente. Pareció tan excepcional al P. Lachaise la posision en que iba á colocarse á la

Marquesa, que trató de disuadirle de este proyecto; pero Luis se resistió á sus consejos, y aquella no perdonó jamás al Jesuita este agravio. Y sin embargo, este P. Lachaise fue quien en presencia de Francisco de Harlay, arzobispo de Paris, del caballero de Forbin, Montchevreuil y de Bontemps, ayuda de cámara del Rey, ofició en la ceremonia del misterioso enlace, cuya fecha debe ponerse en el año de 1685. Árbitra del corazon del Soberano, conociendo sus debilidades reales, y dominándole por su talento siempre despejado y modesto, no temió la nueva esposa secundar las miras del canciller Letellier y de los Católicos [1].

Los Jesuitas, que bajo este reinado aparecen como los confidentes de Luis XIV y de sus ministros, y de los que habia uno en cada ilustre familia, fueron tambien consultados sobre esta medida. Colbert, ese gran ministro fundador en Francia del crédito y de la industria, contaba entre sus comensales al Padre Bouhours; y llamaba muchas veces á Bourdaloue para deliberar con él y con Tronson, superior general de San Sulpicio, sobre algunas negociaciones que interesaban al reino [2]. Y sin embargo, estos mismos Jesuitas, que tantas veces habian sido el blanco de las crueldades de los sectarios, así en Francia como en Inglaterra, en Alemania y los Países Bajos como en sus misiones ultramarinas; estos Jesuitas, que conocian mejor que nadie la barbarie de sus torturas por haberlas experimentado, y que no ignoraban que su intolerancia les hacia en todas partes implacables: en

[1] Menos severo Schœll que nosotros respecto á la marquesa de Maintenon, traza de ella el retrato siguiente en sus *Estados europeos*, t. XXIX, pág. 131: «Madama de Maintenon conservó su antigua modestia, á pesar de que com- «partió con el Rey el peso del gobierno, ejerciendo sobre él la mayor influencia «durante el período de treinta años. Su espíritu justo, pero sin miras elevadas, «no la preservó en esta difícil posicion, de errores y faltas, pero no merece las «acriminaciones que la ha lanzado una ciega animosidad. Sus intenciones eran «siempre rectas: obedecia á la voz de su conciencia, y sometia constantemente «su opinion á la de su real esposo. Si la ambicion fue el primer móvil de sus «acciones, demasiado bien la ha expiado con treinta años de fastidio...

«No creemos necesario rechazar la acusacion de devota que el fanatismo ir- «religioso dirige á la amiga de Luis XIV. En cuanto á la persecucion que ex- «perimentaron los Protestantes, no tuvo parte en ella.»

[2] Existe una carta dirigida por Mr. de Tronson á Bourdaloue con fecha 7 de octubre de 1680, en la que el Sulpiciano pide una entrevista al Jesuita con el objeto de conferenciar con él sobre un negocio, en que Colbert deseaba saber el dictámen de ambos.

medio, pues, de esta atmósfera de rigores de que se hallan rodeados, y á pesar del celo que les devora á todos y cada uno por asegurar la paz á la Francia, lo cierto es que se dividieron acerca la oportunidad de la revocacion del edicto de Nantes.

En los archivos del Estado existen dos memorias dirigidas á Luis XIV, que tratan á fondo esta cuestion tan grave. Escrita una de ellas por de Aguesseau, intendente en aquella época del Limosin, y presentada en nombre de los Jansenistas, y redactada y apoyada la otra por los Jesuitas. Estas memorias, que tuvo á la vista Bulhière al escribir sus *Aclaraciones históricas sobre las causas de la revocacion del edicto de Nantes*, concluyen ambas, aunque fundadas en diferentes motivos, por la conservacion del edicto de 1598. Pero una y otra carecen de firma; y no revelando su autenticidad sino por los vestigios que en ellas ha impreso el tiempo, no se puede echar mano de semejantes datos sino con reserva. Es necesario, por consiguiente, recurrir á los historiadores de la época para apreciar en su justo valor la situacion de los partidos. Elías Benoit, protestante expatriado, publicó una obra sobre las causas del extrañamiento de sus correligionarios, en que acusa al P. Lachaise como autor del decreto de revocacion y de las calamidades que le subsiguieron. El mismo Schœll, ordinariamente tan moderado, le acrimina el haber sido, en union con madama de Maitenon y Louvois, el adversario mas activo de los Hugonotes.

Estos asertos debieron encontrarse necesariamente bajo su pluma: veíanse perseguidos y proscritos, y trataban de inculpar á los Jesuitas que los habian combatido incesantemente; logrando convencer, á pesar de haber escrito sin ninguna prueba, sin un solo apoyo en favor de sus asertos, á cuantos no aspiraban á otra cosa que á recibir sin vacilar cualquiera version hostil contra la Compañía de Jesús.

Al recopilar otros analistas las memorias de sus contemporáneos, no han querido sér tan explícitos: los unos no tenian ninguna amistad con los Jesuitas, y los otros eran rivales suyos; y sin embargo, están todos de acuerdo en absolver á los Padres del Instituto. El abate de Choisy, que vivia en la corte, y que conocia y divulgaba sus intrigas, expone los sucesos de un modo muy distinto. Después de referir que Louvois, siempre celoso de su crédito, se alarmaba al observar las entrevistas continuas

que el arzobispo de Paris, el P. Lachaise y Pelisson tenian con Luis XIV, dice que estos tres sugetos tendian á debilitar ó destruir el calvinismo en Francia; pero estaba contra los medios violentos y personales. «Queriendo Louvois, continúa Choisy «después de exponer de este modo la situacion, poner un coto á «estas entrevistas que le daban bastante que sospechar, apresu-«ró vivamente la revocacion del edicto de Nantes, y el Monarca «sometió el asunto á la deliberacion de su Consejo [1].»

Hacia entonces parte del Consejo un anciano, cuyo patriotismo ha celebrado Bossuet, el canciller de Letellier, que hacia ya tiempo que estudiaba paso á paso la marcha de los herejes; que acababa de sorprenderlos en 1683 forjando un plan de union general en las provincias del Poitou, Saintonge, Guiena, el Delfinado y Languedoc; que sabia que los ministros del culto reformado hacian tomar las armas á los montañeses; y que no ignoraba que estos *misioneros con botas*, como los apellidaban los Hugonotes, solo aspiraban á fanatizar la plebe ignorante. Letellier se sentia próximo á su muerte, y ansiando antes de morir ver enlazado su nombre á la medida de que habia sido el promotor mas enérgico, selló en 22 de octubre de 1685 el edicto de revocacion, y fuele después dado exclamar con Simeon: «*Nunc di-«mittis servum tuum, Domine.*»

Habia creido Luis ahogar el calvinismo; mas con la persecucion le dió una nueva vida. Quedaba prohibido el ejercicio del culto reformado aun en el interior de las casas particulares; todos los ministros que pasados quince dias después de la publicacion del decreto real no hubiesen renunciado al error, debian salir del territorio francés, y eran colmados de favores los que abrazaban el catolicismo: los Protestantes, por último, no podian emigrar ni exportar su fortuna, so pena de presidio ó confiscacion. Con el espíritu de intolerancia de que Louvois estaba animado, semejante decreto no podia producir otro resultado que el de las injusticias, como así sucedió en efecto, arrastrando aquellas en pos de sí consecuencias sanguinarias. Y ¿qué parte tomaron en ellas los Jesuitas? El marqués de La Fare, enemigo suyo, declara en sus *Memorias*, tomo LXV, pág. 234, que «el P. La-«chaise, confesor del Rey, habia desaprobado las violencias eje-«cutadas.» «El P. Lachaise, exclamaba Duclos (*Memorias*, to-

[1] *Memorias* de Choisy, tomo LXIII, pág. 284, (edicion Petitot).

«mo LXXVI, pág. 188), cuya dulzura tanto se encomiaba, hu-
«biera muy bien podido persuadir á su penitente que no tratase
«de expiar con actos de furor el escándalo de su vida pasada.»
Respondiendo de antemano Oroux á esta acusacion en forma dubitativa, no teme decir, hablando del P. Lachaise [1]: «Levantó «su voz en particular contra la exhumacion de los cadáveres de «los Protestantes, que eran arrastrados sobre la carreta y conducidos al muladar, representando enérgicamente á S. M. la odio-«sidad y barbarie de esta medida: por cuya razon el ministro Ju-«rieu [2], mas equitativo con respecto á este Padre que lo han si-«do muchos escritores católicos, no podia creer que fuese capaz «de inspirar al Monarca los severos procedimientos de que se «quejaba la pretendida Reforma.»

Somos opuestos por principios y por conviccion á toda especie de rigor contra las creencias que no se presentan á mano armada; ya porque violentar las conciencias ó llamar al martirio á un culto ó á un partido á quien se puede fácilmente exterminar por medio del raciocinio, ó á quien con tanta facilidad se puede dejar morir en la inaccion de la indiferencia, es hacerle vivir en la sangre, ya porque es deshonrar la causa de la verdad, cuando se la hace defender por los fanáticos ó por la fuerza bruta. Luis XIV y todos los que asociaron su voto á la revocacion del edicto de Nantes, no habian calculado sin duda los excesos que la exasperacion de los herejes iba á provocar: creyeron que la generalidad obedeceria sin repugnancia, y que el temor haria ceder á los menos dóciles... Esto fue un error deplorable. Hemos visto la parte que tomó el P. Lachaise en estos acontecimientos; réstanos ahora contar lo que hicieron los demás Jesuitas.

Desde el año de 1682 al de 1688 organizan las misiones de Troyes, Lunel, Vitré, Orbec, Soissons y Bourges. Chenard, cura párroco de Alenson, llama á ella al Jesuita du-Parc, y logra atraer á varios herejes á la unidad por medio de sus conversaciones. Previendo la Compañía de Jesús las desgracias que debia por precision acarrear la pertinacia de los herejes, se esfuerza á conjurarlas; y acudiendo con los Capuchinos á las provincias en que el calvinismo se mostraba mas vigoroso, predican y evangelizan á un mismo tiempo en el Rosellon y en el Poitou, en la Alsacia

[1] *Historia eclesiástica de la corte de Francia*, tomo II, pág. 531.
[2] *Espíritu de Mr. Arnauld*, tomo II.

y el Languedoc, en el Aunis y el Bearne. El país y la Iglesia pedian á los Jesuitas grandes servicios: y los Jesuitas no se hicieron de rogar; y empezando los mas célebres á dar ejemplo á los menos, mientras que el P. Bourdaloue se arranca á los aplausos de la corte para pasar á ilustrar con su irresistible dialéctica á los protestantes de Montpeller; La Rue, cuyo nombre se ha hecho célebre por sus hermosos triunfos literarios, se lanza á las campiñas del Languedoc, donde, como el célebre capuchino Honorato de Cannes, deja siempre salir de sus labios palabras de consuelo. Empero estas palabras parecen condenadas á la esterilidad. Las conversiones que obran, solo producen en los corazones una repugnancia cada vez mas invencible. El hugonote no quiere ver en estos misioneros entregados á todo el ardor de su celo mas que unos precursores de la persecusion, y su pacífico ministerio queda cási sin eficacia ante el entusiasmo de las poblaciones, á quienes se manda volver inmediatamente á la fe. Resístense aguardando el martirio, ó acusan de cobardía y apostasía á aquellos de sus correligionarios que no manifiestan la misma obstinacion. Las clases elevadas se prestaron con mas facilidad que las demás al apostolado de los misioneros. Para dejarse convencer contaban, además de la educacion, con ciertos instintos conservadores y con motivos de ambicion que no podian satisfacer en el aislamiento á que se les sujetaba; pero el pueblo del campo no se apresuraba tanto á aceptar las reales disposiciones. Decíanle que la tenacidad atraeria sobre sus cabezas la violencia; mas como nada tenia que perder, desafiaba á la violencia. Esta irritacion produjo la guerra llamada de los Cevennes, y al intrépido Cavalier, á quien verémos un dia vendiendo á sus camisardos para tener el honor de tratar con el mariscal de Villars.

La revocacion del edicto de Nantes fue un manantial inagotable de acriminaciones amargas contra Luis XIV y los Jesuitas, á quienes imputaban esta medida. Los herejes de todas las sectas y países habian despojado de sus bienes, encarcelado, proscrito y asesinado á los Católicos; habian roto, como si fuese el juguete de un niño, la libertad y el derecho de asociacion, y habian osado descender hasta el seno de las conciencias para imponerlas el perjurio ó la apostasía. Pero al saber que el Monarca francés trataba de devolver á sus correligionarios una parte de los males que hicieron ellos pesar sobre los Católicos, se apodera de todos

los ánimos la indignacion. Los sectarios rehusaban á Luis XIV la facultad de perseguir á la herejía, siendo así que atribuyéndose esta el monopolio de la intolerancia, se presentaba sanguinaria y cruel do quiera que podia introducir á sus ministros y á su creencia. Los que acababan de lanzar del suelo patrio á los Católicos inmutables en su fe, se indignaron hasta el exceso al recibir en el hogar de la hospitalidad calvinista á los Hugonotes extrañados de Francia. Hubo dolores convencionales, y cóleras fingidas; porque era imposible que en el fondo de sus corazones desconociesen los sectarios en los demás el derecho de poner en práctica un principio de que tantas veces y por tanto tiempo habian abusado. Pero necesitaban colocar la cuestion en diferente terreno para alucinar á las masas, y adulterar el espíritu de la historia, y consiguieron su doble empresa. Levantóse una sola voz en Ginebra y en Londres para declamar contra la intolerancia de Luis; y esta voz, que todavía resuena en nuestros oidos, evocó en Holanda muchos hombres, que no se contentaron con meter ruido: allí los Protestantes desdeñaron el papel de mártires para trocarle por el de verdugos.

La Holanda, que por su posicion inexpugnable, por su comercio en todos los mercados del globo, por sus victorias navales y por su misma necesidad de alimentar las revoluciones en los demás Estados, habia pasado á ser en menos de un siglo una de las potencias mas temibles de Europa, franqueaba su seno á todos los descontentos, asalariaba todas las plumas que se vendian á sus libreros, acogia todas las ambiciones decaidas, hacia la guerra por medio de cañonazos y de calumnias, y ultrajaba de palabra á los que no podia vencer. Fuerte por el valor y sangre fria de sus hijos, y mucho mas todavía por el talento de sus generales y diplomáticos, lanzaba á la balanza europea una espada ó un folleto; y comprendiendo perfectamente que los discípulos de Jansenio podrian servirla de palanca contra la Iglesia universal, acogió á los Jansenistas vencidos, convirtiéndose para ellos en una tierra de promision. Muy distinto era el objeto de Guillermo de Orange. En Inglaterra acababan de renacer de sus cenizas el catolicismo y la Sociedad; resurreccion que iba á proporcionar un trono á los ambiciosos cálculos del Stathouder, que no perdonaba medios para conseguirlo: y ofreciéndosele como un nuevo pretexto la revocacion del edicto de Nantes, no tardó en aprovechar-

le con avidez, mostrándose celoso protestante, porque Luis XIV y Jacobo II se ostentaban ardientes católicos, y haciendo caer todo el peso de sus venganzas sobre los Jesuitas que habia en las Provincias-Unidas. Como el perseguir á los Católicos y á la Sociedad de Jesús era ofrecer garantías á sus cómplices, que preparaban la revolucion de 1688, al paso que prepararse un apoyo de todos los Hugonotes, tiró Guillermo la suerte con tanta destreza como fortuna.

En esta época el Instituto poseia en Holanda cuarenta y cinco residencias, administradas por setenta y cuatro Padres. Para legitimar los medios coercitivos, que por fin tenian ya un pretexto, transformaron en Jesuita al Monarca francés [1]; y pasando este solo título á ser un decreto de proscripcion, sometieron á impuestos exorbitantes las iglesias que ocupaban, y arrastraron á los calabozos á los misioneros y sus adictos, marchando con la frente erguida á la profanacion y el sacrilegio. Mientras que el P. Ernesto de Wissenkerke logra sustraerse, huyendo de uno en otro asilo, á las amenazas de los sectarios, los Jesuitas residentes en Zuphen, Güeldres, Alkmaer, Hoorne, Enkhuisen, La Haya y Utrecht, se ven expuestos á la misma suerte. Alentado el protestantismo por los jansenistas belgas ó refugiados, que trataban de separar la causa de la Compañía de la de los demás católicos, se propone destrozar la bandera para dispersar con mas facilidad al ejército ó al menos debilitarle, y convierte su rabia contra los Padres. Los Estados generales ponen en discusion si deben permitirse ó no los Jesuitas; les amenaza un próximo destierro, y el superior de la Compañía en Holanda escribe á sus hermanos con fecha 2 de noviembre de 1685 en los términos siguientes:

«En el estado crítico en que se encuentra nuestra mision á con-«secuencia de las medidas de rigor adoptadas en Francia, trato «de dar parte á nuestros Padres de varias observaciones que se «servirán tener presentes:

1.ª «Recomiendo eficazmente á las oraciones y á los sacrifi-«cios de todos la situacion de nuestra Compañía. No impongo «ninguna plegaria de obligacion; prefiero descansar en el buen «espíritu y celo de que todos y cada uno están animados, bien per-«suadido de obtener de este modo mas de lo que pudiera exigir.

[1] Persequente reformatae religionis homines rege Galliae de numero Jesuitarum.

2.ª «Que cada uno ocupe modestamente su puesto, sin pro-«pasarse á ejecutar cosa alguna que pueda ofender á quien quiera «que sea, y acrecentar el peligro á que nos vemos expuestos.

3.ª «Que cada cual sepa ocultar á tiempo y con prudencia lo «que pudiera comprometer nuestras personas y nuestro sagrado «ministerio cerca de los herejes, ó confiar en manos amigas y «seguras lo que juzgue oportuno deber sustraer á las pesquisas «de nuestros enemigos, teniendo cuidado de hacerse entregar un «recibo.

4.ª «Si, lo que Dios no permita, llegase el caso de ordenar «nuestra proscripcion actual ó futura, la que seria preciso acep-«tar con toda la resignacion que inspira el cristianismo, tolerán-«dola con la paciencia de los Apóstoles, nos podríamos refugiar «en las localidades que ofrecen mas seguridad, tales como las «quintas y casas de campo de nuestros amigos; procurando estar «en ellas bien ocultos.

«Empero que con estas precauciones salgamos felizmente de «este paso.

«Suplico á todos que empleen estos medios, y aun otros si los «juzgan mas oportunos, en beneficio de la mision.»

Tales fueron las precauciones secretas que adoptaron estos sagaces conspiradores la víspera de las calamidades. Los Estados de Holanda van á atraer sobre sus cabezas la venganza del cielo y de los hombres; se les denuncia como la piedra angular de la política; se les acusa como fautores de todas las medidas de que creen deber rodearse los príncipes por el interés de su corona. Ellos se dirigen á los jefes parlamentarios de la república de las Provincias-Unidas, y presentan su defensa en una memoria. Como holandeses, alegan el derecho de ciudadanía; como católicos y sacerdotes, tratan de probar que la libertad de conciencia comprende igualmente á los Jesuitas que á los Gomaristas y Arminianos: no piden privilegios, ni reclaman subsidios para educar á la juventud y fortificar á sus hermanos en la fe; quieren ser libres en un país que ha proclamado la libertad.

Esta memoria era temible, porque sentaba la cuestion con claridad y lisura. Los Jesuitas holandeses afirmaban y probaban en ella que en la revocacion del edicto de Nantes solo habia obrado el Rey por motivos puramente humanos. Al mismo tiempo escribian al P. Lachaise: «En este país se asegura que sois el autor

«de las persecuciones ejercidas en Francia contra los Calvinis-
«tas, y tratan por lo mismo de vengarse en nosotros. El conde de
«Avaux, que conoce nuestra posicion, os dará cuenta de ella en
«Paris. Os suplicamos en tanto, por amor de Dios y por el que
«teneis á nuestra mision y á la Iglesia, que hagais modificar este
«juicio inicuo sobre las causas de la revocacion del edicto de Nan-
«tes, y, si es posible, hagais por parar el golpe que nos ame-
«naza.»

Habia á la sazon en Holanda, en clase de vicario apostólico, un sacerdote del Oratorio, llamado Pedro Codde, á quien la Santa Sede acababa de elevar á la dignidad de arzobispo de Sebaste, y que, sucediendo á Juan de Neercassel, acérrimo partidario de las doctrinas de Jansenio, le imitó en sus errores, provocando contra los Jesuitas, á fuer de discípulo del *Augustinus*, la tempestad que rugia ya sobre sus cabezas. Hacia largo tiempo que los Jesuitas se hallaban en hostilidad abierta con estos dos vicarios. Codde, representante de la Santa Sede, prefirió satisfacer sus odios teológicos á sostener con su autoridad y con el crédito de sus parientes en Amsterdam la causa del catolicismo perseguido, y se hizo el auxiliar de la herejía. Acusó á los Jesuitas, y trató de arrastrar á sus ideas cismáticas á los mismos fieles cuya fe estaba obligado á ilustrar y mantener. Lo mismo que Quesnel, su cofrade del Oratorio, apelaba de las decisiones de la Santa Sede á los Estados generales de Holanda; transformaba, para cubrir sus errores, en doctores de la Iglesia á los partidarios de Lutero ó Calvino, y para restablecer la unidad comprometida por sus intrigas, solicitaba la decision de algunos legos divididos ya en tantas sectas como familias. Pero la corte de Roma, juzgando oportuno hacer cesar este escándalo, depuso al arzobispo de Sebaste de su dignidad por medio de un breve emanado de la Santa Sede y promulgado en 3 de abril de 1704. Los Estados generales, que habian experimentado que semejante auxiliar les era mas útil en su guerra coutra los Jesuitas que todos los despojos y medidas de rigor, se adhirieron á su partido; y después de expedir una órden para que el nuevo vicario Cock saliese de la República, expulsaron tambien á los eclesiásticos seculares que se habian adherido á los mandatos del sumo Pontífice. Pero habian sabido los Jesuitas eludir con tanta sagacidad las medidas tomadas, y se habian circunscrito tan estrechamente al círculo de sus

atribuciones, que jamás habian podido hallar los herejes un pretexto especioso para realizar su plan.

El 27 de marzo de 1705 los Estados generales hacen comparecer á su barra á los PP. Juan de Bruyn, superior de la mision, Francisco Vanhies, Jaime Claesman y Carlos Venderburgth. El síndico Akersloot les declara en su presencia: «que deseando «los muy poderosos señores de los Estados poner un término á «las divisiones que existen entre los Católicos han pensado echar «mano de los Jesuitas, y les intiman la órden de emplear todos «sus esfuerzos cerca del Papa, para impulsarle á restablecer á «Mr. Codde en sus funciones de vicario apostólico, ó para satis«facer en todo á las reclamaciones de los Jansenistas.» Sin desconcertarse Bruyn al oir este ultimatum, pregunta de qué medios se deben valer para obtener este resultado. Léele por segunda vez el síndico las proposiciones, y añade en seguida que es absolutamente indispensable que por la mediacion de los Jesuitas sea reintegrado en su cargo el vicario en cuestion, y esto antes del 15 de junio. Se abrigaba la amenaza de los herejes bajo el manto del jansenismo; los Padres comprendieron que la alternativa que se les dejaba vendria á ser para ellos una ocasion de caida. Pero no por esto pensaron en doblegarse ante esas amenazas. Escribió Bruyn á Roma con fecha del 6 de abril de 1705, aunque previniendo á los Estados que su carta no ejerceria influencia alguna sobre las determinaciones pontificias, y que estaba redactada en este sentido. La contestacion esperada llegó en efecto el 9 de mayo, tal como los Jesuitas la presagiaban: es verdad que de ella pendia su extrañamiento; pero no consintieron que la Iglesia hiciese el sacrificio de su dignidad para obtener una libertad precaria.

Veinte años hacia que se les amenazaba con el destierro. Se habia fomentado contra ellos millares de veces la insurreccion, y organizado el pillaje. No cabia duda que la revocacion del edicto no era obra suya; pero el protestantismo holandés, cuya venganza se habia diferido, queria dar ánimo á sus aliados los Jansenistas. El 20 de junio de 1705 se decretó el extrañamiento de los Padres.

Hay en la Sociedad un principio de perseverancia tan tenaz, hállanse tan amaestrados los hijos de Loyola en el arte de hacer frente á las peripecias de toda suerte, que la persecucion parece

aterrarlos menos que la ventura y prosperidad: diríase que fue siempre tal la condicion de su existencia, y que esta vida de agitaciones y de combates viene á ser para ellos un elemento de triunfo. A la manera que otras tantas Órdenes religiosas, hubieran podido, disfrutando de los afanes y glorias de sus antepasados, descender en paz por la corriente del rio, y adormecerse sobre sus olas ya serenadas. Pero firmes siempre en la idea de remontarse á su orígen, prefirieron avanzar con la cabeza erguida, la vista fija y el pecho desgarrado, hácia aquel anhelado puerto do jamás abordaban, pero desde el que les alentaban voces amigas, y algunas veces émulas, en esta atrevida lucha. Desterrábanlos, y encontraban un medio de resistir. ¿Eran poco numerosos sus neófitos? ¿se veian dispersados y en un continuo sobresalto? pues los Jesuitas estaban allí para tranquilizarlos, para comunicar á los corazones católicos la serenidad de sus almas, é inspirarles la suficiente energía para mirar sin palidecer las tribulaciones que les reservaba la herejía. Proyectando los Estados poner un término á esta situacion, mandan comparecer por segunda vez á los Padres; y mientras se les intima la órden de hacer ratificar por la Santa Sede, en el término de tres meses, el ultimatum propuesto, contesta la Iglesia al P. Bruyn por medio del cardenal Paulucci lo que sigue:

«Acaba de recibir Su Santidad con muestras de un vivo dolor «la exposicion de los tristes sucesos que se refieren en la carta de «V. P. del 28 de febrero del año próximo pasado; á saber: la inti«macion que los Estados generales de Holanda os han hecho á «vos y á vuestros hermanos para que abandoneis su territorio en «el período de tres meses, so pena de ser castigados como per«turbadores del reposo público, con la salvedad empero de que, «si en este intervalo desaparecen enteramente las disensiones «que reinan entre las comunidades católicas, os será permitido «presentar una peticion á los Estados para que se sirvan prolon«gar vuestra mansion en ese país; pero que una vez espirado el «plazo que se os da, experimentaréis su cólera, y serán cerra«das todas vuestras iglesias y capillas para no volverse á abrir. «Su Santidad comprende muy bien que esta borrasca suscitada «contra vosotros debe su orígen á las intrigas de los Jansenistas, «que ponen en juego todos los recursos de su diabólica estrategia «para atraer sobre vosotros, inocentes y pacíficos, el destierro

«que se merecen ellos por tantos títulos. Asómbrase al mismo «tiempo al ver que los Estados llevan su condescendencia en favor «de esos refractarios hasta tal punto, que no solo otorgan una «plena libertad á los autores y promotores de estas discordias, «sino que se dejan arrastrar por sus maniobras secretas á decre-«tos indignos, á lo que parece, de su equidad natural, al mis-«mo tiempo que del afecto que no ha cesado de manifestarles Su «Santidad por todos los buenos servicios que su conciencia le ha «permitido.

«Por lo demás, no ignora Su Santidad que la razon de esta me-«dida, motivada por las divisiones que existir pudieran entre los «católicos, es absolutamente falsa. Los verdaderos católicos de «Holanda, al paso que conservan la obediencia debida á la Santa «Sede, tratan de conservar la paz entre sí. Cometen una injus-«ticia los que dan el nombre de católicos á los Jansenistas, ver-«gonzosamente rebeldes á la autoridad pontificia; pues el sumo «Pontífice los considera no solamente como excomulgados y se-«gregados de la unidad de la Iglesia, sino como condenados y «rechazados cual enemigos de la Iglesia y de la Santa Sede.

«Igualmente desea Su Santidad que de parte suya recordeis á la «mayor brevedad estos hechos á los representantes de los Estados, «esperando de su justicia y prudencia un tratamiento menos se-«vero respecto á vosotros, y represion de su audacia respecto á «vuestros enemigos. Empero si la violencia y la intriga llegasen «á prevalecer contra vuestras justas exigencias, siéndoos preci-«so, á pesar de vuestra inocencia, someteros al ostracismo de-«cretado contra vosotros, el Santo Padre os exhorta á arrostrar «tamaño infortunio con ese vigor y constancia de que le da sufi-«cientes garantías vuestra acrisolada virtud. Jamás dejará de se-«guiros su pensamiento, cuando con arreglo á las máximas de Je-«sucristo en el Evangelio, proscritos y desterrados de una region, «huyais á otra, después de haberos sacudido el polvo de vuestro «calzado, como en testimonio de haber rechazado con pertinacia «la salvacion. Os empeña además á recordar que, por la gloria «de Dios y defensa de su Iglesia, no solo debeis sufrir con pa-«ciencia el destierro, sino los tormentos y la misma muerte, si «es preciso, acogiéndola con júbilo; puesto que el divino Salva-«dor ha prometido en particular el reino de los cielos al paso que «ha dado el título de bienaventurados á los que padecen por la

«justicia. Y mientras que, en testimonio de la caridad paternal, «os dispensa la bendicion apostólica con toda la efusion de su «corazon, yo, que por órden suya escribo á V. P., pido para vos- «otros á Dios, con el acrecentamiento de los dones espirituales, «toda suerte de prosperidades. — J. Cardinalis Paulucci.»

Ya no les restaba á los Jesuitas holandeses otro medio que el de resignarse al ostracismo de que los Jansenistas hacian una ley á los Protestantes. Llegado el 16 de junio de 1708, promulgaron los Estados el decreto de extrañamiento contra los Padres, otorgándoles únicamente veinte y cuatro horas de término para alejarse de su patria, y abandonar su rebaño formado en los padecimientos; pero los hijos de Loyola no pudieron resignarse tan fácilmente á semejante sacrificio. Amenazados de muerte si dejaban de obedecer á la intimacion de los Estados, pasaron á refugiarse á la provincia de Utrecht, desde donde, al paso que se ocupaban en calmar la irritacion de los Católicos, les enseñaban que los dias del peligro pasan con mas celeridad que los de la ventura; y algunos años después, cuando se hubieron extinguido los odios luteranos y la efervescencia del jansenismo, volvieron á inaugurar paulatinamente sus antiguas misiones. Encuéntranse en Amsterdam, Leyde, Delft, Rotterdam, Groninga, Gonda y demás provincias en que hay católicos, y en el Haya sirven de capellanes á los diplomáticos extranjeros. Cierto es que su ministerio tiene alguna apariencia de clandestino, y que se ocultan algunas veces bajo el celemin, pero no adoptan estas precauciones por temor á los magistrados, que por último dan á la libertad una interpretacion mas lata; recelan, sí, de los mismos eclesiásticos, contra quienes la Iglesia acababa de fulminar su anatema, y que tratan de explotar en este país los escándalos de Europa. Estos sacerdotes habian ya evocado mas de una vez la tempestad sobre sus cabezas; mas de una vez tambien, haciéndose un arma de sus calumnias, los Estados generales habian pasado á decretar la absoluta precision de expulsar «esa perniciosa y parricida sec- «ta de Jesuitas,» mientras que, comprendiendo estos que un deber imperioso les enlazaba con aquella Holanda, donde entre los muchos padecimientos habian logrado fecundizar la semilla que debia producir tantas virtudes cristianas, con esta consideracion humillaban la cerviz y dejaban pasar la tormenta.

Mientras trataban los holandeses de exterminar aquella Com-

pañía que, parapetada en el baluarte de una paciencia á toda prueba, hacia encallar las calumuias mas bien combinadas, al paso que frustraba las proscripciones mas aterradoras, intentaba la Sicilia proscribirla en parte, apoyándose el motivo de esta medida en cierta discusion de autoridad eclesiástica, que los magistrados civiles se creian con derecho á ejercer en ciertas ocasiones. Habiendo pasado el obispo de Liparia á excomulgar, por uno de los motivos mas fútiles, á varios magistrados subalternos, escudados estos en la pretension de los monarcas de Sicilia, quienes en virtud de una bula otorgada por Urbano II al hijo de Tancredo, ó séase Rogerio, creian disfrutar como legados perpetuos de cási toda la plenitud de la autoridad pontificia en la isla conquistada por sus armas, apelaron de la excomunion á los que, bajo el título de tribunal de la monarquía, usaban de la prerogativa concedida por el citado Pontífice, mirada ya como nula y de ningun valor por la Iglesia romana. Este derecho, que no pasaba de ser quimérico, halló sin embargo defensores; porque en los pequeños Estados se elevan á proporciones gigantescas los privilegios mas insignificantes. Algunos prelados sicilianos, mirando el asunto como mas serio, lanzaron tambien un entredicho en sus diócesis, sustrayéndose por medio de la fuga á las consecuencias de este acto; y mientras que los magistrados seglares trataban de oponerse á la excomunion, cuya validez sostuvo el soberano Pontífice, Buglio, el delegado del Virey, promulgó la pena de cinco años de destierro contra todos y cualesquiera uno de los religiosos que obedeciesen al contenido de la bula hasta que hubiese recibido el *exequatur regio.* Los Jesuitas residentes á la sazon en Catania bajo la direccion de Barbieri, su provincial, se colocaron bajo el pendon de la Santa Sede durante este conflicto de jurisdiccion.

Tal era la posicion de las cosas, cuando abandonando Felipe V de España, en 24 de diciembre de 1713, al duque de Saboya, Víctor Amadeo, tan valiente capitan como experimentado político, el cuidado de la Sicilia, manda anunciar el nuevo Príncipe por medio de los obispos de Mazzara y Cefalu, que dará una satisfaccion completa á la corte romana, y que pasará á reformar los abusos del tribunal monárquico, aunque sin consentir jamás en despojar á sus Estados de su antiguo privilegio. Pero si por una parte el duque de Saboya hablaba de esta manera con el objeto de gran-

jearse popularidad, por otra las autoridades españolas estaban totalmente opuestas á sus declaraciones. Empleando las amenazas al par de los halagos, pasó á exigir que el clero, y especialmente los Jesuitas, abriesen sus templos, y celebrasen en ellos los divinos oficios. Decídense á obedecer los hijos de Loyola á las órdenes y súplicas del Monarca, continuando el P. Sala, sucesor de Barbieri, lo que aquel habia establecido. Empero, desaprobadas en Roma sus precauciones conciliadoras, é introducidos en Sicilia el breve del Pontífice y los despachos del General de la Sociedad, á pesar de las órdenes de Víctor Amadeo, tratan de conformarse con ellos, y cierran al momento sus iglesias de Catania y Girgenti: es verdad que este acto induce al ostracismo; pero el ostracismo no es capaz de intimidarlos, antes es aceptado sin vacilar por cincuenta Jesuitas. Este ejemplo modificó la oposicion de los demás Institutos religiosos, que no quisieron prestarse, como la Sociedad de Jesús, á una sumision que comprometia su porvenir: Clemente XI abolió el mencionado privilegio por medio de una bula fechada en 20 de febrero de 1715, y la querella pasó entonces á los escritos; siendo alimentada por controversistas interminables, en que tomaron una parte activa los PP. Pisano, Catalan, Chiavetta, y Buonincontro. Al mismo tiempo ocurrieron nuevas transacciones diplomáticas entre el emperador de Alemania y Víctor Amadeo, que dieron por resultado el renunciar este último á la Sicilia por la corona de Cerdeña, pasando Alberoni á ensayar la conquista de las provincias arrebatadas á la monarquía española. Luego que se dejó ver en Sicilia el ejército español, las ciudades abrieron sus puertas, y las campiñas se ostentaron placenteras al volver á ingresar en el dominio de sus antiguos reyes; aunque exigiendo, como don de tan plausible suceso, que se pusiese un término á los disturbios, y se llamase á los Jesuitas y demás expatriados. El Papa y Felipe V trataron sobre estas bases, y en seguida desaparecieron los últimos vestigios de esta prolongada contienda bajo la mano del tiempo.

Al mismo tiempo que la Sociedad de Jesús se veia rechazada de la Holanda protestante y de la Sicilia católica, por una de esas reacciones tan frecuentes en la existencia de las opiniones, era llamada á preparar el regreso de la familia real de Sajonia á la unidad católica. Hasta este dia habian sido los príncipes de esta casa los defensores mas vigilantes y los generales mas intrépidos

del luteranismo; debiendo á su espada la Alemania herética, desde la época de Carlos V, innumerables y prolongados triunfos. Pero habiendo abrazado el catolicismo Cristiano Augusto de Sajonia en el mes de noviembre de 1689, después de haber sido consagrado obispo y promovido al cardenalato, formó el proyecto de atraer á la religion de sus abuelos á toda su familia; siendo Federico Augusto, elector de Sajonia, el primero de sus triunfos. Este Príncipe, cuya existencia se consumia en el fausto y los campamentos, y cuyo férreo corazon jamás habia tenido miedo á la verdad, abjuró el protestantismo en 1.° de junio de 1697. Para ser nombrado rey de Polonia después de la muerte de Sobieski, echó mano en grande de la corrupcion electoral; trató de comprar la mitad de los votos de la Dieta, y todos, con algunas excepciones, se prestaron á la real compra. Católico en 1.° de junio, fue elegido soberano el 27 del mismo mes; y coronado en Cracovia el 27 de setiembre. La conversion de este Príncipe podia parecer á la Iglesia una transaccion entre su conciencia y la diadema de Polonia, lo que habiéndose propuesto evitar la Santa Sede, le aconsejó que se rodease de ministros tan enérgicos como prudentes; y el nuevo Monarca, que era un soldado valiente y audaz, que habia hecho frente por tanto tiempo á los franceses, que habia derrotado á los turcos, y que iba á encontrarse cara á cara con Carlos XII de Suecia, conociendo que los Católicos anhelaban una garantía de su sinceridad, se la dió sin demora eligiendo por confesor al P. Mauricio Vota. Este Jesuita, que habia sido el amigo de Juan Sobieski en aquel mismo trono en que le sucedia Federico, conocia á fondo la situacion de los ánimos, habia tenido parte en todos los negocios del último reinado, y se habia captado el aprecio general de los polacos; por cuyo motivo fue acogida con júbilo esta eleccion, así en Roma como en Varsovia.

Después de haber provisto Federico á las primeras necesidades de su pueblo, pensó en regresar á sus Estados hereditarios con el objeto de establecer en ellos la libertad de conciencia. Acompañóle Vota en su expedicion; pero viendo el Jesuita que, guiado por el fervor de su neofitismo, trataba de llevar mas adelante sus deseos, aspirando nada menos que á destruir por medio de la violencia la revolucion de que Lutero habia dado la señal, se opuso, como mas sereno y menos belicoso, á esta apelacion á la fuerza

bruta: creyendo que la libertad de discusion bastaria á obrar sobre sus corazones y á convencer los ánimos, tuvo la suficiente franqueza para advertírselo; y asociándose á su dictámen el príncipe Egon de Furstemberg, el ministro de Estado Baichling y el nuncio Paulucci, logró triunfar de los arrebatos de su celo. Apenas llegado á Dresde, se ocupó el P. Vota en entablar relaciones con los pastores luteranos. La electriz Ana Sofía, madre de Federico Augusto, y su esposa, la reina Cristina de Brandebourg, que profesaban el culto reformado, habian visto con un vivo sentimiento de dolor la abjuracion del Príncipe; pero haciéndose Vota su medianero, supo, sosteniendo los derechos de todos, reconciliar á la real familia, y hacer respetar por todos el ministerio de su palabra. Los deseos secretos de este Padre no eran un misterio para nadie; pero tampoco trató de realizarlos por otro medio que el de la discusion. En su concepto, debia regresar al catolicismo la Sajonia protestante; pero solo intentaba verificar este cambio por la persuasion.

Así transcurrieron algunos años entre el trabajo inherente á las misiones, y la lucha teológica contra los luteranos. El Jesuita, al lado de un príncipe que no conocia los obstáculos, podia atreverse á todo. Procediendo sin embargo por la via de las consideraciones, funda una iglesia en Dresde y en Leipsick. Mas, si como prefecto apostólico gobierna al Monarca y á los Católicos, no tarda tampoco en conocer que, gastado á fuerza de tantas fatigas, iba á sonar muy pronto para él la hora del retiro; y deseando poner un intervalo entre el mundo y la eternidad, exige y obtiene del Monarca en 1713 el permiso de retirarse á Roma, donde murió algunos años después; siendo continuado por otros Padres de la Compañía el bien cuya iniciativa habia tomado Vota. Sin embargo, todavía dejaba incompleta una grande obra: es verdad que, como amigo del Rey y compañero constante suyo, así en la guerra como en la paz, habia llegado á captarse su confianza, así como la de Pedro I, emperador de Rusia; pero aun se hallaba de por medio el príncipe heredero de Sajonia, que educado por su madre y abuela, permanecia enlazado con la herejía, pasando á ser un obstáculo para los Católicos al par que una esperanza para los Protestantes.

Nada duradero se podia establecer por lo tanto mientras el heredero de la corona no separase su causa de la de la Reforma. Pero era

jóven; y no consintiendo Clemente XI, de la familia Albani, dejar escapar esta coyuntura para reconquistar á la fe uno de los mas hermosos florones de la Germania, envió en calidad de nuncio extraordinario cerca de las cortes alemanas á su sobrino Aníbal Albani, quien, acompañado del P. Juan de Salerno en clase de teólogo y consejero, llegó por último á Dresde con el objeto de trabajar en esta conversion. Hallábase este Príncipe en manos de los Luteranos sajones, que le miraban como una garantía para el porvenir; y siendo preciso darle una educacion católica, opinaron los Jesuitas con Albani, que ante todo importaba no atropellar nada para no avivar los odios en los ánimos, escribiendo al mismo tiempo Federido al sumo Pontífice con fecha de 23 de febrero de 1712 en los términos siguientes: «Si, contra lo que es«peramos, no llegase en Polonia á restablecerse la paz en mucho «tiempo, de lo que Dios nos preserve, es sin embargo mi firme «é irrevocable voluntad que abandone mi hijo la Sajonia, y em«prenda un viaje á los países católicos, siendo escoltado en él «por sus mismos correligionarios; empero, si Vuestra Santidad «conoce un camino mas corto y seguro, le suplico que me lo in«dique.»

La muerte del emperador de Alemania y la convocacion de la Dieta en Francfort suministraron la ocasion tan deseada: el Monarca hizo marchar á su hijo á Italia, y habiendo encontrado este en Bolonia á los PP. Salerno y Vogler, encargados por Federico Augusto de presidir á su educacion, se mostró tan dócil á la enseñanza de los Jesuitas, dirigida por el cardenal-legado Lorenzo Casoni, que, al dar cuenta al soberano Pontífice de sus progresos el rey Augusto II, le aseguraba no tener en adelante que temer nada de los herejes. Decíale de paso que todos los monarcas abrazarian su querella; y «caso de ser atacados vuestros «Estados hereditarios por los Protestantes, añadia, os promete«mos, para sacaros de un apuro, empeñar ó vender hasta vues«tra misma tiara.» Conocia muy bien el Pontífice cuán ventajoso seria este triunfo para la Iglesia universal; y aspirando á conservarle sin dejar la menor sospecha en los ánimos de las familias luteranas, les otorgaba con antelacion y de su plena autoridad, con el objeto de hacerles mas fácil el regreso á la fe antigua, los bienes eclesiásticos de que se habian apoderado sus ascendientes; terminando por último su despacho de este modo: «Aguardamos

«con impaciencia tener el consuelo de ver y abrazar en Roma al «Príncipe hereditario vuestro hijo, á quien ya miramos como la «pupila de nuestro ojo, asî como el instrumento de que tal vez «se sirva la divina Providencia para consolarnos abundantemen-«te de todo lo que hemos sufrido durante estos doce años tan la-«boriosos de nuestro pontificado.»

La aurora de este dia tan suspirado por el Pontífice y el rey de Polonia apareció por fin el 27 de noviembre de 1712 en el que el Príncipe, de edad de diez y seis años, abjuró el protestantismo en manos del P. Salerno; pero apenas habia llegado esta noticia á oidos de los extraviados alemanes y sajones, cuando reunen sus esfuerzos con el objeto de aterrar á Federico Augusto, y obligar á su hijo á declarar nulos los actos consumados en Bolonia. Opónense á sus proyectos el Papa y los Jesuitas; y deseando arruinar del todo sus esperanzas, deciden ambos que marche á Viena el P. Salerno, encargado de negociar el enlace del Príncipe con una de las archiduquesas de Austria. Amigo este Jesuita del príncipe Eugenio y del conde de Stahremberg, no tarda en disponerlos favorablemente con respecto á esta union, tan indispensable á la unidad católica; y mientras que el emperador Carlos VI suscribe á su demanda, acude el P. Guarini en nombre de la Santa Sede, con el objeto de acelerar el desenlace de un evento tan feliz para él. Ya la religion católica habia pasado á ser la de la casa de Sajonia; puesto que el Emperador acababa de exigir como condicion absoluta el que fuesen educados todos los hijos en el seno de la Iglesia romana. Los Jesuitas entre tanto, que tan poderosamente habian contribuido á obtener este triunfo contra la herejía, conociendo que, para hacerle fructificar, era indispensable usar de algunas consideraciones, empeñaron al Emperador y á Federico Augusto á promulgar la libertad de conciencia en favor de los sectarios; celebrándose en seguida el enlace del Príncipe con fecha 20 de agosto de 1719. Pero si Salerno habia sabido manejar tan perfectamente los ánimos en circunstancias tan delicadas, que, uniéndose los Luteranos sajones á los Católicos, le felicitaron por su moderacion, habia tambien trabajado tanto en favor de la unidad, que deseando el rey de Polonia y el príncipe Eugenio ofrecerle un testimonio público de gratitud, suplicaron al Papa que le elevase al cardenalato, como efectivamente lo verificó en 19 de noviembre de 1719.

Seis años antes acababa de recompensar el mismo Papa, *motu proprio*, los servicios del Jesuita Tolomei, obligándole á aceptar el capelo, y el 30 de setiembre de 1720 llamaba á otro Padre á la misma dignidad. Era este el Jesuita Álvarez Cienfuegos, que, unido por los vínculos de la mas estrecha amistad á Juan Tomás Enriquez, el célebre almirante de Castilla durante la guerra de sucesion, salió en compañía suya, cuando, nombrado embajador en Paris, concibió una audaz estratagema, y en vez de acudir á su destino, se encaminó á Portugal. Consagrado en cuerpo y alma á los intereses del archiduque de Austria, que mas adelante pasó á ceñirse la diadema imperial bajo el nombre de Carlos VI, después de verse escogido por este Príncipe para desempeñar elevadas funciones diplomáticas en las cortes de Madrid, Lisboa, Londres y Holanda, obtuvo, á instancias del mismo, la investidura de cardenal. Empero este triple nombramiento, realizado por un mismo Pontífice, suministró nuevas armas á los antagonistas de la Sociedad, que, sin tener en cuenta las exigencias políticas y las voluntades imperiales ó reales, que hacian de su gratitud un obstáculo á la renuncia de los honores tan recomendada por el Instituto, la acriminaban de haberse desviado de su objeto. Asustáronse tambien los Jesuitas al ver sacar sin interrupcion del seno de su Órden estos tres príncipes de la Iglesia, y resolvieron tácitamente no exponerse en adelante á unos favores que comprometian la esencia de su fundacion; y efectivamente, el P. Álvarez Cienfuegos fue el último cardenal Jesuita antes de la supresion.

Pedro el Grande habia tambien, á instancias del emperador de Alemania, franqueado la frontera de Rusia á los discípulos de Loyola; y aun, si se ha de dar crédito á varios documentos inéditos, él mismo los llamó á su imperio por un acto espontáneo de su voluntad: pero sea como quiera, lo cierto es que residian en él por los años de 1719, y que disfrutaban cerca del Czar un crédito que parecia acrecentarse á favor de sus triunfos. Este Príncipe, que se habia propuesto conducir á su pueblo de la barbarie á la civilizacion á la manera que se adiestra un soldado en el ejercicio, y que ha dejado un inmenso reflejo de gloria en los anales rusos, habia tambien lidiado con tantas voluntades salvajes, viéndolas doblegarse ante su prodigiosa inteligencia, que después de haber vencido en Pultawa á Carlos XII de Suecia, no

conocia obstáculos de ninguna especie. Semitártaro aun en sus medidas, aunque lleno de genio en la concepcion de sus planes civilizadores, cambiaba á su albedrío las costumbres y las leyes; y siendo la fuerza su último raciocinio sobre un pueblo que estaba todavía en la cuna, sirvióse de ella para triunfar de todas las preocupaciones antiguas. Habiendo formado el proyecto de introducir entre estas mejoras, dictadas por la violencia, y que no debian producir resultados felices hasta mas adelante, la de exterminar de todo punto la religion griega, consultó á los Jesuitas sobre las modificaciones que se debian ensayar; pero tuvieron estos la desgracia de comunicarle unas ideas que discordaban enteramente de las suyas. Veia el Czar por sí mismo los buenos efectos que un número insignificante de Padres diseminados por las ciudades y pueblos de su imperio obtenian por medio de la educacion; pero pareciéndole demasiado lentos á su febril impaciencia, creyó que semejantes consejos ocultaban un lazo; y como por otra parte disentia en varios puntos de política con el emperador Carlos VI, aprovechó esta ocasion para desterrar de sus Estados á los Jesuitas que él mismo habia llamado. Visto que se habian mostrado poco favorables á sus innovaciones religiosas, se apoderó de todos sus papeles con el objeto de cerciorarse por sus mismos ojos hasta dónde habia llegado su oposicion; pero á pesar de que esta investigacion no produjo resultado alguno, en nada obstó esto para que los adversarios de la Compañía se hayan dejado decir, que si Pedro el Grande se propasó á expulsar á los Jesuitas, fue porque no halló otro medio mas conducente á la seguridad de su persona, y tranquilidad de su imperio.

Durante este intervalo se habian renovado mas de una vez los jefes del Instituto, y habian tenido lugar varias congregaciones generales; si bien es verdad que estas elecciones llegaron á evocar tan pocos sacudimientos entre los Padres diseminados por todo el globo, que con dificultad se podrá echar de ver el cambio de personajes. Tienen un gobierno electivo en que cada una de las asambleas puede poner en juego todas las pasiones y todas las ambiciones; y sin embargo, todo se realiza en ellas con calma, todo está en ellas tan sabiamente combinado y arreglado, que la muerte del titular no acarrea mas disturbios interiores ni mas pretensiones, que la eleccion de un sucesor.

En 26 de noviembre de 1681 falleció el general Pablo Oliva,

en medio de los debates suscitados por el derecho de regalía, después de haber gobernado el Instituto durante el período de diez y siete años. Sugeto de una piedad y una destreza consumadas, y que, por su correspondencia con los reyes y príncipes, se habia visto mezclado en todos los acontecimientos de su época, se decidió, hácia el último período de su vida, á dar á luz, como en efecto lo hizo, todas sus cartas dirigidas á los emperadores de Alemania, á los soberanos de Francia, España y Polonia, á las reinas y duques de Saboya, Baviera, Mantua, Módena, Toscana, Brunswick, y el landgrave de Hesse, que trataban con incontestable superioridad todos los puntos mas delicados relativos á los hechos contemporáneos, y que habian tratado ya de publicar otros desnaturalizándolas. Reunida la congregacion en el Gesu el 21 de junio de 1682, siendo vicario general el P. Noyelle, y hallándose entre los profesos los PP. Daniel Bartoli, Nicolás Avanein, Esteban de Champs, Pablo Fontaine, Casati, Domingo Marinis, Octavio Rubeo, Martin Espazza, José de Seyseas y Uladislao Vid, obtuvo el P. Carlos Noyelle, natural de Bruselas, en el primer escrutinio todos los sufragios excepto el suyo. Este Jesuita, que no participaba de las brillantes cualidades de sus predecesores, pero que, á fuer de modesto y prudente, pasaba á ser entre Inocencio XI y Luis XIV un activo conciliador, ó un hombre por lo menos que, inspirando á los Padres franceses sentimientos de moderacion, trabajaria por amortiguar los enconos y neutralizar su rechazo, debió semejante unanimidad de votos á esta idea consoladora.

Antes de separarse la Congregacion, en 6 de setiembre de 1682, promulgó y sancionó cincuenta y seis decretos. Noyelle, cuyo generalato duró solamente cuatro años y medio, se habia visto precisado á atravesar duras y embarazosas pruebas: comprometido, á pesar suyo, en las contiendas del Papa con la Francia, aunque forzado á obedecer las órdenes de aquel, habia sabido manejar los ánimos con tal arte, al paso que toleraba á los Jesuitas su libertad de accion, que la navecilla de la Compañía pasó sin tropezar entre estos dos escollos. Perteneciente á una familia distinguida, aunque sumida á la sazon en la indigencia, prometíanle, sabida su amistad hácia sus parientes, devolverles los bienes y una elevada posicion, si consentia en abrazar con mas ardor los intereses de la Francia: «No tengo mas parientes, contestaba con

«sencillez, que los hijos de la Sociedad.» El 12 de diciembre de 1686 falleció Noyelle, después de haber nombrado vicario general al P. Marinis. Este último convocó la asamblea general de los profesos para el 21 de junio de 1687: el 6 de julio del mismo año fue elegido general el P. Tirso Gonzalez por cuarenta y ocho votos, de ochenta y seis.

Esta eleccion habia sido grandemente disputada. Gonzalez, antiguo doctor de la universidad de Salamanca antes de su ingreso en la Compañía, se habia granjeado en España una gran reputacion de elocuencia. Disponíase á marchar al África para predicar á los mahometanos, cuando la provincia de Castilla echó mano de él enviándole á la décimatercia congregacion general. Teólogo de mérito al par que vigoroso adversario de los Jansenistas, atacó la doctrina del probabilismo, como si la mayor parte de sus colegas no hubiesen adoptado este sistema. Verdad es que habia tropezado con inmensos obstáculos en la publicacion de su obra; obstáculos que se presentaron tambien en el momento de su eleccion: pero puesto á la cabeza del Instituto, no pareciéndole oportuno condenarla á la oscuridad, la entregó á la prensa, aunque declarando que no escribia como General de la Órden, sino como teólogo. Habia compuesto además otra obra, dirigida particularmente contra las cuatro proposiciones emitidas por la Asamblea del clero en 1682; obra que pudiera haber excitado algunas alarmas, al paso que provocar algunas repugnancias en el pensamiento de Luis XIV, y que sin embargo no lo hizo, ora porque el tiempo habia logrado calmar la primera efervescencia, ora porque habian convenido ambas cortes en que no se debia, por medio de teorías impracticables, sembrar la desunion en el campo de la Iglesia. El mismo Gonzalez, á pesar de su sincera adhesion á las doctrinas ultramontanas, aconsejaba los medios de dulzura, sin que, en un generalato de diez y ocho años, se apartase un solo instante de este principio: hubiera podido, es cierto, manifestarse un teólogo irascible; pero comprendiendo que, como jefe de la Sociedad, le quedaban aun grandes deberes que llenar, se consagró á su cumplimiento con una firmeza llena de reserva y de prudencia.

La Congregacion confirmó, en sus cargos de asistentes, á Pablo Fontaine, por la provincia de Francia; á Pascasio Casanova, por la de España, y á Antonio Rego, por la de Portugal; eligiendo

en seguida á Julio Balbi para la asistencia de Italia, y á Eusebio Truschez para la de Alemania.

Debiéndose reunir cada novenio la asamblea de los profesos con arreglo á los términos del breve expedido por Inocencio XI, pasó Tirso á convocarla para el 15 de noviembre de 1696; hallándose en ella los PP. Luis Albertini, Jacobo Wilh, visitador en Bohemia, Pedro Dozenno, Próspero Parascoso, Manuel Correa, Alejandro Zampi, Ignacio Diertius, Tartas, Pedro Zapata, Vicente Grimaldi, Gregorio Sarmiento y Juan Persall, provinciales de Nápoles, Francia, Cerdeña, Portugal, Venecia, Flandes, Bélgica, Guiena, Andalucía, Sicilia, Castilla é Inglaterra, con los PP. Miguel Ángel Tamburini, y Francisco Guérin, secretario de la Órden. Los profesos votaron veinte y nueve decretos, de los que solamente el octavo tiene alguna importancia histórica, puesto que acepta la proposicion hecha por los Padres de Bohemia, relativa á publicar á sus expensas la recopilacion de las Constituciones del Instituto, conocida bajo el nombre de edicion de Praga.

El 27 de octubre de 1705 exhaló el último aliento Tirso Gonzalez; y Miguel Tamburini, á quien el General habia nombrado vicario, convocó la congregacion general para el 17 de enero de 1706, acudiendo á ella los PP. Guillermo Daubenton, Miguel Letollier, Federico Lamberti, Andrés Waibl, Mauricio de Antonellis, Ignacio Alleman, Valentin Zuech, Luis Montes de Oca, Juan de Gomis, Curtio Sestio, Juan Dez, Alberto Melcht, Salvador Rivadeo y Miguel Diaz. Verificado el segundo escrutinio el dia 30 de enero, reunió Tamburini sesenta y dos votos, despues de haberse visto empatado con Daubenton, y fue proclamado General. Nacido en Módena el 27 de setiembre de 1648, habia corrido el nuevo electo la escala rigurosa del Instituto, dejando en cada una de sus gradaciones una reputacion de virtud, moderacion y ciencia, que jamás se desmintió en los veinte y cuatro años que duró su gobierno.

En esta misma época llenaba el P. Francisco de Gerónimo, mas conocido en Italia bajo el nombre de Francisco de Girolamo, la ciudad y el reino de Nápoles con la fama de sus virtudes. Infatigable misionero, habíase consagrado este Jesuita, como san Francisco de Regis y Maunoir, á la salud de su patria, pasando á ser su regenerador. Nacido en Grottaglia el 17 de diciembre de 1642, abrazó el Instituto de san Ignacio con tal fervor, que

desde el instante mismo de su ingreso en él se transformó en ardiente promotor de la caridad, y enemigo declarado de la ociosidad y del vicio. Habiéndose creado un género de locucion popular, ponia al alcance de aquel pueblo de Lazzarone, tan expansivo é impresionable, todos los tesoros de su alma; pasando en la ribera de Chiaia, y á la faz de un sol que enerva las fuerzas, á revelarles la necesidad de la penitencia y el amor al trabajo. Siguiendo paso á paso el ejemplo de san Vicente de Paul, se dedicó desde luego á instruir á los aldeanos y campesinos; consolando como él á los indigentes y enfermos; pasando á rescatar los cautivos del poder de los infieles; conduciendo la reforma á los calabozos y presidios, y enseñando á los que la justicia humana habia infamado en su existencia, que habia otra vida de que podian participar por medio del arrepentimiento. Y no se limitaba el Jesuita á teorías inútiles y estériles: visitaba á los ricos para enseñarles á socorrer á los pobres; si bien es cierto que se dejaba ver en los hospitales con mas frecuencia que en los palacios. Así transcurrieron los dias del P. Francisco entre los afanes de las misiones realizadas en la Pulla y Nápoles; misiones que no interrumpió hasta el dia de su muerte. El justo que, segun la expresion de san Bernardo, habia vivido con paciencia, moria con júbilo, y lleno de virtudes y buenas obras espiró el 11 de mayo de 1716, á la edad de setenta y tres años. Habia sido amado durante su vida, y fue honrado en su muerte; y habiéndose por su intercesion obrado una multitud de milagros, Benedicto XIV le declaró venerable en 1751; beatificóle Pio VII en 2 de mayo de 1806, y Gregorio XVI le colocó por último en el número de los Santos en 26 de mayo de 1839.

CAPÍTULO XXXI.

Propónese Luis XIV modificar el Instituto.— Motivos de su exigencia.— Inhibe á los Jesuitas franceses toda comunicacion con el General de su Órden. — El Soberano y los cinco Provinciales de Francia.— Carta de Luis XIV á los Jesuitas. — Desiste de su proyecto. — El *pecado filosófico* impugnado por Arnauld. — Esta doctrina es condenada en Roma. — Lucha entre el arzobispo de Reims y los Jesuitas. — Pasa este Prelado á ser el blanco de los sarcasmos de los Jansenistas, y de las respuestas de los Jesuitas. — Los PP. Daniel y Gerberon. — El libro de las *Máximas de los Santos.* — Fenelon y el P. Lachaise. — El Mont-Luis. — Quesnel, jefe de los Jansenistas después de la muerte de Arnauld.— *Reflexiones morales* del Oratoriano. — Mr. de Noailles. — Es nombrado este último arzobispo de Paris. — Apóyase en los Jansenistas. — El *Problema eclesiástico.* — Acusa á los Jesuitas de ser sus autores. — Prision de Quesnel y Gerberon. — Complot tramado por ellos para cambiar el órden establecido. — Es protegido Rollin por el P. Lachaise. — La bula *Vineam Domini* condena el silencio respetuoso. — Protestan las religiosas de Port-Royal. — Causas de la destruccion de Port-Royal-des-Champs. — Ordena Clemente XI la supresion de este monasterio. — Muerte de Lachaise. — Es nombrado el P. Letellier confesor del Monarca. — Retrato de este Jesuita. — Demolicion de Port-Royal. — Parte tomada en estos actos por el P. Letellier. — El arado y los milagros obrados en los sepulcros de los Solitarios. — Correspondencia de Fenelon con el P. Letellier. — Cambio de papeles. — Excita Fenelon á Letellier á ser mas severo. — Sale por fin de su inaccion. — El abate Bochard y los obispos de Francia. — Cólera del cardenal de Noailles. — Lanza un entredicho contra los Jesuitas de Paris. — La marquesa de Maintenon y el Cardenal. — Este pide que el Papa corte la cuestion. — Escribe Luis á Clemente XI solicitando una bula decisiva. — Institúyese una Congregacion con el objeto de examinar las *Reflexiones morales* de Quesnel. — La bula *Unigenitus.* — Infortunios de Luis XIV. — Acusan al P. Letellier de las calamidades ocurridas en Francia. — Trata de hacer deponer al Cardenal. — Los Jesuitas en Paris y las provincias. — Los Padres residentes en Rennes y el Parlamento de Bretaña. — El P. Barbereau en Ruan. — El P. Bouhours y el duque de Longueville. — El P. Tournemine, Caboye y el duque de Antin. — Bourdaloue y Lamoignon. — El P. de Champs y el gran Condé. — El P. La Rue y Boileau. — El P. Martineau y el duque de Borgoña. — El P. Matthieu, La Bourdonnaye y el duque de Orleans. — El P. La Tremouille y los pobres. — El P. Sanadon y el duque de Saint-Simon. — El P. Julio Brignole. — El cardenal de Bouillon en el noviciado de los Jesuitas. — Colbert, Louvois y el P. Verjus. — Juan Crasset y los jefes del Parlamento. — Santeuil, Robin y el P. Commire. — La mujer y los Je-

suitas. — Los ensueños políticos y el abate Blache contra los Jesuitas. — *Historia de la Compañía*, por Juvency, condenada por el Parlamento.— Resistencia del cardenal de Noailles y de Quesnel á la bula. — Constitúyese en medianero el presidente de Maisons.—Su entrevista con Letellier.—Muerte de Luis XIV. — Regencia de Felipe de Orleans.—Carácter de este Príncipe. Apóyase en los Jansenistas. — Reaccion contra Luis XIV. — La Bastilla y Vincennes. — Los prisioneros de Estado del P. Letellier. — El Necrologio jansenista. — Tiranía de Luis XIV. — Prohíbense las congregaciones en el ejército. — Apruébalas y las defiende el mariscal de Villars en el consejo de guerra. — Situacion de Francia. — Fulmina Noailles un entredicho contra el P. La Ferté, predicador en la corte. — Atacan los Jansenistas de consuno con los Universitarios los colegios de los Jesuitas. — Sostiéneles el Regente. — Son de nuevo suspensos los Jesuitas. — Causa y resultados de esta suspension. — Decídese el Regente á reconciliarse con los Jesuitas. — Es enviado á Roma el P. Lafiteau en clase de agente particular suyo.— Sálese Lafiteau de la Compañía. — Manda el Regente registrar la bula en el Parlamento. — Aspira al ministerio el abate Dubois. — Su ambicion y sus vicios. — Es promovido al arzobispado de Cambray y al cardenalato. — Peste de Marsella. — Los Jesuitas y Belzunce. — El P. Levert. — El P. Liguières, confesor del Rey. — Rehúsale Noailles las licencias. — Termina el cardenal de Fleury los asuntos religiosos. — Decadencia del jansenismo. — Arrepentimiento del cardenal de Noailles. — Los Jesuitas en España. — Felipe V y el P. Daubenton. — Sucédele el P. Robinet. — Sus reformas. — Retírase de la corte. — Es vuelto á llamar Daubenton.— Pónese en oposicion con Alberoni. — Sus negociaciones con el Regente. — El sigilo sacramental. — Muerte de Daubenton. — Asunto de las quindenias portuguesas.

El ascendiente que ejercia en Europa Luis XIV se hacia sentir tanto en las leyes como en las costumbres. Rodeábase la Francia de un brillo tal, eran tan ostensibles su pujanza bélica, su gloria literaria y su preponderancia diplomática, que, sin confesárselo á sí mismos y como impulsados por una irresistible atraccion, seguian su iniciativa los monarcas y los pueblos, amalgamándose á sus virtudes y defectos, á sus ideas y pasiones. Honrado Luis en el interior, era envidiado y temido en el exterior. Las magnificencias de su reinado tenian tal apariencia de prodigio, que sometian, por el prestigio del genio francés, á las naciones que le resistian aun con las armas. En medio de la embriaguez de tantas grandezas, pensó el Monarca en modificar la esencia misma del Instituto de Ignacio. La política de los Jesuitas era tan invariable como sus Constituciones : acababan de servir los intereses del Estado sin mostrarse hostiles á la Santa Sede, y aun se habian esforzado á calmar las efervescencias ; y quiso Luis des-

prenderlos de Roma, esperando darles en su reino una importancia menos expuesta á las sospechas galicanas. Ya Felipe II de España, que habia intentado, durante el generalato de Aquaviva, alterar las Constituciones de la Órden en su unidad de poder, pedia un jefe particular para la Península; Luis XIV olvidando las tradiciones de su abuelo con respecto á este asunto, proyectó establecer una línea de separacion entre los Jesuitas franceses y los de los demás países. Hé aquí la carta que dirigió Enrique IV con fecha 28 de noviembre de 1607 á la sexta Congregacion:

«Á nuestros queridos y muy amados Padres de la Compañía de «Jesús:

«Fidelísimos y muy amados Padres: Habiendo sabido que os «habeis congregado en Roma de todos los puntos del universo «por el bien de vuestra Sociedad, á quien consideramos como in«separablemente enlazada con la prosperidad de la Iglesia ente«ra, hemos creido oportuno, atendido el singular afecto que pro«fesamos á vuestra Órden, dirigiros esta carta en la cual os ma«nifestamos la constante benevolencia con que os miramos á to«dos y cada uno en particular, otorgándoos al mismo tiempo «cuanto de nuestra autoridad depende. Os suplicamos además y «os exhortamos á vigilar ahora, cuanto sea posible, por la con«servacion de vuestras reglas é Instituto, cuidando de guardar«las en su antigua pureza y esplendor; y recomendando, por úl«timo, á vuestros santos sacrificios y plegarias los intereses de «nuestro reino, nuestra persona, la de nuestra muy cara esposa «la Reina, y las de los hijos que Dios se ha dignado otorgarnos, «pudiendo estar seguros de que no quedarán sin recompensa «vuestros afanes en cuantas ocasiones se presenten respecto á «contribuir á la ventura y acrecentamiento de vuestra Órden, co«mo podréis juzgarlo por los mismos resultados. —Enrique.»

Varias eran las razones que impulsaron á Luis XIV á modificar la Sociedad de Jesús. Expuestos siempre los Jesuitas á las resultas de las querellas de preferencia que alimentaban los soberanos de España y Francia, porque cada uno de ellos pretendia que el nuevo General pasase en el momento de su instalacion á verificar la primera visita á su embajador en Roma; cuando la eleccion del P. Noyelle, presentóse al salir del Vaticano en el palacio del duque de Estrées, embajador de Francia. Al saberlo el

rey de España se mostró tan resentido, que con dificultad pudo calmarle su confesor, el dominico Tomás Carbonello, obispo de Sigüenza. Iba apaciguándose en la Península la tormenta, cuando, habiendo exigido Luis, en guerra ya con Inocencio XI por el derecho de patronato, que la provincia de Flandes, nuevamente conquistada por sus armas, fuese desde luego incorporada á la asistencia de Francia, solicitó tambien el rey de España para la suya todas las provincias de la Compañía dependientes de su imperio.

Esto era minar el órden establecido. Noyelle, cuyo carácter era venerado por ambos Príncipes, obtuvo una próroga; pero renovada por el embajador de Francia, de parte del Rey su amo, la misma exigencia en 6 de julio de 1687, dia en que se verificó la eleccion de su sucesor, el embajador español siguió la misma marcha. La Congregacion general suplicó á ambos soberanos que se dignasen desistir de estas exigencias, pero no obtuvo mejor resultado. El 25 de abril de 1688 ordenó Luis XIV al P. Pablo Lafontaine, asistente de Francia, que volviese á este reino con todos los Jesuitas, sus súbditos, que se hallasen en Roma; quienes obedecieron sin dilacion, así como á la inhibicion que les hizo en 11 de octubre del mismo año sobre interrumpir toda correspondencia con el General de la Compañía; pero no tardaron en dejarse sentir los inconvenientes de semejante prohibicion. Hacíase de todo punto imposible reemplazar los superiores y crear profesos, puesto que, segun los términos expresos del Instituto, semejantes actos no pueden legítimamente ejercerse, sino interviniendo la autoridad del General.

El pensamiento de Luis, que hasta entonces habia estado envuelto en tinieblas, se manifestó por fin, con la pretension de establecer un jefe superior particular, que gobernase las provincias francesas con el título de vicario. Tirso Gonzalez rechazó esta idea, que habian acogido varios Jesuitas franceses, y cuya realizacion instaban, sin comprender que al dia siguiente no vendrian á ser mas que unos sacerdotes aislados. Pronto el pensamiento de Luis XIV se convirtió en hecho; y deseando los PP. Jacobo Lepicart, Guillermo Monchamin, Juan Bonnier, Pedro Docenne y Luis Camaret evitar el golpe que les amenazaba, y al que, segun parece, no habia permanecido extraño el papa Inocencio XI, fueron á echarse á los piés del Rey, y despues de suplicarle que de-

volviese la paz á su Instituto, permitiéndoles gobernarse con arreglo al espíritu de sus Constituciones, le hablaron con tanta energía del respeto que debian inspirar las testas coronadas en favor de los principios de autoridad legítima, que comprendiendo sus obligaciones de cristiano y de monarca, dirigió á los cinco Padres provinciales de Paris, Lyon, Guiena, Tolosa y Champaña, la carta siguiente, fechada en 22 de octubre de 1690:

«Carísimo Padre: Habiéndonos dado el General de vuestra Órden una completa satisfaccion respecto á las razones que nos habian impulsado á ordenar, por medio de nuestro despacho del 11 de octubre de 1688, que ninguno de vosotros, bien fuese superior ó inferior en vuestra provincia, mantuviese relaciones con el citado General sin haber recibido antes nuestro expreso permiso, os enviamos esta con el objeto de participaros que en adelante podréis corresponderos con él en lo concerniente al buen gobierno de vuestra Compañía, de la misma manera que acostumbrábais hacerlo antes del consabido despacho, asegurándoos de paso que quedo del todo satisfecho de la exactitud con que habeis guardado lo que en aquel os ordenamos, por lo que no dejarémos de daros pruebas de nuestro afecto en cuantas ocasiones se presenten; y no teniendo esta otro objeto, no queremos hacerla mas larga ni mas explícita.»

En el momento en que renunciaba Luis XIV al proyecto de distraer á los Jesuitas de la obediencia debida á su General, Antonio Arnauld, cuyas fuerzas y belicosas pasiones no se habian debilitado con la edad, no dejaba de hallar un pequeño flanco por donde atacar á la Compañía; pero al menos por esta vez reposaban sus acusaciones en un verdadero fundamento.

Al estudiar con reflexion la historia; al seguir á sus Doctores y aun á sus santos Padres en sus combates contra el error, se los puede observar con facilidad, cayendo á veces ó pareciendo caer en el error opuesto. Los teólogos de la Compañía que, al refutar á Bayo y á los discípulos de Jansenio, defendieron la inculpabilidad de los actos procedentes de una ignorancia invencible, no estuvieron tampoco exentos de estos excesos del espíritu; antes bien, avanzando demasiado algunos Jesuitas de Lovaina en este sistema que no habian inventado, le sostenian con tanto ardor como si hubieran querido apropiársele. Adhiriéronse tambien á esta doctrina, llamada en términos escolásticos *doctrina del peca-*

do filosófico, algunos Padres residentes en Bélgica con el objeto de rechazar el centro del jansenismo; pero en Roma, verdadero orígen y principio de la enseñanza cristiana, censuró constantemente semejantes tesis el Instituto de Loyola.

Existe en los archivos del colegio Romano un registro en que los revisores generales de la Órden de Jesús consignan las decisiones promulgadas sobre los libros que someten á la censura los Padres de todas las naciones, y en el que se lee una proposicion sentada por un teólogo, cuyo tenor es el siguiente: «Si un hom-«bre, que ignorase invenciblemente á Dios, pero dotado de la «suficiente capacidad para discernir la malicia moral del acto, «obrase contra la luz de la razon aun en materia de suyo graví-«sima, no pecaria mortalmente.» Tal es el pecado filosófico en su idea; pero hé aquí tambien la contestacion que dieron los Padres Diego Secco, Juan Chamerosa, Juan Lorin y Marcos Vadoorn, revisores de la Compañía: «Respóndese, que aun cuan-«do varios autores católicos hayan sentado esta doctrina, el cate-«drático que se ha propasado en sostenerla debe retractarse en la «primera ocasion que se presente, y enseñar la contraria, puesto «que aquella es perniciosa.»

Á pesar de la reprobacion que el pecado filosófico habia merecido en Roma de parte del Instituto en nombre de todos sus miembros, volvió, después de treinta años, en el mes de febrero de 1659, á agitarse en Dijon en el mismo sentido y por la misma tradicion. Después de haber distinguido el P. Francisco Musnier el pecado filosófico contra la razon, y el pecado filosófico contra Dios, declaraba: «Que en el sugeto que ignora á Dios ó que no piensa ac-«tualmente en Dios, es sin duda el pecado filosófico una falta gra-«ve; pero de ningun modo una ofensa á Dios ó un pecado mor-«tal capaz de destruir la gracia y digno de pena eterna.» Es verdad que el P. Musnier no sentaba su tesis en un sentido absoluto, sino meramente condicional; pero no es sin embargo admisible en caso alguno. Arnauld acababa de coger infraganti á un individuo de la Sociedad que defendia esta doctrina; y esto bastó para que, prescindiendo de que era un individuo el que erraba, acusase á la Órden entera de participar y aun de alentar el error, lanzándose á la palestra contra la *nueva herejía* como propagada por los Padres. Tres años habian ya transcurrido desde que el Jesuita habia desenvuelto su idea, en cuyo espacio de tiempo habian ocu-

pado los ánimos acontecimientos algo mas importantes; pero Arnauld, que acechaba su presa para lanzarse sobre ella cuando ya estaba seguro de que su voz no seria sufocada, denunció á la Compañía. Musnier explicó el sentido de sus palabras; los Jesuitas probaron estar ajenos á la cuestion, puesto que en todo tiempo sus teólogos habian combatido este princio; Arnauld se mantuvo firme, y el sistema del pecado filosófico fue condenado en Roma el 14 de agosto de 1690. Pero entonces el Doctor jansenista se precipitó á su vez en el error opuesto, y pasando á adoptar la idea de Calvino, asentó que Dios impone á veces preceptos sin dar á los hombres la fuerza suficiente para cumplirlos.

Empeñado el arzobispo de Reims, Carlos Mauricio Letellier, en una terrible lucha contra la Sociedad de Jesús á propósito de dos tesis sostenidas por los Padres residentes en el colegio de esta ciudad, al paso que censuraba las doctrinas molinistas, lanzó contra ellos y los discípulos de Jansenio el mismo anatema. Quesnel y Gerberon, que conocian á este Prelado, cuyo fausto ha pasado á ser histórico, y cuya ciencia y virtud no se hallaban tampoco al nivel de su orgullo, impacientes del combate, como sus maestros de Port-Royal, no tardaron en recoger el guante, abrumando á su perseguidor bajo el peso de sus cóleras y sarcasmos [1], y haciéndole expiar cruelmente su agresion por medio de sátiras en prosa y verso. Empero, si los Jansenistas le hacian el blanco

[1] «Todo el mundo convendrá conmigo, exclamaba Gerberon en su *Carta «de un teólogo al arzobispo de Reims*, en que monseñor el arzobispo de Reims «es el verdadero tipo de ese orgulloso de quien habla san Pablo, de ese doctor «que nada sabe de la ciencia de los Santos, y de ese poseido de una enfermedad «de espíritu, de donde nacen las envidias, murmuraciones, malas sospechas «y perniciosas disputas.» Habiendo tambien atacado en su pastoral á un cierto abate llamado Maurolico, se dejó ver un folleto vindicativo, en el que, estableciendo los Jansenistas un paralelo supuesto entre el citado abate y el arzobispo, hacen hablar de este modo al primero: «Maurolico, decian, era un «hombre erudito y muy considerado en su tiempo. — Para eso, les contestaba «yo, el señor arzobispo de Reims es el primer par de Francia, y muy temido «en su diócesis. — Maurolico, proseguian, era un sugeto de una piedad edifi- «cante y de una conducta muy regular. — El señor arzobispo de Reims, repli- «caba yo, es comendador de la órden del Espíritu Santo, y maestro de la real «capilla. — Maurolico, añadian, era un hombre distinguido, y pertenecia á la «antigua casa de Marolles. — El señor arzobispo de Reims, replicaba yo, es «un provisor de la Sorbona: al llegar aquí, monseñor, sellaron sus labios, y «no encontraron palabras para contestarme.»

de la irrision pública, encargado el P. Daniel por la Compañía de responderle, giró por la parte opuesta: respetuoso para con el Prelado, lleno de consideraciones hácia el individuo, é incisivo únicamente al desenvolver la doctrina tan injustamente condenada; tal fue el plan que se propuso este escritor. Nada tenia el Arzobispo que replicar. Y sin embargo, visto que el fondo de la *representacion* se hallaba á cubierto de todo reproche, trató de acusar la forma, proyectando perseguir en justicia á los Padres, por haber recurrido á los medios de la publicidad en vez de proceder por las vias canónicas; y visto que Luis XIV le rehusaba la facultad de elegir cuatro obispos por árbitros, los acusó ante el Parlamento: pero habiendo hecho comprender al Monarca el primer presidente Harlay que semejante causa no haria mas que excitar escándalos sin utilidad, y que valia mas obtener de los Jesuitas un acto de deferencia al Arzobispo, que otorgar á este el derecho de perder su causa, una vez que la ortodoxia del Instituto no se habia puesto en tela de juicio, se sometieron los Padres á cuanto Harlay exigió de ellos en nombre del Rey, pasando á exigir de Letellier el honor de su amistad, y á manifestarle el sentimiento de haber incurrido en su desagrado.

Por esta misma época se dejaba ver un libro que debia hacer mas furor que todas estas obras de efímera polémica. Publicábale Fenelon, arzobispo de Cambray, bajo el título de: *Explicacion de las máximas de los Santos sobre la vida interior.* Antes de su promocion á la silla de Cambray, habia sido Fenelon el amigo y admirador de madama Guyon, mujer espiritualista, que, como todas las imaginaciones fatigadas del positivismo de la existencia, buscaba la felicidad y la paz en sueños incomprensibles; y que, dirigiéndose á corazones vírgenes, á inteligencias privilegiadas, habia conseguido, merced á los celajes en que iba envuelta su doctrina, hacerse numerosos prosélitos. Dedicóse, pues, el Arzobispo á explicar esta doctrina, si bien condenándola en muchos puntos; pero su obra, nacida de un santo pensamiento, debia, aun atendido el candor lleno de destreza que habia presidido á su redaccion, engendrar abusos deplorables. Bossuet, en tanto que habia creido deber oponerse con su implacable lógica y la autoridad de su nombre al puro amor propio y á las exageraciones de quietismo que popularizaban el ingenio y virtudes de esta taumaturga, se opuso aun con mas vigor á las teorías que Fenelon acogia

bajo la proteccion de su genio, y establecióse una terrible lucha entre ambos prelados. Hallábase á la sazon el P. Lachaise en el apogeo del favor [1]. En una época en que las cuestiones religiosas se presentaban siempre con el carácter de políticas, y en que el Jesuita era consultado sobre los asuntos de fe, patrocinaba con todo su crédito al arzobispo de Cambray, apasionado á la Órden de Jesús que le habia educado, y trataba de pagarle su adhesion con afectos de respeto. Pero el P. Lachaise sabia hacer ceder la amistad al deber. Si antes habia leido y admirado las *Máximas de los Santos*, y empeñádose en sostenerlas; cuando, merced quizás

[1] Creemos ser esta la ocasion mas oportuna de rectificar un error que han popularizado los diarios y escritores al hablar del cementerio del Este, mas conocido bajo el epígrafe de *Cementerio del P. Lachaise.* Si se hubiese de dar crédito á todas las fábulas puestas en circulacion acerca de este sitio de fúnebre celebridad, Luis XIV habria dado á su confesor una magnífica casa de campo, que en prueba de gratitud habria Lachaise denominado el Mont-Luis; al paso que la poblacion, los jardines y bosquecillos adonde pasaba á descansar de las fatigas de la corte, todo esto no seria ahora mas que una urna cineraria, ó mas bien un campo santo. Desgraciadamente la historia se halla en contradiccion con esta paradoja.

El 11 de agosto de 1626 compraron los Jesuitas de la Casa profesa una porcion de terreno con su casa de campo, llamada á la sazon *La Folie-Regnault,* del nombre de su propietario, un droguero que, segun los archivos del obispado de Paris, le transmitió á la calle Regnault-Folie por los años de 1420 ó 1430. Después fueron sucesivamente adquiriendo, segun dice Jaillot en sus *Investigaciones crítico-histórico-topográficas*, varias posesiones colindantes con su nueva morada, y las dieron el nombre de Mont-Luis ó Monte de san Luis hácia el año de 1627, como consta de las escrituras de propiedad. De donde se sigue que Luis XIV no pudo ofrecer en el año de 1675 lo que por derecho de adquisicion poseian ya los Padres con medio siglo de antelacion. Lachaise no pasó á ser confesor del Monarca hasta principios de 1675, y, como todos los profesos, iba á respirar un aire puro á la granja de la Sociedad, llegando el caso de pagar algunos estadales de tierra enclavados en los jardines. El Jesuita era un alto personaje á los ojos del pueblo : postrábase el Rey á sus plantas, y de consiguiente debia ser omnipotente sobre su ánimo. Sin acordarse los habitantes del arrabal de San Antonio que los Jesuitas poseian hacia ya tiempo el Mont-Luis, ó mejor dicho, desapareciendo este apodo de su mente, le agregaron el de *Casa del P. Lachaise;* veíanle pasar en ella algunas horas por semana, y le improvisaron propietario, como ya le suponian omnipotente. La opinion pública fué adoptando paulatinamente un error en que perseveró, y el cementerio que ha reemplazado á la casa llevará todavía por mucho tiempo el apodo de *Cementerio del P. Lachaise.* Cuando la supresion del Instituto en 31 de agosto de 1763, fue enajenado el Mont-Luis en virtud de un decreto expedido el 11 de marzo precedente, y revendido en 16 de diciembre de 1771.

á las instancias demasiado duras de Bossuet, pasó la Santa Sede á condenar las veinte y tres proposiciones extractadas de la obra de Fenelon, se sometió, como el Prelado, á la decision pontificia. Hubiera podido Lachaise adherirse á ellas antes de la sentencia promulgada en Roma: pero semejante acto no le hubiera dejado escuchar sus sentimientos particulares; y como por otro lado carecia, segun la expresion de Fontenelle, del humilde coquetismo del autor del *Telémaco*, trató de aceptarla á fuer de sacerdote sumiso á la autoridad. Acusáronle los admiradores de Fenelon de haberle sacrificado á las desconfianzas y á la aversion instintiva de Luis XIV; mientras que, mas justa en esto madama de Maintenon, aunque siempre hostil al Jesuita, no pudo menos de escribir con fecha 13 de octubre de 1708 que «este Padre habia osado «elogiar en presencia del Rey la generosidad y abnegacion de «Fenelon [1].»

Inaugurado por la galantería el siglo de Luis XIV terminaba, siguiendo en esto el curso ordinario de las pasiones humanas, por el ascetismo y la devocion. Á los torneos y cabalgatas de 1660 sucedian las disputas religiosas, sin que perdiese nada de su encanto el debate teológico en medio del ardor de las batallas, que aun sostenia gloriosamente una última generacion de valientes y denodados capitanes, tales como Villars, Luxemburgo, Conti, Vendôme y Felipe, duque de Orleans. Arnauld habia muerto en Malinas el 8 de agosto de 1694, á la edad de ochenta y tres años y en toda la plenitud de la inteligencia: jansenista durante el largo período de su existencia, espiró en brazos de Quesnel, su discípulo predilecto, el Eliseo de este Elías del jansenismo, sin retractar el error de su vida entera. De allí á poco siguiόle Nicole á la tumba. Viendo Quesnel cómo desaparecian los hombres que tanto habian brillado en Port-Royal, y que durante medio siglo habian sostenido la lucha con la Iglesia y la Sociedad de Jesús, se lanzó á la arena como heredero de sus principios. Carecia, es verdad, de la belicosa elocuencia de Arnauld; no se hallaba tampoco dotado de aquella erudicion y aquel ascendiente que le habian conquistado setenta años de virtudes, encanecidos bajo el peso de los trabajos intelectuales ó las amarguras del ostracismo; pero poseia como él, en el mas alto grado, la obstinacion de un jefe de secta, y tenia además la facilidad de alucinarse á sí mis-

[1] Carta de madama de Maintenon al cardenal de Noailles.

mo para engañar mejor á los demás. Arnauld jamás pretendia dominar á su partido; gobernábale con el prestigio de su nombre, ó á favor de las amistades ilustres de que se rodeaba: Quesnel por el contrario, sin disfrutar ninguna de estas ventajas, pasó á crearse otras nuevas disciplinando al jansenismo y elevándole al rango de oposicion política, cuando todo el mundo se vanagloriaba de su obediencia.

Arnauld y Nicole se habian retirado de la liza, y sin renunciar á ninguna de sus ideas, habian mostrado después de la paz de Clemente XI disposiciones mas reservadas. Pero echando de ver Quesnel que el jansenismo pereceria bajo la indiferencia, si no hallaba un medio de renovar los debates olvidados ya enteramente á favor de otros acontecimientos, á fin de evocar sobre su cabeza una tempestad que creia indispensable á sus planes, dió la señal de la resurreccion del jansenismo, diseminando unas tras otras infinitas ediciones de sus *Reflexiones morales*. Aspirando el sacerdote oratoriano á cambiar el terreno de la batalla, no quiso circunscribirla dentro de los límites en que la sostenian sus predecesores; y necesitando por otro lado atacar á los dos poderes por medio de alusiones solapadas, y atribuir á las opiniones de Jansenio un sentido que jamás tuvieran, «pasó á enseñar, dice «Schœll, todo el sistema del jansenismo en una tercera edicion «que dió en 1693 de sus *Reflexiones morales,* bajo el título de: *Nue-«vo Testamento en francés con reflexiones morales sobre cada versículo.* «Seducido Antonio de Noailles, obispo de Chalons sobre el Mar-«ne, por los encantos del estilo, ó engañado quizás por la apro-«bacion que habia dado su predecesor á la primera edicion de esta «obra, permitió formalmente su lectura en la diócesis de su car-«go, expidiendo al efecto una pastoral en 23 de junio de 1695.»

Félix de Vialart, obispo de Chalons, y después de él Noailles, habian aprobado un librito que aumentándose á las proporciones de cuatro grandes volúmenes, y encerrando en sus páginas, como lo habia previsto Quesnel, una conspiracion contra el altar y el trono, pasó á multiplicarse bajo todas las formas, logró introducirse en el seno de las familias, y se vió elogiado con cierta afectacion de entusiasmo, que nada bueno auguraba para la paz de los corazones. Sospechando los Jesuitas que una obra preconizada con tanto calor por los Jansenistas no podia menos de contener algun veneno, la examinaron detenidamente, y no tarda-

ron en convencerse de la certeza de sus recelos. Trasladado en este intermedio Antonio Noailles á la silla de Paris por muerte de Francisco Harlay, esperaron los émulos de Quesnel fascinar al nuevo Arzobispo, como aquel lo habia hecho con el obispo de Chalons; pero en esta capital, y á vista de Luis XIV y los Jesuitas, encontraron una vigilancia mucho mas apercibida. Las *Reflexiones morales* contaban por su Mecenas á Noailles, que habia pasado á aprobarlas sin reticencia. El abate Barrios, sobrino de San-Cyran reprodujo su doctrina palabra por palabra en su *Exposicion de la fe acerca de la gracia.* La provocacion no podia ser mas directa. Precisado el Arzobispo á ostentar su rigor, condenó esta obra en 1696, sin observar quizás, que no hacia mas que desenvolver los mismos principios, cuyo protector se habia declarado. Los sectarios habian tendido un lazo á su buena fe, y no tardaron en hacérsela expiar, publicando un folleto bajo el epígrafe de *Problema eclesiástico al abate Boileau;* especie de sátira teológica, en que reuniendo los textos aprobados y censurados por él con algunos meses de intervalo, le entregaban bajo el velo de una erudita perplejidad á la befa pública. Ocultábase su autor, el benedictino D. Thyerri de Viaixnes, bajo el disfraz del anónimo, «imitando de tal modo, segun el protestante Schœll [1], «el estilo de los Jesuitas, que varios Padres de esta Compañía se «dejaron sorprender miserablemente.»

Espíritu indeciso, carácter inconstante y voluble, aunque dotado de una piedad sincera, de ciencia dudosa y de una inmensa caridad, no se hallaba Noailles al nivel del puesto que ocupaba. Habian creido el Monarca y madama de Maintenon, que tal vez se desarrollarian sus cualidades en un teatro mas vasto; pero solo parecieron acrecentarse sus defectos en las luchas que era llamado á refrenar ó dirigir. Esperando que si se mostraba conciliador y circunspecto con los sectarios obtendria de ellos alguna tregua, lo que llamaba él, segun la expresion de De Aguesseau, la igualdad de su justicia, solo logró hacerlos con esto mas audaces. Veíanle dispuesto siempre á temblar ante ellos, y esta actitud les inspiraba mayor atrevimiento. Abrigaba en su corazon una fe tan cándida en la amistad de los Jansenistas, que, cuando estos derramaron gota á gota el ultraje bajo la forma de un problema, sin inculparlos en lo mas mínimo, mucho mas cuando aca-

[1] *Curso de historia de los Estados europeos*, pág. 93, tomo XXIX.

haban de describirle á los Jesuitas como sus mas pronunciados adversarios, acusó desde luego al P. Daucin de la sátira de Viaixnes. La debilidad en el Prelado venia á ser un manantial inagotable de resentimientos contra los sugetos ante cuya energía temblaba: arrastrado por secretas propensiones hácia el jansenismo, que le adulaba en público mientras le hacia expiar á la sordina demasiado caras sus lisonjas, desconfiaba, como todos los caractéres débiles, de los que se creian con derecho á decirle la verdad. Los sarcasmos que contra él provocaba el *Problema* y las excitaciones de los Jansenistas enconaron mas y mas su disposicion natural á la malevolencia; y tratando de vengarse en la asamblea de 1700 que presidió, hizo condenar ciento veinte y siete proposiciones extractadas de varios teólogos. Muchas de ellas pertenecian á la Sociedad de Jesús, entre otras la del P. Mateo de Moya, que, en el *Amadeus Guimenius*, habia tratado de probar que todos los errores reprochados al Instituto estaban en boga, y eran enseñados mucho tiempo antes del nacimiento de aquel. Promovido Noailles al cardenalato en este intermedio, se volvió tambien á suscitar de nuevo el asunto del *Caso de conciencia;* otra de las intrigas del jansenismo, combatida y vituperada por Bossuet. El nuevo Cardenal debia tambien á su vez expresar su modo de pensar. Quesnel y sus partidarios, cuyo yugo pesadísimo, como el de todo partido que aspira á sojuzgar á la autoridad, se dejaba sentir cruelmente, esparcieron la voz de haberse aquel adherido verbalmente al caso de conciencia propuesto, y que por lo tanto le seria imposible desaprobarle por escrito. El Monarca, entre tanto, deseaba poner un término á tantas discordias; y sospechando que los Jansenistas no se limitaban á meras opiniones teológicas, ó mejor dicho, creyéndolos enemigos de la monarquía francesa, pasó á exigir de su nieto, el rey de España, la prision de Quesnel y Gerberon, que se habian refugiado en Malinas, desde donde lanzaban á Francia y á toda la cristiandad la tea de la discordia. «Asegú-«rase, dice Schœll [1], haberse hallado entre sus papeles la prueba «de los trabajos que habia emprendido esta secta para cambiar la «constitucion política y religiosa de Francia.» Y no menos explícito Voltaire que el anterior: «Apoderáronse de todos los pa-«peles, dice [2], y hallaron en ellos todo lo que caracteriza un par-

[1] *Curso de historia de los Estados europeos*, pág. 94, tomo XXIX.
[2] *Siglo de Luis XIV,* tomo III, cap. XXXVIII, pág. 153.

«tido formado.» «Dejábase ver, añade, entre los manuscritos de « Quesnel un proyecto todavía mas culpable, si no hubiese pecado «de insensato. Habiendo Luis XIV enviado á Holanda en 1684 «al conde de Avaux con plenos poderes para admitir á una tre-«gua de veinte años á las potencias que tuviesen á bien asociarse «á ella, habian tratado los Jansenistas, bajo el nombre de *disci-«pulos de san Agustín,* de hacerse incluir en esta tregua, cual si «hubiesen realmente sido un partido formidable, como por tanto «tiempo lo fue el de los Calvinistas.»

Á la revelacion de un complot que ni siquiera se cuidaba de disfrazarse, y contra el que los Jesuitas habian tratado tantas veces de inspirarle serios temores, el Monarca, que siempre habia desconfiado de los Jansenistas, se propuso ser inexorable: habia ya tomado medidas de rigor contra los jefes de la secta, y trató de tomarlas aun mas severas. Innato en su alma el respeto á la autoridad, la veneraba en los Pontífices por conviccion piadosa y por cálculo real; pero tambien sabia hacerla respetar en su persona. Cuando el poder llegaba á debilitarse ante un ataque premeditado, allí estaba siempre dispuesto á defenderle; pero jamás fomentaba las revoluciones en los demás reinos, con el objeto de tener paz por su casa, ó de sacar un miserable provecho de las calamidades monárquicas: habíasele descubierto el secreto del jansenismo, y trató de exterminar una secta orgullosa é indócil. Entre los diversos sugetos comprometidos en el complot, segun las correspondencias cogidas en Malinas en las carteras de Quesnel y Gerberon, se hallaban dos benedictinos, Juan Thiroux y Viaixnes [1], el autor del *Problema eclesiástico,* que al fin confesó su obra, los cuales fueron encerrados en la Bastilla y Vincennes. El Rey encargó en seguida á los Jesuitas que revisasen sus cuadernos para conocer á fondo sus principios: hiciéronlo así efectivamente los Padres, enviándolos á la casa de campo de Mont-Luis, donde los examinó Letellier; y merced á esta circunstancia, desnaturalizada ó mal comprendida, ha podido decir Voltaire que los interrogatorios de los presos eran presentados al mencionado Jesuita.

[1] Era un hombre tan inconsecuente este Benedictino, que después de haber salido de la fortaleza de Vincennes en 1710, se vió desterrado de Paris, y expulsado en seguida bajo la regencia de Felipe de Orleans, en ocasion en que ya no tenian autoridad alguna los Jesuitas.

Entre los sugetos que el jansenismo habia logrado reclutar bajo su bandera, se hallaba un rector de la universidad de Paris, un hombre á quien sus elevadas virtudes y una ciencia afortunada en sus aplicaciones recomendaban á la indulgencia del Monarca: este era Rollin. Su carácter sencillo é ingenuo era á los ojos de Luis XIV un peligro mas; porque, bajo las apariencias de la honradez, podia inocular con mas facilidad el veneno de una doctrina funesta en los corazones de la juventud: sus cartas á Quesnel paraban en manos del Rey; iba ya este á dar sus órdenes para prenderle, cuando se presenta Lachaise en la real cámara. Solo este Jesuita tiene el poder de inclinar á Luis á la clemencia; solo él puede inspirar sentimientos de dulzura y moderacion á esta alma despótica: intercede en favor de Rollin, sale fiador por él, y el jefe de la universidad debe su salvacion á un Padre de la Compañía.

El jansenismo arrojaba la máscara en sus obras vivas. Habiendo pasado Clemente XI á condenar de hecho y de derecho, por su bula *Vineam Domini Sabaoth*, expedida en 16 de julio de 1705, el silencio respetuoso, que segun los sectarios agustinianos, era la única sumision debida á la Silla apostólica, el clero francés se apresuró á aceptar la referida bula, y el Parlamento la registró en sus actas. El silencio respetuoso de los Jansenistas no tenia mejor acogida que su sistema de oposicion: las religiosas de Port-Royal lo abandonaron como una vestimenta inútil; la madre Isabel de Santa Ana Boulard rehusó suscribir á la bula que aceptaban el clero y el Parlamento; y fugado ya Quesnel del calabozo, la dirigia en su rebeldía. Las calamidades que á la sazon pesaban sobre el país, los desastres militares, la vejez del Monarca, todo contribuia á reanimar las esperanzas del jansenismo. Abandonado de la fortuna, y mas grande en los reveses que en las prosperidades, oponia Luis á los golpes del destino una serenidad estóicamente cristiana: no bastando á intimidarle los enemigos exteriores, tampoco quiso retroceder ante la audacia de los de casa. El jansenismo, que habia principiado por desplegar su odio contra los Jesuitas, terminaba por conspiraciones tanto mas peligrosas cuanto que se apoyaban en sutilezas teológicas: verdad es que solo contaba con algunos sacerdotes dispersos, ó con algunas religiosas que querian vivir en el retiro; pero del fondo de esta misma soledad se veian surgir descontentos, proyectos culpa-

bles y pensamientos revolucionarios. Todo les parecia autorizado para mover escándalos; todo era legal á sus ojos desde el momento en que vislumbraban una posibilidad, aunque remota, de disturbios: resistian á todo, y á todo se sobreponian; atormentaban las leyes con la docta crueldad de los legistas, y hallaban materia apta para distinciones, paráfrasis y trastornos en lo que era de suyo mas evidente. Esta posicion no podia ser duradera: las religiosas de Port-Royal habian dado la señal de las hostilidades, y Luis pidió al Papa la supresion del monasterio. Clemente XI accedió á estos deseos en la bula expedida en 27 de marzo de 1708, designando á la soledad de Port-Royal con el apodo de *nido de herejías;* apodo que hizo rechinar de cólera á Quesnel y sus adictos. «No creo, escribia, que sea menor esta blasfemia que la que «cometieron los Escribas y Fariseos, atribuyendo al demonio la «operacion del Espíritu Santo, que expelia los demonios de los «cuerpos de los posesos.» Pero á pesar de todo su encono, el Consejo pasó á declarar por medio de un decreto que en adelante no habria mas que un Port-Royal; y conservando el de Paris suprimió el *des Champs.*

«Las doctrinas de Port-Royal, dice Mr. de Balzac [1], venian á «ser, bajo la máscara de la devocion mas pronunciada, bajo el «velo del ascetismo y de la piedad, una tenaz oposicion á los «principios de la Iglesia y la monarquía. Los señores de Port-«Royal, á pesar de su corteza religiosa, fueron los precursores «de los economistas y enciclopedistas del tiempo de Luis XV, «y de los doctrinarios de nuestra época, que de todo exigian «cuentas, garantías y explicaciones, al paso que abrigaban las «revoluciones bajo las palabras de tolerancia y dejad hacer. La «tolerancia, lo mismo que la libertad, es una locura sublime. «Port-Royal era una sedicion inaugurada en el círculo de las «ideas religiosas, el mas formidable pedestal de las diestras opo-«siciones... La Iglesia y el Monarca no han faltado á su deber «sofocando la hidra de aquel establecimiento.»

Ahora que los hombres pueden seguir en su curso la idea revolucionaria, esta opinion no podrá menos de parecer justa á todos los talentos reflexivos; en el siglo empero de Luis XIV suscitó murmullos que hallaron eco en algunos escritores, cuya única política consiste en vituperar cuanto se emprende en favor de la

[1] Balzac, *Revista parisiense* del 25 de agosto de 1840.

Religion, de la monarquía y del órden social. Prestando cierto encanto poético á la sombría terquedad de los Jansenistas, dramatizaron su persecucion; transformaron estas naturalezas atrabiliarias en otros tantos precursores y mártires de la libertad y de la ciencia, y acusaron en seguida á los Jesuitas. Quesnel necesitaba un pretexto para discutir los actos emanados de la Santa Sede; y no encontrando otro mas plausible á la mano, dijo que los discípulos de Loyola tenian en el Vaticano la pluma que le condenaba. Hacíase indispensable tambien exhibir al príncipe mas absoluto y mas dueño de sí mismo y de los demás como dirigido por un poder invisible, para humillar sus grandezas, y lanzar el descrédito sobre las precauciones que le imponia la seguridad de sus Estados; y sin mas, transformaron los Jansenistas en un viejo sin energía y dominado por el temor incesante del infierno al hombre que, viendo invadidas sus fronteras, escribia algunos años antes al marqués de Villars la carta mas realmente francesa: «Si «no consigo obtener una paz equitativa, marcharé yo mismo al «frente de mi valiente nobleza á sepultarme bajo las ruinas de mi «trono.»

Puédese juzgar al gran Rey de distintas maneras; pero hay caractéres á quienes, por amor á la humanidad, no es lícito abatir jamás. Los Jansenistas solo eran por rechazo los enemigos de Luis XIV; pero este amaba, favorecia y escuchaba á los Jesuitas, y este fue á sus ojos su único crímen. Dotados de la suficiente destreza para quejarse en público con el objeto de deshonrarle en secreto, y colocándole entre madama de Maintenon y Letellier, entre una vieja y un Jesuita, creyeron haber conseguido el fin que se propusieran. Empero, la destruccion de Port-Royal-des-Champs, de esta casa santificada por medio de virtudes austeras y grandes servicios prestados á las letras, ha pasado á ser una acusacion contra Luis XIV y la Sociedad, que importa poner en claro.

Ordenada la supresion de este *nido de herejías* por una bula expedida en 27 de marzo de 1708, el cardenal de Noailles, protector del establecimiento, se adhirió, de consuno con el Parlamento, á la voluntad de ambos poderes. Terminábase todo esto en el último año de la vida del P. Lachaise, quien espiró el 20 de enero de 1709; y como este Jesuita era el único á quien el Monarca conocia personalmente, al paso que consagró un profundo pesar á

su memoria, encargó á los duques de Beauvilliers, Chevreuse, y la Chétardie, cura de San Sulpicio, que le escogiesen un confesor entre los diferentes Padres cuyos nombres le habia insinuado aquel al tiempo de morir. Opinando los comisionados que en las circunstancias presentes era preciso echar mano de un sugeto que tuviese mas energía que Luis, y que no perteneciese á familia alguna de título, designaron al P. Letellier, quien pasó á desempeñar sus funciones en 21 de febrero del mismo año.

Miguel Letellier, nacido en Vire en 1643, era á la sazon provincial en Francia. Dotado de un carácter ardiente, inflexible, austero consigo mismo y con los demás, formaba un contraste tal con la mansedumbre del P. Lachaise, que parecia monopolizar con antelacion los hechos ya consumados. En el momento de presentarse ante Luis XIV que no le conocia, pasó este á preguntarle si era pariente del canciller Miguel Letellier: «¡Yo, señor! contestó el Jesuita, ¡yo pariente de los señores Letellier! Nada menos «que eso: soy un pobre aldeano de la Normandía baja, en don«de mi padre era un rentero.» Estas palabras desagradaron á los cortesanos, y particularmente al duque de Saint-Simon. ¡Atreverse así á confesar su orígen un Jesuita que iba á disponer de la conciencia real y de la lista de los beneficios! «Pertenecia á la «hez del pueblo, dice el magnate jansenista [1], y no trataba de «ocultarlo.» Esta nota, infamante á sus ojos, bastó para hacer de Letellier un hombre capaz de todos los crímenes: vislumbrábale únicamente á través de lo plebeyo de su cuna, y pasó á describirle tal como le soñaba su orgullo. Es verdad que Letellier habia atravesado la escala rigurosa de su Instituto, señalándose hostil al jansenismo en cada una de las fases de su dilatada carrera; «pero amamantado, dice Saint-Simon [2], en estos principios, «y admitido en todos los arcanos de su Sociedad, merced al ge«nio que esta habia reconocido en él, solo habia vivido, después «de su ingreso, de las cuestiones y de la historia interior de sus «progresos, del deseo de ascender, y de la opinion, que para con«seguir este fin, nada habia que no fuese lícito, nada que no se «debiese emprender. Carácter duro y pertinaz, aplicado sin des«canso, enemigo de toda disipacion, de toda sociedad, de toda «distraccion, é incapaz de tomarla aun con sus mismos colegas,

[1] *Memorias* de Saint-Simon, tomo VII, pág. 26.

[2] *Ibidem*, pág. 25.

«solo tenia relaciones con alguno que otro que trataba de amal-
«gamar sus pasiones con la que á él le dominaba. Su existencia
«era austera por gusto y por hábito; no conocia mas ocio que un
«trabajo asiduo y sin interrupcion, y pasaba á exigirle de los de-
«más, sin comprender jamás que pudiese ser incómodo: su cabe-
«za y su salud eran de hierro, lo mismo que su conducta, y su
«natural cruel y huraño.»

Estas líneas no carecen de acrimonia; Saint-Simon, y todos los historiadores que le han seguido, se han encarnizado contra Letellier, representándole como autor de las persecuciones que pesaron sobre el jansenismo y de las calamidades que sobrevinieron al país. Sin entrar nosotros en el detalle de tantos eventos, debemos sin embargo estudiarle, y estudiar su conjunto para aclarar la materia. En el momento en que se vió encargado este Jesuita de dirigir la conciencia del Monarca, nada restaba que hacer para exasperarle contra los Jansenistas: estaban ya mas que justificados sus recelos; hallábase realizada la supresion de Port-Royal; solo faltaba sancionar la medida, y habiéndose asociado á ella el Arzobispo, habia pasado de Argenson con fecha 29 de octubre de 1709 á sacar de Port-Royal á las religiosas conduciéndolas á otros monasterios. Esto mismo era lo que ya habia intentado Luis en los mas floridos años de su reinado. En esta primera época, Arnauld, Nicole, Lemaître y Sacy hubieran juzgado indigno de su causa el transformar esta soledad en un sitio de romería: creíanse bastante parapetados en sus talentos para recurrir á estos artificios de superstición ó fanatismo; no fueron tan discretos sin embargo sus herederos. Agrupada una muchedumbre en derredor de Port-Royal á favor de milagros apócrifos y lamentaciones llenas de hipocresía, que forjaba y sostenia la cábala y la curiosidad, lloraba sobre las tumbas abandonadas, recorria las celdas desiertas, y pretendia, valiéndose de todos los medios imaginables, fomentar la efervescencia.

No queriendo consentir el Monarca, á las mismas puertas de Versalles, unas intrigas que podia hacer peligrosas la misma desgracia de los tiempos, mandó demoler aquel monasterio célebre, y sus órdenes fueron ejecutadas sin demora. Perpetuamente hostil á los Jesuitas, al par que celoso de su autoridad como todos los caractéres débiles, Noailles fue únicamente el que, en su cualidad de arzobispo, se encargó de ejecutar el decreto de proscrip-

cion de las religiosas, dejando al Gobierno el cuidado de asolar el establecimiento de Port-Royal. Y sin embargo, en este hecho pesa una grave acusacion sobre Letellier: á este Jesuita se atribuye el haber hecho surcar con el arado aquel célebre monumento.

Nosotros, que hemos tenido ocasion de ver á la libertad de 1793 amontonando escombros y ruinas en derredor nuestro, no damos ciertamente gran importancia á semejante imputacion; pero una vez que este acto, tan poco grave por su naturaleza, ha servido de basa á acriminaciones de toda especie, fuerza es profundizar el grado de su verdad. Con solo pasar la vista por las obras de los mismos Jansenistas, no podrémos menos de convenir en que el hacha y el martillo no fueron llevados á la morada de los solitarios por mano de Letellier, sino por la de los Sulpicianos. «Los «señores de San Sulpicio, dice D. Clemencet sin ambages de nin«guna especie [1], obtuvieron, segun parece, merced al crédito de «madama de Maintenon, la demolicion de Port-Royal, pasando á «representarla que, si se le dejaba subsistir, podian fácilmente «cambiar los tiempos, y volviendo á él los Jansenistas, tratarian «de restablecer sus errores.» «Lo que da á conocer bien palpable«mente, continúa, que semejante demolicion no puede con fun«damento atribuirse á los Jesuitas; y no porque no fuesen capa«ces de realizarlo, sino por hallarse en contradiccion con sus de«signios é intereses.»

Haciendo una version idéntica el doctor de la Sorbona, al par que afamado jansenista, Gerónimo Besoigne, añade: «Autoriza«dos ya como estaban por la última bula que mandaba arrancar «hasta los cimientos de aquel nido del error, ya no restaba, para «consumar el *evellatur et eradicetur*, mas que obtener un fallo del «Consejo segun el tenor de la bula; y habiéndolo aquel decreta«do así con fecha 12 de enero de 1710, alegando por motivos el «gasto que su reparacion causaria á la abadía de Port-Royal de «Paris, y las ventajas que reportaria á los acreedores de este úl«timo establecimiento la enajenacion de los materiales, pusieron «al momento por obra la demolicion.»

Empero estas razones alegadas en un acta oficial no pasan de ser ilusorias; no es en ellas por cierto donde debemos investigar la verdad. El fanatismo de los Jansenistas no conocia límites: hacíase, pues, indispensable arrebatar á los facciosos un pretexto

[1] *Historia de Port-Royal*, tomo III, pág. 221.

permanente de sedicion, mucho mas cuando al referir Besoigne la traslacion de una parte de los cadáveres que reposaban en el cementerio de Port-Royal, pasa á revelar un hecho que por sí solo debia ilustrar á la autoridad. «Plantaron una cruz de madera, «dice, sobre las sepulturas vacías, que bien pronto fue preciso «renovar, porque los peregrinos, que concurrian en gran núme- «ro á venerar aquella tierra consagrada con tan respetables res- «tos, cortaban y se llevaban infinitos pedazos de aquella cruz.» Estos autores no hablan jamás de la reja de arado que niveló los restos del monasterio; únicamente se lee en un folleto jansenista [1], «que Luis XIV habia mandado pasar en algun modo el ara- «do sobre el terreno de Port-Royal.» Este *en algun modo* bastará tal vez á justificar licencias poéticas, pero jamás autorizará para que se acepten semejantes relatos. Si al decir de los mismos Jansenistas, fueron los Sulpicianos y no los Padres de la Compañía los que cooperaron al exterminio de aquel convento, entregado por especulaciones religiosas á la fanática piedad de sus adictos, los hombres sensatos deberán agradecérselo á los primeros, puesto que vale mas acabar de una vez con un monton de ruinas que sacrificar la tranquilidad del Estado.

Queda con esto enteramente borrado á los ojos de la historia el primer crímen del P. Letellier, ese atentado tan severamente reprochado á los individuos del Instituto. Merced á su posicion en la corte, venia el Jesuita á ser el blanco de todos los ataques; hacíanle responsable de cuantas elecciones ó repulsas verificaba; y personificando en él á la Sociedad entera, sufria esta el rechazo de ciertos resentimientos de que el Padre no se alarmaba. El P. Letellier ignoraba lo que era popularidad, porque si hubiera conocido sus ventajas y sus amarguras, es probable que jamás hubiera pretendido captarse sus inconstancias. En esta alma de hierro existia un vigor cási igual á su modestia: en medio de una corte donde se veia perpetuamente rodeado de obsequios, no dejaba de ser tal como la naturaleza y la educacion le habian hecho, arrebatado por temperamento, esforzado por conviccion, inmutable en sus resoluciones, y humilde en su modo de vivir. «Habién- «dole preguntado el Monarca cierto dia, dice de Aguesseau [2], «que por qué no se servia de una carroza con seis caballos, co-

[1] *Del restablecimiento de los Jesuitas en Francia*, Paris, 1816.

[2] *Discurso sobre la vida y muerte de Aguesseau*, por el canciller, su hijo

«mo su predecesor: *Señor*, contestó, *porque a mas de ser incompa-* «*tible con mi estado, me causaria mas rubor el hacerlo despues que he* «*visto en el camino de Versalles, en una silla tirada por dos caballos,* «*á un hombre de la edad, servicios y dignidad de Aguesseau.*» Á pesar del conocimiento profundo que tenia del jansenismo, y de sus temores por la paz de la Iglesia y del reino, estos temores fueron respecto del sistema, no de los hombres que lo profesaban. Si generoso con el oratoriano Fabre, supo acudir al alivio de su miseria [1], cuando este jansenista se vió expulsado de su comunidad, olvidando las injurias con que acababa de agobiarle; lleno de caridad con Gerberon arrepentido, obtuvo en 18 de abril de 1710 la excarceracion de este otro Jansenista, y le dirigió á su salida de la fortaleza de Vincennes una carta en que da á conocer todo su carácter.

Ya en esta época expiaba Luis XIV cruelmente las pompas de su reinado. Habia colocado en las sienes de su nieto la corona de España; mas este resultado de una grande idea armaba la Europa contra él, mientras que, empobrecida la Francia á causa de sus mismas victorias, tenia al fin que sucumbir al peso de sus adversidades. El hambre se dejaba sentir cruelmente á consecuencia de un invierno riguroso; pero, visto por el Monarca que el honor y el interés del país exigian nuevos sacrificios, ordenó pagar el diezmo de las rentas, no sin que, en semejantes circunstancias, suscitase murmullos este impuesto necesario. Duclos y el abate Gregorio [2] acusan á Letellier de haberle inspirado, y aun de haber obtenido una deliberacion de la Sorbona y casuistas de la Compañía con el objeto de tranquilizar la conciencia del Rey: empero, si no habia otro medio de salvar al país del yugo extranjero, el Jesuita no pudo obrar con mas patriotismo; y el mismo Duclos, que le acrimina, tributa cási en la misma página la mas sincera adhesion á esta medida desesperada. «El establecimiento «del diezmo de las rentas fue en 1710, dice, el áncora del Estado, «aun cuando no le exigieron con todo el rigor que se ha practi- «cado otras veces.»

En la correspondencia misma de Fenelon se encuentran cartas, que son para el Jesuita un verdadero título de gloria. Relegado á

[1] *Diccionario de Moreri*, artículo *Fabre*.

[2] *Memorias* de Duclos, página 61. — *Historia de los confesores*, página 376.

su diócesis de Cambray, este prelado que, merced á su *Telemaco*, habia ofendido la susceptibilidad de Luis XIV, consagra al P. Letellier un afecto sin límites, basado en el aprecio y la estimacion. El duque de Chevreuse con fecha 9 de abril de 1709 le escribia lo siguiente[1]: «El confesor del Rey parece tener cuanto «es necesario, si el Parlamento, á quien no ha conocido hasta «ahora mas que de oidas, no se propasa á relevarle.» Un año después, en febrero de 1710, este mismo Prelado, que veia desde el lugar de su destierro amontonarse la tempestad sobre la Francia, dirige una memoria al Jesuita con el objeto de conjurarla; pero sin querer que se diese á sus palabras una interpretacion de pesar ó de ambicion: «Por lo que á mí toca, dice, como no me «aqueja deseo alguno de cambiar de posicion, y mis cabellos es«tán enteramente canos, no debe el P. Letellier dar paso alguno «ni exponerse á un desaire por mirar por mis intereses.» Y mas abajo añadia: «Ruego encarecidamente al P. Letellier que nada «aventure, ni se exponga jamás á hacerse inútil al bien general «de la Iglesia por un hombre que, á Dios gracias, está conforme «con el estado humillante en que Dios le ha colocado. Lo único «que yo puedo desear es la libertad de defender á la Iglesia con«tra los novadores[2].»

Hubiérase reputado muy feliz el Jesuita, si le hubiese podido otorgar la libertad que solicitaba el genio de la fuerza, puesto que poco antes habia combatido él mismo los errores del jansenismo; pero hallándose dirigiendo el timon de los negocios, y mas al alcance de apreciar los obstáculos que rodean al poder, se veia precisado á usar de condescendencias, condenadas ó rechazadas por los individuos. El hombre de energía y vigor se debilitaba ante el hombre de dulzura: Fenelon estimulaba á Letellier, y le acusaba de tolerante, hasta el punto de escribirle con fecha del 19 de mayo de 1711: «Quiera Dios que me engañe, pero cási me «atrevo á responder de que no obtendréis sino expedientes lison«jeros y equívocos, que acrecerán el mal ocultándole: mas de «cuarenta años hace que el jansenismo crece sin medida á favor «de esas falsas paces que se buscan por temor del escándalo, y «merced á las cuales se acaban de emponzoñar las escuelas; sien«do lo peor de todo que, cuando se quiera echar mano de los re-

[1] *Obras de Fenelon*, tomo XXIII, pág. 289 (edicion de Leclerc, 1827).
[2] *Ibidem*, tomo XXV, pág. 244.

«medios eficaces, ya habrá pasado el tiempo [1].» Y en una carta dirigida al duque de Chevreuse descubre todavía mas claramente su pensamiento: «Se ha dejado, dice, que se emponzoñasen «los manantiales públicos de los estudios; siendo la indolencia «del difunto Mr. de Paris y la bondad demasiado fácil del Padre «Lachaise la causa de este mal, que ha sido llevado á su colmo «por el cardenal de Noailles.»

El 12 de marzo de 1711 cambió Fenelon enteramente los papeles que la historia ha distribuido con tanta imprudencia: el arzobispo de Cambray es quien trata de combatir, Letellier quien le retiene. «Vos me diréis, mi R. P., que debo temer engañarme «y abrigar demasiada animosidad contra la obra de Mr. Habert: «lo confieso; y por lo tanto quiero tomar las mas rigurosas pre«cauciones contra mí mismo [2]... Atrévome á decir, mi R. P., «que lo menos que pudiérais hacer en una necesidad tan urgente «para la Iglesia, es manifestar mi carta á S. M.: os lo suplico, «pues, no por mí, sino en beneficio de la verdad, á la que todo «lo debeis en el puesto en que Dios os ha colocado.»

Letellier dominaba á Luis XIV, y aun este último toleraba su yugo por temor; pero este Jesuita tan vengativo, tan cruel y tan implacable, segun la opinion de algunos cronistas, encadenaba de tal modo el ardor belicoso de Fenelon, que volvió á escribirle el Prelado: «Creeria hacer traicion á mi conciencia si no os su«plicase encarecidamente que leyéseis mi carta al Rey; puestó «que nada es mas digno de su sabiduría que el tratar de evitar «las polémicas sobre la Religion. Es un gran escándalo. Los que «le inauguran sin necesidad son inexcusables; pero me atrevo á «decir que todo el poder del Monarca no es suficiente á desarrai«gar este mal por las cuestiones del jansenismo... Los escritos «perniciosos no dimanan solamente de Holanda: imprímenlos «tambien en Francia, sin que pueda estorbarlo ninguna vigilan«cia, ningun rigor de la policía. Este es un hecho visible que «salta á los ojos. ¿Tratan los buenos católicos de publicar una «obra en defensa de la fe? al momento se les presentan mil obs«táculos... ¿Intenta publicar el partido un libro herético, un es«crito sedicioso? sin dificultad se le da salida, y aun es aplau«dido.»

[1] *Obras de Fenelon*, tomo XXV, pág. 332 (edicion de Leclerc), 1827.
[2] *Ibidem*, pág. 321.

Á pesar de una provocacion tan directa, este Jesuita, que tiene en sus manos el corazon de Luis XIV, permanece impasible: se asusta con Fenelon al observar el gran número de obras culpables, y lamenta sus resultados; pero no se atreve á conceder al Prelado el derecho de defender sus principios, porque teme enconar las cuestiones y hacer inútil toda reconciliacion. Letellier, terror de los cortesanos, no siente el aguijon con que el Arzobispo le punza, y se contenta con parlamentar y esperar: este hombre, impetuoso á la vez que lleno de sagacidad en el manejo de los grandes negocios, habia llegado á comprender la insuficiencia de esta guerra de palabras que alimenta á las facciones en vez de exterminarlas; habia visto que la secta seguia la marcha de todas las herejías y de todos los partidos, ora procurando dividir para hacer reclutas, ora atizando el fuego para producir un incendio. No es prudente la discusion con semejantes adversarios; porque mientras la desnaturalizan para darla las apariencias de un triunfo, se escudan con la necesidad, último recurso de la mala fe. Por otra parte los obispos no podian tomar la palabra sobre las cuestiones que se agitaban, sin que los Jansenistas gritasen que se les ultrajaba ó perseguia: vivian del martirio, y le explotaban por intimidacion, sirviéndose de la vanidad del cardenal de Noailles como de un antemural. Campflour y Lescure, obispos de la Rochela y de Luzon, que no se atrevian á permanecer mudos espectadores de tantas calamidades próximas, publicaron en 15 de julio de 1710 una instruccion pastoral condenando, como la corte de Roma, las *Reflexiones* de Quesnel. Esto era atacar directamente al jansenismo. Créese aludido personalmente el cardenal de Noailles, que habia aprobado esta obra, y la proclama ortodoxa, contra la opinion de los dos Prelados. Encendíase de nuevo la guerra cada vez mas, á pesar de Luis XIV y de Letellier; y queriendo el Monarca hacerla cesar, se pone de por medio. Nómbrase sin demora una comision presidida por el duque de Borgoña, quien invita al Cardenal á condenar el libro de las *Reflexiones morales;* promete este último en un principio, vacila en seguida, y aconsejado, en fin, por los Jansenistas, entre la alternativa que el Rey le habia propuesto de someterse al dictámen de la comision, ó de dar cuenta de ello al Papa, adopta la segunda parte como un medio seguro de ganar tiempo.

Tales fueron las circunstancias en que Letellier se creyó pre-

cisado á obrar. La cuestion se hallaba sentada con lisura y claridad: la Santa Sede era llamada á zanjarla de nuevo. Necesitábase además la intervencion del clero francés, que diseminado por el reino, no habia tenido tiempo de unirse y de concertar su plan de ataque; pero no tardó en presentarse el Jesuita, en derredor del cual se agruparon muchos de sus individuos con el objeto de recibir la consigna; y habiendo redactado un proyecto de carta dirigida al Soberano, se envió secretamente una copia á los prelados para que todos ellos se expresasen en un sentido idéntico.

Bien fuese casualidad ó traicion, una de estas copias dirigidas por el abate Bochard, tesorero de la santa capilla de Vincennes, al obispo de Clermont, su tio, fue interceptada por los Jansenistas, y remitida sin dilacion al cardenal de Noailles, cuyo enojo se justificó publicando la tal copia y haciendo de ella un arma. Hé aquí los términos en que estaba concebida:

«Después de haber tenido prolongadas conferencias con el R. P. «respecto al asunto de ambos obispos y de Su Ema., hé aquí, «mi respetable señor y tio, la situacion en que se hallan las co-«sas: Monseñor el Delfin, el señor arzobispo de Burdeos, el «obispo de Meaux y los señores Voisin, Beauvilliers y Desmarets, «trabajan por órden del Rey en el exámen del negocio; pero no «pasarán á dar cuenta á S. M. hasta haber encontrado todos los «medios necesarios para terminar esta contestacion. En cuanto á «los procedimientos personales, han resuelto dar alguna satis-«faccion á Su Ema.; aunque hablando en plata, ambos obispos «ganarán el pleito: el libro del P. Quesnel será proscrito, y se «tratará de hacer justicia á los prelados que han sido atacados por «su órden. He visto en manos del P. Letellier mas de treinta car-«tas de los miembros mas respetables del clero, en que piden «justicia al Rey contra la conducta de Su Ema.; asegurándo-«me este Padre que antes de ocho dias tendrá en su poder otras «tantas. Hase prometido el secreto á cuantos escriban, y jamás «podrá llegar á noticia de Su Ema. ni del público. Tengo el ho-«nor de enviaros la carta modelo, que debe ser dirigida al Rey, «y la que el P. Letellier os ruega firmar; quedándose él con una «copia para remitirla sin firma á varios prelados que le piden un «modelo. Si os parece, podréis ponerla una carpeta y un sello «postizo, porque tengo órden del P. Letellier de remitírsela en «ese estado á Fontainebleau, á donde marcha hoy mismo, para

«estar allí antes que el Rey, que va á pernoctar en Petitbourg en «casa de Mr. de Antin. Os envio la relacion de lo que ha ocurri-«do en Flandes el 12, llegada á mis manos por conducto del aba-«te de San Pedro, que vino ayer de Versalles. El lunes asistí á la «misa oficiada por Monseñor en la santa capilla de Paris: la ce-«remonia estuvo magnífica, y el P. Massillon pronunció un exce-«lente discurso que veréis impreso. El P. Letellier no ha visto la «órden que debeis firmar con el obispo de Saint-Flour; pero juz-«ga muy oportuna vuestra precaucion en desear que sea revisa-«da antes de parecer: podeis remitírmela si gustais, que yo la «pondré en manos de revisores inteligentes que la expurgarán con «exactitud.

«Tengo el honor de ser, mi respetable señor y tio, etc. — *Fir-«mado:* El Abate Bochard. — Vincennes 15 de julio de 1711.»

Este documento, depositado en la escribanía de la curia eclesiástica de Paris, no tardó en ofrecer á los sectarios numerosos motivos de suspicacia contra Letellier y demás Jesuitas, olvidando que san Vicente de Paul y Olier habian empleado los mismos medios para llegar á un fin idéntico en el asunto de las cinco proposiciones extractadas del *Augustinus*. Se habia sorprendido á Letellier comunicando un impulso mágico al episcopado; y sin reflexionar que tanto por sus funciones como por la hoja de los beneficios, se hallaba, digámoslo así, al frente de los negocios eclesiásticos, acriminaron su pensamiento declarando responsable de sus hechos á toda la Compañía. No cabe duda que esto era jugar con destreza; pero Luis XIV, el soberano Pontífice, los obispos y demás católicos no se dejaron tan fácilmente coger en el lazo. Mientras imputaban á los hijos de Ignacio el dirigirlo y exacerbarlo todo por satisfacer su animosidad contra los discípulos de Jansenio, escribia Fenelon en el mes de junio de 1712[1]: «El «Cardenal cierra los ojos para no ver en esta cuestion al Vicario «de Jesucristo y demás respetabilísimos obispos; solo ve en ella «á los Jesuitas, con la sana intencion, sin duda, de enconar con-«tra ellos á todo el mundo presentándolos como sus perseguido-«res. Tal es el sistema del partido. Los Jesuitas, segun su dictá-«men, lo hacen todo: sin ellos desapareceria en breve el fantas-«ma de una herejía imaginaria: ellos dictan á los obispos sus pas-«torales, y aun sus constituciones á la Silla apostólica. ¿Qué cosa

[1] *Obras de Fenelon*, tomo XXVI, pág. 52.

«puede haber mas absurda ni mas indigna de ser escuchada con «seriedad que todas esas declamaciones furibundas?»

En el mismo mes y año se le ve todavía al arzobispo de Cambray invocar su asistencia: tiene ya conocimiento de la carta de Bochard, y mira aun á Letellier como si nada hubiese hecho. «Mientras que los escritores del partido, dice al duque de Chevreuse, llenan el mundo de escritos subversivos me veo yo condenado al silencio... Los Jesuitas pudieran escribir con utilidad, «y no lo hacen... Instad en nombre de Dios al P. Letellier[1].»

Estas discusiones, que en adelante no tienen mas que un interés histórico, tenian á la sazon en expectativa á la Europa entera, á la que no conseguian distraer las mas encarnizadas luchas: hablábase cási tanto del P. Letellier como del príncipe Eugenio y de Villars, y ocupaban cási tanto los ánimos las disputas de Quesnel y Noailles, como los triunfos de Berwick ó los planes de campaña de Marlborough. Exasperado el Cardenal pide una reparacion á la Santa Sede y á Luis XIV; pero viendo que sus quejas no son escuchadas, se decide á hacerse por sí mismo la justicia que se le negaba, y fulmina un entredicho contra los Jesuitas, exceptuando únicamente á los confesores del Rey y demás príncipes de la casa real. Este era el verdadero modo de dejar impune al culpable. Acriminado Noailles por el Monarca y madama de Maintenon, afirma que los Jesuitas le persiguen de muerte, y que privándolos de ejercer el sacerdocio, no hace mas que cumplir con sus deberes de obispo: «Mi corazon, le contesta la Marquesa «con toda la discrecion de una mujer de talento, no puede resol«verse á lisonjearos, al paso que mi respeto no me permite ex«presarme con sinceridad... Mirais el asunto de los Jesuitas como «un asunto espiritual, mientras que S. M. lo considera únicamen«te como un negocio particular, como una venganza contra unos «sugetos que habeis creido os ofendian, ó que efectivamente os «ofendian. Pues ese resentimiento de venganza es el que quisie«ra el Rey que sacrificáseis á lo que debeis á la amistad que siem«pre os ha profesado... Porque, decir que los Jesuitas son inca«paces de confesar, no es posible que hayan llegado tan pronto «á un extremo tal.»

Los Jesuitas, segun Noailles, eran indignos de ejercer el ministerio eclesiástico; al paso que este mismo hombre, que se las te-

[1] *Obras de Fenelon*, tomo XXIII, pág. 340.

nia tiesas con el Papa y la Iglesia por tranquilizar su conciencia en materias dogmáticas, se sometia, contra esta misma conciencia y en materias de grave disciplina, á los caprichos del Rey. Deseaba Luis conservar al Jesuita por director: «Doy nuevos pode-«res, dice al momento el Cardenal obedeciendo á esta voluntad «y escribiendo á madama de Maintenon, doy nuevos poderes al «P. Letellier, aun cuando es quien menos los merece.» El cortesano transige con su deber, mientras el prelado jansenista rehusa adherirse al dictámen de la Santa Sede; y visto que el Padre Letellier se sustraia á sus golpes, pasó á condenar por relajamiento en la moral á los PP. Gonnelieu, Brignon, Gravé, Martineau, Pallu, Maillard, Paulmier, Sanadon, Bretonneau, Judde, Vaubert, La Rue, Belingau, Lallemant y otros muchos Jesuitas que se distinguian en aquel tiempo por sus obras ascéticas y por la pureza de su doctrina. El entredicho episcopal, con arreglo á los términos de las leyes eclesiásticas, no puede extenderse á toda una comunidad; antes bien debe ser individual, nominativo y por causa de indignidad ó incapacidad; pero los Jansenistas no se paraban en barras. Creian que lanzando un golpe terrible sobre la Compañía conseguirian fraccionar á los Católicos, ó arrebatarian al menos á sus adversarios un poderoso medio de accion: y, si sus esperanzas salieron en parte fallidas, lograron que el Cardenal no se atreviese á condenar el libro de Quesnel. Para sustraerse á las instancias del Rey y de sus colegas en el episcopado, habia sido el primero en indicar la apelacion á Roma, prometiendo conformarse con la decision soberana. Obrando de este modo, pensaba, y no sin fundamento, que la habitual lentitud de aquella curia le permitiria ganar tiempo, que era cuanto deseaban los Jansenistas; pero no tardó Letellier en allanar los obstáculos que esperaban ver suscitarse entre Roma y Versalles, suplicando de parte del Monarca á Clemente XI, que tuviese á bien explicarse sobre los errores de Quesnel. Si bien es verdad que para acelerar el registramiento de la bula futura «hizo insinuar «al Papa, segun dice el protestante Schœll [1], que seria conve-«niente que en sus contestaciones evitase ciertas expresiones que «pudieran chocar en Francia, tales como las siguientes: *Ex ple-«nitudine potestatis, ex scientia certa, motu proprio.*»

Semejantes cláusulas venian á ser una derogacion de los usos

[1] *Curso de historia de los Estados europeos,* tomo XXIX, pág. 113.

de la curia romana, una concesion exigida á la dignidad de la Santa Sede por la Iglesia galicana en peligro; pero como importaba ante todo cicatrizar las heridas que el despacho del Monarca señalaba al Pontífice invocando su ternura paternal, se prestó este á los deseos de la Francia, y pasó á nombrar una congregacion de cardenales, teólogos y jurisconsultos para juzgar esta obra que habia tenido la fortuna de elevarse hasta el nivel de un acontecimiento. Los cinco individuos del sacro Colegio que presidieron á los trabajos de la Congregacion fueron Spada, Ferrari, Fabroni, Cassini y Tolomei, quienes, después de celebradas veinte y tres asambleas en presencia del sumo Pontífice [1], dieron lugar á que el cardenal Fabroni redactase un proyecto de bula que fue comunicado al cardenal de la Tremouille, embajador de Francia; y

[1] Anhelando Fenelon tomar parte en la lucha que se habia empeñado en Roma, dirigió al Jesuita Daubenton, asistente de Francia, una memoria, y en seguida una carta fechada en 4 de agosto de 1713, en la que se lee: «Es «necesario apresurarse á terminar este negocio asestando un golpe tal al par«tido, que no le permita evasiva alguna formal. Si avanzo demasiado, será fá«cil detenerme; pero si no digo lo suficiente, es indispensable darse prisa á «salvar el sagrado depósito.»

Y contestando el Jesuita á Fenelon ocho dias después de la publicacion de la bula, le escribia desde Roma en 16 de setiembre: «Hay proposiciones que «inspiran pavor entre las ya condenadas, y las hay que chocan poco, y que no «parecen dignas de censura; pero por poco que uno se detenga á profundizar «su sentido, no podrá menos de descubrir el veneno. Hanse empleado en este «exámen, durante cási tres años, los teólogos mas eruditos de Roma, proce«dentes de las mas célebres escuelas: Mr. Ledron, de la de san Agustin; el «Maestro del sacro Palacio y el Secretario del Índice, ambos de la escuela de «los Tomistas; los PP. Palermo y Santelia, de la de los Escotistas; el P. Al«faro, teólogo del Papa, de la de los Jesuitas; Mons. Tedeschi, Benedictino, «de la de san Anselmo; M. Castelli, de la Mision, y el P. Tevoni, Barnabita. «Después de haber tenido estos teólogos diez y siete conferencias en presencia «de los cardenales Ferrati y Fabroni, pasaron á examinar las proposiciones á «vista del Papa y de nueve cardenales del Santo Oficio en veinte y tres con«gregaciones, y no hay una sola de ellas que no haya costado al Pontífice tres «ó cuatro horas de estudio particular.»

«La bula *Unigenitus*, dice Ranke en su *Historia del papismo*, tomo IV, pá«gina 482, fue la última decision sobre las antiguas cuestiones del dogma, sus«citadas por Molina, y en la que la corte de Roma se puso, después de pro«longadas perplejidades, de parte de los Jesuitas.» El historiador protestante padece aquí un grave error. La bula *Unigenitus* no solo no tiene relacion alguna con las cuestiones suscitadas por Molina, no solo no es una adhesion de los Papas á la doctrina de los Jesuitas, sino que dejando en libertad á todas las escuelas, solo condena la doctrina de las cinco proposiciones de Jansenio,

después de haber obtenido su aprobacion, se promulgó en Roma en 8 de setiembre de 1713 la constitucion *Unigenitus Dei filius.*

Nueve años hacia ya que habia muerto Bossuet, y habia encontrado en las *Reflexiones morales* de Quesnel ciento veinte proposiciones sospechosas; pero mas tolerante aun la Iglesia romana que el genio del galicanismo y que Fenelon, solo reprobó ciento y una, literalmente extractadas de la obra, condenándolas como heréticas y como renovadoras de muchas herejías, principalmente de las contenidas en las célebres proposiciones de Jansenio. Si el cardenal de Noailles habia podido hasta entonces engañarse ó ser engañado, si habia consentido que se inoculase en su alma el error, una vez aceptada la bula en Francia, hubiera debido franquear su corazon á la luz de la verdad: ya no se trataba, religiosa é históricamente hablando, de los Jesuitas; estos se habian confundido en el caos del debate; únicamente se ventilaban los intereses de los sectarios y de la Iglesia universal. Fenelon, ese grande hombre á quien es preciso recurrir para apreciar el espíritu de la época, en una memoria dirigida al Rey en el mes de junio de 1712, trazaba las siguientes líneas tan inexorablemente lógicas:

«Nada hay mas infamante para una sociedad religiosa, que el «acusarla á la faz del cristianismo entero como poseedora de una «mala doctrina, y como culpable de una conducta irregular con «respecto á los obispos, con pretensiones de ser su maestra y su «juez. Cuanto mas grave es la acusacion, mas demostrativa debe «ser la prueba. Es indispensable, pues, que el Cardenal demues«tre todos los hechos alegados, ó sucumba como un insigne calum«niador. Si no hace otra cosa que continuar lamentándose y de«clamando con vaguedad, no hará mas que lo que suelen hacer «autores de libelos infamatorios; no le resta medio alguno de re«troceder: es preciso que pruebe y que caiga un eterno opro«bio sobre él ó sobre los Jesuitas. Empero, si carece de pruebas «jurídicas, debe reparar la calumnia retractándola con tanta pu«blicidad como la que ha empleado para propagarla. Dios, cuya

resucitadas por Quesnel, con otras herejías sobre la Iglesia y sobre la potestad eclesiástica y civil. Redactada, segun se advierte, en solo el nombre de los miembros de la Congregacion, y por doctores opuestos á los Molinistas, solo un Jesuita, teólogo del Papa, tomó parte en ella, mientras que los Tomistas y Agustinos formaban la mayoría.

«verdad ha ofendido, la Iglesia á quien ha escandalizado, su con-«ciencia cuya voz ha sofocado, y su misma dignidad de que ha «indignamente abusado para infamar á inocentes, exigen esta hu-«millante reparacion.»

Confiaba bastante Fenelon en la virtud de los demás, para dejar de predicar el ejemplo que un dia ofreció él mismo con tan piadoso arrepentimiento; pero si el arzobispo de Cambray era un héroe de humildad, el cardenal de Noailles solo supo ser un hombre de faccion. Hubiera podido reparar noblemente sus faltas; pero el amor propio, la necesidad del aura popular, cuyo prestigio hacia brillar el jansenismo á sus ojos, y ciertas rivalidades de sacristía, deslumbraron á este príncipe de la Iglesia, impulsándole á contemporizar con todos los partidos, á riesgo de hacerse un objeto de lástima á los ojos de todos ellos. Sin atreverse á acusar con franqueza al cisma, no quiso tampoco defenderle con una audacia que, merced al peligro á que se expusiera, hubiera podido ser apreciada, aun cuando se deplorasen sus resultados. Á fin de facilitar su retractacion, aconsejó Letellier á Luis XIV que pasase á nombrar, como efectivamente lo hizo, al cardenal de Rohan, presidente de la Comision de los cuarenta y nueve obispos encargados de informar sobre la bula, dejando la eleccion de estos prelados en manos de Noailles. Pero la Comision aceptó en 23 de enero de 1714 el decreto pontificio, mientras el Cardenal y otros ocho obispos se reservaron el someter á la Santa Sede varias dificultades. El Parlamento pasó á registrar la real cédula para la ejecucion de la bula, y forzado diez dias despues en sus últimas trincheras, adoptó Noailles una neutralidad mas culpable aun que la misma herejía, puesto que condenó las *Reflexiones morales* de Quesnel, al paso que prohibió sostener la constitucion *Unigenitus*. Remitida esta á todos los obispos de Francia, aceptáronla pura y sencillamente ciento ocho: trece aplazaron su adhesion ó propusieron algunas modificaciones, y uno solo, el obispo de Mirepoix, rehusó condenar la doctrina de Quesnel.

No es nuestro ánimo seguir en sus diversas fases la historia de esta bula, tan célebre en los anales de Francia, y que fue recibida por la cási unanimidad de los obispos de la Iglesia galicana y por todo el catolicismo. Es verdad que heria á una secta mas poderosa por la obstinacion que por el número; pero esta secta sabia que la oposicion contra el poder establecido tiene siempre en

el reino cristianisimo ciertas probabilidades inesperadas de triunfo: basaba en el imprevisto sus mas audaces proyectos, y el imprevisto no la dejó jamás chasqueada. Los Jansenistas veian á la parca blandiendo ya su hoz sobre la familia real: la parca habia ya cortado el hilo de los dias á toda la jóven generacion; ya no restaba mas que un anciano y un niño. Luis XIV habia tenido á raya las malas pasiones; la guerra civil, la misma Fronde, no eran ya realizables: el país se veia amenazado de una regencia, de la que no podrian menos de originarse multitud de disturbios, nacidos de la ambicion del duque de Orleans, cuyos vicios eran un aliciente para todos los desenfrenos: importaba, pues, fomentarlos á toda costa. Los Jansenistas, que estaban en acecho, empezaron para propagar sus sistemas por enconar á la ciudad y la corte á favor de esas anécdotas supuestas de que se hizo el inventor el abate Dorsanne, vicario general del cardenal de Noailles y acérrimo jansenista, insertándolas en su Diario, mientras que Duclos las reproducia en sus Memorias.

El Monarca se hacia viejo, y el infortunio, que corria parejas con la edad, heria sin abatir aquella enérgica madurez que permanecia impasible al aspecto de las tumbas entreabiertas de su hijo y sus nietos: hallábase la muerte en su palacio, y la desolacion en sus fronteras; y sin embargo, este Soberano, cási octogenario, nada habia perdido de su vigor. Este Príamo de la raza de los Borbones miraba con ojos enjutos, aunque con el alma traspasada de dolor, todos aquellos cadáveres salidos unos en pos de otros del palacio de Versalles para ir á aguardarle bajo las bóvedas de San Dionisio: parecia destinado á llevar el luto de toda su dinastía. Pero si el padre de familias se veia entregado á sus desesperaciones interiores, el rey dominaba todavía al hombre que al aspecto de tantos sarcófagos no permitia á su frente llena de majestuosa tristeza revelar la amargura de sus pensamientos. Tantos esfuerzos contenidos iban sin embargo á romper los lazos que le unian á la existencia: los Jansenistas juzgaron que para ellos no era todo esto mas que un negocio de tiempo; y mientras acechaban esta hora tan suspirada, se decidieron á calumniar á los Jesuitas.

Personificados estos en Letellier, cuya política acaba de manifestarnos la correspondencia íntima de Fenelon, asestó la secta contra él todos sus tiros. Dotado de la confianza del Monarca y

armado de un poder sin límites, merced á los acontecimientos, imputáronle cuantas fábulas puede inventar la malignidad: quien señalaba con tristeza las elevadas murallas de la Bastilla donde perecian tantas víctimas de su despotismo monacal; quien, no contentándose con estas hipócritas declamaciones, llegó á imaginarse que habia determinado sumir en sus calabozos al mismo cardenal de Noailles, y que el temor de un martirio en expectativa debia inocular en esta debilidad revestida de la púrpura el valor de la venganza. Hé aquí cómo refiere Duclos el hecho en sus *Memorias secretas:*

«Vista por el Confesor del Rey la inutilidad de esta conferen«cia, hízole observar que no quedaba otro medio de reducir á un «Parlamento rebelde y un prelado hereje, que un decreto ema«nado de su autoridad; que era indispensable arrestar al carde«nal de Noailles, conducirle á Pierre-Encise y de allí á Roma, «donde seria degradado en pleno consistorio, y suspender, por «último, de sus funciones á de Aguesseau, confiándolas á Chau«velin que formaria el pedimento. Resistíase el Rey á tanta vio«lencia; pero el fogoso Confesor pasó á intimidarle exponiéndole «el gran interés que tendria en ello la causa de Dios: el proyec«to estuvo á pique de ser ejecutado. Estaba Letellier tan conven«cido de su realizacion, que escribió sin demora á Chauvelin de«tallándole el plan; mas, habiendo sido este atacado de una en«fermedad de viruelas, de que murió, cayó la carta en manos de «un tercero, y al instante se extendieron y diseminaron copias. «Yo mismo tengo á la vista en el momento en que escribo la que «pretenden ser el original, y confieso que la firma no me parece «exactamente conforme con la de otras tres cartas de Letellier, «con las que acabo de cotejarla en la oficina de Negocios extran«jeros; lo que me hace sospechar que esta carta sea uno de esos «piadosos fraudes que se permiten los partidos.»

El analista recela por fin el fraude que se demuestra á sí mismo, y pasa á confesarlo; pero no por eso persiste con menos obstinacion en creer el rapto del Cardenal. La familia del abogado general Chauvelin declara apócrifa la mencionada carta [1]; y á pe-

[1] «Hallóse, dice Dorsanne en su *Diario*, tomo I, pág. 205, en casa de este «magistrado (Chauvelin) una carta que le habia dirigido Letellier el mismo «dia de su defuncion, y de la que se habian dado al publico varias copias... «Leíase en ella, entre otras muchas cosas, lo siguiente: *La órden reservada*

sar de que Dorsanne se hace cargo del mentís para registrarle, defiende no obstante el hecho como si nada fuese capaz de trastornar su creencia: esto consiste en que la historia, escrita por la pasion, no necesita apoyarse en pruebas ó documentos irrefragables; dirígese á la credulidad pública, y la credulidad acepta sin exámen.

En tanto que la bula *Unigenitus* preocupaba de este modo los ánimos, transformándose contra los Jesuitas en una palanca que servirá un dia para derrocar su Órden, entregados los Padres en Paris y las provincias á sus afanes apostólicos, se creaban entre los magnates y el pueblo una autoridad difícil de neutralizarse, haciéndose todo para todos. Luis XIV utilizaba su celo, y aun trataba de desplegar sus talentos en el terreno de la política: colocábalos en todas las posiciones, y en todas ellas les exigia servicios en provecho de la Francia, que, á ejemplo de su Soberano, prestaba un oido atento á sus instrucciones. Encargados en 1690 de formar capellanes para la armada fondeada en Brest y Tolon, se ocupan de la educacion de los jóvenes marinos, y preparan á los eclesiásticos, que deben sostenerlos en los peligros dulcificándoles el aspecto de una muerte arrostrada léjos de su patria. De un lado, se los ve evangelizar en el arrabal de San Marcelo de Paris; del otro, aparece un decreto del parlamento de Bretaña nombrando á dos Jesuitas examinadores de las obras; y mas adelante, cuando el incendio de 1712 pasará á devorar la biblioteca de los Padres de Rennes, votarán los Estados de esta provincia una suma de 5000 francos para ayudarles á reparar aquel desastre. El P. Barbereau habia pasado á ser en Ruan, merced á lo encumbrado de su caridad, el amigo del pobre y el consejero del rico.

Do quier que habia infortunados que necesitaban un socorro, se dejaba ver un Jesuita. Dirigiéndose con la misma igualdad de amor al católico victorioso que al calvinista derrotado, se los halla á la vez en la choza del indigente y en los palacios de los poderosos de la tierra; visitan con igual efusion las mazmorras y la corte; encuéntranse en medio de los hospitales y sus harapos co-

« *de S. M. para arrestar al Cardenal está ya pronta; solo resta conducirle á* « *Pierre-Encise con una buena escolta.* » Y añade en seguida Dorsanne: « La « familia de Mr. Chauvelin protestó públicamente contra la falsedad de esta « carta, declarándola apócrifa. »

mo entre el oro y seda de los edificios suntuosos; y mezclados con todas las clases del mundo, á todas asisten en sus júbilos y en sus dolores. Bouhours recibe el último suspiro del duque de Longueville; Rapin es amado del cardenal de Rospigliosi; Vannière tiene por confidente de sus poesías al príncipe de Conti; Bourdaloue pasa á ser el comensal del primer presidente Lamoignon; Tournemine se familiariza con los cortesanos de mas genio, y se le encuentra con Cavoie en los jardines de Versalles, y con el duque de Antin bajo las sombras de Petit-Bourg. Los PP. Francisco Berge y Dechamps disfrutaban en tan alto grado de la intimidad del príncipe de Condé, que cuando en el mes de diciembre de 1686 conoció el héroe que le era preciso abandonar la tierra, después de haber pedido á Dios la gracia de morir como cristiano, recurrió en aquel momento supremo al P. Dechamps. «Cuando aun no «habia llamado la muerte á sus puertas, dice Bossuet [1], cuando «aun no se veia aguijoneado por el tiempo, pasó este gran Prín«cipe á ejecutar lo que meditaba: llama cerca de sí á un sabio «religioso; arregla este los asuntos de su conciencia, y obedece «como humilde cristiano á su decision, sin que ninguno haya du«dado hasta el dia de su buena fe.» Mientras Luis XIV acogia con su acostumbrada bondad al P. La Rue y á Boileau, conversando familiarmente sobre la literatura con el orador Jesuita y el poeta jansenista, el P. Le Valois, el amigo de Fenelon y del duque de Beauvilliers, compartia con ellos las atenciones de la educacion de los nietos del Rey. El P. Martineau dirigia la conciencia del jóven duque de Borgoña, ese Marcelo que el arzobispo de Cambray anunciaba á la monarquía francesa; el P. Gouye se asociaba á los trabajos de la Academia de ciencias; Jacobo Rosel y Gil Alleaume educaban al duque de Borbon, hijo del vencedor de Rocroi, y el P. Mateo de La Bourdonnaye era el confesor de Felipe de Orleans, sabiendo, en estas funciones puramente honoríficas, hacerse respetar de un príncipe que, segun el dictámen de Luis, llevó el vicio hasta la impudencia [2]. El P. César de la Tremouille, creyendo que su nobleza se lo imponia como un deber,

[1] *Obras* de Bossuet, *Oracion fúnebre del príncipe de Condé.*

[2] Este Jesuita habia amenazado diferentes veces al duque de Orleans con retirarse del palacio real, si no cambiaba de conducta; y, segun refiere el convencional Gregorio en su *Historia de los confesores*, pág. 380, viéndole madama de Maintenon algo melancólico hácia la época del jubileo de 1700, y pre-

se consagra desde luego al servicio de los pobres. Pedro Pommereau metodiza la piedad de la reina de Portugal; René de Carné, que ha vivido en la Compañía sesenta y dos años, es el mentor espiritual de sus colegas de la Sorbona; y por último los jefes de escuadra Tourville, Nesmond y Château-Reneaud conservan en su navío almirante á un Jesuita que les facilita la obediencia de sus subordinados. El discípulo de Ignacio venia á ser en este siglo el hombre indispensable; el mismo duque de Saint-Simon no pudo sustraerse á su ascendiente. «Pusiéronme mis padres, es«cribe, en manos de los Jesuitas con el objeto de amamantarme «en la Religion; y á la verdad que no pudieron hacer eleccion «mas acertada: porque, dígase de ellos lo que se quiera, es pre«ciso convenir en que los hay muy santos y muy ilustrados. «Yo permanecí en donde me habian colocado, aunque sin re«lacionarme con ningun otro mas que con el P. Sanadon que «era mi preceptor.» El duque de Saint-Simon, que no habia visto de cerca mas que un Jesuita, y este era *santo é ilustrado*, describe á los demás, á quienes no conoce sino de oidas, con los mas odiosos coloridos.

En tanto que Huet, obispo de Avranches, se retiraba á la casa profesa de Paris con el objeto de poner un intervalo entre el estudio y la muerte, el almirante Coëtlogon pasaba en el noviciado los últimos años de su gloriosa existencia, ocupándose únicamente del negocio de su salvacion, segun las expresiones de Duclos. «Habiéndole presentado cuatro dias antes de su muerte el baston «de mariscal de Francia, dice el analista clandestino, contestó á «su confesor, que se lo anunciaba, que en otro tiempo lo hubie«ra aceptado con júbilo, pero que, en el estado en que se halla«ba, solo veia la nada del mundo, y así, que no le hablase sino «de Dios.»

Tal era el fin que los Jesuitas sabian preparar á los hombres del siglo XVII. En Francia, vivian por sus consejos ó espiraban entre sus brazos; al paso que en Italia, el P. Juan de Brignole, á quien apellidaban los indigentes el Cajero de Dios, sucumbia al

guntándole el motivo: «Este diablo de jubileo, contestó, me obliga á hacer «endiabladas reflexiones: he cometido tantas maldades que no sé cómo ex«piarlas.» Y sin embargo comulgó en el jubileo. Pero una carta de la marquesa de Maintenon, que lo refiere, asegura que el P. La Bourdonnaye no tuvo parte alguna en esta comunion.

peso de sus fatigas apostólicas y demás obras de misericordia; y como si los hijos de Ignacio debiesen, pasada la borrasca, recoger los restos de todos los náufragos, Manuel Teodosio de la Tour de Auvergne, cardenal de Bouillon, encierra sus últimos dias en el noviciado de San Andrés de Roma. Los Jesuitas habian apreciado, desde su juventud, á este príncipe de la Iglesia á quien Turena, su tio, recomendaba con tan amable modestia al General de la Compañía. En memoria del gran capitan, le fueron fieles tanto en su prosperidad como en sus desgracias; y cuando, fatigado de una vida de agitaciones, intrigas y desencantos, quiso ocuparse de la eternidad, fué á pedir un puerto sosegado á los que no le habian dado sino sabios consejos.

Empero si Colbert, Louvois, Seignelai, Pontchartrain y Croissy, ministros todos ellos de Luis XIV, se rodeaban de los consejos del P. Antonio Verjus; si el mariscal de Luxemburgo y Villars le escuchaban como un oráculo en los asuntos mas importantes, no consintiendo su hermano Verjus, conde de Crecy y embajador cerca de la Dieta germánica, en ser el único que estuviese privado de sus luces, suplicó al Monarca que obtuviese de los jefes del Instituto este auxiliar diplomático; y habiendo sido efectivamente autorizado para pasar á Alemania, se hizo bien pronto estimar, merced á la profundidad de su talento y á la moderacion de su carácter, de todos los príncipes católicos y aun de los mismos protestantes; pasando á contar entre sus mas íntimos amigos al baron de Schwerin, ministro del elector de Brandeburgo, y al ministro del duque de Hanover, Grote, ambos celosos luteranos. El P. Beltran de Saint-Pierre disfrutaba en el palacio real de la confianza é intimidad de la duquesa de Orleans; y mientras los mas eruditos parlamentarios seguian los piadosos consejos de Juan Crasset, el victorino Santeuil sostenia una guerra de epigramas poéticos con el buen Rollin y el P. Commire.

Á la manera que el catolicismo, apoyábanse y hacian mas cuenta los Jesuitas del hombre que de la mujer: acusábanlos, y aun en el dia los acusan de querer captarse el corazon del hombre y del párvulo por medio de la mujer; pero con estudiar á fondo su historia, vemos todo lo contrario. Así lo refiere en sus *Conversaciones* madama de Maintenon, quien habiendo suplicado á Bourdaloue que tuviese á bien dirigirla, solo permitió hacerlo dos veces al año: «Y sin embargo, añade con ingenuidad esta reina

«de Francia en los placeres de Versalles, la direccion de mi con-«ciencia no era cosa de despreciar.» Hállase el motivo de esta preferencia otorgada á los hombres en una carta de san Francisco Javier al P. Barzée, donde, después de encargarle que tenga con el bello sexo las menores relaciones posibles, así como las mas prudentes, añade en este escrito [1], propuesto por la Órden entera como una regla de conducta á todos sus individuos, lo siguiente: «Puesto que la inconstancia y caprichos de las mujeres «ocasionan á los confesores mas trabajo que provecho, les acon-«sejaria que se dedicasen con preferencia á cultivar el espíritu «de los hombres, ora porque reportarán mayores ventajas en la «instruccion de los maridos, á quienes la naturaleza ha dotado «de mas vigor y constancia, ora porque el buen órden de las fa-«milias y la piedad de las esposas dependen de la virtud de aque-«llos: *Qualis est rector civitatis*, dice el Sabio, *tales et inhabitantes «in ea.*»

Dejando los Jesuitas á la mujer en la condicion en que la colocara el Hacedor, solo trataron de estimular su activa impulsion hácia las obras de caridad, llamándola únicamente á socorrer la indigencia y á consolar las miserias de la humanidad. No forman, como los Jansenistas, un cenáculo de mujeres en derredor suyo; ni tratan de abrigar bajo su égida el coquetismo ó el pudor sedicioso de la duquesa de Longueville, la princesa de Conti, la señorita de Vertus, y las madres Angélica é Inés Arnauld; ni tienen, como los filósofos del siglo XVIII, una turba de Egerias dispuestas siempre á cantar sus alabanzas; ni por último las mariscalas de Luxemburgo y Geoffrin han improvisado en su honor los frutos de ingenio de consuno con las Deffant, L' Espinasse y Saint-Julien. Los Jesuitas, que han visto el mundo tal como era, se han dirigido á los hombres: y sin retroceder ante la intervencion de la mujer, no la han dejado otro papel que el que Dios la destinara. Conformes en un todo con el precepto del Apóstol de las Indias, cuyo pensamiento supo comentar Bourdaloue con tanta perfeccion ante la reina clandestina; y sabiendo que la mujer, haciéndose el nervio y vida interior del catolicismo, solo lo debe á una invencion enteramente moderna, emplearon otros medios de accion, como lo prueba de un modo incontestable el cuadro que acabamos de trazar. Y sin embargo, todavía se desprenden

[1] *Cartas de san Francisco Javier*, tomo II, pag. 37.

algunas sombras del fondo de este cuadro: de cuando en cuando aparecen aun, bajo el reinado de Luis XIV, algunas tormentas contra la Compañía: de un lado se dejan ver las *Anécdotas* de Blache; del otro la *Historia de la Compañía* redactada por Juvency, y suprimida por el Parlamento.

Blache, uno de esos hombres que viven de complots, y cuya imaginacion siempre agitada descubre do quiera crímenes y envenenamientos; Blache, delfinés y doctor en teología, se ha dado á sí mismo la mision de vigilar por la vida del Rey, y en sus ensueños ó cálculos ve siempre á Luis XIV y á su familia rodeados de invisibles asesinos, cuyos atentados imaginarios se esfuerza á coordinar y precisar. Deudor de su primer odio al obispo de su diócesis, hizo recolectar sus frutos al cardenal Lecamus, al paso que apurar sus heces á los Padres del Instituto; acabando por persuadirse que el cardenal de Grenoble, de acuerdo con los Jesuitas, cuyo antagonista era, habian sido la causa de la guerra de 1688, guerra que solo él hubiera podido evitar. Desde el año de 1699 hasta el de 1709 dejaron á este maniático, quizás de buena fe, consagrarse cada dia con mas fervor en favor de la Religion y la monarquía, ya por medio de la calumnia, ya á favor de los mas extraños proyectos. Tenaz, como todos los hombres que abrigan una idea fija, y contando sus decepciones por los enemigos que se creaba, se le vió salvar regularmente á la Francia multiplicando sus ataques contra la Compañía de Jesús. Verdad es que Harlay, arzobispo de Paris, Lecarnus, Lachaise, Asseracy el cardenal de Retz, objetos todos ellos de sus terrores, habian descendido al sepulcro; pero sobrevivíales la Órden de Ignacio, y trató de hacerla ejecutora de sus complots. Habíase granjeado poco tiempo antes una plaza en Charenton, y de allí pasó á ocupar otra en la Bastilla, donde murió en 29 de enero de 1714 después de una prision de cinco años. La locura puede tambien á veces transformarse en auxiliar de las venganzas. Evocando el Parlamento en 1768 todas las prevenciones, toda la animosidad y todas las fábulas del abate Blache, se complació en confundir en una misma iniquidad la memoria de Luis XI y los Jesuitas, proscritos á la sazon de Francia [1].

[1] Los Jesuitas han tratado de asesinar al Monarca: tal fue el tema que desarrolló Blache durante su vida entera. Y sin embargo, habiendo consultado, segun refiere el mismo en sus *Memorias*, con tres sacerdotes del novi-

Mientras estas y otras semejantes imposturas eran, en los dias de furor y encono, lanzadas como pasto á un pueblo, que, como dice Shaftesbury, solo asiente á lo maravilloso de lo absurdo, salia á resucitar las antiguas querellas entre el Parlamento y la Sociedad la *Historia de la Compañía* escrita por Juvency. Olvidando el autor de esta obra, mera continuacion de los trabajos emprendidos por Orlandini y Sacchini sobre los anales del Instituto, las grandes dificultades que encerraba la parte histórica que tenia entre manos, abrazaba la Liga, la expulsion de los Jesuitas á consecuencia del atentado de Chatel, y las injusticias de que fue entonces víctima la Sociedad de Jesús, respirando un ardiente ultramontanismo en todos sus relatos. No contento entonces el Parlamento con la supresion del libro, cuya condena pronunció en 24 de marzo de 1713 usando de su derecho, iba ya á llevar el negocio mas adelante, cuando los Jesuitas pusieron en manos del Monarca una declaracion «después de cuya presentacion, dice «Joli de Fleury, los juzgó el Rey mas dignos que nunca de la «proteccion con que los honraba.»

La evocacion del ultramontanismo era mirada por Luis XIV como una digresion, y nada mas. Tenian ya á su cargo la Iglesia galicana y el catolicismo enemigos mas peligrosos que aquellos teóricos que discutian sobre el orígen de los poderes. Al Monarca francés le hacian poca impresion las doctrinas de allende los montes; pero temia con justa razon al jansenismo, cuyos progresos y tendencias tenian su ancianidad en continuo desasosiego. Habia creido que el cardenal de Noailles seria fiel á las promesas hechas al obispo de Agen, y que, una vez pronunciado el fallo pontificio solicitado por el mismo, no tardaria en someterse, como lo habia prometido en una carta en la que se lee: «No, jamás he «titubeado en asegurar á cuantos han querido escucharlo, que no «me verian atizar ni consentir la tea de la discordia en la Iglesia «por un libro sin el que se puede pasar muy bien la Religion: y «si llegase el caso de que nuestro soberano Pontífice fulminase

ciado, el P. Guilloré, el P. Seigne y el rector, no pudo menos de sorprenderse al ver que todos tres separadamente, y sin haberse concertado de antemano, quisieron distraerle de la idea de impedir la ejecucion del complot, diciéndole que el consejo que le daban era muy conforme á la voluntad de Dios, que no permite esos grandes acontecimientos, tales como el que á él le aterraba, sino para realizar algun grande designio que su Providencia oculta á los mortales.

«contra él su anatema, no solo aceptaria su bula y su censura «con todo el respeto posible, sino que seria el primero en dar el «ejemplo de una perfecta sumision de alma y de corazon.»

Tambien Quesnel habia hecho una declaracion equivalente en una apología de sus sentimientos, publicada en 1713: «Someto «espontáneamente, escribia, mis *Reflexiones sobre el Nuevo Testa-«mento,* y todas las paráfrasis que en ellas he hecho, al juicio de «la santa Iglesia católica, apostólica, romana, de la que intento «ser hasta el último aliento el hijo mas sumiso y obediente.»

Cuando aun se estaba deliberando sobre la sentencia, el Cardenal y el Heresiarca se adherian á sus futuros resultados, y juraban obediencia á la ley antes de su sancion; pero apenas se hubo promulgado cuando ambos se resistieron, cada uno segun sus fuerzas. Noailles tergiversó y ocultó las miserias de su vanidad á favor de subterfugios tan inconsecuentes como orgullosamente débiles; mientras que, caminando Quesnel mas directamente á su objeto, y visto que la constitucion del 8 de setiembre habia pasado á reprobarle en nombre de la Iglesia universal, osó darse á sí mismo la razon contra el catolicismo; y transformándose en rebelde el hijo sumiso, proclamó «que la bula trastornaba entera-«mente la fe, puesto que anatematizaba de un solo golpe ciento «y una verdades; y que aceptarla seria sinónimo de realizar la «profecía de Daniel cuando dice, que una parte de los fuertes «cayó como las estrellas del cielo.» La marcha adoptada por los Jansenistas venia á ser idéntica á la que sigue siempre el corazon humano en sus aberraciones. Sin atreverse Luis XIV á creer en tan mala fe, vislumbrada por Fenelon y Letellier á través de las exageradas protestas de abnegacion, que se evaporan ante una trabacuenta del amor propio ó un cálculo de partido, habia abandonado el brillo de las fiestas, las ilusiones de gloria, y hasta el recuerdo de las prosperidades de su reinado, cantadas y celebrabas por sus bardos, para dar lugar en su alma á los lutos de familia, y á la memoria de las calamidades nacionales: no habia dejado jamás de ser rey; pero sus súbditos formaban el cómputo de los dias que podia vivir, y cada uno tomaba de antemano el puesto que mas le convenia para la época de la regencia.

Debilitábanse bajo su propio peso los poderes públicos, mientras que el Parlamento, que durante el período de sesenta años se habia visto reducido al natural papel de la administracion de

la justicia, preveia, por fin, que su intervencion iba á hacerse indispensable, y aun empezaba á dejarla sentir. El jansenismo contaba entre sus filas numerosos y ardientes neófitos que, proyectando sostener las esperanzas y conmociones, luchaban vigorosamente contra la bula, y empleaban todos los subterfugios imaginables para aniquilarla, como todas las calumnias posibles para hacerla despreciable. Ya no era la Iglesia quien hablaba en este acto solemne, sino las pasiones de los Jesuitas: el Pontífice se dejaba sobornar; el Monarca gemia bajo el yugo de una violencia moral, y los obispos franceses se prestaban, á fuer de cortesanos serviles, al despotismo de Letellier. Mas, visto por el Rey que Noailles y algunos obispos recalcitrantes exigian explicaciones al Jesuita, y queriendo poner un término á estos eternos debates, trató de celebrar un sínodo nacional. En este intervalo, pasó el presidente de Maisons, mediador entre el episcopado de Francia y el cardenal de Noailles, á verse con Letellier con el objeto de exponerle sus miras, cuya entrevista refiere el abate jansenista Dorsanne en su *Diario* [1] haciendo resaltar perfectamente el carácter del Jesuita.

Habiendo rehusado Letellier, dice, escuchar á este magistrado alegando ser un negocio en que no le era dado mezclarse, y consintiendo únicamente, por mera deferencia, en oirle hablar de él de un modo histórico y como por manera de conversacion, pasó el Presidente á proponerle dos expedientes: el primero, que el Papa diese algunas explicaciones á la bula; y el segundo, que se permitiese á los obispos darlas en lo respectivo á la aceptacion. Empero, pareciéndole ambos igualmente inadmisibles, hizo la propuesta de un concilio nacional con sus inconvenientes, que tan poco intimidaron á Letellier. «Viendo entonces Mr. de Mai-«sons, añade Dorsanne, que solo conseguia perder el tiempo con «este Padre, le hizo ver que su Sociedad tenia en todo esto una «gran ganancia; pero que pudiera venir un tiempo en que care-«ciese de la proteccion con que contaba en la actualidad, y que, «dado este caso, podrian él y sus colegas temerlo todo. El Padre «permaneció inmutable como la roca del desierto, contestando «que si muchos de ellos se habian dirigido á Inglaterra y otros «países en busca de la muerte, ¿por qué no habian de estar pron-«tos á morir en su patria, si tal era la voluntad de Dios?»

[1] *Diario* del abate Dorsanne, tomo I, pág. 173.

En el momento en que el Jesuita pronostica el próximo fin del Rey, pasan á instarle en nombre de los intereses de su Compañía que otorge una leve sombra de satisfaccion á un partido que va á dominar; pero el Jesuita, que cree no haberse excedido de los límites de su deber, se resigna desde luego al destierro ó á la muerte; si tal es la condicion de sus hermanos, él la sufrirá como ellos. El 1.° de setiembre de 1715 exhaló Luis XIV su último aliento en manos de Letellier: al dia siguiente se ven expuestos los Padres á unos ataques que la mas ligera satisfaccion hubiera bastado á neutralizar.

Abríase, pues, una nueva era para el reino cristianísimo. Bajo el reinado que terminaba hasta el mismo deleite se habia cubierto con el manto del pudor; las pasiones mas culpables se habian ocultado á favor de un majestuoso velo; pero, reemplazando la sutileza al genio, se habian ensayado ya en las orgías y el desenfreno para hacer la corte al Regente. Príncipe, cuya precoz disolucion no se excedió jamás hasta el crímen, «era, dice Saint-Simon, su confidente y amigo, incapaz de ser consecuente en nada, dotado de una especie de insensibilidad para todo, y se jactaba de saber engañar á todo el mundo, y desconfiando al mismo tiempo de cuantos le rodeaban.» Creyéndose Felipe vicioso por naturaleza, inauguró la reaccion el mismo dia de la muerte de Luis. Habia este arreglado la administracion de los poderes y organizado su modo de accion; pero habiéndose puesto el Parlamento á disposicion del Regente, anuló este todas las medidas que le parecieron desagradables ú hostiles, sin curarse de respetar las últimas voluntades de un moribundo. El Monarca habia legado su corazon á la casa profesa de los Jesuitas; única cláusula que fue enteramente ejecutada, porque nadie sabia qué hacer de aquel gran corazon que tanto habia amado y glorificado á la Francia.

¡El Rey ha muerto! señores: tal fue la única expresion que le fue dado proferir al emperador de Alemania al anunciar á sus ministros la pérdida de un soberano cuya memoria honraba la Europa entera; mientras los Jansenistas, que no cabian en sí de gozo, amotinaban el populacho en derredor de su féretro, y le obligaban á prodigar el insulto sobre los restos mortales que contenia. Luis XIV habia gobernado apoyándose en los Jesuitas: Felipe de Orleans eligió sus auxiliares entre los partidarios de Jansenio. Cre-

yendo popularizar de este modo su autoridad al paso que desembarazarse de las contiendas teológicas, pasó á nombrar presidente del consejo de Negocios eclesiásticos al cardenal de Noailles, y decretó el extrañamiento del P. Letellier. Es verdad que no abrigaba contra él especie alguna de aversion ó de afecto; pero necesitaban sus aliados una víctima, y no solo la entregó para que la inmolasen, sino que viendo que aun les alarmaba la estancia del Jesuita en Amiens, á donde habia sido desterrado, le mandó salir para La Flecha, en donde falleció en 1719. Y no se dirigian, sin embargo, las miras de los facciosos á una mera proscripcion individual: importábales seducir á las masas, al paso que arribar á la propagacion de sus doctrinas, y para ello trataron de adular las pasiones del Regente. Dióse, pues, el impulso á favor de la calumnia, que ha logrado sobrevivir al jansenismo inoculándose en las creencias populares; por lo tanto será indispensable examinarla con algun detenimiento.

Voltaire, que habia recibido de primera mano el depósito de estos ultrajes á la verdad, y que se servia de todas las armas para exterminar la fe católica, dice [1], «que en 1713 apenas bastaba el «ministerio á despachar las órdenes reservadas de prision ó des«tierro perpetuo de los Jansenistas.» Y añade, como para demostrar su proposicion: «Hallábanse irritados todos los ánimos contra «el Jesuita Letellier... Hacia mucho tiempo que todas las cárceles «estaban llenas de ciudadanos acusados de jansenismo.» El abate Gregorio emplea un lenguaje idéntico: «Despues de la muerte de «Luis XIV, dice este prelado constitucional [2], pasó el Regente á «desocupar los calabozos que habia llenado Letellier de enemi«gos de la bula.» Lacretelle, que se hallaba mas léjos que Voltaire y Gregorio del lugar de estos eventos, dramatiza así su relato [3]: «Habiendo empezado el Regente por evacuar las mazmorras «haciendo salir de ellas á los infortunados jansenistas que habia «amontonado Letellier, fueron acogidos con demostraciones de «júbilo por sus parientes y una multitud de amigos, como esos «que se encuentran en un partido que sale de la opresion; quie«nes los aguardaban á las puertas de la Bastilla y de la fortaleza «de Vincennes. El Regente habia tenido la atencion delicada y

[1] *Siglo de Luis XIV*, tomo III, cap. XXXVIII, pág. 162.
[2] *Historia de los confesores*, pág. 379.
[3] *Historia de Francia* durante el siglo XVIII, pág. 129.

«política de no excarcerarlos hasta dos dias después de los fune-
«rales de Luis XIV, para que su aspecto no acabase de enconar
«los resentimientos del pueblo, ya demasiado manifiestos contra
«este Monarca.»

Á la manera que lo realizaron los Protestantes en la Saint-Barthelemy, se han formado tambien los Jansenistas el Necrologio de sus mártires, ó sea la historia oficial de las persecuciones que sufrieron antes y después de la bula *Unigenitus,* en la que han tratado de exponer, con ese lujo de minuciosos detalles que solo pueden ostentar las convicciones ardientes, todo cuanto padecieron y todo cuanto ensayaron en favor del *Augustinus* y de Quesnel. Nosotros hemos leido detenidamente su Necrologio [1], y resulta que, desde 1709 hasta 1715, durante los seis años que estuvo Letellier al frente de los negocios, solo entraron *dos* Jansenistas en la Bastilla: el benedictino Thierry de Viaixnes y el dominico Antonio de Albizzi; el primero, que habia salido de ella en 1710, volvió á ingresar en 1714, y el segundo en 8 de abril de 1715 [2]. En otra obra jansenista que tenemos entre manos [3] asciende al número de seis el de los prisioneros: cuatro encerrados en la Bastilla, y dos en Vincennes. Bien es verdad que el *Necrologio* acepta como defensores célebres de la verdad á tres sacerdotes jansenistas, que después de haber huido de Marsella, fueron descubiertos en Paris hácia el año de 1715 por el subprefecto de policía de Argenson, y confiados á la custodia de un exento; á un eclesiástico de Tournai que tenia por cárcel la ciudad de Lila; á cinco religiosos, á quienes sus superiores obligaron á cambiar de convento, ó á quienes tenian presos en el suyo; á cuatro doctores de la Sorbona, y á dos fuldenses [4] que fueron desterrados de Paris.

[1] *Necrologio de los mas célebres defensores y confesores de la verdad en los siglos XVII y XVIII,* 3 tomos en 12.° con suplemento.

[2] Hemos dicho ya que el Benedictino fue desterrado del reino por el Regente: ahora debemos añadir que el Dominico fue mas adelante expulsado de su Órden por incorregible.

[3] *Pruebas de la libertad de la Iglesia de Francia en la aceptacion de la bula, ó Recopilacion de las órdenes emanadas de la autoridad seglar para obligar á aceptar la constitucion Unigenitus.* En 4.° (edic. de 1726).

[4] Es verdad que después del fallecimiento de Luis XIV salieron de la Bastilla seis prisioneros; pero solamente dos, Viaixnes y Albizzi, habian entrado en ella durante la época de Letellier: los otros cuatro se hallaban en sus calabozos mucho tiempo antes de la elevacion del Jesuita. Llamábase uno de ellos De Aremberg, y se hallaba procesado por haber favorecido la evasion de Ques-

Hé aquí el resultado que dieron seis años de terror, segun el testimonio de los mismos perseguidos. Nosotros no aumentamos ni disminuimos los hechos; presentámoslos tales como aparecen, despojados de toda esa fantasmagoría que saben emplear los partidos para fascinar el ánimo de las masas. Los historiadores han sido desgraciados á veces en sus relatos sobre la Bastilla, viendo á cada paso y á través de sus altos y espesos muros esas desesperaciones tan imaginarias como los cautivos de que llenaron sus calabozos el abate Gregorio y Voltaire, y cuya procesion sigue Lacretelle confundido entre la numerosa turba de sus parientes ó amigos. Dos eran los prisioneros únicamente, ó bien seis, como quieren los Jansenistas; pero ya no excede de ahí el número de los *mártires;* el mismo, poco mas ó menos, que se podrá hallar cuando en uno de esos dias de loco entusiasmo y de inútil cólera,

nel, prisionero en Malinas; el otro era el Negro de San Claudio (le Noir de Saint-Claude), abogado jansenista, encarcelado en 1708 por defensas sediciosas. Tomamos estos detalles de los mismos archivos del jansenismo, los que, si no han disminuido el número de las víctimas (de lo que se habrán guardado muy bien), están poco conformes con las exageraciones de Voltaire, Gregorio, Lacretelle y la mayor parte de los escritores. Raciocinamos consultando los guarismos y los hechos, mientras ellos solo han trazado un cuadro de capricho para atraerse la compasion de la historia.

Acabamos de ver el rigorismo empleado por Luis XIV contra sus súbditos rebeldes á la Iglesia y al Estado: vamos á probar ahora que aun le sobrepujó el buen Regente, y que, cuanto mas se adelanta en el camino de la libertad, mas palpablemente nos demuestran los hechos que aquella severidad solo fue un juguete de niño en comparacion de las medidas represivas que adoptara la revolucion francesa. Y cuenta que ni tratamos de formar con ella un paralelo, ni jamás osarémos imputar á un Luis XIV semejante degradacion; pero, en el espacio de tres años, desde 1810 á 1813, hé aquí en pequeño el cuadro de los actos de Napoleon, que tambien tuvo algunos debates con la Iglesia:

Sin contar con la prision de Pio VII, arrastrado desde Savona á Fontainebleau, el cardenal Pacca fue encerrado en la fortaleza de Fenestrelle; los cardenales Oppizoni, Gabrielli y Di Pietro pasaron á ocupar de consuno con Boulogne, obispo de Troyes, Broglie, obispo de Gante, Hirn, obispo de Tournai, los abates de Gregorio, el P. Fontana, Astros, Perrault, Duvivier, Van Henne y Van Alphen, los calabozos de Vincennes; y últimamente quince cardenales, varios prelados romanos y mas de setenta eclesiásticos se vieron arbitrariamente extrañados del imperio, aprisionados, ó colocados bajo la vigilancia de los prefectos.

Ahora bien: ¿se podrá negar en justicia á Luis XIV el derecho de ensayar en pequeño, con el objeto de evitar un cisma y los disturbios con que amenazaba el jansenismo al reino, lo que realizó el Emperador de los franceses por el interés de una dominacion temporal?

crea el pueblo de Paris haber corrido algun peligro y conquistado una gloria eterna al asaltar una antigua fortaleza que no pensaba en defenderse.

Todo el despotismo de Luis XIV, todas las venganzas fanáticas del Jesuita Letellier, se reducen al embastillamiento, destierro ó retencion de diez y siete personas; mientras que la libertad que Felipe de Orleans sintió bien pronto haber otorgado á los Jansenistas les reservó mayor número de mártires durante un año, que las que inmoló el Jesuita durante los seis en que dirigió la conciencia del Monarca. Solo en el año de 1721 cuenta el Necrologio jansenista cuarenta y siete de los suyos condenados al ostracismo: de los que cuatro fueron aherrojados, treinta extrañados, y los demás vigilados de cerca. El de 1722, menos rico en víctimas, no tiene á su cargo menos de treinta y cuatro. El confesor Jesuita y el penitente regio no habian querido excluir de la universidad sino solos cuatro jansenistas, pero esto era ya demasiado; los discípulos de Jansenio trataron de mostrarse mas exigentes. El cardenal de Noailles, provisor de la Sorbona y defensor nato de los derechos de todos, pasó á proscribir de una sola plumada veinte y dos de ellos, entre los que se distinguia Honorato Tournely, el mas erudito teólogo de esta época.

Únicamente á favor de estos guarismos oficiales nos es dado juzgar de la persecucion de unos y de la moderacion de otros. Siendo el Regente, como efectivamente lo era, un verdadero escéptico en lo respectivo á la virtud y religion, sus confesores, los PP. La Bourdonnaye y Du Trevoux, aunque Jesuitas, solo estaban á su lado en cuanto á la forma. Felipe no tenia fe sino en sus espadachines y concubinas; pero á pesar de todo, la parcialidad de los historiadores le ha pasado por alto su rigorismo contra los Jansenistas, para poder acusar mas á mansalva las justicias de Luis XIV, y lanzar un reproche mas á la Compañía de Jesús.

El período de la regencia vino á ser una época de abandono y locura, de agiotaje y prodigalidad, puesto que inauguró el siglo XVIII por medio del escándalo y cinismo de costumbres, llegando á deshonrar á la Francia hasta el extremo de nivelarla con la Inglaterra. Este recuerdo de vergonzosos deleites, de infames estipulaciones y de legal desmoralizacion, que domina á todo el siglo, viene á cerrarse en la mas sangrienta página de los anales

del mundo: siendo indispensable enlazar las insensatas alegrías y bacanales de la regencia con los patíbulos erigidos por la revolucion francesa. Todavía se encuentra un duque de Orleans; mas este último no heredará sino los vicios de su abuelo. Llevólos Felipe hasta un extremo fabuloso; y sin embargo, en esta deplorable orgía del poder, no debemos olvidar que este príncipe, dotado de excelentes cualidades, supo, para ser justo, sustraerse mas de una vez á su atmósfera de depravacion.

En medio de este vértigo que se apoderó de todas las cabezas, y que puso sus indolencias y placeres al abrigo de las complacientes austeridades del jansenismo, permanecieron los Jesuitas completamente neutrales, creyendo que estos transportes de delirante embriaguez tendrian tambien un término, y que la calma ó la fatiga precisarian al Regente á retroceder á las realidades de la existencia. Dejándole los Jansenistas entregarse á los arrebatos de sus deseos, marchaban sin rodeos al ataque contra la Compañia de Jesús, á quien proyectaban derrocar, para constituirse directores exclusivos de la educacion, é inculcar á la juventud el veneno de sus doctrinas. La Universidad entre tanto, que juzgaba oportuno aprovecharse del desórden que reinaba en los ánimos con el objeto de solicitar nuevos favores, rompió al fin su silencio como lo hiciera el Parlamento, y pasó á exigir varios privilegios, los que debian consistir naturalmente en crear restricciones y embarazos á los colegios de la Compañía. Empero, si bien el Regente habia accedido á estas exigencias, así que llegó á comprender el fin que llevaban, «no quiero, respondió, que se haga innova-«cion alguna en los colegios de la Compañía.» Propónenle firmar un decreto privando de los grados académicos á cuantos pasasen á cursar bajo la direccion de los Padres del Instituto, y exclama lleno de energía: «Mientras me halle al frente del gobierno de Fran-«cia no consentiré jamás que sufra la menor alteracion el colegio «de mi tio.» Pocos dias después escribió al P. Trevoux, con el objeto de tranquilizarle acerca de sus intenciones y de recomendarle el jóven caballero de Orleans, su hijo natural, que cursaba á la sazon en el colegio de Luis el Grande.

Mas ya que no habian logrado sorprender la buena fe del Regente, esperaron ser mas felices inspirándole algunos temores sobre el ascendiente que disfrutaban los Padres en el ejército. Hé aquí los términos en que se expresa Lemontey al referir este su-

ceso [1]: «Condujéronse los Jesuitas, dice, durante esta crísis co-«mo hombres acostumbrados á las borrascas: disimulando con «paciencia las injurias individuales que les fue preciso tolerar, y «aguardando que el tiempo mejorase su suerte, todo lo espera-«ban de las faltas de sus adversarios, y de la necesidad que no «podria menos de experimentar de su doctrina una regencia cor-«rompida; y al paso que conservaban la prudencia para sí solos, «no dejaban de excitar en secreto á diversas resoluciones, tanto «á la corte de Roma como á los obispos partidarios de la bula. «Pero lo que mas admirablemente demuestra la política de estos «religiosos, es el haber llegado á ensayar una de las empresas «mas atrevidas y profundas que no hubieran osado concebir en «los dias de su mas elevada prosperidad: propusiéronse fundar «congregaciones de soldados en las ciudades de guarnicion, y «hubieran ciertamente contado con un ejército suyo, si el Gobier-«no no se hubiese apresurado á prevenir este piadoso soborno «sustrayendo la disciplina militar á tan sagaz corrupcion.»

La imputacion de querer organizar el ejército por congregaciones era mucho mas nueva que el mismo hecho. En Francia, desde el reinado de Enrique II hasta el de Luis XIV, y en Europa, desde el año de 1584 hasta el 1715, vivian continuamente los Jesuitas bajo la tienda del soldado, hallándose á su lado en los campamentos, animándole en la pelea, consolándole [2] en la derrota, franqueándole á la hora de su muerte el camino de los cielos, y haciéndose una providencia que velaba por los heridos: enseñábanle á ser fiel á Dios, para hacerle fiel al rey y á su patria; y formándole una especie de literatura militar, le trazaban en ella los deberes del soldado. En las montañas de la Bohemia, en las llanuras de Flandes, en los steppes de la Polonia, y en el interior de las plazas fuertes de Francia, habian fundado congregaciones que inspiraban al jansenismo alarmas continuas, como si

[1] *Historia de la Regencia*, por Lemontey, tomo I, pág. 158.

[2] Los PP. Auger, Possevino, Gratft, Andrade, Francisco Antonio, Enrique Marcelo, Bembo, Blanco y Sailli han compuesto para los militares un gran número de obras, en que han tratado de hacerles comprensible la piedad, y cuyos títulos solos bastan á revelar su objeto: de un lado aparece el *Maestro de armas*, del otro el *Soldado cristiano*, mas léjos el *Espejo de los soldados*, el *Soldado perfecto*, *Aviso á los militares*, *Manual del soldado cristiano*, el *Guerrero cristiano*, el *Soldado glorioso*, y las *Instrucciones para el soldado cristiano*. No citamos aquí mas que las principales.

hubiesen sido una novedad. Bien es verdad que el Regente habia podido observar, como Turena y el gran Condé, que la piedad en el soldado se convertia en un estímulo poderoso de valor y obediencia; pero, creyendo tener necesidad de contemporizar con la reaccion jansenista, remitió el asunto al Consejo, el que en la sesion del 19 de julio de 1716 [1], prohibió las reuniones de militares presididas por un Jesuita. Empero, si bien los Padres obedecieron sin dilacion disolviendo en el acto todas las congregaciones; si habian tratado de conformarse desde luego á las órdenes de la aütoridad, los Jansenistas, que solo veian un ardid en esta deferencia, se quejaron de ello al Regente, añadiendo que habian eludido su voluntad. Hallábase entonces al frente del ministerio de la guerra el mariscal de Villars, quien, á fuer de discípulo de los Jesuitas, al paso que soldado y general, habia formado parte de estas piadosas asambleas; y como, por otro lado, el vencedor de Demain no era hombre que acostumbrase disfrazar su pensamiento, al leer semejantes imputaciones, exclamó sin poder contener su franqueza de soldado: «¿Quiénes son los temerarios que «han tenido la osadía de sostener una impostura como esta? En «mi poder se hallan las contestaciones de todos los oficiales y go«bernadores de plazas, y todas ellas están contestes en que se han «cumplido al pié de la letra las órdenes del Rey.» Y dirigiéndose en seguida á sus colegas: «Por mi parte, señores, continúa, no «puedo menos de confesarlo; mientras me he hallado á la cabeza «de los ejércitos no he visto soldados mas activos, mas dispuestos «á ejecutar mis órdenes, y mas intrépidos que los que formaban «parte de las congregaciones tan acriminadas en el dia.»

Deseando el cardenal de Noailles dar una prueba de la moderacion de sus sentimientos, anuló en parte el anatema lanzado contra los Jesuitas de su diócesis, y otorgó, con fecha 20 de noviembre de 1715, nuevas licencias á doce de ellos, entre los que se contaban los PP. Liguières, du Trevoux, Gaillard, La Rue, Martineau y Tournemine; pero no pasó mucho tiempo sin que otras nuevas susceptibilidades de jurisdiccion, alimentadas y abultadas por los Jansenistas, hiciesen estallar otros conflictos. Llamado por el Regente el P. Luis de La Ferté, hijo del mariscal de este nombre, pariente y amigo de infancia del cardenal de Noailles, para predicar el Adviento de 1716 en presencia del Monarca

[1] *Registros del Consejo bajo la Regencia.*

y de la corte, que ya le habia oido anunciar la palabra de Dios durante la anterior Cuaresma, y sabiendo que, aunque Noailles no habia tratado de oponérsele abiertamente, porque esto hubiera sido usurpar las prerogativas del cardenal de Rohan, limosnero mayor de Francia, habia no obstante propuesto á Felipe que eligiese otro predicador, quiso ceder de su derecho por no dar lugar á nuevos conflictos. Empero, habiendo rehusado el Regente la propuesta del Cardenal arzobispo, escribió el príncipe de Rohan, hermano del anterior, al Jesuita, expresándose en los siguientes términos: «El duque de Orleans me manda ordenaros que os «presenteis mañana á predicar delante del Rey, y como esta ór-«den ha sido repetida y apoyada en presencia de la duquesa de «Ventadour, cuantas razones particulares podais alegar en contra «de nada sirven ante el respeto que debeis al Rey y á S. A. R.» La Ferté se dejó ver efectivamente el 1.° de noviembre de 1716 en el púlpito de las Tullerías; si bien pasó á suplicar al Regente en el mismo dia que tuviese por conveniente dispensarle de este honor, alegando motivos tales, que bastaron á convencerle. El cardenal de Noailles habia sido vencido en la lucha; pero, al cabo de diez dias, fulminó un entredicho contra los Jesuitas, y en especial contra el P. La Ferté, mas culpable que los demás, sin duda por haber obedecido á las órdenes del Príncipe. Aconsejado por los Jansenistas, quienes no sabian obrar sin promover escándalos, á que adoptase los medios mas ruidosos, después de anunciar á los Padres el entredicho por medio de un alguacil, contra el uso de la curia eclesiástica, dió órden á los pregoneros públicos para que recorriesen las calles y plazas proclamándole en alta voz.

Semejante proceder debió parecer extraño: perdíanse miserablemente los Jansenistas haciendo servir el poder para la satisfaccion de venganzas inútiles, al paso que el rigorismo empleado contra la Sociedad de Jesús debia inevitablemente hacerla ganar terreno. El yugo del jansenismo empezaba ya á parecer pesadísimo; mucho mas cuando, estableciendo puntos de comparacion, y viendo la mansedumbre de los unos y el diabólico encono de los otros, se iba inclinando la balanza del lado de los perseguidos con tanto furor por el cardenal de Noailles. El mismo Regente no pudo ocultar su modo de pensar; y segun el testimonio de Dorsanne, «el acta de revocacion de los Jesuitas sorprendió y causó «alguna afliccion al duque de Orleans.» Y no solamente habia te-

nido por objeto este anatema la satisfaccion de algunos odios; inspirábasele al Cardenal un profundo cálculo político, y le realizaba sin tener parte en él, y aun sin adivinarlo siquiera. La secta, que acababa de destruir el edificio de las congregaciones militares, aspiraba tambien, de acuerdo con sus adherentes los universitarios, á monopolizar la educacion, con el objeto de amoldar á la juventud á sus ideas y ensueños. La trama no podia estar urdida con mas habilidad: por una parte se provocaba á los padres de familia á retirar sus hijos de los colegios jesuíticos, sobre quienes pesaba el anatema, y por otra estimulaban á los prelados á imitar el ejemplo del cardenal de Noailles. Pero á pesar de haber encontrado eco en el obispo de Chalons, su hermano; en Coislin, obispo de Metz; en Colbert, obispo de Montpeller, y en los obispos de Verdun y Laon, la cási unanimidad del episcopado rehusó prestarse á estas cábalas. La Iglesia galicana entre tanto, que participaba de los sentimientos de los Jesuitas, viéndolos perseguidos con tanto encarnizamiento, los acogió bajo su proteccion, y hasta las mismas familias se asociaron á esta resistencia católica. Impedidos los Padres de su sagrado ministerio desde el año de 1716 al de 1729, dedicaron al estudio de las bellas letras el tiempo que antes consagraban al púlpito y confesonario; viniendo sus colegios, en el período de algunos años, á estar mas florecientes que nunca, como lo escribian desde Paris á Roma en 1716 [1]:

«Ya no nos resta otra cosa mas que formar en la ciencia y vir«tud el corazon de nuestros niños: los demás ministerios que «practicábamos con tanto ardor han cesado enteramente. Ya nues«tros oradores no dejan escuchar su voz en los templos ni en las «capillas particulares; los hospitales y cárceles se cierran á nues«tro celo; nuestros confesonarios están desiertos; las congrega«ciones de la santísima Vírgen no reciben el pan de la divina pa«labra, y poco á poco se va abandonando todo lo que huele á «piedad. Sufrir, tener paciencia, abstenernos de proferir la menor «queja, ablandar al cielo por medio de nuestras plegarias, leer «ó componer buenas obras de literatura ó piedad, y señalar á los «demás el camino de la salvacion á favor de discursos privados «ó por el ejemplo de una vida sin tacha; hé aquí cuanto nos está «permitido, hé aquí el único consuelo que nos queda y que nadie «podrá arrebatarnos.»

[1] *Archivos del Gesu.*

Explotando los Jansenistas la cólera pueril del cardenal de Noailles, no solo le aclamaban su pacificador y taumaturgo, sino que haciendo de este príncipe de la Iglesia el antemural á cuya sombra les era permitido combatir, abusaron de sus virtudes como de su debilidad. Dueños de la cátedra del Espíritu Santo y del confesonario durante el espacio de doce años, asistieron, por decirlo así, con los brazos cruzados, al desenfreno intelectual inaugurado por la regencia. Sin duda que los Padres de la Compañía no hubieran podido reprimir el torrente de la desolacion que rompia todos los diques: hubiérales sido imposible calmar la insaciable sed de repugnantes y vergonzosos deleites de que se veian atormentados Felipe de Orleans, la duquesa de Berry, su hija, y los favoritos del Palais-Royal; la corrupcion, el escándalo, el apego desenfrenado al dinero, y el atractivo de la novedad, dominaban demasiado á las clases elevadas de la sociedad, á los banqueros y demás ciudadanos acomodados de la capital, para que se pudiese realizar bien alguno en medio de tanta depravacion.

No cabe duda, repetimos, en que los Jesuitas hubieran fracasado en presencia de tamaños desórdenes, que una inconcebible aberracion del espíritu elevó hasta á ser un atentado contra el honor nacional; pero, si les era imposible estorbar que se extendiese la gangrena á las clases medias, el pueblo, que no se avergonzaba de conservar su antigua probidad, que estaba inocente de los descarados agiotajes de Law, y que guardaba sus costumbres puras y austeras, hubiera podido ser sostenido en la piedad, aun á vista del mismo vicio oficial; pero careció de guias en el momento en que la ambicion y el placer iban á sufocar el último grito de su virtud.

Al tratar el Regente de satisfacer los deseos del jansenismo, habia esperado desembarazarse de las cuestiones religiosas; pero si él reducia á un absoluto silencio á los hijos de Loyola con el objeto de obtener la paz de sus enemigos, estos no se contentaron con un triunfo infructuoso. Visto que solo una minoría imperceptible del episcopado se habia opuesto á la bula *Unigenitus*, en la que se condenaba á Quesnel y su doctrina, trataron de acrecentarla con el objeto de convertirla en mayoría [1]. Habíase intro-

[1] Algunos historiadores, como Voltaire y Duclos, han pretendido que la bula *Unigenitus* no constituia una regla de fe católica; lo que es un error bajo el punto de vista histórico y religioso. Dirigida esta bula á toda la cristiandad,

ducido en las costumbres y escritos un desenfreno asaz peligroso para la moral y la vida de los Estados; la anarquía imperaba sobre las inteligencias, que trataban de hacerla penetrar en las fuentes del poder público; y habiendo encontrado en el Parlamento varios magistrados dispuestos á degradarse, y á llevar adelante las consecuencias de la declaracion de 1682, los impulsaron á favorecer á los obispos que apelaban de la Bula al Papa que la habia promulgado. Sin embargo, Felipe de Orleans, que conservaba aun instintos de gobierno, y cuyo corazon y entendimiento no se hallaban siempre á merced de un capricho ó de una afrenta, no tardó en vislumbrar que los Jansenistas se proponian asesinar la autoridad con el objeto de provocar escisiones interiores, y desde este dia pensó en reparar el daño que habia desarrollado su incuria.

no solo fue adoptada y recibida por el episcopado y las universidades como una decision dogmática, sino que tambien fue declarada como regla de fe por diferentes concilios, y especialmente por el celebrado en San Juan de Letran en 1725, bajo el pontificado de Benedicto XIII. Sin contar contra sí mas opositores que el cardenal de Noailles, catorce obispos, y mil quinientos, otros dicen dos mil refractarios, sacerdotes, religiosos y seglares, supo, sin embargo, esta imperceptible oposicion armar tanto escándalo, que pareció hablar en nombre de todos. «La Iglesia de Francia, dice Voltaire con su *acostum-* «*brada veracidad* en el tomo III, capítulo XXIII del *Siglo de Luis XIV,* se «fraccionó en dos bandos: el de los aceptantes, que se reducia á unos cien «obispos que se habian adherido bajo el reinado de Luis XIV de consuno con «los Jesuitas y Capuchinos, y el de los recusantes, en el que se contaban «quince obispos y toda la nacion.»

Empero la nacion, en aquella época, era explotada por los descontentos que se la adjudicaban. Y si Voltaire no ha reflexionado al hacer este cómputo, el jansenista Dorsanne, el vicario general del cardenal de Noailles, publica en su *Diario* una curiosa estadística de esta unanimidad nacional, y dice en la página 7 del tomo II, que «léjos de verse aumentar el número de los apelan- «tes, se le veia por el contrario disminuir.» Y pasando revista después á varios de los obispos jansenistas, añade: «Afligíanse infinito los obispos de «Treguier y de Arras al ver la cási entera oposicion de sus diócesis al partido «que habian tomado: Mr. de La Broue, obispo de Mirepoix, no contaba en la «suya un solo apelante, y al obispo de Pamiers le sucedia lo mismo que al «anterior... Los parlamentos de provincia no proporcionaban recursos; siendo «muchos de ellos, entre otros los de Grenoble, Besanzon, Dijon y Douay, ul- «tramontanos y partidarios de la bula... Uno de los motivos que ocasionaban «mas inquietud al cardenal de Noailles, era el ver que algunos obispos de las «iglesias extranjeras permanecian á la expectativa de lo que pasaba en Fran- «cia, sin desprenderse uno solo de la unidad para agregarse á los apelantes.» Los obispos jansenistas no hallaban, aun en sus diócesis, un solo adherente, y sin embargo, esto se llamaba la nacion entera.

Haciase, pues, preciso terminar de una vez con esta faccion que se agitaba en todo sentido, y que mantenia la discordia en la Iglesia, al paso que se lisonjeaba de sembrarla en el Estado. Francisco Lafiteau, nacido en Burdeos en 1685, se habia propuesto granjearse la confianza del Regente: dotado de un ingenio fecundo en agudezas é inagotable en recursos, al que agregaba un juicio sólido, una ambicion que jamás se descubria y una amenidad que sabia complacer á todo el mundo, disfrutaba en tan alto grado la benevolencia y los favores del Príncipe, que á pesar de los que le rodeaban, pasó á elegirle negociador secreto cerca de la Santa Sede. Habiendo tenido el Jesuita la fortuna de captarse la amistad de Felipe, no fue menos diestro para insinuarse en el corazon de Clemente XI; sirviendo así de lazo entre las dos potencias para acelerar la caida de los Jansenistas. Hallábase dotado de las virtudes de un buen sacerdote; pero conociendo, ó habiéndole hecho conocer quizás, que no poseia en igual grado las que constituyen el Jesuita, habia solicitado y obtenido en 1719 la dispensacion de los votos simples que pronunciara, separándose de la Compañía, á la que profesó siempre una amistad sincera. El Papa y el Regente le nombraron pocos meses después obispo de Sisteron, y hallándose en libertad para seguir la carrera de los honores, merced á su separacion de la Compañía, aceptó esta dignidad en 1720. El 4 de diciembre del mismo año obligó Felipe al Parlamento á registrar la bula *Unigenitus*, como efectivamente lo hizo; pero entonces los Jansenistas, cuyo plan de ataque permanecia oculto, no pudieron reprimir por mas tiempo su cólera.

La corrupcion de las costumbres habia engendrado la prostitucion en la historia: cada uno pintaba á su modo los hombres y caractéres; cada uno formaba de un chisme de callejuela, de una calumnia de retrete, ó de algunas imposturas de salon, una especie de acontecimiento que recogian sin discernimiento mil plumas avezadas á la sátira, haciendo servir mas adelante estas fábulas para alucinar aun á los escritores mas probos. Establecieron, pues, los Jansenistas grandes laboratorios de disfamacion, donde, desnaturalizando los hechos, é inventando anécdotas, alimento muy adecuado al gusto y genio francés, se ocuparon en desentrañar la vida privada de los reyes, y los arcanos de sus consejeros; y sin que nada fuese capaz de sustraerse á sus sarcasmos, desde el sumo Pontífice hasta el último de los confidentes de Feli-

pe, todo pasó por el alambique de estos impostores anónimos, cuyas calumnias venian á guarecerse bajo la égida del talento de otros analistas mas concienzudos. Verdad es que con la autoridad de su eleccion habia el Regente, al aceptar la Bula, destruido esperanzas largo tiempo acariciadas; pero los Jansenistas no quisieron ver en esta conducta llena de prevision mas que un odioso convenio, cuyos agentes habian sido Lafiteau, Tencin y Gamache, auditor este último de la Rota por Francia, y cuyo móvil era el abate Dubois.

En una época en que el espíritu de partido no deja en pié gloria alguna ni ninguna virtud, y en que los hombres mas apreciados en un campo se convierten necesariamente en el otro en objetos de repulsion mas ó menos justificada por los odios políticos, creemos que nos será fácil hacer comprender nuestra idea. Hemos tenido ocasion de ver acusados con tanta frecuencia á los ministros, á los generales, á los oradores, á los escritores mas ilustres, y aun á los mismos monarcas de tantos crímenes imposibles, de tantas fechorías, bastando la desgracia, el destierro, la muerte ó el menor cambio de opinion á condenarlos á un olvido precoz, que no nos es posible asentir á las exageraciones del entusiasmo con mas motivo que á los insultos del odio; y como la experiencia ha venido por otra parte con el tiempo, necesitamos hoy algo mas que buenas palabras y romances ricos de imposturas para juzgar al hombre que ha regido los destinos de su patria. En este caso se encuentra el abate Guillermo Dubois. Habia sido el preceptor, el ministro secreto ó público de Felipe de Orleans; vivia en el Palais-Royal; era ambicioso al par que astuto cortesano; se hacia un estribo de la voluptosa incuria de su amo, lisonjeaba sus pasiones, y quizás le hacia inmoral con su mismo ejemplo. Pero si, en esta atmósfera de espadachines y cortesanas, pudo el abate Dubois, á quien no ligaba compromiso alguno eclesiástico, dejarse arrastrar del torrente y tomar parte en esta orgía de desórdenes que hizo célebres á los Broglie y Noce, es cuenta que ya habrá ajustado con Dios: él poseia el cinismo del vicio mas bien que el vicio mismo; mas, cuando la fortuna le hubo colmado de honores, este hombre, que habia vendido su país á la Inglaterra, y que sin embargo contaba entre sus amigos á Fenelon, Rohan, Massillon, Fontenelle [1], de La Tour, el general de los Oratoria-

[1] Hablando Fontenelle en nombre de la Academia francesa, decia al car-

nos y de Argenson, conoció al fin la necesidad de dar la paz á la Francia. Y no debemos suponer que esta resolucion careciese de un pensamiento de egoismo: Dubois se hallaba en el caso de poder aspirar á todo; su continuo movimiento suplia á la incuria y quietismo del Regente, al paso que sus sarcasmos despertaban en su alma el deseo que se extinguia en ella bajo el tedio de la saciedad; y deseando subir al trono ministerial, pensó que ante todo debia comenzar por hacerse nombrar arzobispo y príncipe de la Iglesia romana. En la esperanza de no hallar obstáculo alguno en su marcha, se resolvió poner á prueba la rectitud de la Santa Sede por un señalado servicio. Obligó al Parlamento á registrar la bula *Unigenitus*, y luego encargó á Lafiteau que solicitase de Roma la recompensa que se habia prometido á sí mismo. Dubois, presentado por el Regente, fue promovido al arzobispado de Cambray; y una vez abierto el conclave por muerte de Clemente XI, su sucesor, el cardenal Conti, elegido Papa bajo el nombre de Inocencio XIII, le invistió con la púrpura, cediendo á las instancias del Regente [1] como á la necesidad de pacificar á la Iglesia.

El cardenalato no es una funcion con cargo de almas, sino una dignidad otorgada á instancia de algunos monarcas á ciertos sugetos á quienes tal vez no conoce la curia romana, y que, disfrutando en su patria de una grande autoridad, pueden, en bien ó en mal, influir en gran manera sobre los negocios eclesiásticos. Pero atendido el estado en que se hallaban las cosas, si el sacri-

denal Dubois el dia de su recepcion en ella: «Recordaréis que mis deseos os «llamaban á esta corporacion mucho tiempo antes que pudiérais venir acom- «pañado de tantos títulos, porque nadie mejor que yo sabia que hubiérais con- «ducido los que preferimos siempre á todos los demás;» y añadió el director: «Todos los soberanos han concurrido á haceros obtener la púrpura... El sumo «Pontífice solo ha tenido que escuchar una peticion unánime de todos los em- «bajadores... Pareceis el prelado de todos los Estados católicos, y el ministro «de todas las cortes.»

[1] Mientras que Dorsanne atribuye en su *Diario* al cardenal de Rohan una parte demasiado activa en las transacciones que tuvieron lugar en Roma respecto á este capelo, confesando que el Regente le habia dado el encargo de negociar este asunto, el doctor de la Sorbona Francisco Vivant, que escribia desde Roma en el mes de setiembre de 1721 al cardenal de Noailles, dice: «Mr. el cardenal (de Rohan) no desperdicia su tiempo; pues no contento con «procurar el capelo que exigia S. A., prepara además otra cosa que hará mas «ruido.»

ficio de un capelo exigido por Felipe de Orleans en favor del Abate no fue tal vez una falta, éralo, y grande, el haber llamado al ministro del Palais-Royal á los honores del episcopado; puesto que este arrastra tras sí deberes incompatibles con la vida de Dubois, quien no llenó ninguno; y fue lo mejor que pudo hacer. Visto que su elevacion al rango de príncipe de la Iglesia le franqueaba la entrada en el Consejo, haciéndole marchar al lado de la mas alta aristocracia del reino, no paró hasta constituirse en árbitro de la Francia, sin que gobernase mas mal que el Regente.

El obispo de Sisteron, que no le habia sido inútil en sus negociaciones con Roma, y que después escribió la *Historia de la bula Unigenitus*, anhelaba, de consuno con todo el clero galicano, que se pusiese un término á las discordias religiosas de que era teatro la Francia hacia ya tanto tiempo. Los Jesuitas habian permanecido ajenos á todos estos amaños; pero no tardó en presentárseles una ocasion de ostentar todo el ardor de su caridad, y trataron desde luego de apoderarse de ella. Acababa la peste de sembrar el terror en el Mediodia, y el luto en la nacion entera, sucumbiendo víctimas de este espantoso azote sobre mil personas por dia: ya habia herido de muerte á diez y ocho Jesuitas de Marsella, que, lanzándose en pos de las huellas de Belzunce, obispo de esta ciudad y antiguo colega suyo en el Instituto, habian corrido á donde el riesgo era mas inminente; ya el P. Claudio Millet [1], que habia reemplazado á los magistrados civiles, á quienes el pavor ó la parca habian arrebatado á sus funciones, habia dejado de existir: uno solo sobrevivia de los moradores en esta residencia, y este era un anciano octogenario, que habia arrostrado mas de una vez el furor del contagio en las misiones de Egipto, Persia y Siria. En medio de tanta desolacion, se asocia Juan Pedro Levert, que así se llamaba este anciano, á los sugetos cuyo ánimo no habia amilanado el terror; colócase con el obispo á

[1] « Todo nos inclina á creer, dice Lemontey hablando de la peste de Mar- « sella, en el quinto tomo de sus *Obras*, página 339, que la grandeza de ca- « rácter, los pensamientos generosos y las grandes distracciones destierran del « hombre cierta disposicion pasiva, que convenimos en mirar como necesaria á « la comunicacion del veneno pestilencial. Esta grandeza de carácter, esta ge- « nerosidad fue sin duda la égida que cubrió en Marsella á otros dos comisarios « cuyos nombres no debo pasar en silencio: el primero fue el Jesuita Millet, « el único de los regulares que consintió en reunir las funciones civiles con las « tareas religiosas; el segundo fue el pintor Serres, discípulo de Puget. »

la cabecera de los enfermos; vigila de consuno con Estelle y Moustier, regidores de la ciudad, con Langeron, gobernador de ella, y el caballero Rose sobre estos abismos de la muerte; marcha al lado de Chicoineau, Deidier y Verni, tres célebres facultativos cuyos nombres son apreciados por la humanidad doliente; lanza al cielo continuas y fervorosas plegarias por los moribundos, y fortifica al pueblo con su ejemplo mas bien que con sus consejos. Sabedor el sumo Pontífice de que por falta de precaucion en el Gobierno, que no habia enviado socorro alguno á esta ciudad, aumentaba el hambre los estragos del contagio, remite dos buques cargados de trigo, que al momento es distribuido entre las familias por manos del obispo y del Jesuita. Empero, si Levert habia arrostrado hasta allí todos los peligros, si un gran pensamiento de caridad habia sostenido hasta entonces la energía de este anciano, cuando el azote hubo cesado en sus estragos, consumidas sus fuerzas á impulso de tanto ardor, espiró en brazos de Belzunce, bendiciendo á este mismo pueblo á quien habia suministrado tantos consuelos.

La abnegacion de los Jesuitas de Marsella no pudo menos de hacer una grande impresion en el ánimo del Regente. Deseando hacer dimision de su cargo el abate de Fleury, que habia sido nombrado confesor del jóven Rey, porque, á la edad de noventa y dos años, se consideraba ya incapaz de dirigir sus primeras pasiones, trataron de buscarle un sucesor. El cardenal de Noailles excluia á los Padres de la Compañía; y esta era otra razon para que Dubois, su antagonista, presentase uno que, segun el testimonio de Duclos [1], no habia tenido parte alguna, como ni tampoco otro ninguno de los Jesuitas, en su elevacion al cardenalato. Era este el P. Taschereau de Liguières, director de la duquesa de Orleans, madre de Felipe, quien recibió el nombramiento en 1722. Los Jesuitas habian aguardado con paciencia el poder, y este se les venia á las manos por la necesidad misma de las cosas: fatigado ya el Regente de escándalos, experimentaba en sí mismo una absoluta necesidad de devolver á los Católicos la paz comprometida por tantas concesiones.

Beltran Claudio de Liguières hallábase dotado de mas prudencia que talento. Sencillo y apacible, sin ambicion, sin tomar la iniciativa en nada, venia á ser un hombre inofensivo, cuyo en-

[1] *Memorias* de Duclos, tomo I, pág. 473.

cumbramiento no alarmaba á ningun partido, y en quien no vieron los Jansenistas mas que el precursor de su Órden. Habíale exceptuado Noailles del entredicho general; pero deseando poner trabas á su ministerio cerca del Rey, se obstinó en rehusarle la aprobacion del Ordinario. Verdad es que el Monarca hubiera podido hacerle autorizar por el Papa; pero creyendo el Regente y los Jesuitas que seria mas oportuno el desistir de este privilegio, la corte fue trasladada á Versalles, y Luis XV se vió precisado á confesarse en Saint-Cyr, que pertenecia á la sazon á la diócesis de Chartres. No queriendo el duque de Borbon, que ocupaba en 1723 la primera silla ministerial, exponer otra vez la majestad regia á tamañas evasivas; pasó á declarar que, si el cardenal de Noailles no otorgaba al Jesuita las licencias, se serviria de las que el sumo Pontífice le habia remitido por un breve expedido en 19 de mayo de 1722. Visto por Noailles que los Jansenistas perdian cada dia terreno, y juzgando prudentemente que su oposicion quedaria sin efecto, se decidió á someterse á la ley, y los Jesuitas volvieron á la corte. Demasiado escarmentada empero la Sociedad á causa de las tempestades suscitadas contra los directores de la conciencia del Rey, para que no intentase destruir las causas, después de renunciar á la hoja de los beneficios, estipuló que el confesor, encerrado en el círculo de sus atribuciones, permaneceria del todo ajeno á los negocios; y efectivamente, los PP. Liguières, Perusseau y Desmarets no ejercieron desde este dia influencia de ninguna especie, aun en las cuestiones puramente eclesiásticas.

Sin ser jansenista, habia el cardenal de Noailles introducido la perturbacion en el seno de la Iglesia por su eterna resistencia; pero apenas investido de la autoridad el cardenal de Fleury, pensando en reparar tantos males, empezó por condenar y deponer á Soanen, obispo de Senez, anciano cuyas virtudes privadas eran cási tan grandes como su terquedad. Este acto de energía intimidó al arzobispo de Paris, que resignándose, por fin, á obedecer, dirigió á la Santa Sede su retractacion pura y simple; sin embargo, aunque animado de un arrepentimiento sincero, no se resolvió jamás á levantar el entredicho que lanzara contra los Jesuitas. El 30 de abril de 1730 fue registrada en el Parlamento la bula *Unigenitus*, así como todas las demás expedidas por el Papa en la cuestion del jansenismo. Carlos Vintimille, que sucedió á

Noailles, absolvió del anatema á los Jesuitas; los discípulos de Jansenio se hundieron bajo el peso del ridículo, convirtiéndose en convulsionarios ante la tumba del diácono de Paris; y los hijos de Ignacio, caminando siempre por la misma senda, y prosiguiendo su apostolado, por medio de la educacion, se encontraron en el campamento de Fontenoy como capellanes del ejército francés.

La política de Luis XIV habia colocado en las sienes del duque de Anjou, su nieto, la corona de España. Todos los Jesuitas de la Península, con muy raras excepciones, se afiliaron bajo la bandera de un Soberano que, para reinar sobre un país consagrado á la Iglesia, no habia recurrido, como su competidor, á los Anglicanos y á los sectarios germánicos. La España entera se habia pronunciado en favor del Príncipe francés, y los Jesuitas trataron de serle fieles en la próspera y adversa fortuna, exponiéndose como él á los azares de esta prolongada guerra de sucesion. Los ingleses mandados por lord Peterborough trabajaban mucho menos por hacer sentar al archiduque Carlos de Austria en el trono de los Recaredos, que con el objeto de propagar la herejía entre un pueblo esencialmente católico: ya en Barcelona y otras ciudades del Principado habian establecido cátedras en que se enseñaba el error al abrigo de las bayonetas; pero no tardaron los Jesuitas en combatir este proselitismo que se extendia por todas partes, sosteniendo á fuerza de elocuencia la guerra que España y Francia sostenian á cañonazos. En Gerona, durante los horrores del sitio de esta plaza, no solo prodigaron sus atenciones á la generalidad de los habitantes, sino que «habiéndola abandonado «muchos regulares, dice el marqués de San Felipe [1], se dedica- «ron con una asombrosa caridad á la asistencia de los pobres y «enfermos, de los que habia un gran número entre tan crueles «peligros.»

Mas los analistas del reinado de Felipe V no han tratado de basar sus relatos en semejantes hechos: érales indispensable seguir, acechar los pasos, y abultar las faltas de un Jesuita en las intrigas de una corte; y el P. Guillermo Daubenton salió, como Miguel Letellier, enteramente mutilado en esta lucha con la historia. El Monarca francés habia elegido á Guillermo para que

[1] *Memorias para servir á la historia de España bajo el reinado de Felipe V*, por Vicente Bacallar, marqués de San Felipe, tomo III, pág. 48.

acompañase á la Península al jóven Príncipe, en cuya alma leia por haber dirigido su conciencia desde sus mas tiernos años; pero en esta época fecunda en cábalas, no tardó en encontrarse una mujer que, merced á la seduccion de su ambicioso talento, adquirió en breve sobre la reina Luisa de Saboya un ascendiente cuyos resultados alarmaban á Luis XIV. Elevada la princesa de Ursini al rango de camarera mayor de la Reina, no cesaba de alimentar en el corazon de Luisa sus preocupaciones contra la Francia; mientras que dominando el carácter débil é indeciso de Felipe, le arrastraba á la ejecucion de unos proyectos que hubieran sin duda comprometido el porvenir de ambos Estados. Opúsose sin embargo Daubenton; hízolos fracasar, y aun consiguió el extrañamiento de la Princesa, que, demasiado segura de su crédito, no supo contrarestar los planes del Jesuita. Empero, si Daubenton habia obtenido su expulsion, volviendo ella á Madrid después de algunos años, le obligó á su vez á abandonar la España; y entonces reemplazóle el P. Robinet. «Jamás confesor al-«guno, dice Duclos [1], fue mas apto para este empleo, ni se unió «mas íntimamente con él: dotado Robinet de grandes luces y vir-«tudes, penetrado de las mas santas máximas, al par que francés «celoso é igualmente apasionado por el honor de la Península, «su segunda patria, él fue quien aconsejó á Felipe V la reforma «de la Nunciatura, cuando el Pontífice reconoció al archiduque «como soberano de España.»

Obrando de esta manera, no pensaban los Jesuitas Robinet, Ramirez y el dominico Blanco, á quienes consultó Felipe, en mostrarse hostiles á la Silla apostólica. Los soberanos habian obtenido la creacion de este tribunal, con el objeto de facilitar á los españoles sus relaciones con Roma; pero visto que se habian introducido algunos abusos en su administracion, y que el Papa se declaraba enemigo de Felipe, sin hacer traicion á la obediencia que debian á la Santa Sede, no consintieron callar ante un paso que tendia á derribar del trono al monarca que aceptaba la Iberia. Antagonista declarado de los abusos, se esforzaba Robinet á reprimirlos con una energía mas obstinada que reflexiva, cuando se vió en breve asaltado por ciertos obstáculos mayores que los que ofrecia el gobierno eclesiástico. Habiendo fallecido Luisa de Saboya en 1712, la princesa Ursini, su favorita, alimentaba la lo-

[1] *Memorias* de Duclos, tomo I, pág. 142.

ca esperanza de representar en el Escorial un papel idéntico al que desempeñaba en Versalles la marquesa de Maintenon; y hubiéralo sin duda conseguido á fuerza de astucia, á no haber estado de por medio el Jesuita, que conociendo el carácter de Felipe, y sabiendo que si se le atacaba de frente consiguiendo sorprenderle en presencia de toda la corte, le decidiria á pronunciarse contra semejante alianza, determinó arriesgarlo todo. «Gustábale al Rey, dice Duclos [1], conversar con su Confesor acerca de «las noticias de Francia; y preguntándole cierto dia sobre lo que «ocurria en Paris, Señor, contestó Robinet, dicen que V. M. trata de casarse con la princesa de Ursini. —Se equivocan, replicó con sequedad, y mudó de conversacion.»

Conocia el Jesuita demasiado bien á su penitente, y sabiendo que nada era capaz de hacerle faltar á una palabra dada en público, trató de comprometerle mas allá de sus previsiones. Viéndose obligada la Princesa á renunciar á la idea de ser reina, quiso al menos unir la suerte de Felipe á la de una mujer de quien pudiese disponer á su arbitrio. Alberoni le aconsejó que eligiese á Isabel Farnesio; pero en 1713 un insultante destierro fue el resultado de sus cálculos. Vencida la de Ursini por la ingeniosa aspereza de un Jesuita, al paso que engañada por la astucia de Alberoni, sucumbió, por último, al imperioso candor de una jóven. Empero esta atmósfera de insignificantes traiciones é imperceptibles complots no se amalgamaba con el carácter decidido de Robinet, cuya desgracia fue ocasionada, segun refiere Duclos [2], por una accion justa y razonable. «Hallándose vacante, dice, el «arzobispado de Toledo, cuya renta anual ascendia á novecientas «mil libras, el cardenal de Judice pasó á solicitarle para sí por «medio de la Reina; pero habiéndolo consultado Felipe con su «Confesor antes de resolverse á ello, no solo opinó de distinto modo, sino que le hizo ver que teniendo ya el Cardenal todos los «bienes necesarios para el decoro de su dignidad, era indispensable repartir las gracias, cuya masa es siempre inferior á la de «las exigencias y aun á la de las necesidades; pasando en seguida á proponer para esta Sede á Valero Lera, que, á fuer de español, era preferible á un extranjero, y cuya eleccion seria «aplaudida por la nacion entera. Habia prestado Valero tantos

[1] *Memorias secretas*, tomo I, pág. 101.
[2] *Ibidem*, pág. 172.

«servicios al Monarca en tiempo que aun estaba vacilante su tro-«no, que deseando recompensar su celo, le dió el obispado de «Badajoz; en cuya posicion solo vió el que antes habia sido pár-«roco de aldea nuevos deberes que llenar, sin pensar jamás en «presentarse á la corte. Robinet hizo ver después á Felipe que «los españoles, á cuyo valor, afecto y constancia debia la coro-«na, no podrian menos de creerse recompensados en la persona «de un compatriota tal como el obispo de Badajoz, á mas de que «esto seria diseminar las rentas del arzobispado por manos de un «hombre que no sabia hacer otro uso de ellas; y el Rey le otorgó «el nombramiento en marzo de 1715.

«Irritados hasta el extremo la Reina y su ministro de la victo-«ria del Jesuita, al par que asustados de sus consecuencias, se «aliaron contra una virtud tan peligrosa, llegando, á fuerza de «seducciones é intrigas, á separar de la corte á un hombre «que [1], si pedia al cielo alguna cosa, era precisamente su sepa-«racion.

«Llevándose consigo el Jesuita Robinet la estimacion y el sen-«timiento general de la nacion española, se retiró á la casa de los «Jesuitas de Estrasburgo, en donde vivió y murió tranquilo des-«pués de haber edificado á la Sociedad mas que lo que la habia «servido.»

En el momento de separarse de un Jesuita que jamás le habia adulado, quiso Felipe V pedirle un último consejo: «Suplicóle, «dice el marqués de San Felipe, que le indicase el sugeto en cu-«yo seno debiese descargar el peso de su conciencia; á que con-«testó, que el P. Daubenton sabria complacer mejor á los espa-«ñoles, cuyo aprecio se habia ya granjeado:» en el mismo instante escribió á este Padre que apresurase su regreso [2].

Hallábase Daubenton desempeñando la asistencia de Francia en Roma, donde se veia honrado por Clemente XI con un afecto particular. El niño á quien habia educado, el rey á quien habia acompañado en medio de los peligros, le llamaba para devolverle su confianza después de diez años de separacion; y no vaciló un momento en acudir á su lado. Pero apenas habia llegado á Ma-

[1] El abate Gregorio refiere el mismo hecho en su *Historia de los confesores*, pág. 224; y se halla consignado en las *Memorias* de Maurepas, tomo I, página 228.

[2] *Memorias* de San Felipe, tomo III, pág. 151.

drid, cuando conoció que su presencia iba á ser un motivo de alarma para el ministro que á la sazon gobernaba. Alberoni, este Richelieu italiano, en cuya cabeza fermentaban mil descabellados proyectos, aspiraba nada menos que á dominar la Europa ó á trastornarla, para crearse un lugar ilustre en la historia. Negociando simultáneamente con el czar Pedro de Rusia, con la Puerta Otomana y Carlos XII de Suecia, proyectaba restablecer en el trono á los Estuarts, arrebatar el poder al duque de Orleans, y hacer árbitra á la Península de los destinos del mundo, como lo fuera en los reinados de Carlos V y Felipe II. Y no limitándose aquí sus planes, volvió á plantear el tribunal de la Nunciatura, abolido ya por los Jesuitas. Viendo Daubenton desarrollarse tan vastos proyectos, que, para la imaginacion volcánica de Alberoni no pasaban de ser un juguete, y comprendiendo, sin perder nada de su calma habitual, lo mucho que importaba precaver al Soberano contra la audacia feliz de un hombre que podia poner en combustion á la Europa, «se manejó con tanta destreza, «dice el marqués de San Felipe, que si el cardenal Alberoni ha-«bia llegado á persuadirse que el Jesuita habia tenido una gran «parte en su desgracia, no pasaba esto de ser una sospecha; por-«que la moderacion y rectitud de este Padre le hacian incapaz de «buscar medios de vengarse, si bien es verdad que siempre ins-«piró al Rey lo justo y razonable [1].»

El cardenal Alberoni tenia que habérselas con poderosos adversarios, y sus quimeras de omnipotencia se estrellaban contra la política de Felipe de Orleans y Dubois, del rey de Inglaterra y Daubenton, que siendo á la sazon mas que nunca el árbitro de la conciencia del Monarca español, le obligó á sucumbir y ausentarse. Pero si la calumnia no habia osado aguzar sus filos durante la vida del Jesuita, no faltó un Franciscano, condenado ya como hereje, y de quien Voltaire se ha constituido eco, que combinando los hechos á su antojo, se atrevió á ultrajarle después de su muerte. Este sugeto, llamado Belando, refiere en una obra suya que fue prohibida en la Península, que el Jesuita descubrió á Felipe de Orleans la idea de abdicacion que atormentaba al Monarca español, con el objeto de que la convirtiese el Duque en provecho de sus intereses; y que habiendo el Príncipe descubierto la perfidia de su Confesor, se la echó en cara con tal acrimo-

[1] *Memorias* de San Felipe, tomo IV, pág. 44.

nia que cayó á sus mismos piés acometido de un ataque apoplético.

Si se ha de dar crédito á esta version que ningun adversario de los Jesuitas se ha dignado aceptar, que ha sido rechazada por Saint-Simon, Noailles y Duclos, contemporáneos de estos sucesos, como indigna de su parcialidad, y que ha despreciado el abate Gregorio, el P. Daubenton hizo un infame tráfico con los secretos del confesonario, ó cuando menos vendió al Regente y á los extranjeros el secreto de Estado que le confiara el Príncipe; crímen que, sacerdotal y políticamente hablando, seria incalificable. Verdad es que Daubenton y el marqués de Grimaldi, sucesor de Alberoni en las funciones de primer ministro, gobernaban al Rey y la Península; tambien lo es que el Jesuita habia tenido parte en las negociaciones del enlace del infante D. Luis con la señorita de Montpensier, hija del Regente, y que habia contribuido al matrimonio de Luis XV con la infanta; pero de esto á una traicion hay un abismo de imposibilidades. Y sin embargo, tal es el abismo que no se han atrevido á sondear los analistas contemporáneos, ni aun para calumniar á un Jesuita.

Tiempo hacia que la idea de abdicacion germinaba en el corazon de Felipe V, que, ardiente al par que melancólico, y echando siempre de menos la corona de Francia de la que habia hecho cesion, solo aspiraba á ocultar en el retiro una existencia pasada entre los huracanes, sin que le fuese dado encubrir su aversion á las grandezas, y sus ensueños de soledad. El Regente habia lealmente respetado la corona de que le separaba un niño; jamás abrigó en su alma la criminal idea de la usurpacion: y si estrechaba á Felipe V á consumar su espontáneo sacrificio, esperando sentar á su hija sobre un trono, esto no pasaba de ser una ambicion paternal que no encerraba pensamiento alguno culpable. Mas todas sus gestiones fueron rechazadas por Daubenton, que era quien, de consuno con la Reina, se oponia con mas vigor á los proyectos del Monarca español. «El 7 de agosto de 1723, dice «el marqués de San Felipe [1], murió Daubenton con grande edi«ficacion en el noviciado de Madrid, á donde se habia hecho con«ducir desde Balsain en el momento que sintió agravarse su en«fermedad, para tener el consuelo de morir en la casa de san Ig«nacio; acompañando á su muerte tan marcadas pruebas de

[1] *Memorias* del marqués de San Felipe, tomo IV, pág. 127.

«religion y piedad, que hicieron en muchos la mas viva impre-«sion.» El Monarca entre tanto, que no habia cesado de depositar en él su confianza, le suplicó que designase él mismo su sucesor, súplica á que accedió el Jesuita indicándole al P. Bermudez. Mas no por eso dejaron de acompañarle hasta la tumba los testimonios del real aprecio del Monarca, que, para glorificar al que habia sido el mentor de su infancia y de sus dias mas maduros, mandó que la corte, los ministros y demás funcionarios regios asistiesen á los funerales; tributando á este religioso, cuya memoria, segun la expresion del apóstata dominicano, debia ser execrada por el Príncipe y todos los corazones probos, y que habia muerto bajo el peso de la maldicion regia, los honores reservados á los grandes del reino.

Dotado Daubenton de un carácter resuelto, habia sabido infundir valor al ánimo decaido del Monarca, y curar con su energía la debilidad de Felipe y los vanos escrúpulos que se apoderaban de su alma, sin permitirle jamás abdicar, como se lo instaba el duque de Orleans. Pero una vez muerto este Padre, no se creyó Bermudez con suficientes fuerzas para oponerse á este designio; y concretándose á sus atribuciones de director, dejó al Príncipe entregado á las delicadezas naturales de su conciencia y á sus penosas incertidumbres. El 15 de marzo de 1725 abdicó Felipe el trono en favor de su hijo Luis, que murió sin sucesion cinco meses después, por cuya razon volvió, llena su alma de luto y desolacion, á empuñar las riendas del Estado.

Cási en la misma época se encontraron los Jesuitas de Portugal en una posicion sumamente crítica, emanada de la agregacion á varios establecimientos religiosos de un gran número de beneficios que presentaba la Cámara apostólica á propuesta de los reyes de esta nacion. Á fin de no privar á la Santa Sede del derecho de anatas que disfrutaba, cuando pasaban estos beneficios de manos de un titular á las de otro, decretó la curia romana que deberian ser mirados como vacantes en cada período de quince años; y que las comunidades pagarian de este modo el impuesto eclesiástico, al que se dió el nombre de *quindenias*. Los Jesuitas portugueses poseian varias abadías con este título; pero á mas de los ya sujetos á las quindenias, habian adquirido sus colegios, sus casas y sus iglesias, otros bienes no sujetos al derecho de anatas, y conferidos por el ordinario á propuesta de la corona. Apoyándose los

delegados de la tesorería pontificia en ciertas antiguas pragmáticas, y tratando de hacer extensivo á estos beneficios el tributo de las quindenias, el nuncio apostólico Miguel Ángel Conti, que dentro poco vino á ser Pontífice bajo el nombre de Inocencio XIII, se dirigió desde luego á los Jesuitas con el objeto de no hallar oposicion en los demás Institutos, y amenazó al P. Domingo Nuñez, provincial á la sazon, con despojarle de su empleo, si no pagaba el impuesto. El rey D. Pedro II, que creia interesada la dignidad de su trono en este conflicto, declaró al Jesuita que, si obedecia á la intimacion, expulsaria de sus Estados á toda la Compañía.

Suponiendo Conti, con razon ó sin ella, que el Monarca y los Jesuitas estaban de acuerdo para intimidar á la Iglesia, invoca desde luego la autoridad del General de la Órden: Clemente XI insta á su vez á Tirso Gonzalez á dar una solucion; zánjala este en favor de la tesorería; obstínase el Rey, y colocado Nuñez entre los dos poderes, del uno apela al otro. La muerte de D. Pedro (1707) permitia á su sucesor Juan V reconciliar las partes; y efectivamente el duque de Cadoval y Conti pasaron á formar el cómputo de las sumas debidas, así como la cuota de las quindenias futuras. Empero, habiéndose negado el Papa dos años después á aprobar la transaccion realizada por su embajador, anunciando que iba á despojar de los beneficios á las casas de los Jesuitas, el P. Manuel Diazio, provincial á la sazon, creyó oportuno poner un término á estas disensiones, y, sin consultarlo con el Monarca, presentó la suma exigida en el tesoro de San Pedro. Esta medida pacífica levantó al momento una tempestad. Juan V desterró al P. Diazio, y prohibió á los demás Jesuitas sus súbditos el cumplimentar las órdenes de su General. Todos los ánimos se hallaban acalorados. El P. Riberio, que se habia declarado contra los funcionarios de la Santa Sede, fue denunciado por ellos en 1712 al papa Clemente XI, quien exigió la expulsion de este Jesuita de la Órden, y sus órdenes fueron sin demora ejecutadas.

Estos hechos tenian lugar en el momento en que los Jansenistas acusaban á la Compañía de dominar al Vaticano y de imponer su voluntad al Papa. Los Jesuitas dominaban á los Pontífices y al sacro Colegio, al paso que dictaban á los reyes las medidas que debian adoptar; pero lo cierto es, que en este caso y en otros mas importantes, los vemos siempre sacrificar sus intereses ú opinio-

nes al sostenimiento de la paz: sentíanse bastante fuertes para obedecer; y este respeto á la autoridad los ha sostenido en presencia de tantos enemigos que tramaban su ruina; y este respeto, del que no se han separado sino una vez tan solo en el espacio de doscientos y treinta años, así como la gloria que hace resaltar sobre su Órden, son el argumento mas decisivo que puede aducir la historia en favor del principio de obediencia.

CAPÍTULO XXXII.

Diferencia entre las misiones de Oriente y las de ambas Américas. — El Padre Resteau en Palestina. — Residencia en Andrinópolis. — La peste y los Jesuitas. — El P. Cachod y las mazmorras de Constantinopla. — El P. Richard en el monte Athos. — El P. Braconnier y el conde de Tékeli. — Su mansion en Tesalónica. — Trabajos de los Jesuitas en Oriente. — Carta del P. Tarillon al conde de Pontchartrain. — Los Jesuitas y los Armenios. — Los Maronitas y los Coptos. — Reúnense en un concilio los patriarcas de la Iglesia griega para oponerse á los progresos que hace el catolicismo por medio de los Jesuitas. — Asamblea de los Maronitas en favor de los misioneros. — Los Padres Longeau y Pothier en Persia. — Felices resultados de la mision en este país. — Tomás Kouli-Kan y el hermano Bazin. — El P. Duban en Crimea. — Sus trabajos. — El P. Sicard en Egipto. — Sus correrías apostólicas. — Sus descubrimientos científicos. — Sacrifícase en favor de los contagiados del Cairo. — Su muerte. — Los Jesuitas en Abisinia. — Guerras de religion. — Situacion de la Etiopia y de la Abisinia. — El sultan Seghed II y los Católicos. — Persecucion contra los Jesuitas. — Carta de Selacristos, tio del Emperador, á los príncipes y poblaciones católicas. — Los PP. Brevedent y Bernat. — El Tibet y los PP. Desideri y Freyre. — Sus fatigas y peligros. — El P. Sanvitores en las islas Marianas. — Su celo y su martirio. — Retira Guerrero, arzobispo de Manila, su pastoral contra los Jesuitas. — Declárase su enemigo el Emperador del Mogol. — Constitúyense en mediadores entre los traficantes ingleses y holandeses de Agra y Surate. — Son perseguidos en la Cochinchina. — Penetran en Siam. — El P. Margici y el gran visir Constancio Phaulkon. — Embajada de Luis XIV en Siam. — Los PP. Fontaney, Tachard, Bouvet, Gerbillon, Lecompte y Visdelou. — Mision religioso-científica de estos Padres. — La Academia de ciencias y los Jesuitas. — El Rey de Siam y sus disposiciones. — Revolucion de Siam. — Muerte de Constancio. — Política de Luis XIV desarrollada por las misiones. — Créalas en Pondichery y en el Indostan. — Los Jesuitas en el Maduré. — El P. Beschi, gran viramamouni. — Su lujo y sus trabajos. — El P. Bouchet en las misiones. — Extiéndense estas por todas partes. — Los Jesuitas bramas y parias. — Su plan para reunir las castas divididas. — Guerra de los franceses é ingleses en la India. — Dificultades eclesiásticas sobre los ritos malabares. — En qué consisten estas dificultades. — Legacion del patriarca Maillard de Tournon á Pondichery. — Ayúdanle dos Jesuitas á resolver los casos espinosos. — Angustiosa situacion de los Jesuitas entre la obediencia debida al Legado y sus convicciones sobre los ritos malabares. — Llegada de Tournon a la China. — El emperador Kang-Hi protege á los Católicos. — Su amistad hácia los Jesuitas. — El P. Verbiest, presidente de las matemáticas. — El

papa Clemente XI y Luis XIV favorecen á los misioneros chinos. — Ocúpase Verbiest en la fundicion de algunos cañones por órden del Emperador. — Hácense sospechosos á los portugueses los Jesuitas franceses. — Los Padres Gerbillon y Pereira, embajadores en Rusia. — Viste el Emperador á Gerbillon con su traje imperial. — Los hermanos Rhodes y Fraperie, médicos de Kang-Hi. — El P. Bouvet, enviado de China en Paris. — El misionero Goville y los Jesuitas astrónomos y geógrafos. — Discusiones sobre las ceremonias chinas. — Diferencia entre las creencias de los magnates y del pueblo en China. — Proposicion que hacen al Papa los Jesuitas de referirse al Emperador. — Llega Tournon á China á solicitud de los Jesuitas. — Alármase Kang-Hi á consecuencia de este viaje y de los obstáculos que provoca. — Ordenanza del Legado, proscribiendo del culto católico las ceremonias chinas. — Cólera del Emperador. — Es entregado Tournon á los portugueses, sus enemigos. — Es arrestado en Macao. — Su muerte. — Acusaciones contra los Jesuitas. — Sus faltas y su desobediencia á la Santa Sede. — Muerte del P. Gerbillon. — El P. Parrenin. — Opinion de Leibnitz sobre la política de los Jesuitas en el asunto de las ceremonias. — Principio de la persecucion. — Embajada de Mezzabarba. — Favorécenla los Jesuitas. — Facilita Laurenti su arribo á Pekin. — Muerte de Kang-Hi. — Cede Yong-Tching, su sucesor, á la violencia de los mandarines y bonzos contra el cristianismo. — Son exceptuados los Jesuitas, merced á su sabiduría, de las medidas de proscripcion. — El P. Gaubil y los niños expósitos. — Dictámen de Abel Rémusat acerca de Gaubil. — Los hermanos Castiglione y Attiret pintores del Emperador. — El P. Parrenin, gran mandarin de la China. — Es elegido medianero entre los rusos y los chinos. — Trabajos de Bouvet, Parrenin y Gaubil. — Muerte de Parrenin. — Las bulas de Benedicto XIV ponen término á las discusiones. — Sumision de todos los Jesuitas. — Decadencia del cristianismo en China.

Las misiones entabladas en Oriente no ofrecian, como las de ambas Américas, el atractivo de la novedad, así como tampoco el contacto de aquellas poblaciones vírgenes, á quienes la sola voz de los Jesuitas arrastraba de la barbarie á la civilizacion. En el Levante solo existia una masa paulatinamente degradada, á la que se hacia indispensable dar una forma; pero esta masa abrigaba todavía un vago recuerdo de su esplendor antiguo, y tenia arraigadas profundamente ciertas preocupaciones, que en su concepto reemplazaban á la independencia y al cristianismo. Al paso que encorvaba su cerviz bajo el alfanje mahometano, procuraba escudarse en la doblez de su carácter. En este ardoroso clima, donde parecian connaturalizarse el contagio y las fiebres malignas, habian continuado los Jesuitas su obra de reparacion; y su santa pertinacia triunfaba al fin de la apatía de los griegos cismáticos y del fatalismo de los turcos. Es verdad que la muerte

venia á interrumpir con bastante frecuencia su apenas inaugurada carrera; pero esta muerte prematura, léjos de la patria y de la familia, y en una region desolada y maldecida, solo servia de un nuevo estímulo para los Padres. Si en el año 1673 habian fallecido llenos de dias y merecimientos los PP. Nicolás Caulmont y Francisco Richard, el uno en Saide, y el otro en Negroponto; Antonio Resteau, el misionero de la Palestina, acababa de espirar en 1684 al pié del Calvario, inmolando su vida en beneficio de los apestados. Habiendo llegado á comprender el marqués de Châteauneuf, embajador de Luis XIV, cuán poderosa era la palanca que la Religion ponia en manos de la Francia en el Oriente degenerado, trató desde luego de moverla, secundando la creacion de una nueva mision en Andrinópolis, residencia habitual del Sultan. Pero bien pronto las enfermedades contraidas en la asistencia de los pobres y esclavos vinieron á mermar los discípulos del Instituto de Loyola: uno solo sobrevivia, el P. Pedro Bernard, que tambien desapareció á su vez. Los sacerdotes armenios derramaron copiosas lágrimas sobre su tumba por espacio de siete dias, y poco después toda aquella nacion en masa daba una muestra de su dolor escribiendo á sus hermanos de Constantinopla en los siguientes términos [1]:

«Loado sea Dios, que se ha dignado herir á nuestra cabeza de-«jándonos sin ojos y sin luz. No teníamos mas que un solo pastor, «y le plugo arrebatárnosle; solo poseíamos un viñador, y le he-«mos perdido: ahora no somos otra cosa que unos pobres huér-«fanos, abandonados al furor de los herejes, contra cuyas ase-«chanzas nos defendia nuestro custodio y apóstol, el difunto Padre «Bernard. Quizás los hubiera convertido, si hubiese vivido mas «tiempo, porque ningun individuo de nuestra nacion podia resis-«tir á la dulzura y energía de su celo, el cual le impulsaba á tra-«bajar infatigablemente por nuestra salvacion; pero sabemos que «está en el cielo, y no nos olvidará.»

Mas no fue Pedro Bernard el último Jesuita que sucumbió en el Levante mártir de su caridad [2]. Era este un tributo que pagaban anualmente á la parca; pero no bastaba á detener todo esto su

[1] *Relacion enviada al clero de Francia reunido, en* 1695, pág. 105.

[2] En el cementerio público de Constantinopla, y sobre la lápida sepulcral que encubre los restos de los Padres de la Compañía de Jesús, muertos en el servicio de los contagiados, se lee la inscripcion siguiente, que seria mucho

carrera. Existian en las mazmorras del Gran Señor numerosos cristianos, cuya fe era indispensable sostener para hacerles menos horrible su mísera situacion; tal fue el privilegio exclusivo que reclamaron siempre y con las mas vivas instancias los hijos del Instituto de Loyola. En este horroroso recinto, en que todas las calamidades se desprendian de la esclavitud, la principal de todas, solo hallaban los Jesuitas penosos deberes que desempeñar, solo se ponian en contacto con las enfermedades del cuerpo y del alma; condenábanse allí á todos los sufrimientos para mitigar los de los esclavos; seguíanlos en sus penosos trabajos ó sobre las galeras otomanas; mendigaban para socorrerlos, y morian para animarlos á soportar una existencia tan penosa. Pero á pesar de que este sacrificio lo era de todos los dias y á todas horas, el Padre Cachod, uno de esos hombres cuyo sublime heroismo desdeña la historia, escribia desde Constantinopla en 1707: «En la ac«tualidad he logrado hacerme superior á todos los temores que «inspiran las enfermedades contagiosas, y, Dios mediante, ya no «moriré de este mal después de los azares que acabo de correr. «Acabo de salir de los calabozos, donde he administrado los úl«timos Sacramentos y cerrado los ojos á noventa personas, únicas

mas larga si se hubiesen reunido en la misma tumba todos los misioneros fallecidos á consecuencia de este azote:



IHS
HIC JACENT
PATRES SOCIETATIS JESU
PESTE INTEREMPTI.

P. Ludovicus Chizola, MDLXXXV.
P. Carolus Gobin, 1612.
P. Ludovicus Grangier, 1615.
P. Franciscus Martin, 1622.
P. Nicolaus de Santa Genoveva, 1680.
P. Petrus Bernard, 1685.
P. Nicolaus Vabois, 1686.
P. Henricus Vanderman, 1696.
P. Franciscus Rangeart, 1719.
P. Jacobus Cachod, 1726.
P. Marcus Charod, 1751.
P. Anselmus Bayle, 1726.
P. Petrus Clerget, 1756.

«que han fallecido durante tres semanas en este lugar de supli-
«cios, mientras que en la ciudad y al aire libre han muerto los
«hombres á millares. Durante el dia, nada se me hace pesado;
«nada es capaz de intimidarme; pero en llegando la noche, y
«durante el corto descanso que se me permite, se halla mi mente
«azorada de horribles ideas. Paréceme que el mayor peligro que
«hasta el dia he corrido, y que correré tal vez en mi vida, ha con-
«sistido en el fondo de cubierta de una sultana de ochenta y dos
«cañones, donde los esclavos, de acuerdo con los guardias, me
«hicieron entrar de noche para que les confesase y les dijese mi-
«sa muy temprano. Después que nos cerraron con doble candado,
«como es costumbre, confesé y dí la comunion á cincuenta y dos
«esclavos, de los que doce estaban enfermos, y tres murieron an-
«tes que yo saliese. Fácil es calcular el aire que se respiraba en
«este sitio herméticamente cerrado; pero Dios, que por su infi-
«nita bondad me ha salvado de este paso, me sabrá salvar de
«otros muchos.»

Doce años mas tarde, en 1719, Jacobo Cachod, á quien los esclavos apellidaban su padre, sucumbió á la violencia de estos padecimientos que tantas veces habia aliviado en los demás; pero no tardaron en sucederle otros Jesuitas, que pasando á crear un colegio en Scio, lograron reunir en él mas de trescientos alumnos, á quienes instruyeron en la virtud y en el estudio de las bellas letras. Habia prosperado de tal modo la mision, que por los años de 1695 se hallaban ya once Jesuitas indígenas al frente de una cristiandad que pasaba de ochenta mil personas. Verdad es, que se hallan expuestos á las extorsiones de los turcos, las que no cesan de alimentar las excitaciones de los griegos cismáticos; pero no por eso se desalientan los Padres. Saben muy bien que al lado del triunfo les espera la persecucion y el martirio, y sin embargo, caminan sin retroceder. Una vez sentado en Scio el cuartel general del catolicismo, tratan de penetrar en las islas de Metelin y Samos. Nada les importa que los musulmanes destruyan su colegio; ya se les ha dado por protector á un vicecónsul francés: nada que los PP. Albertin, Ottaviani y Gorré sucumban en la lucha; Antonio Grimaldi y Andria pasan á reemplazarlos: nada, por último, ver saqueadas sus casas; ellos abren otras dos en que son recibidos los niños sin distincion de cultos ni de patria. Mientras se dedican unos á emancipar el Oriente por medio del cristianis-

mo, otros, como el P. Francisco Richard, se lanzan á la cumbre del Athos, ya con el objeto de verificar en él observaciones científicas, ya con el de estudiar los manuscritos antiguos, ó bien con el de llamar á la unidad á los seis mil monjes que no hacen mas que vegetar en estos desiertos de ignorancia y superstición.

Escudado el P. Braconnier con la proteccion de Luis XIV, monarca que sabe hacer respetar el pabellon francés de todos aquellos pueblos, no solo ha logrado sostener la fe entre los cristianos de Constantinopla, sino tambien restituir al seno de la Iglesia católica al célebre conde Emerico Tékeli, héroe á quien la ambicion y el luteranismo habian lanzado á las filas del ejército otomano [1]. El P. Braconnier era misionero antes que todo, y su apostolado no le impedia el que tratase de instruir á la Europa con sus relaciones. Después de determinar la posicion de la antigua Filipos, capital de Macedonia, fundó en 29 de enero de 1706 una residencia en Tesalónica. Acompáñanle en sus tareas otros dos Jesuitas, Vicente y Piperi, quienes, puestos á cubierto de todo insulto con los despachos diplomáticos que les habia otorgado Luis XIV y su embajador el marqués de Reriol, trabajan con tanto ardor en la propagacion de la fe romana y de la arqueología, que bien pronto consiguen visitar todas las cristiandades vecinas, y descifrar las inscripciones grabadas sobre los antiguos monumentos de los tiempos de Alejandro. No contento Braconnier con emprender una obra tan difícil como peligrosa; no satisfecho su celo con penetrar entre los griegos y predicarles la unidad; ni creyendo, por último, suficientemente recompensadas sus fatigas con haberse granjeado el aprecio de Miguel Paleólogo, uno de los mas ardientes defensores del error, haciéndole regresar al seno de la Iglesia, funda una mision para que sirva de casa de oracion y de estudio á las familias convertidas por los Jesuitas al catolicismo. Verdad es que estas familias eran entonces poco numerosas; pero el Jesuita, cuya elocuencia es cási tan grande como su caridad, no conoce obstáculos de ninguna especie. Si el palo de los turcos se levanta con frecuencia sobre su cabeza; si en unas partes le golpean, y le mutilan en otras; no produciendo en él mas efecto las amenazas, golpes y malos tratamientos que el que habia producido el contagio, no continuaba con menos ardor su empresa. Si la peste y la guerra diezman incesantemente estas poblaciones,

[1] *Relacion manuscrita* del P. J. B. Souciet.

los primeros desvelos del Jesuita se dirigen á socorrer á los enfermos y heridos: hállasele muchas mas veces en las mazmorras de los esclavos que en los salones de los poderosos; y cuando en 1716 vino la muerte á coronar una existencia tan extenuada con las fatigas, la mision fundada por él en Tesalónica solo necesitaba operarios. Sucediéronle los PP. Souciet, Tarillon y Grosset.

La Sociedad de Jesús contaba en Oriente con una multitud de residencias, de las que las principales estaban establecidas en Constantinopla, Esmirna, Tesalónica, Scio, Naxos, Sidon, Eubea, Trebisonda, Santorin y Damasco, el ojo del Oriente, como llamaba Juliano á esta ciudad. Diseminándose desde ellas por todos los ángulos de las regiones orientales, llevaban á todas partes la luz del Evangelio. Con dificultad lograban que penetrase la conviccion en los corazones, después de largas y penosas discusiones, porque en estos climas no habia salvajes á quienes fuese necesario domesticar, ni se las habian con tribus bárbaras á quienes se hubiese de conducir por grados á la civilizacion; pero el cismático griego y el armenio, que hacia ya muchos siglos profesaban un culto, y que con la leche habian mamado sus errores y preocupaciones, no se dejaban persuadir tan fácilmente. Á fuer de hijos degenerados de un pueblo grande, vegetaban como orgullosos mendigos, satisfechos de una gloria que les era imposible reanimar, y en medio de las ruinas de aquella Grecia, cuya poesía y fugitivo esplendor no concebian; pero imponiéndose los Jesuitas como una ley la paciencia, llegaron por fin á desarraigar una obstinacion tan perniciosa. «En cuanto al rito griego, escri-«bia el P. Tarillon en 1713 al conde de Pontchartrain, que nada «encierra de malo, á nadie obligamos á abandonarle para abra-«zar el latino. Cuando encontramos algunos curas ú otros ecle-«siásticos que yerran en algunos artículos de fe, los ortodoxos, «que tenemos sobre esta materia las reglas dadas por la Santa «Sede, con arreglo á ellas comunicamos en lo que es útil y bue-«no, rechazando constantemente lo demás; y segun el espíritu «de estas reglas guiamos y conducimos á los que se nos juntan. «Á los que rehusan conformarse á estas reglas, les negamos «la absolucion; sin embargo no por eso los excluimos totalmente «de las iglesias latinas, cuando vienen á implorar los auxilios di-«vinos, ó á proponernos alguna dificultad, ó á cobrar aficion y «gusto á nuestras ceremonias; porque á mas de atraernos sus vo-

«luntades con esta condescendencia, hemos experimentado ser el «mejor medio para hacerlos ingresar en el seno de la Iglesia.»

La dialéctica del controversista tenia que sustituir á la persuasiva del misionero; los ímpetus del entusiasmo venian á extinguirse enteramente ante estas incesantes luchas: era indispensable forjarse un arma de las demostraciones y silogismos históricos para reducir al silencio estos espíritus disputadores, dispuestos siempre á la polémica. Pero, si tal era la posicion reservada á los Jesuitas, estos no fueron perezosos en aceptarla. Con el objeto de restituir los griegos á la unidad, establecieron multitud de misiones en las islas del Archipiélago, cuyos primeros frutos fueron recogidos por las de Siphanto, Serphos, Therasia y Paros. En ellas enseñaban los Jesuitas á los naturales el secreto de la caridad, resucitando al mismo tiempo en la Siria la obra de sus antepasados. El campo no podia ser mas vasto ni mas espinoso. En primer lugar necesitaban conservar la fe en los Católicos, debiendo en seguida obrar sobre los Maronitas, Armenios, Caldeos y Coptos, que no podian practicar su religion sino á fuerza de enormes tributos que pagaban á la Sublime Puerta; y como todos estos cultos tenian sus patriarcas, obispos y sacerdotes, que á cada paso suscitaban nuevos obstáculos á los misioneros, parecia humanamente imposible vencer tantas contradicciones y repugnancias. Sin embargo, nada era capaz de desalentarlos. Al ver los Padres de la Compañía que los mismos griegos les miraban como únicos directores de la juventud, enviándoles sus hijos para que los instruyesen en union con los europeos y armenios, no podian menos de convencerse de que la educacion debia, en un tiempo dado, realizar sobre las generaciones nacientes el cambio que los hombres ya formados solo aceptaban de un modo individual: aguardaban con paciencia, y se ponian á la mira contra el cisma en Trípoli y en Damasco. Mientras que en 1717 tomaba la mision un incremento consolador, convencidos los patriarcas de Alepo y Alejandría de la supremacía del Pontífice romano, no temieron dirigir á Clemente XI su profesion de fe.

Apenas habian transcurrido seis años desde este acontecimiento; y viendo los patriarcas de Constantinopla, Jerusalen, Antioquía y Damasco que el ejemplo de los referidos prelados decidia á un gran número de cristianos á convertirse á la Silla apostólica saludándola como regla de su fe, resolvieron reunirse en sínodo

para contrarestar los progresos del catolicismo. Observaban estos pastores la desercion que iba experimentando su rebaño, y resolvieron confiar su custodia á los genízaros del serrallo. Á fuerza de dinero obtuvieron del Gran Señor un firman, por el que se abria la era á una persecucion que la Francia no podia entonces contrarestar, porque la regencia de Felipe habia debilitado su ascendiente. Prohibíase á los Cristianos en este decreto, expedido á ruego del sínodo, abrazar la religion católica; y ordenaba á los que ya se habian adherido á ella, que renunciasen inmediatamente á esta creencia, prohibiendo á los Jesuitas toda comunicacion con los Griegos, Armenios y Sirios, so pretexto de instruirlos. Mas no por eso abandonaron los misioneros su empresa: se les encarcelaba y amenazaba de muerte, así como á los patriarcas y demás católicos; pero creyendo un deber suyo conjurar la tempestad excitada por el oro de los cismáticos, y viendo que el cónsul de Francia en Alepo se desentendia de tan generosa iniciativa, se dirigen al embajador de Luis XIV, marqués de Bonnac, quien, usando un tono amenazador é invocando el nombre de su nacion, consigue al fin que puedan los Jesuitas entregarse libremente al ejercicio de su ministerio.

Habíase formado en Antourah otra mision que empezaba ya á extenderse por el Líbano, cuando se celebró un sínodo en la montaña en 30 de setiembre de 1736, al que acudieron tres obispos católicos y catorce maronitas, con su patriarca al frente, para tratar de su reunion á la Iglesia, bajo la presidencia de José Assemani, legado supernumerario de la Santa Sede. Empero, si los Jesuitas habian sido los promotores de esta asamblea, los Católicos del Líbano reportaron sus ventajas, puesto que á sus instancias fueron autorizadas doce piadosas mujeres para fundar en las inmediaciones de Antourah un convento con el título de la Visitacion, destinado á recibir y educar las viudas y las hijas de los ortodoxos. No consintiendo el superior de la mision de Alepo, el P. Fromage, cuyo mérito era reconocido en la montaña, desperdiciar las ventajas que debia producir este sínodo, estableció, de acuerdo con los PP. Venturi, Busly y el hermano Richard, diferentes congregaciones entre los Armenios, Griegos y Maronitas. Estas instituciones de jóvenes secundaban el desarrollo de la fe, al paso que aclimataban la Europa en el seno del Líbano.

Cargados los PP. Longeau y Pothier de los ricos presentes que

enviaba Luis XIV al Schah de Persia, marchan á este país en 1682 con el objeto de continuar el plan que trazara el P. Alejandro de Rhodes. Á fuer de embajadores del gran Rey, fueron acogidos con respeto y veneracion. No satisfecha su ambicion de salvar almas con haber creado las residencias de Ispahan, Chamakhi y Erivan, en las que les era preciso empezar por consagrarse á todas las miserias, obtienen la facultad de fundar otra en Erzerum, de la que toman posesion los PP. Roche y Beauvollier. No hay duda que, lo mismo que en Erivan, les aguarda la muerte á impulsos del contagio, ó bien bajo el acero de los fanáticos; pero el Dios que desde el centro de Europa vienen á predicar hallará nuevos adoradores, y su sangre vertida y su vida consagrada á los pobres, serán un nuevo estímulo para los Jesuitas. Al cabo de veinte y cinco años, se verá á estas misiones, inauguradas bajo tan funestos auspicios, contar mas de cien mil fieles cada una. Reducida la Persia á un completo marasmo, merced á la debilidad de sus jefes, no tarda en presentarse un hombre á su cabeza, que la eleva al rango de las naciones mas poderosas. Schah Gadir, cuyas hazañas ha inmortalizado el nombre de Tomás Kouli-Kan, acababa de usurpar el trono. Lanzando sus victoriosos ejércitos hácia el Indostan, este Alejandro de la barbarie, que en su ardorosa sed de conquistas no conocia mas razon que el fuego y la sangre, se hacia preceder do quiera de la devastacion y el incendio. Á pesar de todo, se introducen en su tienda los Jesuitas; y sin que bastara á intimidarles la presencia de este guerrero de carácter indomable, de estatura colosal y de espíritu tan cruel como elevado, hácenle comprender que, si los cismáticos le habian exigido la dispersion de los pastores y del rebaño ortodoxos, él se hallaba colocado en un puesto demasiado visible para no profesar ideas de justicia. El guerrero, que habia conducido sus victoriosas armas por todas las Indias, tributa homenaje al Cristo anunciado por los Jesuitas, y publica un decreto por el que les otorga la libertad de predicarlo en todas partes. Este terrible Schah habia oido hablar de la ciencia médica del hermano Bazin: habíanle dicho el residente y los negociantes ingleses, que este hermano coadjutor aventajaba en ingenio á todos los facultativos de la Persia; y sin preguntar mas, le nombra su médico de cabecera. Esperando los ingleses adquirirse un protector cerca de Kouli-Kan, y los misioneros un apoyo, le presentaron el Jesuita,

quien desde entonces le siguió en sus viajes, llegó á ser su confidente; y cuando el vencedor sucumbió á su vez, víctima de una conspiracion palaciega, todavía se encontraba á su lado. Con la muerte del Schah volvió á sumirse la Persia en un abismo de revoluciones sin término, cuyas consecuencias no dejaron de alcanzar á los Jesuitas. Nada importa que muchos de ellos perezcan á la violencia del palo; nada que los soldados despojen sus iglesias, y los funcionarios civiles les hagan experimentar toda especie de vejámenes: el cristianismo ha echado profundas raíces en estas comarcas, y nada será capaz de obligarles á derribar la cruz que han plantado con tantas fatigas.

Y ¿qué cosa habrá capaz de enervar su celo tan infatigable como su arrojo? Preséntase en Constantinopla hácia el mes de julio de 1706 un médico francés, agregado al Kan de la pequeña Tartaria; describe á los sacerdotes de la Sociedad el deplorable estado de los cristianos de Crimea; díceles que entre estos esclavos, condenados á todos los tormentos, los hay naturales de Polonia, Hungría y Croacia, y que dos años antes habia muerto un Jesuita que les prodigaba su asistencia. No necesita saber mas el P. Duban para que, conmovido hasta lo íntimo de sus entrañas, se encamine á este lugar de desolacion, donde implora de Gazi-Guray, soberano de la antigua Taurida, la gracia de asistir á los esclavos y cristianos que gemian bajo el yugo de la ley. En vista de los tormentos que se les reservaban, unos habian abrazado el islamismo ó la herejía, mientras sumidos otros en el embrutecimiento propio de la ignorancia y de la desesperacion, habian olvidado hasta la memoria de un Dios: y extendiéndose poco á poco esta atmósfera de depravacion de los esclavos al pueblo, este lo habia transmitido á los sacerdotes del rito griego.

Mas este espectáculo de corrupcion no fue capaz de desalentar al Jesuita, que reuniendo en una pobre iglesia armenia algunos infortunados á quienes habia consolado su caridad, pasa á revelarles los preceptos del Evangelio y de la moral; y mostrándose aquellos dignos de los afanes y afectos del misionero, acudieron los demás á escucharle en masa, con lo que no tardó en triunfar de la desesperacion, de la esclavitud y de la misma tiranía. Deseando la Francia ofrecer al apostolado de este hombre, que por si solo habia emprendido y llevado á cabo una tarea cási imposible, las garantías que pudieran arrebatarle un capricho ó un

cambio de gobernador, pasó á investirle de un título diplomático, nombrándole su cónsul en Crimea, y agregándole al P. Tarillon. Durante el período de ocho años, en el que arrostró todas las calamidades inherentes á la esclavitud, consiguió, á fuerza de ternura y caritativas instrucciones, dulcificar la suerte de los cautivos, y dispertar en sus corazones los sentimientos de la fe. Para él no habia diferencia alguna entre Griegos, Gentiles, Luteranos ó Calvinistas: confundíalos á todos en un mismo amor, y todos ellos se estrechaban en derredor suyo en un mismo sentimiento de gratitud y piedad. Habiendo llegado á oidos de los pastores de Suecia la noticia de esta metamórfosis, trataron de oponerse al bien cuya idea no habia germinado en sus corazones, y tomando por su cuenta al Jesuita, que hacia ingresar en el seno del catolicismo á los protestantes consolados á favor de las máximas del Evangelio, y que los habia arrancado del abismo de la degradacion purificándolos en el crisol de sus doctrinas, no permitieron que disfrutara en paz de una gloria comprada á tan caro precio. Considerando que no tendrian mas trabajo que el de destruir, se lanzaron sobre la Crimea como lobos voraces; pero nadie se dignó escuchar sus insinuaciones y promesas, y Duban permaneció siendo el único guia de los esclavos que conquistara á la virtud.

Ya hemos tenido ocasion de ver á los Jesuitas penetrando en los desiertos de Egipto, y esforzándose, en nombre de la Santa Sede, á restablecer la unidad cristiana, haciendo ingresar en el aprisco de la Iglesia á esos mismos Coptos á quienes mil y doscientos años de cisma no han podido desheredar de la virtud evangélica; pero si sus tentativas no dieron otra cosa que resultados parciales, en vez de desalentarse, acudió con nuevo vigor á principios del siglo XVIII el P. Claudio Sicard, nacido en Aubania en 1677, dejándose ver entre ellos ya como misionero, ya como literato, ya tambien como encargado de negocios de parte de la Iglesia y de la Academia de ciencias. Convencido el Jesuita de la sublimidad de su doble mision, recorre á través de mil riesgos los monasterios que habitan con la misma frugalidad de los Pacomios, Macarios y Serapios los religiosos con quienes necesita relacionarse. Seguro de la verdad de la doctrina que anuncia, logra suscitar dudas en los corazones de los monjes; conquístalos poco á poco á la unidad; y acomodándose á su sobriedad y á sus costumbres, prosigue este peregrino católico la tarea que se habia im-

puesto. Viajando solo por estas llanuras arenosas, solo tambien se aventuraba penetrar al interior de las montañas. Nada tenia que temer por su vida, es cierto, porque á los ojos del misionero, que es el soldado de la fe colocado en la vanguardia, el soldado que jamás debe discutir su obediencia, el que jamás debe calcular el peligro, y cuya única gloria está depositada en el cielo, el instinto de la conservacion desaparece ante el cumplimiento de su deber.

En una de sus excursiones, cae el Jesuita en manos de una horda de forajidos, cuya única industria consistia en el pillaje y el robo; exígenle el dinero que llevaba, y contesta lleno de calma y serenidad: «Jamás lo he tenido.» Reconócenle en su traje por sacerdote católico, forman un círculo en derredor suyo, suplícanle que cure sus dolencias ó cicatrice sus heridas; condesciende el misionero, y les indica los remedios oportunos. Empero no se limitan á esto solo los servicios que en su concepto puede prestar á estos miserables: cónstanle los crímenes que pesan sobre sus almas impuras, y les dirige amargas y severas reprensiones mezcladas de prudentes consejos; y separándose en seguida de ellos, continúa su marcha. Sabedor de que los monjes de Egipto yacian sumidos en la ignorancia, no siendo para ellos la Religion mas que un tejido de fábulas amoldadas á la satisfaccion de sus malas inclinaciones, emprende la difícil tarea de vencer esta depravacion intelectual; y atravesando de este modo el alto Egipto y la Tebaida baja, logra reanimar la piedad en el corazon de los fieles, y suscitar remordimientos en el de los cristianos gangrenados por el vicio. Siguiendo las huellas del P. Brevedent, uno de los Jesuitas que le han precedido en las márgenes del Nilo, y que tantos servicios prestaron á la Iglesia y á las letras, propónese Sicard hacer marchar de frente la beneficencia y el estudio en este país tan fecundo en prodigios.

Poseyendo con perfeccion la lengua árabe, y conociendo á fondo el carácter y costumbres de los pueblos con quienes va á tratar sobre los negocios del cielo, consigue recopilar durante este viaje de veinte años, que no bastan á suspender las fatigas ni los peligros, tantas y tan sabias observaciones, que, deseando el duque de Orleans, así como la Compañía y la Academia de ciencias, verle continuar sus investigaciones, le intimó el primero la órden de ocuparse en la descripcion de los monumentos antiguos; ór-

den que tambien le transmitió el General del Instituto. Atento el Jesuita al desempeño de su comision, y sin cercenar un ápice los deberes del misionero, reduce las horas del sueño para contestar á los deseos de la Europa ilustrada: sube al orígen del Nilo, introdúcese en el Delta, visita á Tebas, recorre las riberas del mar Rojo, describe el monte Sínai, levanta los planos, y traza los diseños de los edificios y poblaciones que descubre. Interrógale la Academia sobre las propiedades de la sal amoniaca, la sosa carbonizada y las piedras de Egipto; y el Jesuita, que se halla en disposicion de responder á todas estas preguntas, y para quien el suelo de los Faraones no encierra secreto alguno, profundiza, divulga sus arcanos, y traza un gran mapa geográfico que seguirán después d'Anville y todos los eruditos. Después de haber reunido en un cuadro inmenso el fruto de sus investigaciones, trataba de consagrar algunos meses de reposo á la perfeccion de su obra, cuando sabe que la peste hace en el Cairo horrorosos estragos: este fue el momento en que dando de mano á los placeres de la ciencia, se dedica todo entero á los deberes del Jesuita. Cerciorado de que hay cristianos que léjos de él mueren sin socorro, hombres que solo esperan el agua del Bautismo para regenerarse en los brazos de la muerte, y corazones á quienes una palabra suya puede inspirar el deseo de otra vida mejor, dirígese á la ciudad acometida de la peste y abandonada de todos: transfórmase en médico y en ángel consolador de los contagiados; prodígales cuantas atenciones exigen sus cuerpos y sus almas, y, asaltado él mismo del terrible azote, espira en 12 de abril de 1726, á la edad de cuarenta y nueve años.

En Abisinia sostenian á la sazon los Padres de la Compañía una lucha mas terrible aunque menos ruidosa. Sin intimidarles el destino de Andrés Oviedo, conocian demasiado bien la suerte que les reservaban las revoluciones de Etiopia; pero existian cristianos á quienes era preciso sostener en la fe, cismáticos á quienes restituir al seno de la unidad, é idólatras á quienes civilizar; y nada fue capaz de distraerlos de su objeto. Convertido Atnaf-Seghed á la religion católica, merced al celo y elocuencia del P. Paez, y no sabiendo reprimir su ardor de neófito, trata de hacer obedecer á su pueblo la ley que proclama como única verdadera: en vano le recomienda el Jesuita la moderacion; el Emperador ordena, y sucumbe á consecuencia de la guerra civil. Susneyos,

su sucesor, escucha los consejos de Paez, y calma la sedicion; y deseando conservar los frutos de la victoria, quiere un Padre del Instituto para el patriarcado de Constantinopla; y el P. Alfonso Mendez llega en 1725 investido con esta dignidad. Dotado este Jesuita de un carácter conciliador, no queria comprometer el porvenir de esta iglesia, tantas veces regada con la sangre de sus colegas en el apostolado. Es verdad que los abisinios aceptaban la religion católica, se sometian al Vicario de Jesucristo, y toleraban el que se introdujese poco á poco en la suya la disciplina y los ritos romanos. Pero aun se conservaba el fuego bajo la ceniza. El hijo del Emperador y el virey de Gojan, Basílides y Sarsacristos, conspiraban á la sordina con el objeto de exterminar el culto que Mendez y sus colegas acababan de introducir; pero los mismos oficiales que acababan de contribuir á la victoria conseguida por Susneyos en la nueva lucha que se habia entablado, habian osado decirle en medio del campamento: «Todos los que «veis, ó Príncipe, tendidos á vuestros piés, aunque rebeldes y «dignos de perder la vida, eran, sin embargo, súbditos vuestros. «En estos montones de cadáveres podeis contar numerosos y apa- «sionados servidores, amigos y parientes á quienes ha muerto la «nueva religion, que ha sido el móvil principal de toda esta car- «nicería, y que lo será de otras muchas si no tratais de oponeros «seriamente; porque todo esto no es mas que un preludio de la «guerra que producirá horrorosos desastres. El pueblo, cuya au- «dacia no conoce límites, y que no respeta ni aun á sus mismos «reyes cuando se trata de religion, está irritado, y os exige que «conserveis la fe de Alejandría, transmitida hasta él de genera- «cion en generacion. Muchos de vuestros generales han desertado «de vuestras banderas, y los demás no tardarán en seguirles, si «continuais prestando oidos á doctores extranjeros. Que la reli- «gion romana sea tal vez mas santa y mejor, convenimos; que sea «necesaria una reforma en las costumbres, lo confesamos; pero «es indispensable proceder con moderacion: de lo contrario, cor- «reis á una ruina cierta, os perdeis á vos, y perdeis al imperio.»

Estas razones, que debian parecer concluyentes á los ojos del Príncipe, no eran sin embargo las mas perentorias ni las únicas que hacian valer contra los Jesuitas en las interioridades del consejo. Achacábanles crímenes mucho menos excusables que las disensiones civiles, de las que no eran mas que un pretexto. Ha-

bíanse introducido en las costumbres de estos cristianos, medio judíos medio musulmanes, abusos y desórdenes de todas clases. Los Jesuitas, que, en el Maduré, se vieron acusados de tolerar los ritos idólatras, en Abisinia fueron acriminados de destructores del uso de la circuncision, de la observancia del sábado, y de la poligamia. Obligaban á sus neófitos á contentarse con una esposa legítima; y este respeto al vínculo conyugal fue tal vez la causa determinante de esta revolucion religiosa. Coligáronse las concubinas de los altos funcionarios cismáticos; y todos estos motivos reunidos aceleraron la caida de la iglesia abisinia.

Reducidos los monarcas de Etiopia, como la mayor parte de los soberanos orientales, al precario papel de hechuras del ejército, el mismo capricho que los habia elevado al trono, los hacia descender cuando menos lo pensaban; cayendo á veces su corona al mismo tiempo que su cabeza. Colocado el Emperador en una cruel alternativa, no tuvo la suficiente virtud para resignarse á abandonar el poder con el objeto de vivir católico; y pareciéndole el cetro preferible á la verdad, cedió á las instancias amenazadoras de su hijo, y mandó convocar todas las corporaciones del Estado para zanjar la cuestion á pluralidad de votos. Tan solo los neófitos fueron excluidos de la asamblea: únicamente ellos fueron proscritos sin permitírseles la defensa. En los campos, en las ciudades, en todas partes fueron acogidas estas proscripciones con el grito de la venganza, y no se atribuia á los fieles otra voz que la de izar el estandarte de la rebelion. Los cismáticos, que temian la influencia de los Jesuitas sobre el pueblo, les acusan de fautores de la sedicion, y destierran al P. Mendez y demás colegas. Comprendiendo entonces el Emperador que ha franqueado el camino á calamidades sin término, maldice su debilidad, y se siente asaltado por la parca; pero queriendo al menos morir como católico, llama á su lado al P. Diego de Matos, y después de depositar en su seno sus últimas confidencias, muere consolado en 26 de setiembre de 1632.

Al fin reinaba Basílides bajo el nombre de Seghed II, no sin haber quitado antes de en medio, por la espada ó el veneno, á veinte y cinco hermanos que tenia. Ya Selacristos, su tio, cuyo valor y talentos temia, habia sido condenado al ostracismo con órden de abandonarle en un horrible desierto; pero queriendo dar algunas garantías á los cismáticos, nombra patriarca ó abuna á

un egipcio aventurero, cuyo primer paso se redujo á declarar, que no podia permanecer en Abisinia mientras los Jesuitas no abandonasen este país. Hablaba en nombre de un partido, cuyo orgullo habian acrecentado los últimos acontecimientos; y por lo mismo no tardó en ser obedecido. Los Jesuitas emprendieron el camino del destierro, que no siendo reputado por sus enemigos bastante largo y peligroso, trataron de rodearle de nuevos peligros. Avisado el bajá de Suakem, por cuyo territorio debia pasar la caravana, de que los misioneros marchaban cargados de oro, los manda prender, los despoja, y se apodera de sus bienes, que consistian en dos cálices y algunas modestas reliquias, declarándoles en seguida que no les será devuelta la libertad, sino mediante un rescate de treinta mil piastras. Sabido por Richelieu este lance ocurrido en el fondo de la Nubia, dió órden al cónsul de Francia en Memphis para trabajar eficazmente por la libertad de los Jesuitas, y el Bajá se vió precisado á soltar su presa.

Habíanse quedado, no obstante, ocultos seis Padres del Instituto bajo la direccion del Jesuita Apolinar Almeida, obispo de Nicea, quienes no pudiendo decidirse á dejar en la orfandad á sus neófitos, después de arrostrar la muerte que se les presentaba bajo mil formas, pasaron á refugiarse en el Sennaar y el Kordofan, donde se vieron expuestos á perecer de hambre, ó á ser devorados por las fieras. Mas tenian á la vista los ejemplos de resignacion que les ofrecian Selacristos y los Católicos, y supieron mostrarse dignos de rivalizar con sus catecúmenos. Sabiendo que unos se habian visto precipitados del emporio de las grandezas al abismo de la humillacion, mientras se hallaban otros condenados á las miserias del ostracismo, y que todos ellos soportaban con calma y tranquilidad tamañas calamidades, se hicieron los misioneros un deber de alentar tantas abnegaciones. No bien llega á entender el Emperador que se hallan ocultos en el reino de Tigré algunos misioneros, irritado de la constancia que todavía encuentra en ciertos cristianos, manda emisarios en busca suya; descúbrenlos estos en lo interior de un valle, preséntanle los Padres Paez, Bruni y Pereira, y el tirano los inmola á sus venganzas. Viendo que no podia apoderarse de los demás, finge el tigre transformarse en manso cordero, y dejando escapar de sus labios expresiones de clemencia, manifiesta el deseo de verlos en su corte. Ya sabian Almeida, y los PP. Francisci y Rodriguez, por habér-

selo así avisado el virey de Temben, que esta repentina benevolencia ocultaba un lazo; pero creyendo oportuno arrostrarle, y aprovechándose del salvoconducto otorgado, se presentaron en la tienda de campaña de Seghed, donde fueron al instante cargados de cadenas y condenados á la pena capital. Una muerte demasiado pronta no podia satisfacer la crueldad de los cismáticos; por esto, después de torturar á los misioneros cargándolos de golpes é ignominias, cuando en el mes de junio de 1638 hubieron agotado sobre ellos todos los ultrajes, los abandonó el Soberano á la cólera de sus cortesanos, que se complacieron en acabar á pedradas la vida de sus víctimas.

Ya no quedaban en la Abisinia otros misioneros que el P. Bruni, que habia tenido la suerte de sobrevivir á sus heridas, y el P. Cardeira; pero ambos murieron como sus antecesores. Creyendo el Pontífice que los Capuchinos franceses serian quizás mas afortunados que los Jesuitas españoles ó portugueses, envió á Etiopia á los PP. Agatángelo de Vendome, Casiano de Nantes, Querubin y Francisco, quienes no tardaron en sucumbir víctimas del furor de los cismáticos. Ya no quedaban para gobernar estas poblaciones mas que algunos sacerdotes indígenas formados por los Jesuitas; uno de ellos, Bernardo Nogueira, vicario del patriarca Mendez, dirigió en nombre de Selacristos la siguiente carta á los príncipes y pueblos católicos:

«Ilustrísimos señores obispos y gobernadores de las Indias:
«Selacristos á todos los cristianos católicos y verdaderos hijos
«de la Iglesia de Dios, paz y salud en Nuestro Señor.

«Ignoro en qué idioma deba escribiros, y en qué términos pueda expresarme para representaros los peligros y padecimientos «que pesan sobre esta Iglesia, y que me afligen tanto mas, cuanto que diariamente los veo con mis propios ojos. Yo suplico á «Nuestro Señor Jesucristo, que fue clavado en la cruz y cuya «misericordia es infinita, que se los haga conocer á todos nuestros hermanos, á todos los rectores, prelados, obispos, arzobispos, reyes, vireyes, príncipes y gobernadores, que tienen alguna autoridad allende de los mares. Siempre he creido, y aun he «pasado á decírmelo muchas veces á mí mismo, que ya nos hubieran socorrido, y que no hubieran tardado tanto en rescatarnos «de mano de estos bárbaros y de esta nacion perversa, si la multitud y enormidad de mis pecados no hubiesen sido un obstácu-

«lo. En otro tiempo, cuando aun no habia aquí iglesia alguna, ni «nos eran conocidos los nombres de cristiano y de católico, han «acudido á socorrernos y librarnos del poder y yugo del islamis-«mo; hoy que existe un gran número de fieles, nos olvidan, y na-«die piensa en prestarnos su apoyo. ¡Qué! el Pontífice romano, «nuestro padre y pastor, á quien tanto amamos, ¿no se halla sen-«tado en la inamovible cátedra de san Pedro, ó no trata ya de con-«solarnos? Nosotros que somos sus ovejas ¿no hemos de tener la «satisfaccion, antes de pagar á la muerte su tributo, de saber que «piensa en nosotros y que trata de impedir que seamos devora-«dos por los herejes que tan cruda guerra nos hacen? ¿No exis-«ten ya en el Portugal príncipes dotados de aquel ardiente celo «que abrigaba Cristóbal de Gama [1]? ¿No hay algun prelado que «levante al cielo sus manos á fin de impetrarnos el auxilio que «necesitamos? Callo, porque mi lengua se seca, y el manantial de «mis lágrimas no se agota jamás. Cubierto de polvo y de ceniza «suplico y conjuro á todos los fieles que nos envien un pronto «socorro, no sea que perezcamos. Cada dia son mas pesadas mis «cadenas; cada dia escucho una voz que me dice: *Afiliaos bajo «nuestra enseña, ingresad en nuestra comunion, y os sacarémos de ese «miserable estado, de ese lugar de destierro.* Yo sé muy bien que si «emplean este lenguaje, es con el objeto de perderme, y arruinar «conmigo á todos los Católicos: no se me oculta que tratan de «anonadar la Iglesia de Dios, de no dejar piedra sobre piedra; pe-«ro si es que todavía hay cristianos del otro lado de los mares, «que acudan á probárnoslo, que nos reconozcan por hermanos «suyos en Jesucristo, puesto que como ellos sostenemos la ver-«dad, y nos saquen cuanto antes de este cautiverio de Egipto.»

«Aquí, añadia Nogueira en su propio nombre, aquí terminan «las palabras de Sclacristos, nuestro amigo, el cual me las ha «dictado en 1649. Ahora me toca llorar á mi vez: despréndese «de mis pupilas un torrente de lágrimas. Mis compañeros no son «ya otra cosa que unos esqueletos animados, cuya piel se cae á

[1] Cristóbal de Gama, hijo del célebre Vasco de Gama, consiguió, al frente de cuatrocientos portugueses, libertar á la Abisinia del yugo de los moros, que bajo la conducta de Gragué, asolaban este país hacia ya catorce años. Después de haber hecho prodigios de valor, cayó el héroe cristiano en poder de los sarracenos, que le hicieron espirar entre los mas crueles tormentos y los mas sangrientos ultrajes.

«pedazos á fuerza de la miseria; y si no han espirado aun, des-«pués del atroz vapuleo que han sufrido, padecen en los calabo-«zos, donde se hallan, cuanto tiene de mas duro la pobreza mas «extremada.»

Esta carta, tan elocuente en amargura, hubiera despertado el celo del patriarca Mendez, si este Jesuita hubiese sido capaz de adormecerse un momento; pero atento siempre á su desolada iglesia, no consintió jamás en abandonar las Indias: esperaba que la Etiopia se le franquearia en sus últimos dias como una palma reservada á su ambicion del martirio, y murió sin poderlo conseguir. Empero, si esta region les cerraba el acceso; si por distintas veces trataron de forzar el reducto; si contando con el apoyo de Luis XIV se dirigió á ella el P. Brévedent hácia el año 1700, no consiguiendo obtener otro resultado que el de espirar á impulsos del cansancio en medio del desierto; mas afortunados los PP. Grenier y Paulet penetraron en el Pennaar: aunque tambien encallaron sus tentativas, así como la que meditaba el Padre Du Bernat.

Rechazados de Etiopia los Jesuitas, merced al cisma de Oriente y á las maquinaciones de los hombres, se dirigen hácia el Cáucaso, desde donde los PP. Hipólito Desideri y Manuel Freyre se deciden á llevar el Evangelio hasta el reino de Tibet. Después de recorrer el Mogol atravesando montañas que ningun europeo habia penetrado, llegan después de larguísimos viajes, á través de los torrentes y precipicios, á los valles de Cachemira. Mas no es aquí tampoco adonde les llama su idea de civilizacion; los pueblos de estas comarcas son mahometanos y viven felices; nada tienen que pedir á la tierra, ni tal vez piensan exigir del cielo otra cosa que la ventura de que disfrutan. En el gran Tibet existen otros pueblos idólatras sumidos entre dos cadenas de rocas áridas, por las que es preciso abrirse paso á riesgo de sepultarse vivos en el fondo de los abismos que rugen bajo sus plantas; tal es el país al que consagran los afanes de su mision. Los Jesuitas no encuentran otro alimento que una especie de harina de cebada, ni otro lecho que una dura piedra cubierta de hielo ó nieve; pero se han propuesto correr al peligro, y marchan sin vacilar hasta llegar á Ladak, residencia ordinaria del Soberano. En unas poblaciones vírgenes, cuyas costumbres no estaban aun corrompidas por los excesos de la civilizacion, no era difícil aclimatar los be-

neficios de la Cruz, y por consiguiente no tardaron en propagar su signo, haciéndole objeto de pública veneracion. Pero restábales todavía consumar una mision mas ardua; érales preciso llevar á cabo una prediccion del Evangelio; la voz del Apóstol debia resonar en todos los rincones del mundo. Se les decia que detrás de aquellos gigantescos témpanos, y mas allá de aquellas rocas y torrentes, existia una tribu completamente separada del resto de los mortales; y sin causarles la menor pavura los inauditos riesgos á que van á exponerse durante los seis meses que necesitan para arribar á Lahassa, capital de este tercer Tibet, toman en su mano el báculo del misionero, llegan y predican.

Surcando otros viajeros los mares habian observado que entre el trópico de Cáncer y la línea equinoccial, á la extremidad del Océano pacífico existia un grupo de islas, cuyos habitantes vivian, segun se aseguraba, en la mas completa ignorancia. Reducidos al estado de la barbarie mas degradante no tenian mas ley que un instinto grosero, ni mas costumbres que una corrupcion anticipada. El P. Luis Sanvitores, que habia ya evangelizado en Filipinas, forma el proyecto de penetrar en este archipiélago con el objeto de anunciar allí el cristianismo; y saliendo de Acapulco en compañía de los PP. Tomás Cardeñoso, Luis de Medina, Pedro Casanova, Luis Morales y Lorenzo Bustillos, abordan en 1668 á las islas Marianas ó *Ladronas*, en donde fueron acogidos por sus habitantes con grandes demostraciones de júbilo. Después de plantar en la ribera el estandarte de la Cruz, se apresuran los misioneros á recorrer el país tomando posesion de él por medio del Bautismo que administran á los párvulos; y mientras que Sanvitores se encarga de instruir á Guan, la principal de estas islas, en los misterios de la fe, Cardeñoso y Morales se encaminan hácia Tinian, y Medina se dirige á Saipan.

Ningun obstáculo encontraban los misioneros en estos pueblos, que moderados é inteligentes, comprendian y gustaban la moral cristiana, y se mostraban favorablemente dispuestos á aceptar los principos de órden emanados de una religion que les enseñaba nuevos deberes. Sin existir ni aun remotamente entre ellos la menor idea de familia, se creian no obstante la única nacion del mundo; y viviendo en un libertinaje tradicional, ignoraban lo que pudiese significar la palabra virtud. Iban completamente desnudos; y merced á un extraño pensamiento de coquetismo, las mu-

jeres no se creian realmente hermosas hasta haber conseguido ennegrecer sus dientes y emblanquecer sus cabellos.

Sanvitores, como todos los Jesuitas, habia puesto en los niños sus mas caras esperanzas, y trató de formarlos con un especial esmero, echando en seguida los cimientos de un colegio, con el objeto de desarrollar por medio de la educacion el gérmen de las virtudes, y hacerle entrar en el seno de las familias por medio de los jóvenes. La influencia del cristianismo y el atractivo de la novedad habian suspendido hasta entonces las antiguas querellas; pero estas fueron poco á poco reviviendo, hasta que habiendo estallado la guerra á pesar de las amenazas y súplicas de los Jesuitas, devolvió á los isleños su nativa ferocidad, de que pereció víctima el P. Luis Medina en 29 de enero de 1670. Juzgando el Padre Sanvitores que una vez alborotados los marianeses, no tardarian en prepararles á él y sus compañeros un destino idéntico al de Medina, después de predisponerse con júbilo, continuaron su apostolado, vivificando la fe en el corazon de sus catecúmenos, y enseñándoles á ser castos y humanos. El 2 de abril de 1672 espiró Sanvitores mártir de su celo, después de haber creado en estas islas ocho iglesias y tres colegios, y bautizado mas de cincuenta mil salvajes. Siguióle poco después á la tumba el P. Solano, que falleció con algunos meses de intervalo abrumado de fatigas. El 2 de febrero de 1674 se vió fecundizado este inculto suelo con la sangre del P. Ezguerra, que en union de Luis de Vera, Picazo y sus catequistas, sufrió el martirio que tanto anhelaba. Decididos los indígenas á degollar á cuantos misioneros podian haber á las manos, asesinaron de allí á poco á los PP. San Basilio, Sebastian Mauroy, Strobach, Carlos Boranga, Comans y al hermano coadjutor Pedro Diaz, cuyo martirio, glorificado por la Iglesia y la civilizacion, sirvió de nuevo estímulo á los Jesuitas sus colegas. Empero, si Sanvitores y sus consocios no habian conseguido otra cosa que abrir á la cruz un campo limitado; si la perfidia de los indígenas habia sufocado su voz en los tormentos, los PP. Antonio Fuccio, Basilio Leroulx y Pablo Clain tuvieron la satisfaccion de ver multiplicada la miés regada con la sangre de sus predecesores, y convertidos al cristianismo á los marianeses, propagándose felizmente en estos archipiélagos la semilla del Evangelio.

La obra de los Jesuitas se difundia con rapidez: desde Roma

y Goa [1], sus dos centros de accion, extendia sus ramificaciones por todo el universo fundando nuevas residencias, sin abandonar jamás las antiguas; en una palabra, el cristianismo volaba á la conquista de mundos desconocidos. En este eterno combate de la civilizacion cristiana contra la ignorancia y el fanatismo, colocados siempre los Jesuitas en primera fila, no se dejaron jamás embriagar por el triunfo, ni abatir por la derrota; y empeñados en esta lucha sin término, inaugurada por el Apóstol de las Indias, marchaban incesantemente á su objeto, sin desalentarse á vista de los obstáculos. Las guerras y las revoluciones de que eran teatro tantos reinos, podian enhorabuena contrariar sus planes, destruir sus esperanzas ó arrancarles la vida; pero habian previsto ya estas eventualidades del apostolado, y se sometian á ellas con efusion placentera. Proscribíanles, asesinábanles en una parte; bien pronto se les veia aparecer en otra. Consumado ya en su mente el sacrificio de su vida, desde el momento mismo en que ponian el pié en el buque francés, español ó portugués, que surcaba hácia las regiones orientales, la certidumbre de la muerte que les aguardaba solo servia para inflamar mas y mas su ardor. Así es como sin otros recursos que una abrasada caridad realizaron la conquista de las Indias, del Asia y de ambas Américas. Es verdad que en estas misiones, cuyo conjunto seria imposible describir, se vieron hechos el blanco de crueles alternativas, de buenos y malos dias; pero merced á una perseverancia incontrastable, se mostraron mas vigorosos que los acontecimientos combinados con las pasiones de los hombres; vieron á mas de un triunfador, como Tomás Kouli-Kan, tener al mundo en expectativa de sus hazañas, y supieron obtener de él la proteccion que no otorgaba ni aun á los ministros de su culto.

Es verdad que contaban con enemigos poderosos é implacables rivales, que se divertian en abultar sus faltas, transformando en crímenes sus errores. Tanto en el Brasil como en el Perú, en Méjico como en el Maduré, se levantaban contra ellos las mas malignantes imputaciones; y á veces hasta los mismos obispos,

[1] Entre los varios colegios y seminarios que contaba la Sociedad en la provincia de Goa, encargados de sostener las misiones del Indostan, merecen particular mencion el de Santa Fe, creado por san Francisco Javier, el de San Pablo, y la residencia de Bandughor, el noviciado de Goa, el colegio de Rachour, y los de Basaim, Daman, Tanan, Diu, Agra, Cnaul y Delly.

como Cárdenas y Palafox, reprobaban esa devoradora actividad que los impelia hácia todos los continentes; pero la guerra intestina no les intimidaba mas que la que habian declarado á los ídolos ó á los vicios de la humanidad; y muchas veces los prelados del Nuevo Mundo, como Hernando Guerrero, arzobispo de Manila, repararon las injusticias que, seducidos por falsos alegatos, habian cometido contra la Sociedad de Jesús. En un momento de efervescencia, habia privado Guerrero á los Jesuitas del derecho de evangelizar á las Filipinas; pero dando lugar en su alma á sentimientos mas moderados, retractó su anatema.

«Por este presente acto, se lee en la *Historia de Filipinas* [1], «anulamos, así en general como en particular, el decreto que he«mos publicado el 16 de octubre último, por el que prohibíamos «á los Jesuitas el predicar fuera de sus iglesias en toda la exten«sion de nuestro arzobispado; pasando además á derogar el acta «publicada el 19 de octubre, y declarando que los motivos que «llamábamos justos, y que nos determinaron á lanzar el entredi«cho contra los citados Padres, no eran ni una doctrina errónea, «ni malos ejemplos, ni ninguna otra causa deshonrosa para la «Compañía ó para alguno de sus miembros. Reducíanse única«mente al disgusto que nos causaba el ver que los dichos Padres «no habian tenido á bien presentarse en la asamblea convocada «por Nos para el 19 de octubre, excusándose con decirnos que «les asistian justas razones para no verificarlo, como después he«mos averiguado ser verdad. En fe de lo cual declaramos, que «los mencionados Padres de la Compañía pueden predicar libre«mente en todo el arzobispado, tanto fuera de sus iglesias como «en cualesquiera otro lugar.»

Cuando los pueblos daban algunas treguas á la persecucion, entonces se fomentaba esta en los palacios de los soberanos que, segun sus caprichos otorgaban ó retiraban la facultad de propagar el cristianismo, pasando de amigos de los Jesuitas á carceleros ó verdugos. Tal fue el ejemplo que de esta verdad dió á mediados del siglo XVII el monarca Jehangira, emperador del Mogol. Es cierto que Akebar, su padre, habia acogido favorablemente á los misioneros; pero impulsado el hijo por los bracmanes, cuya autoridad disminuia visiblemente, al paso que intimidado por sus amenazas, ordenó que los Padres abandonasen inmediatamente

[1] *Storia delle Philippine*, pág. 220.

el Mogol, y que sus vasallos renunciasen á la nueva religion. Algunos Jesuitas, entre ellos el P. Fiaillio, sucumbieron á su furor; sus iglesias de Lahore, Delly y Agra fueron destruidas completamente; los neófitos se vieron condenados al destierro ó á la muerte, y privados todos ellos de sus bienes, y despojados de sus dignidades; á todo lo que se resignaban con el mayor gusto antes que blasfemar al Dios que habian recibido del Occidente. En medio de tantas tribulaciones, no perdieron los misioneros la esperanza ni el valor: contaban amigos ocultos en la intimidad, y hasta en la familia del Emperador, y trataron de hacerlos obrar, aunque con discrecion. Mirza Fulkarnem, colactáneo de Jehangira, levanta su voz desde el fondo de su ostracismo; y habiéndosele atendido, pudieron los Jesuitas continuar en su mision. Los ingleses y holandeses, á quienes se habia permitido crear en Agra algunas factorías dependientes de Surate, se dedican desde luego con negra ingratitud á encender la tea de la discordia entre el Soberano y los habitantes del Mogol; pero no bien habian inaugurado su empresa, cuando ciertas discusiones de interés, agregadas á mezquinas rivalidades de comercio, fraccionan y dividen entre sí á estos hombres, dispuestos siempre á coligarse contra el pendon del catolicismo. La disension suscitada iba tal vez á ser fatal á los hijos de Albion y de Holanda: ya los cónsules de ambas naciones residentes en Surate habian agotado todos los recursos de la diplomacia para reconciliarlos; ya no sabian qué medio tomar para poner coto á esta disidencia, cuando se les ocurre apelar á la justicia de los Padres de la Compañía, eligiéndolos árbitros supremos en una causa que les es completamente extraña. Los Jesuitas pronunciaron su fallo con tanta equidad, con tal moderacion y prudencia, que ambas partes lo aceptaron como basa de sus transacciones futuras, quedando de esta manera vengada la sangre de esa multitud de misioneros que habian derramado los anglicanos y holandeses, y que aun no cesaban de derramar.

Después que el P. Alejandro de Rhodes habia tenido la suerte de introducirse en Tong-King y la Cochinchina [1], el cristiano se

[1] Proscrita la fe católica en el Japon, los Jesuitas que pertenecian á esta provincia continuaron dependiendo de un provincial, que fijó su residencia en Macao, y que gobernó á los misioneros de Siam, Tong-King, la Cochinchina y otras varias residencias del Celeste imperio. El nombre de la provincia del

habia visto expuesto á diversos azares. En estas comarcas, así como en todas partes, experimentaban los Jesuitas las consecuencias de los odios locales; pero hasta entonces, ya como facultativos en ciencias médicas, ya como matemáticos, habian conseguido conjurar la tormenta, que al fin estalló en 14 de mayo de 1698, exponiendo á los PP. Arnedo, Belmonte, Pelisson y Condonné á los ultrajes é insultos de los paganos. Habiendo sido una noche destrozados los ídolos, sus sacerdotes imputaron á los Jesuitas un crímen que no habian pensado cometer en sus mas venturosos dias; y en consecuencia se les intimó la órden de pisar la imágen de un Crucifijo, ó disponerse á espirar en medio de los tormentos. José Condonné, uno de ellos, para quien el martirio era un consuelo, pereció sumido en los calabozos, mientras que cautivos ó errantes de gruta en gruta sus compañeros, después de sostener por largo tiempo el ardor de sus neófitos, sucumbieron, por último, á la fatiga. Mas no tardaron estos diez Jesuitas en verse reemplazados por otros veinte, que bajo la direccion de los PP. Monleyzo, Kofler, Laurezzo y Monteiro, se presentaron en el sitio del combate donde habian perdido aquellos la vida.

Hasta el año de 1630 solo habian logrado los Jesuitas emprender algunas excursiones pasajeras en el reino de Siam; pero en esta época, no solo consiguieron los PP. Morejonio, Cardin y Ninscio penetrar en él como enviados del gobernador de Filipinas, y encargados del rescate de los esclavos cristianos, sino que, sabiendo el Monarca que los misioneros de Occidente poseian el secreto de una vida mas afortunada, al par que medicamentos para todos los males del cuerpo y del espíritu, dió libertad á los cautivos sin exigir rescate alguno, y quiso conservar cerca de sí á estos hombres apostólicos, cuya fama habia llegado hasta las gradas de su trono. Aprovecháronse los Jesuitas del afecto del Príncipe; y, pasando á secundarles el P. Margici, dieron principio á sus tareas de proselitismo, edificaron iglesias, y se dedicaron

Japon, conservado hasta la extincion de la Órden de Jesús en 1774, revela en los Padres el mismo espíritu que inspira á la Iglesia la conservacion de los títulos de los antiguos obispados situados actualmente en los países gentílicos. Y si los obispados *in partibus* indican la esperanza que jamás ha perdido la Santa Sede de ver resucitado el antiguo culto en las regiones en que brillara en otro tiempo con tanto esplendor, el restablecimiento de la silla de Argel prueba hasta la evidencia que semejante esperanza no es una ilusion.

a la educacion de la juventud. Propagábase el cristianismo sin oposicion por las fecundas riberas del Mesnan, cuando cierto corsario español atacó é incendió un navío de línea, cargado de ricas mercancías. Aquí fue troya; sabedores los naturales de que el corsario español habia salido de Filipinas, acusan á los Jesuitas de estar en inteligencia con él: irritanse los ánimos; arrastran á una mazmorra al P. Margici, y le hacen morir envenenado. Algunos años mas tarde, volvieron á entrar triunfantes en Siam la Religion y los Jesuitas, bajo los auspicios de Luis XIV y las bellas letras.

Gobernaba á la sazon los Estados del rey de Siam, bajo el título de visir, un aventurero de la isla de Cefalonia, conocido con el nombre de Constancio Phaulkon, quien en medio de una corte tan fecunda en revoluciones palaciegas, trató de dar á su autoridad un apoyo exterior. Católico ferviente, empeña al Monarca siamés á entablar una alianza con el gran rey de Occidente, y envia dos embajadores á Francia, cargados de ricos presentes, para proponer, en nombre de su amo, un tratado de comercio, al paso que una esperanza de cristianismo. Esta embajada extraordinaria, salida del fondo del Oriente para saludar á Luis XIV, tuvo la desgracia de perecer en la travesía; pero lisonjeados con esta idea sus gustos de ostentacion, y conviniendo perfectamente con sus miras de propaganda católico-francesa, acogió con avidez las proposiciones de Constancio, y se decidió á responder á las demostraciones que se le habian hecho de antemano.

El 28 de enero de 1685 otorgó el Monarca francés, por medio de un decreto refrendado por Colbert, el título de matemáticos suyos en la China é Indias, á los seis Jesuitas Fontaney, Tachard, Lecompte, Bouvet, Gerbillon y Visdelou; conteniendo la órden nominal de cada uno de los misioneros la siguiente declaracion: «Siéndonos agradable el contribuir por nuestra parte á cuanto «puede consolidar cada vez mas la seguridad de la navegacion, «y perfeccionar las ciencias y las artes, hemos creido oportuno «que, para mejor conseguir este objeto, era indispensable enviar «á las Indias y á la China algunas personas ilustradas y capaces «de hacer observaciones á la europea; y juzgando que, para ob- «tener este resultado, no podíamos realizar una eleccion mas «acertada que la del P. Fontaney, á causa de los conocimientos «especiales que tenemos de su extraordinaria capacidad, autori-

«zamos, por una gracia especial nuestra, de nuestro pleno poder «y soberanía real, al mencionado Padre para que pase á la Chi- «na en clase de matemático nuestro. Y por ser así nuestra volun- «tad, damos las presentes firmadas por nuestra mano.»

Los otros cinco Jesuitas recibieron un despacho idéntico. Deseando la Academia de ciencias honrar á su vez á estos humildes misioneros, que pasaban en nombre de la Religion y la humanidad á difundir la semilla del Evangelio en unas regiones desconocidas, al paso que á estudiar bajo otros climas las relaciones del hombre y la naturaleza, después de admitirlos en su seno, les suplicó se dedicasen á perfeccionar las artes, á recopilar observaciones astronómicas, á determinar las longitudes, y á profundizar y resolver varias dificultades, que hasta entonces no tenian solucion sobre la geometría, física, anatomía y plantas. Cada sabio escogió á uno de estos seis Jesuitas por delegado de sus estudios particulares: quien les encargaba examinar en las Indias los eclipses del sol y de la luna; quien hacer varios experimentos sobre el vacío, y solicitando todos que les proporcionasen toda suerte de conocimientos sobre las artes útiles. Empero, si la Academia se dividia, si los seis Jesuitas marchaban para las Indias mientras se quedaban en Paris los demás miembros de ella, convínose, sin embargo, entre todos que, tanto de léjos como de cerca, no dejarian de ser hermanos por la ciencia los que ya lo eran por religion y por la patria. Embarcáronse los misioneros en Brest en compañía del caballero de Chaumont, nombrado embajador en Siam, y el 22 de setiembre de 1686 arribaron á Meinam.

Semejante mision debió parecerles verdaderamente insólita, ora porque no veian en derredor suyo peligros que arrostrar; ora porque, bajo la proteccion de un monarca cuyo nombre volaba en alas de la fama por todo el universo, marchaban á la conquista de un pueblo á quien su Soberano parecia con antelacion destinar á la religion de los literatos de Europa; como porque el lujo diplomático y guerrero de que se veian cercados despojaba á su apostolado de todo su prestigio. Pero si las persecuciones y el martirio no amenazaban en esta ocasion á sus cabezas; si el rey de Siam los colmaba de honores y deferencias, ya admitiéndolos á ver el elefante blanco que, como el caballo cónsul de Calígula, era ordinariamente servido en vajilla de oro; ya otorgándoles el

permiso de visitar la rica pagoda y todos los monumentos, ya pidiéndoles, por último, otros doce Padres con el objeto de erigir en sus Estados un observatorio igual á los de Paris y Pekin, los Jesuitas no pudieron menos de conformarse con la posicion que se les proporcionaba. Persuadidos de que la ciencia era el camino mas directo para destruir las creencias paganas, mientras que la conversion del Soberano siamés se negociaba por medio de los plenipotenciarios, se ocuparon los hijos de Loyola en propagar aquella; y después de haber hecho algunas observaciones astronómicas, se puso en camino para Francia el P. Tachard en union de los embajadores siameses, que pasaban á Roma y Versalles á llenar las intenciones de su Príncipe.

Este último solicitaba que le enviasen algunos Jesuitas, mas bien en clase de literatos que de misioneros; mas siendo de esperar que el conocimiento de los secretos de la naturaleza le conduciria poco á poco á proclamar la necesidad de un Dios único y de una sola fe, no tardaron Luis XIV y el General de la Compañía en acceder á esta demanda, y eligieron á los PP. Royer, Béze, Thionville, Dolu, Richaud, Colusson, Bouchet, Comilli, Espagnac, San Martin, Le Blanc, Du Chez, Rochette y Breuille, escogiéndolos de las provincias de Paris, Guiena, Languedoc, Champaña y Lyon, para que marchasen á desarrollar el gérmen del cristianismo que se manifestaba en aquella parte de las Indias. Habiendo pasado los Jesuitas á cumplir la palabra á Luis XIV, que deseaba verlos á todos reunidos, después de intimarles que trabajasen por la gloria de Dios y el honor de la Francia, queriendo acreditarlos cerca del rey de Siam, escribió á este Príncipe la siguiente carta fechada en 20 de enero de 1687:

«Nos creemos obligados á manifestar á V. M. que nos ha sido «tanto mas agradable la peticion que nos ha hecho por medio de «sus embajadores y del P. Lachaise, nuestro confesor, respecto á «remitirle doce Jesuitas franceses en clase de matemáticos, con el «objeto de establecerlos en las dos ciudades regias de Siam y Lou-«vo, cuanto que habiendo experimentado siempre el celo, sabidu-«ría y capacidad de estos religiosos, esperamos que los servicios «que podrán prestar á V. M. y súbditos, contribuirán á consolidar «mas estrechamente nuestra real alianza, y á unir á ambas nacio-«nes por el cuidado con que tratarán de inspirarlas el mismo espí-«ritu y los mismos conocimientos. Nosotros os los recomendamos

«por nuestra parte como sugetos á quienes apreciamos, y á quie-
«nes debemos una deferencia particular.»

La escuadra francesa, á las órdenes de Vaudricourt, y á bordo de la cual iban un numeroso estado mayor y algunos regimientos, fondeó en las aguas de Siam en el mes de octubre de 1687. Este aparato de fuerzas, agregado á los odios de corte, á que daba pábulo la encumbrada fortuna de Constancio, y á las rivalidades de religion suscitadas por los talapuinos y los doctores de Siam contra los Jesuitas, todo esto presagiaba una próxima calamidad, que no tardó en acarrear un acontecimiento interior inesperado. Entre las favoritas que contaba el Monarca siamés, era la principal una hermana de Pitracha, uno de los primeros mandarines, mujer inconstante y veleidosa, que cambiando el amor del Rey por el del Príncipe su hermano, mucho mas jóven, fue en castigo de su infidelidad echada á los tigres. Aprovechóse Pitracha de esta coyuntura para conspirar, de concierto con los talapuinos, contra el Visir, los Jesuitas y los franceses que habian tomado posesion de Bankok y Merguy; y como poseia en el mas alto grado la astucia de los indios, tuvo habilidad para dividir á los europeos, y provocar sospechas en el ánimo de algunos acerca del poder real de Constancio. Viendo el Mandarin conspirador que el Soberano iba debilitándose cada dia mas, y que no podia estar léjos la hora de su muerte, se apoderó de los sellos del Estado, y dió á entender que en breve seria el árbitro de la nacion. El abate Lyonne, obispo de Rosalía, y un cierto número de funcionarios del reino prestaban asenso, á pesar de los consejos de los Jesuitas, á los rumores de complot que el Mandarin hacia circular contra el Visir; y creyendo granjearse la benevolencia y amistad de Pitracha, abandonaron á su suerte á Constancio, que el 6 de junio de 1688 fue sentenciado y ejecutado como culpable de un crímen inventado solamente por sus jueces y acusadores. Esta muerte fue la señal de la persecucion: los catecúmenos fueron todos proscritos ó encarcelados; los mismos Jesuitas se vieron expuestos á los ultrajes; y el 9 de junio escribia el P. San Martin en los términos siguientes: «¡Gracias á Dios! ya parece que se aproxima
«nuestro fin; cada hora del dia tenemos mas esperanzas, y hoy
«mismo nos vemos reducidos á mayores apuros que nunca; pero
«si tal es la voluntad de Dios, que se cumpla.»

Volvieron, pues, los Jesuitas á entrar en su condicion normal,

y se les ve aceptar con júbilo todos los peligros. Sin que las investigaciones de la ciencia bastasen á distraerles un instante de su objeto, habian llenado las intenciones de los sabios de la Francia, dando solucion á todas las dificultades astronómicas, marítimas y geológicas que se habian sometido á su exámen; pero en ningun caso habian olvidado que antes que todo eran misioneros. Aprovechándose de la benevolencia del Monarca siamés, habian logrado aclimatar la semilla del cristianismo en los corazones de un gran número de familias, que pasando á ser francesas por la adopcion cristiana, no quisieron hacer traicion á su Dios ni á la amistad que profesaban á los Jesuitas. En vano Pitracha y su hijo les ordenan abjurar su fe: todas estas familias se resisten á obedecer á semejante órden. Nada las importa que el tirano, que ha sucedido en el trono al rey de Siam, las amenace; que las despoje de sus bienes; que venda sus hijos como esclavos; que los haga perecer en los tormentos ó á la violencia del palo, y que por último consiga la salida de los europeos de los fuertes de Bankok y Merguy, consintiéndolo aquellos; nada las importa todo esto, repetimos, toda vez que los Jesuitas se han constituido sus defensores. Los hijos de Loyola tienen que sostener otros intereses de mas cuantía que podian serlo las factorías comerciales de los demás europeos. Saben que hay cristianos que gimen entre cadenas, y que tal vez podrán vacilar en la fe: esto les decide á dejar al frente de sus neófitos á los PP. Bouchet y Breuille, marchando los restantes en busca de nuevas regiones donde diseminar las luces del Evangelio.

Ya en aquella época, los discípulos del Instituto, de cuyas luces creia necesitar Luis XIV para difundir por todas partes el nombre francés y hacerle bendecir juntamente con las ideas de civilizacion, contaban en las Indias numerosos prosélitos. Es verdad que no habian sido ellos los primeros que habian acudido á segar en el campo del padre de familias, y que solo habian venido á la hora undécima; pero á fuer de operarios activos, trataban de reparar el tiempo perdido lanzándose desde Pondichery, cuartel general de las misiones, á los puntos mas remotos y mas arriesgados del globo. Después de desplegar en el Indostan y en la China todo el lleno de su ardor apostólico, hicieron del Maduré su país de predileccion. Ya se les habian anticipado los Padres Roberto Nobili y Juan Britto; ya el P. Constancio Beschi, tercer

tipo del Jesuita Brama, habia sido su modelo, si bien este ultimo ofusca á los otros dos sus predecesores, tanto por el ascendiente que llegó á ejercer sobre los indígenas, como por la auréola poética con que se les presentó coronado. Llegado Beschi á la China en 1700, fue su primer cuidado sobrepujar en austeridades á los siameses mas penitentes: ni en casa ni fuera de ella probaba jamás la carne; llevaba ceñida su frente con el *potou* del Sandanam, y la cabeza cubierta con el *coulá*, especie de gorra de terciopelo de forma cilíndrica; calzados, ó mejor dicho, encajados sus piés en unos zuecos con tacones de madera, y cargadas sus orejas de perlas, solo se le ve viajar en palanquin, y sentado sobre dos pieles de tigre, mientras que dos hombres agitan en derredor suyo unos magníficos y suntuosos abanicos, formados de plumas de pavo real, y otro levanta sobre su cabeza una elegante sombrilla de seda que terminaba en un globo de oro.

Habiéndose propuesto domar el orgullo de estos pueblos el Padre Beschi, á quien ellos apellidaban respetuosamente el gran Viramamouni, no solo habia forzado á su humildad á rodearse de estas exterioridades de lujo, sino que renunciando hasta las costumbres y el idioma de su patria, en cási nada mostraba ser Jesuita; ó lo que es lo mismo, ocultaba bajo la ciencia del saniasi toda la caridad en que rebosaba su corazon. Poseyendo á fondo las lenguas muertas y vivas, profundizó el sanscrito, el telenga y el tamul; estudió á los poetas del Indostan, y aun lo fue él mismo en su idioma, componiendo algunos cantos que aun en el dia forman las delicias de los bramas. El tema de estas composiciones poéticas llenas de elegancia indiana se reducia á celebrar los padecimientos del Crucificado, la virginidad de María, y los misterios del catolicismo: en una palabra, su poesía venia á ser la predicacion del Evangelio puesta al alcance de aquellos orgullosos ingenios, á quienes era preciso fascinar por el atractivo del lenguaje, papel que sostuvo el misionero durante el espacio de cuarenta años. Fuéronle adjudicados todos los honores, todas las ovaciones debidas al *Ismat Saniasi*, es decir, al penitente sin tacha; pero tan solo por unos medios tan extraordinarios pudo conseguir inocular en estas regiones el conocimiento del cristianismo, dándolas á conocer la existencia de un Dios único, y enseñándolas á despreciar sus antiguas preocupaciones, a practicar los deberes de familia, y á seguir las leyes de la castidad. Honra-

do así de los magnates como de los pueblos, vivió entre ellos como un hombre cuyos talentos y virtudes nadie ponia en duda. Ni á esto solo se limitó la mision de Beschi. Entusiasmado por sus discursos el Nabab de Trichirapalli, pasó á otorgarle el título y el empleo de primer ministro suyo, funciones que aceptó desde luego el Jesuita. Ya desde este momento no le fue dado presentarse en público, sin ir acompañado de treinta jinetes, doce abanderados y una música militar, á que seguian numerosos camellos; y escoltado de esta manera, penetraba en las campiñas y poblaciones. Empero, todo este fausto oriental no fue suficiente á entibiar su celo; y no teniendo para él este lujo á que se sometia otro objeto que el de la salvacion de las almas, al paso que inspirar pensamientos cristianos á los sabios del Maduré, llegó á obtenerle con tanto éxito, que mas de una vez obligó á los bramas á recibir el Bautismo, ó á ofrecerle en despojos opimos sus cabelleras de cinco á seis piés de largo, y que, trenzadas y atadas como haces de paja, eran colgadas en el vestíbulo de su iglesia de Tiroucavalour como trofeos de sus victorias.

Mas, si bien el Jesuita saniasi se veia colmado de honores, allí, como en todas partes, no faltaba al Capitolio su roca Tarpeya; y como nos dice en una de sus cartas el P. Bouchet, contemporáneo de Beschi, todas estas dignidades no preservaban á veces de la persecucion. «Al levantarse el misionero de su lecho por la «mañana, dice, no se atreverá á asegurar que no pasará á dormir «la noche siguiente en un calabozo; y si es raro que se halle uno «solo que haya logrado sustraerse á los horrores de la prision, «tambien los he conocido que han entrado en ella dos veces en «menos de un año.»

Cuarenta y dos años antes de la muerte de Beschi, este mismo Bouchet, uno de los bramas mas célebres de la Compañía de Jesús, escribia al P. Carlos Le Gobien, con fecha del 1.º de diciembre de 1700:

«Nuestra mision del Maduré se halla en un estado mas flore«ciente que nunca, puesto que ya contamos cuatro grandes per«secuciones en este año. Acaban de hacerle saltar á palos los dien«tes á uno de nuestros misioneros, y actualmente estoy en la corte «del principe de este país con el objeto de rescatar al P. Borghe«sio que, en union de otros cuatro catequistas suyos, yace entre «cadenas hace ya cuarenta dias; pero la sangre que nuestros cris-

«tianos derraman por Jesucristo, es como en otro tiempo la se-
«milla que produce una infinidad de prosélitos. Por lo que á mí
«toca, he bautizado en estos cinco años últimos mas de once mil
«personas, y cerca de veinte mil desde mi residencia en esta mi-
«sion. Tengo á mi cargo treinta capillas y mas de veinte y nueve
«mil cristianos: respecto á las confesiones que llevo oidas, no po-
«dria deciros el número; creo que pasan de cien mil.

«Habréis oido decir muchas veces que los misioneros residen-
«tes en el Maduré no comen carne, ni pescado, ni huevos; que
«jamás beben vino ni otros líquidos semejantes; que se albergan
«en miserables chozas cubiertas de paja, sin mas lecho, ni silla,
«ni muebles, y que se ven obligados á comer sin mesa, sin ser-
«villeta, sin cuchillo, sin tenedor, y aun sin cuchara; lo que no
«puede menos de parecer sorprendente; pero creedme, querido
«Padre, no es esto lo que mas trabajo nos cuesta; por mi parte,
«al menos, os confieso con franqueza que, en el espacio de doce
«años que resido en este país, ni aun he pensado siquiera en eso.»

Si los Padres contaban ya por suyas las misiones del Maduré, Tanjaour y Marawar, á las que añadieron los franceses la de Carnate, que extendiéndose al Norte, desde Pondichery hasta Bucapuran, á la altura de Masulipatan, contenia diez y seis cristiandades florecientes en un radio de doscientas leguas; propagando otros el cristianismo en Bengala y el Mogol, desde el cabo Comorin á las fronteras de la China, y desde la costa de Coromandel hasta las orillas del Ganges, no existia una sola comarca en que no existiesen cristianos y Jesuitas. Mientras que los Padres portugueses se ocupaban en la fundacion de un colegio no léjos de Chandernagor, y al mismo tiempo que establecian una residencia en Bakka, provincia de Arcate, y en el territorio de Aoude; las costas del Malabar, Pesquería y Travancor, donde tantas veces habia resonado la voz de Francisco Javier, se sometian á la accion de los misioneros, que se dedicaban á la construccion de nuevas iglesias, á la reunion de familias, á la instruccion de los pueblos, y á crearse amigos y protectores en la persona de los Soberanos. Los PP. Beschi y Bouchet, que habian adoptado el traje y género de vida de los bramas, vivian entre ellos bajo el pié de la mas perfecta igualdad, pero sin poder relacionarse con los parias, so pena de pasar á serlo ellos mismos. Por el contrario, los Jesuitas Manuel Lopez y Antonio Acosta, que no podian dejar sin socorro

á la envilecida raza de los parias, vestian como ellos, y se constituian sus medianeros, para poder ofrecer á todos las atenciones de su caridad. «¿No era un espectáculo verdaderamente cómico, «dice un viajero [1], el ver á dos cohermanos, á dos miembros de «un mismo Instituto, á dos amigos, que en cualesquiera parte que «se encontrasen no podian comer juntos, ni habitar bajo un mis- «mo techo, ni aun hablarse? Vestido el uno á lo magnate con un «traje magnífico, cabalgaba en un brioso alazan, ó se hacia con- «ducir con gran pompa en un vistoso palanquin; mientras que, «viajando el otro medio desnudo y cubierto de harapos, camina- «ba á pié, y acompañado de algunos andrajosos cuyo continente «era aun mas miserable que el suyo. El misionero de los nobles «marchaba con la cabeza erguida, y no saludaba á nadie, mien- «tras que el pobre Kuru de los parias saludaba de léjos á su co- «lega, se postraba á su paso, y como si temiese infestar con su «hálito al doctor de los grandes, se tapaba la boca con el anverso «de la mano. El primero no comia mas que el arroz preparado «para los bramas, mientras que el segundo se alimentaba con al- «gun pedazo de carne corrompida, mísero regalo de sus infortu- «nados discípulos. Nada sin duda es capaz de honrar tanto á la «Religion como estos recursos del celo; nada es capaz de elogiar «mejor la conducta de un sacerdote como estos sacrificios con- «sumados por la ambicion de salvar almas; pero eran estos de- «masiado penosos para poder durar mucho tiempo, y por consi- «guiente se hallaba ya abolido este método á mi llegada al In- «dostan.»

Habíale aprobado Benedicto XIV por su bula de 1744; pero deseando alentar á los Jesuitas, se expresó este gran Papa en los siguientes términos [2]:

«Cuando, impulsados por las máximas de Cristo Nuestro Se- «ñor, así como por el ejemplo de los Pontífices nuestros predece- «sores, indagábamos con ansiedad de qué medios nos valdríamos «para obtener lo que tanto habian anhelado aquellos, vinieron «muy á propósito los misioneros de la Compañía de Jesús, á quie- «nes están confiadas las misiones del Maduré, Maisur y Carnate, «y quienes despues de haber solicitado de Nosotros una declara- «cion respecto al artículo de los parias, se han ofrecido y nos han

[1] *Viaje al Indostan*, por Perrin, tomo II, pág. 106 y 107.
[2] *Bullarium Benedicti XIV*, tomo I, pág. 421.

«prometido (caso de otorgarles nuestra aprobacion) delegar al-
«gunos de sus colegas que pasasen á ocuparse en particular de
«la conversion y direccion de los mencionados parias. Y espe-
«rando Nosotros que este medio seria el mas idóneo para su con-
«version y salvacion, después de aceptarle con júbilo paternal,
«hemos creido oportuno aprobarle y recomendarle á causa de las
«circunstancias»

Esta eterna separacion de los Jesuitas misioneros; este muro insuperable, levantado espontáneamente entre ellos y por ellos mismos para trabajar en un mismo país por la ventura y prosperidad de una poblacion á quien dividian sus invencibles preocupaciones; esta existencia de grandeza y abatimiento á que se condenaban unos y otros, todo esto era aceptado por ellos con alegría; reputándose mas venturosos aquellos á quienes tocaba la suerte de las humillaciones, como lo vemos en una carta escrita en Roma por uno de los misioneros de Goa, que, al manifestar los transportes de regocijo de los que se consagraban á la degradacion por servir á los parias, se expresa de este modo:

«Marchad, fieles compañeros de Cristo vuestro jefe y maestro,
«marchad por ese camino real de la Cruz. Héos aquí ya, segun
«el lenguaje del Apóstol, reputados como la escoria del mundo,
«como las inmundicias despreciadas de todos, aunque en reali-
«dad hechos la verdadera gloria de nuestra Compañía, y el mas
«bello ornato de esta provincia. No se turbe vuestro corazon al
«veros ajenos á vuestros hermanos, y desconocidos á los hijos de
«vuestra madre, hasta tal punto que rehusen vuestros abrazos y
«teman aproximarse á vosotros; porque, á serles permitido, hu-
«bieran querido prestaros todos los deberes de la caridad, y por-
«que, cuando al encontrarlos les repitais con san Pablo: *Vos no-*
«*biles, nos autem ignobiles*, os respondo de que les haréis derramar
«abundantes lágrimas, obligándolos á envidiar santamente vues-
«tra ignominia.»

Esta exaltacion religiosa no se debilitó jamás: habian ya los Jesuitas encontrado el medio único para reunir las castas indias, y esperaban conducirlas á la igualdad por medio del cristianismo. Tal fue la idea moral que los dirigió en el cumplimiento de una obra tan difícil: puédese conjeturar por los resultados que obtuvieron, que, en un tiempo dado, hubieran llegado á romper la valla establecida entre los hijos de un mismo Dios y una misma

patria; y que si no consiguieron llevar á cabo su proyecto, culpa fue de las intrigas y revoluciones suscitadas en el fondo de Europa, que motivaron la supresion de la Órden.

Bramas ó parias, los Jesuitas se dirigian á un solo objeto: consiguiéronle en parte, y animados por el mismo pensamiento, aunque separados por los océanos ó las prevenciones de culto, marchaban todos en pos del desarrollo de la idea civilizadora, logrando hacer un número incalculable de prosélitos en el corazon de las Indias. Los misioneros habian encontrado en estas poblaciones unos seres cobardes, afeminados, sin carácter, accesibles siempre á la lisonja, y siempre dispuestos á dejarse seducir por la indolencia ó por el atractivo de los placeres; pero dispertando la fe en estas naturalezas inertes la energía por tantos siglos adormecida, les comunicó una nueva existencia, purificó sus costumbres, los hizo generosos y constantes, fuertes contra la persecucion, y sufridos en los padecimientos. Es verdad que la guerra pasó muchas veces por esta inmensa península, devastando, incendiando y degollando á todas las poblaciones que no se refugiaban en los bosques; tambien lo es, que lanzándose los Marati como corsarios hácia las costas del Maduré, saquearon, de consuno con otros bárbaros que se descolgaron de las montañas del Noroeste, todas estas provincias; que mezclándose los europeos á su vez en estas devastaciones, moros y cristianos, franceses é indios, se persiguieron sin descanso, y lucharon cuerpo á cuerpo para conservar ó conquistar el imperio; que los Jesuitas sufrieron de rechazo las consecuencias de tantas escisiones; que los europeos cometieron en las Indias toda clase de excesos; y que resonando estos á lo léjos, justificaban la aversion instintiva que naturalmente tienen los indígenas al extranjero que trata de dominarles, refluyendo esta aversion á la Religion misma, y destruyendo en el espíritu de los naturales el efecto saludable que producian la verdad de sus dogmas y la pureza de su moral; mas no por esto se desalentaban los misioneros en vista de tantas contradicciones y calamidades, sino que en pos de ellos vinieron otros muchos que continuaron con igual éxito lo que los PP. Bouchet, Dolu, Lopez, Acosta, Diusses, Mauduit, Carvalho, Petit, Berthold, Tachard, Lafontaine, Tremblay, Saignes, de Origny, Barbosa, Lemos, Borghesio, Timoteo Javier, Artaud, Cœurdoux, Celaya, Pimentel, Alexandri, Laynez, Martin, San Esteban y Yard, habian empren-

dido desde el año de 1700 al de 1770. Durante este espacio de mas de medio siglo, en que los franceses é ingleses sostuvieron una incesante lucha por saber á quién perteneceria por último la influencia sobre estas lejanas regiones; donde aun se pronuncian con respeto los nombres de Dupleix, Lally y Suffren, tuvieron que sufrir infinito los Jesuitas, aunque sin desesperar jamás del triunfo del Evangelio. Los bramas y los parias se coligaban en el odio contra los europeos, mientras que los Jesuitas, víctimas de tantas guerras encarnizadas, se hacian un deber de calmar su efervescencia; pero no tardó en agregárseles otro á los obstáculos precedentes, que no fue menos fecundo en calamidades.

Era tan vasto el campo que acababa de abrirse á la predicacion, que no tardaron en presentarse operarios de todas partes con el objeto de desmontarle: impelíalos el celo, y degenerando este en rivalidad, produjo funestas querellas y controversias, que bien pronto pasaron del Oriente á Europa, donde reanimaron las enemistades, y dieron pábulo á las emulaciones. Los ritos malabares eran la causa de estas contiendas.

Consistian estos ritos en omitir algunas ceremonias en la administracion del Bautismo, respetando empero la forma del Sacramento; en disfrazar los nombres de la cruz y demás objetos del culto católico bajo otras denominaciones menos comunes; en casar á los impúberes; en dejar á las mujeres cierta joya llamada *taly,* que recibian el dia de los desposorios, y sobre la cual estaba grabada la imágen de un ídolo; en prohibir que se asistiese á los parias en sus enfermedades, y privar á estos de ciertos auxilios espirituales. Habian encontrado los Jesuitas del Maduré, Mysore y Carnate tantas prácticas supersticiosas, que creyendo del caso tolerar aquellas que, á su parecer, no perjudicaban á la religion cristiana, después de estudiar á fondo las costumbres de estas naciones, se aplicaron á distinguir las meramente populares de las creencias erróneas ó los usos paganos. Á ejemplo de todos los pueblos que carecen de movimiento intelectual y de comercio exterior, se inmovilizaban los indios en sus peocupaciones, convertidas en ley suprema; y así es, que tratando los Jesuitas de salvar lo esencial, sacrificaron lo accesorio. No habian por cierto renunciado á su patria, á su familia y á su porvenir, ni condenádose á peligrosas navegaciones, á un ayuno absoluto, y á una vida miserable bajo un cielo abrasador, para mantener en su idolatría á

aquellos naturales; habian comenzado á realizar el bien, y queriendo dar un paso hácia lo mejor, solo consiguieron extraviarse.

Era ya la cuestion de los ritos malabares un motivo de division entre los misioneros de las diferentes Órdenes religiosas diseminados por aquellos continentes, cuando llegó á Pondichery el patriarca de Antioquía, Carlos Tomás Maillard de Tournon, nombrado por Clemente XI legado de la Santa Sede en las Indias y la China, tomando tierra en la citada ciudad hácia el año de 1703. Investido Tournon de todos los poderes eclesiásticos, y con órden de poner un término á los debates que amenazaban á estas cristiandades, venia para reformar los abusos que, tal vez por un exceso de celo, habian introducido los Jesuitas en las creencias religiosas; pero deseando penetrarse de toda la extension del negocio que le estaba encomendado, consultó con dos Padres del Instituto. Publicó en seguida sobre los ritos malabares una pastoral que, si bien ha sido citada por todos los historiadores y controversistas, no lo ha sido con escrupulosidad, puesto que todos ellos han olvidado referir un hecho muy principal consignado en ella. El arzobispo de Antioquía ignoraba las causas que habian motivado aquella desavenencia, y las supo de boca de los mismos Jesuitas; tal es el pasaje de la pastoral que todos los escritores han omitido. Hé aquí los términos en que se expresa el Prelado: «Cuanto hubiéramos podido hacer por nosotros mismos ha sido «afortunadamente suplido por la obediencia de que nos han dado «pruebas, así como á la Santa Sede, los PP. Venancio Bouchet, «superior de la mision de Carnate, y Miguel Berthold, misionero «del Maduré, recomendables ambos por su doctrina, así como «por su celo en favor de la propagacion de la fe. Instruidos hace «ya tiempo ambos misioneros en las costumbres, idioma y reli«gion de estos pueblos, merced á la prolongada mansion que han «hecho entre ellos; y habiéndonos revelado los diferentes abusos «que esterilizan los vástagos de esta viña, por lo mismo que es«tos se adhieren mas á las vanidades gentílicas que á la verdade«ra vid, que es Jesucristo, la abundancia de nuestro júbilo se ha «visto mezclada con infinitas tribulaciones.»

Empero si el Legado apostólico, como todos los hombres que llegan á un país revestidos de una autoridad ilimitada, habia zanjado las cuestiones de un modo tan imperioso que, aun deseando eludir las objeciones, habia aguardado su salida para la China

para lanzar al público su pastoral, el arzobispo de Goa y el obispo de Santo Tomé se resistieron á sancionarla; el Consejo supremo de Pondichery la declaró abusiva, y los Jesuitas se adhirieron á este fallo. La precipitacion del Patriarca provocaba mas de un peligro; pero á pesar de eso, los discípulos de Loyola conocian demasiado el influjo de la autoridad, para tratar de comprometerla en el representante de la Silla apostólica. Se resignaron pues, desde luego á obedecer, aunque reservándose el derecho de acudir al Papa, y explicarle lo angustioso de su situacion. No paró aquí el negocio. Proponíase la Iglesia conquistar á favor de la Cruz todos los pueblos de las Indias: enviaba misioneros de varios Institutos; y aunque, á causa de la extincion de las cristiandades japonesas, no ignoraba que la diversidad de ingenios y métodos habia de producir inconvenientes de mas de una especie, creyó remediarlo todo enviando un legado; mas este funcionario enconó mas y mas las querellas, en vez de calmarlas. Dotado Tournon de encumbradas virtudes y excelentes intenciones, destruia por un celo poco templado por la prudencia el edificio levantado con tanto trabajo. Hablaba en nombre de la autoridad pontificia, y á los Jesuitas no les tocaba mas que someterse sin reflexion. La necesidad de salvar de una ruina completa las regiones ya católicas, un profundo conocimiento de las costumbres y leyes indias, la pureza de sus tendencias, los progresos á cuya extension contribuia poderosamente el sacrificio hecho á usos inveterados, y el sentimiento tal vez demasiado humano de su derecho, todo se combinó para excitarlos á la resistencia. Abríase, pues, en el fondo de Asia una lucha verdaderamente extraña en esta historia. Los hombres mas adictos á la autoridad pontificia iban á comprometerse contra ella en una guerra de deberes evangélicos y de principios morales; guerra que, inaugurada en Pondichery, pasó á desarrollarse en la China sobre un teatro mas vasto. Tal es el sitio donde se presenta la cuestion con todas sus sutilezas; y por consiguiente en él es donde debemos estudiarla.

Devueltos á los Jesuitas sus catecúmenos en 1669, por haber entrado en su mayor edad el emperador Kang-Hi, y deseando este Príncipe dar á sus súbditos un testimonio palpable de su gratitud en favor de los misioneros, otorgó al P. Adan Schall, el amigo de su padre, los honores de la sepultura, haciendo á expensas del erario esta ceremonia á que asistió un mandarin como dele-

gado suyo. Y no se limitó Kang-Hi á esta sola reparacion: habian perseguido en su nombre á unos sugetos que acrecentaban el imperio de la ciencia, y quiso otorgarles toda la latitud religiosa posible, nombrando en seguida al P. Fernando Verbiest presidente de su tribunal de matemáticas. Bajo el gobierno de un príncipe que abrigaba una conviccion íntima de su autoridad, y que deseaba hacer reinar la justicia en su imperio, no solo volvieron á recobrar los misioneros un ascendiente de que les habian privado el ostracismo, la prision ó la muerte, sino que regresando á su punto de partida, abrieron de nuevo sus iglesias, reunieron á sus neófitos dispersos, y prosiguieron su apostolado como si nada fuese ya capaz de interrumpirle. La accion del cristianismo sobre los chinos era incesante, á pesar de que no se iba extendiendo sino por grados. Importaba á los Jesuitas sobremanera no alarmar á este pueblo con los progresos que un culto extranjero realizaba en su presencia; y caminando por lo mismo con circunspeccion, llegaron á crearse, así en las poblaciones menos considerables, como en las capitales de provincia, una superioridad que reportaba tantas ventajas á la fe católica como á la ciencia.

Ya Luis XIV habia llegado á comprender los cambios que semejante estado de cosas debia producir en Europa; pero deseando asegurar á la Francia la plenitud del comercio en estos imperios, trató de imprimir á la mision china cierto sello nacional; y secundado en sus miras por el P. Verbiest, obtuvo del Emperador un decreto, por el que se declara á la religion cristiana santa y exenta de toda inculpacion. Inocencio XI, entre tanto asociándose á las esperanzas del Monarca francés, dirigió al Jesuita con fecha del 3 de diciembre de 1681 el breve siguiente: «Querido «hijo, vuestros despachos nos han causado un gozo cási increible. «Pero lo que especialmente nos ha sido sumamente grato, es el «saber con qué prudencia, y cuán á tiempo aplicais el uso de las «ciencias humanas á la salvacion de los pueblos de la China, y «al acrecentamiento y utilidad de la Religion; rechazando por «este medio las falsas imputaciones y calumnias que lanzaban «algunos contra el nombre cristiano, y ganando el favor del Mo«narca y sus consejeros para poneros á vos mismo á cubierto de «las injustas vejaciones que habeis tolerado por tanto tiempo, y «con tanto valor y grandeza de alma, para hacer levantar el des«tierro á los compañeros de vuestro apostolado, y para devolver

«á la Religion, no solamente su antigua libertad y gloria, sino la «esperanza de un porvenir mas dichoso; porque nada hay que no «se pueda esperar, mediante el favor del cielo, de vos y de su- «getos semejantes á vos, que hacen florecer el cristianismo en «esos países.»

Los acontecimientos políticos aumentaron todavía mas el crédito de los Jesuitas. Habiéndose sublevado Usanguey, aquel general que en otro tiempo habia introducido los tártaros en la China, y arrastrando á su partido á la mayor parte de las provincias occidentales, parecia desde el seno de las montañas, á donde se habia retirado, querer hacer frente á los ejércitos imperiales. Era preciso, pues, forzarle en sus trincheras, ó dejar para siempre una puerta franca á la insurreccion. En este conflicto, decídese el Soberano á atacarle; pero conociendo, tanto el Príncipe como sus generales, que para llevar á cabo esta difícil empresa era indispensable contar con alguna artillería, dió órden á Verbiest, que acompañaba al ejército, para que fundiese algunas piezas de diversos calibres. Resístese á cumplimentarla el Jesuita, alegando que su ministerio le faculta para implorar las bendiciones del cielo en favor de los príncipes y pueblos, pero no para suministrarle medios de destruccion. El nombre cristiano tenia cerca del Monarca poderosos adversarios, que no tardaron en persuadirle que los Jesuitas eran cómplices de Usanguey, y que su negativa encerraba un acto de hostilidad. Amenaza el Emperador á los misioneros y á sus catecúmenos: sométese Verbiest, y crea una fundicion; dirige sus trabajos, y la victoria tan impacientemente esperada viene por último á coronar las armas de Kang-Hi. Debíala el Emperador á los Jesuitas; pero contentos estos con dejar al cristianismo la recompensa, suplicó Verbiest al Monarca, á quien acababa de prestar tan señalado servicio, que se dignase franquear sus fronteras á otros discípulos del Instituto, y especialmente á los franceses, cuyo carácter simpatizaba mas con el de los chinos.

El rey de Siam pedia literatos al Monarca francés, y este le mandaba Jesuitas; hacíale la misma peticion el jefe del Celeste imperio, y al instante dió órden á los PP. Bouvet, Gerbillon, Fontaney, Lecompte, Tachard y Visdelou para pasar con una mision análoga á la China, á donde llegaron el 7 de febrero de 1688. Pero apenas habian puesto el pié en ella, cuando su presencia

suscitó una cuestion embarazosa. Como solo el Papa era el que tenia derecho á otorgar poderes apostólicos, habíase contentado Luis XIV con encargarles los trabajos astronómicos y científicos. El Portugal habia dominado hasta entonces en estas comarcas, y temiendo los Jesuitas de este último reino desagradar á su Soberano, no recibieron sin dificultad á los franceses que pasaban á secundarlos: desgracia tanto mas sensible, cuanto que la muerte no dejó tiempo á Verbiest para acogerlos. Sin embargo, aun no habian transcurrido tres meses desde su instalacion en el trono, cuando, convencido Kang-Hi de la superioridad de los talentos de Gerbillon y Pereira, pasó á nombrarles embajadores suyos cerca del Czar de Rusia, encargándoles negociar la paz y señalar los límites de ambos imperios. La diplomacia rusa poseia ya el genio de los negocios; pero á pesar de eso tuvo Gerbillon la destreza suficiente para hacerla aceptar las condiciones del emperador Kang-Hi; y luego que el Jesuita estuvo de regreso en Pekin, portador de un tratado tan ventajoso, le hizo aquel ponerse su traje imperial, le nombró su maestro de matemáticas, y eligió á Bouvet para catedrático suyo de filosofía. Habian sabido ambos Jesuitas disponer tan perfectamente del corazon de este Príncipe, cuyos comensales eran, siguiéndole en sus paseos y viajes, y asistiéndole en sus dolencias, que sin separarse él un ápice de su culto, no solo favorecia ostensiblemente otro cuya santidad reconocia, y á cuyos ministros respetaba, sino que después de otorgar un decreto, á instancias de Pereira, por el que permitia predicar libremente en sus Estados, dejó construir una iglesia en su mismo palacio, en la que los Padres crearon una congregacion que se consagró en adelante á todas las obras de beneficencia, piedad y celo.

Mientras que los Padres del Instituto ejercian en la China la doble mision de astrónomos y apóstoles, trabajando á la vez por la salvacion de las almas y la conquista de las ciencias, los hermanos coadjutores del mismo, especialmente Pedro Fraperie y Bernardo de Rhodes, llegaron á formarse médicos célebres. Inaugurando las funciones de su facultad en el lecho y á la cabecera de la indigencia doliente, habian logrado granjearse una reputacion tal, que hallándose el Emperador en cierta ocasion desahuciado por los facultativos de su nacion, recurrieron estos á Rhodes como al único medio del arte, y en breve le devolvió la salud.

Agradecido Kang-Hi á tamaño beneficio, y deseando, á fuer de generoso, recompensarle, envió á los Jesuitas algunas barras de oro, cuya venta les produjo una suma de doscientos mil francos [1].

El encargo que Luis XIV habia dado á los misioneros, acerca de la formacion de mapas geográficos de la China, estaba ya muy adelantado; y sin embargo, el Emperador, que no consentia en privarse tan pronto de los misioneros que le rodeaban, y que enseñaban en las provincias á sus súbditos á obedecer mas bien por adhesion que por temor, les dejaba propagar su fe. Llegado el año de 1697, y conociendo Kang-Hi que tarde ó temprano la muerte habia de acarrear irreparables bajas entre los misioneros, envió á Francia en busca de otros nuevos al P. Bouvet [2], quien no tardó en regresar á la corte de la China acompañado de seis colegas suyos, entre los que se distinguia el P. Parre-

[1] Hónrala tanto á la Compañía inglesa de las Indias la inversion de este capital, que nos parece oportuno referir aquí el hecho en pocas palabras. Habíanle colocado los superiores de las misiones sobre la citada Compañía inglesa, con la única condicion de que la renta anual seria aplicada á todos los Jesuitas residentes en la China é Indias que se encontrasen en alguna necesidad. Estimulada empero la Compañía inglesa por el ejemplo que la daban los príncipes católicos, confiscó á la Órden de Jesús en el momento de su extincion los 200,000 francos, y cesó de pagarla sus réditos, consagrándolos al sostenimiento de los hospitales. Es verdad que los Jesuitas acababan de ser suprimidos como Sociedad, pero individualmente se entregaban á las fatigas del apostolado en las Indias, y en este concepto nombraron un diputado que pasase á reclamar en Londres sus débitos cerca del tribunal de los directores. Estos acogieron con presteza su reclamacion, y escribieron á sus mandatarios que «si los demás Gobiernos habian cometido una falta grave contra el derecho de «gentes, no era una razon para que los imitase la Compañía de Indias, vio-«lando el mas sagrado de los contratos.» Y añadian después que, en atencion á los servicios prestados por los Jesuitas de Pondichery á sus indianos y á los ingleses, habia resuelto la Compañía conservar intacto el capital y pagar exactamente los réditos hasta la defuncion del último misionero. Al mismo tiempo dió órden para que les reembolsasen los tres años de atrasos. Así es como unos herejes creian, tanto por el interés de la humanidad, como por el de la justicia, deber abandonar á los Jesuitas, sus adversarios, la fortuna de que tan bárbaramente los despojaban los soberanos católicos. Fallecidos ya en 1813 todos los Jesuitas de Pondichery y Pekin, determinó la Propaganda de Roma, á pesar de las instancias de la Congregacion de las Misiones extranjeras, aplicar estos fondos á los Lazaristas de la China.

[2] En este viaje fue cuando el P. Bouvet ofreció á Luis XIV, de parte de Kang-Hi, los cuarenta y nueve volúmenes chinos, que dieron orígen á la coleccion actual de la real biblioteca.

nin. El cristianismo florecia visiblemente en las provincias, en particular en las de Fo-Kien y Nanquin, como lo prueba una carta escrita desde Kiang-Si por el P. Goville, en la que se leen pormenores curiosos acerca de estas misiones. Hé aquí cómo se expresa el Jesuita en la citada carta, fechada en 17 de octubre de 1703: «Habiendo hecho el Emperador este año una expedicion «al Tche-Kiang, le han sido presentados todos los misioneros de «las cercanías por los dos coadjutores que le acompañan, y to«dos ellos han recibido pruebas de su liberalidad, especialmente «el P. Broissia, con quien conversó largo rato, y á quien, á mas «de la suma de dinero que á todos daba, mandó dar, segun cos«tumbre, algunos comestibles.» Y añade en la misma carta, refiriéndose á las cuestiones suscitadas hacia ya tiempo acerca de las ceremonias chinas, así como á los adversarios de la Compañía: «Es este un país extraño cuando no se guarda cierta conduc«ta: todavía se han de ver obligados á recurrir á los Padres de «Pekin para pacificar los disturbios; pero esta es nuestra vengan«za, volver bien por mal.»

Habíase suscitado un grave debate entre los Jesuitas y los misioneros de los otros Institutos religiosos: los primeros, para juzgar del sentido de las palabras religiosas y ceremonias chinas, consultaron á los mandarines y letrados, quienes les contestaron que los honores tributados á Confucio y á los antepasados, no solo no perdian jamás el carácter que tuvieran en un principio, sino que se reducian al respeto de que daban fe la historia y los monumentos antiguos: los segundos, tales como los Dominicos, los vicarios apostólicos, y Maigrot, obispo de Conon, sin consultar mas que á las tradiciones populares, y á las prácticas supersticiosas introducidas por los bonzos, imputaron á los individuos de la Compañía de Jesús como delitos de idolatría ó apostasía las ceremonias que toleraban con el objeto de desarraigarlas mas fácilmente. Hallábanse los chinos tan íntimamente apegados á sus costumbres que, desde el orígen de la mision, habia parecido indispensable contemporizar con tantas susceptibilidades; y como, por otra parte, no aceptar algunas ceremonias puramente civiles, era á los ojos de los Jesuitas exponer la fe á un naufragio inevitable, en una carta dirigida al papa Clemente XI se explicaban en estos términos: «Bien desearíamos de todo nuestro corazon «que nos fuese posible abolir todas las costumbres y ritos paga-

«nos en que apareciese la menor sombra de error; pero temiendo «cerrar con esta severidad las puertas del Evangelio y del cielo «á un gran número de almas, nos vemos precisados, á ejemplo de «los Padres de la primitiva Iglesia, á tolerar los usos puramente «civiles; de manera, sin embargo, que, cuando nos parece po- «derlo hacer sin peligro, se los vamos paulatinamente cercenan- «do, sustituyéndolos con otros mas cristianos.»

Estas breves líneas bastan para iniciarnos en el plan concebido por los Jesuitas: procedian por los medios de la dulzura; aceptaban temporalmente lo que, después de prolongadas conferencias, miraban como imposible rechazar, y les dejaban lo que absolutamente no ofrecia contacto alguno con las ideas ó recuerdos paganos. Sabian que solo con el tiempo puede el hombre cambiar radicalmente las costumbres de un pueblo; y, firmes en esta conviccion basada en la experiencia, solicitaban del sumo Pontífice que zanjase la cuestion en favor suyo. De aqui es que en el transcurso del año de 1700, y mientras que estas interminables discusiones ocupaban á todos los sabios, los PP. Antonio Tomás, Felipe Grimaldi, Pereira, Gerbillon, Bouvet, José Suarez, Guillermo Stumpf, Juan Bautista Regis, Luis Pernoti y Parrenin, Jesuitas célebres en la historia de las ciencias, hicieron á la Santa Sede la proposicion siguiente: «Una vez que el negocio, escri- «bian, ha pasado de nuevo á Roma, y no puede terminarse sino «después de muchos años y un prolongado estudio, puesto que «cada partido apoya su opinion en el sentido genuino, en las ce- «remonias, en textos de obras antiguas, nos ha parecido conve- «niente buscar un medio para abreviar esta controversia, que tal «vez podria agradar á Vuestra Santidad que, ante todo, desea la «union; y á mas de que en este caso desapareceria toda duda so- «bre una cuestion prolongada durante tantos años, y las inquie- «tudes que aquejan á las conciencias.

«Conforme, pues, al dictámen unánime de todos los Padres de «la Compañía de Jesús residentes en Pekin, hemos juzgado opor- «tuno dirigirnos al Emperador con el objeto de exigirle un fallo «cierto y seguro, tocante al verdadero sentido de los ritos y cere- «monias de su imperio, á fin de poder justificar si era puramente «civil, ó si contenia alguna otra cosa respecto al filósofo Confu- «cio y á los antepasados. Hemos dicho *un fallo cierto y seguro,* por- «que á ningun otro que al Emperador pertenece fallar definiti-

«vamente lo que se debe hacer y pensar en estas materias [1]. Y «efectivamente, siendo el legislador supremo de su imperio, ora «en lo concerniente á las cosas sagradas, como á las políticas y «civiles, es tan absoluta su autoridad, que falla sin apelacion, para «todo el imperio, lo que se debe hacer y pensar con respecto á los «ritos, explicando el sentido en que se han de entender los es- «critos de los antiguos. Débese añadir á todo esto, la alta repu- «tacion que se ha conquistado por su ciencia en todo el imperio.»

Este proyecto, empero, cuya prudencia elogiaba Leibnitz [2], no solo no satisfizo á la corte de Roma, que, en sus justos escrúpulos, buscaba un medio término entre una funesta condescendencia y una rigidez que podia destruir en un solo instante medio siglo de trabajos, sino que vacilando y esperando hallar á todas horas una via de conciliacion, nombró Clemente XI á Tournon legado suyo cerca de la China. La cuestion principal que á la sazon agitaba los ánimos se reducia á los tres puntos siguientes: ¿Debíanse tributar á Confucio unos homenajes que tenian fuerza de ley, y cuya apariencia tenia visos de culto? ¿Podíanse tolerar ciertas ceremonias en honor de los antepasados? ¿De qué nombre se servirian los chinos para expresar la idea de Dios? Tales eran las proposiciones controvertidas, y que, ya bajo diferentes Pontífices, habian agitado á la Iglesia. La cuestion era nueva; importaba á la salvacion de una parte del globo, y habia tomado el carácter de religiosa y política. No queriendo los Papas precipitar el fallo, se habian contentado, hácia la mitad del siglo XVII, con tomar algunas medidas, ya para restringir, ya para autorizar los ritos chinos dentro de sus justos límites. Esta sensatez, que hubiera debido servir de norma á los vicarios apostólicos, á los misione-

[1] Reunidos los grandes, mandarines y letrados por órden del Emperador, declararon todos ellos «que al invocar á King-Tien invocaban al Ser supremo, «al Señor del cielo, al dispensador de todos los bienes, que todo lo ve, todo «lo conoce, y cuya providencia rige y gobierna el universo.»

[2] «No concibo, dice Leibnitz en sus *Obras*, tomo VI, pág. 191, carta 27, «edicion de Ginebra de 1768, cuál es la razon porque se debe recusar el fallo «del emperador de la China y de los bombres notables de este país, cuando «solo se trata de la significacion de las palabras. Supongamos que hasta aquí «hubiese prevalecido la opinion contraria á la de los Jesuitas; no por eso hu- «biera dejado de cesar desde el momento en que el Emperador pasó á exponer «el sentido genuino en que debian entenderse los ritos y demás signos del pen- «samiento.»

ros y Jesuitas, llamados á desmontar de consuno el campo del padre de familias, dejó de ser atendida á la sazon; y una deplorable decepcion dió orígen á conflictos teológicos mucho mas deplorables aun.

Persuadidos los Jesuitas de que el Legado apostólico, que por su pastoral publicada en Pondichery el 23 de junio de 1704 acababa de suscitar en la Península indiana una tormenta que no tardaria en estallar algo mas léjos, habia traspasado sus deberes, y que la ejecucion de sus órdenes arrastraria en pos de sí la ruina del cristianismo, solicitaron de Roma el permiso de conservar las prácticas del país; pero sin duda que sus razones no fueron bastante concluyentes, cuando les fue denegada su solicitud. El tribunal de la Inquisicion promulgó otro decreto con fecha 7 de setiembre de 1706, mandando observar la pastoral del Legado, y Clemente XI renovó diferentes veces la misma órden, sin que por eso dejasen los partidarios de los ritos malabares de continuar en su observancia. Impulsados los Jesuitas por esa inclinacion que al hombre le arrastra á enlazarse íntimamente con las cosas que le han costado muchos afanes, se ponian en desacuerdo con el Papa; y sustituyendo su experiencia local á las órdenes de la curia romana, que no daba una solucion *ex cathedra,* argumentaban, invocaban transacciones, y regateaban la obediencia. Llegado á Canton el enviado pontificio el 8 de abril de 1705, suplica á los Jesuitas que le faciliten del Emperador un salvoconducto para presentarse en Pekin; acceden aquellos á su demanda; hablan en su favor á Kang-Hi, quien se niega rotundamente á recibir á Tournon. Empero, conociendo los Padres que atendida la situacion de las cosas, la obstinacion del Soberano seria para ellos un motivo de graves acriminaciones, y que tal vez se les acusaria de haber cerrado la puerta del Celeste imperio al legado de la Santa Sede, emplearon todos sus esfuerzos para vencer su resistencia, y Tournon ingresó en la corte bajo sus auspicios. Recibido en audiencia solemne el 29 de junio de 1706, y prevenido contra las ceremonias chinas y contra los Jesuitas, no trató de ocultar, ni aun en presencia del Emperador, el objeto de su legacía. Desconfiado Kang-Hi, como todos los chinos, y no viendo en la disidencia suscitada entre el patriarca de Antioquía y los Jesuitas mas que una causa inminente de disturbios, trató, para asegurar la tranquilidad pública, de recurrir á

la fuerza, y le intimó la órden de salir inmediatamente de Pekin. Haciendo alarde de autoridad, publicó el Legado en 25 de enero de 1707 un edicto, en el que se prohibia á los Cristianos la práctica de las ceremonias en honor de Confucio y los antepasados, así como saludar al verdadero Dios con los nombres de *Xamti* y *Tien*. Este edicto, cuya inoportunidad nadie podrá jamás excusar, irritó sobremanera á Kang-Hi, como príncipe y como hombre. Los Jesuitas habian tratado de modificar las ideas del enviado, explicando al Emperador el sentido propio y el figurado de las palabras; pero este último era inflexible en sus convicciones, y su edicto no dejaba por otro lado incertidumbre alguna.

El Emperador, que no estaba acostumbrado á que se dudase de su palabra y de su autoridad, y que no toleraba la contradiccion sino por via de pasatiempo, veíala venir ahora bajo la forma de un ultraje; y no fue menester mas para mandar extrañar de su imperio al vicario apostólico Maigrot, y entregar al Legado en manos de los portugueses. Enemigos declarados de Tournon los hijos de Lusitania, porque durante su mansion en Pekin habia tratado de expulsarlos de toda la China, y porque habian ocurrido ciertas rivalidades de jurisdiccion entre este Prelado y el metropolitano de Goa, se mostraron sin compasion para con él; y sin atender á la púrpura con que acababa de investirle Clemente XI, le lanzaron en un calabozo, con absoluta prohibicion de ejercer sus poderes en todas las comarcas sometidas á la corona de Portugal. Ni aun con eso se aplacó su ánimo. Inhibíanle el virey de las Indias, el arzobispo de Goa y el obispo de Macao, desempeñar las funciones de su mision. Él, á su vez, fulminó contra ellos un anatema, excomulgando al obispo de Macao y al capitan general; pero nada obstó esto para que después de algunos años de un penoso cautiverio, este hombre, cuya salud habia sido siempre delicada, espirase el 8 de junio de 1710, á la edad de cuarenta y dos años.

Habíase quejado el Cardenal diferentes veces de los Jesuitas y de los obstáculos que le suscitaban. Decíase que era antagonista suyo; y todo el mundo sabia el crédito que disfrutaban acerca del Emperador: no fue menester mas para imputarles los indignos tratamientos á que le sometieron los portugueses. Al decir de los Jansenistas, fue Tournon un mártir, cuyos verdugos habian sido los individuos de la Compañía. Los Jansenistas, sublevados

continuamente contra la Santa Sede, no permitieron á los misioneros explicar su pensamiento: habia hablado la Silla apostólica, y parecia condenarlos. Esto bastaba para que el jansenista rebelde no encontrase suficientes maldiciones para infamar su desobediencia condicional; bastaba para que se levantase contra ellos todo su odio, y para que después de haberlos pintado como impíos é idólatras [1] añadiesen: «Y efectivamente, ¿con qué furor «no ha perseguido la Sociedad en las Indias orientales á Mr. Pa- «lu, obispo de Heliópolis; á Mr. Lambert, obispo de Beryto; á «Mr. Dudier, obispo de Auran; á Mr. de Bourges, de Ascala; á «Mr. Maigrot, de Conon; á Mr. Lyonne, de Rosalía; á Mr. de Ci- «cé, de Sábula; al Jesuita Visdelou, obispo de Claudiópolis; al «Jesuita Fouquet, de Eleutherolópolis; y á Mr. de La Baume, de «Halicarnaso, así como á tantos otros obispos y prelados que, sin «hallarse investidos del carácter episcopal, fueron enviados á las «Indias por la Santa Sede, para gobernar sus iglesias? Los lega- «dos del Papa no han sido tampoco mejor tratados, y todo el mun- «do sabe á qué excesos se han lanzado los Jesuitas contra Mezza- «barba y el cardenal de Tournon, especialmente con respecto á «este último santo Prelado, de quien propiamente han sido los «asesinos.» No solamente no se encuentra una prueba directa ó indirecta en corroboracion de este aserto, sino que ni aun existe vestigio alguno, por donde podamos venir en conocimiento de un solo consejo dado á Kang-Hi, ó de haber alentado una sola vez las venganzas portuguesas: neutrales los Jesuitas en esta ocasion, su misma neutralidad, que podria ser un hábil cálculo á la faz de la política humana, ha pasado á ser una falta á los ojos de la historia y de la Religion. Colocado el Cardenal legado como adversario de sus opiniones, hubieran debido respetar su rango y sus virtudes, empleando su crédito para proteger su libertad; pero no osaron constituirse en mediadores entre él y el Monarca, y esta indiferencia tuvo para ellos funestos resultados que después vino á enconar la calumnia. Exasperado Kang-Hi con la embajada del Cardenal, al par que con sus discursos y proyectos, no templó su irritacion ni aun á vista de un ataud. Acababa de morir Gerbillon, superior de las misiones de la China é íntimo amigo suyo, en medio de los disturbios causados por la pastoral; pero resen-

[1] *Historia general del nacimiento de la Compañia de Jesús*, por el jansenista Coudrette, tomo II, pág. 285.

tido de ver que habia usado toda la deferencia y consideraciones posibles con el Legado apostólico, no quiso tributar á su cadáver ningun homenaje público. « Toda la mision en general, dice el «P. Coulteux, escribiendo al Jesuita Esteban Souciet y dándole «parte de la muerte de Gerbillon, toda la mision en general, y «nosotros los Jesuitas en particular, hemos sufrido una pérdida «irreparable : el Emperador no se ha dignado honrar su memoria «con ninguna prueba de aprecio, contra lo que acostumbra ha-«cer con respecto á los europeos. Á nadie se le oculta, así de los «naturales como de los extranjeros, que este acto de rigor no ha «sido sino porque este Padre se mostró demasiado adicto á mon-«señor el Patriarca, y dispuesto siempre á excusarle cerca del «Príncipe y de los magnates.» Y pasando en seguida á referir como el Emperador acababa de otorgar su confianza al P. Domingo Parrenin, nacido en Rusey, cerca de Pontarlier, que no habia tomado parte alguna en estas escisiones, añade Coulteux: «Pa-«rece ser que desde la muerte de los PP. Gerbillon y Pereira, «guarda el Emperador muchas consideraciones con el P. Parre-«nin, de la provincia de Lyon, pues no solo le tiene siempre á «su lado, sino que se hace acompañar de él en todos sus viajes, «ora á causa de su talento y disposicion para expresarse en am-«bas lenguas, tártara y china, como por el carácter de espíritu «que en él ha experimentado. El año anterior encargó á los Pa-«dres Bouvet, Regis y Jartoux, todos tres franceses, trazar el ma-«pa de la Tartaria, y quedó muy satisfecho de sus trabajos.»

Las disensiones suscitadas á consecuencia de los ritos malabares y las ceremonias chinas, venian á ser para los literatos europeos una cuestion del mas alto interés. Los discípulos de Jansenio hacíanse de ellas un arma contra los Jesuitas, mientras que los Protestantes miraban con distintos ojos esta querella doctrinal y científica á la vez. «Entre los opúsculos que me habeis en-«viado, escribia Leibnitz á la sazon [1], hay dos que me causan un «placer singular, el Suplemento á las *Memorias para Roma*, y la « *Historia apologética de la conducta de los Jesuitas en la China*. En la «pág. 6.ª de esta historia he hallado una cosa digna de observa-«cion, á saber : que los Mahometanos, á quienes siempre hemos «conocido como enemigos irreconciliables de la idolatría, no se «muestran contrarios á las ceremonias chinas, y que cierto em-

[1] *Leibnitzii Opera*, tomo VI, pág. 61. (Ginebra, 1768).

«perador de esta nacion prohibió, por un decreto fechado en 1384, «tributar á Confucio los honores divinos. No ha sido menor mi «júbilo al leer que el arzobispo de Manila y el obispo de Zebú, «que habian escrito al Papa contra los Jesuitas en tiempo de Ur-«bano VIII, si no me engaño, cuando mas adelante estuvieron «mejor informados de las cosas, escribieron de nuevo retirando «sus quejas.

«Aun son mayores las luces que nos suministra el Suplemento. «El relato de la conducta observada en Pekin por el Cardenal, «hecho por un hombre de contraria opinion, y que nada tiene se-«guramente de Jesuita, presenta cierta dósis de verosimilitud. Yo «creo que el obispo de Conon no puede negar que el Cardenal ha «obrado con bastante circunspeccion y respeto en sus relaciones «con el Emperador de la China; mirando además ambos decretos «imperiales como obra de un gran peso, y no viendo la razon por «que se deba recusar el testimonio de este Príncipe, así como el «de los primeros personajes de la nacion, cuando solo se trata «del valor de las palabras. Porque, admitiendo que hasta enton-«ces se las hubiese dado en general otro sentido, siempre vendré-«mos á parar en que una vez explicado por el Emperador el sig-«nificado de las ceremonias, ya no ha lugar á otra diferente in-«terpretacion.»

Los Jesuitas residentes en la China pensaban como el filósofo aleman; habian concebido un plan arriesgado que solo la unidad de accion podia llevar á cabo; y ensayando una reforma insensible y gradual en las costumbres de estos pueblos, aspiraban á regenerarlos sin violencia, sin sacudimiento, y por la fuerza misma del principio cristiano. Atravesáronse varias rivalidades de apostolado, varias influencias contradictorias; introdújose la division entre los misioneros; produjo esta funestos resultados en el Celeste imperio, al paso que en Europa hizo acusar á la Iglesia universal de haberse comprometido en una senda supersticiosa; y la Iglesia, á quien no era dado vacilar entre estos dos escollos, expone á las cristiandades chinas á una ruina mas ó menos próxima, antes que aceptar el doble escándalo emanado de estas querellas; y sacrificando lo incierto á lo real, condenó por boca de Clemente XI algunas de las ceremonias miradas por los Jesuitas como indiferentes. En Roma no se juzgaba de las cosas bajo el mismo punto de vista que en Pekin. Reunidos el General de la

Sociedad y los Padres de todas las provincias en el mes de noviembre de 1711, pasaron al Vaticano, donde después de protestar á los piés del Pontífice su inalterable fidelidad á la Santa Sede, terminó Miguel Ángel Tamburini la declaracion que hacia la Órden de Jesús, con las siguientes palabras: «Si á pesar de todo «se hallase alguno entre nosotros en cualquiera punto del globo, «que, lo que Dios no permita, tuviese otros sentimientos, ó usase «de otro lenguaje, porque la humana prudencia no es capaz de «prevenir, ni menos estorbar semejantes eventos entre una mul«titud tan grande de súbditos, el General declara, protesta y ase«gura en nombre de la Compañía, que le reprueba desde ahora «y le repudia; que es digno de castigo, y no puede ser reconoci«do por verdadero y legítimo hijo de la Sociedad de Jesús.»

Estas expresiones no podian ser mas explícitas. Los misioneros hubieran debido adoptarlas como regla de conducta; pero trataron de eludir con sutilezas la decision pontificia. Aunque adictos á la cátedra de san Pedro de lo íntimo de sus entrañas, se creyeron autorizados, una vez que aquella solo condenaba algunas prácticas, á no rechazar las otras; dejándose ver por su resistencia cuánto les costaba renunciar á estas cristiandades que habian fecundizado con sus sudores. Así pues, su desobediencia era en la forma mas bien que en el fondo. Siendo para ellos esta una condicion de vida ó de muerte, no osaban abandonar á las tinieblas de la idolatría á unos pueblos á quienes esperaban conducir á la unidad católica; y como el Papa por otro lado no pronunciaba su fallo contra todas las ceremonias, trataron de asirse á esta última tabla de salvacion. Persuadidos de que sus escritos, su adhesion y sus lágrimas convencerian ó ablandarian á la Santa Sede, que parecia franquearles un medio de apelacion, se precipitaron en él sin reparar. Este combate entre la obediencia y el cumplimiento de un deber imperioso es sin duda muy digno de consideracion; pero, al esforzarse los Jesuitas por hacer triunfar sus ideas, olvidaron demasiado que hubiera sido mas glorioso dar al mundo un ejemplo de sumision ciega, que discutir así su abnegacion. Encontrábanse frente á frente con una autoridad á quien asiste un derecho para hacer doblegar todas las inteligencias, y que traza á las voluntades humanas ciertos límites que jamás deben traspasar; y con sus objeciones y reparos la disputaban el terreno palmo á palmo.

Entre tanto el Emperador, que, como príncipe hábil, no queria ver eternizarse estas discusiones, habia intimado á los misioneros la órden de no enseñar nada que fuese contrario á las costumbres chinas; órden que fue obedecida sin dilacion por algunos de ellos, mientras que rehusando otros someterse, tomaron el partido de ocultarse, sin abandonar por eso la obra del apostolado. Kang-Hi poseia instintos católicos, y aun á veces cotejaba á sus solas la ciencia y virtudes de los misioneros con los vicios é ignorancia de los bonzos; pero no queriendo sacrificar al cristianismo la paz de su reino se contentaba con cerrar los ojos y vivir en la intimidad de los Jesuitas. Estos últimos vislumbraban tambien á su vez una próxima calamidad, que se esforzaban en conjurar, cuando la muerte del cardenal de Tournon, agregada á las moratorias que ellos ponian en práctica, inclinó al Pontífice á dar un golpe decisivo. El 19 de marzo de 1715 expidió la bula *Ex illa die,* que allanaba todas las dificultades, precavia todos los subterfugios, é imponiendo á los misioneros un juramento solemne, los obligaba á romper con las ceremonias chinas. Bien sabian los Jesuitas que adhiriéndose á la fórmula prescrita por Clemente XI firmaban la ruina de la nueva iglesia; pero heróicos en la obediencia, después de haber agotado todos los paliativos, no retrocedieron ante tamaño sacrificio. Deseando la Santa Sede enterarse á fondo de la posicion de las cosas, otorga á Ambrosio de Mezzabarba el nombramiento de legado suyo cerca del Celeste Imperio; pero sin duda que este título y esta mision no debian agradar mucho á Kang-Hi, cuando nadie se atrevió á hablar á favor del Prelado, y facilitarle el acceso á la capital. Decidido el P. Laurenti, visitador de la China, á arrostrar por sí solo la cólera imperial, obtiene á fuerza de maña que los mandarines de Canton dejen libre el paso á Mezzabarba; recomiéndale en seguida al P. José Pereira, y el Nuncio arriba á Pekin. Sabida esta noticia por el Emperador, manda encarcelar á Laurenti y á los mandarines á quienes ha seducido; y no pudiendo excusarse de otorgar al legado la audiencia que solicitaba, fue presentado este por el Jesuita José Pereira. Hé aquí cómo se expresa Laurenti escribiendo al Pontífice con fecha 30 de marzo de 1721; y este documento es de un alto interés en esta cuestion: «Atrévome á parecer por segunda vez postrado á «los piés de Vuestra Santidad con el objeto de darle cuenta del «cumplimiento de mis deberes y del estado actual de las misio-

«nes en este país; cuenta de que Vuestra Santidad está quizás en-
«terado por el P. Gianpriamo, enviado por el Emperador cerca
«de Vuestra Santidad por la via de Rusia.

«Después de infinitas instancias de mi parte, permitieron los
«mandarines á monseñor el Legado apostólico la salida de Canton
«y su marcha á Pekin sin aguardar la licencia del Emperador, y
«no interrogándole sino de un modo bastante superficial acerca
«del objeto de su viaje. Solo á un efecto de la divina Providencia
«podemos atribuir el que las cosas hayan pasado de esta manera;
«porque, si los interrogatorios y contestaciones que han tenido
«lugar en la capital hubiesen sido entabladas en Canton, todos
«convienen en que monseñor el Legado jamás hubiera conseguido
«entrar en Pekin, y que los misioneros hubieran recibido órden
«de retirarse.

«Habiendo sido detenido vuestro Legado cerca de Pekin, no
«perdonó medio alguno para obtener el permiso de poner en eje-
«cucion los mandatos apostólicos. Suplicó con las mayores ins-
«tancias, se lamentó infinito, fuele preciso sufrir mucho, y sin
«embargo, nada pudo conseguir ni aun con su presencia. Sus sú-
«plicas fueron miradas como un crímen, sus lágrimas como una
«injuria y un desprecio á las leyes y al Emperador; y si hubiese
«perseverado un solo dia mas en hacer la misma peticion, ese
«dia hubiera sido el último para la mision. En esto suplicaron
«nuestros Padres de Pekin al abate de Riga que tuviese á bien
«unirse á ellos para pasar á la morada del Emperador, y rogarle
«de comun acuerdo que se dignase otorgar su permiso para que
«fuese ejecutada la órden de Vuestra Santidad; pero el Abate con-
«testó, como lo hubiera hecho todo hombre que hubiese conocido
«el carácter de la corte, que á mas de que este seria un paso im-
«prudente, y no convenia en manera alguna, solo le creia idóneo
«para irritar cada vez mas al Soberano: esto sin contar que S. M.
«habia prohibido absolutamente á los nuestros el inmiscuirse en
«este negocio, pretendiendo que solo él y Vuestra Santidad de-
«bian llevarle á cabo.

«Viendo, por último, vuestro Legado el deplorable estado de las
«cosas, á las que amenazaba una ruina total y muy próxima, tomó
«el prudentísimo partido de exponer ante el Emperador los artí-
«culos que Vuestra Santidad se dignaba tolerar, asegurando que
«lo mas que podia hacer por su parte era regresar cerca de Vues-

«tra Santidad para darle cuenta de lo que S. M. quisiese decirle «con respecto al verdadero sentido de los ritos, y de lo que él mis- «mo habia visto acerca de la firme resolucion en que se hallaba «S. M. de sostenerlos tales como estaban, prometiendo volver en «seguida á la China con las últimas contestaciones de Vuestra «Santidad.

«Este medio, tan oportunamente empleado por monseñor de «Mezzabarba, hizo cambiar de repente la faz de los negocios, tri- «butándosele entonces así como á Vuestra Santidad tantos hono- «res, que se asombró la corte y todo el imperio. La modestia no «me permite hablar de las gestiones que practicaron los Jesuitas «para llegar á este término satisfactorio.

«Ya se ha convencido vuestro Legado, como tambien los mi- «sioneros que le acompañaban, de que no era verdad, como ellos «lo habian creido, que el Emperador no se interesaba en favor de «los ritos del país. Ellos mismos le han oido expresarse sobre esta «materia de un modo tan claro y terminante, y con un tono y en «unos términos tan enérgicos y absolutos, que parecia estar po- «seido de una especie de convulsion frenética que agitaba todo su «cuerpo, lo que hacia un singular contraste con el aire de mode- «racion y gravedad que es habitual á este Príncipe. Han conocido «tambien que es falso que los Cristianos puedan vivir en este país «sin acomodarse á sus ritos; y saben que este obstáculo lo neutra- «liza todo. En la actualidad existen nueve individuos de la fami- «lia real, y muchos centenares de personas que desean ardiente- «mente recibir el Bautismo, sin contar otro número de ellas mu- «cho mayor que se llegarian de buena gana al tribunal de la pe- «nitencia y á la sagrada Eucaristía; pero ni los unos ni los otros «se atreven á hacerlo, porque les es imposible, dicen, poner en «práctica el decreto de Vuestra Santidad; mucho mas cuando se «hallan persuadidos de que todos los Padres de la Sociedad nada «pueden en este negocio; porque el imperio puede muy bien pa- «sarse sin ellos, pero no sin sus leyes fundamentales. Todos uná- «nimemente convienen en que es lo mas absurdo creer que el Em- «perador sea un ateo, como han osado asegurarlo por la mas «impudente de las calumnias, puesto que ellos mismos le han «oido hablar espontáneamente de la inmortalidad del alma, de la «existencia de los Ángeles, y de la esencia y unidad del verdade- «ro Dios, á quien adora con el mas profundo respeto, y de cuya

«mano dice haber recibido el cetro. Todo el mundo conoce sus «piadosas disposiciones con respecto al *Lignum Crucis* que ha pe- «dido al Legado, y á nadie se le oculta, que deseando tributar á «este precioso tesoro la veneracion que se le debe, ansía de todo «corazon enterarse del culto preciso con que se debe honrar á este «instrumento de nuestra salvacion.

«Séame permitido entre tanto elevar aquí, aunque con toda la «moderacion posible, algunas quejas contra este excelente Pre- «lado. ¿En qué han venido á parar todos los conocimientos que «habia adquirido, una vez que ha rehusado aplicar á los males «que le eran conocidos el remedio soberano que necesitaban? «Prometió ir á Roma, y referir en ella fielmente cuanto habia «visto y oido; y sin embargo, permanece en esta, aun cuando «le consta que las dilaciones empeoran los negocios; que las ór- «denes del Emperador, prohibiendo ejercer las funciones apos- «tólicas, son cada dia mas perentorias; que las oposiciones de «parte de los mandarines son siempre las mismas; que el odio de «los gentiles contra los misioneros se robustece mas de cada vez; «que cada dia se multiplican las dificultades de parte de los Cris- «tianos; que muchos de estos retroceden á sus errores; que de «dia en dia son menos los prosélitos que se hacen; y, en una pa- «labra, que puede muy bien decirse que la mision se halla con «un pié en la sepultura, y abandonada en brazos de la muerte. «Monseñor el Legado se halla perplejo; dice que tiene las manos «atadas, y asegura que pondria á la mision en estado de llenar «sus funciones si creyese poder hacerlo. Únicamente de Vuestra «Santidad es de quien debemos esperar nuestra salvacion; porque «seria inútil esperarla de cualquier otro que de aquel que ocupa «el puesto del Salvador del mundo.

«Rogando cierto dia vuestro Legado al Emperador que se com- «padeciese de los misioneros. —¿Y por qué razon, le contestó, «no compadeceis vos á mis súbditos chinos? Esta contestacion «dada tan á tiempo por S. M. hizo derramar abundantes lágri- «mas á muchos sugetos; pero si estas lágrimas fueron estériles y «sin fruto, las que derrame Vuestra Santidad, que serán la expre- «sion de la ternura y compasion con que nos mira, producirán «un efecto mas saludable. Semejantes á las que derramó Jesu- «cristo en la resurreccion de Lázaro, darán un resultado de sal- «vacion y de vida.»

La mision pacificadora de Mezzabarba, unida á las concesiones que, aparte del decreto pontificio, habia creido deber hacer en atencion á las razones alegadas, concesiones todas que después fueron anuladas por Benedicto XIV á favor de la bula *Ex quo singulari*, expedida en 1742, todo propendia á reanimar las querellas. Visto por los misioneros que el Legado autorizaba lo que el Papa habia prohibido, trataron de parapetarse tras este inesperado baluarte, y continuaron las hostilidades y su apostolado. Habiendo fallecido Kang-Hi en 20 de setiembre de 1722, el primer cuidado de Yong-Tching, su heredero, se redujo á proscribir de todo el imperio las leyes y el culto de la Iglesia católica; declarando á los PP. Parrenin, Gaubil, Maillac, Bouvet, Jartoux, Regis, Tartre, Henderer, Domange, Entrecolles, Jacobo Suarez, Kægler, Mangailhens, Slavischek, Rezende, Contancin, Challier, Hervieu, Prémare, Staidlin y Porquet, que como los demás Jesuitas eran protegidos á causa de sus talentos, y que trabajaban por mitigar las órdenes de persecucion, que estas medidas rigorosas le eran impuestas por los mandarines de las provincias y por el pueblo, porque creian que peligraba su religion. Durante el espacio de diez años, los Jesuitas, cuyos talentos respetaba Yong-Tching como los habia respetado su padre, pugnaron continuamente por hacer derogar los decretos de intolerancia; pero sin obtener resultado alguno. Los mismos príncipes de la sangre, que han tenido valor para abrazar el cristianismo, se ven desterrados, despojados de sus bienes, y amenazados con la muerte mas cruel, al paso que los misioneros de todas las Órdenes son relegados á Macao; pero tanto estos, como los neófitos de la familia imperial y los demás catecúmenos, aceptan las consecuencias del principio cristiano, y toleran, sin prorumpir en la menor queja, el destino que se han conquistado. Únicamente los Jesuitas hallaron gracia á los ojos del Emperador; aunque no por su cualidad de sacerdotes. Yong-Tching apreciaba la erudicion, y en este concepto le agradaban los discípulos de Ignacio. Estos habian trazado el mapa de la China, habian desarrollado las ciencias exactas, le habian prestado importantes servicios en lo respectivo á la legislacion y astronomía, y habian sido sus negociadores cerca del czar Pedro I; razones todas que le obligaban, á fuer de agradecido, á colmarlos de honores en público, mientras que en secreto ponia toda especie de obstáculos á su minis-

terio. Habíanse dedicado á fundar varias casas de expósitos en Pekin, Canton, Nanquin, y las ciudades mas principales; y visto por los chinos que estos párvulos abandonados de sus padres encuentran en la Compañía otra paternidad, que los arranca á la muerte, los alimenta y los instruye, se llenan de admiracion, y dejan á cargo de la ley el proceder contra una humanidad que acusa su barbarie. Pasando Gaubil á apreciar esta singular posicion de los Jesuitas, escribe desde Pekin al P. Maignam, residente en Paris, con fecha del 6 de octubre de 1726:

«Los Jesuitas poseen aquí tres magníficas iglesias, en las que «se bautizan anualmente tres mil expósitos. Segun lo que puedo «conjeturar por las confesiones, existen en esta capital unos tres «mil cristianos que frecuentan los Sacramentos; si bien es ver«dad que el número de ellos asciende á unos cuatro mil, en el «que se cuentan solamente cuatro ó cinco mandarines de los de «órden inferior, dos ó tres letrados, y el resto se compone de po«bres. No sé á punto fijo el número de letrados y mandarines que «siendo cristianos no frecuentan los Sacramentos, y no alcanza «mi razon á comprender cómo han de atreverse en estas circuns«tancias á practicarlo, si les es indispensable observar los decre«tos del Papa. Los príncipes católicos, cuyo fervor y desgracias «habeis sabido, así como otros dos príncipes que se hallan en esta, «han tenido que renunciar á sus títulos y empleos para poder vi«vir como cristianos. Los letrados y funcionarios públicos, que «anhelan abrazar el cristianismo, se alejan de nosotros cuando «les publicamos los decretos pontificios; y de aquí es que no se «bautizan mas que los pobres. Como el Emperador no es aficiona«do á la Religion, los príncipes y magnates que le rodean huyen «de nosotros; siéndonos raras veces permitido el acceso al pala«cio. Verdad es que el Soberano nos necesita para el tribunal de «las matemáticas, para los asuntos de los moscovitas, y para los «instrumentos y demás máquinas que vienen de Europa: sabe «tambien que si nos expulsa de esta capital y de Canton, dejarán «de acudir los comerciantes á este último puerto; pero estas, y «nada mas que estas, son las razones que le impelen á tolerarnos, «y aun á dispensarnos de cuando en cuando algunas gracias ú «honores extraordinarios. En una palabra, le somos sospechosos, «y mil enemigos secretos le hablan en contra nuestra. Las pasa«das disputas, las embajadas de ambos Patriarcas, la idea gene-

«ralmente esparcida de que no tenemos obediencia filial, y que «nada estable tenemos en nuestras leyes, todo esto hace despre«ciables en el dia á los misioneros; de manera, que si continua«mos tres ó cuatro años seguidos en este estado, se acabó todo, «mi reverendo Padre; la Religion se hunde en este país, y se «hunde sin remedio.

«Mientras estemos en Canton nos será fácil socorrer á los Cris«tianos de esta provincia y la de Nanquin, cuyo número, en las «solas dos ciudades de Chang-Nan y Song-Kiang asciende á «cien mil, los cuales han obtenido secretamente de los mandari«nes que les dejen dos ó tres Jesuitas portugueses, á mas de otros «dos chinos sacerdotes del Instituto que se ocupan en recorrer «las cristiandades de Nanquin. Difícil es saber, mi reverendo Pa«dre, si los PP. Henderer, Porquet y Jacquenin, que sostienen «las de Tsiang-Lang, en esta última provincia y la isla de Tsim«Kim, podrán realizarlo por mucho tiempo. Las de Chamsi y «Cherosi son socorridas por un Jesuita chino y cuatro Francis«canos ocultos; las de Hou-Kang, por un eclesiástico indígena «y un Jesuita portugués, tambien ocultos; y nosotros vamos á «tomar algunas medidas seguras para prestar nuestro apoyo á la «hermosa mision del P. Domange, Jesuita francés, en el Hou«Ang y el Hou-Kang. Las cristiandades de Kian-Si han sido has«ta aquí secundadas por cinco Dominicos ocultos en el Fo-Kien, «y esperamos ver secundadas las de Chang-Lang. Las de la Tar«taria carecen de socorro; y lo peor es que no se dan trazas de «remediar este mal. Los propagandistas se disponen á socorrer á «las del Suen-Hoa. Pero ¡ah! mi reverendo Padre, una sola voz «que se levante en presencia del Emperador denunciando el asilo «de un misionero, basta para perderlo todo; y si nos expulsan de «Pekin, se concluyó todo. En el Quang-Si hay muy pocos cris«tianos; en el Yunnan y Queislan no se han formado aun cris«tiandades: en una palabra, yo no creo que en toda la extension «de la Tartaria y la China exceda de 300,000 el número de los «cristianos. Inútil es llenar de amargura vuestro corazon asegu«rándoos que, á no haber sido por las disputas pasadas, se po«drian contar en la actualidad cuatro ó cinco millones de católi«cos en sola la China.

«Los Jesuitas franceses han tratado de establecer en Canton la «buena obra de bautizar á los niños expósitos; avanzando de tal

«modo en ella el P. Bodin, santo misionero, que creo, y no sin «fundamento, que en el transcurso de dos años ha suministra-«do el Bautismo á dos mil párvulos que todos han ido al cielo. Á «no haber sido por la persecucion, se hubiera inaugurado es-«ta buena obra en todas las principales poblaciones, y en breve «se hubieran enviado anualmente á la gloria mas de veinte mil «niños.»

En seguida entra Gaubil en los pormenores de la persecucion que aguardaba á los misioneros y sus neófitos; y protestando contra las inculpaciones de que era objeto la Compañía de Jesús en lo respectivo á las ceremonias chinas, termina de este modo su carta: «Perdonad, mi reverendo Padre, estos conceptos mal di-«geridos, y escritos por una mal cortada pluma. Tengo que ha-«cer mil cosas, y pesa sobre mi corazon la mas profunda amar-«gura: por lo demás, disfruto de una completa salud y fuerzas. «Á mas del idioma chino, he aprendido bastante del tártaro, y, «mediante un corto ejercicio, espero ser útil por este lado. Obe-«deciendo á la órden de mis superiores, comunico á los señores «de la Academia varias observaciones astronómicas, al paso que «á otros literatos lo mas curioso é importante que hallo en la his-«toria china y en la astronomía antigua de esta nacion. Pero ha-«blando sin ambages, si ejecuto todo esto es solo por obedecer, y «de mala gana, porque prefiero bautizar, confesar, administrar «la Eucaristía, y especialmente instruir á los infieles, á cuanto «hay en el mundo. Hacemos poco, pero tratamos de disponernos «á emprender mucho.»

Únicamente por *obedecer*, y de *mala gana*, se correspondia este Misionero con las Academias científicas de Paris y Petersburgo, que se honraban con admitirle en su seno; habia pasado á la China con el objeto de conquistarse una gloria mundana, y solo pensaba en instruir á los pobres é ignorantes. Escribiendo desde Pekin al P. Souciet, con fecha del 26 de noviembre de 1728, revela Gaubil en la simplicidad de sus ambiciones el fruto que espera de sus tareas literarias: «Sé, dice á Souciet, que V. R. abunda en «celo, y no faltan objetos en que emplearle. Suplícoos que aten-«dais en particular á la buena obra de los niños expósitos de esta «ciudad y de Canton: nada mas hermoso que esto; y me reputa-«ria muy afortunado si, por lo mismo que os envio yo, tuviéseis «ocasion de dar á conocer á los poderosos la importancia de la

«buena obra. He escrito á muchos sugetos, y no sé si habrá sido «con algun éxito.»

Parrenin, que se hallaba en la actualidad ejerciendo las funciones de gran mandarin, y que, mediador entre los rusos y chinos, se veia colmado de favores por parte de Pedro el Grande, rivalizaba en celo, de consuno con Bouvet, el geógrafo imperial, con el P. Gaubil; valiéndose, como él, de la ciencia para captarse la amistad del Príncipe en provecho de la humanidad. Sustrayéndose á cada momento á los goces que pudiera el palacio proporcionarles para socorrer á los indigentes y párvulos, hacian de la caridad la mas grata de sus ocupaciones; no haciendo caso de la gloria científica que colmaba sus afanes, sino en cuanto servia á secundar sus buenas obras. Y sin embargo, si se ha de dar crédito á Rémusat, juez competente en esta materia, esta gloria resonaba á lo léjos. «Enviado Gaubil á la China en 1723, dice el «orientalista [1], dedicóse desde luego á estudiar los idiomas chi«no y mandchuo, en los que hizo tan asombrosos progresos, que, «segun el P. Amiot, los mismos doctores indígenas se veian pre«cisados á aprender de él. Llenábanse de asombro estos graves y «orgullosos letrados al ver que este hombre, llegado allí de un «extremo del mundo, les ponia en claro los lugares mas difíciles «del King, les formaba el paralelo de la doctrina de los antiguos «con la de los modernos... y todo con una precision y una faci«lidad, que los obligaba á confesar que la ciencia de este doctor «europeo sobrepujaba en mucho á la suya. Estos estudios, capaces «de absorber la vida de un hombre, no bastaban á saciar el infati«gable talento del Misionero, cuya aplicacion se hallaba compar«tida, aunque sin debilitarse en lo mas mínimo, entre los deberes «de su estado, que llenaba con ardor y constancia, las ciencias «y la astronomía, de que siempre se ocupó con predileccion.

«Bien pronto se vió distinguido y nombrado por el Emperador «intérprete de los europeos, á quienes recibia la corte china co«mo artistas ó matemáticos, al paso que los rechazaba ó perse«guia como misioneros; y habiendo fallecido el P. Parrenin, á «cuyo cargo se hallaba la direccion del colegio de los jóvenes «mandchús, fue escogido Gaubil para sucederle. Nombróle ade«más intérprete del latin y tártaro, cargo que, merced á las rela«ciones establecidas entre la Rusia y la China, pasó á ser muy

[1] *Biografía universal*, artículo *Gaubil*.

«importante. Traducir del latin al mandchú; de este ó del chino «al latin; hacer concordar los idiomas mas disparatados que pu- «do crear el ingenio humano; escribir, hablar, componer y re- «dactar, en medio de unos hombres los mas amantes de la exac- «titud, y los mas adictos á las minuciosidades de su lengua y es- «critura; llenar todo este cúmulo de deberes á todas horas, sin «preparacion, delante de los ministros, y aun del mismo Empe- «rador; exponerse á los equívocos que no pueden menos de te- «ner lugar entre los rusos y chinos; superar todos estos obstácu- «los durante el período de mas de treinta años, y merecer de «todas partes el aprecio y la admiracion mas bien fundada, hé «aquí uno de los títulos por donde Gaubil se hizo acreedor á la «gloria, sin contar otros muchos que nos presenta este ilustre mi- «sionero. Difícil se hace concebir á dónde iba á buscar el tiempo «que debe haberle consumido la composicion de sus obras, cási «todas completas y profundas, y que versan sobre las materias «mas espinosas [1].»

Apoderábanse las Academias de Europa de sus inmensos trabajos: cogian al vuelo sus ideas y descubrimientos; apropiábanselos; los explotaban á su antojo, y ni siquiera se dignaban honrar con un recuerdo de gratitud al oscuro misionero, que consagraba su existencia al ensalzamiento de la ciencia y de la caridad. Demasiado sabian ellos que tal era la recompensa destinada á sus afanes, pero no por eso los continuaban con menos ardor; y como escribia el P. Gaubil á su colega Souciet: «Aun nos damos «por muy satisfechos si cuando llega la ocasion, tratan los miem- «bros del Observatorio de secundarnos en la construccion y en- «sayo de las retículas, micrómetros y anteojos, y si se dignan «examinar las observaciones, ó piensan en aprovecharse de ellas. «Nada me importa que me nombren ó no en sus escritos: lo que «deseo es que se sepa que todo dimana de los Jesuitas franceses, «costeados por el Rey en la China; y esto lo hago por el bien co- «mun, no por el que á mí puede resultarme, porque de todos los «misioneros soy el que menos elogios merece.»

[1] El P. Gaubil publicó un *Tratado histórico-crítico de la astronomía china*, la traduccion del *Chou-King*, obra que, segun Rémusat, constituye la gloria del Jesuita, y la *Historia de Gentchiscan y toda la dinastía de los Mongoux*, otra de las obras que, segun el mismo Rémusat, hubiera bastado á formar la reputacion de cualesquiera otro escritor.

Tales son los sentimientos de todos los Jesuitas: es verdad que siempre posponen la ciencia á Dios y á la humanidad; pero conocen que su obra está condenada á la esterilidad. Pensando que las controversias pasadas sobre las ceremonias chinas habian herido de muerte al cristianismo, solo se dedicaron á neutralizar su caida, procurando con esta intencion hacerse mas indispensables que nunca. La muerte de Yong-Tching y el advenimiento de Khiang-Loung al trono, en nada debilitaron la pujanza que se habian creado: rechazábanlos como misioneros, y se hacian apreciar como astrónomos, matemáticos, analistas, geógrafos, médicos, pintores y relojeros. Habiendo logrado salvar en el año de 1737, segundo del reinado de Khiang-Loung, un gran número de expósitos, se ven acusados ante la sala del crímen, que no tarda en castigar á estos culpables de la beneficencia: interceden en su favor los PP. Kægler y Parrenin; y sus solicitaciones no son atendidas: dirígese al Soberano el pintor Castiglione, coadjutor de la Compañía, y apreciado de Khiang-Loung á causa de sus talentos, y obtiene el objeto de su demanda. Pero habiendo muerto Parrenin el 27 de setiembre de 1741, escribió el P. Challier al provincial de Lyon, deplorando en estos términos la nueva desgracia de las cristiandades chinas: «Esta mision acaba de experimentar una pérdida que nos es y nos será largo tiempo infinitamente sensible: acaba la muerte de arrebatarnos al P. Parrenin, á la edad de setenta y siete años, y á los cincuenta de su ingreso en la Compañía. Parece que, por una providencia particular, le habia formado Dios para ser en circunstancias dificilísimas el apoyo y el alma de esta mision; puesto que á todas las cualidades del cuerpo y del espíritu, cuyo conjunto le hizo uno de los operarios mas celosos é infatigables que nuestra Compañía ha suministrado á la China, reunia una constitucion robusta, cuerpo alto y bien formado, aspecto majestuoso, fisonomía venerable, sorprendente facilidad para expresarse en los distintos idiomas que habia aprendido, memoria feliz, ingenio vivo, exacto y penetrante; agregaba á todo esto la multiplicidad de nociones que adquiriera en sus prolongados viajes, y las ocupaciones que pesaron siempre sobre él: imposible os parecerá que se hallen reunidas en un solo individuo tantas dotes.»

Entre tanto, Benedicto XIV, que habia conocido la necesidad de poner un término á los debates sobre las ceremonias chinas y

los ritos malabares, pasó á resolver por medio de sus bulas *Ex quo singulari,* y *Omnium sollicitudinum,* expedidas la primera en 11 de julio de 1742, y la segunda el 12 de setiembre de 1744, todas las dudas, zanjando todas las dificultades, y sacrificando lo incierto á lo cierto, las esperanzas del porvenir á las realidades del presente. Los Jesuitas del Maduré no solo no habian aguardado la promulgacion de la bula de Benedicto para obedecer la Santa Sede, sino que, reuniéndose los PP. Legac, Montalembert, Turpin y Vicari, remitieron á Dumey, gobernador de Pondichery, un acta de adhesion concebida en estos términos: «Nosotros los abajo «firmados declaramos haber aceptado, y aceptamos de muy bue-«na gana, el decreto de Nuestro Santísimo Padre Clemente XI, «prometiendo guardarle sin ambages ni reticencias de ninguna «especie, y hacerle guardar en nuestra mision.» Los Jesuitas de la China é Indias habian redactado separadamente una declaracion idéntica; pero habiéndose retardado, á causa de la distancia, la llegada á Roma de estos despachos, lanzó contra ellos Benedicto XIV la siguiente acriminacion: «Una vez promulgada la «bula *Ex illa die,* á favor de la cual creia Clemente XI haber «puesto un término á las disputas, parecia justo y conveniente «que unos hombres que hacen profesion especial de obedecer á «la Santa Sede se sometiesen con humildad y sencillez á este so-«lemne fallo; y á nadie era dado esperar que suscitasen nuevos «obstáculos. Y sin embargo, esos hombres desobedientes y quis-«quillosos creyeron poder eludir las prescripciones de la bula, «por la sola razon de que no llevaba otro epígrafe que la palabra «precepto, y por consiguiente, carecia de la fuerza de una ley «inmutable, reduciéndose solamente á un precepto positivo ecle-«siástico, ó quizás lo habrán hecho persuadidos de que la bula «habria sido invalidada por ciertas permisiones que otorgara el «patriarca de Alejandría, Ambrosio Mezzabarba, cuando desem-«peñaba en aquel país las funciones de comisario y visitador apos-«tólico.»

Á vista de esta sentencia, que, á pesar de su disfraz, ajaba cruelmente á los Jesuitas, no solo no profirieron una queja, sino que todos ellos se sometieron sin distincion, sin reserva, y sin que desde el Asia á la Europa se oyese otra voz que la de la obediencia. Algunos Padres habian podido hasta entonces adherirse á sus ideas, y hacerse un arma de la perplejidad de la Santa Sede con

respecto a condenar sus doctrinas; porque el bien relativo de la Iglesia amnistiaba á sus ojos á una resistencia condicional; pero luego que se dejó escuchar la voz del sucesor de Pedro, todos la aceptaron como regla de su conducta. Así en Pekin como en Macao, en Su-Cheu como en Meliapour, en el Maduré como en las costas de Pesquería, en la Cochinchina como en Siam, en el Malabar como en Goa, en lo interior de los bosques y desiertos como en lo mas elevado de las montañas inaccesibles; en una palabra, do quier que habia Jesuitas, se adhirieron estos de corazon y de voluntad á los decretos de Benedicto XIV. Habian combatido mientras creyeron tener el campo libre; mas visto que la Santa Sede reprobaba y vituperaba esta lucha santa aun en sus culpables rebeliones, los hijos de Loyola depusieron las armas, y jamás volvieron á tomarlas.

Su deferencia al fallo pontificio fue, como lo habian previsto, la señal de la caida del cristianismo en las riberas del Ganges y del rio Amarillo. Inaugurada en Fo-Kien la persecucion de que fueron las primeras víctimas los PP. Abornico, Erbieu, Cibot, Challier, Beuth y de San Andrés, no tardó en propagarse como un vasto incendio, y bien pronto perecieron entre los horrores de sus suplicios los PP. Dugad, Roberts, Neuviale, Athemis y Enriquez. Pero, si estimulados los mandarines de las provincias por la ambicion de los bonzos, se asociaron por todas partes á esta reaccion; el Emperador, que no ignoraba los servicios que prestaran en todo tiempo los Jesuitas, dejaba reposar, en favor de sus astrónomos y negociadores, las leyes del ostracismo.

Honrados como literatos con los favores imperiales, al paso que maldecidos como sacerdotes católicos, trataron de conformarse con la posicion que se les reservaba. El P. Ventavon residia en la corte en calidad de mecánico del Emperador; los coadjutores Castiglione y Attiret habian llegado á ser sus pintores predilectos, y el P. Hallerstein se hallaba al frente del tribunal de las matemáticas. Creando unos los relojes con figuras de movimiento; exigiendo otros de las bellas artes ó de la industria alguna invencion digna de agradar á Khiang-Loung, y poniendo todos en tortura su imaginacion para conjurar el huracan que amenazaba á los Católicos, pasa el P. Miguel Benito á formar una aplicacion de las leyes de la hidráulica. Los surtidores, cuyo mecanismo no era aun conocido en la China, excitaron de tal modo los aplausos

de la corte y del Soberano, que anhelando este verlos multiplicados en sus jardines, encargó al Jesuita la direccion de los trabajos, ofreciéndole con esto una ocasion de verle con frecuencia, y de combatir sus preocupaciones contra el cristianismo y los europeos. Y no es esta la única tarea á que se condena llevado de un interés religioso; estudia la manera de grabar al buril y al agua fuerte: dedícase á la construccion de láminas en dulce; forma artistas; inicia al Emperador en el uso del telescopio de reflexion y en los misterios de la máquina neumática, y el 23 de octubre de 1774 sucumbe, por fin, al peso de sus fatigas. Artista durante el dia, para poder en el silencio nocturno fortificar la perseverancia de sus catecúmenos, muere llevándose consigo el sentimiento del Emperador y de todos los Jesuitas. Los PP. Arocha y Sikelport fueron con él las últimas columnas de esta cristiandad, en cuyo provecho agotaron sus generosos esfuerzos: y mientras que en Tong-King, el Maduré, la Cochinchina y el Indostan, perecian los PP. Álvarez, Cratz, Abreu y Acuña bajo el sable de sus verdugos, errantes los demás, ó abandonados al encono de sus enemigos, veian hundirse sus iglesias á la manera que en Europa se hundia su Sociedad.

FIN DEL TOMO CUARTO.

NOTA. *La aprobacion del Ordinario se hallará en el último tomo.*

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO CUARTO

CAPÍTULO XXVII.

CAPÍTULO XXVIII.

CAPÍTULO XXIX.

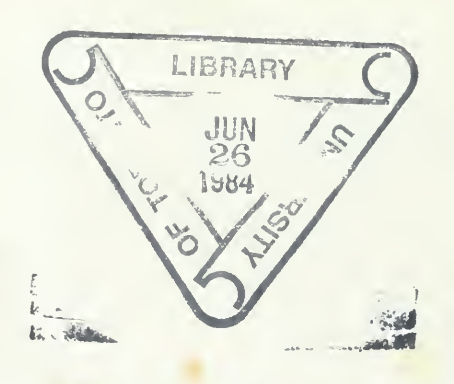
CAPÍTULO XXX.

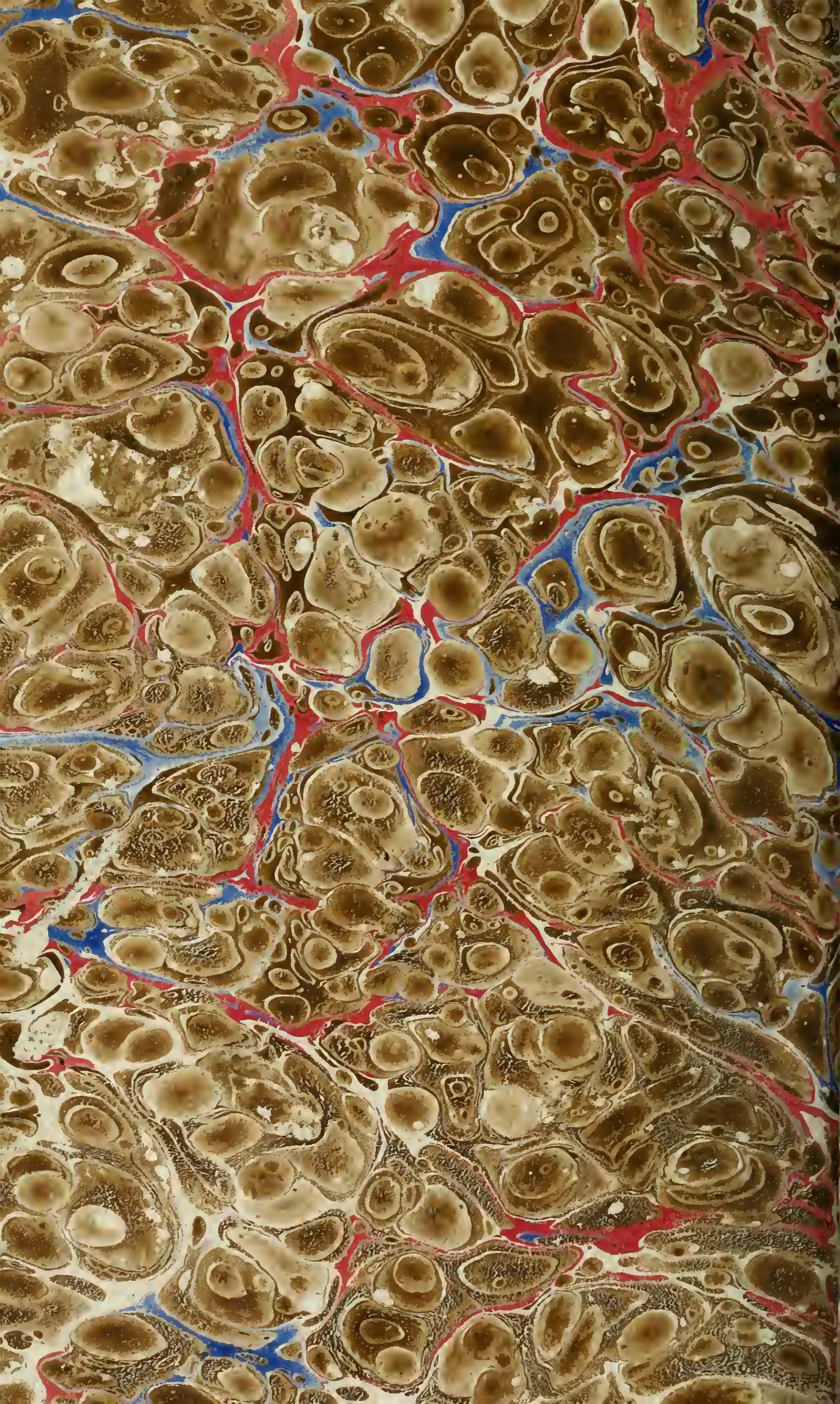
CAPÍTULO XXXI.

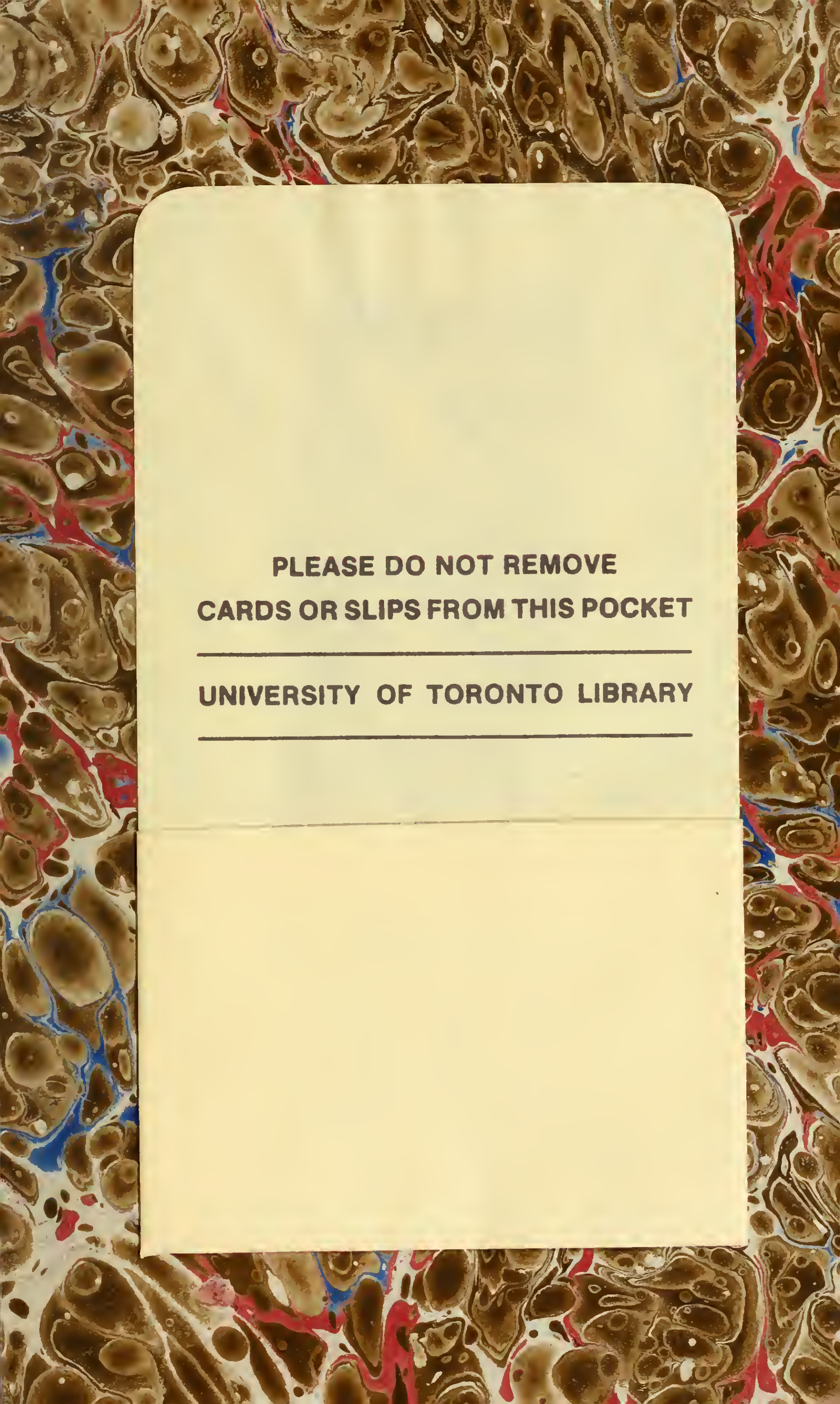
confesor del Monarca.— Retrato de este Jesuita.— Demolicion de Port-Royal. — Parte tomada en estos actos por el P. Letellier. — El arado y los milagros obrados en los sepulcros de los Solitarios. — Correspondencia de Fenelon con el P. Letellier. — Cambio de papeles. — Excita Fenelon á Letellier á ser mas severo. — Sale por fin de su inaccion. — El abate Bochard y los obispos de Francia. — Cólera del cardenal de Noailles. — Lanza un entredicho contra los Jesuitas de Paris. — La marquesa de Maintenon y el Cardenal. — Este pide que el Papa corte la cuestion. — Escribe Luis á Clemente XI solicitando una bula decisiva. — Institúyese una Congregacion con el objeto de examinar las *Reflexiones morales* de Quesnel. — La bula *Unigenitus.* — Infortunios de Luis XIV. — Acusan al P. Letellier de las calamidades ocurridas en Francia. — Trata de hacer deponer al Cardenal. — Los Jesuitas en Paris y las provincias. — Los Padres residentes en Rennes y el Parlamento de Bretaña. — El P. Barbereau en Ruan. — El P. Bouhours y el duque de Longueville. — El P. Tournemine, Caboye y el duque de Antin.— Bourdaloue y Lamoignon.— El P. de Champs y el gran Condé. — El P. La Rue y Boileau. — El P. Martineau y el duque de Borgoña. — El P. Matthieu, La Bourdonnaye y el duque de Orleans.— El Padre La Tremouille y los pobres. — El P. Sanadon y el duque de Saint-Simon. — El P. Julio Brignole. — El cardenal de Bouillon en el noviciado de los Jesuitas. — Colbert, Louvois y el P. Verjus. — Juan Crasset y los jefes del Parlamento. — Santeuil, Robin y el P. Commire. — La mujer y los Jesuitas. — Los ensueños políticos y el abate Blache contra los Jesuitas. — *Historia de la Compañía*, por Juvency, condenada por el Parlamento. — Resistencia del cardenal de Noailles y de Quesnel á la bula. — Constitúyese en medianero el presidente de Maisons.— Su entrevista con Letellier.— Muerte de Luis XIV. — Regencia de Felipe de Orleans. — Carácter de este Príncipe. — Apóyase en los Jansenistas. — Reaccion contra Luis XIV. — La Bastilla y Vincennes. — Los prisioneros de Estado del P. Letellier. — El Necrologio jansenista. — Tiranía de Luis XIV. — Prohíbense las congregaciones en el ejército. — Apruébalas y las defiende el mariscal de Villars en el consejo de guerra. — Situacion de Francia. — Fulmina Noailles un entredicho contra el P. La Ferté, predicador en la corte. — Atacan los Jansenistas de consuno con los Universitarios los colegios de los Jesuitas. — Sostiéneles el Regente. — Son de nuevo suspensos los Jesuitas. — Causa y resultados de esta suspension. — Decídese el Regente á reconciliarse con los Jesuitas. — Es enviado á Roma el P. Lafiteau en clase de agente particular suyo. — Sálese Lafiteau de la Compañía. — Manda el Regente registrar la bula en el Parlamento. — Aspira al ministerio el abate Dubois. — Su ambicion y sus vicios. — Es promovido al arzobispado de Cambray y al cardenalato. — Peste de Marsella. — Los Jesuitas y Belzunce. — El P. Levert. — El P. Liguières, confesor del Rey. — Rehúsale Noailles las licencias. — Termina el cardenal de Fleury los asuntos religiosos. — Decadencia del jansenismo. — Arrepentimiento del cardenal de Noailles. — Los Jesuitas en España. —

CAPÍTULO XXXII.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO CUARTO


LIBRARY
JUN
26
1984




PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET
UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

